

FRAY LUIS DE GRANADA



LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

ÍNDICE GENERAL

INDICACIONES METODOLÓGICAS

PRÓLOGO GALEATO

INDICACIONES METODOLÓGICAS

El Maestro dominico Fr. Luis de Granada fue hijo de una humilde familia de origen gallego (de Sarria, Lugo) que emigró a la Vega de la recién conquistada ciudad de Granada. Aquí nace Luis en el año 1504. Morirá en el convento de Santo Domingo, de Lisboa, en 1588. Por las fechas consignadas, vemos que se trata de un escritor clásico. Esto quiere decir que su lenguaje y manera de expresión (que se han procurado respetar fielmente en todos los textos aquí transcritos) pueden resultar un tanto insólitos a nuestros oídos actuales; aunque es, así lo dicen los críticos literarios, «modelo de castellano por su pureza, y lleno de imágenes felices». Más aún, uno de ellos dirá concretamente que Fr. Luis tiene «el habla sencilla, la palabra natural, que se viene sola a la pluma, el giro de elegante llaneza». No obstante, son palabras y giros que no dejan por eso de pertenecer a un castellano antiguo, como bien se refleja en la edición del año 1657, de la cual se ha realizado la presente transcripción. Por esta razón se ha de procurar leer de forma reposada, sin prisa alguna, a fin de que no perdamos nada de la riqueza de su doctrina y pensamiento, que es lo que en verdad aquí nos importa.

En la presente transcripción del *Libro de la Oración y Meditación*¹ se ha respetado íntegramente la estructura material del libro, consignándose todos sus capítulos y apartados, tal como se encuentran enunciados. En alguna ocasión sí se ha corregido la numeración, por estar equivocada, e incluso se ha dado título a algunos de los párrafos que carecían de él, siguiendo en esto a otras ediciones posteriores consultadas².

- **Texto base:** FR. LUIS DE GRANADA, *Doctrina cristiana*, en la cual se enseña todo lo que el cristiano debe hacer, desde el principio de su conversión hasta el fin de su perfección (Melchor Sánchez, Madrid 1657), 872 páginas *in folio*. La transcripción hecha intercala entre corchetes y en negrita la numeración original de sus páginas.

- **Ortografía:** Se ha transcrito el texto con suma fidelidad, manteniendo las voces anticuadas que aún recoge el Diccionario actual y respetando incluso su doble grafía en el texto, como *ansí* o *así*, *mesmo* o *mismo*, etc. Cuando alguno de los términos es raro, se pone entre corchetes [] su significado actual, en letra *cursiva*, para que el lector lo diferencie con claridad. También están entre corchetes las citas que no tienen referencia marginal.

En dos o tres casos se ha cambiado la grafía antigua, como *lición* por *lección*, o *huiga* por *huya*. También se corrigieron las letras *uve*, *be*, *hache* y otras, cuando fue preciso.

¹ Fue escrito en el convento eremítico de Escalaceli, en la sierra de Córdoba. Aquí pasará Fr. Luis diez largos años después de ser ordenado sacerdote en 1533. Son años dedicados a la contemplación, en los que también realiza algunas salidas para predicar en la ciudad y en los pueblos cercanos. Mas como él mismo asegura a Fr. Bartolomé de Carranza: «Si aquí permanezco, no hay paraíso ninguno que se iguale al mío. Y si de aquí me aparto sólo un día, quedo tan atormentado y tan castigado que, ya, de miedo, no lo oso hacer otra vez, hasta que aquel temor se me olvida».

² Otras ediciones que han servido para cotejar, corregir o completar algún punto del texto base original: FR. LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo II: «Libro de la oración y meditación» (Imprenta de Manuel Martín, Madrid 1768), 822 páginas; FR. LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo II: «Libro de la oración y consideración, Memorial de la vida cristiana, Adiciones al Memorial de la vida cristiana, y Meditaciones muy devotas» (Rivadeneira, Madrid 1848), 615 páginas; FR. LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo I: «Vida del V. P. M. Fr. Luis de Granada, por el Ldo. Luis Muñoz, y Guía de pecadores» (Viuda de Ibarra, Madrid 1788), 234 y 347 páginas, respectivamente.

Otras voces, que ya no figuran en el DRAE, pero que no ofrecen dificultad de lectura, como *mormurar*, *escurecer*, etc., se han dejado. Lo mismo que ciertas contracciones desusadas, respetando la doble grafía del texto, como *deste* y *de este*, *dello* y *de ello*, *dél* y *de él*.

El artículo *el* de algunos sustantivos masculinos —*el* ayuda, *el* araña, *el* alegría, *el* ausencia, *el* amistad, *el* avaricia, *el* aldaba, etc.— se ha cambiado por *la*. Sólo en el sustantivo ambiguo *orden* se ha procurado respetar el doble uso que hace el texto: *el orden* y *la orden*.

También se han dejado algunas modalidades de conjugación arcaica: *oístes*, *hicistes*, *dijistes*, *diríades*, *holgaríades*, *aborrecerte ha*, *serte hía*, *seguirle híamos*, etc.

En cuanto a los signos de puntuación, se han corregido aquellos que daban lugar a posibles ambigüedades o equívocos. Lo mismo, algunos signos de acentuación, o de interrogación. Tan sólo espero no haber errado.

• **Citas:** A fin de destacar las citas bíblicas, se han transcrito en *letra cursiva*. En los casos que difiere notablemente de su lectura actual, se cita el texto latino a pie de página ³.

Asimismo se ha puesto entre comillas angulares («») lo que corresponde a citas que hace Fr. Luis, sin que deba tomarse, por ello, como cita fiel y exacta. También se ponen entre comillas aquellas expresiones que parecen populares. Asimismo se han destacado en letra cursiva, o bien entre comillas, los vocablos o expresiones que así parecían exigirlos.

• **Otras indicaciones:** A veces se encontrará algún texto que irá precedido con el símbolo de un dedo índice (en PDF, una **Λ**). Aunque estos no se corresponden con los que trae el original, los he usado para resaltar aquellos textos que juzgo fundamentales, válidos en cualquier andadura espiritual. Sea cual fuere el método de andar —«son tan diversos como diversos son los maestros espirituales» (CEC 2707)—, siempre es bueno disponer de acertadas pautas de discernimiento, tanto para no errar el camino, como para evitarnos el peligro de no progresar. Más subjetivo ha sido el hecho de haber destacado con letra negrita algunas frases de los textos transcritos. En estos casos ha sido únicamente el criterio y el gusto personales... Que cada cual destaque los que bien le parezca. Disculpen que yo me haya adelantado... Algún privilegio tenía que tener mi ímproba tarea.

También alguno de los capítulos o párrafos recogen a pie de página algún texto del Catecismo actual de la Iglesia. Son citas que, a manera de hitos, pueden ser de gran utilidad y ayuda en relación con el tema que se está tratando. En tales casos, valga recordar que el *Catecismo de la Iglesia Católica* es una fuente de referencia segura,

³ Corresponden a la *Vulgata sancti Hieronymi operata*; entendiendo que es la que Fr. Luis cita y traduce. El Concilio de Trento estableció «ut hæc ipsa vetus et vulgata editio [...] in publicis lectionibus, disputationibus, prædicationibus et expositionibus pro authentica habeatur» (Dz 785). Llamada *Vulgata* (del latín *vulgata*: divulgada, dada al público), no siempre se corresponde con las numeraciones o con las traducciones actuales. A modo de ejemplo, Fr. Luis cita Is 24,16. Según la *Vulgata*: *Mi secreto para mí, mi secreto para mí*; según la Biblia de la CEE: *¿Estoy perdido, estoy perdido, ay de mí!* La traducción que Fr. Luis suele hacer es a veces amplia, o perifrástica. ¿Hizo él alguna traducción completa de la Biblia? He hallado una noticia curiosa: «[...] esas versiones manuscritas de la Biblia, hechas en nuestra lengua, del hebreo, del griego, y del latín, y hallarán que todas, todas sin excepción, están trabajadas tal vez servilmente sobre la letra de los textos. Revuelvan, y mediten bien las de Ferrara, de Casiodoro Reyna, de Cipriano de Valera, de **Fray Luis de Granada**, de Fray Luis de León, de Montesinos, y de otros muchos [...]» («Disertación Segunda» § IV, en FELIPE SCIO, *La Santa Biblia*, Tomo I [Librería Religiosa, Barcelona 1852] 39).

por «presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva en la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y las santas de la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del pueblo de Dios»⁴.

• **Adviértase**, por último, lo que ya decía una antigua edición de las obras de Fray Luis de Granada: «El prudente lector se hará cargo de que, no obstante que por nuestra parte no se ha omitido diligencia alguna, ni se han ahorrado gastos para que en todas sus partes saliese perfecta, son hombres, y no ángeles los que han concurrido a formarla; consiguientemente, si se hallasen algunos defectos, que será solamente de pura fragilidad, tendrá la bondad de disimularlos, atendiendo a nuestro buen deseo».

Concluyendo estas indicaciones y observaciones, nada mejor que poner aquí lo que la propia santa Teresa de Jesús escribió en una escuela dirigida al venerable Maestro Fr. Luis de Granada, en Lisboa:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad. Amén. De las muchas personas que aman en el Señor a vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad, y por haberle dado a vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme a mi estado, y ser mujer»⁵.

Fr. José María OP

⁴ JUAN PABLO II, *Fidei depositum*, 3.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, «Epistolario», 89 (Sevilla, diciembre de 1575), en *Obras Completas* (M. Aguilar, Madrid 1942) 758. Al comentar D. Juan de Palafox esta carta, dice: «En el número primero dice lo que deseara verle; y no me admiro, ¿pues quién no deseara ver la persona, y oír en lo hablado a quien alegra el leerle el alma en lo escrito? Pues no hay quien no desee oír al que consuela, y aprovecha al leer. Y si hacían grandes jornadas los Oradores para oír a los que leían, ¿cuánto más los grandes Santos, para oír de sus labios lo que tanto mueve por sus Escritos? Siendo así, que en el Orador hallaban una lengua elocuente, pero una vida las más veces relajada; pero en el Santo Orador hallan lo santo, y lo orado».

Introducción personal al «Libro de la Oración y meditación»

«Con toda el alma anhelaba con ansia a su Cristo; a este se consagraba él, no sólo con el corazón, sino con el cuerpo. [...] Convertía todo su tiempo en ocio santo, para que la sabiduría le fuera penetrando en el alma, pareciéndole retroceder si no veía que adelantaba a cada paso»⁶. «Esto en casa. Pero, cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo en lágrimas, se golpeaba el pecho con la mano, y allí —como quien ha encontrado un santuario más recóndito— hablaba muchas veces con su Señor. Allí respondía al Juez, oraba al Padre, conversaba con el Amigo, se deleitaba con el Esposo. Y en efecto, para convertir en formas múltiples de holocausto las intimidades todas más ricas de su corazón, reducía a suma simplicidad lo que a los ojos se presentaba múltiple. Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos. Así, hecho todo él no ya sólo orante, sino oración, enderezaba todo en él —mirada interior y afectos— hacia lo único que buscaba en el Señor»⁷.

Así cuenta del varón de Dios, Francisco, el venerable Hno. Tomás de Celano. ¡Y qué hermosa resulta, en verdad, su definición del *poverello* de Asís: «**Hecho todo él no ya sólo orante, sino oración**»!

De otro varón de Dios, Domingo, dirá Fr. Rodolfo de Faenza: «Tenía la costumbre de pernoctar con mucha frecuencia en la iglesia, y rezaba mucho, y en la oración lloraba con muchas lágrimas y gemidos». Al ser preguntado entonces cómo sabía esto, responderá con gran sencillez: «Porque muchas veces le seguía a la iglesia y lo veía». Mas... ¿cómo podía verlo, si era de noche? Y con la serena simplicidad de quien cuenta lo que vio, contestará: «Porque siempre había una luz en la iglesia. Y el mismo testigo se ponía a rezar cerca de él, porque le era muy amigo. Y con seguridad dijo que era muy devoto y asiduo en la oración, más que cualquier hombre que jamás hubiera visto»⁸.

Se podrían multiplicar muchísimos más testimonios similares. Tantos cuantos son los «hombres y mujeres de Dios», que, las más de las veces sin nombre reconocido, pueblan edades y países, reflejando en sus vidas la historia del Amor de Dios con los hombres. Historia que se sigue manifestando.

Cada uno de estos testigos sin número, a veces silenciosos (aunque su silencio es sumamente sonoro), es por sí solo un ejemplo elocuente que nos invita a dialogar con nosotros mismos: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco, y esto que hizo santo Domingo?» Con estas palabras se interpelará san Ignacio de Loyola, el cual seguirá diciendo en el relato que hace de su propia vida: «Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: santo Domingo hizo esto, ¡pues yo lo tengo de hacer!; san Francisco hizo esto, ¡pues yo lo tengo de hacer!»⁹

⁶ «Celano. Vida segunda», LXI,94, en SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos. Biografías. Documentos de la época* (BAC, Madrid 21980) 285.

⁷ *Ibid.*, LXI,95.

⁸ «Proceso de canonización de santo Domingo. Actas de los Testigos de Bolonia», VI, en SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, *Su vida. Su Orden. Sus escritos* (BAC, Madrid 1947) 284-285.

⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Autobiografía*, c.7 (BAC, Madrid).

Mucha es la riqueza de la Iglesia en el ámbito de la oración... Iba a decir que desbordante en testigos y maestros; mas... no quisiera que se entendieran como dos categorías diferentes, pues pienso que, si en verdad alguno es testigo, su propio testimonio lo convierte en maestro, aunque no pretenda serlo ni deje nada escrito (¡qué mejor libro que su vida entera!). Y a la inversa también, pues únicamente se puede decir que alguien es maestro cuando vive lo que enseña, y es, así, testigo.

Pero, dejando aparte mi retórica, en verdad se puede afirmar que se trata de **una pléyade de testigos**. Ellos, «en su rica diversidad, reflejan la pura y única Luz del Espíritu Santo» (CEC 2684). Y aunque «no hay otro camino de oración cristiana que Cristo» (CEC 2664), se puede afirmar, sin embargo, que «hay tantos caminos en la oración como orantes», ya que «es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos» (CEC 2672).

No deseo ni debo desparramarme en consideraciones superficiales, pues bien sé cómo el cabo de una palabra me da siempre la mano a otra, y esto sería, entonces, el cuento de nunca acabar. Lo escrito hasta ahora sólo pretende introducir una «Selección de textos» de uno de estos testigos. Se trata de Fr. Luis de Granada O.P. La obra, su *Libro de la Oración y Meditación*. El motivo, brindar, así, la lectura de unos textos que pueden servir de gran ayuda al crecimiento de nuestra vida espiritual, conforme a lo que nos exige nuestra vida cristiana, que ha de ser vida plena en el Espíritu Santo. Que ninguno de nosotros se quede en lo que indicaba de sí mismo san Ignacio: «Mas todo su discurso era decir consigo...», sin pasar más allá.

Si no nos sirven los textos siguientes, busquemos otros, que no nos habrán de faltar. Pero lo que ninguno de nosotros puede hacer es echar en saco roto lo que se nos dice del **Misterio de nuestra fe**: «Exige que los fieles **crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero**. Esta relación es la oración» (CEC 2558).

Tomar en serio y con fidelidad esta relación viviente y personal es abrir toda nuestra vida a la *mística*¹⁰, que no es otra cosa que la vivencia íntima del Misterio. Dicha vivencia, ¡Dios así lo quiera!, nos irá llevando a lo que considero algo más que un hermoso final: «Personas hechas no ya sólo orantes, sino oración».

Fr. José María OP

¹⁰ «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos misterios”— y, en Él, en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos» (CEC 2014).

PRÓLOGO GALEATO

O

BREVE TRATADO DEL FRUTO DE LA BUENA DOCTRINA,
PARA QUE CON MÁS GUSTO Y APROVECHAMIENTO
SE LEA ESTE LIBRO, CON LOS DEMÁS ¹

Compuesto por el V. P. Fr. Luis de Granada

Una de las cosas más para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que, si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón della. Mas entre los cristianos (que, por haber recibido la doctrina del cielo, la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia, que, no solamente los niños, mas aun los hombres de edad apenas saben los primeros elementos deste celestial filosofía. Y, si es verdad que «de decir a hacer hay mucha distancia», ¿cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aun no saben, ni les pasa por el pensamiento, lo que manda? ¿Qué pueden esperar estos, sino aquella maldición del Profeta que dice que el niño de cien años será maldito? (cf. Is 65,20) ². Esto es, el que después de tener edad y juicio perfecto todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios. ¿Qué pueden esperar, sino el fin de aquellos de quien dice el mismo profeta: *Por tanto fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed?* (Is 5,13) ³. Porque, como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes a nuestra ánima sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que trae las otras) está parada, necesariamente han de parar todas las otras. Pues, si la primera rueda deste espiritual reloj (que es el conocimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demás. Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron a Sansón en su poder fue sacarle los ojos; y, hecho esto, no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron; hasta hacerle moler como bestia en una atahona (cf. Jue 16,21). Dellos mismos se escribe que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa deste menester ir a la tierra dellos y servirse de sus oficinas (cf. 1 Sam 13,19-22); para que estando el pueblo desproveído y desarmado fácilmente se apoderasen dél. Pues ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? (cf. Heb 4,12; Ef 6,17). ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo a cada tentación una palabra de la Escritura divina? (cf. Mt 4,4ss). Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar dellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos, atizadores de vicios.

¹ En *Obras del venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada*, Tomo I (Viuda de Ibarra, hijos y compañía, Madrid 1788).

² «Quoniam puer centum annorum morietur».

³ «Propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam, et nobiles eius interierunt fame, et multitudo eius siti exaruit». Cita traducida ligeramente distinta en el *Libro de la oración*.

VIII

Y, demás de lo dicho, es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia habemos recibido, que fue declararnos por palabra su santísima voluntad, que es lo que le agrada y le ofende; para que, siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos a ser participantes de su gloria. Pues, cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moisés al pueblo, diciendo: *¿Qué gente hay tan noble, que tenga las ceremonias y juicios y las leyes de Dios, que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos?* (Dt 4,8) ⁴. Y en el salmo 147 alaba a Dios el Profeta real, diciendo que había denunciado *su palabra a Jacob, y sus juicios a Israel* (cf. Sal 147,19-20); la cual merced a ninguno otro pueblo del mundo había sido concedida. Pues, si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho della, si no la leo, si no la platico, si no la traigo en el corazón y las manos, si no clarifico con ella mis ignorancias, si no castigo con ella mis culpas, si no enfreno con ella mis apetitos, si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar della? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso dellas; para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es, por cierto, maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir (cf. Éx 31,18). El mandó hacer un tabernáculo y, dentro dél, mandó que se pusiese un arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley, para mayor veneración della (cf. Éx 25,16). El mandó a Josué que nunca apartase el libro desta ley de su boca, para leer siempre en él, y enseñarlo a los otros (cf. Jos 1,8). Él mandó a quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese a par de sí este libro, escrito de su propia mano, si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra (cf. Dt 17,18-20). Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escritor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino quiso que él mismo lo escribiese por la suya propia ⁵; para que con esto quedasen más impresas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra, de espacio; y para que más estimase lo que él, por su propia mano, siendo rey, hubiese escrito —teniendo muchos escribanos y oficiales a quien pudiera encomendar este trabajo—, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se había escrito ella con el dedo de Dios, y después se escribía, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes. Y, porque no pudiese haber olvido de cosa tan necesaria, mandó Moisés que, cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promisión, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino viesesen aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador (cf. Dt 27,2-3). Y conforme a este tenor aconseja Salomón a aquel espiritual hijo que instruye en el libro de los *Proverbios*, diciendo: *Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón, y colgada como una joya a tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo; y cuando durmieres, esté a tu cabecera; y cuando despertares, platica con ella. Porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida* (Prov 6,20-23). Mil lugares éstos se pudieran traer aquí, tomados así destes libros, como de todos los otros que llaman *Sapienciales*; en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra cosa, sino día y noche leer,

⁴ «Quæ est enim alia gens sic inclita, ut habeat cærimonias, iustaque iudicia, et universam legem, quam ego proponam hodie ante oculos vestros?»

⁵ «Describet sibi Deuteronomium legis huius in volumine». Filón, en el libro *De la creación del príncipe*, dice que el rey debía hacer esta copia por su propia mano. El Hebreo: *Y se escribirá una mischnáh de esta ley.*

oír, pensar y meditar la ley de Dios; que es aquella buena parte que escogió María, la cual, asentada a los pies de Cristo, oía con silencio su palabra (cf. Lc 10,39-42). Pues ¿qué diré de las virtudes y afectos (*sic*) maravillosos desta palabra? Cuando Dios quiso revocar [*disuadir*] su pueblo de sus pecados, mandó a Jeremías que escribiese todas las profecías que contra él le había revelado, y que las leyese públicamente. La cual lección dejó tan atónitos y pasmados a los oyentes, que se miraban a las caras unos a otros, llenos de espanto y confusión (cf. Jer 36,1ss). Pues, cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndolo al pueblo y declarando la doctrina dél? Y, para dar Dios a entender el fruto que desta maravillosa invención había resultado, añade luego estas palabras: *Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat; y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío* (2 Crón 17,10.5). Todo esto se escribe en el capítulo 17 del 2 libro del Paralipómenos; el cual capítulo deseo yo que tuviesen escrito en su corazón todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo deste santo rey. Porque, si ellos hiciesen lo que este hizo, sin duda no florecería menos agora el imperio de los cristianos, que entonces floreció este reino; pues es agora el mismo Dios que entonces, para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

I. De otros ejemplos que declaran el fruto de la buena lección

Mas, sobre todos estos ejemplos que se pueden traer para declarar el fruto de la buena doctrina, es digno de perpetua recordación el del santísimo rey Josías; el cual me pareció enjerir aquí de la manera que está escrito en los libros de los Reyes. Pues este buen rey comenzó a reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amón y de su abuelo Manasés, que fueron perversísimos hombres y derramadores de sangre de profetas. Mas a los doce años de su reinado le fue enviado por mandado del sumo sacerdote Helquías [*Jilquías*] el libro de la ley de Dios, que halló en el Templo; el cual no sólo contenía lo que Dios mandaba, sino también los grandes galardones que prometía a los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaban a los quebrantadores della. Pues, como este libro se leyese en presencia del rey, fue tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al sumo sacerdote susodicho, con otros hombres principales, a una santa mujer profetisa que moraba en Jerusalén, para que hiciese oración a Dios por ellos, y supiese su determinación y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual les respondió desta manera: *Esto dice el Señor: «Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del rey; porque ellos me desampararon y sacrificaron a dioses ajenos [...]». Y, al rey que os envió a mí para que rogase a Dios por esta necesidad, diréis: «Por cuanto oíste las palabras dese libro y se enterneció tu corazón con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento, y con el temor y reverencia que de mí concebiste rasgaste tus vestiduras y derramaste lágrimas delante de mí, yo también oí tu oración, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél»* (2 Crón 34,24-28; 2 Re 22,16-20). Dieron, pues, los embajadores esta respuesta al rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los sacerdotes y levitas, y con todo el pueblo, dende el menor hasta el mayor, y mandó leer aquel libro delante de todos. Y él, juntamente con ellos, se ofrecieron al servicio y culto de Dios; sobre lo cual el rey pidió juramento a todos. Y, no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en

ella había, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban y quemándolos sobre sus altares. Y este rey fue tan santo, que, según dice la Escritura, ni antes ni después dél hubo otro mayor (cf. 2 Crón 34,29ss; 2 Re 23,1ss). Pues ¿qué más grave argumento se puede traer para declarar el fruto de la buena doctrina, que este, del cual tantos y tan admirables frutos se siguieron? Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma que, viendo tales frutos, no se ofrezca a gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina, para gozar de tan grandes bienes?

Pues con este memorable ejemplo se juntan otros muchos. Porque, cuando el profeta Baruc quiso provocar a penitencia al pueblo que fue llevado cautivo a Babilonia, deste mismo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los cautivos y leyéndoles un pedazo desta doctrina. La cual lección, dice la Escritura divina que les hizo llorar, y orar, y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados; y juntar todos en común sus limosnas y enviarlas a Jerusalén para ofrecer sacrificios en el Templo por sus pecados; con las cuales también enviaron el libro que se les había leído, para que también ellos le leyesen, creyendo que aquella lectura obraría en aquellos que la leyesen lo que en ellos había obrado (cf. Bar 1,1-15).

Pues, acabado este cautiverio, después de los setenta años, ¿con qué se comenzó a fundar otra vez la ciudad, el Templo y la religión, sino con esta misma lección de la ley de Dios? Y así se escribe en el 2 libro de Esdras que en el séptimo mes concurrió todo el pueblo, de sus ciudades a Jerusalén, con un ánimo y un corazón. Y, ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete días arreo [*sin interrupción*] clara y distintamente el libro de la ley y mandamientos de Dios; y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leía. Y a los veinticuatro días de aquel mes tornaron a continuar su lección cuatro veces al día; en los cuales también oraban y loaban a Dios (cf. Neh 8,1-18). Y con estos dos ejercicios se movieron a penitencia, y renovaron la religión que estaba caída, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fue despedir las mujeres extranjeras con que se habían casado, para que no quedase el pueblo de Dios mezclado con el linaje de los gentiles.

Finalmente, la palabra de Dios todas las cosas obra y puede, como el mismo Dios, pues es instrumento suyo; y así con mucha razón se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así la palabra de Dios resucita los muertos, reengendra los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos y anima los desconfiados. Finalmente, ella es aquel maná celestial que tenía los sabores de todos los manjares [*cf. Sab 16,20*]; porque no hay gusto ni afecto que un ánimo desee tener, que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste, y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado, y se mueve a penitencia el duro, y se derrite más el que está blando. Muchos destes efectos explicó en pocas palabras el profeta, cuando dijo: *La ley del Señor es limpia y sin mácula, la cual convierte las ánimas; el testimonio del Señor es fiel y verdadero, el cual da sabiduría a los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas, las cuales alegran los corazones; el mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, y alumbra los ojos del ánimo. El temor del Señor permanece santo en los siglos de los siglos, y los juicios de Dios (que son los decretos de sus leyes) son verdaderos y justificados en sí mismos; los cuales son más para desear que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que el panal y la miel* (Sal 18,8-11). En la cuales palabras el Profeta explicó muchos efectos y virtudes de la ley y de las palabras de Dios; y en cabo declaró, no sólo el precio y dignidad dellas, sino también la grande suavidad que el ánimo religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro salmo: *¡Cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánimo vuestras palabras! Más dulces son para mí, que la miel* (Sal 118,103). Y, no contento con estas alabanzas, declara también en el mismo salmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina lección se ejercitan, diciendo así: *¡Cuán enamorado estoy, Señor, de vuestra ley! Todo el día se me pasa en meditar en ella. Ella me hizo más prudente*

que todos mis enemigos; ella me hizo más sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideración della; ella me hizo más discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla (Sal 118,97-100).

II. Llórase el olvido que en esta parte hay entre cristianos, y declárase esta necesidad con doctrina de los santos doctores

Pues, si tan grandes y maravillosos efectos obra en las ánimas esta luz, ¿qué cosa hay más para llorar, como al principio dijimos, que ver tan desterrada esta luz del mundo, que ver tantas y tan palpables tinieblas, tanta ignorancia en los hijos, tanto descuido en los padres, y tanta rudeza y ceguera en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida, que la ley de Dios, y qué cosa más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y qué más despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religión para movernos a este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia de un pecado, para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste a la misa y a los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devoción y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas [urracas], sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna dellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno dellos —y no poco principal— es la lección de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas sutiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los santos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio y estudio desta lección. San Jerónimo, escribiendo a una virgen nobilísima, por nombre Demetria (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres), la primera cosa que le encomienda es la lección de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazón la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme a ella. Y, después de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo a exhortarla a la misma lección (*Carta* 130,7.20). Y a santa Paula, porque era muy continua en derramar lágrimas de devoción, aconseja que temple este ejercicio, por guardar la vista para la lección de la buena doctrina (*Carta* 108,15). A un amigo (*Florentino*) escribe pidiéndole ciertos libros santos, dando por razón que el verdadero pasto del ánima es pensar en la ley del Señor día y noche (*Carta* 5,2). San Bernardo, escribiendo a una hermana suya (*Umbelina*), la aconseja este mismo estudio, declarándole muy por menudo los frutos y afectos de la buena lección (*De modo bene vivendo*, 50). Y, lo que es más, el apóstol san Pablo aconseja a su discípulo Timoteo, que estaba lleno de Espíritu Santo, que, entretanto que él venía, se ocupase en la lección de las Santas Escrituras, las cuales desde niño había Timoteo aprendido (cf. 1 Tim 4,13). Mas, sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficazísimo para rendir todos los entendimientos, el de Moisés, el cual, después de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: *Estarán estas palabras, que yo agora te propongo, en tu corazón, y enseñarlas has a tus hijos; y pensarás en ellas, estando en tu casa y andando camino, y cuando te acostares y te levatares de dormir. Y atarlas has como una señal en tu mano; y estarán y moverse han*

delante de tus ojos; y escribirlas has en los umbrales y en las puertas de tu casa (Dt 6,6-9). No sé con qué otras palabras se pudiera más encarecer la consideración y estudio de la ley y mandamientos de Dios, que con estas. Y, como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo 11 del mismo libro a repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras (cf. Dt 11,18-20); que es cosa que pocas veces se hace en la Escritura. ¡Tan grande era el cuidado que este divino hombre, que hablaba con Dios cara a cara, quería que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios!; como quien tan bien conocía la obligación que a esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que desto se siguen. Pues ¿quién no ve cuánto ayudará para esta consideración tan continua, que este profeta nos pide, la lección de los libros de buena doctrina, que, aunque por diversos medios, siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligación que tenemos a cumplirla? Porque, sin la lección de la doctrina, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditación, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí (que son lección y meditación), pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastiga y digiere y traspasa en los senos del ánima?

Pudiera, junto con lo dicho, probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida, movidos por la lección de buenos libros; y de otras que he oído, y de otras también que he leído; de las cuales, algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasión deste principio, que vinieron a ser fundadores de Religiones y Órdenes en que otros se salvaron también, como ellos. Entendió esto muy bien Enrique Octavo, rey de Inglaterra, el cual, pretendiendo traer a su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacía no los podía inducir a su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que, quitadas estas espirituales armas con que se defendían, fácilmente los podría rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las quería quitar quien pretendía engañar. Pues, si tal es la virtud destas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues, si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mayor fuerza que la falsedad? Y, si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no seremos nosotros más diligentes en usar destes y otros semejantes medios para salvarlas?

III. Declárase en particular la necesidad de la doctrina

Y, dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento, pero todavía quiero pasar adelante y probar con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me pareció necesario, por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina escritos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latín. Los cuales, en una materia tienen razón, mas en otra no la alcanzamos. Porque razón tienen si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y oscuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes — aunque sea para confundirlos— ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología; las cuales, ni aun en los sermones populares consiente san Agustín que se traten (*De doct. christ.*, 4). Pues ¿cuánto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del Apóstol, pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique (cf. 2 Tim 2,14; Tit 3,9). Asimismo, libros de la Sagrada Escritura no conviene andar en lengua común, porque hay en ellos muchas cosas oscuras que tienen necesidad de

declaración. Así que, cuanto a esto, razón tienen los que no quieren que haya estos libros. Mas querer que no haya libros en esta común lengua, que nos enseñen a vivir conforme a la religión cristiana que en el santo Bautismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente, como obligar a un hombre a la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della; pues no menos obliga al cristiano esta primera profesión, que al religioso la segunda. Y cuan culpado sería el religioso si se descuidase en aprender las leyes de su religión, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas, aunque los ejemplos y autoridades de la Santa Escritura que aquí habemos alegado sean suficientísima prueba de lo dicho, pero todavía me pareció mostrar esto por tal medio que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque, primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazón ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes a esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no sólo en la fe de los mayores, sino explícita y distintamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del *Credo* como las diría un papagayo, sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga a formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree. Como escribe san Agustín de Alipio, su familiar amigo, del cual dice que, antes que le fuese declarado el misterio de la encarnación, tenía para sí que nuestro Salvador no había tomado de nuestra humanidad más que solo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba hacía el oficio del ánima (*Confess.* 7,19.2). Asimesmo, en el misterio de la Santísima Trinidad conviene que, cuando el cristiano oye los nombres de *Padre* y de *Hijo*, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generación es toda espiritual, aunque natural. Y asimesmo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado, y no escudriñado, considerando en esto, por una parte, la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable y incomprehensible; y por otra, la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual, para entender la alteza de las cosas divinas, es —según dicen los filósofos— como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano, para no hacer argumento de su no entender, para no creer. Asimesmo ha de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razón, no por eso implica contradicción, como algunos simples y ignorantes imaginaron. Pues, siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demás desto, también está obligado a saber los mandamientos, así de Dios como de la Iglesia, que es la ley en que ha de vivir; y entender que no sólo se quebrantan por sola obra, sino también por pensamiento, que es por consentimiento en la mala obra. Y aun más debe entender: que no sólo con el mal propósito de la voluntad, sino también con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo (que es lo que los teólogos llaman *delectación morosa*), se comete pecado mortal en materia de pecado mortal. Allende desto, el buen cristiano está obligado a confesarse por lo menos una vez al año; lo cual debería hacer otras muchas veces, si quiere vivir más religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su conciencia, discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra, o palabra, o pensamiento; porque no sea como algunos brutos, que, puestos a los pies del confesor, apenas saben decir una culpa a cabo de un año, donde han cometido tantas, sino dicen: «Padre, preguntadme vos». Y no basta confesar los pecados, si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y, sobre todo, cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios habemos recibido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque, dado caso que la contrición sea un muy especial don de Dios, pero este suele él dar a los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden por alcanzarlo. Y, porque a esta contrición pertenece que esté con ella un muy firme propósito de no volver más a pecar, y sea señal de poco arrepentimiento si luego se repiten los pecados, conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oración, y la frecuencia de los sacramentos, y la

lección de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantas culpas; y no menos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas; y, sobre todo esto, es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos, con la memoria de la pasión de Cristo, &c. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo (donde tantas ocasiones hay para pecar), y estando cercados, por una parte, de una carne tan mal inclinada, y por otra, de tantos demonios y de algunos hombres perversos (que a veces nos hacen más cruda guerra que los demonios), sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues, cuando el cristiano se llega a comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel Sacramento, la grandeza de aquel beneficio y la soberanía de la Majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recibir en su pobre chozuela al Señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel Sacramento, y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es, como dice el Apóstol, comer y beber juicio para quien así lo recibe (cf. 1 Cor 11,29); como parece que comulgan el día de hoy muchas personas, pues ninguna enmienda vemos en sus vidas.

Es también oficio propio del cristiano hacer oración (que es cosa grandemente encomendada en las Santas Escrituras), en la cual pida a nuestro Señor remedio para todas sus necesidades, así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues, para que su oración sea eficaz, ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar, las cuales, contándolas brevemente, son: atención, devoción, humildad y perseverancia, y, sobre todas, fe y confianza, según aquello del Salvador, que dice: *Cualquiera cosa que pidiéredes, creed que la recibiréis, y darse os ha* (Mc 11,24). Con la oración, quiere el Apóstol que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos (cf. Ef 5,20; Col 4,2; Flp 4,6), que es el sacrificio de las alabanzas divinas que Dios tan encarecidamente pide en el salmo 49. Pues ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la devoción y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demás de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar, pues, como dice el santo Job, toda la vida es una tentación prolija ⁶ (cf. Job 7,1). Y san Pedro dice que nuestro *adversario, como león rabioso, nos cerca por todas partes, buscando a quién trague* (1 Pe 5,8). Y el apóstol san Pablo encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo [*resistirlo*] (cf. Ef 6,11ss); el cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos, unas veces con pensamientos de blasfemia, otras con tentaciones de la fe, otras con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales, y otras veces más disimuladamente, dándonos a beber la ponzoña azucarada, que es representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues, si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos (donde suele peligrar la navecica de la inocencia), y no supiere siquiera medianamente los remedios destes peligros, ¿qué puede esperar, sino dar al través a cada paso y caer en el abismo de los pecados? Navegamos también en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta, y otras con bonanza; quiero decir, unas veces con prosperidades, y otras con adversidades. De las cuales, las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan y hacen olvidar de Dios; mas las otras, como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces a impaciencia, otras a desconfianza, otras a tristeza desordenada, otras a

⁶ Según Vulgata, *militia est vita*, una *milicia* o guerra continuada; según los LXX, *πειρατήριον ἐστὶν ὁ βίος*, una *tentación* o lugar de tentación, donde el hombre siempre está en peligro de pecar.

quejarnos de la divina providencia, y otras a deseos de venganza. Pues, si el que procura ser buen cristiano, no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destos dos tan ordinarios peligros? Y ¿quién le proveerá más fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son también para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandemente necesarias, que son: amor de Dios, aborrecimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia y temor de su justicia; en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvación. Y llámense estas virtudes *afectivas*, porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues, como esta sea una potencia ciega (que no se mueve a ninguno destos afectos, sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ello), de aquí es que ha menester el buen cristiano saber lo que a cada cosa destas le puede mover. Porque, aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, mas debe el hombre ayudarse por su parte, y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le puedan mover. Y, pues esta materia es muy copiosa, ¿cuánto aprovechará a un buen cristiano saber algunas consideraciones que a cada una destas virtudes lo puedan mover? Lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina.

Mas dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. A lo cual respondo que a quien parece que basta ser cristiano con sola fe, y sin tener cuenta con la vida, todo esto parecerá mucho; mas a quien lo quiere ser en la pureza de la conciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no sólo esto no parecerá mucho, mas antes la experiencia de los peligros y tentaciones y ocasiones del mundo le enseñarán que todo esto, y más, le es necesario; pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso todas las cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

IV. Respóndese a algunas objeciones

Mas alguno, por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya lección de buenos libros. A lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones; y, según dice san Gregorio, así como los sermones cuando son muchos se desestiman, así cuando son muy pocos aprovechan poco (*Moral.*, 8,24; 30,35). Y, demás desto, los predicadores comúnmente no descenden a estas particularidades susodichas, sino, cuando mucho, tratan en común de las virtudes; y la doctrina moral es poco provechosa cuando es común y general. Y, allende desto, muchos sermones hay que más son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que, de leer buenos libros, toman motivo algunos para desestimar los sermones, o para no oírlos. A esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y, si algunos hacen eso, más será culpa de su soberbia, que de la buena doctrina; y, por la culpa de unos pocos soberbios, no es razón que sean defraudados de la buena lección los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lección para entregarse tanto a los ejercicios espirituales, que vienen a descuidarse de la gobernación de sus casas y familias, y del servicio que deben a sus padres o maridos. A esto se responde que ninguna cosa condena más la buena doctrina, que este desorden; porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación a las de devoción, y las de precepto a las de consejo, y las necesarias a las voluntarias, y las que Dios manda a las que el hombre por su devoción propone. De manera que este desorden más procede de la persona, que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lección toman muchos ocasión para algunos errores. A esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta, de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los evangelios y epístolas de san Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido, presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el apóstol san Pedro, haciendo mención de las epístolas de san Pablo, dice que *hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender*, de que tomaron ocasión algunos malos hombres para fundar sus errores (2 Pe 3,16). Y añade más: que de todas las Santas Escrituras pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas para dar color a sus errores. Y, allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéramos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas, pues muchas mujeres mueren de parto, y otras, a manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas, pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas, porque cada día se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar, pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padecen en ella. No haya estudios de teología, pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus herejías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo, que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y ¿qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia, y de la pasión de Cristo, nuestro Salvador —que son las causas principales de todo nuestro bien—, toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose a estas prendas? A todo esto añado una cosa de mucha consideración. Pregunto: ¿Qué cosa más poderosa para convencer todos los entendimientos y traerlos a la fe, que la resurrección de Lázaro, de cuatro días enterrado y hediondo, al cual resucitó el Salvador con estas palabras: *Lázaro, sal fuera?* (Jn 11,43). Y esto bastó para que ni las fuerzas de la muerte, ni las ataduras de pies y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues ¿qué corazón pudiera haber tan obstinado que, con esta tan grande maravilla, no quedara asombrado y rendido a la fe de aquel Señor? Mas, ¡oh increíble malicia del corazón humano!, esta tan espantosa maravilla no sólo no bastó para convencer el corazón de los pontífices y fariseos, mas antes de aquí tomaron ocasión para condenar a muerte al obrador de tan grande milagro; y, no contentos con esto, trataban de matar a Lázaro, porque muchos, por esto, venían a creer en el Salvador. Pues, si la malicia humana es tan grande que de aquí sacó motivo para tan gran mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los malos pervierten las cosas buenas, y las tuercen y aplican a sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena, que carezca de inconvenientes, más ocasionados por el abuso de los hombres, que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razón que, por el desorden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fruto de la buena doctrina. Lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en *la parábola de la cizaña*, donde dice que, preguntando los criados al padre de familia si arrancarían aquella mala yerba, porque no hiciese daño a la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podría ser que, arrancando la mala yerba, a vueltas della arrancasen la buena (cf. Mt 13,24-30). En la cual parábola nos enseña que **ha de ser tan privilegiada la condición de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar a cuenta de no ser ellos agraviados.**

A todo esto añado que la doctrina sana no sólo no da motivos para errores, mas antes ella es la que más nos ayuda a la firmeza y confirmación de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo General de la Santa Inquisición destes reinos de Portugal, la cual sirve grandemente para conocer el fruto de la buena lección, y el daño de la mala. Contó, pues, este señor, que vino a pedir misericordia al Santo Oficio, por su propia voluntad, sin ser acusado, un hombre, el cual confesó que, dándose a leer malos libros, vino a perder de tal manera la fe, que tenía para sí que no había más que nacer y morir;

mas que, después, por cierta ocasión que se ofreció, o porque la divina providencia lo ordenó, comenzó a leer por libros de buena doctrina, y, dándose mucho a esta lección, vino a salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdón della, y lo alcanzó. Esto quísolo escribir aquí en favor y testimonio del fruto de la buena lección. Otra cosa no menos verdadera, ni menos digna de ser notada, me contó Don Fernando Carrillo, siendo embajador en este reino. El cual me dijo que un moro cautivo, por nombre creo que Hamete, tenía el *Libro de la oración y meditación*, y leía muchas veces por él; de lo cual se reían los criados de casa, y le preguntaban: «Hamete, ¿qué lees tú ahí?»; y él respondía: «Dejar a mí». Finalmente, continuando la lección, aquel Señor que alumbró al eunuco de la reina de Etiopía, leyendo por Isaías (cf. Hch 8,26ss), alumbró también a este, y él mismo, finalmente, vino a pedir el santo Bautismo y hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos, y lo demás que está dicho, claramente nos dan a entender cuánto ayuda la buena doctrina, no menos a la confirmación de la fe, que a toda otra virtud.

La conclusión de todo este discurso es que las leyes y el buen juicio no miran lo particular, sino lo común y general; conviene saber, no lo que acaece a personas particulares, sino lo que toca generalmente al común de todos, los cuales no es razón que pierdan por el abuso y desorden de los pocos. Ni tampoco mira a los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños; como se ve en la navegación de la mar, porque, si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegación.

Mas pido aquí perdón al cristiano lector de haber extendídome tanto en esta materia. Porque esto hice para que se viese claramente la necesidad que tenemos de buena lección, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos, que sienten lo contrario. Y, allende desto, poco nos podía aprovechar esto que aquí agora determino escribir, si se tuviese por inútil o dañosa la lección de la doctrina escrita en lengua común. Servirá este nuestro *Preámbulo*, como el *Prólogo* de san Jerónimo, que llaman *Galeato* (en el cual aprueba su traslación de las Santas Escrituras), para defensa, no sólo del libro presente, sino también de los que nos y otros autores han escrito en lengua vulgar.

LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

EN EL CUAL SE TRATA DE
LA CONSIDERACIÓN DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE NUESTRA FE.
CON OTROS TRES BREVES TRATADOS
DE LA EXCELENCIA DE LAS PRINCIPALES OBRAS PENITENCIALES,
QUE SON LIMOSNA, AYUNO Y ORACIÓN

[196]

Prólogo y argumento deste libro

Oración, propiamente hablando, es una petición que hacemos a Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Mas tórnase también oración en otro sentido más largo, por cualquier levantamiento del corazón a Dios; y según esto, la meditación y contemplación y cualquier otro buen pensamiento se llama oración. Y desta manera usamos aquí deste vocablo; porque la principal materia deste tratado es de la meditación y consideración de las cosas divinas y de los misterios principales de nuestra fe.

Lo que me movió a tratar esta materia fue tener entendido que una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo es falta de consideración, como lo significó el profeta Jeremías, cuando dijo: *Asolada y destruida está toda la tierra, porque no hay quien se pare a pensar con atención las cosas de Dios* (Jer 12,11) ¹. De lo cual parece que la causa de nuestros males no es tanto falta de fe, cuanto de consideración de los misterios de nuestra fe. Porque, si esta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor dellos que atenta y devotamente se considerase sería grande freno y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendría manos para hacer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del cielo y con pena perdurable?

Por do parece que, aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones a lo bueno, mas como muchos de los cristianos nunca se ponen a considerar lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrían obrar. Porque así como dicen los médicos que para que las medicinas aprovechen es menester que sean primero actuadas y digeridas en el estómago con calor natural, porque de otra manera ninguna cosa aprovecharían, así también, para que los misterios de nuestra fe sean provechosos y saludables, conviene que sean primero actuados y digeridos en nuestro corazón con el calor de la devoción y meditación, porque de otra manera muy poco aprovecharán ². Y por falta desto vemos a cada paso muchos cristianos muy enteros en la fe, y muy rotos en la vida, porque nunca se paran a considerar qué es lo que creen. Y así se tiene la fe como en un rincón del arca, o como la espada en la vaina, o como la medicina en la botica, sin servirse della para lo que es. Crean así, a bulto y carga cerrada, lo que tiene la Iglesia; creen que hay juicio, pena y gloria, para buenos y malos. Mas ¿cuántos hallarás que se paren a pensar qué tal haya de ser este juicio, esta pena y esta gloria, con lo demás?

Pues por esta causa nos es también encomendada en las Escrituras Sagradas la continua consideración y meditación de la ley de Dios y de sus misterios, que es el estudio de

¹ «Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde».

² «Meditar lo que se lee conduce a apropiárselo confrontándolo consigo mismo» (CEC 2706).

la verdadera sabiduría. Si no, mira cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel gran profeta y amigo de Dios, Moisés, cuando dice: *Poned estas mis palabras en vuestros corazones y traedlas atadas como por señal en las manos, y enseñadlas a vuestros hijos, para que piensen en ellas. Cuando estu- [197] vieres asentado en tu casa o anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares, pensarás y rumiarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa, para que siempre las traigas ante los ojos* (Dt 6,6-9). ¿Con qué palabras se podía más encomendar la continua meditación y consideración de las cosas divinas, que con estas? Pues no menos encomienda este mismo ejercicio Salomón en sus Proverbios, donde quiere que traigamos siempre la ley de Dios como una cadena de oro echada al cuello (cf. Prov 1,9), y que de noche nos acostemos con ella, y a la mañana, en despertando, luego comencemos a platicar con ella. Bienaventurado el que así lo hace; y por tal nos lo da el Eclesiástico, cuando dice: *Bienaventurado el hombre que mora en la casa de la Sabiduría y piensa en la ley y mandamientos de Dios, y considera con toda atención y sentido sus misterios; el que anda con cuidado en busca de la sabiduría y se para en sus caminos y se pone a escuchar por entre sus puertas, y arrima su bordón a las paredes della y a par dellas edifica su casa* (Eclo 14,20-25). Pues ¿qué es todo esto, sino explicarnos el Espíritu Santo por todas estas metáforas el ejercicio continuo y la perpetua consideración con que el justo anda siempre escudriñando las obras y maravillas de Dios? Y por esta misma causa, entre las alabanzas del varón justo, se pone por una de las más principales que *pensará en la ley del Señor día y noche* (Sal 1,2); y asimesmo que *morará en lo escondido de las parábolas* (Eclo 39,3) ³: dando a entender que todo su trato y conversación será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Y por esta misma causa son tantos los ojos con que se nos representan aquellos misteriosos animales de Ezequiel (cf. Ez 1,18), para denotar cuánta mayor necesidad tiene el varón justo de la continua consideración y vista de las cosas espirituales, que de otros muchos ejercicios.

Todo esto declara bien cuán grande sea la necesidad que tenemos deste ejercicio, y, por consiguiente, cuán desatinados andan los que desprecian o hacen poco caso del ejercicio de la oración y meditación, pues no entienden que esto es contradecir y deshacer lo que el Espíritu Santo con tan grandes encarecimientos nos encomienda. Estos deberían leer aquellos cinco libros *De la consideración* que san Bernardo escribió al papa Eugenio, y allí verían lo que importa este ejercicio para alcanzar tanto bien.

Pues por esta causa muchas personas católicas y religiosas, entendido el gran provecho que desta piadosa meditación se sigue, procuran de ejercitarse en ella ordinariamente y tener para esto señalados y diputados sus tiempos; las cuales muchas veces se enfrían y desisten desta obra tan santa por dos dificultades que hallan en ella: la una es falta de materia y de consideraciones en que poder ocupar su pensamiento en aquel tiempo, y la otra es falta de calor y devoción, que es menester que acompañe este ejercicio para que sea fructuoso; en lugar de lo cual muchas veces hay gran sequedad de corazón y mucha guerra de pensamientos. Pues para remedio destes dos inconvenientes se ordenó la presente escritura, la cual por eso va repartida en dos partes principales. En la primera de las cuales, para remedio del primero, se trata de la materia de la oración o meditación, en la cual se ponen catorce meditaciones para todos los días de la semana, que tratan de los principales lugares y misterios de nuestra santa fe, y, señaladamente, de aquellos cuya consideración es más poderosa para enfrenar nuestros corazones e inclinarlos más al amor y temor de Dios y aborrecimiento del pecado. Asimismo se trata en ella de las partes deste ejercicio, que son cinco, conviene saber: preparación, lección, meditación, hacimiento de gracias y petición; para que así tenga el hombre mucha variedad de cosas en que ocupar su corazón y con que des- [198] pertar el gusto de la devoción, y, finalmente, con que alumbrar y enseñar su

³ «In absconditis parabolarum conversabitur».

entendimiento con diversas consideraciones y doctrinas. Y, demás desto, también se trata en ella de seis géneros de cosas que se deben considerar en cada uno de los pasos de la pasión del Salvador, para que esto, con todo lo demás, nos sea copiosa materia de meditación. Estas tres cosas se tratan en la primera parte, para remedio del primer inconveniente que dijimos.

En la segunda, para remedio del segundo, se trata de las cosas que ayudan a la devoción y de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes que suelen padecer las personas devotas; y asimismo se dan algunos avisos para no errar este camino. Estos cuatro artículos se tratarán en la segunda parte.

Después desta se añadió la tercera —que sale ya desta necesidad susodicha—, en la cual se trata de la virtud de la oración y de dos compañeras suyas, que son ayuno y limosna, para que, pues en todo el libro se trata de la oración y de las cargas que por ella se deben llevar, entienda el hombre por aquí cuán bien empleado sea el trabajo que sirve para alcanzar cosa de tanto provecho.

Podrá, por ventura, ofenderse el cristiano lector con la prolijidad de las meditaciones que aquí van señaladas para los días de la semana, pero esto tiene muchas respuestas. La primera es que, como en ellas se tratan los principales lugares y misterios de nuestra fe, cuya consideración es tan gran remedio de nuestra vida, aquí principalmente convenía cargar la mano, por el gran fruto que de aquí se podía seguir; porque no sólo pretendemos en este libro dar materia de meditación, sino mucho más **el fin de esa meditación, que es el temor de Dios y la enmienda de la vida**; para lo cual, una de las cosas que más aprovechan es la profunda y larga consideración de los misterios que en ellas se tratan. Porque, en hecho de verdad, estas catorce meditaciones son otros tantos sermones en los cuales se da una como batería al corazón humano para rendirlo, en cuanto fuese posible, y entregarlo en manos de su legítimo y verdadero Señor.

Esta fue la primera causa de la prolijidad, si así se puede llamar. Y, demás desto, no veo yo por qué se deba quejar el convidado de que le pongan la mesa llena de muchos manjares, pues no le obligan por eso, como en tormento, a que dé cabo de todos ellos, sino que, entre muchas cosas, escoja la que más hiciere a su propósito. Y, sobre todo esto, porque menos ocasión hubiese de querella, se puso la suma de toda la meditación al principio, para que el que no quisiese pasar adelante tuviese allí, en breve, lo necesario para la hora de su ejercicio.

COMIENZA EL LIBRO DE LA ORACIÓN Y CONSIDERACIÓN

PRIMERA PARTE QUE TRATA DE LA MATERIA DE LA CONSIDERACIÓN

Capítulo I. De la utilidad y necesidad de la consideración

Porque en el ejercicio de la consideración no puede dejar de haber trabajo, así por la ocupación del tiempo que cada día nos pide, como por la quietud y recogimiento del corazón que para él se requiere ⁴, parece que será necesario ante todas cosas declarar aquí los provechos grandes que se siguen deste ejercicio; para que el corazón humano, que sin grandes promesas no se mueve a grandes trabajos, se pueda mover al amor y uso dél.

Pues la mayor alabanza que podemos dar a esta virtud es ser ella una gran ayudadora de todas las otras virtudes; no para suplir el oficio dellas, sino para ayudarlas en su ejercicio. De suerte que así como la devoción es un estímulo y despertador general para toda virtud, como dice santo Tomás (cf. *Sth.* II-II q.82 a.2), y el oír sermón —si se oye con aquella atención y devoción que él merece ser oído— es también un ejercicio que nos mueve, no a una virtud sola, sino a toda virtud —pues a esto se endereza la buena doctrina—, así también la consideración es una grande ayuda, no para una virtud sola, sino para todo género de virtud. Porque no hay más diferencia entre el sermón y la consideración, que entre la lección y la consideración de esa misma lección, o que entre el manjar puesto en un plato y el mismo digerido y cocido en el estómago. Pues esta es una de las mayores y más seguras alabanzas que podemos dar a esta virtud; porque desta manera no se echa fuera el trabajo de las otras virtudes, sino provéese de quien las ayude en su trabajo y las provoque a trabajar. Pues esto es lo que, con el favor de Dios, pretendemos ahora probar muy a la clara en este lugar.

Para cuyo entendimiento es de saber que, entre las virtudes, unas hay que son comunes al cristiano con el filósofo gentil (como son aquellas cuatro que llaman cardinales: *prudencia*, *justicia*, *fortaleza* y *templanza*; de las cuales los filósofos alcanzaron y escribieron mucho), y otras hay que son propias del cristiano en cuanto cristiano (de que nada supieron ni escribieron los filósofos; o muy poco). Estas son, primeramente, aquellas tres nobilísimas virtudes que se llaman teologales: *fe*, *esperanza* y *caridad*, que tienen por objeto a Dios y ordenan el hombre para con él, las cuales tienen el imperio y mando sobre todas las otras virtudes inferiores, y así las llaman y despiertan a sus operaciones cuando cumple para su servicio. Tras estas vienen otras muy principales y excelentes virtudes, que son vecinas a estas, cual es la virtud que llaman *religión*, que tiene por objeto el culto de Dios; y la

⁴ «La oración es un don de la gracia y una respuesta decidida por nuestra parte. Supone siempre un esfuerzo. Los grandes orantes de la Antigua Alianza antes de Cristo, así como la Madre de Dios y los santos con Él nos enseñan que la oración es un combate. ¿Contra quién? Contra nosotros mismos y contra las astucias del Tentador que hace todo lo posible por separar al hombre de la oración, de la unión con su Dios. Se ora como se vive, porque se vive como se ora. El que no quiere actuar habitualmente según el Espíritu de Cristo, tampoco podrá orar habitualmente en su Nombre. El “combate espiritual” de la vida nueva del cristiano es inseparable del combate de la oración» (CEC 2725).

devoción, que es acto de la misma religión, que nos hace ligeros y prontos para todas las cosas de su servicio; y el *temor de Dios*, que nos aparta y refrena del mal; y la *humildad*, que también, en su manera, es raíz y fundamento de todas las virtudes, como dice santo Tomás (cf. *Sth.* II-II q.161 a.5); y la *penitencia*, que es la puerta de nuestra salud, a la cual pertenece el dolor de lo pasado y el propósito y enmienda de lo venidero. De todas estas virtudes, muy poco o nada alcanzaron los filósofos, con ser ellas las que tienen el señorío y principado sobre todas las otras, y las que son raíces y fuentes de todo nuestro bien. Lo uno, porque por la mayor parte son virtudes espirituales, que tienen el cumplimiento de su perfección en lo íntimo de nuestra ánima, donde está toda la hermosura de la hija del rey (cf. Sal 44,14)⁵; y lo otro, porque todas ellas, excepto la fe, son virtudes afectivas, y, por consiguiente, nos son grandes estímulos y despertadores para bien obrar. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia de la divina gracia, porque así como la naturaleza nos proveyó de afectos y deseos naturales que fuesen unas como espuelas para despertarnos a hacer todo lo que convenía para la vida natural, así también la gracia nos proveyó de otros afectos sobrenaturales que nos fuesen también estímulos y despertadores para lo que convenía a la vida espiritual. Y estas son aquellas virtudes que dijimos: amor, dolor, temor, esperanza, con las demás; sin las cuales, la vida espiritual fuera como un barco sin remos o un navío sin velas, porque no tuviera quien las moviera a bien obrar. Y aun desto teníamos mayor necesidad en esta vida que en la otra, porque, como el camino de la virtud sea tan áspero y dificultoso, ¿qué fuera de nosotros, si no tuviéramos estas espuelas de amor, de temor y de esperanza, que nos espolearan e hicieran andar por él? Pues por esta causa son tan alabadas estas virtudes, porque, demás de ser ellas tan principales, como dicho es, son tan grandes estímulos e incentivos para bien obrar.

Supuesto, pues, este fundamento, digo que las mayores alabanzas que damos a la virtud de la consideración es ser ella una grande ministra y ayudadora de todas estas virtudes, así de las [200] unas como de las otras, según que ahora declararemos. Por donde también se verá que, si esta virtud es muy alabada, no lo es tanto por lo que es en sí, cuanto por el servicio y provecho que hace a otras.

Pues, comenzando primeramente por la **fe**, ya se ve que es esta el primer principio y fundamento de toda la vida cristiana. Porque la fe nos hace creer que Dios es nuestro criador, gobernador, redentor, santificador, glorificador, y, finalmente, nuestro principio y nuestro último fin. Ella es la que nos enseña cómo hay otra vida después desta, y juicio universal de todas nuestras obras, y pena y gloria perdurable para buenos y malos. Pues claro está que la fe y crédito destas cosas enfrena los corazones de los hombres y los hace estar a raya y vivir en temor de Dios. Porque, a no estar esto de por medio, ¿qué sería de la vida de los hombres? Y por esto dijo el Profeta que el justo vivía por la fe (cf. Hab 2,4); no porque ella baste para darnos vida, sino porque con la representación y consideración de las cosas que ella nos enseña nos provoca a apartar del mal y seguir el bien. Y por esto mesmo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas encendidas del enemigo (cf. Ef 6,16), porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado, que traer a la memoria lo que la fe nos tiene contra él revelado.

Mas para que esta fe obre en nosotros este efecto es menester que algunas veces nos pongamos a rumiar y considerar con un poco de atención y devoción eso que nos enseña la fe. Porque, no habiendo esto, parece que la fe nos sería como una carta cerrada y sellada, que, aunque vengan en ella nuevas de grandísima pena o alegría, no nos mueve a lo uno ni a lo otro, como si nada hubiésemos recibido, porque no hemos abierto la carta ni mirado lo que viene en ella. Pues ¿qué cosa se puede decir más a propósito de la fe de los malos, que esta? Porque no pueden ser cosas de mayor espanto y alegría que las que nos predica nuestra fe;

⁵ «Omnis gloria eius filiæ regis ab intus». (San Jerónimo pone *intrinsecus*.)

mas como los malos nunca abren esta carta para ver lo que viene en ella, quiero decir, como nunca se acuerdan destos misterios, o pasan tan de corrida por ellos, no causan en ellos esta manera de sentimiento y alteración. Conviene, pues, que algunas veces abramos esta carta y la leamos muy despacio y miremos con atención lo que en ella se nos enseña; lo cual se hace mediante el oficio de la consideración, porque ella es la que desencierra lo encerrado y despliega lo encogido y aclara lo oscuro. Y, así, esclareciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, inclina nuestra voluntad, cuanto es de su parte, a vivir conforme a ellos. Este oficio figuró Dios en la ley singularmente, cuando entre las condiciones del animal limpio puso una, que fue rumiar lo que comía (cf. Lev 11,3). Pues claro está que poco hacía esto al caso para ser el animal limpio o no limpio, y poco cuidado tenía de eso Dios; mas quiso representarnos en esto la condición y oficios de los animales espiritualmente limpios, que son los justos, los cuales no se contentasen con comer las cosas de Dios, creyéndolas por la fe, sino rumiándolas también, después de comidas, por la consideración, y escudriñando los misterios que creyeron, y entendiendo el tomo y la grandeza dellos; repartiendo luego este manjar por todos los miembros espirituales del ánima, para sustentación y reparo della.

De suerte que, mirando bien este negocio, hallaremos que así como el grano de la simiente del árbol, aunque virtualmente contiene dentro de sí la sustancia del árbol, todavía tiene necesidad de la virtud e influencias del cielo y del beneficio y riegos de la tierra, para que salga a luz lo que allí estaba encerrado y, poco a poco, se vaya haciendo árbol, así también decimos que, aunque la fe sea la primera simiente y origen de todo nuestro bien, todavía debe ser ayudada con este beneficio de la consideración, para que por ella, mediante la caridad, salga a luz el árbol verde y fructuoso de la buena vida que en ella virtualmente se contenía ⁶.

II. No menos también ayuda a la virtud de la **esperanza**, que es un afecto de nuestra voluntad, que tiene su motivo y raíz en el entendimiento (cf. *Sth* II-II q.18 a.1), como claramente nos lo muestra el Apóstol, diciendo: *Todas las cosas que están escritas fueron escritas para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolación que nos dan las Escrituras tengamos esperanza en Dios* (Rom 15,4). Porque esta es la fuente donde el justo coge el agua de refrigerio con que se esfuerza a esperar en Dios. Porque, primeramente, ahí ve la grandeza de los servicios y merecimientos de Cristo, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Ahí ve en mil lugares expresada y declarada la grandeza de la bondad, de la suavidad y de la majestad de Dios, la providencia que tiene de los suyos, la benignidad con que recibe a los que se acogen a él y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar a los que pusieren su esperanza en él. Ve que ninguna otra cosa más a menudo repiten los salmos, prometen los profetas y cuentan las historias desde el principio del mundo, sino los favores, regalos y beneficios que continuamente el Señor hizo a los suyos, y cómo los ayudó y valió en todas sus angustias, cómo ayudó a Abrahán en todos sus caminos, a Jacob en sus peligros, a José en su destierro, a David en sus persecuciones, a Job en sus enfermedades, a Tobías en su ceguera, a Judit en su empresa, a Ester en su petición y a los nobles Macabeos en sus batallas y triunfos, y, finalmente, a todos cuantos con humilde y religioso corazón se encomendaron a él. Estas y otras son las cosas que esfuerzan a nuestro corazón en los trabajos y lo hacen esperar en Dios. Pues ¿qué hace aquí la consideración? Toma esta medicina en las [201] manos y aplícala al miembro flaco y enfermo que la ha menester. Quiero decir, trae todas estas cosas a la memoria y represéntalas a nuestro corazón, y escudriña y tantea la grandeza destas prendas y misericordias de Dios, y con esto lo anima y esfuerza para que no desmaye, sino que también él ponga su esperanza en aquel Señor que nunca faltó a quien de todo corazón se acogió a él. ¿Ves, pues, cómo la consideración es ministra de la

⁶ «La meditación es, sobre todo, una búsqueda. El espíritu trata de comprender el porqué y el cómo de la vida cristiana para adherirse y responder a lo que el Señor pide» (CEC 2705).

esperanza, y cómo le sirve y pone delante todo lo que la ha de esforzar? Mas, quien ninguna cosa destas considera, ni tiene ojos para ver nada desto, ¿con qué podrá esforzar y animar esta virtud, para que le valga en sus trabajos?

III. Después de la esperanza se sigue la **caridad**; de cuyas alabanzas no se puede hablar con pocas palabras, porque ella es la más excelente de las virtudes, así teologales como cardinales; ella es vida y ánima de todas ellas. Ella es el cumplimiento de toda la ley; porque, como dice el Apóstol, *el que ama, cumplido tiene con la ley* (Rom 13,8). Ella es la que hace el yugo de Dios suave, y su carga, liviana. Ella es la medida por donde se ha de medir la porción de la gloria que se nos ha de dar. Ella es la que agrada a Dios y por quien le es agradable todo lo que le es agradable, pues, sin ella, ni la fe ni la profecía ni el martirio tiene precio delante dél. Esta es, finalmente, la fuente y origen de todas las otras virtudes, por razón del imperio y señorío que tiene para mandarlas y hacerles usar de sus oficios, como el mismo Apóstol lo confirma, diciendo: *La caridad es paciente y benigna; no es envidiosa, no hace mal a nadie, no es soberbia, no [es] ambiciosa, no busca sus intereses, no se ensaña, no piensa mal, no se goza de la maldad, y huélgase de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo lleva* (1 Cor 13,4-7).

Pues, para alcanzar esta joya tan preciosa, aunque ayudan todas las virtudes y obras buenas, mas señaladamente sirve la consideración. Porque cierto es que nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante alumbrándola y enseñándola lo que ha de querer y cuánto lo ha de querer; y también es cierto que, como dice Aristóteles, «el bien es amable en sí, mas cada uno ama su propio bien». Pues, para que nuestra voluntad se incline a amar a Dios, es menester que el entendimiento vaya delante declarándole y ponderándole cuán amable sea Dios en sí y cuánto lo sea también para nosotros, esto es, cuánto sea la grandeza de su bondad, de su benignidad, de su misericordia, de su hermosura, de su dulzura, de su mansedumbre, de su liberalidad, de su nobleza y de todas las otras perfecciones suyas, que son innumerables; y después desto, cuán piadoso haya sido para con nosotros, cuánto nos amó, cuánto por nuestra causa hizo y padeció, dende el pesebre hasta la cruz, cuántos bienes nos tiene aparejados para adelante, cuánto nos hace de presente, de cuántos males nos ha librado, con cuánta paciencia nos ha sufrido y cuán benignamente nos ha tratado; con todos los otros beneficios suyos, que también son innumerables. Y, considerando y ahondando mucho en la consideración destas cosas, poco a poco se va encendiendo nuestro corazón en amor de tal Señor. Porque, si aun las bestias fieras aman a sus bienhechores, y si las dádivas, como suelen decir, quebrantan peñas, y si, como dijo un filósofo, «el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones», ¿qué corazón habrá tan duro ni tan de fiera que, considerando la inmensidad y grandeza de todos estos beneficios, no se encienda en amor de quien se los dio?

Júntase también con esto que, considerando el hombre estas cosas y haciendo con el favor divino lo que es de su parte, hace Dios también lo que es de la suya, que es mover a quien se mueve y ayudar a quien se ayuda, favoreciendo nuestra consideración con la lumbre del Espíritu Santo y con el don del entendimiento; el cual, cuanto más penetra y entiende todas estas razones de amor, tanto nos enciende más en ese amor. Porque así como aquella Luz eterna y Palabra del Padre no es palabra estéril, sino palabra fecunda, que juntamente con el Padre produce al Espíritu Santo, que es amor consustancial, así también lo hace esta Luz y Palabra de Dios en nuestros corazones, encendiendo y soplando en ellos este amor.

Esto aun se confirma y declara más por otra razón. Porque claro está que, aunque esta virtud crezca, como dijimos, con los actos de todas las otras virtudes hechas en gracia, pero señaladamente crece con sus propios actos, cuando son vehementes, como dice santo Tomás (*Sth.* II-II q.24 a.6). Porque así como escribiendo bien y con cuidado se hace un escribano, y pintando se hace pintor, y tañendo tañedor, así también amando se hace amador. Quiero decir

que así como el uso de escribir bien hace a un hombre escribano, etc., así también **el uso, ejercicio y continuación de amar mucho a Dios viene a hacer un hombre grande amador de Dios**. Porque, dado caso que esta habilidad y virtud celestial sea don de Dios y cosa que él infunde y obra en nuestras ánimas, todavía obra él esto por este medio, queriendo así que las virtudes infusas como las adquisitas ⁷ crezcan con el ejercicio de sus actos; aunque en diferente manera. Donde se infiere que cuanto uno más multiplicare actos de amor, cuanto más se ejercitare en esta virtud, mientras más durare y perseverare en esta obra de amor, más se arraigará y fortificará en él este don celestial. Pues, esto, ¿cómo se puede hacer sin el oficio de la consideración? ¿Cómo puede estar la voluntad amando, sin que el entendimiento la esté soplando y atizando y descubriendo causas de amor? Porque así [202] como de dos caballos que van en carro no puede el uno dar paso sin el otro, así estas dos potencias de tal manera están entre sí trabadas, que ordinariamente no puede la una dar paso sin la otra; a lo menos la voluntad sin el entendimiento. Ves, pues, cuán intrínseco y cuán anexo sea el oficio de la consideración al amor de Dios; pues nunca apenas puede el hombre estar amando, sin que esté considerando o sin que haya considerado cosas que le muevan a este amor.

Y no sólo para el acrecentamiento desta virtud, sino también para la conservación della es menester que no falte alguna consideración; esto es, no sólo para que crezca, sino también para que no desfallezca entre tantas contradicciones y ofensivos como tiene en esta vida. Vemos que el pece fuera del agua luego se muere, y una gota de agua fuera de la mar muy presto se seca, y el fuego fuera de su región más presto se acaba, si no hay cuidado de cebarlo muchas veces con leña para que así se conserve. Pues esto mesmo ha menester también el fuego de la caridad para conservarse en esta vida, donde está como extranjera y peregrina; y la leña con que se conserva es la consideración de los beneficios de Dios y de sus perfecciones, porque cada una destas cosas bien consideradas es como un leño o un tizón que atiza y enciende nuestros corazones con este fuego de amor. Por lo cual nos conviene cebar muchas veces este fuego con esta leña, para que así nunca desfallezca en él esta divina llama, como lo figuró Dios en la ley, cuando dijo: *En mi altar* —que es el corazón del justo— *siempre habrá fuego. Y para esto se tendrá cuidado cada día por la mañana de cebarlo con leña*, que es con la consideración de todas estas cosas (Lev 6,5), para que así se pueda siempre conservar. Y así dice el salmo: *Con mi meditación y consideración se encenderá más el fuego* (Sal 38,4) ⁸, conviene saber, de la caridad.

Esta mesma necesidad se prueba aún por otra razón. Porque vemos que todas las habilidades y gracias, así naturales como adquisitas, así como crecen con el uso y ejercicio dellas, así también se olvidan con la falta dél. Lo cual vemos en las cosas, aun muy naturales y muy usadas. Porque ¿qué cosa más usada que la lengua con que el hombre nace y con que mamó la leche? Pues aun esta se viene por tiempo a olvidar, cuando no se usa. Y ¡qué digo la lengua!; pues acaece que, si el hombre ha estado cuatro o cinco meses en la cama enfermo, apenas acierta a andar cuando se levanta, con ser el andar una cosa tan natural y tan usada. Pues, si las habilidades tan naturales y tan ejercitadas padecen tanto detrimento cuando no se usan, ¿qué harán las sobrenaturales, que nos son como postizas y pegadizas? Y si la caridad y todas las otras virtudes infusas entran en esta cuenta, ¿qué será de nosotros, si por maravilla nos ocupamos y ejercitamos en ellas? Si por esta causa se pierde lo natural, ¿qué hará lo sobrenatural? Si se pierde lo que está aferrado en las entrañas, ¿qué hará lo que está preso como con alfileres?

Ítem, si es verdad que «todas las amistades se conservan y crecen con la comunicación, y se apagan con la falta della», como Aristóteles dice, ¿qué será de aquellos que ninguna comunicación tienen con Dios, que ni hablan con él ni él con ellos, ni piensan ni

⁷ Participios pasivos: infusas (act., infundidas), adquisitas (act., adquiridas).

⁸ «Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis». (*Incensus sum igne.*)

tratan sus cosas? ¿Ves, pues, hermano, cuánto nos importa el oficio de la consideración y comunicación con Dios, para la conservación desta virtud?

IV. Y no menos conviene también esto mismo para todas las otras virtudes afectivas, que dijimos. Entre las cuales, una muy principal es la **devoción**, la cual es una habilidad y don celestial que inclina nuestra voluntad a querer con grande ánimo y deseo todo aquello que pertenece al servicio de Dios; que es una de las cosas de que el hombre tenía mayor necesidad en este estado de la naturaleza corrupta. Porque por experiencia vemos que no pecan los hombres tanto por falta de entendimiento, cuanto de voluntad; quiero decir, no pecan tanto por ignorancia del bien, cuanto por la desgana que tienen de él. Pues, como este sea el principal impedimento que tenemos para el bien, nuestro principal cuidado había de ser buscar el remedio de él; para lo cual, una de las cosas que más nos ayudan es la devoción. Porque no es otra cosa devoción, sino un refresco del cielo y un soplo y aliento del Espíritu Santo, el cual rompe por todas estas dificultades, sacude esta pesadumbre, cura este disgusto de nuestra voluntad y pone sabor en lo desabrido; y así nos hace prontos y ligeros para todo lo bueno. Lo cual experimentan cada día los siervos de Dios cuando tienen alguna grande y señalada devoción, porque entonces se hallan más ganosos y alentados para todo trabajo, y entonces parece que se alegra y renueva la juventud de sus ánimas, y entonces experimentan en sí la verdad de aquellas palabras del Profeta, que dicen: *Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como de águila, correrán y no se cansarán, andarán y no desfallecerán* (Is 40,31).

Tiene también otra cosa la devoción, que es ser como una fuente y manantial de buenos deseos. Por donde en las Escrituras divinas se suele llamar *ungüento*, el cual se compone de muchas especies aromáticas, y así echa de sí muchos y muy suaves olores. Y lo mismo hace la devoción por el tiempo que dura en nuestro corazón, que toda ella se difunde en mil maneras de santos propósitos y deseos; y cuanto más estos crecen y se dilatan, tanto más descrecen los hedores de nuestro apetito, que son los malos deseos que proceden dél. Porque así como no se [203] siente tanto el mal olor en la casa del doliente cuando se quema allí algún poco de incienso o alguna otra especie olorosa, así no se siente tanto el olor destes malos deseos cuando dura el olor suavísimo deste unguento precioso. Y como sea verdad que todo el estrago de nuestra vida nazca de la corrupción y hedor deste apetito y de los malos deseos que nacen dél, con grandísima diligencia se debe procurar este unguento celestial, que tanta parte es para disminuir y menoscabar este tan grande mal.

Y de la manera que la consideración sirve a todo esto, así también sirve a todas las otras virtudes que arriba propusimos, que son **temor de Dios**, **dolor de los pecados**, **desprecio de sí mismo** (en que consiste la virtud de la humildad) y **agradecimiento de los beneficios divinos**. Porque, como ya dijimos, ningún buen afecto puede haber en la voluntad, que no proceda de alguna consideración del entendimiento. Porque ¿cómo puede uno tener dolor y contrición de sus pecados, sino considerando la fealdad y muchedumbre dellos, lo que se pierde por ellos, y el aborrecimiento que Dios tiene contra ellos, y cuán perdida y estragada queda un ánima por ellos? Ítem, ¿cómo podrá uno despertar su corazón a temor de Dios, sino considerando la alteza de su majestad, la grandeza de su justicia, la profundidad de sus juicios, la muchedumbre de sus pecados y otras cosas semejantes? ¿Cómo podrá humillarse de corazón y despreciarse, si no considera la muchedumbre de sus flaquezas, de sus enfermedades, de sus caídas, de sus miserias? Porque, si san Bernardo dice que «la humildad es desprecio de sí mismo» (el cual procede del conocimiento de sí mismo), cierto es que cuanto más el hombre con la consideración ahondare en este conocimiento y cavare en este muladar, tanto más de veras conocerá lo que es, y tanto más se despreciará y humillará. Pues el agradecimiento de los beneficios divinos (de donde nacen sus cantares y alabanzas, que es una principal parte de la verdadera religión), ¿de dónde procede, sino de la profunda

consideración dellos? Porque cuanto más el hombre con esta consideración penetra y entiende la grandeza dellos, tanto más se mueve a alabar y dar gracias a Dios de todo corazón por ellos. Callo aquí también el **menosprecio del mundo** y el **aborrecimiento del pecado**, y otros semejantes afectos virtuosos; los cuales, después de la gracia, es cierto que proceden desta consideración, que es el estímulo y despertador dellos, y es el olio con que se ceban las lámparas de todas estas virtudes y buenos afectos, y de otros semejantes.

V. Y no menos ayuda para esto mesmo la oración cuando se junta con la consideración, como ordinariamente suele acaecer, sino a veces mucho más; porque la consideración comúnmente no se ocupa más que en atizar uno destes afectos virtuosos, mas la oración, cuando es atenta, devota y va acompañada de espíritu y fervor, todas estas virtudes susodichas suele despertar. Porque, cuando el ánima se presenta a Dios con un gran deseo de aplacar su ira y pedirle misericordia, no hay piedra que para esto no menee, quiero decir, que no hay afecto santo de que para esto no se aproveche; como hace la madre que desea aplacar a su hijo, o la buena mujer a su marido cuando le siente enojado, que suele aprovecharse de todo cuanto para esto le puede ayudar. Porque allí el ánima religiosa se acusa delante de Dios, allí con el publicano se confunde y avergüenza por sus pecados (cf. Lc 18,13), allí propone la enmienda dellos, allí se humilla y teme ante aquella soberana Majestad, allí cree, allí espera, allí ama, allí adora, allí alaba, allí da gracias por todos los beneficios, allí ofrece a Dios sacrificio por sí y por todos sus prójimos. Todo esto pasa en la devota oración; y como sea verdad que los hábitos de las virtudes crezcan con el ejercicio de sus afectos, de aquí nace quedar el ánima con el ejercicio muy ennoblecida y perfeccionada en estas virtudes, como lo dice san Lorenzo Justiniano por estas palabras: «En el ejercicio de la oración se limpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortalecese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor».

De aquí nace ser este ejercicio convenientísimo para reformar el hombre sus costumbres y su vida y mudarse en otro hombre, como a la clara nos lo representó el Salvador en el misterio de su gloriosa transfiguración. Del cual escribe san Lucas que, estando haciendo oración en el monte, súbitamente se transfiguró de tal manera, que su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras pararon blancas como la nieve (cf. Lc 9,29). Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oración, si quisiera; mas quiso él, de propósito, que allí fuese, para mostrarnos en la transfiguración de su cuerpo la virtud que la oración tiene para transfigurar las ánimas, que es para hacerles perder las costumbres del hombre viejo y vestirse del nuevo, que es criado a imagen de Dios. Allí es donde se alumbrá el entendimiento con los rayos del verdadero Sol de justicia y donde se renuevan las vestiduras y atavíos del ánima y se paran más blancas que la nieve. Esto mismo es lo que significó Dios al santo Job cuando le dijo: *¿Por ventura por tu sabiduría muda las plumas el gavián, cuando bate sus alas al mediodía?* (Job 39,26)⁹. Grande maravilla es, por cierto, que sepa este ave desnudarse de las plumas viejas y vestirse de las nuevas, y que para esto busque el [204] aire caliente del mediodía, para que con su calor se dilaten los poros y con su movimiento se despidan las plumas viejas y se dé lugar a los cañones nuevos que comienzan a renacer. Mas ¿cuánto mayor maravilla es ver un ánima desnudarse de Adán y vestirse de Cristo, mudar las costumbres del hombre viejo y vestirse del nuevo? Pues esta tan maravillosa mudanza se hace cuando el ánima devota se convierte al mediodía y allí bate sus alas al aire. ¿Qué es convertirse al mediodía, sino levantar el espíritu a la consideración de aquella luz eterna y a los rayos de aquel verdadero Sol de justicia? ¿Y qué es batir sus alas al aire, sino estar allí

⁹ «Numquid per sapientiam tuam plumescit accipiter, expandens alas suas ad Austrum?».

suspirando y aleando con afectos y deseos del cielo, invocando y pidiendo con grandes ansias el favor y gracia de Dios? Pues entonces sopla el aire de mediodía, que es aquel celestial frescor del Espíritu Santo, y con su templado calor y dulce movimiento nos esfuerza y ayuda a echar fuera todas las plumas viejas del antiguo Adán, para que se dé lugar a las plumas nuevas de las virtudes y santos deseos que allí comienzan a renacer. Y esto es lo que por otras palabras significó el Eclesiástico cuando dijo: *Los que temen al Señor aparejarán sus corazones y santificarán sus ánimas delante dél* (Eclo 2,17) ¹⁰. Lo cual señaladamente se hace en el ejercicio de la devota oración; porque aquí es donde más familiarmente se presenta el ánima delante de Dios, como dice san Bernardo, y aquí es donde, llegándose aquella luz eterna, ve más claro sus defectos, y los llora y los acusa, y procura el remedio dellos, pidiendo al Señor su gracia y proponiendo de su parte la enmienda; y así, poco a poco, va santificando y enmendando su vida. ¿Ves, pues, cuánto sirve este ejercicio para alcanzar aquellas altísimas virtudes que dijimos ser propias del cristiano?

VI. Pues también ayuda en su manera a las otras cuatro virtudes que llaman cardinales, que son **prudencia, justicia, fortaleza y templanza**; como claramente lo dice san Bernardo en el libro *De la consideración* por estas palabras: «Primeramente, la consideración purifica y limpia la misma fuente de donde nace, que es el ánima; después desto, rige las pasiones naturales, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida, y, finalmente, da al hombre conocimiento de las cosas divinas y humanas. Esta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas y examina las aparentes y fingidas. Esta es la que ordena lo venidero y piensa lo pasado, proveyendo lo uno y llorando lo otro, para que ninguna cosa quede sin corrección y sin castigo. Esta es la que, en medio de las prosperidades, barrunta las adversidades, y así no desmaya cuando vienen, por haberlas antes prevenido con la consideración; de las cuales cosas, la una pertenece a la prudencia, y la otra, a la fortaleza. Esta es la que, asentada como juez para dar sentencia entre los deleites y las necesidades, señala su término a cada cual de las partes, dando a las necesidades lo que basta y quitando a los deleites lo que sobra, y, haciendo esto, cría y forma la virtud de la templanza, a la cual pertenece este oficio». Hasta aquí son palabras de san Bernardo, por las cuales ves cuán grande y cuán general ayuda sea esta para alcanzar estas virtudes.

Y no sólo ayuda para alcanzar las virtudes, sino también para resistir a los vicios, sus contrarios. Porque, dime: ¿Qué género de tentación hay contra quien no pelee el hombre con las armas de la oración y consideración? Porque, dado caso que sean para esto menester otras armas, como son ayunos, disciplinas, limosnas, asperezas corporales, evitar ocasiones de males y otras cosas semejantes, mas, para de presto, ¿qué arma se puede hallar más a la mano, que oración y consideración? ¿Con qué otras armas pelea y vence en estas batallas el varón justo? Si le acomete el pensamiento de la delectación carnal, escóndese todo en los agujeros de la piedra, que es en las llagas de Cristo crucificado. Si le combate la ira y el deseo de venganza, pónese a pensar en la paciencia y mansedumbre de Cristo y en aquellas dulces palabras con que pedía perdón en la cruz por aquellos que lo crucificaban. Si lo retienta la gula y el deseo de la cama blanda y de la vida regalada, alza los ojos a mirar la hiel y vinagre que por nosotros bebió aquella fuente de vida en la cruz, y la dura cama en que murió, y la aspereza de la vida que vivió. Cuando lo levanta y engrandece la soberbia, mira la grandeza de su humildad; cuando le enciende la codicia, considera el extremo de su pobreza; cuando le entorpece el sueño y la pereza, mira las vigiliias y trabajos de sus oraciones; cuando lo fatigan los trabajos presentes, considera la grandeza de los bienes advenideros; cuando lo quieren engolosinar los deleites del mundo, mira la eternidad y la acerbidad de las penas del infierno; cuando le fatigan los ejercicios de la penitencia, piensa en los ejemplos de los mártires, de los

¹⁰ «Qui timent Dominum, præparabunt corda sua, et in conspectu illius sanctificabunt animas suas» (2,20).

apóstoles, de los profetas y de los monjes antiguos, y con la consideración de lo pasado parece poco todo lo presente. Y cuando con todos estos defensivos no puede con la carga, añade a la diligencia de la consideración la voz de la oración, llamando e implorando con grandes ansias a aquel que no desampara a los que le llaman, y promete que los oirá, y tiene dado ejemplo que nunca desamparó a quien le llamó de todo corazón. Esto es lo que en mil lugares dice el profeta David que hacía cuando se veía cercado de lazos de enemigos y de aflicciones: *Presento —dice él— ante él mi oración, y doyle parte de mi tribulación* (Sal 141,3).

Y no sólo para vencer las tentaciones de los vicios, mas para cualquier obra ardua y dificultosa de la virtud nos ayudamos desamperados de la misma consideración. Porque, cuando la disciplina y el cilicio, y el andar a pie, y el pan y agua, y las vigias de la medianoche, y las turbaciones y persecuciones desta vida nos aprietan, si como fieles siervos de Dios queremos llevar adelante lo comenzado, ¿a qué otro puerto nos acogemos, sino al de la oración y consideración, pidiendo humildemente al Señor fortaleza y gracia para no caer con la carga, y extendiendo los ojos a mil maneras de ejemplos y remedios que para esto nos pueden animar? Ves, pues, cuán grande ayuda y socorro tenemos en esta virtud para el servicio y uso de todas las otras virtudes.

Responde a algunas tácitas objeciones

VII. Mas no por esto piense nadie que se excusa el trabajo y estudio particular de cada una de las otras virtudes, por ser esta tan grande ayuda para alcanzarlas; porque las ayudas generales no excusan las particulares que para cada cosa se requieren. Y generales ayudas son para toda virtud, no sola la consideración, sino también el ayuno, y el silencio, y la oración, y el sermón, y la confesión, y la comunión, y la devoción, y otras virtudes semejantes, que son generales ayudas y estímulos para toda virtud. Mas, allende destas ayudas generales que alumbran el entendimiento y mueven la voluntad al bien, se requieren los ejercicios propios de las mismas virtudes para arraigar y perfeccionar los hábitos dellas con el uso y facilitar más al hombre en el ejercicio del bien obrar. Porque, de otra manera, así como la espada que nunca salió de la vaina suele ser mala de desenvainar al tiempo del menester, así el que nunca se ejercitó en los actos de las virtudes no estará diestro ni ligero en ellas cuando fuere necesario.

Y dado caso que la mayor y más general ayuda que tenemos para toda virtud sea la caridad; pero desta caridad es como instrumento general esta virtud para todo lo bueno, como habemos declarado. De donde, así como el ánima es el primer principio de todas las obras del hombre, pero sírvese del calor natural como de un instrumento general para todo lo que ha de hacer, así también la caridad es el principio de todas nuestras buenas obras, mas sírvese de la consideración y de la devoción como de instrumentos generales para todas ellas, según está ya declarado. Así que no deroga a la caridad dar esta preeminencia a estas virtudes, porque esto compete a ella como a maestra y principal agente; mas a estas, como a instrumentos y ayudadoras suyas.

Dirás, por ventura, que estos ejercicios de orar y considerar, etc., pertenecen a los religiosos y sacerdotes, y no a los legos [*laicos*]. Es verdad que a ellos principalmente pertenecen por razón de su estado; mas todavía no se excusan los legos de tener alguna manera de oración, aunque no sea en tanto grado y perfección, si quieren perpetuamente conservarse y vivir en temor de Dios sin cometer pecado mortal. Porque también los legos han de tener fe, esperanza, caridad, humildad, temor de Dios, contrición, devoción y aborrecimiento del pecado. Pues, como todas estas virtudes por la mayor parte sean afectivas,

como ya dijimos, las cuales necesariamente han de proceder de alguna consideración intelectual, si no hay esta consideración, ¿cómo se conservarán estas virtudes? ¿Cómo se ayudará el hombre de la fe, si no se pone algunas veces a considerar eso que le dice la fe? ¿Cómo se encenderá en la caridad, y se fortalecerá en la esperanza, y se enfrenará con el temor de Dios, y se moverá a devoción y a dolor de sus pecados, y al desprecio de sí mismo (en lo cual consiste la virtud de la humildad, que a todos pertenece), si no se pone a considerar aquellas cosas con que se suelen encender estos afectos, según que arriba declaramos? Ni debe pasar el hombre por estas cosas muy apriesa y muy de corrida, porque entre las miserias del corazón humano una de las mayores es estar tan sensible para las cosas del mundo, y tan insensible para las de Dios; de manera que para las unas está como una yesca muy seca, y para las otras como leña verde, que con muy gran trabajo se enciende. Y por esto no ha de pasar el hombre tan de corrida por estas cosas, que no se detenga algún tanto en ellas, más o menos, según que el Espíritu Santo le enseñare y según que las ocupaciones de cada uno en su estado lo permitieren; aunque no sea necesario tener tiempos diputados cada día para esto.

Júntanse también con esto los peligros del mundo y la dificultad grande que hay en conservarse los hombres sin pecado en un cuerpo tan malo y en un mundo tan peligroso y entre tantos enemigos como tenemos; y, por tanto, si a ti, porque no eres religioso, no obliga a tanto tu estado, no deja de obligarte a algo la grandeza de tu peligro. El estado, yo te confieso que es allí mayor; mas tu peligro es también mayor. Porque al religioso guárdanle el prelado, y la clausura, y la observancia, y la obediencia, y las oraciones, y los ayunos, y oficios divinos, y las asperezas de la Orden, y la buena compañía, y todos los otros ejercicios y ocupaciones de la vida monástica, y hasta las paredes mismas le guardan; mas al lego, demás de estar desnudo y desproveído de todos estos presidios [*auxilios*], cercanle por todas partes dragones y escorpiones, y anda siempre sobre serpientes y basiliscos, en casa y fuera de casa, dentro de sí y fuera de sí; y a la puerta y a la ventana, de noche y de día, tiene armados mil cuentos [*millones*] de lazos; entre los cuales, guardar el corazón puro y los ojos castos y el cuerpo limpio, en medio de los fuegos de la mocedad y de las malas compañías y ejemplos del mundo, donde no se oye una palabra de Dios, sino por hacer burla de quien [206] la dice, es una de las grandes maravillas que Dios obra en el mundo. Por donde, si el religioso, porque de su profesión es hombre de guerra, ha de andar siempre armado, también lo ha de andar en su manera el lego, aunque no sea en tanto grado; no porque le obligue tanto a esto la perfección de su estado, cuanto la grandeza de su peligro. Porque también andan armados los que tienen enemigos, como los soldados y gente de guerra; los unos, por su obligación, y los otros, por su necesidad. Entre las cuales armas, no sólo ponemos la oración, sino también el ayuno, y el silencio, y el sermón, y la lección, y los sacramentos, y el huir las ocasiones de los pecados, y todas las otras asperezas corporales. Las cuales cosas todas son como una salmuera que detienen esta carne corruptible y mal inclinada, para que no críe gusanos y hieda. Porque, sin duda, el mayor y más arduo negocio del mundo es, después de la corrupción del pecado original, conservarse los hombres en un tan mal mundo como este mucho tiempo sin pecado mortal. Porque, si aun los que todo esto hacen padecen trabajos y peligros, ¿qué harán los que nada hacen? Y si aquel santo rey David y otros muchos santos, que con tanto recato y disciplina vivían, y con tantas maneras de armas andaban armados, todavía, ofrecida una ocasión, dieron tan grandes caídas (cf. 2 Sam 11,2ss), ¿qué harán los que ninguna cuenta tienen con esto?

VIII. Mas dirás: «No soy yo obligado a guardar más que los mandamientos de Dios y de su Iglesia». Es verdad; mas para guardar ese muro es necesario otro antemuro, para guardar este vaso es menester una vasera, y para levantar este edificio es menester un andamio con que se levante. Quiero decir que para guardar esta ley son menester muchas cosas para esforzar y animar nuestro corazón a la guarda de esta ley. Porque, si la naturaleza humana estuviera de la manera que estaba antes del pecado, facilísima cosa fuera cumplir con esa

obligación; mas ahora que hay tantas contradicciones son menester dos cuidados: uno para guardar la ley, y otro para fortalecer nuestro corazón y vencer las contradicciones que nos impiden la guarda de la ley. Cuando los hijos de Israel, vueltos de la cautividad de Babilonia, quisieron reedificar Jerusalén, no pretendían ellos más que esto; mas, porque los pueblos comarcanos procuraban impedirles el edificio, doblóseles el trabajo, porque una parte de la gente entendía en hacer la obra, y otra en pelear y ojear los enemigos de las murallas (cf. Neh 4,10-17). Pues, como sean tantos los enemigos que nos impiden este espiritual edificio de las virtudes: los demonios, por una parte, con mil astucias, y el mundo, por otra, con mil maneras de escándalos y malos ejemplos; la carne, por otra, con tantas maneras de apetitos tan encendidos y contrarios a la ley de Dios (porque él quiere castidad, y la carne sensualidad; él humildad, y ella vanidad; él aspereza, y ella regalos), si no hay armas para ojear estos enemigos, si no hay medicina para curar esta carne, ¿cómo guardará el hombre castidad entre tantos peligros, caridad entre tantos escándalos, paz entre tantas contradicciones, simplicidad entre tantas malicias, limpieza en un cuerpo tan sucio y humildad en un mundo tan vano? Pues para curar esta carne y resistir a los que nos impiden este edificio de las virtudes son menester otras virtudes: unas que lleven la carga, y otras que nos ayuden a llevarla. Porque la virtud de la castidad cumple con la carga del mandamiento que dice: *No fornicarás*; mas el ayuno, y la oración, y el huir la ocasión, y la disciplina, y otros tales ejercicios, ayudan a mortificar la carne, para que mejor pueda con esa carga; las cuales virtudes, aunque no sean siempre de precepto y de obligación, muchas veces lo serán, cuando el peligro fuere tal.

Mas, entre estas virtudes y defensivos que nos ayudan, uno de los principales es la oración, por ser un medio tan principal para alcanzar la gracia, que es la que señaladamente puede con la carga de la ley divina. Por lo cual dijo el Eclesiástico: *El que guarda la ley multiplica la oración* (Eclo 35,1) ¹¹. Porque, como ve por experiencia que no puede guardar la ley —con la cual se alcanza la gloria— sin la gracia, aprovéchase de la oración para alcanzar la gracia, con la cual puede guardar la ley. La ley manda que sea continente; mas sobre esto añade el Espíritu Santo y dice por el Sabio: *Como supiese yo que nadie podía ser continente, si tú, Señor, no le dices gracia para ello —y era grande gracia saber cuyo era este don—, fuime al Señor y pedile esta gracia con todo mi corazón* (Sab 8,21). ¿Ves, pues, lo que al principio decíamos, cómo el muro ha menester antemuro, y el vaso ha menester vasera, y unas virtudes han menester otras virtudes, para guardarse las espaldas unas a otras? Pues, según esto, si estás obligado a guardar la ley de Dios y no hacer pecado mortal, en razón está que busques todas aquellas cosas que te ayudan a guardar esta ley y conservarte sin pecado. La cuales cosas, aunque generalmente sean de consejo, algunas veces podían ser de precepto —según dijimos—, cuando la necesidad fuere tan grande, que sin ellas no se puedan guardar los mismos preceptos; como todos los doctores dicen. Puesto caso que el buen cristiano que de veras desea su salvación no ha de aguardar a buscar remedios en los postreros peligros, cuando está con el cuchillo a la garganta, sino mucho antes ha de estar proveído y reparado, para que así viva más seguro.

También es verdad que estos medios, como dijimos, diferentemente competen al religioso que al lego. Y la mesma oración y consideración, que es uno dellos, de otra manera la ha de tomar el uno que el otro; porque el uno tiene esto por oficio, porque camina a la perfección, [207] mas el otro tómalala por medio para cumplir su obligación. Y, por esto, tanto ha de tomar de la medicina, cuanto baste para curar su dolencia; y tanto ha de tomar de los medios, cuanto baste para conseguir su fin. Bástale recogerse algunas veces para entrar dentro de sí y mirar por su casa.

Λ Y así con estos como con cualesquier otros ejercicios (porque no se hace fuerza más en estos, que en otros) **entender en el reparo de su conciencia y en la reformación**

¹¹ «Qui conservat legem, multiplicat orationem» (otras versiones: *oblationem*).

de su vida. Porque, pues este es el mayor de nuestros negocios, no ha de ser el postrero de nuestros cuidados.

Dicho, pues, ya, de la utilidad y necesidad de la consideración, y aficionados con esto los corazones a esta virtud, comencemos a tratar de la materia de la consideración, que es de algunas piadosas y devotas consideraciones que más nos puedan inducir al amor y temor de Dios, aborrecimiento del pecado y menosprecio del mundo. Para lo cual, ningunas hay mejores ni más eficaces que las que se sacan de los principales artículos y misterios de nuestra fe, cuales son la pasión y muerte de nuestro Salvador, la memoria del juicio, del infierno, del paraíso, de los beneficios divinos, y también de nuestros pecados, y de la vida y de la muerte; porque cada cosa destas, bien pensada y considerada, mueve mucho nuestro corazón a todo lo dicho. Estos mismos lugares trató san Buenaventura en un libro que se llama *Fascicularius*, y repartiolos por los días de la semana, para que cada día tuviese el hombre nuevo pasto para su ánima y nuevos motivos para la virtud, y así se pudiese evitar el hastío del pensar siempre una misma cosa; y por esta causa me pareció que debía yo seguir el repartimiento deste tan señalado y santo doctor, que es el que más copiosamente trató estas materias. Y, si alguno no holgare con este repartimiento y quisiere seguir otro, licencia tiene para ello y ejemplos que imitar; porque en esto va poco, y lo mejor en estas materias es aquello con que el hombre se halla mejor, y más provecho recibe.

También me pareció que, pues **el pasto y mantenimiento de nuestra ánima es la palabra de Dios y consideración de las cosas divinas** (porque con esta se sustenta ella en la vida espiritual, la cual consiste en amor y temor de Dios), que así como al cuerpo damos ordinariamente dos veces cada día su refacción, para que no desfalezca su vida, así también la debíamos dar a nuestra ánima, para que no desfalleciese en la suya; aunque esto no sea cosa de obligación ni de precepto, sino de un saludable consejo; mayormente, viendo que los santos hacían esto más veces, pues el profeta Daniel tres veces al día se recogía para este oficio (cf. Dan 6,11); y el profeta David, siete veces al día tenía por estilo alabar a Dios (cf. Sal 118,164). Por cuyo ejemplo la santa Madre Iglesia instituyó las siete horas canónicas; y por esta causa señalamos aquí dos maneras de meditaciones, unas para la mañana, que tratan de la pasión de nuestro Redentor, y otras para la tarde, o para la noche, que tratan de los otros pasos y materias que dijimos.

Mas, si alguno fuere tan pobre de tiempo o de devoción que no pueda recogerse dos veces al día, a lo menos trabaje por recogerse una. Y, por no perder el fruto de todas estas meditaciones siguientes, podrá ejercitarse en las unas una semana, y en las otras, otra, para que así guste y se aproveche de toda la doctrina que aquí se da.

Capítulo II. De las meditaciones para los días de la semana ¹²

Aquí conviene avisar que no se ha de gastar todo el tiempo deste ejercicio en sola la meditación, porque antes della pueden preceder dos partes, que son preparación y lección, y después della seguirse otras dos, que son hacimiento de gracias y petición. Porque primero debemos aparejar nuestro corazón para este ejercicio, y luego será bien leer lo que hubiéremos de meditar, y tras de la lección se ha de seguir la meditación de lo que se hubiere leído, y luego podemos acabar con un devoto hacimiento de gracias por todos los beneficios divinos, y con una petición de todo aquello que sintiéremos ser necesario, así para nuestras ánimas, como para las de nuestros prójimos. De las cuales cinco partes trataremos más copiosamente en su propio lugar. Este repartimiento y orden pueden seguir los que comienzan, porque los más ejercitados no tienen tanta necesidad destos principios y reglas.

Y es de notar que, las meditaciones de la noche, primero se ponen sumariamente, declarando por su orden los puntos principales que en cada uno se deben considerar, y después se pone una declaración más copiosa de todos aquellos pasos, para que después de leída algunas veces se pueda mejor entender y meditar lo que sumariamente se trató antes en la meditación. Verdad es que en las meditaciones de la sagrada Pasión no se puso al principio este sobredicho sumario, porque el texto de los evangelistas, que allí se pone, pareció que bastaría para esto. Y no es menester que cada vez se hayan de pensar todos los puntos principales que allí se señalan, sino bastarán dos o tres, o más o menos, según la devoción y tiempo que tuviere cada uno; porque más aprovecha un misterio o un paso bien considerado, que muchos pensados apresuradamente. Pero, con todo esto, se apuntan muchas cosas, para que entre tanta variedad de consideraciones escoja cada uno lo que mejor le estuviere.

[208] Síguense las primeras siete meditaciones de los días de la semana por la mañana

El lunes por la mañana

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pondrá en capítulo IV, se ha de pensar en el lavatorio de los pies y la institución del Santísimo Sacramento.

El texto de los evangelistas dice así: *Como se allegase ya la hora de la cena, asentose el Señor a la mesa, y los doce apóstoles con él, y díjoles [etc. Textos de Mt 26, Mc 14, Lc 22, Jn 13, 1Cor 11].*

Meditación sobre estos pasos del texto.

I. El lavatorio de los pies

¹² No es el título original, que pone: «De cinco partes de la oración»; igual que el capítulo III. Para diferenciarlos, tomo en parte el título de la *Tabla de contenidos*: «De cinco partes de la oración, y de las meditaciones para los días de la semana».

Contempla, pues, oh ánima mía, en esta Cena, a tu dulce y benigno JESÚS, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa y lavando los pies de sus discípulos. Oh buen JESÚS, ¿qué es eso que haces? Oh dulce JESÚS, ¿por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? Oh cruel, ¿cómo no se te ablanda el corazón con esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado de vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? Oh blancas y hermosas manos, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios, y abominables? Oh purísimas manos, ¿cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos [ajustes] de vuestra sangre? Mirad, oh espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador. Salid a mirar dende esos cielos, y verlo heis arrodillado ante los pies de los hombres, y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía. *Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado* (Hab 3,2) ¹³. Oh apóstoles bienaventurados, ¿cómo no tembláis, viendo esta tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces?, ¿por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?

Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó a decir: «¿Tú, Señor, lavas a mí los pies? ¿No eres tú Hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues tú [209] quieres a mí lavar los pies? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermoseaste con tantas maravillas; tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres y riges con tu sabiduría todas las cosas, ¿tú has de lavar a mí los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, y un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias, y, lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, a mí? ¿Tú, Señor de todas las cosas, a mí, el más bajo de todas ellas? La alteza de tu Majestad y la profundidad de mi miseria me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja, pues, Señor mío, deja para los siervos ese oficio. Quita esa toalla, toma tus vestiduras, asíéntate en tu silla y no me laves los pies. Mira no se avergüencen desto los cielos, viendo que con esa ceremonia los pones debajo de la tierra, pues las manos, en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas, vienes a poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente desto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saúl, viéndote con ese lienzo vestido a manera de siervo (cf. 2 Sam 6,16.10), y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil».

Esto decía Pedro como hombre que aún no sentía las cosas de Dios, y como quien no entendía cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocía, y tanto deseaba dejarnos en aquella sazón por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo a la simplicidad de su discípulo, y llevó adelante lo comenzado. Aquí es mucho de notar cuánto es lo que este Señor hizo por hacernos humildes, pues estando tan a la puerta de su pasión, donde había de dar tan grandes ejemplos de humildad, que bastasen para asombrar cielos y tierra, no contento con esto quisiese aún añadir este más a todos ellos, para dejar más encomendada esta virtud. ¡Oh admirable virtud!, ¿cómo deben ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada, y cómo no deben ser conocidas, pues por tantas vías nos eres encomendada! ¡Oh humildad!, predicada y enseñada en toda la vida de Cristo, cantada y alabada por boca de su Madre (cf. Lc 1,48.52), flor hermosísima entre las virtudes, divina piedra imán que atraes a ti al Criador de todas las

¹³ «Domine, audivi auditionem tuam, et timui; Domine, opus tuum, in medio annorum vivifica illud».

cosas. El que te desechare será de Dios desechado, aunque esté en lo más alto del cielo; y el que te abrazare será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son tus gracias y maravillosos tus efectos. Tú aplaces a los hombres, agradas a los ángeles, confundes a los demonios y atas las manos al Criador. Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las vírgenes y hospedería de toda la Santísima Trinidad. Quien allega sin ti, derrama; quien edifica, y no sobre ti, destruye; quien amontona virtudes sin ti, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin ti, la virgen es desechada de las puertas del cielo, y contigo, la pública pecadora es recibida a los pies de Cristo (cf. Lc 7,37ss). Abrazad esta virtud las vírgenes, porque por ella os aproveche vuestra virginidad. Buscadla vosotros, religiosos, porque sin ella será vana vuestra religión. Y no menos vosotros, los legos, porque por ella seréis librados de los lazos del mundo. [...] [210] [...]

II. Del Santísimo Sacramento y de las causas porque fue instituido

Una de las principales causas de la venida del Salvador al mundo fue querer encender los corazones de los hombres en amor de Dios. Así lo dice él por san Lucas: *Fuego vine a poner en la tierra; ¿qué tengo de querer, sino que arda?* [Lc 12,49]. Este fuego puso el Salvador con hacer a los hombres tales y tan espantosos beneficios [*pasmosos*], y tan grandes obras de amor, que con esto les robase los corazones y los abrasase en este fuego de amor. Pues, como todas las obras de su vida santísima sirvan para este propósito, señaladamente sirven las que hizo en el fin de la vida, según que lo significa el evangelista san Juan, diciendo: *Como amase a los amigos que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó* (Jn 13,1); porque entonces les hizo mayores beneficios y les dejó mayores prendas de amor. Entre las cuales una de las más principales fue la institución del Santísimo Sacramento; lo cual podrá entender muy a la clara quien atentamente considerare las causas de su institución. Mas para esto abre tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos, y danos lumbre para que veamos cuáles fueron las causas que movieron tu amoroso corazón a instituirnos y dejarnos este tan admirable Sacramento.

Para entender algo desto has de presuponer que **ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa, la Iglesia**, y, por consiguiente, a cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es también esposa suya. Por esto, una de las cosas que pedía y deseaba el apóstol san Pablo era que Dios nos diese a conocer la grandeza deste amor, el cual es tan grande, que sobrepuja toda sabiduría y conocimiento criado (cf. Ef 3,19), aunque sea el de los ángeles.

Pues, queriendo este Esposo dulcísimo, partir- [211] se de esta vida y ausentarse de su esposa, la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejole por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba él mismo, no queriendo que entre él y ella hubiese otra menor prenda que despertase esta memoria, que él. Y así dijo entonces aquellas tan dulces palabras: «Cada vez que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí» (cf. 1 Cor 11,25; Lc 22,18) ¹⁴; para que os acordéis de lo mucho que os quise y de lo mucho que voy a hacer y padecer por vuestra salud.

Quería también el Esposo dulcísimo, en esta ausencia tan larga, dejar a su esposa compañía, porque no quedase sola; y dejole la deste Sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.

¹⁴ Palabras conclusivas del relato de la institución y consagración: «Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis».

Quería también entonces ir a padecer muerte por la esposa, y redimirla y enriquecerla con el precio de su sangre. Y, porque ella pudiese, cuando quisiese, gozar deste tesoro, dejole las llaves dél en este Sacramento; porque, como dice san Crisóstomo, «todas las veces que nos llegamos a él, llegamos a poner la boca en el costado de Cristo y nos ponemos a beber de su preciosa sangre, y hacernos partícipes de este soberano misterio». Mira, pues, cuáles sean los hombres que, por un poco de pereza, dejan de llegarse a este tan alto convite y de gozar un tan grande y tan inestimable tesoro. Estos son aquellos malaventurados perezosos, de quien dijo el Sabio: *Esconde el perezoso la mano en el seno y déjase morir de hambre, por no llevarla hasta la boca* (Prov 19,24). ¿Qué mayor pereza puede ser que, por un tan pequeño trabajo, como es el aparejo para este Sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro, que vale más que todo cuanto Dios tiene criado?

Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que, quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor. ¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre: Si un príncipe se aficionase tanto a una esclava, que viniese a tomarla por esposa y hacerla reina y señora de todo lo que él tiene, ¿qué tan grande diríamos que había sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura, después de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo, y entendiendo él esto anduviese perdido buscando algún bocado que darle a comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase? Pues, oh Rey de gloria, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo), sino que, viéndola aún con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras le transformaste, que tenga virtud para transformar en ti las ánimas que lo comieren y hacerlas arder en vivas llamas de amor. No hay cosa que más declare el amor que el desear ser amado; y, pues tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones le buscaste, ¿quién de aquí adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mío, si te amo, que me amas. Cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazón a mi amor, como tú lo buscaste para el mío.

Quería otrosí aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su esposa, y como el amor no sufre la ausencia del amado, quería de tal manera partirse, que del todo no se partiese, y de tal manera irse, que también se quedase. Pues, como ni a él convenía quedarse ni la esposa podía con él por entonces irse, dióse medio para que, aunque él se fuese y ella quedase, nunca jamás de entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino Sacramento, para que por medio dél fuesen las ánimas unidas e incorporadas espiritualmente con Cristo con tan fuerte vínculo de amor, que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también en su manera se hace del ánima y de Cristo, sino que, como él mismo dijo a san Agustín, no se muda él en las ánimas, sino las ánimas en él; no por naturaleza, sino por amor y semejanza de vida ¹⁵.

Quería también asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con esperanza deste bien pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas desta vida. Porque, en hecho de verdad, no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá, como la esperanza firme de lo que gozaremos allá [*cf. Rm 8,18*], según que lo significó el mismo Salvador en aquellas palabras que dijo a sus discípulos antes de la Pasión: *Si me quisiédes bien, holgaríades de mi partida, porque voy al Padre* (Jn 14,28). Como si dijera. «Es un tan gran bien ir al Padre, que, aunque sea ir a él por azotes y espinas, clavos y cruz, y por todos los martirios y trabajos de esta vida, es cosa de inestimable ganancia y

¹⁵ Al margen: *Lib.7 Confes. cap.10*: «[...] tamquam audirem vocem tuam de excelso: “Cibus sum grandium, cresce et manducabis me. Nec tu me in te mutabis sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me”».

alegría». Pues, para que la esposa tuviese una muy firme esperanza deste bien, dejole acá en prendas este inestimable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera; para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también a la hora de su muerte hacer testamento y dejar a la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejole esta, que era la más preciosa y provechosa que se pudiera dejar. Elías, cuando se quiso ir de la tierra, dejó el palio a su discípulo Eliseo, como quien no tenía otra hacienda de que hacerle heredero (cf. 2 Re 2,13); y nuestro Salvador, cuando se quiso subir al cielo, dejonos acá el palio de su sagrado cuerpo en este Sacramento, haciéndonos aquí herederos, como a hijos, deste tan gran tesoro. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del río Jordán, sin ahogarse y [212] sin mojarse; y con la virtud y gracia deste Sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones desta vida, sin pecado y sin peligro.

Quería, finalmente, dejar a nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen; porque no tiene menos necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime: ¿Por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento cada día? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la sustancia de nuestros cuerpos, y por esto es menester que se repare con el mantenimiento de cada día lo que con el calor de cada día se gasta; porque, de otra manera, acabarse ha presto la virtud del hombre, y luego desfallecería. ¡Oh, si pluguiese a Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen deste divino Sacramento, y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro destas entrañas un calor pestilencial que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Este es el que nos inclina al amor del siglo y de nuestra carne, y de todos los vicios y regalos; y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno y aviva para todo lo malo. Pues, si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razón que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? Si hay continuo gastador y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar, sino continuo desfallecimiento, y después cierta caída? Basta para prueba de esto ver el curso del pueblo cristiano, el cual, en el principio de la primitiva Iglesia, cuando comía siempre deste manjar, vivía con él y tenía fuerzas, no sólo para guardar la ley de Dios, sino también para morir por Dios; mas ahora, si está tan flaco y descaecido, es porque no come, y así finalmente viene a perecer de hambre; como lo significó el Profeta, cuando dijo: *Por eso fue llevado mi pueblo cautivo, porque no tuvo conocimiento de Dios; y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed* (Is 5,13). Pues para esto ordenó aquel tan sabio médico (el cual tan bien tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento; y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituía nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían.

Mira, pues, ahora, si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor que dejarte Dios su misma carne y sangre en mantenimiento y remedio. En muchas historias leemos de algunas madres que, viéndose en necesidad y estrecho de hambre, echaron mano de las carnes de sus hijos, para mantenerse dellos; y, con el amor grande de la vida, quitaban a los mismos hijos la vida, por vivir (cf. 2 Re 6,28-29; Lam 4,10). Esto habemos leído muchas veces; mas ¿quién jamás leyó que diese de comer la madre al hijo, que perecía de hambre, con su propia carne, y se cortase un brazo para dar de comer a su hijo, y fuese cruel para sí por ser piadosa con él? No hay madre en la tierra que tal haya hecho; mas aquel más que madre, que te vino del cielo, viendo que perecías de hambre y que no había otro medio para sustentarte, que darte él su misma carne en mantenimiento, aquí se entrega a los carniceros y a la muerte, para que tú vivas con este manjar. Y no sólo hizo esto una vez, sino perpetuamente quiso que

se hiciese, y para ello ordenó este Sacramento; para que tú, por aquí, entendieses otro grado mayor de amor, el cual es que así como te da la misma comida, así está aparejado para hacer la misma costa, si te fuere necesaria.

Sobre todo esto, has de considerar que quiso este santísimo reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad y levantarlo tanto por gracia, cuanto había caído por la culpa; y así como la caída fue de la vida que tenía de Dios a vida de bestias, así, por el contrario, quiso que fuese levantado de la vida de bestias, en que había quedado, a la vida de Dios que había perdido. Pues para este fin ordenó la comunión deste divino Sacramento, mediante la cual viene el hombre a hacerse participante de Dios; como lo significa el Salvador en aquellas palabras que dijo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él; y así como por estar mi Padre en mí, la vida que yo vivo es en todo conforme a la de mi Padre* —que es vida de Dios—, *así aquel en quien yo estuviere* por medio de este Sacramento *vivirá como yo vivo* (Jn 6,56-57); y así ya no vivirá vida de hombre, sino de Dios. Porque este es aquel altísimo Sacramento en el cual Dios es recibido corporalmente, no para que él se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en él, por amor y conformidad de voluntad. Porque este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe lo que en él se obra y representa cuando se consagra. Ca, así como por virtud de las palabras de la consagración lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, nuestro Señor, así por virtud de esta sagrada Comunión el que era hombre se viene por una maravillosa manera a transformar espiritualmente en Dios. De manera que así como aquel sagrado pan una cosa es y otra parece, y una era antes de la consagración y otra después, así el que comulga de él una cosa es antes de la comunión y otra después, y una cosa parece en lo de fuera, mas otra muy más alta y excelente es en lo de dentro, pues el ser tiene de hombre, y el espíritu, de Dios. ¿Pues qué gloria puede ser mayor que esta?, ¿qué dádiva más rica?, ¿qué beneficio más grande?, ¿qué mayor muestra de amor? Callen todas las obras de naturaleza y callen también las de gracia, porque esta es obra sobre todas las obras y esta es gracia singular. ¡Oh maravilloso Sacramento!, ¿qué diré de ti?, ¿con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, [213] medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su Esposo, con este se alumbrá el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, derrítense las entrañas, ábrese las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécense nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios [cf. 1 Re 19,8]. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas deste Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas, cuando vea a Dios unido consigo? Faltan las palabras y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes deste soberano Misterio.

Pues ¡qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe! No suena entonces allí otra cosa, sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimiento de gracias y palabras suavísimas en alabanza del Amado. Porque, allí, el ánima devota, por virtud deste venerable Sacramento, es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devoción, mantenida de paz, fortalecida en la fe, confirmada en la esperanza y atada con lazos de caridad con su dulcísimo Redentor. De aquí viene cada día a hacerse más ferviente en el amor, más fuerte en la tentación, más presta para el trabajo, más solícita en el bien obrar y mucho más deseosa de la frecuencia deste sagrado Misterio.

Tales son tus dones, oh buen JESÚS, tales las obras y deleites de tu amor; los cuales sueles comunicar a tus amigos por medio deste divino Sacramento, para que con estos tan

grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre dende ahora, ¡oh melifluo amor!, abre, ¡oh divina luz!, los ojos interiores de tus fieles, para que con rayos de fe viva te conozcan; y dilata sus corazones, para que te reciban en sí, para que, enseñados por ti, busquen a ti por ti, y descansen en ti, y sean finalmente por medio deste Sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid; para que así vivan por tu virtud y gocen de las influencias de tu gracia, en los siglos de los siglos. Amén.

Acabada la meditación, sígase luego el hacimiento de gracias y petición, como arriba se dijo.

El martes por la mañana

Este día pensarás en dos pasos, conviene saber: en la Oración del huerto y en la prisión del Salvador.

El texto de los evangelistas dice así: *Acabada la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice Getsemaní [etc. Textos de Mt 26, Mc 14, Lc 22, Jn 18]. [...] [214] [...]*

Meditación sobre estos pasos del texto.

I. La Oración del huerto

¿Qué haces, ánima mía?, ¿qué piensas? No es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes misterios. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se añubla y escurece la gloria.

Considera, pues, primeramente, cómo acabada aquella misteriosa Cena se fue el Señor con sus discípulos al monte Olivete a hacer oración, antes que entrase en la batalla de su pasión: para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida habemos siempre de recurrir a la oración como a una sagrada ánora, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulación, o se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor; porque, como dice san Gregorio, «mayor merced nos hace el Señor cuando nos da esfuerzo para llevar los trabajos, que cuando nos quita los mismos trabajos».

Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos, san Pedro, Santiago y san Juan, los cuales habían sido testigos poco antes de su gloriosa transfiguración: para que ellos mismos vieses cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y, porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera se comenzaban a descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: *Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo* (Mt 26,38). Aquel Dios y hombre verdadero, aquel hombre más alto que nuestra humanidad y que todo lo criado, cuyos tratos y conversación era con aquel pecho de la suma Deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos, ahora es en tanta manera entristecido, que descende a dar parte de su pena a sus criaturas y a pedirles su compañía, diciendo: *Esperadme aquí y velad conmigo*. ¡Oh riqueza del cielo!, ¡oh bienaventuranza cumplida!, ¿quién te puso, Señor, en tal estrecho?, ¿quién te echó por puertas ajenas?, ¿quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas?

Dime, ¡oh dulcísimo Redentor!: ¿Por qué temes la muerte que tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo más es causa de alegría, que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sino una sola partecica, que de ti —que eres la fuente de la gracia— se les comunicaba, y con sola esta entraban tan alegres en las conquistas de los martirios; y tú, que eres el dador de la fortaleza y de la gracia, ¿te entristeces y temes antes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mío, así como aquella fortaleza de los mártires no era dellos, sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mío es ese temor, y tuya esta fortaleza, y por eso mía es tu ignominia, y tuya mi alabanza. [...] [215] [...]

Mira, pues, al Señor en esta agonía y considera no sólo las angustias de su ánimo, sino también la figura de su sagrado rostro. Suele el sudor principalmente acudir a la frente y a la cara; pues, si salía por todo el cuerpo de JESÚS la sangre, y corría hasta el suelo, ¿qué tal estaría aquella tan clara frente, que alumbra a la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada y cubierta de sudor de sangre? Y si, los que mucho se aman, en las enfermedades y peligros de muerte suelen estar colgados del rostro de sus amigos, mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad, tú, ánimo mía, que miras la cara de JESÚS, ¿qué sientes, cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padeciendo los dolores, pues en sólo pensarlos suda sangre?

Si en este paso no te compadesces del Salvador, y si cuando él suda sangre de todo su cuerpo tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazón de piedra. Si no puedes llorar por falta de amor, a lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa deste dolor. No le azotan ahora los verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir sangre, sino tus culpas. Estas son las espinas que lo punzan, esos los verdugos que le atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. ¡Oh, cuán cara te cuesta, Salvador mío, mi salud y mi remedio! ¡Oh, mi verdadero Adán, salido del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan que yo tengo de comer! (cf. Gén 3,19).

Considera también en este mismo paso, por una parte, aquella tan grande agonía y vigiliias de Cristo, y por otra, el sueño tan profundo de los discípulos, y verás aquí representado un grande misterio. Porque verdaderamente no hay cosa más para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es el de su salvación. ¿Qué cosa puede ser más para sentir, que tan grande descuido en tan grande negocio? Pues, si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira a los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonía, que le hace sudar gotas de sangre; y mira a los discípulos, por el contrario, tendidos por aquel suelo, durmiendo con un sueño tan pesado, que no bastaba ni la reprensión del Maestro, ni la mala cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí. Mira, pues, qué tan grande es el negocio de la salvación de los hombres, que basta para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos; y mira, por otra parte, en cuán poco lo tienen los mismos hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo más encarecer lo uno y lo otro, que por estas dos cosas tan extrañas. Pues, si trabajos ajenos pusieron a Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido aquel cuyo es el trabajo y el negocio, y el provecho y el daño?

En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad sea este Señor nuestro Padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazón de padre. ¿Cuántas veces acaece estar la hija durmiendo a sueño suelto, y estar el padre toda la noche desvelado, pensando en su remedio? (cf. Eclo 42,9). Pues así este piadoso Padre, estando nosotros dormidos y descuidados de nuestra salud —como aquí se representa—, está él toda la noche velando, y trasudando, y agonizando, sobre dar orden cómo se pusiese cobro en nuestra vida.

II. De cómo fue preso el Salvador

Mira después cómo acabada la oración llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y, llegado al buen Maestro,

lo vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos y de aquellos a quien [216] él hizo bien. Cristo es vendido de quien había hecho no solamente discípulo, sino apóstol; y es vendido con engaños y traiciones; y es vendido a crudelísimos mercaderes que no quieren más de él que la sangre y el pellejo, para hartar su hambre. Mas ¿por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrecienta la grandeza de la injuria. Dime, Judas: ¿Por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado? ¿Por treinta dineros? ¡Oh, qué bajo precio ese para tan grande Señor! Por más subido precio se suele vender una bestia en el mercado; y tú, ¿por este vendes a Dios? No te tiene él a ti en ese precio, pues te compra con su sangre. ¡Oh estima del hombre, y desestima de Dios! Dios es vendido por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios.

[...] Piensa, pues, ahora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es a ser entregado en poder de los miembros del demonio. Y, porque la pena que tus pecados merecían era esta, él se quiso poner a esta pena, porque tú quedases libre della. ¡Oh santo profeta!, ¿de qué te maravillas, viendo a Dios hecho menor que los ángeles? (cf. Sal 8,6). Maravíllate ahora mucho más de verlo entregado en poder de los ministros del demonio. Sin duda los cielos y la tierra temblaron de tan grande humildad y caridad.

[...] Sube luego más arriba y párate a considerar quién es este que así ves llevar con tanta deshonra. Este es el Verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad suma, bienaventuranza cumplida, gloria verdadera y fuente clara de toda hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí la prisión del Arca del Testamento, que [217] de espanto cayó de la silla donde estaba, y, quebradas las cervices, súbitamente murió (cf. 1 Sam 4,18), ¿qué debe sentir el ánima cristiana, cuando ve el Arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? *Alábenlo, pues, los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos es; porque oyó el clamor de los pobres y no menospreció el gemido de sus presos* (Sal 68,35.34); pues quiso él ser preso por libertarlos.

III. De los que espiritualmente atan las manos a Cristo

Pues, oh clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisiste ser atado por desatarnos y librnos de nuestro cautiverio, suplicote, por las entrañas de misericordia que a este paso te trajeron, no permitas que cometa yo tan grande maldad como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no sólo ellos ataron tus manos, sino también las ata el que resiste a tus santas inspiraciones y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recibir lo que tú misericordiosamente le quieres dar.

También ata tus manos el que a su prójimo escandaliza y lo aparta —con su mal ejemplo y consejo— de su buen propósito, e impide la buena obra que tú comenzabas a obrar en él.

Los desconfiados, también, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia. **Porque así como la confianza abre las manos de tu gracia, así las ata la incredulidad y la desconfianza.** Conforme a lo cual dice el evangelista que no podías hacer muchas virtudes y milagros en tu patria, por la incredulidad de los vecinos y moradores della (cf. Mt 13,58).

Los desagradecidos, también, y los negligentes te atan las manos y ponen impedimento a tu gracia; los unos, porque no te dan gracias por la gracia, y los otros, porque la tienen ociosa y baldía, sin querer aprovecharse della.

Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les ha dado, estos también atan tus manos más fuertemente, porque con esta culpa se hacen indignos de tu gracia. Porque no es razón que tú prosigas en hacer mercedes a quien toma della ocasión para hacerse más vano; ni que tú des las riquezas de tus gracias a quien no te acude con el tributo de la gloria, sino antes, como traidor y robador, se alza con ella y usurpa los derechos de la gloria que a ti solo pertenecían.

También diría yo, Señor, que te atan las manos los parleros y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos que les das. Porque así como los hombres avisados y discretos dejan de dar parte de sus secretos a los que hallaron infieles en guardarlos, así tú también muchas veces dejas de dar parte de los tuyos a los que sin causa los publican a otros, y toman de ahí ocasión para hacerse más vanos.

El miércoles por la mañana

Este día se ha de contemplar la presentación del Señor ante los pontífices y jueces: la primera a Anás, la segunda a Caifás, la tercera a Herodes, la cuarta a Pilato. Y, después de esto, los azotes a la coluna.

El texto de los evangelistas dice así: *Pues, como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntole el pontífice por sus discípulos y doctrina [etc.]* [218] [...]

Meditación sobre estos pasos del texto.

Muchas cosas tienes, ánima mía, que contemplar hoy; muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, o si no te pesan los pies para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por ti. Cinco veces es hoy llevado a diversos jueces, y en cada casa dellos es maltratado por ti, y paga tu merecido. En una casa es abofeteado, en otra escupido, en otra escarnecido, en otra azotado y coronado de espinas y sentenciado. Mira qué estaciones estas, para no quebrar el corazón y para no andarlas los pies descalzos y corriendo sangre. [...] [219] [...]

II. De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasión, y de la negación de san Pedro

Después desto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa; porque los soldados que le guardaban escarnecían dél, como dice san Lucas, y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la majestad. Mira, pues, oh ánima mía, cómo tu dulce Esposo está puesto como blanco a las saetas de tantos golpes y bofetadas, como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Jesús, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fue ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen. Y esta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos: para que, en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti penasen y trabajasen. Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo. Allá dicen: *Santo, Santo* [Is 6,3]; acá dicen: *Muera, muera; crucifícalo, crucifícalo* [Jn 19,6]. ¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades!, ¿qué sentíades, viendo que Dios tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte por librar de la muerte al mismo que se la da? No se puede encarecer más la malicia del hombre, que haber llegado a poner las manos en su mismo Dios; ni la bondad y misericordia de Dios, que haber querido padecer esto por la criatura que tal hizo.

Crecieron, sobre todo esto, los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de san Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, ese, primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura y perjura que no lo conoce ni sabe quién es. ¡Oh Pedro!, ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los Pontífices, pues das a

entender en eso que es él persona tal, que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerle. Pues ¿qué mayor injuria que esa?

Volviose entonces el Salvador y miró a Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, más grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran; las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Cristo.

[220] De manera que, cuando alguna vez despertares y volvieres en ti, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor, que te miran. Ya habían cantado los gallos, y no se acordaba Pedro, porque aún no lo había mirado el Señor. Míralo, acordose y arrepintiose, y lloró su pecado. Porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan a los dormidos.

Luego dice el evangelista que *Pedro salió fuera, y lloró amargamente* (Lc 22,62). Para que entiendas que no basta llorar el pecado, sino que es menester también huir el lugar y las ocasiones del pecado; porque llorar siempre los pecados, y siempre repetirlos, eso es provocar siempre contra ti la ira del Señor.

Y para mientes [*considera*] que la principal culpa de Pedro fue haber tenido empacho y temor de parecer discípulo de Cristo, y eso se dice *haberle negado*. Pues, si esto es negar a Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que desta manera le nieguen? ¿Cuántos hay que rehúsan de confesar y comulgar, y orar y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y se burle dellos? Pues ¿qué es esto, sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo y guardador de sus mandamientos? ¿Y qué es esto, sino negar a Cristo, como le negó san Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? ¿Pues qué esperan los que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice: *El que se afrentare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentará de reconocerlo por suyo, cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles?* (Lc 9,26; Mc 8,38).

Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador a casa del Adelantado Pilato; y él, porque supo que era natural de Galilea, envióle a Herodes, que era rey de aquella tierra, el cual le tuvo por loco, y como tal le mandó vestir de una vestidura blanca, y así lo volvió a enviar a Pilato. En lo cual parece que el Salvador, en este mundo, no sólo fue tenido por malhechor, sino también por loco. ¡Oh misterio de grande veneración! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, dónde puedes aprender muy bien esta filosofía y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio, que primero no lo levantase a Cristo. Él fue tenido por malhechor y revolver del pueblo, y por tal lo acusan los jueces y le piden la muerte. Fue tenido por nigromántico y endemoniado, y así decían que en virtud de Beelzebul lanzaba los demonios. Fue tenido por glotón y comedor, y así decían: *Catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino* (Mt 11,19). Fue tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías; así decían que se juntaba con publicanos y pecadores, y comía con ellos. Fue tenido por hombre de mala generación y mala casta, y así dijeron: *Tú, samaritano eres, y demonio tienes* (Jn 8,48). Fue tenido por hereje y blasfemo, y así dijeron que se hacía Dios, y que perdonaba los pecados como Dios. No faltaba sino que después de todo esto lo tuviesen por loco; y por tal es ahora tenido, no de quienquiera, sino de los caballeros y cortesanos de Herodes, y así lo visten como a loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡Oh inestimable humildad! ¡Oh ejemplo de toda virtud! ¡Oh consuelo de toda tribulación! Pues, para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecio del mundo, y veas cuán loco es y cuán desatinado en sus dichos y hechos, y en sus

pareceres y juicios, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes y en este consuelo general de todos los males, y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley, y el justificador de los pecados por pecador y seguidor de pecadores. [...]

III. De los azotes que el Señor recibió en la coluna

Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció en la coluna. Porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones: para que, contentos con esto, dejasen de pedirle la muerte.

[221] Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamás pensó que habían de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David: *Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio; no llegará mal adonde tú estuvieres, y el azote no tendrá que ver en tu morada* (Sal 90,9-10). Castigo es este de esclavos y ladrones; y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto a él, por culpado que fuese. Y, con todo esto, ¡que venga ahora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo, a ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados, mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría; porque, si hinchieron [*llenaron*] los aires de voces y alabanzas el día de su nacimiento, no habiendo visto más que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora, viendo los azotes y la coluna? Pues, tú, ánima mía, a quien tanto más que a los ángeles toca este negocio, ¿cuánto más lo debes sentir y agradecer?

Entra, pues, ahora, con el espíritu en el Pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo él se deja desnudar dellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas descortesías como allí le dirían. Mira cómo luego atan aquel santo cuerpo a una coluna, para que allí le pudiesen herir más a su placer, donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por él; ni aun siquiera ojos que se compadeciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr a hilo por todas partes.

[...] Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le ataron y le cargaron de azotes y sembraron de llagas, que ya tenía perdida la figura de quien era, y aun apenas parecía hombre. [...] Claro está, Señor, que no fueron tus pecados, sino los míos, no tus hurtos, sino los míos, los que así te maltrataron. **El amor y la misericordia te cercaron, y te hicieron tomar esta carga tan pesada.** El amor hizo que me dices todos tus bienes, y la misericordia, que tomas sobre ti todos mis males. Pues, si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores, sino un testimonio de amor? ¿Qué serán todas estas llagas, sino unas bocas celestiales que todas me predicán amor y me demandan amor? Y si tantos son los testigos, cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos

testigos es probada? Pues ¿cuál incredulidad es la mía, que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista san Juan de la incredulidad de los judíos, diciendo que, habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en él (cf. Jn 12,37). ¡Oh santo evangelista!, deja ya de maravillarte de esa incredulidad, y maravíllate de la mía; porque no es menor argumento el padecer dolores, para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros, para creer en Cristo. Pues, si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será, habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la colona todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nacieron de amor? ¿Quién te trajo, [222] Señor, del cielo a la tierra, sino amor? ¿Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino amor? ¿Quién te puso en el establo, y te inclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino amor? ¿Quién te hizo traer a cuestras el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino amor? ¿Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar, y cercar la mar y la tierra, buscando las ánimas, sino amor? ¿Quién ató a Sansón de pies y manos, y lo trasquiló y lo despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dalila, su esposa? (cf. Jue 16,4ss). ¿Y quién a ti, nuestro verdadero Sansón, ató, trasquiló y despojó de su virtud y fortaleza, y entregó en manos de sus enemigos para que te escarneciesen, escupiesen y burlasen, sino el amor de tu esposa, la Iglesia, y de cada una de nuestras ánimas? ¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo y estar allí todo de pies a cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amarga, y todo, finalmente, despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como este, sino el amor? ¡Oh amor grande!, ¡oh amor gracioso!, ¡oh amor, tal cual convenía a las entrañas y a la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso, y todo amor!

Pues, con tales y tantos testimonios como estos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazón que tenías en la tierra? No eres tú como aquel copero de Faraón, que, cuando se vio en prosperidad, se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel había dejado (cf. Gén 40,23); sino antes la prosperidad y gloria de que ahora gozas en el cielo te hace tener mayor piedad de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues, si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo?, ¿cómo no esperaré en ti?, ¿cómo no me fiaré de ti?, ¿cómo no me tendré yo por dichoso y rico, teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es, por cierto, que me ponga ya en cuidado alguno cosa desta vida, pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador, por cuyas manos pasa todo.

El jueves por la mañana

Este día se ha de pensar la coronación de espinas, y el Ecce homo, y cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas.

El texto de los evangelistas dice así: *Entonces, conviene saber: después de haber azotado al Señor, los soldados del presidente, recibiendo a Jesús en la Audiencia [etc.].*

[223] Meditación sobre estos pasos del texto.

I. La coronación de espinas

Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón (Cant 3,11). Anima mía, ¿qué haces? Corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta, cuál dureza no se ablanda, qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? Oh dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazón de dolor? Veo esa delicadísima cabeza, de quien tiemblan los poderosos del cielo, traspasada con crueles espinas. [...] Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos?, ¿para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invención al mundo, que de tal manera sirviese para deshonorar un hombre, que no menos le atormentase, que deshonrase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu pasión? Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio; bastaba para esto una sola gota de tu Sangre ¹⁶. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligación, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad y me enseñases, por aquí, el menosprecio de la gloria del mundo.

Pues, para que sientas algo, ánima mía, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste Señor, y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve a mirarlo de la manera que está aquí. Mira la grandeza de su hermosura, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recibir y cuán largo en el perdonar.

Y después que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarle tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza; y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura, toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo, dentro y fuera: el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos,

¹⁶ «Piadoso pelícano, Señor Jesús, purifícame a mí, impuro, con tu sangre, de la que una sola gota —*cuius una stilla*— puede salvar al mundo entero de toda iniquidad» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Himno *Adoro te devote*).

escarnecido de los soldados y despreciado de los Pontífices; desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo te pon en lugar del que padece, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y agudas espinas que te penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. ¿Pues qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

Pues, oh resplandor de la gloria del Padre, ¿quién te ha maltratado? Oh espejo sin mancha de la majestad de Dios, ¿quién te ha todo manchado? Oh río, que sales del paraíso de los deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios, ¿quién ha enturbiado estas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mío, las han enturbiado, mis maldades las han escurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable!, ¡ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados a mi ánima, cuando tal pararon los ajenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras, la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian; y mis atavíos y vanidades, la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequiel el Templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él había mandó echar en el arroyo de los Cedros (cf. 2 Cró 29,3ss). Yo soy ese templo vivo, por los demonios profanado y ensuciado con infinitos pecados, y tú eres el río limpio de los Cedros que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades. Porque, por el mérito desta inefable caridad y humildad con que te inclinaste a tomar sobre ti todos mis males, no sólo me libraste dellos, mas también me hiciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte: me diste tu vida. Porque tomaste mi carne: me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre ti mis pecados: me diste tu gracia. Así que, Redentor mío, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mías: tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me [224] regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte y dejarte como a otro Noé, tan avergonzado y desnudo? (cf. Gén 9,21). Con la púrpura encendida deste amor sostienes esta púrpura de escarnio; y con el celo de mi aprovechamiento, esa caña en la mano; y con la compasión de mi perdimiento, esa corona de confusión.

II. Del Ecce homo

Acabada la coronación y escarnio del Salvador, tomole el juez por la mano, así como estaba, tan maltratado, y sacándole a la vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce homo*. Como si dijera: «Si por envidia procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey: veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. Destas manos atadas, ¿qué teméis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?»

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía, para quebrar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban, según el juez creyó, para ablandar unos tan fieros corazones. **Donde hay amor hay dolor**. ¿Pues cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasión de Cristo, viéndole en esta figura?

Y, si tan gran mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios y añadir dolor a su dolor? No pudo ser crueldad mayor en el mundo, que, después de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: *Crucifícalo, crucifícalo* [Jn 19,6]. Pues, si tan grande fue esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice san Pablo que el que peca vuelve otra vez a crucificar al Hijo de Dios (cf. Heb 6,6), pues, cuanto es de su parte, hace cosa con que le obligaría otra vez a morir, si la muerte pasada no bastara? Pues ¿cómo tienes tú corazón y manos para crucificar tantas veces al Señor desta manera? Deberías considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera a los judíos, creyendo que no había otro medio más eficaz para apartarlos de su furor, que aquella vista, así el Padre eterno la representa hoy a todos los pecadores, entendiendo que, a la verdad, no hay otro medio más poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz, pues, ahora cuenta que te la pone él también a ti delante y te está diciendo: *Ecce homo*. Como si dijese: «Mira este hombre cuál está, y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa, sino por los pecados del mundo. Mira qué fue menester para satisfacer por el pecado. Mira cuán aborrecible es a Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira, finalmente, el rigor de la divina justicia y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo». Pues ¿qué más se pudiera hacer para que los hombres temiesen a Dios y aborreciesen el pecado? [...] [225] [...]

III. De cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas

Pues, como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio y asentose en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya a las puertas aparejada la cruz y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dada, pues, ya, y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad a otra, que fue cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz. No rehusó, con todo esto, el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor, y así camina su camino como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio (cf. Gén 22,6). Repartida ya la carga entre los dos, el Hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser sacrificado, y el Padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar. Porque el fuego del amor a los hombres y el cuchillo de la divina justicia pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho: el amor decía que perdonase a los hombres, y la justicia, que castigase a los pecadores. Pues, porque los hombres quedasen perdonados y los pecados castigados, diose por medio que muriese el inocente por todos. Este es el fuego y el cuchillo que llevaba en sus manos el patriarca Abrahán para sacrificar a su hijo, porque el amor de nuestra salud y el celo de la justicia hicieron al Padre eterno ofrecer su Hijo a la cruz. [...] [226] [...]

El viernes en la mañana

Este día has de contemplar el misterio de la cruz y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

Síguese el texto: *Vinieron* —dice el evangelista— *al lugar que se dice Gólgota* [etc. *Textos de Jn 19, Is 53, Mc 15, Mt 27, Sal 21, Lc 23*]. [...] [227] [...]

Meditación sobre estos pasos del texto.

I. El misterio de la cruz

Venido habemos, ánima mía, al sacro monte Calvario, y llegado a la cumbre del misterio de nuestra reparación. ¡Oh, qué maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promisión y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida (cf. Gén 2,9), aquí está asentada aquella escalera mística que vio Jacob, que junta el cielo con la tierra (cf. Gén 28,12), por donde los ángeles descienden a los hombres y los hombres suben a Dios. Este es, ¡oh anima mía!, lugar de oración. Aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este sumo beneficio, diciendo así: «Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu santo nombre, pues por medio de esta santa cruz redimiste el mundo». Gracias sean dadas a ti, clementísimo Salvador, porque así nos amaste y lavaste de nuestros pecados con tu Sangre, y te ofreciste por nosotros en esa cruz, para que, con el olor suavísimo deste noble sacrificio, encendido con el fuego de tu amor, satisficieras y aplacases a Dios. Bendito seas para siempre, salvador del mundo, reconciliador de los hombres, reparador de los ángeles, restaurador de los cielos, triunfador del infierno, vencedor del demonio, autor de la vida, destruidor de la muerte y redentor de los que están en tinieblas y sombra de muerte (cf. Is 9,1).

Todos, pues, los que tenéis sed venid a las aguas, y los que no tenéis oro ni plata venid a recibir todos los bienes de balde. Los que deseáis agua de vida, esta es aquella piedra mística, herida con la vara de Moisés en el desierto, de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento (cf. Éx 17,5ss). Los que deseáis paz y amistad con Dios, esta es también aquella piedra que roció el patriarca Jacob con olio y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres (cf. Gén 35,14). Los que deseáis vino para curar vuestras llagas, este es aquel racimo que se trajo de la tierra de promisión a este valle de lágrimas (cf. Núm 13,23); el cual ahora es pisado y estrujado en el lagar de la cruz, para nuestro remedio. Los que deseáis el olio de la divina gracia, este es aquel vaso precioso de la viuda de Eliseo, lleno de olio, con que todos hemos de pagar nuestras deudas (cf. 2 Re 4,1ss); y, aunque el vaso parece pequeño para tantos, no miréis a la cantidad, sino a la virtud, la cual es tan grande, que, mientras hubiere vaso que henchar, siempre correrá la vena deste sagrado licor.

I. Despierta, pues, ahora, ánima mía, y comienza a pensar el misterio desta santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado; como lo significó el Esposo a la esposa en los Cantares, cuando dijo: *Debajo de un árbol te resucité*, esposa (Cant 8,5); porque debajo de otro árbol fue deshonrada tu madre, cuando fue engañada por la antigua serpiente (cf. Gén 3,6).

Mira, pues, cómo llegado ya el Salvador a este lugar, aquellos perversos enemigos, porque fuese más vergonzosa su muerte, le desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto a bajo, sin costura alguna. Mira, pues, aquí, con cuánta

mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca ni hablar palabra contra los que así le trataban; antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras y quedar a la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese, mejor que con hojas de higuera, la desnudez de aquellos que por el pecado habían perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recibida. [...] [228] [...]

II. Después desto considera cómo el Señor fue enclavado en la cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan a menudo caían. Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y cómo la fueron a meter en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo —según eran crueles los ministros— al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel santo Cuerpo en el aire y se rasgarían más las llagas y crecerían más sus dolores.

Pues, ¡oh Salvador y Redentor mío!, ¿qué corazón habrá tan de piedra, que no se parta de dolor —pues en este día se partieron las piedras—, considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte y investido han sobre ti las olas de la mar (cf. Sal 17,5-6); atollado has en lo profundo de los abismos y no hallas sobre qué estribar (cf. Sal 68,3). El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. «Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro; dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienes atravesados; cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos a otros, sino con igual perjuicio. Pues la santa cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendrá? ¡Oh, cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio!; mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza, cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recibirá será hincarle más las espinas por el cerebro. Sobre todo esto, veo esas cuatro llagas principales como cuatro fuentes que están siempre manando sangre; veo el suelo encharcado y arroyado de sangre; veo este tan precioso licuor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel (cf. Heb 12,24); pues aquella pedía venganza contra el homicida, mas esta pide perdón para el pecador».

III. De la compasión del Hijo a la Madre y de la Madre al Hijo

III. Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, ¡oh buen Jesús!, en este día: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasión, y la otra de compasión; la una traspassa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor.

[229] ¿Quién podrá, ¡oh buen Jesús!, declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías contigo estar crucificada en la cruz?; ¿cuando veías aquel piadoso corazón traspassado y atravesado con cuchillo de dolor?; ¿cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro, cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de

lágrimas que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarecer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazón.

Y ¿quién otrosí podrá, ¡oh bendita Madre!, declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veías morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría?, ¿cuando veías escarnecido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de los ángeles?, ¿cuando veías aquel santo cuerpo, que tú tratabas con tanta reverencia y criaste con tanto regalo, tan mal tratado y atormentado de los malos?, ¿cuando mirabas aquella divina boca, que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre?, ¿y aquella divina cabeza, que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh, cuántas veces alzabas los ojos a lo alto para mirar aquella divina figura, que tantas veces alegró tu ánima, mirándola, y se volvían los ojos del camino, porque no podía sufrir tu vista la ternura del corazón!

[...] Y, con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Virgen bendita, la compañía de la cruz, ni le volviste las espaldas, sino allí estuviste junto a ella; no caída ni derribada, sino en pie, como coluna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la cruz; para que así como Eva mirando con deleite aquel fruto y árbol de muerte intervino en la perdición del mundo, así tú, mirando con tan grande amargura el fruto de vida que de aquel árbol pendía, intervinieses en el remedio del mundo.

IV. Otra meditación de la doctrina que se aprende al pie de la cruz [...] [230] [...]

V. De la paciencia que habemos de tener en los trabajos, a imitación de Cristo [...] [231] [...]

El sábado por la mañana

Este día se ha de contemplar la lanzada que se dio al Salvador y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

El texto de los evangelistas dice así: *En aquel tiempo, los judíos, porque era Pascua, no queriendo que los cuerpos se quedasen en la cruz [etc. Textos de Jn 19, Mc 15].*

Meditación sobre estos pasos del texto.

I. La lanzada

Hasta aquí has celebrado, ánima mía, la muerte y los dolores del Hijo: tiempo es ya que comiences a celebrar y lamentar los de la Madre. Pues, para esto, asiéntate ahora un poco a los pies del profeta Jeremías (cf. Lam 1,1), y, tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazón, suspirando, dí así: «¿Cómo quedas ahora sola, inocentísima Virgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh, Virgen Santísima!, querría consolarte, y no sé cómo; querría aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos, porque más amabas a él que a ti, ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padece, y toda su ánima es ya gloriosa. Cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba; justo es que goces ahora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, más claras que las aguas de Esebón [*Jesbón*] (cf. Cant 7,5), y ahora turbios y escurecidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé (cf. Gén 8,20); ce- [232] se, pues, el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarezcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá, cuando vuelva, de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza, y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio a tus clamores, y te convida a nueva alegría en sus Cantares, diciendo: *El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han parecido en nuestra tierra. Levántate, querida mía, hermosa mía, y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo; deja ahora esa morada, y ven conmigo* (Cant 2,11-12.14)».

Bien veo, Señora, que no basta nada desto para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabose un martirio, y comienza otro. Renuévansen los verdugos de vuestro corazón, e idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos: para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasión. Hasta aquí llorábades sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasión, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia; una ola pasó, y otra viene a dar de lleno en lleno sobre vos; de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

Y, como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mía, cerrad los ojos, y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire dónde va a parar. [...] Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremeciose la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del

cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inestimable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable. Por ti entran los animales a guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé; a ti se acogen los tentados, en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por ti entran al cielo los pecadores y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Ábreme, Señor, esa puerta, recibe mi corazón en esa tan deleitable morada, dame por ella paso a las entrañas de tu amor, beba yo desta dulce fuente, sea yo lavado con esta santa agua y embriagado con este tan precioso licuor. Adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado, olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el Profeta, diciendo: *Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí* (Sal 131,14).

II. Del descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen

[...] [233-234] [...]

Aquí se declara por qué la sagrada Virgen y por qué todos los justos
son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones

Oh Padre eterno, ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿por qué quie- [235] res que padezca también esta sagrada Virgen, que ni por los pecados ajenos merece muerte, pues basta la del Hijo, ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazón se hallara fuera de Jerusalén, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente. ¡Oh maravillosa dispensación y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redención del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que más te agrada, que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa más preciosa, que, en el cielo, el amor glorioso de los bienaventurados, y en la tierra, el amor atribulado de los justos. **En la casa de Dios no hay otra mayor honra, que padecer por su amor** (cf. Flp 1,29; Hch 5,41). Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, esta fue la que principalmente señalaste y aceptaste para que fuese el medio de nuestra reparación. Esta fue la joya y la piedra preciosa que, entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante (cf. Mt 13,45-46), más te agradó: para darle por ella todo lo que pedía, que era el remedio del mundo. Pues, si tan rica es esta joya, no es razón que faltase tal pieza como esta a la más perfecta de las perfectas, y [a] aquella que tanto agradó a los ojos de Dios.

Y, demás desto, no hay obra en el mundo que más declare la verdadera virtud, que el padecer trabajos por amor de Dios. Porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como esa. Así como el mismo Dios nunca descubrió a los hombres tan claramente la grandeza de su amor (por muchos otros beneficios que les hizo), hasta que vino a padecer por ellos, así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente (por muchos servicios que le hagan), hasta que venga a padecer por él. La tribulación, dice san Pablo, es ocasión y materia de paciencia; y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud; y esta prueba nos da la esperanza de la gloria (cf. Rom 5,3-4). Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y santidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulación.

Porque, como dice el Sabio, *los vasos de barro se prueban en el horno; mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulación* (Eclo 27,5) ¹⁷.

No hizo Dios en todas las obras de la naturaleza cosa que estuviese ociosa; mucho menos querrá que en la de gracia estén sus dones ociosos. Y por esto él se tiene cargo de repartir a cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme a las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera que no se tiene aquí respeto a la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. *Darnos has, Señor* —dice el Profeta—, *a beber lágrimas por medida* (Sal 79,6) ¹⁸; y la medida será esta: que **el más privado comúnmente sea más afligido y atribulado**. Cuando Moisés hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escritura divina que roció a todo el pueblo con un hisopo de sangre, y, esto hecho, el resto de la sangre que quedaba derramó sobre el altar (cf. Éx 24,6.8). Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre; no sólo con la de Cristo, sino también con la propia de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. Él bebió primero del cáliz en aquella postrera Cena que cenó con los discípulos; mas, después de haber él bebido, dio las sobras a los convidados y mandó que las repartiesen entre sí y bebiese cada uno dellos también su trago (cf. Mc 14,23). De manera que a todos ha de caber su parte deste cáliz, y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padecer. Sino que en esto está la diferencia: que a los hombres populares e imperfectos basta que sean rociados con sangre; mas los que están más allegados a Dios, y son tales que merecen ya ser llamados altares suyos, estos no sólo han de ser rociados con sangre, sino teñidos y bañados en sangre; porque para los fuertes se guardan las batallas más fuertes, y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo más amadas de Dios fueron Jesucristo y su Madre, y la ventaja que hicieron a todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores ni más atribuladas, que estas dos.

Consolaos, pues, todos los atribulados, pues mientras más lo fuéredes, más semejantes seréis a Jesucristo y a su Madre. Consolaos, atribulados, que no por eso sois más desamparados de Dios; antes, si paciencia tenéis, más queridos y más amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados, porque no hay sacrificio más agradable a Dios, que el corazón atribulado (cf. Sal 50,19); ni señal más cierta de su amistad, que la paciencia en la tribulación. No infame nadie las tribulaciones, porque eso es infamar a Cristo y a su Madre, y al mismo Dios, que siempre envía tribulaciones a sus amigos.

¿Qué cosa es la tribulación, sino cruz? Pues ¿qué será infamar la tribulación, sino infamar la cruz? ¿Y qué huir de la tribulación, sino huir de la cruz? Pues, si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la cruz, ¿por qué huimos de la viva, que es el padecer por la cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador que, habiendo perseguido a los profetas, venían después a edificarles muy grandes y suntuosos sepulcros (cf. Mt 23,29-30), honrándolos después de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues a estos en su manera parece que imitan los malos cristianos, los cuales, adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padecer por la cruz ¹⁹.

Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padece por sus pecados o sin pecados; porque, [236] como quiera que padezcas, todo eso es finalmente padecer en cruz. Si padeces por tus pecados, padeces en la cruz del buen ladrón; mas si padeces sin pecados y sin culpa, por eso te deberías más consolar, porque eso es padecer en la cruz del Salvador.

¹⁷ «Vasa figuli probat fornax, et homines iustos temptatio tribulationis» (27,6).

¹⁸ «Cibabis nos pane lacrimarum, et potum dabis nobis in lacrimis in mensura». (*Potasti eos in lacrymis tripliciter.*)

¹⁹ Al margen: *Vide de hoc 2 Mac 6,12 & Nah 1,3 & Tob 13,2 & Heb 12,5ss.*

El domingo por la mañana

Este día pensarás en el misterio de la santa resurrección; en el cual podrás meditar estos cuatro pasos principales, conviene saber: la descendida del Señor al limbo, y la resurrección de su sagrado cuerpo, el aparecimiento a nuestra Señora, y después a la Magdalena y a los discípulos.

El texto del evangelista san Juan dice así: *El domingo siguiente después del viernes de la cruz vino María Magdalena [etc. Textos de Jn 20, Mc 16, Lc 24].*

Meditación sobre estos pasos del texto.

I. La resurrección

Este es el día que hizo el Señor; gocémonos y alegrémonos en él (Sal 117,24). Todos los días hizo el Señor, que es el hacedor de los tiempos; mas este señaladamente se dice que hizo él, porque en este acabó la más excelente de sus obras, que fue la obra de nuestra redención. Pues, así como esta se llama por excelencia *la obra de Dios*, por la ventaja que hace a todas sus obras, así también este se llama *día de Dios*, porque en él se acabó esta, que fue la más excelente de todas sus obras.

Dícese también que este día hizo el Señor, porque todo lo que hay en él fue hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hechos nosotros, porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa; y por esto hay algo de nos. Mas este día no es de trabajo ni de pena, sino de destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria; y así todo él es puramente de Dios. Pues, en tal día como este, ¿quién no se alegrará? En este día se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró [237] el cielo y la tierra; y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Más claro se ha mostrado el sol este día, que todos los otros; porque razón era que sirviese al Señor con su luz en el día de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el día de su pasión. Los cielos, que viendo padecer al Señor se habían escurecido por no ver a su Criador desnudo, estos ahora parece que con singular claridad resplandecen, viendo cómo sale vencedor del sepulcro. [...] [238] [...]

II. De la resurrección del cuerpo del Salvador

Mas, ¡oh Salvador mío!, ¿qué hacéis, que no dais parte de vuestra gloria a aquel cuerpo santísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley de repartimiento de los despojos diz que igual parte ha de caber al que se queda en las tiendas, que al que entra en la batalla (cf. Núm 31,27; 1 Sam 30,24; Jos 22,8). Vuestro santo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra ánima santísima entró a pelear en el infierno: repartid con él de vuestra gloria, pues habéis ya vencido la batalla.

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo había dejado: tendido en aquella losa fría, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya después de la media noche, a la hora del alba, cuando quería prevenir el Sol de justicia al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su santo cuerpo; y

qué tal, si piensas, lo paró, no se puede esto explicar con palabras; mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es. Acaece algunas veces estar una nube muy oscura y tenebrosa hacia la parte del Poniente, y si, cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante, y la hiere y embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada, que parece al mismo sol. Pues así aquella ánima gloriosa, después que embistió en aquel santo cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz y todas sus fealdades en hermosura; y del cuerpo más afeado de los cuerpos hizo el más hermoso de todos ellos. Desta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección. Este es aquel santo patriarca José salido ya de la cárcel, trasquilados los cabellos de su mortalidad, vestido de ropas inmortales y hecho señor de la tierra de Egipto (cf. Gén 41,14.41). Este es aquel santo Moisés, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino a destruir todo el poder y carros de Faraón (cf. Éx 2,3; 14,27-28). Este es aquel santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio y vestido de vestiduras reales, el cual, vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró a todo su pueblo de la muerte (cf. Est 6,10; 7,10). Este es aquel santo Daniel, salido ya del lago de los leones, sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas (cf. Dan 14,31ss). Este es aquel fuerte Sansón que, estando cercado de sus enemigos y encerrado en la ciudad, se levanta a la media noche y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios (cf. Jue 16,2-3). Este es aquel santo Jonás, entregado a la muerte por librar della a sus compañeros, el cual, entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercer día es lanzado a la ribera de Nínive (cf. Jon 1,12; 2,1.11). ¿Quién es este que, estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnícera, no pudo ser comido della, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de aires de vida, y sumido en el profundo de la perdición la misma muerte le sirvió? Este es nuestro Salvador glorioso, a quien arrebató aquella cruel bestia que jamás se harta, que es la muerte; la cual, después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, tembló en tenerla. Porque, dado caso que la tierra después de muerto le tragó, hallándole libre de culpa, no pudo detenerle en su morada; porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

III. De cómo el Salvador apareció a la Virgen, nuestra Señora [...] [239] [...]

Fin de las primeras siete meditaciones
para los siete días de la semana por la mañana.

Comienzan las otras siete meditaciones para los mismos días de la semana en la noche;
 las cuales, aunque se ponen en el segundo lugar,
 son las primeras en la orden del ejercicio;
 porque de aquí han de comenzar los que de nuevo se vuelven a Dios.

El lunes en la noche

Este día entenderás en el conocimiento de ti mismo y en la memoria de los pecados, que es el camino por donde se alcanza la verdadera humildad de corazón y la penitencia; que son las dos primeras puertas y fundamentos de la vida cristiana.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada; especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocías a Dios. Porque, si lo sabes bien mi- [240] rar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil que no sabe qué cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por los diez Mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que por ventura no hayas caído muchas veces por obra, o por palabra, o por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre, cuando hizo el mayor de los pecados del mundo (cf. Gén 3,6); y tú, en todos has puesto los ojos y las manos infinitas veces.

Discurre otrosí por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado; porque, si de todos ellos has de dar cuenta, es bien que tú te la tomes primero y entres en juicio contigo, porque no seas después juzgado por Dios. [...] Pues ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: «Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates más en ella»? (cf. Lc 16,2). ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos!, ¿qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida y de todos los puntos y momentos della?

Lo segundo, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada día caes para con Dios, y para con el prójimo, y para contigo mismo; que en todo te hallarás muy defectuoso. [...]

Lo tercero, considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos; para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene saber: contra quién pecaste, por qué pecaste y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar; en quien solo se hallan todas las excelencias y todos los títulos y obligaciones que tenemos a todas las criaturas, en sumo grado de obligación. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese y por otras cosas de aire; desto se queja él gravemente por un Profeta, diciendo: *Deshonrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada y por un mendrugillo de pan* (Ez 13,19). Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y a veces con tanto contentamiento y alegría, como si pecases contra un dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿ésta era la honra que se debía a tan alta Majestad? ¿Este es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en

la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh miserable de ti por lo que perdiste, y mucho más por lo que hiciste, y muy mucho más si con todo esto no sientes tu perdición!

Considera también el aborrecimiento espantoso que Dios tiene del pecado y los castigos tan grandes que tiene hechos contra él: para que por aquí entiendas más claro cuánta sea la malicia dél, según que adelante se declara.

Pues, consideradas todas estas cosas susodichas, siente de ti lo más bajamente que sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera que se muda a todos los vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediendo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no lo ver. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y de la luz y [241] aire que recibes. Y, si desto eres indigno, mira cuánto más lo serás de hablar con Dios, y mucho más de las consolaciones del Espíritu Santo, y de los regalos y tratamientos de los hijos de Dios. Tente por una de las más pobres y miserables criaturas del mundo, y que peor usa de todos los beneficios divinos. Y piensa que, si en Tiro y Sidón, esto es, en otros muy grandes pecadores, hubiera Dios obrado lo que en ti, que ya hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza (cf. Mt 11,21). Conoce que eres muy más malo de lo que tú puedes imaginar, y que por mucho que ahondes en este cieno, y no hayas llegado ya al cabo, cada día hallarás más en que ahondar. Da voces a Dios, y dile: «Señor, nada tengo, nada valgo y nada soy, y nada puedo hacer sin ti». Derríbate con aquella pública pecadora a los pies del Salvador, y, cubierta tu cara de confusión, con aquella vergüenza que parecería una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traición, te presenta delante de aquel Esposo del cielo contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte a recibir en su casa.

TRATADO PRIMERO ²⁰: *De la consideración de los pecados*. I. De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada. [242] II. De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caído después de haber conocido a Dios. [243-244] III. De la acusación de la propia conciencia, y del aborrecimiento y desprecio de sí mismo. [245]

²⁰ Fr. Luis completa cada una de las meditaciones con un *Tratado en el cual se declara por extenso la meditación pasada*. Se indican únicamente los puntos que lo componen. Sólo del sábado y del domingo se recogerán algunos de sus párrafos.

El martes en la noche

Este día pensarás en la condición y miserias de esta vida: para que por ella veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento; y en cuán poco debe tener[se] el hombre a sí mismo, pues a tantas miserias está sujeto. [...] [246] [...]

TRATADO SEGUNDO: *De la consideración de las miserias de la vida humana.* [247-248] II. De las miserias y condiciones de esta vida; y primero, de la brevedad della. [249] III. De cómo es incierta nuestra vida. IV. De cuán frágil sea nuestra vida. [250-251] V. De cuán mudable sea nuestra vida. VI. De cómo es engañosa nuestra vida. [252] VII. De cuán miserable sea nuestra vida. [253] VIII. De la última de las miserias humanas, que es la muerte. [254] IX. Del fruto que se saca de estas consideraciones susodichas.

El miércoles en la noche

Este día pensarás en el paso de la muerte; que es una de las más provechosas consideraciones que un cristiano puede tener, así para alcanzar verdadera sabiduría, como para huir del pecado, como también para comenzar con tiempo a aparejarse para la hora del morir.

Mas, para que esta consideración sea provechosa, debes pedir a nuestro Señor que te dé a sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa: para que de tal manera ordenes tus cosas y tu vida, como entonces querrías haber vivido. Y, para que mejor puedas sentir algo desto, no lo pienses como cosa ajena, sino como tuya propia, haciendo cuenta que estás acostado en una cama, desahuciado ya de los médicos, y entendido cierto que has de morir. [...] [255-256] [...]

TRATADO TERCERO, *en el cual se trata la consideración de la muerte.* [257] I. De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas, que viene con ella. [258] II. Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber. [259] III. De cómo se conocen aquí los yerros y ceguedades de la vida pasada, y del temor de la cuenta. [260] IV. De la Extremaunción y agonía de la muerte. [261] V. De la fealdad del cuerpo muerto, y del enterramiento, y de la sepultura, y salida del ánima. [262-263]

El jueves en la noche

Este día pensarás en el juicio final: para que por esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber: temor de Dios y aborrecimiento del pecado. [...] [264] [...]

TRATADO CUARTO: *De la consideración del juicio final.* [265] I. De cuán riguroso haya de ser el día del juicio. [266] II. De las señales que precederán este día. [267] III. Del fin del mundo y de la resurrección de los muertos. [268] IV. De la venida del Juez y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores dél. [269-270]

El viernes en la noche

Este día meditarás en las penas del infierno: para que con esta meditación, también como en la pasada, se confirme más tu ánimo en el temor de Dios y en el aborrecimiento del pecado, que allí dijimos. [...] [271] [...]

TRATADO QUINTO: *De la consideración de las penas del infierno.* [272] I. De dos maneras de penas que hay en el infierno. [273] II. Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánimo. [274] III. De la pena que llaman de daño. [275] IV. De las penas particulares de los condenados. V. De la eternidad de todas estas penas susodichas. [276]

El sábado en la noche

Este día podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria. Esta consideración es tan provechosa, que, si fuese ayudada con lumbre divina, se bastaría para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque, si el amor de la hacienda hace dulces los trabajos que se pasan por ella, y el amor de los hijos hace desear a la mujer los dolores del parto, ¿qué haría el amor deste soberano bien, en cuya comparación todos los otros no son bienes? Y si del patriarca Jacob se dice que le parecían poco los siete años de servicio, por el amor grande que tenía a Raquel (cf. Gén 29,20), ¿qué haría el amor de aquella infinita hermosura y del eterno casamiento, si con ojos de fe viva se contemplase? [...] [277] [...]

TRATADO SEXTO

De la consideración de la gloria del paraíso

Una de las cosas en que más convenía tener siempre los ojos puestos en este valle de lágrimas es la bienaventuranza de la gloria, porque esta sola consideración bastaría para animarnos a todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al patriarca Abrahán la tierra de promisión, mandole que la anduviese y la rodease toda, diciendo: *Levántate y pasea toda esta tierra en ancho y en largo, y mírala por todas partes; porque a ti la tengo de dar* (Gén 13,17). Levántate, pues, ahora, ánima mía, a lo alto, dejados acá bajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con alas de espíritu a aquella noble tierra de promisión, y mira con atención la longura de su eternidad y la anchura de su felicidad y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demás que hay en ella.

De la reina Sabá [*de Saba*] se escribe que, oída la fama de Salomón, vino a Jerusalén para ver las grandezas y maravillas que de aquel rey se decían (cf. 1 Re 10,1). Y, pues no es menor la fama de aquella celestial Jerusalén y de aquel sumo Rey que la gobierna, [278] sube tú ahora con el espíritu a esta noble ciudad a contemplar la sabiduría deste Rey soberano, y la hermosura deste templo, y el servicio desta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, y la policía [*buen orden*] y gloria desta noble ciudad. Porque, si sabes mirar cada cosa destas, por ventura será tu espíritu levantado sobre ti y conocerás que ni aun la más pequeña parte desta gloria te ha sido denunciada. Mas para esto es menester especial lumbre de Dios, como lo significó el Apóstol, cuando dijo: *Suplico a aquel Dios de la gloria y Padre de nuestro Señor Jesucristo os dé espíritu de sabiduría y alumbre los ojos de vuestro*

corazón, para que conozcáis qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento y las riquezas de aquella heredad y gloria que él tiene aparejado para todos los santos (Ef 1,17-18).

Y, aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú ahora considerar estas cinco más principales, que arriba tocamos, conviene saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duración y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

I. De la hermosura y excelencia del lugar. [279] II. Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los Santos. [280] III. Del tercer gozo que el ánima recibirá con la visión clara de Dios. [281] IV. Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.

V. Del quinto gozo, que es de la duración de la eternidad

Mas ahora veamos por qué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que, solo, debería bastar para hacernos andar dando voces y llamando a todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar a quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará este galardón tantos millares de años, cuantas estrellas hay en el cielo; y mucho más. Durará tantas centenas de millares de años, cuantas gotas de agua han caído sobre la tierra; y mucho más. Durará, finalmente, mientras durare Dios, que será en los siglos de los siglos; porque escrito está: *El Señor reinará para siempre jamás* (Sal 145,10); y en otro lugar: *Tu Reino es reino de todos los siglos, y tu señorío, de generación en generación* (Sal 144,13).

Pues, ¡oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación!, suplicote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea yo privado de este soberano bien. Señor, Dios mío, que tuviste por bien criarme a tu imagen y semejanza, y hacerme capaz de ti: hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para ti. *Mi parte sea, Dios mío, en la tierra de los vivientes* [Sal 141,6]. No me des, Señor, en este mundo descanso ni riqueza: todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Rubén en la tierra de Galaad, y perder el derecho de la tierra de promisión [cf. Núm 32,1ss]. *Una cosa pedí al Señor, y esta siempre buscaré: que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida* [Sal 26,4].

[282]

El domingo en la noche

Este día pensarás en los beneficios divinos: para dar gracias al Señor por ellos y para encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo, y sentir más las ofensas hechas contra tan piadoso bienhechor. Y, aunque estos beneficios sean innumerables, todos ellos se pueden reducir a cinco maneras de beneficios, conviene saber: al beneficio de la creación, conservación, y redención, y vocación y a los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recibidos. [...]

Λ Los beneficios positivos bien los puede a veces conocer el hombre, mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conocerá? Pues por estos, como por los otros, **es razón que demos siempre gracias al Señor**; y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto más es lo que debemos, de lo que podremos pagar; pues aún no lo podemos entender.

TRATADO VII

De la consideración de los beneficios divinos

Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el día de la cuenta, es el desagradecimiento de sus beneficios. Por esta queja [283] comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitude y desconocimiento de los malos: *Oye —dice él— cielo, y recibe mis palabras en tus oídos, tierra, porque el Señor Dios ha hablado: «Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buey conoció a su poseedor, y el asno, al pesebre de su señor. Mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha querido entender»* (Is 1,2-3). Pues ¿qué cosa más extraña que no reconocer los hombres lo que reconocen las bestias? Y —como dice san Jerónimo sobre este paso— no los quiso comparar con otros animales más entendidos, como es el perro, que por un poco de pan defiende la casa de su señor, sino con los bueyes y con los asnos, que son animales más torpes y rudos: para dar a entender que los ingratos no son como quiera bestias, sino muy más brutos que las más brutas de las bestias.

Pues ¿de qué pena será merecedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios aparejadas para los ingratos; mas la más justa y más ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradecimiento dellos. Porque, como dice san Bernardo, «el desagradecimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la divina misericordia y la fuente de su clemencia y la corriente de su gracia»²¹.

Pues, así como el desagradecimiento es causa de tan grandes males, así, por el contrario, el agradecimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero, de **amor de Dios**; porque, como dice Aristóteles, «el bien es en sí amable; pero cada uno es más inclinado a amar a su propio bien». Pues, como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mismos y de su propio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel sumo bienhechor, luego se inclinan a amar y querer bien a

²¹ Al margen: *Ser. 2. de 7 misericordiis & Serm. 51 sup. Cantica & D. Augustin. In Soliloquiis, c.18.* SAN BERNARDO: «Ingratitudo inimica est animæ, exinanitio meritorum, virtutum dispersio, beneficiorum perditio. Ingratitudo ventus urens, siccans sibi fontem pietatis, rorem misericordiæ, fluentia gratiæ» (*super Cantica*, 51,6).

quien ven que les ha hecho tanto bien. De donde viene a ser que, entre las consideraciones que más aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las más principales es la de los beneficios divinos, porque cada uno de estos beneficios es como un tizón que aviva y enciende más la llama deste amor. Y, por consiguiente, considerar muchos de estos beneficios es juntar en uno muchos tizones, para que así se encienda más y más la llama deste fuego.

Aprovecha también esta consideración para despertar en el hombre el **deseo de servir a Dios**, cuando considera la grande obligación que tiene a quien tanto debe. Porque, si aun hasta las aves y las bestias brutas por esta causa responden a la voz de quien los llama, y obedecen como personas de razón a todo lo que se les manda, ¿cuánto más justo será que haga esto quien tanto más recibió y tanto mejor lo puede conocer?

Vale también esto mismo para despertar en nuestras ánimas **dolor y arrepentimiento de los pecados**. Porque, cuando el hombre considera profundamente, por una parte, la muchedumbre de los beneficios que ha recibido de Dios, y por otra, la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra él, ¿cómo podrá dejar de avergonzarse y confundirse, y conocer mejor lo prieto par de lo blanco, conviene saber: la grandeza de su maldad comparada con la grandeza de aquella suma bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien a quien siempre perseveró en hacer mal?

Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos; y juntamente, para **dar al Señor gracias por ellos**. Y así, cuando los fuere meditando, ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazón, unas veces, al amor de quien tanto bien le hizo; otras, al deseo de su servicio; otras, al dolor y arrepentimiento de sus pecados; y otras, también, a ofrecer sacrificio de alabanza y agradecimiento por ellos; que son aquellos becerricos de los labios que el Profeta quiere que ofrezcamos a Dios por los beneficios recibidos (cf. Os 14,3).

Y, aunque estos sean innumerables, solamente trataremos aquí de cinco géneros de beneficios más principales, a los cuales se pueden reducir todos los otros, conviene saber: el beneficio de la creación, y gobernación, y redención, y vocación, y, finalmente, los beneficios particulares y ocultos que cada uno podrá reconocer dentro de sí.

Λ Y no se requiere que de una vez se hayan de pensar todos estos beneficios: basta pensar uno, o dos, o tres, bien pensados y bien rumiados; porque los ejercicios de la meditación no se han de tomar destajo, como tarea que se ha de llegar al cabo, sino como el mantenimiento de cada día, que cuanto más templadamente se toma y mejor se digiere, tanto suele ser más saludable.

I. Del beneficio de la creación

Comenzando, pues, por el beneficio de la creación, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza deste beneficio debes, primero, pensar muy profundamente lo que eras antes que fueses creado. Este es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, así para conocer la grandeza deste beneficio, como para la aniquilación, que llaman; que es para ver el hombre clara y palpablemente cómo de su parte no es más que pura nada. Considera, pues, cómo hoy, ha tantos años (y no mil años, ni cien años, sino de ayer acá, conviene saber: de muy poco tiempo a esta parte), eras, a lo menos cuanto al ánima, nada, y fuiste *ab eterno* nada, y pudieras ser para siempre nada; que es ser menos que tierra, menos que aire y menos aún que una paja; finalmente, nada.

Mira luego cómo esa nada no pudo hacer a sí misma algo, ni tampoco merecer que otro la hiciese algo; pues lo que no es, ni puede obrar [284] ni merecer. Pues, estando tú en

esas tinieblas y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo a aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merecimiento, por pura gracia, usar contigo de su virtud y omnipotencia y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas y de aquel abismo tan profundo del no ser al ser, y hacer que fueses algo. Y, como dice san Agustín, no cualquier algo: no piedra, no ave, no serpiente, sino hombre; que es una de las más nobles criaturas del mundo ²². Él te dio ese ser que tienes, él compuso y organizó ese cuerpo tuyo y lo guarneció por todas partes, así de miembros como de sentidos, con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno dellos, si bien se considera, es por sí una grande maravilla y muy grande beneficio. Este es aquel beneficio que humildemente reconocía el santo Job, cuando decía: *Tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en rededor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me hiciste, y que en esta misma me volverás. De piel y de carne me vestiste, compusíste me de huesos y nervios, dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tu visitación* (Job 10,8.9.11-12).

Pues ¿qué diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fue criada, y de la imagen y capacidad que tiene? La imagen es la del mismo Dios, porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que más se parezca a Dios; ni por donde más claro podamos venir en conocimiento dél. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre conveniente que poner a Dios, sino *Mente*, que es lo mismo que ánima racional; por la grande semejanza que hallaba entre Dios y ella. Y de aquí nace el no poder ser entendida perfectamente la substancia de nuestra ánima, porque, como ella sea tan semejante a aquella divina substancia, la cual no puede ser en esta vida conocida, así tampoco ella lo puede ser.

Pues el fin para que esta noble criatura fue criada es conforme a esta dignidad, porque cónstanos que fue criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios, para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza y vestir la misma ropa de inmortalidad que él viste y reinar para siempre con él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene, la cual es tan grande, que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son más parte para hinchar el seno de su capacidad, que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

Pues ¿con qué pagaremos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos a los padres carnales por haber sido alguna parte en la fábrica deste cuerpo, ¿cuánto más deberemos a aquel Padre eterno, que por medio dellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparación más excelente que el cuerpo, y sin la cual el cuerpo no sería más que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres, sino un instrumento con que hizo Dios una pequeña parte desta obra? Pues, si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto más deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto más deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas la espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto más debes estimar al mismo rey que la ganó?

II. Del beneficio de la conservación

Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, él mismo es el que después de criado te conserva en ella; como él mismo lo dice por Isaías: *Yo soy tu Señor Dios, que te enseñó lo que te conviene saber y te gobiernó por el camino que andas* (Is 48,17). Muchas madres, contentas con solo el trabajo de haber parido a los hijos, no se quieren encargar de la crianza dellos, sino buscan para esto un ama que las descargue. Mas acá no es

²² Al margen: *Libr.I Confes. c.2 & 6 & 20 & in Solil. c.26 &31 & 7 & 8.*

así, sino que el mismo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera que él es la madre que nos engendró y el ama que nos cría con la leche y regalo de su providencia, según que él mismo lo testimonia por un profeta, diciendo: *Yo era como ama de Efraín, y los traía en mis brazos; y ellos no entendieron el cuidado que yo tenía dellos* (Os 11,3). De manera que un mismo es el hacedor y el conservador de todo lo hecho; y, así como sin él nada se hizo, así también sin él todo se desharía. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras: *Todas las cosas, Señor, esperan de ti que les des su ración y mantenimiento a sus tiempos; y dándoselo tú, lo reciben, y extendiendo tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas, apartando tú el rostro dellas, luego se turbarán y desfallecerán y se volverán a aquel mismo polvo de que fueron hechas* (Sal 103,27-29). De manera que así como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las pesas que lo traen y llevan en pos de sí, de tal modo que, si ellas parasen, luego todo aquel artificio y movimiento pararía, así todo el artificio desta gran máquina depende de solo el peso de la divina providencia, de tal manera que, si ella faltase de por medio, todo lo demás luego faltaría.

Mas ¿qué tantos beneficios, si piensas, encierra en sí este beneficio? Todos cuantos puntos y movimientos tienes de vida son partes deste beneficio, pues en ninguno dellos podrías vivir ni permanecer, si apartase Dios un punto sus ojos de ti. Todas cuantas criaturas hay en el mundo son parte deste beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera que tuyo es el cielo y la tierra, y el sol y la luna y las estrellas, y la mar y los peces y las aves, y lo árboles y los animales, y, finalmente, todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas a tu servicio. Este es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el profeta, cuando decía: *¿Qué cosa es, Señor, el hombre- [285] bre, porque así te acuerdas dél, o el hijo de el hombre, porque así lo visitas? Hicístele un poco menor que los ángeles, coronástele de gloria y de honra, y dístele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus pies: las ovejas, las vacas y todos los animales de el campo, las aves de el cielo y los peces de la mar que caminan por las sendas de la mar. ¡Oh Señor, Dios nuestro, cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra!* (Sal 8,5-10).

Y no contento con haber diputado para este fin todas las criaturas visibles, también quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante dél y ven su divina cara; pues, como dice san Pablo, todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, a quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres (cf. Heb 1,14; Mt 18,10). Finalmente, a todo el mundo ocupó en tu servicio, para que tú te ocupases en el suyo; y no quiso que debajo del cielo ni sobre el cielo hubiese criatura exenta de tu aprovechamiento, porque dentro de ti no hubiese cosa que lo estuviese de su servicio.

Y, aunque todo esto pases de corrida, no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaecimientos y miserias, que cada día vemos acaecer a los hombres. A uno ves tullido, a otro ciego, a otro manco, a otro perniquebrado, a otro con los dolores de la piedra o de la gota, o con otros males semejantes. Porque, en hecho de verdad, no es otra cosa este mundo, sino un piélago de infinitos trabajos, y apenas hallarás cosa en toda esta tierra de Egipto donde no haya su gemido y su dolor. Pues dime ahora: ¿Quién te dio a ti esta bula de exención? ¿Quién te hizo tan privilegiado, que entre tantas maneras de lisiados estés tú sano, entre tanta muchedumbre de caídos estés en pie? ¿No eres tú hombre como todos, y pecador como todos, e hijo de Adán como todos? Pues, si todos estos males vienen, o por parte de la naturaleza o por parte de la culpa, habiendo en ti las mismas causas, ¿cómo no hay los mismos efectos? Pues ¿quién suspendió los efectos de estas causas?, ¿quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no pudieses en este común diluvio, sino sola la divina gracia? Pues, echada bien esta cuenta, hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos, y que por cada uno dellos debes especial agradecimiento y

amor. De manera que, por el beneficio pasado, hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos, pues todos sirven para tu conservación; mas ahora, por este, conocemos que también los males son beneficios tuyos, pues de todos ellos te ha librado este Señor.

III. Del beneficio de la redención

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redención; aunque mejor fuera adorar este misterio con un santo silencio, que hablar dél tan bajamente con lengua mortal. Perdiste, por tu culpa, aquella primera inocencia y gracia en que fuiste creado, y pudiera justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable (como dejó al demonio), sin haber quien se lo demandara; y no lo quiso hacer, sino antes, por el contrario, trocando las iras en misericordias, acordó de hacer mayores mercedes, cuanto había recibido mayores ofensas. Y, pudiendo él remediar este daño con enviar un ángel o un arcángel, y de otras muchas maneras, no quiso sino venir él mismo en persona; y, pudiendo venir con majestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza, para enamorarte más de sí con este beneficio, y obligarte a más con este ejemplo, y redimirte más copiosamente con tan gran tesoro, y darte más claro a conocer lo mucho que te quería, para que así le quisieses, y lo mucho que en él tenías, para que en él esperases. Esto es lo que con mucha razón encarece el profeta Isaías por aquellas palabras que, según la translación de los Setenta, dicen así: *En todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padecer por ellos; y no quiso enviarles embajador ni ángel para que los redimiese, sino él mismo en persona, por la grandeza de su piedad, quiso venir a redimirlos y traerlos sobre sus hombros todos los días del siglo; aunque ellos conocieron mal este beneficio, y entristecieron y provocaron a ira al Espíritu Santo* (Is 63,9-10).

Y, si tanto debes a este Señor porque él mismo en persona quiso venir a redimirte, ¿cuánto más le deberás por la manera en que te redimió, que fue con tan grandes trabajos? Gran beneficio es, por cierto, que el rey perdona al ladrón los azotes que merece; mas, que el mismo rey los quiera recibir en sus espaldas por él, este es sin comparación beneficio mayor. ¿Cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Alza los ojos a aquel santo madero y mira todas las heridas y dolores que padece allí el Señor de la majestad: porque cada una dellas es un beneficio por sí; y grandísimo beneficio. Mira aquel inocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caída de flaqueza y derribada sobre los hombros; y aquella divina cara en que desean mirar los ángeles, cómo está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, a unas partes reciente y colorada, a otras fea y denegrida. Mira aquel más hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era común deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel santo Nazareo, más puro que la nieve, más blanco que la leche, más colorado que el marfil antiguo, cómo está más escurecido que los carbones (cf. Lam 4,7-8); y tan desemejado y afeado, que apenas podrá de los suyos ser conocido. Mira aquella sagrada boca, amarilla y mortecina, y aquellos labios cárdenos y denegridos, cómo se mueven a pedir per- [286] dón y misericordia para sus mismos atormentadores (cf. Lc 23,34).

Finalmente, por doquiera que le mirares, hallarás que no hay en él una sola parte libre de dolor, sino que todo él, de pies a cabeza, está cubierto de heridas. Aquella frente clara y aquellos ojos más hermosos que el sol están ya escurecidos y difuntos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oídos, que oyen los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados, y tan largos que abrazan todo el poder de mundo, están descoyuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos, que criaron los cielos y no hicieron mal a nadie, están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados pies, que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, están mortalmente

heridos y traspasados. Y, sobre todo esto, mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al mediodía (cf. Cant 1,7): cuán estrecha es y cuán dura, cómo no tiene allí sobre qué reclinar la cabeza. ¡Oh cabeza de oro, cómo te veo por mi amor tan fatigada! ¡Oh cuerpo santo, del Espíritu Santo concebido, cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado! ¡Oh dulce y amoroso pecho!, ¿qué quiere decir esa llaga?, ¿esa tan grande abertura? ¿Qué quiere decir tanta sangre? ¡Ay de mí, cómo te veo por mi amor fuertemente alanceado! ¡Oh cruz rigurosa!, no estés ahora tan yerta: ablanda un poco tu dureza, inclíname esas ramas altas, abájame ese tanpreciado fruto, para que yo lo pueda gustar. ¡Oh crueles clavos!, dejad esos pies y manos inocentes, venid a mi corazón y heridlo, que soy yo el que pequé, y no él. ¡Oh buen Jesús!, ¿qué a ti con tantos dolores?, ¿qué a ti con la muerte?, ¿y con los clavos?, ¿y con la cruz? Verdaderamente con mucha razón dijo el Profeta: *Muy ajena y peregrina será su obra de quien él es* (Is 28,21). ¿Qué cosa más ajena ni más peregrina para la vida, que la muerte; y para la gloria, que la pena; y para la suma santidad e inocencia, que imagen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura, peregrina es para ti. ¡Oh verdadero Jacob, que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendición del Padre, pues tomando en ti imagen de pecador, nos ganaste vitoria contra el pecado! (cf. Gén 27,15ss). ¡Oh inefable bondad!, ¡oh misericordia no debida!, ¡oh amor nunca pensado!, ¡oh incomprendible caridad! Dime, Señor: ¿Qué viste en nosotros?, ¿qué servicio te hicimos?, ¿con qué obras te obligamos a pasar tales tormentos? ¡Oh maravillosa largueza, que sin haber de nuestra parte ningún merecimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta vía! *Aparecido ha —dice el Apóstol— la benignidad y clemencia de nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, por la cual nos hizo salvos* (Tit 3,4-5). ¡Oh, cuánto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar!: *No me invocaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No ofreciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste; mas con todo esto me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en qué entender con tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca más dellos me acordaré. Tráeme a la memoria, y entremos, si quieres, en juicio; y mira si tienes algo con que seas justificado* (Is 43,22-26).

Pues, ¡oh clementísimo y dulcísimo Señor!, ¿qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los días y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron y serán, todo esto sería nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y, pues por ninguna vía puedo salir desta deuda, páguete yo siquiera, Dios mío, con nunca jamás olvidarme della. Pídotte, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad que así hieras mi corazón con tus heridas, y así embriagues mi ánima con tu sangre, que, adoquiera que me volviere, siempre te vea crucificado, y, doquiera que pusiere los ojos, todo me parezca resplandecer con tu sangre. **Esta sea toda mi consolación: estar siempre crucificado contigo; y ésta toda mi aflicción: pensar otra cosa fuera de ti.** Mira, Dios mío, el precio por el que me compraste, y no permitas que un tan precioso tesoro haya sido derramado en balde por mí; ni que yo sea como el hijo abortivo, al cual pare su madre con dolor, y él no goza del fruto de la vida.

IV. Del cuarto beneficio de la vocación

Después desto piensa el beneficio de la vocación y llamamiento de Dios; sin el cual, todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenación del hombre. Aquí es de saber que son dos los llamamientos divinos: uno a la fe, mediante el sacramento del Bautismo, y otro a la gracia, después de perdida aquella inocencia primera bautismal.

Considera, pues, qué tan grande fue el beneficio del primer llamamiento mediante el santo Bautismo, donde fuiste alimpiado del pecado original, y librado del poder del demonio, y hecho hijo de Dios y heredero de su Reino. Allí tomó él tu ánima por esposa y la adornó con atavíos convenientes a tal estado, que es con la gracia y con las virtudes y dones del Espíritu Santo, y con otras muy más ricas joyas y dones, que los que se dieron a Rebeca cuando la tomaron por esposa de Isaac (cf. Gén 24,53). Pues ¿qué hiciste tú por donde merecieses un tan grande beneficio como este? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes, por justo juicio de Dios no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de ti, si nacieras entre ellas, carecieras del conocimiento del verdadero Dios y adoraras piedras y palos? ¿Cuánto debes al Señor, que, entre tanta muchedumbre de perdidos, quiso que acertases tú a ser del número de [287] los ganados y de aquellos que hubiesen de nacer en los brazos de la Iglesia y criarse con la leche de los apóstoles y con la sangre de Cristo?

Y, si después de la gracia deste llamamiento perdiste por tu culpa la inocencia del bautismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, o muchas veces, ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fue aguardarte tanto tiempo y darte espacio de penitencia y sufrirte en aquel estado de culpa, sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra y recibía en vano las influencias del cielo (cf. Lc 13,6ss). Otro beneficio fue sufrirte tantos y tan enormes pecados, sin echarte en el infierno por ellos; donde, por ventura, estarán otros muchos penando por menores delitos que los tuyos. Otro beneficio fue enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aun en medio de tus mismos delitos, y perseverar tanto tiempo en llamar a quien no hacía otra cosa sino ofender a su llamador. Otro beneficio fue dar, finalmente, conclusión a tan largas porfías y llamarte con tan poderosa voz, que con ella resucitases de muerte a vida, y salieses como otro Lázaro del sepulcro tenebroso de tus maldades, no ya atado de pies y manos, sino suelto y libre de las prisiones del enemigo (cf. Jn 11,43-44). Mas, sobre todo esto, ¿qué beneficio fue darte allí, no sólo perdón de las culpas pasadas, sino también gracia para no volver a ellas, con todos los otros atavíos que al hijo pródigo se dieron en su recibimiento (cf. Lc 15,22), con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto en las cosas de Dios, que antes eran desabridas, y disgusto en las del mundo, que antes te eran tan sabrosas?

Pues ¿qué será, si demás desto, consideras a cuántos otros se negó este beneficio que a ti se concedió tan de gracia? Y, siendo tú pecador como ellos, y tan indigno deste llamamiento como ellos, quedándose ellos en su mal estado, te pusiese Dios a ti en estado de salud y de gracia, ¿con qué agradecimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando, por virtud deste llamamiento, te veas algún día gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas a otros compañeros y conocidos tuyos —por falta de semejante gracia— estar penando para siempre en el infierno? ¡Oh, cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime: Cuando aquel dichoso ladrón, que con una palabra compró la vida perdurable (cf. Lc 23,42), se vea en tan grande gloria como ahora posee, y vea su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él también era ladrón como él, y pagaba por sus hurtos como él, y poco antes blasfemaba de Cristo como él (cf. Mt 27,44), y que, con todo esto, se inclinaron aquellos ojos divinos a mirar a él y darle tan grande luz, dejando al otro en sus tinieblas, ¿qué gracias te parece que dará por esta gracia?, ¿cómo se alegrará con tan grande beneficio?, ¿cómo se maravillará de tan grande juicio?, ¿con qué amor amaré a aquel que lo quiso prevenir con un don tan admirable? Pues, si te parece grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que a ti se hizo por Cristo, cuando este mismo Señor puso sus ojos piadosos en ti, dejando de llamar con esta manera de llamamiento a tu vecino o amigo, que,

por ventura, lo había ofendido menos que tú ²³. Mira, pues, lo que debes al Señor, y la razón que aquí se te ofrece para desear morir por su amor.

Sobre todo esto, considera cuánto le costó al Salvador este beneficio que a ti se dio tan de balde. A ti se dio de pura gracia, y a él le costó la sangre y la vida; pues nos consta que sin ella no pudieran ser perdonados nuestros pecados ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que, así como los ve, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos reciben calor y vida. Pues, si tú quieres sentir qué tan grande sea este beneficio, haz cuenta que, cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso Pelícano, movido con entrañas de compasión, hirió su sagrado pecho con una lanza y roció las llagas mortales de tu ánima con las suyas, y así con su muerte te dio vida, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas, pues, ingrato a tan grande y tan costoso beneficio, sino acuérdate —como te lo amonesta el Señor— deste día en el cual saliste de Egipto (cf. Éx 13,3). Este fue tu pascua, este el día de tu resurrección, pues en él pasaste por el mar bermejo de la sangre de Cristo a la tierra de promisión, y en él resucitaste de muerte a vida.

V. De los beneficios particulares

Estos son los beneficios generales. Hay otros particulares que se hacen a cada uno, los cuales no puede conocer, sino el mismo que los ha recibido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes —o de fortuna, o de naturaleza, o de gracia— que el Señor habrá dado a cada uno en particular; y, asimismo, muchos males y peligros, así de cuerpo como de ánima, de que por su misericordia le habrá librado. Por los cuales beneficios se debe también su agradecimiento, como por los pasados, porque son más ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros, mas débelos cada uno escribir en su corazón, para juntarlos con estotros y dar gracias al Señor por ellos.

Hay otros aún más ocultos, que el mismo que los ha recibido no conoce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia, porque entiende el daño que nos podrían hacer, si él no los atajase. ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá excusado Dios al hombre?, ¿y de cuántas ocasiones de pecar le habrá librado?, ¿y cuántas veces habrá cortado los pasos y desarmado los lazos del enemigo para [288] que no cayésemos en ellos? Del santo Job dijo el mismo demonio que le tenía Dios cercado por todas partes para que ninguna cosa le pudiese dañar (cf. Job 1,10); y así suele este Señor traer a los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada le empezca.

Podrá también el hombre haber recibido de Dios algunos dones secretos, sin que él mismo sepa dellos; así como también puede y suele haber muchos pecados ocultos que el mismo que los hace no conoce. Pues, así como por este género de pecados debemos cada día hacer oración con el Profeta y decir: *De mis pecados ocultos, líbrame, Señor* (Sal 18,13), así

²³ Nota: La forma comparativa del argumento sólo busca suscitar y acentuar en el lector una mayor conciencia del asombroso beneficio de su propia salvación. Se equivocaría quien lo entendiese bajo el aspecto de un privilegio, que no le ha tocado en suerte a los demás. Hay que leer y entender este tipo de comparaciones a la luz de aquella petición inicial que SAN IGNACIO DE LOYOLA propone en su primera meditación sobre los pecados: «Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecería ser condenado para siempre por mis tantos pecados» (*Ejercicios espirituales*, 48).

también por aquel linaje de beneficios debemos cada día darle gracias; para que, de esta manera, ni quede pecado sin penitencia, ni beneficio sin agradecimiento.

Fin de las otras siete meditaciones para los días de la semana en la noche.

Capítulo III. De cinco partes que puede tener la oración

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que, como arriba dijimos, antes desta meditación pueden preceder dos cosas, y seguirse otras dos, de manera que sean por todas cinco partes las que entrevengan en este ejercicio ²⁴, conviene saber: preparación, lección, meditación, hacimiento de gracias y petición.

Porque, primeramente, antes que entremos en la oración es necesario aparejar el corazón para aquel santo ejercicio; que es como quien temple la vihuela para tañer. Por lo cual dijo el Eclesiástico: *Antes de la oración, apareja tu ánima, y no seas como el hombre que tienta a Dios* (Eclo 18,23) ²⁵. Tentar a Dios es querer que haga milagro en las cosas que se pueden hacer por otros medios. Pues, como el aparejo del corazón sea un tan principal medio para alcanzar la devoción, el que pretende alcanzarla sin este medio, por el mismo caso quiere que Dios haga milagros; lo cual dice aquí el Eclesiástico que es como tentar a Dios.

Después de la preparación se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana que arriba se hizo. Lo cual sin duda es necesario a los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar; mas, después que por el uso de algunos días se sabe ya esto, no será tan necesaria esta lección, sino luego podemos proceder a la meditación.

Después de la meditación se puede seguir luego un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, el cual ha de acompañar siempre nuestras oraciones, según que lo aconseja el Apóstol, diciendo: *Ocupaos con mucha instancia en la oración, velando en ella con hacimiento de gracias* (Col 4,2). Porque, como dice san Agustín, «¿qué cosa mejor podemos tener en el corazón, y pronunciar por la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: *Gracias a Dios*? No hay cosa que más brevemente se diga, ni más dulcemente se oiga, ni más alegremente se entienda, ni más fructuosamente se haga» ²⁶.

La última parte es la petición, que propiamente se llama *oración*, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas cinco partes pueden entreenir en la oración; las cuales, entre otros provechos, tienen también este: que dan al hombre aún más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que, si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que, si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre luego en otra, donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Λ Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria para todos; mas todavía servirá esto a los que comienzan, para que tengan alguna orden e hilo por donde se puedan a los principios regir. Cierto es que algunas cosas son necesarias a los

²⁴ «Los métodos de meditación son tan diversos como diversos son los maestros espirituales. Un cristiano debe querer meditar regularmente; si no, se parece a las tres primeras clases de terreno de la parábola del sembrador. Pero un método no es más que un guía; lo importante es avanzar, con el Espíritu Santo, por el único camino de la oración: Cristo Jesús» (CEC 2707).

²⁵ «Ante orationem præpara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui temptat Deum».

²⁶ Al margen: *Super Psalm. 132 & Epist. 77*. «Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo scribamus, quam Deo gratias? Hoc nec dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest».

principios para enseñar una facultad, que, después de sabida, serían demasiadas. Y, por esto, **de ninguna cosa que aquí dijéremos quiero que se haga ley perpetua ni regla general**; porque mi intento no fue hacer ley, sino introducción para imponer a los nuevos en este camino; en el cual, después que hubieren entrado por esta puerta, **el uso** —como dijimos— **y el Espíritu Santo les enseñará lo demás**. Lo cual, dicho una vez en este lugar, quiero que se entienda en toda esta escritura.

Capítulo IV. De la preparación que se requiere para antes de la oración

Ahora será bien que tratemos en particular de cada una de estas cinco partes susodichas; y [289] primero, de la preparación, que es la primera de todas.

Ya dijimos que era necesario algún aparejo para entrar en la oración ²⁷. Este aparejo puede ser de muchas maneras, porque puede el hombre disponerse para la oración trayendo a la memoria sus pecados, y señaladamente, los de aquel día; y acusarse dellos, y pedir al Señor perdón dellos, según aquello del Sabio, que dice: *El justo al principio es acusador de sí mismo* (Prov 18,17) ²⁸. Esto parece que es descalzarse los pies para entrar en la tierra santa (cf. Éx 3,5), y lavar las vestiduras para salir a recibir a Dios cuando viene a tratar con los hombres y enseñarles su santa ley (cf. Éx 19,10). Esta manera de aparejo nos enseña la misma naturaleza, porque común cosa es, cuando vamos a pedir algo a nuestros amigos, pedirles perdón, si en algo los hemos ofendido, primero que les pidamos otra cosa. Esto se puede hacer a veces con solo el corazón, y a veces diciendo la confesión general o el salmo *Miserere mei, Deus* (Sal 50,3), u otro semejante; con tanto que ninguna destas cosas se diga de corrida, sino con todo el reposo y sentimiento que sea posible.

Λ Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideración de los pecados, como hacen algunos, que aquí comienzan y acaban, y aquí se les pasa toda la vida; porque, aunque esto sea siempre bueno, y a los principios necesario, mas todavía conviene que se tome con tal medida, que no quite el lugar a otras cosas mejores. Y, por esto, no es menester que descienda el hombre a considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquellos cuya representación le podría incitar a mal, sino basta que, hecho uno como haz [*manejo*] de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la divina bondad y misericordia, esperando, el perdón y remedio, della.

También nos podemos aparejar considerando la majestad y grandeza de aquel Señor con quien vamos a hablar en la oración. Porque esta consideración nos enseñará con cuánta reverencia y humildad, y con cuánta atención, deba hablar una criatura miserable, como es el hombre, a un Señor de tanta majestad, como es Dios, sobre un negocio de tanta importancia, como es su salvación. Mas, para entender algo desta divina Majestad, debes considerar que los cielos y la tierra, y todo el universo, no es más que una hormiga, o, como dijo el Sabio, un grano de peso que se carga en la balanza (cf. Sab 11,22), delante de la majestad de Dios. Pues, si todo lo criado no es más que una hormiga delante dél, tú, que tan pequeña parte eres de todo ello, ¿qué parecerás delante dél?

Esta consideración es como una profunda reverencia que hace el ánima dentro de sí misma delante del trono de aquella soberana Majestad, cuando entra en su palacio a hablar con ella. Con **esta manera de humildad y reverencia nos enseñó a orar el Hijo de Dios** cuando se postró en tierra para hacer oración (cf. Lc 22,41): para darnos a entender cuán derribado ha de estar el hombre, y cuán sumido en el abismo de su vileza, cuando se pone a

²⁷ Al margen: «*Quales orantes volumus inveniri, tales nos ante orationis horam præparare debemus*». Cassia. *Coll. 9 c.3*. «La tradición cristiana ha conservado tres expresiones principales de la vida de oración: la oración vocal, la meditación y la oración de contemplación. Tienen en común un rasgo fundamental: el recogimiento del corazón» (CEC 2699). «[...] “recoger” el corazón, recoger todo nuestro ser bajo la moción del Espíritu Santo, habitar la morada del Señor que somos nosotros mismos, despertar la fe para entrar en la presencia de Aquel que nos espera, hacer que caigan nuestras máscaras y volver nuestro corazón hacia el Señor que nos ama para ponernos en sus manos como una ofrenda que hay que purificar y transformar» (CEC 2711).

²⁸ «*Iustus prior est accusator sui*».

hablar con Dios. Con este espíritu y sentimiento puede el hombre repetir las palabras de aquel santo patriarca, que decía: *Hablaré a mi Señor, aunque sea polvo y ceniza* (Gén 18,27).

Sobre todo esto, aprovecha mucho para este aparejo considerar lo que vamos a hacer cuando nos llegamos a la oración. Porque, bien mirado, no vamos allí a otra cosa, sino a recibir el espíritu de Dios, y de las influencias de su gracia, y la alegría de la caridad, y devoción; de la cual vemos cuán llenas salen las ánimas de los justos acabada una larga y devota oración. Y, si esto es así, por aquí verás con cuánta humildad y reverencia, y con cuánta atención y devoción debes estar cuando te llegas a abrir los senos del ánima para recibir a Dios. Mira con qué devoción ardían los apóstoles cuando estaban esperando la venida del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), y por aquí entenderás cómo debes tú estar cuando te llegas a esperar y recibir el mismo Espíritu Santo; aunque no sea con tanta plenitud. Por aquí verás cuán cerradas has de tener entonces las puertas de tu entendimiento y voluntad a todos los cuidados del mundo, y cuán abiertas a solo Dios, porque, si viniere, no se vuelva por hallar cerrada la puerta, o embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél, esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud (cf. Lc 14,2); o como aquel leproso que, arrodillado ante sus pies humildemente, decía: *Señor, si quieres, puedesme limpiar* (Mt 8,2). Mira de la manera que está un perro ante la mesa de su señor, halagándole con los ojos y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa; y desta manera te debes presentar ante aquella rica mesa del Señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias, y pidiendo alguna partecica dellas para ti. Con este espíritu puedes decir aquel salmo: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelis*, etc. (Sal 122,1); el cual, aunque breve, es muy aparejado para despertar y encender este afecto susodicho.

Desta preparación, o de la otra, puedes usar como quisieres; sino que la primera parece que conviene más para la noche, cuando el hombre debe examinar su conciencia y pedir perdón de los defectos de aquel día, y la segunda, para la mañana, cuando madrugas a pedir a Dios limosna y socorro de gracia, para mejor emplear aquel día en su servicio.

Λ Y, porque el **saber orar como conviene es un muy especial don de Dios y obra del Espíritu Santo** (cf. Rom 8,26-27), pídele humildemente, así en la una preparación, como en la otra, que él te enseñe a hacer este oficio, y te dé gracia para estar allí hablando con él, con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento de corazón, y con aquel temor y [290] reverencia que conviene a tan grande Majestad; y, asimismo, para que de tal manera perseveres y gastes aquel poco de tiempo en este ejercicio, que salgas dél con nuevas fuerzas y asiento para las cosas de su servicio.

También suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales antes de la meditación, cuales son muchas que se hallan en diversas Horas y libros devotos, y, especialmente, en las meditaciones de san Agustín y en el Salterio de David, donde hay algunos devotísimos salmos que ayudarán mucho a encender y despertar la devoción; porque **propio es de las palabras devotas, si se dicen con sentido y atención, herir el corazón y levantarlo a Dios**. Lo cual nos es tanto más necesario, cuanto más estuviere nuestro espíritu resfriado y distraído.

Y aun sirven mucho estas mismas oraciones cuando son rimadas, como son muchos himnos de santos, prosas y versos; porque, no sé cómo, las palabras de Dios, en este estilo y armonía, traen consigo mayor dulzura y suavidad. Y así hallamos en las obras de san Buenaventura, que fue un doctor devotísimo, muchos himnos de estos; y algunos, en san Bernardo; y otros, también en otros. También son muy alabados, y con razón, tres himnos devotísimos que hizo Jerónimo Vidas, *A las tres Personas divinas*, con otros semejantes; los cuales, **sabidos de coro y pasados devotamente por la memoria**, son como un suavísimo

maná que comienza a endulzar el paladar de nuestra ánima y disponerlo para el gusto de las cosas de Dios.

Λ Aquí conviene avisar de la intención con que el hombre se ha de llegar a la oración: porque no se ha de llegar principalmente por su propia consolación y regalo, como hacen algunos amadores de sí mismos, sino sólo por hacer en esto la voluntad de Dios, y pedirle su gracia, y disponerse para ella. Y con todo esto ha de ir el hombre tan puesto en las manos de Dios, que tan aparejado ha de estar para las consolaciones, como para las desconsolaciones, poniéndose humildemente en sus manos, para que disponga dél y de sus cosas todo lo que por bien tuviere; conociendo, por una parte, que no es merecedor de nada, y creyendo, por otra, que, aunque esto sea así, el Señor, por su infinita bondad y clemencia, hará aquello que más convenga para su salud.

Y por esto debe el hombre contentarse igualmente con lo poco y con lo mucho, y con cualquier tratamiento que nuestro Señor le hiciere; teniéndose por indigno de todo lo que le dan, y estando aparejado para todo lo que le mandaren, no por lo que espera recibir, sino por lo que ya tiene recibido y por lo que Dios merece. Contra lo cual vemos que hacen muchos, los cuales son como los mozos harones [*reacios, holgazanes*], que, si no los bailan delante, van refunfuñando a los mandados.

También conviene aquí avisar que, cuando el hombre ha de tener su ejercicio de oración por la mañana, se acueste con este cuidado de antenoche; y, como los que han de amasar otro día suelen recentar [*poner levadura en la masa*] de antenoche, así debe el hombre prevenir con una piadosa solicitud y encomendar al Señor lo que otro día ha de meditar ²⁹. Mas, a la mañana, en despertando, luego debe ocupar la posada con aquel santo pensamiento, antes que otro la ocupe; porque en aquella hora está el corazón tan dispuesto, que cualquier pensamiento que primero se le ofrece, de tal manera se apodera dél, que después no hay quien lo pueda echar de casa.

Λ Y, porque la oración de muchos es muy agradable a nuestro Señor, para esto será bien que en la oración, así de la mañana como de la noche, pienses cuántos siervos y siervas de Dios, así en monasterios como fuera dellos, estarán en aquella misma hora velando y perseverando ante el acatamiento divino, derramando muchas lágrimas y, por ventura, mucha sangre por él; con los cuales te debes tú humildemente ayuntar, para que la presencia y dulce memoria dellos te sea incentivo de devoción y ejemplo de perseverancia en la oración. Y, asimismo, cuando te hallares negligente en aquel ejercicio y te vinieren pensamientos de acabarlo, puedes avergonzarte y acusarte con el ejemplo de tantos buenos, los cuales con tanta atención y solicitud perseveran en aquel ejercicio sin cesar, ofreciendo allí sus cuerpos y ánimas a Dios en sacrificio.

²⁹ Al margen: *Cassia. Coll.9 c.3 «Quidquid enim ante orationis horam anima nostra conceperit, necesse est ut orantibus nobis per ingestionem recordationis occurrat».*

Capítulo V. De la lección

Después de la preparación se sigue la lección ³⁰; la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino muy sosegada y atenta, aplicando a ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y, **cuando halláremos algún paso devoto, será bien detenernos un poco más en él**, y hacer allí una como estación, pensando en lo que se ha leído y haciendo alguna breve oración sobre ello, según que lo aconseja san Bernardo, diciendo: «Menester es muchas veces recoger algún poco de espíritu y devoción de la Escritura que se lee, y cortar el hilo de la lección con alguna oración» ³¹; con la cual se levante el corazón a Dios, y hable con él conforme a lo que pide el sentimiento y la materia del paso que se leyó.

Λ Aquí conviene avisar que la lección no sea muy larga, porque no nos ocupe la mayor parte del tiempo y así se hurte a los otros ejercicios más principales. Porque, como dice san Agustín, «bueno es orar y leer, si podemos hacer ambas cosas; mas, si no las podemos hacer, mejor es la oración que la lección» ³². Mas, porque en la oración algunas veces hay trabajo, y en la lección facilidad, de aquí nace que este nuestro miserable corazón muchas veces rehúsa el trabajo de la oración y se acoge al regalo de la lección; como el mismo san Bernardo, quejándose de sí mismo, dice que algunas veces lo hacía.

[291] Verdad es que así como a falta de pan de trigo suelen comer los hombres el de centeno, o de cebada, por no quedar del todo ayunos, así, cuando el corazón está tan distraído que no puede entrar en la oración, puede detenerse algo más en la lección, o juntar en uno la meditación con la lección, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro, de la misma manera; porque, yendo así atado el entendimiento a las palabras de la lección, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos, como cuando está libre y suelto. Aunque mejor sería luchar todo aquel tiempo con Dios, como el patriarca Jacob (cf. Gén 32,25-30), porque, en fin, acabada la lucha, nos daría su bendición: o dándonos la devoción que procuramos, o alguna otra mayor gracia; la cual nunca se niega a los que fielmente trabajan y pelean por su amor.

³⁰ «Habitualmente se hace con la ayuda de algún libro, que a los cristianos no les falta: las Sagradas Escrituras (especialmente el Evangelio), las imágenes sagradas, los textos litúrgicos del día o del tiempo, los escritos de los Padres espirituales, las obras de espiritualidad, el gran libro de la creación y el de la historia, la página del “hoy” de Dios» (CEC 2705).

³¹ Al margen de una edición de 1768: *De modo orandi c.7 & 8, & de forma honestæ vitæ c.8.*

³² Al margen: *In libr. med. c.7.* También SAN ISIDORO: «Orationibus mundamur, lectionibus instruimur; utrumque bonum, si liceat; si non liceat, melius est orare quam legere» (*Sentencias*, lib.III c.VIII.1).

Capítulo VI. De la meditación

Después de la lección se sigue la meditación del paso que se ha leído. Acerca de lo cual es de saber que esta meditación unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, y otras, de cosas que pertenecen más al entendimiento, que a la imaginación, como cuando pensamos en los beneficios de Dios, en su bondad y misericordia, o en cualquier otra de sus perfecciones. Esta manera de meditación se llama intelectual, y la otra, imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere.

Y, por esto, cuando el misterio que queremos pensar es de la vida y pasión de Cristo, o de alguna otra cosa que se puede figurar con la imaginación (como es el juicio final, o el infierno, o el paraíso), debemos figurar cada cosa de estas con la imaginación, de la manera que ella es o de la manera que pasaría, y hacer cuenta que allí, en aquel mismo lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra; para que con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento dellas³³. Y algunos hay que dentro de su mismo corazón imaginan que pasa cualquier cosa de estas que piensan, porque, pues en él caben ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber también la representación y figura de estos misterios. Y aun esto suele ayudar mucho para traer el ánima recogida, entendiendo en labrar como abeja dentro de su corcho su panal de miel. De cualquiera destas dos maneras podemos usar en esta manera de meditación imaginaria. Porque ir con el pensamiento a Jerusalén, para meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño a las cabezas.

Λ Y, por esta misma causa, tampoco debe el hombre hinchar³⁴ mucho la imaginación en las cosas que piensa, porque, demás de fatigarse con esto la cabeza, podría también caer él en algún engaño con esta vehemente aprensión, pareciéndole que realmente ve lo que con esta fuerza imagina.

³³ Indicación metodológica, y pedagógica, que también da SAN IGNACIO DE LOYOLA: «*El primer preámbulo* es composición de lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Cristo o nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo etc.» (*Ejercicios Espirituales*, 47). «La meditación hace intervenir al pensamiento, la imaginación, la emoción y el deseo. Esta movilización es necesaria para profundizar en las convicciones de fe, suscitar la conversión del corazón y fortalecer la voluntad de seguir a Cristo» (CEC 2708).

³⁴ Según otras ediciones, *hincar* (fijar); aunque *hinchar*, en el sentido de exceso, también parece una lectura válida.

Capítulo VII. Del hacimiento de gracias

Acabadas estas tres partes, se puede luego seguir hacimiento de gracias por los beneficios recibidos³⁵. Y, por no cortar el hilo de la devoción con diversos afectos y materias, puede el hombre continuar esta parte con la precedente, tomando ocasión, de lo que ha pensado, para dar gracias a nuestro Señor por el beneficio que en aquello le hizo; y juntar con este beneficio todos los otros, y darle gracias por ellos. Porque, acabando de pensar algún paso de la Pasión, podemos dar luego gracias a nuestro Señor por aquel beneficio de nuestra redención, y especialmente por habernos querido redimir con tantos trabajos; y luego darle también gracias por todos los otros beneficios. Asimismo, cuando hubiéremos pensado en nuestros pecados, podemos darle gracias porque nos esperó tanto tiempo y nos llamó a penitencia. Y cuando en las miserias de esta vida: por las muchas de que nos habrá librado. Y cuando en el paso de la muerte: porque nos ha dado vida y esperado a penitencia. Y cuando en la gloria del paraíso: porque nos crió para tan grande bien. Y así en todo lo demás. Y, después, según dijimos, debe el hombre juntar con este beneficio todos los otros beneficios, como son el beneficio de la creación, y conservación, y redención y glorificación (de los cuales se trató arriba, en la meditación del domingo en la noche). Por estos y otros infinitos beneficios, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y llame a todas las criaturas del cielo y de la tierra para que le ayuden en este oficio. Y con este espíritu podía alguna vez decir aquel cántico *Benedicite, omnia opera Domini, Domino*, etc. (Dan 3,57-90), o el salmo *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quæ* etc. (Sal 102,1).

³⁵ «[...] todo acontecimiento y toda necesidad pueden convertirse en ofrenda de acción de gracias. Las cartas de san Pablo comienzan y terminan frecuentemente con una acción de gracias, y el Señor Jesús siempre está presente en ella. “En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros” (1 Tes 5,18). “Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col 4,2)» (CEC 2638).

Capítulo VIII. De la petición

Resta la última parte de todas, que es la petición ³⁶; la cual contiene dos partes, en la una de las cuales pedimos para los prójimos, y en la otra, para nosotros.

La primera se puede continuar con la pasada, que es el hacimiento de gracias, deseando que todas las criaturas sirvan y alaben a un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo con todas sus criaturas. Y así, con este afecto y deseo de la gloria de Dios, ruéguele primeramente por todo el universo mundo: porque todas las gentes conozcan y sirvan a tan gran Señor; y luego, por la Iglesia cristiana y por todas las cabezas della: para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conocimiento y servicio de su Criador.

Asimismo ruegue por todos los miembros desta Iglesia: por los justos, que Dios los conserve; y por los pecadores, que los perdone; y por los [292] difuntos, que los lleve a su gloria perdurable. Asimismo ruegue por todos sus deudos, amigos y bienhechores, y por todos los atribulados, cautivos, enfermos y encarcelados; con los cuales podrá, sin discurso ni distraimiento, cumplir las obras de misericordia, encomendándolos al Señor que los creó y poniendo las necesidades de todos en aquellas manos que por todos se pusieron en cruz.

Después desto debe pedir el hombre para sí lo que sintiere que ha menester, según las particulares necesidades y miserias que siente en su ánima. Especialmente cuando pedimos remedio contra algunos vicios y pasiones de que somos más molestados, o algunas virtudes de que tenemos mayor necesidad. Esta manera de petición, entre otros provechos, tiene este: que renueva cada día en el ánima los buenos propósitos y deseo de las virtudes, y la mueve más a hacer aquello que tantas veces y con tanto deseo pidió, y avergüenzala más cuando no lo hace, acordándose con cuánto deseo e instancia pidió al Señor gracia para hacerlo. Conforme a lo cual dice san Crisóstomo: «Los que de veras hacen oración no les sufre el corazón cometer cosa indigna de tal ejercicio, sino, teniendo respeto a Dios, con quien poco antes trataron y conversaron, presto desechan de sí todas las sugerencias del demonio, pensando entre sí cuán gran mal sea el que poco antes habló con Dios y le pidió castidad, y santidad, con todas las otras virtudes, que se pase luego al bando de el enemigo y abra las puertas de su ánima a torpes y deshonestos deleites, y dé lugar al demonio en aquel pecho donde poco antes moró el Espíritu Santo».

Mas es mucho de doler que algunos dicen que no saben lo que han de pedir. No es excusa esta para recibir. Porque ¿qué bestia hay tan insensible, que no sepa significar por alguna vía la necesidad que tiene? ¿Qué enfermo hay que no sepa decir: «Aquí me duele»? Mira, pues, oh hombre, a ti mesmo; mira los vicios y pasiones que más te combaten: si la avaricia, si la ira, si la vanagloria, si la dureza de tu propia voluntad, si la soltura de la lengua, si la liviandad de corazón, si el amor de la honra o del regalo, si la inconstancia en los buenos propósitos que propones, el amor propio o algunas otras semejantes pasiones y pestilencias del ánima; y descubre todas estas llagas, una por una, a aquel médico del cielo, para que él las cure con la unción de su gracia.

³⁶ «La intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús» (CEC 2634). «Interceder, pedir en favor de otro, es, desde Abrahán, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios» (CEC 2635). «Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él» (CEC 2629).

Pedido ya el remedio para los vicios, pide luego todas aquellas virtudes que más convienen para tu salud. Y, porque esta es una principal parte de este ejercicio, en la cual a veces se suele gastar todo el tiempo de la oración con mucho gusto y aprovechamiento, pareciome señalarte aquí las **principales virtudes** que son como columnas de la vida espiritual: para que **siempre suspires por ellas y siempre las pidas al Señor en tu oración.**

II. Petición de virtudes las más necesarias

Primeramente debes pedir al Señor estas cuatro virtudes que son como fundamento de toda la vida espiritual, las cuales se han de traer siempre ante los ojos, porque siempre y en todos los pasos de la vida son necesarias, conviene saber: **composición del hombre** interior y exterior, **discreción** y atención a todo lo que se hubiere de hacer o decir (para que todo vaya conforme al juicio de la razón), **freno y cuenta con la lengua**, y **rigor y aspereza en el tratamiento** de la persona. Entre las cuales virtudes pusimos por primera la composición del hombre interior y exterior, porque es principio que dispone para todas las otras. Y la composición del hombre interior consiste en traer a Dios presente en el corazón; y la del exterior, en hacer todas las cosas como quien está en su presencia y lo tiene siempre delante por *juez y testigo* de su vida [*Jer 29,23*].

Tras destas se siguen otras cuatro virtudes en que consiste la suma de la perfección, las cuales están de tal manera entre sí anexas y subordinadas, que no se pueden sustentar la una sin la otra. Estas son **obediencia perfecta**, **mortificación de la propia voluntad**, **fortaleza** para vencer toda dificultad y trabajo, y aborrecimiento y **desprecio de sí mismo**. Porque está claro que **la suma de toda la doctrina cristiana es una perfecta obediencia y conformidad con la divina voluntad**, así en todo lo que manda, aconseja e inspira, como en todo lo que ordena acerca de nos. Esta obediencia no se puede guardar, si no tenemos un cuchillo en la mano para cortar todos los apetitos desordenados de nuestra propia sensualidad y voluntad, que contradicen a la divina. Mas este golpe nadie lo puede dar, si no tiene grande fortaleza de ánimo para pelear consigo mismo y hacer guerra mortal a sus propias inclinaciones y apetitos. Y esta guerra nunca jamás hará, sino el que por amor de Dios hubiere llegado a tener un verdadero y santo aborrecimiento y desprecio de sí mismo; porque, donde hay aborrecimiento, fácilmente se sigue maltratamiento y desprecio de lo aborrecido; mas donde no lo hay, sino amor, de mala gana toma el hombre el azote en la mano para maltratar a quien ama. Por do parece que ninguna destas virtudes puede dar un solo paso sin la ayuda y socorro de la otra.

Después de estas se siguen luego otras cuatro altísimas y nobilísimas virtudes, que son **humildad** interior y exterior, **pobreza** de espíritu y de cuerpo, **paciencia** en todas las adversidades y tribulaciones, **pureza de intención** en las buenas obras, haciendo todo lo que hiciéremos puramente por amor de Dios, sin mezcla de otro interese ni respecto, así temporal como espiritual.

Después de estas se siguen otras cuatro virtudes, que son el fin y principio de toda la perfección, las cuales son **fe firmísima** de todo lo [293] que Dios dice y promete; **esperanza segura** en él, como verdadero Padre, en todas las necesidades y tribulaciones que se nos ofrecieren; **amor de Dios** que siempre arda en nuestro corazón; y junto con el **temor y reverencia** de su grande majestad y justicia, el cual siempre ha de acompañar todas nuestras obras.

Λ Y con todo lo susodicho se ha de juntar la **perseverancia** y continuación en el ejercicio de todas estas virtudes, la cual hace en poco tiempo arribar a la cumbre de la

perfección. En estas susodichas virtudes principalmente consiste la suma de toda la perfección; y por esto todo nuestro estudio y diligencia se ha de emplear en buscarlas por todos los medios que nos sea posible; y señaladamente por la oración, que es el principal medio por do se alcanza todo bien.

Aquí me parece dar aviso que, cuando el hombre pidiere alguna de estas virtudes, se detenga un poco y haga una como estación en cada una de ellas, considerando brevemente los motivos principales que más nos pueden inducir al mayor ejercicio de la tal virtud. Pongamos ejemplo. Cuando pidiéremos la virtud de la caridad, que es el amor de Dios, podemos decir: «Señor, dame gracia para que te ame yo con todo mi corazón y ánima, pues tú eres una infinita bondad y hermosura que merece ser amado con amor infinito; y, demás de esto, porque tú eres mi único bienhechor, y mi Padre, y mi Criador, y mi último fin, y el Esposo de mi ánima, a quien se debe todo amor». Asimismo, cuando pidieres la virtud de la esperanza, puedes decir: «Dame también gracia para que, en todas las necesidades y tribulaciones que en esta vida se me ofrecieren, espere en ti, pues tu misericordia es infinita y tus promesas verdaderas, y los merecimientos de tu unigénito Hijo son de infinito valor, los cuales hablan y abogan por mí». De esta manera puedes pedir el temor de Dios, y la humildad, y algunas otras virtudes; cuyas peticiones no quise yo asentar aquí por escrito, porque así como dicen que aprovecha más al enfermo el manjar que él mismo come y desmenuza con los dientes, que el que se le da bebido, así suele ser más provechosa la oración que ordena el mismo que ora con las palabras que el Espíritu Santo le enseña, que la que va ordenada y compuesta con palabras ajenas; que muchas veces se rezan como oración de ciego: sin atención y sin afecto.

Esta última parte, que es la petición, demás de ser muy fácil de hacer, es de grandísimo provecho, porque, como arriba dijimos, no solamente es ejercicio de oración, sino también de todas las virtudes, y una como lección y conferencia de todas ellas, en la cual el hombre renueva todos sus buenos propósitos y deseos, y pasa por la memoria los principales puntos y capítulos de la ley de Dios; que es el ejercicio continuo del varón justo, de quien se dice que *pensará en la ley del Señor día y noche* (Sal 1,2).

III. Compendio

Estas cinco partes susodichas puede tener el ejercicio de la oración; aunque, como dije, no son todas siempre necesarias, porque a las veces en la meditación sola o en la petición se gasta todo el tiempo; pero señalánse todas estas, para que a lo menos por falta de materia no deje nadie esta santa ocupación; y también porque en el tiempo que falta la devoción (en el cual no conviene por esto aflojar en los buenos ejercicios) tenga el hombre en qué poder ocuparse aquel rato de tiempo, haciendo de su parte lo que fuere en sí, que es lo que Dios principalmente nos pide.

Aquí es mucho de notar que, entre todas estas cinco partes, la mejor es cuando el ánima habla con Dios, como se hace en la petición. Porque en la lección o meditación el entendimiento discurre con poco trabajo por do le parece. Mas, cuando hablamos con Dios, allí se levanta el entendimiento a lo alto, y tras dél también la voluntad; y allí interviene comúnmente mayor atención y devoción de parte del hombre, y mayor temor y reverencia de la divina Majestad con quien está hablando, junto con humilde y encendido deseo de lo que le está pidiendo. Y este movimiento y levantamiento de espíritu, con todos estos actos de virtudes que le acompañan, dejan el ánima más ennoblecida y edificada, que cualquier otro discurso; como lo puede cada uno ver en sí por experiencia. Porque está claro que en el discurso de la meditación no interviene otra cosa más que una piadosa inquisición y consideración de las cosas espirituales, que así como es acto de entendimiento, así es de poco

jugo y provecho; mas **en la devota oración intervienen casi todas las virtudes, con cuyas alas el alma se levanta a lo alto y viene a juntarse con Dios** ³⁷.

Y, como quiera que este coloquio espiritual con Dios sea el mejor bocado de este ejercicio, **entre todos los coloquios, el mejor es el del amor**, cuando estamos actualmente amando a Dios, y alabándole, y **pidiéndole con grandes ahíncos y entrañables deseos este amor**. Porque, como la caridad sea la mayor de las virtudes (cf. 1 Cor 13,13), ninguna cosa hay más agradable a Dios, ni más dulce y provechosa para el hombre, que el uso y ejercicio della.

Λ Este llaman, los santos, ejercicio de **aspirar al amor divino**; y a este fin se ordena la meditación, y la oración, y todos los otros buenos ejercicios. Por donde se da como regla general a todos los que oran que procuren, cuanto les sea posible, levantar su espíritu a este divino coloquio, que es **hablar y tratar con el mismo Dios, mayormente en tratos de amor y ejercicios de aspiración**. Y por esto será bien dejar esta petición de amor para en fin de todo el ejercicio, guardando el mejor vino para el fin deste convite (cf. Jn 2,10); y para que, acabada ya su jornada, se pueda detener aquí el hombre todo lo que quisiere. Aunque no será incon- [294] veniente comenzar y acabar en esto, cuando el Espíritu Santo abriere camino para ello.

También conviene aquí avisar que, en todas las cosas que pidiéremos, siempre aleguemos de nuestra parte los merecimientos de Cristo, nuestro único y verdadero Salvador; el cual, como dice el Apóstol, *es nuestra justicia, y sabiduría, y santificación, y redención* (1 Cor 1,30). En estos ha de estribar principalmente nuestra confianza, y estos habemos de presentar ante el acatamiento divino, contándolos y ofreciéndolos al Padre uno por uno; y tomando, como dice san Bernardo, de aquel tesoro todo lo que nos sea necesario (*super Cantica*, 22). Porque este Señor es el que santificó y ofreció a sí mismo en sacrificio, para que nosotros fuésemos de verdad santos. Pues, *si Dios es por nos, ¿quién contra nos? Si Dios justifica, ¿quién hay que condene?* (Rom 8,31.33-34). Este es, dice san Pedro, *aquel a quien todos los profetas dan testimonio que por él se recibe el perdón de los pecados* (Hch 10,43). Pues en virtud y nombre deste Señor habemos de ir animados y confiados que todo lo que por él pidiéremos se nos dará. Esta es la principal condición que ha de tener nuestra petición para que sea eficaz delante de Dios, como dice Santiago: que es fe y confianza (cf. Sant 1,6). Y esta confianza no ha de estribar en nosotros, principalmente, ni en nuestras obras y merecimientos, sino en los de Cristo; y, junto con eso, en la infinita bondad y misericordia de Dios, que con ningún género de maldades puede ser vencida; y, demás desto, en la verdad de las palabras y promesas de Dios, el cual en toda la Escritura Sagrada tiene prometido de nunca jamás faltar a quien de todo su corazón se convirtiere a él, y le llamare, y pusiere en él su esperanza. Y, aunque haya sido hasta entonces grande pecador, no por eso ha de desmayar, porque, como dice san Jerónimo, «los pecados pasados no nos dañan, si no nos agradan». Por do parece cuán engañados viven los que, considerando sus defectos y flaquezas, desconfían que Dios los oirá, y no miran que **los principales estribos desta confianza son merecimientos de Cristo, y la misericordia divina, y la verdad de su palabra**, que *es* — como dice el Profeta— *escudo de los que esperan en él* [Prov 30,5].

³⁷ «La oración cristiana se aplica preferentemente a meditar “los misterios de Cristo”, como en la “lectio divina” o en el Rosario. Esta forma de reflexión orante es de gran valor, pero **la oración cristiana debe ir más lejos: hacia el conocimiento del amor del Señor Jesús, a la unión con Él**» (CEC 2708). «¿Qué es esta oración? Santa Teresa responde: “No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama” (*Vida* 8). La contemplación busca al “amado de mi alma” (Cant 1,7; cf. 3,1-4). Esto es, a Jesús y en Él, al Padre. Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor, y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de Él y vivir en Él. En la contemplación se puede también meditar, pero la mirada está centrada en el Señor» (CEC 2709).

Capítulo IX. De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de esta meditación

Dicho ya de las principales partes deste ejercicio, será razón dar algunos avisos y documentos que se deban guardar en ellas; y señaladamente en la meditación, que es de la que principalmente pretendemos aquí hablar.

I. Primer aviso [*Materia de la meditación*]

Sea, pues, el primer aviso, en lo que toca a la materia de la meditación: que aunque será bien que el hombre tenga señalados estos pasos que aquí van repartidos por los días de la semana para ejercitarse en ellos, mas, con todo esto, si a medio camino se ofreciere algún otro pensamiento donde halle más miel, o más provecho, que no lo debe desechar por cumplir con su tarea; porque no es razón desechar la lumbre que el Espíritu Santo nos comienza a dar en algún buen pensamiento, por ocuparnos en otro, donde por ventura no se nos dará. Y, demás desto, como el fin principal destas meditaciones sea alcanzar alguna devoción y sentimiento de las cosas divinas, fuera de razón sería, alcanzando este con alguna buena consideración, andar a buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzado por este.

Mas, aunque esto, regularmente hablando, sea así, no por esto debe tomar aquí tanta licencia, que se mueva luego ligeramente —por cada ocasión que se le ofrezca— soltar de las manos lo que tiene, por lo que se le antojare; si no fuere cuando sintiere conocida ventaja de lo uno a lo otro.

II. Segundo aviso [*Más afecto que especulación*]

El segundo aviso sea que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure tratar este negocio más con afectos y sentimiento de la voluntad, que con discurso y especulaciones de entendimiento.

Para lo cual es de saber que, el entendimiento, por una parte ayuda, y por otra puede impedir la operación de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Porque así como es necesario que vaya delante, guiando a la voluntad y dándole conocimiento de lo que ha de amar, así, cuando es mucha su especulación, impide esta misma operación de la voluntad, porque no le da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Donde, así como dicen del veneno que se echa en la triaca, que, si es poco, es saludable y necesario, mas, si es mucho, sería dañoso, así podemos en su manera decir en este ejercicio: que el entender a Dios con simplicidad ayuda a la voluntad para que más lo ame; pero entenderlo con demasiada especulación impide esa misma voluntad y hace, por entonces, más remisa y floja su operación. Y la razón desto es porque, como la virtud de nuestra ánima sea finita y limitada, cuanto más emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por otra; así como la fuente que corre por dos caños: que cuanto más se desagua por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el ánima por la operación del entendimiento, por la cual —como sea tan íntima y tan noble— se desagua toda ella, de tal manera que casi nada obra por las otras potencias, cuando está muy atenta y ocupada en esta

ocupación. Y así se ve por experiencia que, en cualquier otro ejercicio corporal que se haga de manos, puede [295] uno con más facilidad conservar el afecto de la devoción, que cuando está con el entendimiento especulando algo con atención. Porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra ánima, las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una es bajar de la otra, y al revés. De manera que, si crece demasadamente la especulación, abaja la afección; y si, por el contrario, crece la afección, abaja luego la especulación. Por esto le encojaron al patriarca Jacob uno de los dos pies, cuando le dieron la bendición (cf. Gén 32,26): porque, como tenga nuestra ánima dos pies para llegarse a Dios, que son entendimiento y voluntad, menester es que cojee y desfallezca uno, que es el entendimiento en su especulación, si la voluntad, que es el otro, ha de gozar de Dios en el reposo de la contemplación. Y así se ve por experiencia que, si cuando un ánima está gozando de Dios se desmanda a querer especular o escudriñar algo del mismo Dios, luego en ese punto pierde la devoción que tenía y le desaparece de entre los ojos aquel sumo bien de que gozaba. Por donde, no sin causa, avisa el Esposo a la esposa en los Cantares, diciendo: *Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar* (Cant 6,5).

Λ Pues por esta causa se aconseja en este ejercicio que procure el hombre de especular con el entendimiento lo menos curiosamente que sea posible, contentándose con una vista y conocimiento sencillo de las cosas divinas; porque la virtud del ánima, recogidas todas sus fuerzas en uno, se pueda emplear por esta parte afectiva, amando y reverenciando aquel Sumo bien.

De lo cual todo, parece cómo no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los misterios divinos, como si los estudiaran para predicar; lo cual más es derramar el espíritu, que recogerlo, y andar más fuera de sí, que dentro de sí. De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad, como lo estaban antes. Porque, en hecho de verdad, los tales no han orado, sino hablado y estudiado; que es un negocio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que **en este ejercicio más nos llegamos a escuchar, que a hablar**; pues, como dijo el Profeta, *los que se llegan a los pies del Señor recibirán de su doctrina* (Dt 33,3)³⁸; como la recibía aquel que decía: *Oiré lo que hablare dentro de mí el Señor Dios* (Sal 84,9). Pues, por esto, sea todo su negocio **parlar poco y amar mucho**, y dar lugar a la voluntad, para que se ayunte con todas sus fuerzas a Dios.

No habemos de herir igualmente con las espuelas a estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos propios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en un carro de dos caballos: uno apresurado, y otro perezoso; y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que a uno las aprietes, y al otro las aflojes; para que así se guarden uno a otro.

Y, si quieres otro ejemplo más palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con la voluntad como el ama que cría un niño, la cual, después que le ha mastigado el manjar, se lo pone en la boca, para que él lo guste y se sustente con él. Porque, de otra manera, si le mastigase los bocados, y también se los comiese, dejando al niño sin comer, claro está que le hacía manifiesto agravio, pues lo dejaba morir de hambre, por comerse lo que le daban para él. Pues desta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad; porque a él, como a un ama, pertenece mastigar y desmenuzar las verdades espirituales; mas no para que todo el negocio pare en solo esto, sino, para que después de así mastigadas las

³⁸ «Et qui appropinquant pedibus eius, accipient de doctrina illius».

ofrezca a la voluntad, para que ella las guste, y las sienta, y se encienda y confirme más en lo bueno con el sentimiento dellas.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vituallas que entran por las puertas de la ciudad; mas, si los porteros se alzasen con toda la provisión, sin dejar llegar nada a la plaza, claro está que los moradores de la ciudad morirían de hambre. Pues desta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra ánima por donde le ha de entrar el mantenimiento espiritual, se toma para sí todo lo que había de pasar por él, ¿qué tal estará la voluntad, sino ayuna y seca, y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor. Pues desta misma manera se ha de haber nuestro entendimiento cuando hubiere cazado alguna destas altas y secretas verdades: que no se ha de entregar él a solas en ella, sino antes entregarla a la voluntad, para que ella, como señora en esta parte, se sirva della. Dichosas son, por cierto, algunas personas devotas y simples, las cuales, así como saben poco, así cuando se llegan a Dios les hace poco embarazo el negocio del entender; y así hallan su voluntad más tierna y más aparejada para toda piadosa afección.

Pues, si quieres saber cómo se haya de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay podrás usar desta: en cualquier cosa buena que pensares en la oración, o fuera della, ten cuidado de ir luego con ella a Dios —como hace el niño, que con todas las cosas que halla se va luego a su madre—, y allí la platica con él; y, conforme a lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazón a amar, o adorar, o reverenciar, o alabar a Dios por ella; y de allí tomar ocasión para humillarte delante dél y pedirle su gracia. Ayuda también a esto mismo el espíritu de la verdadera humildad, el cual hace estar al hombre delante de Dios muy empobrecido y desnudo, y muy postrado ante aquella soberana Majestad, con mayor cuidado de pedirle misericordia para las miserias que conoce en sí, que de [296] escudriñar la grandeza de sus misterios para entenderlos. Y así viene a estar delante de Dios como estaría un malhechor sentenciado a muerte, cuando entrase en el palacio del rey a pedirle perdón; el cual iría con tanto sentimiento de su miseria, que apenas tendría ojos ni corazón para ver ni sentir otra cosa, más que su peligro.

III. Tercer aviso [*Tasa y medida al afecto*]

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio a la voluntad; mas el presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza de brazos, como piensan algunos, los cuales, con demasiados ahíncos, o tristezas forzadas y como hechizas [*fingidas*], procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la pasión del Salvador; porque esto suele secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y, demás desto, suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal, y a veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio; como cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y, por esto, si el Señor diere lágrimas, o semejantes sentimientos, débense tomar humildemente; mas, tomarlos el hombre como por fuerza, no es cordura. Conténtese con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada, así lo que padeció, como el amor y caridad con que lo padeció; y, hecho esto, no se congoje por lo demás, cuando el Señor no lo diere.

Y quien esto no supiere hacer, y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio, no porfíe pasar adelante, sino humíllese delante de Dios con entrañable sosiego y simplicidad,

pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y, si el Señor le hiciera merced de dar ese sosiego de pensamiento, sentirá más entrañable devoción de la que suele sentir con el desasosiego del corazón, y que dure por muchos días más; y podrá estar el hombre pensando muy largos ratos de tiempo, sin sentir pesadumbre; lo cual todo se hace al contrario, si de la otra manera piensa.

Y por esta causa conviene mirar mucho que, si alguna vez se levantaren en el ánimo movimientos fervorosos de devoción sensible, o demasiados sollozos y gemidos, que no se vaya la persona tras ellos; mas débelos templar y disimular, procurando guardar dentro de sí aquella consideración y pensamiento que se los causó. Quiero decir que, quitando de sí los alborotos de la carne, goce en el ánimo, con sosiego, de la lumbre y devoción que Dios le dio; y desta manera durarle ha más tiempo, y será su consolación más de raíz y más entrañable, y no vendrá a dar muestras de sí con gemidos y otras señales exteriores. Lo cual no se podrá evitar sin mucho trabajo, si una vez la persona se acostumbra a darse mucho a dichos movimientos y fervores sensibles; los cuales, cuanto más recios parecen de fuera, tanto más suelen apagar la lumbre de dentro y ponerle impedimento para que no pase adelante.

Verdad es que a los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace a los hombres caer en tan grande admiración y espanto, que no se pueden valer. Mas, después, con el uso, pasa la novedad, sosiégase el corazón; y, aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensible y desasosiego en su amor. Así vemos que el mosto nuevo, y la olla cuando comienza a experimentar el extraño calor del fuego, suele hervir a borbollones, hasta verterse y dar por cima; mas, después que haya hervido, cuece mejor y arde más, aunque con menos estruendo. Aquel tullido de muchos años que sanó san Pedro en los Actos de los Apóstoles, así como se vio sano, dice la Escritura que andaba y saltaba, y alababa a Dios (cf. Hch 3,8). No se contentaba con andar, sino, como hombre que tanto tiempo había estado atado de pies y manos, con la experiencia de la nueva libertad soltaba los miembros a todo lo que querían. Después es de creer que asentaría el paso, y que no andaría toda la vida saltando. Mas, entonces, la alegría de la nueva y no acostumbrada salud no le dejaba sosegar.

IV. Cuarto aviso que se sigue de los pasados

De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración; porque aquí principalmente conviene tener el corazón, no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto. En figura de lo cual leemos que dijo el ángel al profeta Ezequiel que se levantase y estuviese sobre sus pies, cuando le quería hablar y dar parte de los misterios (cf. Ez 2,1-2). Asimismo leemos que aquellos dos querubines que puso Salomón a los dos lados del Arca del Testamento estaban de puntillas, y levantados en lo alto, y tendidas las alas, como quien quiere volar (cf. 1 Re 6,23ss): para significar la atención y levantamiento de espíritu con que ha de estar el hombre, cuando se pone en presencia de Dios a hablar y asistir delante dél.

Mas, así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así, por otra parte, conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa a la salud ni impida la devoción. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos a lo que piensan, como ya dijimos; y otros hay que, por huir deste inconveniente, están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destes extremos, conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va

sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber: ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención: moderada, y no forzada; con cuidado, y no con fatiga congojosa. De lo uno y de lo otro somos avisados en la Escritura divina. Porque, por lo uno, dice Salomón: *El que mucho aprieta los pechos para sacar leche, sacará sangre* [Prov 30,33]³⁹; y por lo otro, dice Isaías: *Porque apretéis los pechos divinos, y seáis abastados y llenos de toda suavidad y consolación* [Is 66,11]⁴⁰.

Mas, si a alguno destes extremos hubiéremos de declinar, más vale declinar a la atención demasiada, que al descuido; porque al descuido ayuda la naturaleza corrupta y mal inclinada, mas no a la atención. Y, por esto, así como no perdería mucho el edificio que se hace en una ladera, ya que no puede ir por nivel derecho, que fuese más acostado hacia arriba, que hacia abajo, así no perderá nuestra atención —si no pudiere estar en el medio que pretendemos— si se acostare al extremo menos peligroso; que es el susodicho.

Este aviso es tan necesario, que por falta dél habemos visto pasárseles muchos años a algunas personas con poco aprovechamiento por la tibieza con que oraban; y a otros, por el contrario, perder la salud y la cabeza por el demasiado calor y fuerza que en ello ponían. Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque, cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa a caminar.

V. Quinto aviso [*Perseverancia*]

Mas, entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio, cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea; como hacen algunos, que en esta parte viven muy engañados. Para lo cual es mucho de notar que, en hecho de verdad, el corazón humano es muy semejante al agua turbia, la cual no se puede súbitamente aclarar, por muchas diligencias que para esto se hiciesen, si no le dan tiempo y espacio para que poco a poco se vaya aclarando y asentando. Pues tal es sin duda nuestro corazón, el cual, así como suele enturbiarse con el cotidiano trato de los negocios terrenos, así después de enturbiado no puede luego en breve asentarse y sosegarse, si no le dan para esto su espacio y tiempo conveniente. Por lo cual, con mucha razón dijo el Eclesiástico que era *mejor el fin de la oración, que el principio* (Ecl 7,8)⁴¹; porque a los principios el corazón está turbado e inquieto, mas al cabo está ya más asentado y sosegado, y más dispuesto para su ejercicio.

Por lo cual, así como los que quieren encender fuego en leña verde han de tener paciencia y esperar hasta que la leña se vaya poco a poco secando y enjugando, y con todo esto, es menester estar allí soplando y atizando, y aun derramando muchas lágrimas con el humo, si quieren gozar de la deseada llama, así muchas veces conviene trabajar y perseverar al principio de la oración, si queremos al cabo gozar de la dulce y clara llama de la devoción y amor de Dios.

³⁹ Según algún texto: «El que mucho aprieta la ubre para sacar leche, en vez de leche saca sangre». Según la *Vulgata*: «Qui autem fortiter premit ubera ad eliciendum lac, exprimit butyrum, et qui vehementer emungit, elicit sanguinem».

⁴⁰ «Ut sugatis, et repleamini ab ubere consolationis eius; ut mulgeatis, et deliciis affluatis ab omnimoda gloria eius».

⁴¹ No es el Eclesiástico, sino el Eclesiastés: «Melior est finis orationis, quam principium» (7,9).

Menester es, pues, con longanimidad y perseverancia, esperar la venida del Señor; porque a la gloria de su Majestad, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado. *Bienaventurado el hombre* —dice la Sabiduría eterna— *que oye mis palabras, y que vela a mis puertas cada día, y está aguardando a los postigos de mi casa; porque, el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor* (Prov 8,34-35). *Buena cosa es* —dice el Profeta— *esperar con silencio la salud de Dios* (Lam 3,26). El soberbio y desconfiado no tiene paciencia ni humildad para esperar; mas el humilde dice con el Profeta: *Esperando, esperé al Señor, y él oyó mi oración* (Sal 39,2). Si el que pesca o el que caza no tuviesen paciencia para esperar la caza, ¿qué provecho sacarían de su trabajo? Pues no es esta menor caza ni pesquería, para que no sea bien empleado estar mucho tiempo aguardando y esperando tan rico y tan venturoso lance, como es Dios.

De aquella mujer fuerte que describe Salomón en los Proverbios, entre otras cosas grandes, se dice esta: que se hizo *como navío de mercader que de lejos trae su pan* (Prov 31,14); para que por aquí entiendas que, cuando no hallares luego a la mano este pan de vida que deseas, trabajes y navegues todas las jornadas que sea menester hasta venir a hallarlo. Si perseverares llamando, dice el Salvador, cree que al cabo te responderán (cf. Lc 11,9-10); porque lo que muchas veces al principio se niega, al fin se suele dar acrecentado.

Sabido he por cosa cierta de un religioso, que perseveró por espacio de tres años en estos buenos ejercicios, teniendo después de Maitines dos o tres horas de oración, sin sacar della otro fruto, más que sequedad de corazón; hasta que el Señor miró la aflicción de su ánima y extendió sobre él la largueza de su bondad, con tan copiosa bendición, que pudo muy bien con ella recompensar toda la esterilidad de los años pasados. Y destos se ven cada día, por experiencia, muchos otros. Bienaventuradas, pues, las ánimas que desta manera perseveran, porque, sin duda, cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recibir grandes dones de [298] Dios es longanimidad de corazón, para aguardar fielmente todo el tiempo que él quisiere; y, en el entretanto, consolarse con aquella esperanza del Profeta, que dice: *Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle, porque, viniendo, vendrá, y no tardará* (Hab 2,3).

Pues, cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo y el Señor viniere, dale gracias por su venida; y, si te pareciere que no viene, humíllate a él y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo, y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho a lo menos eso que era de tu parte. Y, si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado (cf. Jn 4,23); y créeme cierto que este es el paso más peligroso desta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que, si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que era tiempo perdido perseverar en la oración, y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que, después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto y trocasses por entonces la oración por la lección; con tanto que el leer fuese no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lección; lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer a todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

VI. Sexto aviso, de la profunda oración y devoción

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario aviso, que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oración; como hacen algunos, que, en derramando una lagrimilla o sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta, para que la tierra fructifique, un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojarla por fuera, sino es menester tanta agua, que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella, así, para que nuestra ánima dé fruto de virtudes y buenas obras, no basta aquel pequeño rocío de devoción, que, a vuelta de cabeza, con cualquier sol y aire se seca (con el cual, el ánima parece que está devota; mas, en hecho de verdad, en lo de dentro no lo está), sino es menester una profunda oración y devoción, que, como una grande lluvia, cale hasta lo íntimo del corazón, y lo deje tan empapado en ella, que ni soles ni aires, quiero decir, ni negocios ni cuidados del mundo basten para secarlo, ni sacarlo de donde está. Conforme a esto, se lee de la bienaventurada santa Clara que salía algunas veces de la oración tan absorta en Dios, que con mucha dificultad podía inclinar el corazón a los negocios en que le era forzado entender por razón de su oficio. Esta manera de devoción no es como aquella que se lleva el viento y se seca con cualquier aire, sino como aquella de quien se escribe en los Cantares: *Las muchas aguas no bastarán para matar el fuego de la caridad, ni los grandes ríos la cubrirán* (Cant 8,7).

Pues, por esto, con mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos; y mejor sería un rato largo, que dos cortos, porque, si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y, después de ya quieto, levantámonos del ejercicio al tiempo que lo hubiéramos de comenzar. ¿Cuál es el cavador que, buscando oro en una mina, suelta el azada al tiempo que halla la vena, y deja perder el trabajo pasado, cuando había de gozar del fruto presente? Porque, sin duda, el fruto de una larga y profunda oración a veces suele ser tan grande, que queda el hombre con caudal para gastar muchos días, y caminar con Elías hasta el monte de Dios en virtud del manjar y pasto que allí le dieron [cf. *1 Re 19,8*].

Y, descendiendo más en particular a limitar este tiempo, paréceme que todo lo que es menos de hora y media, o dos horas, es corto plazo para la oración; porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela, y en quietar —como dicen— la imaginación; y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es que, cuando este ejercicio se tiene después de Maitines, o después de haber oído o dicho misa, o después de alguna devota lección o oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio; y así, como en la leña seca, muy más presto se enciende este fuego celestial. También en el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es muy más aparejado para este oficio, como adelante se dirá. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo (cf. *Lc 21,2*); porque, si esto no queda por su negligencia, aquel que a todas las criaturas provee conforme a su necesidad y naturaleza proveerá también a él según la suya.

VII. Séptimo aviso: Del no recibir en vano las visitaciones de nuestro Señor

Conforme a este documento se da otro semejante a él; y es que, cuando el ánima fuere visitada en la oración, o fuera della, con alguna particular visitación del Señor, que no la dejase pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece; porque es cierto que con [299] este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muchos días. Que tanto más fue lo que san Pedro pescó en aquel lance que le mandó echar el Salvador, que en toda la noche pasada (cf. *Jn 21,3-6*). Pues muchas veces acaece lo mismo en

esta celestial pesquería, si sabemos aprovecharnos de las oportunidades que hay en ella. Por lo cual, con mucha razón nos avisa el Eclesiástico, diciendo: *No dejes de gozar del buen día que Dios te diere; y ni una pequeña parte de él se te pase sin aprovecharla* (Eclo 14,14) ⁴².

Mucho puede la oportunidad en todas las cosas, y aquí más que en otra alguna; porque esto parece que es descender el ángel a mover el agua de la piscina y darle virtud para sanar (cf. Jn 5,4); o por mejor decir, esto es descender Dios a tirar el arado con el hombre y ayudarle a su labor; la cual ayuda vale más que todas las industrias y diligencias del mundo. El marinero, cuando ve que le hace buen tiempo para salir del puerto, luego coge las áncoras y se hace a la vela, sin más aguardar, por no perder aquella buena sazón que el tiempo le ofrece. Y lo mismo deben hacer las personas espirituales, con tanto mayor cuidado, cuanto es mayor este negocio; y más necesario este divino soplo para la oración, que aquel para la navegación.

Así se dice que lo hacía el bienaventurado san Francisco, de quien escribe san Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que, si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir adelante los compañeros, y él estaba quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen suelen comúnmente ser castigados con esta pena, conviene saber: que no hallen a Dios cuando le buscaren, pues cuando él los buscaba no los halló ⁴³.

Estos son los principales avisos que se deben tener en el ejercicio de la meditación, y de cualquiera de las otras partes que andan en su compañía, si queremos acertar este negocio y no dejarlo a medio camino. Ahora será bien que nos demos prisa a tratar lo demás, para que así se dé fin desta primera parte; que ha sido, por ventura, más larga de lo que convenía.

⁴² «Non defrauderis a die bono, et particula boni doni non te prætereat».

⁴³ ¿Es esta, quizás, la cita a la que alude santa Teresa? «Dice un libro que yo leí que si dejamos a Dios cuando él nos quiere, que cuando le queremos, no le hallaremos» (Epistolario de Santa Teresa, Carta CCIX, al P. Fr. Jerónimo Gracián. Ávila, diciembre de 1577: en *Obras Completas* [Aguilar, Madrid 1942] 920).

Capítulo último [X]. De seis cosas que debemos meditar en la pasión de Salvador

Pues la principal materia de la meditación es la santísima pasión del Salvador, razón será que, pues hasta aquí habemos tratado de la meditación en común, tratemos ahora en particular de la meditación de la sagrada Pasión, para que sepamos de la manera que nos hemos de haber en esta parte.

Mas aquí se ha de presuponer, primero, que, entre todas las devociones del mundo, no hay otra más segura, ni más provechosa, ni más universal para todo género de personas, que **la memoria de la sagrada Pasión**. Dice Alberto Magno que es de más provecho pensar cada día un poco en la pasión del Salvador, que ayunar todos los viernes del año a pan y agua, y disciplinarse hasta derramar sangre, y rezar todo el salterio de cabo a cabo. A lo menos es cierto que este santo ejercicio ayuda grandemente para encaminar un ánima en todo bien; porque, como Cristo sea, según él mismo dice, *el camino y la verdad y la vida* (Jn 14,6), **no hay otro ejercicio** más proporcionado **para ir a Dios, y conocer a Dios, y gozar de Dios, que poner siempre los ojos en Cristo**; el cual, como en todas las cosas nos sea todo esto, mucho más lo es puesto y mirado en la cruz. Por donde dijo muy bien san Bernardo: «Bien puedo, Señor, rodear el cielo y la tierra, y no te hallaré sino en la cruz: ahí yaces, ahí duermes al mediodía» (*In sermone de Passione*).

Mas, dejada ahora esta materia para otro lugar, solamente quiero tratar al presente de la manera que habemos de tener en pensar esta sagrada Pasión. Porque hay algunas personas simples, las cuales no pretenden otra cosa en este ejercicio, sino sólo derramar alguna lágrima, compadeciéndose de los trabajos y dolores del Salvador, haciendo hincapié en solo esto, sin pasar adelante. Y, aunque esto sea muy bueno y necesario (porque es como fundamento de todo lo demás, como adelante se dirá), pero no es sólo este el fruto que se coge deste árbol sagrado, sino otros muchos mayores, pues **de aquí ha de nacer todo el aprovechamiento de la vida espiritual**. Para esto es de saber que seis cosas, entre otras muchas, se pueden considerar en la pasión del Señor, conviene saber: la grandeza de sus dolores, la grandeza de nuestro pecado, la alteza del beneficio, la excelencia de la divina bondad, la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, y la conveniencia deste medio que Dios tomó para nuestra redención. Estas seis cosas debemos considerar para seis efectos, en los cuales consiste todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Porque la grandeza de los dolores de Cristo habemos de considerar para compadecernos dél; la grandeza de nuestro pecado, para aborrecerlo; la grandeza del beneficio, para agradecerlo; la excelencia de la divina bondad que allí se descubre, para amarla; la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, para imitarla; y la conveniencia del misterio, para maravillarnos de la sabiduría divina y confirmarnos más en la fe deste misterio. De estas seis cosas trataremos ahora por su orden.

I. De la grandeza de los dolores de Cristo

Lo primero, habemos de considerar la grandeza de los dolores de Cristo, para compadecernos dél; como es razón que se compadezcan los miembros de su cabeza. Para lo cual es de saber que, como dicen los doctores (cf. *Sth.* III q.46 a.6-7), los dolores que el Salvador padeció en su pasión fueron los mayores que se han padecido en el mundo, ni jamás

se padecerán. Esto parecerá ser verdad, si considera- [300] mos cinco causas principales de do procedía la grandeza destes dolores.

La primera fue la grandeza de su caridad, por la cual deseaba redimir copiosísimamente el linaje humano y satisfacer perfectísimamente a las injurias y ofensas hechas contra la divina Majestad. Y, porque cuanto mayores dolores padecía, tanto más perfectamente cumplía con lo uno y con lo otro, y a él no faltaban fuerzas de gracia para llevar cuan grande carga quisiese, de aquí es haber querido que fuese muy crecida la carga, para que así también lo fuese la satisfacción de nuestra deuda y la obra de nuestra redención.

La segunda causa que se sigue desta fue el haber padecido sin ningún linaje de consuelo ni de alivio. Porque, por la razón susodicha, él cerró todas las puertas por donde le podía entrar alguna manera de consolación, así del cielo como de la tierra, hasta ser desamparado, no solamente de sus discípulos y amigos, sino también de su propio Padre y de sí mismo, para que así, a solas y sin compañía, se estuviese abrasando en la fragua de sus dolores, sin ningún aire ni frescor de alivio que por alguna parte le pudiese entrar. Por esto dijo él en el salmo: *Hecho soy así como hombre sin ayuda, siendo yo el que solo entre los muertos estaba por derecho libre del pecado y de la muerte* (Sal 87,5-6)⁴⁴. Y en otro salmo dice: *Estoy sumido en el profundo de las aguas y del cieno, y no hallo sobre qué estribar* (Sal 68,3). Este es aquel desamparo que el mismo Salvador significó en la cruz, cuando dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Mt 27,46). Porque en aquella hora fue aquella santa humanidad dejada en medio de la corriente de los dolores, sin haber cosa alguna que resistiese ni mitigase la fuerza dellos. Esto fue figurado en la ley por aquellos dos animales que se ofrecían por los pecados del pueblo, de los cuales el uno era degollado y ofrecido en sacrificio, y el otro desaparecía y era enviado a la soledad (cf. Lev 16,5ss), dejando al compañero solo en el tormento. Pues así en este celestial sacrificio donde se ofreció Dios y hombre por los pecados del mundo, la una de las dos naturalezas era sacrificada y padecía, mas la otra desaparecía, dejando a la hermana sola en el tormento. Porque, aunque cuanto al vínculo de la unión nunca desamparó lo que una vez tomó, mas cuanto a la consolación y alivio de los trabajos (en la parte inferior) del todo la desamparó. Y de aquí vemos que los mártires, cuando iban a padecer, iban muy lucidos y gozosos, como se lee de santa Águeda y de san Lorenzo y de otros muchos; mas el Salvador, siendo él la misma fuente de gracia y de fortaleza por cuya virtud pudieron los mártires lo que pudieron, temblaba y sudaba gotas de sangre cuando iba a padecer. Porque en aquellos la virtud de la caridad, que redundaba en las fuerzas inferiores del ánima, causaba grandísima alegría, mas en Cristo estaban por especial milagro suspensas todas estas y otras cualesquier influencias, para que así bebiese el cáliz de los dolores puro y sin mezcla de consolación.

La tercera causa fue la delicadeza de su complexión; porque, como aquel santo cuerpo era formado milagrosamente por el Espíritu Santo, y las cosas hechas por milagro son más perfectas que las que se hacen por naturaleza (como lo declara san Crisóstomo, hablando de aquel vino hecho de agua en las bodas), síguese que aquel cuerpo era el más bien acomplejado y delicado de todos los cuerpos [...].

La cuarta fue el mismo género de muerte que el Salvador padeció, con todas las circunstancias que intervinieron en todo el discurso de su pasión; porque cada una dellas, si bien se mira, fue un linaje de martirio por sí. [...] [301] [...]

Mas no se acaban aquí los trabajos de Cristo; otros quedan sin comparación mayores, que eran los de su ánima bendita. Porque todos estos, por la mayor parte, pertenecen a los trabajos de aquella cruz en que el cuerpo padecía por defuera; mas, después desta cruz visible, había otra invisible, en que aquella ánima santísima estaba dentro del cuerpo crucificada, la

⁴⁴ Traducción libre y amplificada: «Factus sum sicut homo sine adiutorio, inter mortuos liber». (*Quasi homo invalidus.*)

cual tenía sus cuatro brazos y sus cuatro clavos, que eran cuatro dolorosas consideraciones, que le daban muy mayor tormento que la misma cruz exterior ⁴⁵. [...] [302] [...]

Λ Pues el que todas estas causas considerare verá claramente cuán grandes hayan sido los dolores del Salvador, que es el intento desta primera manera de contemplar su pasión. Mas no ha de ser este el fin y paradero deste ejercicio, sino antes debe el hombre tomarlo por medio para otros fines, conviene saber: para **entender por aquí lo mucho que le amó** quien por él tanto padeció, y **el grande beneficio que le hizo** quien por tan caro precio le compró, y **lo mucho que está obligado a hacer** por quien tanto por él hizo, y, sobre todo esto, **lo mucho que debe aborrecer y dolerse de su pecado**, pues él fue la causa deste tan prolijo martirio.

Y para estos cuatro fines ha de servir esta manera de contemplación, de los cuales se trata en los capítulos siguientes. Por do parece que esta primera manera de meditar por vía de compasión es como un medio o escalón para todas las otras. Y por esta causa hace mucho al caso san Buenaventura deste modo, porque sensiblemente se ve que este abre camino para todos los demás.

Y para esto dice el mismo santo que ayuda también tomar alguna disciplina que lastime, y no haga daño, para que por el sentimiento de aquel tan pequeño trabajo se levante más el espíritu a sentir algo de lo mucho que aquel delicadísimo cuerpo por nuestra causa padeció.

II. De cómo resplandece en la Pasión la graveza del pecado

La segunda cosa que tenemos de considerar en la pasión del Salvador es la graveza de nuestro pecado, para dolernos dél y aborrecerlo. Para lo cual es de saber que, como dicen todos los santos, nuestros pecados fueron causa de que el Hijo de Dios padeciese todo lo que padeció. Porque claro está que, si no hubiera pecados de por medio, no fuera necesario padecer lo que padeció. No consta entre los doctores si el Hijo de Dios [*se*] encarnara si el hombre no pecara, porque unos dicen que sí, otros que no (cf. *Sth.* III q.1 a.3); mas esto se tiene por averiguado: que, si no hubiera pecados, no muriera. Por do parece que nuestros pecados fueron los que lo echaron por estos hospitales, y los que lo metieron en aquella cárcel, y los que lo pusieron en aquella cruz.

Y no pienses que por no ser tú solo aquel cuyos pecados esto hicieron, eres digno de menor castigo, pues según leyes de justicia no merece menor pena el que mata a un inocente en compañía de muchos, que si lo matase solo. Pues, según esto, ¿qué tanta razón tienes para aborrecer los pecados y dolerte dellos, acordándote que ellos fueron los que en hecho de verdad pusieron al Hijo de Dios en tan gran conflicto? Mayor causa es esta para aborrecer el pecado y dolerse dél, que todas las otras pérdidas y males que trae consigo, aunque sea la gloria que por él se pierde y la pena que por él se gana.

⁴⁵ Vienen desarrolladas a continuación: «Porque allí, primeramente, se le representaron *todos los pecados del mundo*, presentes, pasados y venideros, por los cuales padecía; y esto tan distintamente, como si fueran los de uno solo. [...] Lo segundo, allí también se le representó *el desagradecimiento y condenación de muchos hombres*, y especialmente de muchos malos cristianos, que ni habían de reconocer este beneficio ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, como él allí les aparejaba. [...] También se le representó allí *el pecado de aquel miserable pueblo y el castigo tan horrible* que por él se le aparejaba de ahí a tan pocos días; lo cual sin duda le entristeció mucho más que el cáliz de su pasión. [...] Allí también se le representaron *los dolores y el cuchillo que había de traspasar el corazón de su bendita Madre*, cuando le viese padecer entre los ladrones en una cruz; que sin duda fue para él una cosa de tan grande dolor, cuan grande era el amor que le tenía, que era inestimable, pues que, después del de Dios, era el mayor».

Pues, conforme a esta doctrina, cuando fueres meditando esta sagrada Pasión, y vieres cómo prenden los enemigos al Salvador, y cómo le acusan, y le abofetean, escupen y azotan, etc., piensa primero que en hecho de verdad tú estás en compañía de estos y que tú juntamente con ellos entrevienes en esta conjuración. De manera que con verdad puedes decir que tus pecados le acusan, y tus solturas le atan, y tus hurtos le azotan, y tus atrevimientos le dan bofetadas, y tus soberbias le coronan de espinas, y tus atavíos y vanidades le visten de púrpura, y tus deleites le dan a beber hiel y vinagre, y, finalmente, que tu desobediencia le enclavó de pies y manos en aquella cruz. Porque lo que tú merecías por estas culpas quiso él padecer por las entrañas de su infinita caridad. Porque claro está que nunca los verdugos fueran poderosos para hacer lo que hicieron, si tus pecados no les dieran fuerzas para ello.

Esta es una muy provechosa manera de meditar la Pasión para todos; y mucho más para los que comienzan a servir a Dios y entienden en limpiar las culpas de la vida pasada con ejercicios de penitencia.

III. De la grandeza del beneficio de nuestra redención

Lo tercero, debemos considerar en la sagrada Pasión la grandeza del beneficio que el Salvador nos hizo en redimirnos por este medio. Y, aunque sobre esto había infinitas cosas que decir, mas ahora no haré más que apuntar sumariamente tres cosas principales que se deben considerar en este sumo beneficio, conviene saber: lo que el Salvador por él nos dio, y el medio por donde nos los dio, y el amor con que nos lo dio.

Qué tanto sea lo que por este beneficio se nos dio, no hay lengua que lo pueda explicar. Mas podríase entender algo dello por dos vías. La primera, considerando todos los males en que el li- [303] naje humano incurrió por culpa del primer hombre; porque todos estos males fueron suficientemente remediados por Cristo, por quien fueron dados todos los bienes, contrarios a ellos; pues está claro que él nos fue dado por universal reparador de todos los males del mundo. Pues quien pudiere contar cuántos sean los males en que el mundo cayó por culpa de aquel primer hombre, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por el segundo; los cuales sin duda son innumerables.

La segunda vía es considerando no ya todos los males que trajo Adán, sino todos los bienes con que vino Cristo, porque de todos ellos somos hechos participantes mediante la comunicación de su espíritu; porque todos los que participan del espíritu de Cristo participan también de las virtudes y merecimientos de Cristo. Por lo cual dijo el Apóstol que todos los que había recibido el sacramento del Bautismo habían sido vestidos de Cristo (cf. Gál 3,27), para dar a entender que todos ellos habían sido hechos participantes de Cristo y estaban adornados de sus virtudes y merecimientos, y que así vestidos desta librea parecían en su manera tales, a los ojos del Padre, cual el mismo Hijo parecía delante dél. Por esto, con mucha razón alega este maravilloso título el Eclesiástico en su oración, diciendo: *Ten, Señor, misericordia de tu pueblo Israel, al cual igualaste y hiciste semejante a tu Hijo primogénito* (Eclo 36,11). ¿Qué dignidad, qué gloria puede ser mayor que esta? Pues, según esto, quien pudiere contar cuántas hayan sido las virtudes y merecimientos de Cristo, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por él, pues de todos ellos somos participantes por medio de su pasión.

Finalmente, por él se nos dio el perdón de los pecados, la gracia, la gloria, la libertad, la paz, la salud, la redención, la santificación, la justicia, la satisfacción, los sacramentos, los merecimientos, la doctrina y todo lo demás que él tenía y convenía para nuestra salud. Y por razón desta comunicación tan estrecha se llama en las Escrituras «Padre, Esposo y Cabeza

universal de la Iglesia»; porque todo lo que tiene el padre pertenece a los hijos, y todo lo que tiene el esposo parte con la esposa, y de todo lo que tiene la cabeza participan los miembros.

Estos son, pues, los bienes que nos dio. Mas ¿por qué medio nos los dio? Claro está que por medio de su santísima Encarnación y Pasión, en la cual se hizo participante de todas nuestras deudas y miserias. De manera que por medio de haber tomado él en sí todos nuestros males nos hizo participantes de todos sus bienes. Mucho más es esto, que lo pasado, porque claro está que más admirable cosa es en Dios padecer males, que hacer bienes; porque así como no hay cosa más conveniente a aquella infinita bondad, que hacer bienes, así no hay cosa más extraña y peregrina a aquella infinita bienaventuranza, que padecer males. Por do parece que mucho más le debemos por lo que por nosotros padeció, que por lo mucho que nos dio; esto es, mucho más por la manera del remediar, que por el mismo remedio.

Mas ¿qué tan grande fue el amor con que todo esto nos dio? Esto es, sin ninguna comparación, mucho más, porque mucho más fue lo que deseó padecer, que lo que padeció, y muy mucho más lo que padeciera, si nos fuere necesario. Tres horas estuvo penando en la cruz por nuestros pecados. ¿Qué es esto para lo que más pudiera hacer la grandeza de su caridad? Si fuera necesario estar allí penando hasta el día del juicio, amor tenía sobrado para hacerlo. De manera que, aunque mucho padeció, mucho más es lo que amó, que lo que padeció. Y, por esto, si le debemos mucho por lo mucho que por nosotros hizo, mucho más le debemos por lo que deseó hacer.

Esta consideración es muy provechosa para despertarnos a dar gracias a quien tanto bien nos hizo, y amar a quien tanto más nos amó de lo que hizo. Otras infinitas cosas había que decir sobre esto, mas quedarse han ahora para otro lugar; y algo se dijo desto en la meditación de los beneficios.

IV. De la grandeza de la divina bondad que resplandece en la sagrada Pasión

Lo cuarto, debemos pensar la grandeza de la divina bondad y misericordia que en esta obra de Dios, más que en otra alguna, resplandece. Para lo cual debes considerar profundamente cuatro cosas que en toda la historia de esta sagrada Pasión y en cada parte della debían ser consideradas, conviene saber: quién padece, qué es lo que padece, por quién lo padece y por qué causa lo padece. Y, si te detienes un poco en cada cosa destas, y consideras primero la alteza del que padece, que es Dios, y de tal manera paras en este pensamiento, que vienes a quedar espantado de cosa tan alta y tan admirable; y después vienes a caer de allí en la profundidad y bajeza de los dolores y vituperios que quiso padecer, y esto, no por ángeles, ni por arcángeles, sino por los hombres, esto es, por unas criaturas vilísimas y abominables, y semejantes en sus obras a los mismos demonios; si en cada cosa destas haces una estación y comparas la una con la otra, verdaderamente quedarás atónito de ver hasta dónde se abajó una tan grande Majestad por una tan vil y tan baja criatura; y entonces podrás exclamar con el Profeta: *Señor, oí tus palabras, y temí; consideraré tus obras, y quedé espantado* (Hab 3,2). Mas, si después de todo esto consideras la causa de tan grande abatimiento y vienes a entender cómo esto no fue ni por interese suyo, ni por merecimiento nuestro, sino sólo por las entrañas de su misericordia y amor, por las cuales tuvo por bien visitarnos dende lo alto (cf. Lc 1,78), esto, bien considerado, levantarte ha en una tan grande admiración y amor, que vengas a quedar atónito con Moisés en el monte cuando vio la imagen deste misterio [304] y comenzó a proclamar a grandes voces la inmensidad de la divina misericordia que allí se le descubrió (cf. Éx 34,5-6). Este era aquel desfallecimiento que sentía la esposa en los Cantares, cuando decía: *Sostenedme con flores y cercadme de manzanas, que*

estoy enferma de amores (Cant 2,5) ⁴⁶. Sobre las cuales palabras dice san Bernardo: «El ánima amorosa ve aquí al rey Salomón con la corona que le coronó su madre, ve al único Hijo del Padre llevando la cruz a cuestas, ve azotado y espinado al Señor de la majestad, ve al Autor de la vida y de la gloria atravesado con clavos, traspasado con la lanza y lleno de escarnios; vele, finalmente, poner aquella vida suya santísima por sus amigos; ve todo esto, y viéndolo, queda ella traspasada con un cuchillo de amor, y por esto dice: *Sostenedme con flores y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor*».

V. De la excelencia de las virtudes que resplandecen en la pasión de Cristo

Lo quinto, debemos considerar en la pasión del Salvador la muchedumbre de las virtudes que resplandecen en ella; para esforzarnos a imitar algo de lo que allí se representa. Esta es una de las más altas maneras que hay de contemplar la sagrada Pasión, pues está claro que toda la perfección de la vida cristiana consiste en la imitación de las virtudes de Cristo. A lo cual nos convida el apóstol san Pedro, diciendo: *Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo que sigamos sus pisadas; el cual no maldecía cuando le maldecían, ni amenazaba cuando le atormentaban, sino antes humildemente se entregaba a los que injustamente le juzgaban* (1 Pe 2,21.23).

Pues, como quiera que todas las virtudes resplandezcan tan altamente en toda la vida de Cristo, pero muy más perfectamente resplandecen en su sagrada Pasión. Y, por esto, aquí principalmente conviene mirar la hermosura de sus virtudes, las cuales resplandecen más entre aquellos dolores, que las flores entre las espinas.

Considera, pues, primeramente, aquella tan profunda **humildad** con que aquel altísimo y soberano Hijo de Dios vino a ser despreciado y tenido en menos que Barrabás, y a querer ser colgado de un palo en medio de dos ladrones como capitán y príncipe de malhechores. Considera otrosí aquella **paciencia** tan admirable en medio de tantas injurias y dolores. Aquella **fortaleza** tan grande con que se ofreció tan voluntariamente a las huestes de sus enemigos y a los mayores trabajos y encuentros que jamás se recibieron. Aquella **perseverancia** tan constante, que llegó de cabo a cabo, hasta subir a la cruz, y descender al infierno, y dar cabo al negocio de nuestra salvación. Aquella **caridad** que sobrepujó todo sentido, por la cual sola se quiso ofrecer en sacrificio por los pecados del mundo; y murió por dar vida, no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos y a aquellos mismos que derramaban su sangre. Aquella **misericordia** tan copiosa, que se extendió a tomar sobre sí todas las miserias y deudas del mundo y satisfacer por ellas, como si fueran suyas propias. Aquella **obediencia** al Padre tan perfecta, que llegó hasta la muerte, y muerte de cruz, donde, inclinando la cabeza, le ofreció su ánima santísima, dando a entender que ya era acabada la obra de su obediencia. Aquella **mansedumbre** tan grande, que mostró en todos los autos de su pasión, dejándose llevar como una oveja al matadero, y como un cordero que no hablaba ⁴⁷ delante del que le trasquila (cf. Is 53,7). Aquel **silencio** tan admirable entre tan falsas acusaciones y testimonios, que bastó para poner en admiración al mismo juez que le condenaba (cf. Mt 27,14).

Pues, si deseas ver un perfectísimo **menosprecio del mundo** y de todas las honras y riquezas y placeres que hay en él, mira al Señor en aquella cruz, tan deshonorado y atormentado y desnudo, que ni tiene otra cama, sino una cruz, ni otra almohada, sino una

⁴⁶ «Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo».

⁴⁷ Según otras ediciones, *como un cordero que no bala*. Pero los términos latinos *obmutescet et non aperiet os suum* parecen más acordes traduciendo *hablaba*.

corona de espinas, ni otra mesa, sino hiel y vinagre, ni otros consoladores, sino aquellos crueles escarnecedores que, meneando las cabezas, le decían: *¡Ah!, [tú] que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves a reedificar* (Mt 27,40). Pues la **pobreza evangélica**, y la **abstinencia**, y la **aspereza de la vida**, en ninguna parte más resplandecen, que en la cruz; y así todas las otras virtudes.

Mas entre todas ellas principalmente se señalan la **humildad** y la **paciencia**. Porque, la paciencia, dicen los santos que fue la vestidura de bodas y la ropa de fiesta de que el Hijo de Dios se vistió cuando se vino a tomar las manos con la Iglesia y casarse con ella; queriendo decir por esta metáfora que, aunque Cristo resplandeció con la librea de todas las virtudes cuando vino a celebrar matrimonio con la Iglesia en la cama de la cruz, pero que más principalmente resplandeció allí con la púrpura de la paciencia; porque mediante el acto desta virtud, que es sufrir, bebió el cáliz de la Pasión, por cuyo valor y merecimiento la Iglesia fue redimida, y hermoçada, y desposada con Cristo.

Pues en estas y otras semejantes virtudes debemos poner los ojos cuando contempláremos la sagrada Pasión; para imitar algo de lo que allí se hizo, no sólo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo. Porque **la mayor gloria de cuantas en este mundo puede alcanzar un cristiano es llegar a tener semejanza con Cristo**; no como la deseó tener Lucifer (cf. Is 14,12ss), sino como nos mandó él mismo que la tuviésemos, cuando dijo: *Ejemplo os he dado, para que, como yo hice, así vosotros hagáis* (Jn 13,15).

VI. De la conveniencia del misterio de nuestra redención

Lo sexto, debemos contemplar en la sagrada Pasión la conveniencia del misterio, conviene [305] saber: cuán conveniente medio haya sido este que Dios escogió para encaminar la salvación del hombre y socorrer a sus miserias. Esta manera de contemplar sirve para alumbrar el entendimiento y confirmarlo más en la fe deste misterio; y para levantar el corazón del hombre en una grande admiración de la bondad y sabiduría de Dios, que tan admirable y tan conveniente medio escogió para sanar nuestras miserias y socorrer a nuestra necesidad.

Esta es una materia tan copiosa para meditar, que, verdaderamente, aunque un hombre estuviese pensando en ella hasta la fin del mundo, siempre hallaría nuevas conveniencias y nuevas causas por donde más y más se levantase su espíritu a la admiración desta soberana sabiduría y providencia de Dios. Y porque crecería mucho este volumen, si desta materia se hubiese de tratar por entero, contentarme he al presente con sólo descubrir aquí el hilo y fundamento desta consideración, para que por aquí el ánima devota y religiosa abra camino para todo lo demás.

Pues para esto es de saber que, para ver la proporción y conveniencia que tiene un medio para con su fin, es necesario hacer comparación del medio con el fin; y cuanto mayores ayudas se hallaren de parte del medio para conseguir el fin, tanto es el medio más conveniente para él. Pongamos ejemplo. Si queremos examinar si una medicina es conveniente para una enfermedad, miramos los accidentes de la enfermedad, y las propiedades y virtud de la medicina; y vista la proporción que hay de lo uno a lo otro juzgamos si conviene o no conviene para ello. Pues, según esto, como nos conste ya que la Pasión y sangre de Cristo es una general medicina de todas las miserias y necesidades del hombre, si queremos ver la conveniencia desta medicina, debemos hacer una larga comparación de la medicina con la dolencia; y, si bien supiéremos escudriñar lo uno y lo otro, hallaremos, por cierto, que viene tan a propósito esta medicina para contra esa dolencia, y para contra todos los ramos y accidentes della, como si para cada una solamente fuera instituida; lo cual sin duda es cosa

que pone al que atentamente lo considera en un grande espanto y admiración. Si no, dime: Para pagar la deuda común del linaje humano, ¿qué satisfacción se pudiera ofrecer más suficiente, que aquella sangre preciosa que derramó el Hijo de Dios en la cruz? Para curar las llagas de nuestra soberbia y avaricia, desagradecimiento, regalo y amor propio, con todos los otros males que dél proceden, ¿qué cosa más conveniente que Dios en una cruz? Para darnos conocimiento de la divina bondad y misericordia, y para encendernos más en el amor de Dios, y esforzar más nuestra confianza, y despertar más nuestro olvido y desconocimiento, ¿qué cosa más conveniente que Dios en una cruz? Pues, para enriquecer al hombre con merecimientos, para levantarlo a mayor honra, para encender su espíritu en devoción, para consolarlo en sus tribulaciones, para socorrerlo en sus tentaciones, para ayudarlo en sus trabajos, para darle ánimo para cosas grandes, y, finalmente, para todos los ejemplos de virtud, ¿qué cosa más conveniente que Jesucristo en la cruz? Y para comprenderlo todo en una palabra: si la vida del evangelio, bien mirada, no es otra cosa, sino cruz, ¿qué cosa más conveniente para encaminar a un linaje de vida, que todo es cruz, sino otra cruz?

Y, si quieres aún más claro entender esta conveniencia, considera atentamente qué cosa sea vida cristiana (que es el fin de todos los trabajos de Cristo), y esta te declarará muy por entero la conveniencia que hay deste medio con este fin. Vida cristiana, tomándola en toda su perfección, es, no la que viven ahora los cristianos, que en el mundo se usa, sino la que vivió Cristo y vivieron sus discípulos, cuyos trabajos fueron tan grandes, que uno dellos dice así: *Un espectáculo estamos hechos a Dios y a los ángeles y los hombres* (1 Cor 4,9); porque tan grandes son nuestros trabajos, y tan acosados y perseguidos somos del mundo, que, como a fieras que lidian en el coso, así nos están mirando; no solamente los hombres y los ángeles, sino hasta el mismo Dios. Y más adelante dice: *Hasta esta hora presente padecemos hambre, sed, desnudez y bofetadas*, y sin tener un agujero en que meternos andamos de lugar en lugar, *ganando la comida por nuestras manos. Maldícennos, y bendicimos; persíguennos, y sufrímoslo; blasfeman de nosotros, y hacemos oración.* Finalmente, de tal manera somos tratados y *estimados del mundo, como un poco de estiércol* y como el polvo que anda debajo de los pies (1 Cor 4,11-13), y como unos hombres tan malos, que con ninguna cosa piensa el mundo más agradar a Dios que con nuestra muerte y condenación. Esta es, hermano mío, vida cristiana; y vida cristiana es también la que vivieron los profetas, y la que vivieron los mártires, y los confesores, y aquellos bienaventurados monjes del yermo, y, finalmente, todos los santos; la cual describe el Apóstol por estas palabras: *Los santos fueron escarnecidos, azotados, presos, encarcelados, apedreados, aserrados, tentados y muertos a cuchillo. Anduvieron por este mundo vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merecedor. Vivían en los yermos y en los lugares apartados y solitarios, teniendo por casa las cuevas y las aberturas de la tierra* (Heb 11,36-38). Esta es la perfección de la vida cristiana que nos enseña el Evangelio y que vino Cristo a introducir en el mundo. La cual, bien mirada, es una **perpetua cruz y muerte de todo el hombre**, para que, después de así muerto y aniquilado, esté hábil y dispuesto **para ser transformado en Dios**. Porque así como no puede haber generación sin corrupción (porque primero ha de perecer lo que era, para que se haga lo que no era), así no puede haber [306] esta espiritual generación y transformación del hombre en Dios, si primero no muere el hombre viejo, para que así se pueda transformar en Dios. De donde viene a ser que toda la vida del evangelio no sea otra cosa, como dijimos, sino muerte y cruz. Pues, según esto, ¿qué cosa más conveniente para encaminar un linaje de vida, que toda es cruz, sino en otra cruz? Si ninguna cosa es más eficaz para engendrar un fuego, que otro fuego, ni un semejante, que otro semejante, ¿qué cosa habrá más proporcionada para engendrar una cruz, que otra cruz? Verdaderamente, así es; y así ninguna cosa esforzó ni esfuerza más hoy día a todos los santos a sufrir tantos trabajos, y la injusticia, y la injuria, y la pobreza, y la sujeción, y la disciplina, y el hambre, la sed y el frío, y la desnudez, y, finalmente, todas las calamidades y miserias del mundo, y todas las asperezas de la vida del

evangelio, que poner los ojos en la cruz. Desta escuela salieron los mártires, aquí aprendieron los apóstoles, esto es lo que enseñó y esforzó las vírgenes, y los confesores, y los monjes, y, finalmente, todos los santos; y esto es lo que les acompañó y consoló en todos sus trabajos.

Pues, cuando el ánimo devota halla tantas maneras de frutos en este árbol de vida para todo género de tiempos y de necesidades, no puede dejar de maravillarse de la sabiduría de aquel soberano maestro, que tan excelente medio halló para nuestro remedio; y de reconocer la bondad de aquel tan piadoso Padre, que, pudiendo remediar al hombre con sola su voluntad, se quiso poner a tan grandes trabajos y deshonras, para que el hombre quedase por esta vía más honrado y aprovechado, que por otra alguna.

Estas son las seis principales maneras que hay para meditar la sagrada Pasión. Y la orden que comúnmente se podrá tener en ellas es comenzar por la primera (que es como fundamento de las otras), y della podemos salir luego a las demás, según que el mismo hilo de la meditación nos abriere camino, y la gracia del Espíritu Santo, que es el principal maestro destes ejercicios. Porque, según arriba declaramos, considerada la grandeza de los dolores que el Salvador padeció, luego podemos salir a considerar cuánta sea la grandeza de nuestro pecado que le hizo padecer todo esto, y cuánta también la grandeza deste beneficio, pues por nuestro amor quiso Dios padecer tan extraños dolores, y asimismo cuánta sea la alteza de aquella divina bondad y misericordia, que por nuestro amor se inclinó al profundo de tantas vilezas y miserias; y, sobre todo esto, cuán grandes hayan sido los ejemplos de virtudes que allí se nos dieron, conviene saber: de paciencia, obediencia, caridad, humildad, mansedumbre y fortaleza; con todo lo demás que hasta aquí se ha tratado.

Λ Y, aunque para todas estas consideraciones haya salida y paso conveniente de la primera, no se requiere que cada vez que el hombre se pone a pensar este misterio haga todas estas salidas, porque para esto no bastaría tiempo, sino **conténtese con aquel bocado en que más sabor hallare**; porque en estos ejercicios, como ya dijimos, no se ha de tener respeto a lo mucho que se piensa o que se reza, sino a la mucha devoción con que esto se hace.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE DE ESTE LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA DE LA DEVOCIÓN, Y DE LAS COSAS
QUE AYUDAN O IMPIDEN PARA ALCANZARLA

Capítulo I. En el cual se declara qué cosa sea devoción

Dos impedimentos principales dijimos arriba que hallaban los que se querían dar al ejercicio de la oración interior. El uno era falta de materia en que poder ocupar su pensamiento al tiempo de la oración, y el otro, falta de devoción y guerra de pensamientos, que allí, más que en otra parte, suelen molestar a los que oran. Para remedio del primero destos dos impedimentos sirve todo lo que se ha tratado hasta ahora en la parte precedente, donde se pusieron sus meditaciones y declaraciones para todos los días de la semana, y se señalaron aquellas cinco partes de la oración, que arriba tratamos; para que entre tanta variedad de cosas no faltase materia en que meditar.

Λ Mas para remedio del segundo impedimento, que es falta de devoción, servirá esta segunda parte, en la cual trataremos de las cosas que ayudan a la devoción y de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas; daremos también algunos avisos necesarios para no errar este camino. Mas, porque **todo esto es obra de gracia y negocio del Espíritu Santo**, no pretendemos hacer aquí regla general ni atarle las [307] manos para que no pueda llevar por otro camino a quien él quisiere; ni presumimos tampoco de comprender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos a los que de nuevo comienzan y ponerlos en el camino; porque, después de entrados en él, la experiencia del negocio y la asistencia del Espíritu Santo les serán mejores maestros desta doctrina.

Y pues habemos de tratar aquí de las cosas que ayudan e impiden la devoción, será necesario declarar primero qué cosa sea devoción, porque entendida la grandeza del bien que pretendemos nos inclinemos más al trabajo y a los medios por do se alcanza.

Devoción, propiamente hablando, es cosa bien diferente de lo que muchos entienden. Porque muchos piensan que devoción es una ternura de corazón que sienten algunas veces los que oran, o alguna consolación y gusto sensible de las cosas espirituales; lo cual, propiamente hablando, no es devoción. Porque esta ternura y consolación sensible muchas veces la tienen hombres carnales y sensuales, y a las veces personas que están en pecado mortal, y, por el contrario, muchas veces los santos varones no tienen nada desto en su oración; y no es razón que digamos que a estos, entonces, falte la verdadera devoción, ni tampoco que la tengan los otros, siendo los que son.

Por esta causa dice santo Tomás que devoción propiamente no es ternura de corazón ni consolación espiritual, sino una prontitud y aliento para bien obrar y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio. Porque, mirada la significación propia del vocablo ⁴⁸, varón devoto es aquel que está dedicado y pronto para el servicio de

⁴⁸ *De-voveo*: dedicar, consagrar, ofrecer, sacrificar. *Voveo*: hacer un voto o una promesa, prometer, ofrecer solemnemente.

nuestro Señor; y, por consiguiente, devoción será aquella prontitud con que el hombre está ofrecido y aparejado para hacer su santa voluntad (cf. *Sth.* II-II q.82 a.1).

Y, allende desto, devoción llamamos aquello que acompaña siempre a la buena y santa oración; y lo que siempre la acompaña es esta prontitud y esfuerzo para todo lo bueno, lo cual muchas veces se halla sin aquellas consolaciones y ternura de corazón. Donde, así como el caminante, después que ha tomado su refección, siente en sí un nuevo aliento y esfuerzo para caminar, aunque no tomase gusto en lo que comió, así de la oración —que es un espiritual mantenimiento del ánimo— es propio causar en ella una prontitud y aliento para andar por el camino de Dios, aunque algunas veces no sienta gusto en ella.

Este efecto de la oración nos representó el Salvador en aquella Oración del huerto, de la cual se levantó la tercera vez con tan grande ánimo y esfuerzo para ir a recibir sus enemigos, que con una sola palabra los derribó en tierra (cf. Jn 18,6); como quiera que en la tal oración no tuviese gusto ni alegrías espirituales, sino, por el contrario, agonía y tristezas tan grandes, que le hicieron sudar gotas de sangre (cf. Lc 22,44). Y esto quiso él que fuese así, no porque su gracia y fortaleza creciese ni menguase con la oración (pues él estaba lleno de todas las gracias), sino para representarnos en su persona la virtud y eficacia de la oración; la cual, si no alcanza siempre aquella ternura de corazón, a lo menos alcanza esta prontitud y fortaleza para todo trabajo; y si no acaba con Dios que nos quite la carga, a lo menos acaba que nos dé fortaleza para llevarla.

Mas aquí es de notar que desta devoción y prontitud para lo bueno muchas veces nace aquella consolación espiritual que los simples llaman devoción; y, por el contrario [*a su vez*], esta misma consolación acrecienta la verdadera devoción, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar, sirviendo como buena hija a su madre, y haciendo al hombre tanto más pronto para las cosas de Dios, cuanto más alegre y consolado anda dentro de sí mismo. De manera que se ayudan entre sí estas dos cosas, una a otra, como madre a hija e hija a madre. Lo cual muchas veces acaece en las cosas espirituales, como parece en estas dos virtudes, fe y caridad. Porque la fe es raíz y principio de la caridad, y la caridad es forma y ánima de la fe.

Y que esta consolación susodicha acrecienta la devoción y prontitud para lo bueno, muéstralo claro el profeta David, cuando dice: *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón* (Sal 118,32). Esta dilatación procede de la alegría espiritual, porque propio es de la alegría dilatar el corazón, como de la tristeza, encogerlo; y esta alegría dice él que le hacía, no andar paso a paso, sino correr con ligereza por el camino desta santa ley; que es propio de la devoción.

Y esta es la causa por donde los siervos de Dios pueden, con mucha razón, desear y pedir al Señor estas alegrías y consolaciones espirituales (como adelante se dirá), no por el gusto y contentamiento que hay en ellas, (porque esto sería más amor propio, que amor de Dios), sino por este provecho que nos traen para el bien obrar. Porque verdadera es aquella sentencia que dice: «El deleite acaba las obras» (Aristóteles, *Ethic.*,10,4).

II. Cuán gran bien sea la devoción

De lo dicho, parece claro cuán gran bien sea la devoción, porque ella es una virtud que despierta todas las virtudes y hace al hombre ligero y pronto para todo lo bueno. Y, demás de esto, es muy alabada esta virtud, porque siempre anda en compañía de otras excelentes virtudes que con ella tienen grande vecindad y parentesco. Porque todo va a una misma cosa: devoción, oración, contemplación, ejercicio en el amor de Dios, consolaciones espirituales y estudio de aquella divina sabiduría (que es conocimiento amoroso de Dios), que tantas veces

es alabado en las Escrituras Sagradas. Todas estas virtudes, aunque en la escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas; [308] porque, por la mayor parte, donde está la perfecta oración, ahí está la devoción, y la contemplación, y la consolación, y el amor actual de Dios, con todo lo demás. Porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas a las otras; de donde viene a ser que, aunque estas virtudes en la naturaleza sean distintas, en el ejercicio, como dije, se platicuen juntas. Y así vemos que, cuando los siervos de Dios se recogen a este ejercicio, lo primero comienzan por la meditación, y de ahí proceden a la oración, y después acaece venir a la contemplación, y con esta anda todo lo demás.

Pues, siendo esto así, tratar ahora de los medios por do se alcanza la devoción es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y **aquella beatísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual**. Y, finalmente, esto es tratar de los medios por donde se alcanza al mismo Dios en esta vida; que es aquel tesoro del Evangelio y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas (cf. Mt 13,44-46). Por do parece que esta es una altísima y nobilísima teología, pues aquí se enseña el camino para el Sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para subir por ella a alcanzar el fruto de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

III. De cómo es dificultosa de alcanzar la verdadera devoción

Y, pues este bien es tan grande, no se maravillará nadie que sea también dificultoso; pues ninguna cosa hay en el mundo que ordinariamente no tenga tanto de dificultad, cuanto tiene de grandeza. Lo cual se ve aquí claramente, porque sin duda no es cosa fácil quietar una cosa tan bulliciosa como es nuestra imaginación; lo cual se requiere para la perfecta oración y devoción. Conforme a lo cual, decía el abad Agatón que entre los trabajos de la vida religiosa no había otro mayor que el de la oración⁴⁹. Porque por experiencia vemos a muchos ejercitarse y perseverar en otros buenos ejercicios —como son ayunos, vigiliias, disciplinas y limosnas—, los cuales no pueden sufrir el trabajo de la continua oración. Lo cual aun es mucho más de maravillar, considerando que para esta santa obra tenemos al Espíritu Santo por ayudador (cf. Rom 8,26), y a los ángeles por ministros (cf. Tob 12,12), y a los santos por compañeros (cf. Ap 5,8), y a las Escrituras y sacramentos por estímulos y despertadores deste bien.

Esta dificultad nace de tres raíces. La primera, de la corrupción de la naturaleza, la cual quedó por el pecado tan estragada, que no tiene ya el hombre aquel señorío sobre las potencias de su ánima que antes tenía. Y así la imaginación, que es una dellas, hace lo que quiere, y vase por do quiere, y desaparece muchas veces como esclavo fugitivo de casa, sin que lo echemos de ver. Lo cual no todas veces es vicio de la persona, sino de la misma naturaleza, que quedó así por el pecado estragada.

⁴⁹ «Unos hermanos preguntaron al abad Agatón: “Padre, ¿cuál es la virtud que exige más esfuerzo en la vida religiosa?” Él les respondió: “Perdonadme, pero estimo que nada exige tanto trabajo como el orar a Dios. Si el hombre quiere orar a su Dios, los demonios, sus enemigos, se apresurarán a interrumpir su oración, pues saben muy bien que nada les hace tanto daño como la oración que sube hacia Dios. En cualquier otro trabajo que emprenda el hombre en la vida religiosa, por mucho esfuerzo y paciencia que dicho trabajo exija, tendrá y logrará algún descanso. La oración exige un penoso y duro combate hasta el último suspiro”» (PELAGIO Y JUAN, *Las Sentencias de los Padres del desierto*, XII,2 [Desclée de Brouwer, Bilbao²1989]).

Lo segundo, nace también de la mala costumbre que algunos han tenido en dar soltura a su imaginación para discurrir por todo género de pensamientos; de donde viene a ser que, después deste mal hábito, apenas le pueden atar a un solo objeto, como a un pesebre, estando ella habituada a andar suelta y cerrera [*vagabunda*] por todos los baldíos del mundo. Cuántos hay que desean tener devoción pensando en la pasión del Salvador y en otros buenos pensamientos, y, así como comienzan a pensar en esto, se les derrama el corazón en mil partes y no pueden tener los ojos fijos en el blanco del crucifijo para enviar allí las saetas de su amor. ¿Sabéis por dónde os viene esto? Porque habéis hecho un mal hábito de dejar ir vuestro corazón por donde se le antoja; y, cuando después queréis sosegarlo, no podéis, porque está habituado a andar suelo y libre por do ha querido. Es luego menester que el que se quiere de veras dar a la oración cierre las puertas de su ánima a todo género de pensamientos vanos y desaprovechados, y se habitúe, poco a poco, a retraerla de las cosas exteriores a la interiores, y de las bajas a las altas. De esta manera se viene a quietar nuestra ánima, aunque no luego ni muy presto. Mas no por eso habemos de desmayar, porque por fuerza es que así como el ánima está de mucho tiempo habituada a este distraimiento, así también ha menester mucho tiempo para deshacerla y hacerle perder sus malas mañas; y tanto más presto se acabará esto, cuanto fuere el hombre más diligente en pensar cosas siempre buenas y cerrar los sentidos a todo aquello que no convenga para este camino.

Lo tercero, nace también esta dificultad de la malicia de los demonios, los cuales, con la envidia que tienen de nuestra salud, procuran molestar allí —más que en otra parte— a los que oran, para privarlos del fruto inestimable de la oración, según lo que dice Orígenes, por estas palabras: «Los demonios, así como procuran de estorbar las otras buenas obras, así también procuran estorbar la oración, para que el que ora no se halle tal, que pueda levantar a Dios las manos puras, sin ira, en su oración (cf. 1 Tim 2,8). Y, si alguno hubiere tan bien librado que venga a levantarlas sin ira, apenas habrá quien las levante sin contradicciones y guerra de superfluos y vanos pensamientos. Por lo cual, sin duda es grande la pelea y batalla de la oración, si habemos de procurar allí que nuestra ánima esté limpia de todo género de vanos pensamientos, y atenta y fija en solo Dios con estabilidad y firmeza de corazón». Hasta aquí son palabras de Orígenes; las cuales declaran bien la dificultad deste negocio.

Λ Mas **contra todas estas dificultades se contrapone la divina gracia**, que es más poderosa que todas las cosas [*cf. Sant 4,6*]. A la cual servirán todos los avi- [309] sos que al presente daremos, mediante los cuales este camino dificultoso se hará, con el favor de Dios, fácil, y después, con el uso, suave.

Por lo cual no se debe nadie maravillar que se pidan aquí muchas cosas para conseguir este fin, porque, demás de las dificultades susodichas, hase de mirar que aquí tratamos de la perfecta oración, mediante la cual se alcanza la unión de Dios; y por esto no se puede llamar mucho lo que se pide para una cosa tan alta, que hace al hombre un espíritu con Dios. Porque, si tantas cosas dice el arte de la alquimia que son necesarias para hacer de un poco de cobre oro, ¿cuántas más serán menester para hacer de un hombre *dios*, esto es, de humano divino?

Λ Y, demás de esto, si **la contemplación de las cosas divinas y el amor de Dios es el fin de toda la vida cristiana**, a la cual sirven todos los mandamientos de la ley y los profetas (como las medicinas a la salud), y todo esto anda en compañía de la perfecta oración y devoción, como arriba tratamos, no se maraville nadie que traigamos ahora aquí toda esta muchedumbre de mandamientos para este propósito, pues todos ellos son medios que, de lejos o de cerca, sirven para este fin.

Capítulo II. De las cosas que ayudan para alcanzar la verdadera devoción

Dicho ya qué es lo que entendemos aquí por devoción (que no es una virtud sola, sino todas aquellas que dijimos andar en compañía della), digamos ahora los medios por do se alcanza.

[I.] Y primero, del deseo grande della

Pues la primera cosa que ayuda para alcanzar este gran bien es un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, según que expresamente lo dice el Sabio por estas palabras: *El principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della* (Sab 6,17). Y poco antes, hablando deste mismo deseo y cuidado, dice así: *Clara es, y que nunca se marchita, la flor de la sabiduría. Y fácilmente se deja ver de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Ella misma se adelanta y previene a los que de veras la desean, para mostrárseles primero. El que por la mañana madrugare a buscarla no pasará mucho trabajo, porque a sus puertas la hallará asentada. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes buscando a los que son merecedores della, y se les muestra con alegre rostro en el camino, y con todo cuidado y providencia los sale a recibir* (Sab 6,12-16). Hasta aquí son palabras del Sabio, por las cuales viene luego, más abajo, a concluir lo que arriba dijimos: que el primer principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della. Y así le aconteció a este mismo sabio, porque no habló esto a lumbre de pajas, sino enseñado antes, no sólo por la asistencia del Espíritu Santo, sino también por la misma experiencia del negocio. Y así dice más abajo: *Deseé, y fueme dado sentido; y llamé, y vino en mí el espíritu de la sabiduría* (Sab 7,7). ¿Ves, pues, cómo el deseo fue el primer principio deste bien?

Toda la Escritura divina concuerda con este mismo parecer. ¿Cuántas veces leemos en la ley y los profetas: «Y hallaremos a Dios cuando le buscáremos, si le buscáremos con todo nuestro corazón»? [cf. Dt 4,29; Jer 29,13]. ¿Cuántas leemos en los libros de la sabiduría: *El que por la mañana velare, a mí hallarme ha?* [Prov 8,17]. *Si buscares —dice Salomón— la sabiduría con el cuidado que buscan los hombres el dinero y con el deseo que cava la tierra el que busca algún tesoro, ten por cierto que la hallarás* (Prov 2,3-5). Mas ¡qué es menester andar buscando más autoridades!, pues tenemos aquella prenda tan segura del Salvador, que dice: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y responderos han. Porque todo aquel que pidiere, recibirá, y el que buscare, hallará, y el que llamare, responderle han* (Mt 7,7-8).

La razón porque vale tanto este deseo para hallar a Dios es porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor del fin es la primera causa que mueve todas las otras a obrar. De tal manera que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto mayor es el cuidado y la diligencia que se pone para alcanzarlo. Si no, dime: ¿Quién hizo a Alejandro Magno ponerse en tan grandes trabajos y peligros, y emprender tantas batallas, sino el amor grande que tuvo del imperio del mundo? ¿Quién hizo al patriarca Jacob no sentir los siete años de tan duro servicio, sino el amor grande que tuvo a la hermosura de Raquel? (cf. Gén 29,20). ¿Quién hace al labrador, y al marinero, y al soldado ponerse a tantas maneras de trabajos y peligros, sino el amor del interese? Pues, si tanto puede el amor de cosas tan bajas, ¿qué haría el amor deste Sumo bien, si verdaderamente se amase y conociese? Pues no te convidamos aquí, hermano, con la hermosura frágil de la esposa Raquel, que muere de parto; no con la gloria precedera del mundo, que se acaba con la vida;

no con las honras fugitivas, que se lleva el viento; no con los vanos placeres del hipócrita, que no duran un punto; ni menos con las riquezas terrenas, que la polilla roe y los ladrones roban (cf. Mt 6,19); sino con la hermosura de la sabiduría divina, con el temor del cielo, con el tesoro de la caridad, con las consolaciones del Espíritu Santo, con el manjar de los ángeles, con la paz, con la verdadera libertad, y, finalmente, con el Sumo bien. Pues ¿qué mayor tesoro quieres tú, que este? *Bienaventurado el varón* —dice aquella eterna Sabiduría— *que me oye, y que vela a mis puertas cada día y aguarda a los umbrales de mi casa; porque el que me hallare hallará la vida, y recibirá salud del Señor* (Prov 8,34-35).

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debes atizar y encender en tu corazón este cuidadoso deseo y avivar en ti la avaricia espiritual destas verdaderas riquezas. Porque este deseo no ha de ser tibio, ni perezoso, ni flojo, si- [310] no vivo, diligente, solícito y cuidadoso. Mira tú cuáles andan los avarientos deste siglo, y los amadores de la honra o de la hermosura de alguna criatura, que de noche ni de día no piensan en otra cosa, sino cómo hallarán camino para salir con lo que desean: y desta manera procura tú buscar a Dios; aunque él sea merecedor de tanta mayor diligencia, cuanto vale más que toda criatura. Mira también cuán cuidadosos andan los capitanes en la guerra, cuando tienen puesto cerco sobre algún castillo fuerte, y cuántas maneras de ardides y minas buscan para entrarlo: y desta manera procura tú de velar y trabajar por conquistar este sumo bien; pues está escrito que *el Reino de Dios padece fuerza, y que los esforzados son los que lo arrebatan* (Mt 11,12).

Λ Bienaventurado el que desta manera busca a Dios; porque, sin duda, el que así le busca, algo tiene ya recibido, y prendas tiene que le darán lo demás. **Víspera de hallar a Dios es el buscarle**, y ya tiene recibidas las primicias del Espíritu Santo quien le busca con este deseo. Cuando el cazador ve que el perro se apresura más de lo acostumbrado y que sigue alguna vereda derecha con esta priesa, luego entiende que ha dado con el rastro de la caza, y comienza ya a alegrarse con la esperanza della. Pues así te debes tú alegrar cuando esto vieres; y, tanto cuanto más la grandeza del deseo te hiciese cuidadoso y temeroso, tanto debes estar más seguro, entendiendo que tras destas flores vendrán los frutos, y que ya tiene Dios el uno de los pies dentro del ánima cuando le ha dado deseos vivos de su presencia.

Esta es la manera que tienen de buscar a Dios los que han sido prevenidos con las bendiciones de su dulcedumbre, y aun visto ya la hermosura de Raquel, por cuya posesión y casamiento se determinan alegremente a los siete años de servicios (cf. Gén 29,18.20). Estos, día y noche, nunca paran ni reposan hasta hallar lo que buscan, diciendo siempre con el Profeta: *¿Si daré yo sueño a mis ojos, y si dejaré cerrar un poquito mis párpados, y si daré descanso a mi vida, hasta hallar lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob?* (Sal 131,4-5). Lo que estos piensan, lo que hablan, lo que sueñan, esto es; y ningún trabajo les parece grande cuando miran la grandeza deste galardón.

De los tales, en figura dice el Eclesiástico: *El que tiene el arado y se precia del agujada apresura con cuidado sus bueyes, y todo se emplea en la labor del campo, y sus plática son en los hijos de los toros. Asimismo, el escultor, que pasa toda la noche de claro, como el día, esculpiendo sus imágenes, y con sus vigilia acaba su obra. Desta manera el herrero, asentado par de la fragua, y puestos los ojos en la obra que quiere hacer, no descansa toda la noche, afligiendo su carne con el vapor del fuego y batallando con el hierro duro al calor de la fragua* (Eclo 38,25-28). Estos son los cuidados del avariento labrador y del herrero cuidadoso, que madrugan y trasnochan en sus oficios por salir con lo que desean; a los cuales ha de imitar el verdadero amator de Dios, velando y pensando noche y día cómo hallará este grande bien, hasta enflaquecer con este cuidadoso pensamiento y testificar con las flaquezas del cuerpo las ansias del corazón, según lo que decía el mismo sabio, por estas

palabras: *Las vigiliyas y el cuidado de la virtud enflaquecen las carnes, y el pensamiento y el deseo de alcanzarla quita el sueño* (Eclo 31,1) ⁵⁰.

Mas por ventura dirás: «En mucho cuidado me ponéis para haber de alcanzar ese bien». Dime, ruégote: ¿Es justo que un bien tan grande, como es Dios, sea buscado con cuidado? Dirás que sí. Pues ¿qué menor cuidado se pudo pedir, ni qué partido más conveniente se pudo hacer, que pedir —para alcanzar el Sumo bien— no más cuidado que el que se pone para alcanzar el dinero? Pondera mucho aquellas palabras de Salomón, que dijimos: *Si buscares la sabiduría como quien busca dinero, hallarla has* (Prov 2,4.5). ¡Oh, bendígate, Señor, los ángeles, que, siendo tú el mayor bien de los bienes, no pides ser buscado con mayor cuidado, que con el que se busca el más bajo dellos, que es el dinero!

II. De la segunda cosa que ayuda a la devoción, que es fortaleza y diligencia

Este deseo que habemos dicho ha de estar acompañado con una grande diligencia y fortaleza, para que con ella podamos vencer todas las dificultades que de por medio se ofrecieren a estorbarnos este bien. Y, aunque este deseo, según que arriba lo figuramos, traiga consigo esta diligencia y fortaleza, todavía será menester que en particular platiquemos algo della.

Para cuyo entendimiento has de saber que así como la naturaleza proveyó de dos virtudes y potencias a cada uno de los animales para su conservación: la una que llaman concupiscible (a la cual pertenece desear lo que conviene para la conservación del individuo o de la especie), y la otra que llaman irascible (a la cual conviene pelear y acometer a las dificultades y contradicciones que impiden lo que para esto se desea), así has de entender que estas dos mismas virtudes, en su manera, se requieren para la conservación y sustentación de la vida espiritual, y señaladamente para alcanzar este bien que pretendemos. Porque, primeramente, es menester aquel deseo grande —que dijimos— deste bien, el cual nos mueva a buscarlo y procurarlo; y, después desto, es menester un esfuerzo y ánimo generoso para acometer y vencer muchas y grandes dificultades que se atraviesan de por medio a impedirlo. Porque, como adelante se verá, son muchas las cosas que nos impiden la devoción, y son muchas también las que se requieren para alcanzarla; y todas ellas, muy dificultosas. Y por esto es menester grande ánimo y fortaleza para romper por todas estas dificultades y contradicciones, hasta llegar a co- [311] ger el agua deseada de la cisterna de Belén, sin que los enemigos nos impidan ni a la ida ni a la vuelta (cf. 2 Sam 23,15). Pues, para conseguir un bien tan arduo y tan defendido, ¿qué podrá hacer el deseo pobre y desnudo, si no fuere armado y acompañado de fortaleza?

Por aquí entenderás la manquera [*condición de manco*] que tienen los que viven con buenos deseos, sin tener esta fortaleza de que hablamos; porque estos son como animales imperfectos y monstruosos, que tienen concupiscible sin irascible; lo cual, así como no bastaría para provisión y conservación de la vida natural, así tampoco basta para la espiritual. Estos son los deseos del perezoso, de quien dice Salomón que *ya quiere, y ya no quiere* (Prov 13,4), y que todo se le va en deseo (cf. Prov 21,25). Quiere, cuando considera la hermosura de la virtud, y no quiere, cuando se le representa la dificultad que hay en ella; porque, como animal imperfecto y monstruoso, tiene la una destas dos virtudes naturales del apetito, que es el deseo, y no la otra, que es el esfuerzo.

Pues por esta causa nos es tantas veces en la Escritura encomendada la diligencia y la fortaleza, y tan condenada la pereza y negligencia; como dos raíces generales de todo nuestro

⁵⁰ «Vigilia honestatis tabefacit carnes, et cogitatus illius auferet somnum».

mal y bien. Cosa es, por cierto, que me pone admiración ver la guerra que el Espíritu Santo tiene con el perezoso en los libros de Salomón, en los cuales apenas hay capítulo en que no le tire una saeta y le dé a entender el peligro en que está. Y con ser siempre una misma sentencia la que dice, guísala de mil maneras, y repítela en mil lugares, refrescando siempre la memoria della; para que por aquí entendiese el hombre cuán importante cosa era la que tan a menudo y con tanta importunidad el Espíritu Santo repetía. En una parte dice: *Los buenos pensamientos y propósitos del esforzado siempre crecen en abundancia; mas todo perezoso vive en pobreza* (Prov 21,5). En otra dice: *La pobreza nace de la mano perezosa; mas la mano de los fuertes apareja riquezas* (Prov 10,4). En otra dice: *La pereza es causa que se vaya poco a poco arruinando la casa, y la flaqueza de las manos hace que se llueva toda* (Ecl 10,18). En otra dice: *El que labra su tierra se hartará de pan, y el que se da a ociosidad será lleno de pobreza* (Prov 12,11). En otra dice: *El que es muelle y flojo en su manera de vivir, compañero es del que destruye sus obras* (Prov 18,9). En otra dice: *La pereza carga al hombre de sueño, y el ánimo flojo y desatada en sus obras padecerá hambre* (Prov 19,15). Y, sobre todos estos lugares, es mucho de notar aquel lugar donde dice: *Pasé por la viña del perezoso, por la heredad del varón loco, y vi que toda estaba cubierta de espinas y de ortigas, y que la cerca estaba aportillada por todas partes; lo cual, como yo viese, notelo con diligencia, y con el ejemplo deste descuido híceme más avisado, y miré por lo que a mí convenía. Pues ¿hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Hasta cuándo despertarás deste sueño? Un poquito dormirás, y otro poquito cabecearás, y otro poco juntarás las manos para reposar, y vendrá sobre ti como un caminante la pobreza, y la mendicidad como hombre armado* (Prov 24,30-34; 6,9-11). Quiere decir, vendrá poco a poco la costumbre de esta flojedad y descuido a convertirse en naturaleza, y tomará de tal manera la posesión y señorío sobre tí, que no seas más parte para echarla de casa, que a un hombre poderoso y armado.

Pues pregúntote ahora: ¿A qué propósito repetía tantas veces el Espíritu Santo esta sentencia y la enjería entre tantos lugares, sino porque entendía que así como la llave de todo nuestro aprovechamiento es la diligencia y fortaleza, así la raíz de todo nuestro mal es la pereza y negligencia? ¿Dime qué virtud hay que no tenga anexa alguna dificultad y trabajo? Pues, si el hombre no tiene brazo para vencer esta dificultad, si no tiene martillo para domar al hierro duro de que se hace la obra, ¿qué cosa virtuosa podrá acabar? Hermosamente dice Prudencio que todas las virtudes eran viudas sin la paciencia y fortaleza; porque, si la virtud carece de fortaleza, claro está que no podrá vencer la dificultad con que ella anda siempre acompañada. Pues por esto conviene que, sacudida de nuestro ánimo toda pereza y negligencia, nos armemos de un muy fuerte y denodado propósito para acometer esta empresa y no descansar hasta salir al cabo della, implorando siempre para esto con grande humildad la gracia divina.

Y no debemos luego desmayar con las contradicciones que en el camino se nos ofrecieren, sino antes esforzarnos animosamente contra ellas, imitando en esta parte a los que van remando aguas arriba en un río arrebatado e impetuoso, los cuales con la fuerza de los remos contrastan [*hacen frente*] a la furia de las aguas; y, si algunas veces prevalece contra ellos la corriente, no por eso desmayan, sino antes, con doblada fuerza y diligencia, vuelven a enderezar el barco y a proseguir su camino. Pues tales han de ser nuestros propósitos, conviene saber: firmes y determinados; y, si alguna vez nos acaeciere que seamos vencidos, volver luego a cobrar ánimo de nuevo, porque, según se suele decir, el trabajo importuno [*que no sosiega*] y porfiado, de todas las cosas ha vitoria ⁵¹.

Destá manera vemos también ser los hombres infatigables en los negocios del mundo, y no volver atrás; aunque muchas veces les haya sido contraria, como dicen, su fortuna. Así, el mercader no luego deja su trato, aunque alguna vez no le suceda bien la ganancia; ni

⁵¹ Al margen: *Labor improbus omnia vincit. D. Hier. in Prolg. sup Danielem.* La frase es de Virgilio.

tampoco cesan los labradores de labrar la tierra, aunque alguna vez pierdan la costa y el trabajo, mas antes vuelven a su labor con mayor cuidado, por ver si podrán por esta vía recobrar algo de lo perdido. Pues ¿cuánto más debemos nosotros esforzarnos en este santo ejercicio, en el cual hay mucho menor trabajo y mayor galardón, y este, no caduco ni dudoso, sino cierto y perdurable?

Mas aquí es mucho de notar que así como [312] aquel deseo que arriba dijimos ha de ser acompañado de fortaleza, porque no sea perezoso, así esta fortaleza ha de estar acompañada de humildad, porque no sea soberbia. Porque, aunque es razón trabajar en esta demanda todo lo posible y meter en ella todas las velas, pero de tal manera habemos de hacer esto, que creamos muy de veras que **no por nuestro trabajo, sino por la divina gracia y misericordia se ha de alcanzar este bien**. Porque, como dice el Sabio, *no es de los ligeros la carrera, ni de los fuertes la vitoria, ni de los artifices la gracia* (Ecl 9,11) ⁵². Pues, si esto acaece en las cosas humanas, ¿cuánto más acaecerá en las divinas, que todas van colocadas y guiadas por gracia? Y, porque la gracia principalmente se da a los humildes, como toda la Escritura clama (cf. Sant 4,6; 1 Pe 5,5), por eso no menos, sino mucho más aprovecha la humildad, que la fortaleza, para alcanzarla.

Λ Por esto debe el hombre reconocer profundamente su indignidad y flaqueza, y humillarse ante la mano poderosa de Dios (cf. 1 Pe 5,6), y presentarse ante él como un niño que nada puede ni sabe, y suplicarle por los méritos de Cristo sea servido de mirarlo con ojos de piedad y darle como a un pobre mendigo algunas de las migajas de la mesa rica de su gran misericordia. Mas con este reconocimiento no debe el hombre echarse a dormir y librarlo todo en Dios, como hacen algunos, sino echar mano al arado y **hacer lo que es en sí, para que el Señor haga lo que es de su parte; porque así como este Señor es amigo de humildes, así también es enemigo de haraganes y perezosos**.

III. De la tercera cosa que ayuda a la devoción, que es la guarda del corazón

Supuestos ya estos dos principios y fundamentos, y descendiendo más en particular a tratar esta materia, digo que la primera y más principal cosa que ayuda a la oración y devoción es la guarda y recogimiento del corazón. Porque así como para tañer en una vihuela o en otro cualquier instrumento es menester que esté primero templado y dispuesto para que se pueda bien tañer en él, así —pues nuestro corazón es el principal instrumento desta música celestial— es necesario que esté primero templado y aparejado, porque de otra manera no podrá haber música concertada en instrumento desconcertado. Por eso nos aconseja Salomón, diciendo: *Con toda guarda procura guardar tu corazón, ca de él procede la vida* (Prov 4,23). Porque, como el corazón sea el principio de todas nuestras obras, claro está que cual estuviere él, tales también serán las obras que dél procedieren.

Y no sólo por esta razón conviene velar sobre esta guarda, sino también por la delicadeza y flaqueza increíble de nuestro corazón, el cual no se puede explicar con palabras cuán fácil sea de derramar y distraer. Porque, sin duda, una de las grandes miserias del hombre es ver con cuánta dificultad se recoge, y con cuánta facilidad se derrama; y cuánto es menester que trabaje para alcanzar un poco de devoción, y cuán fácilmente la pierde después

⁵² «Verti me ad aliud, et vidi sub sole, nec velocium esse cursum, nec fortium bellum, nec sapientium panem, nec doctorum divitias, nec artificum gratiam; sed tempus casumque in omnibus». Otro texto ilustrativo, Jer 10,23: «Scio, Domine, quia non est hominis via eius, nec viri est, ut ambulet et dirigat gressus suos». También otros textos paralelos en Proverbios.

de alcanzada. Dicen que la leche y aun algunos otros manjares son tan delicados, que el aire basta para corromperlos. Y, de la vihuela, dicen que el frío y el sereno bastan para destemplantarla. Pues muy más delicado es sin duda el corazón del hombre, y menores causas bastan para destemplantarlo. Finalmente, así como la vista de los ojos se impide con una pequeña mota, y sólo un poco de vaho basta para empañar y escurecer un espejo, así muy pequeñas cosas bastan para añublar la caridad de nuestro corazón y escurecer los ojos del ánima y entibiar todo buen afecto y devoción. Y, por esto, con grandísimo recaudo y diligencia conviene velar sobre la guarda de un tesoro tan precioso y que tan fácil es de perder.

Λ Y, si me preguntas de qué se haya de guardar el corazón, digo que de dos cosas principalmente, conviene saber: de vanos pensamientos, y de afectos y pasiones desordenadas. De estas dos cosas conviene que esté libre y limpio el corazón donde se ha de aposentar el Espíritu Santo. De manera que así como los pintores suelen primero limpiar y aparejar las tablas en que han de pintar, así se ha de limpiar y aparejar primero la tabla de nuestro corazón, si se ha de pintar en él la imagen de Dios. Este es aquel cepillar de las dos tablas que mandó Dios a Moisés para escribir en ellas con su dedo la ley (cf. Éx 34,1); para dar a entender cómo es necesario que el hombre apareje y limpie primero las dos tablas de su ánima, que son entendimiento y voluntad (la una, de pensamientos, y la otra, de afectos y apetitos desordenados), para que así pueda aquel dedo divino, que es el Espíritu Santo, escribir en ellas la sabiduría del cielo.

Mire, pues, el siervo de Dios por sí en esta parte; porque esta es una de las principales diferencias que hay entre los buenos y malos: que los malos tienen el corazón como una plaza, o como una calle pública, que de día y de noche no se cierra; mas el corazón del bueno es aquel huerto cerrado y aquella fuente sellada (cf. Cant 4,12), de la cual nadie bebe, sino solo Dios. Finalmente, el corazón del bueno es aquella litera del verdadero Salomón, la cual guardan con grandísimo recaudo setenta caballeros armados, de los más fuertes de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos y son muy diestros en pelear (cf. Cant 3,7-8). Tal es el corazón del bueno, y con este recaudo se guarda; mas, por el contrario, el corazón del malo es como un vaso sin guarda y cobertor, el cual está aparejado para recibir dentro de sí cualquier inmundicia; y por esto es reprobado y tenido por sucio en los mandamientos de la ley (cf. Núm 19,15; *Sth.* I-II q.102 a.5 ad 4).

Y no sólo de los pensamientos, sino mucho más de los afectos y pasiones conviene que esté libre nuestro corazón; porque no hay cosa que más parte sea para perturbarlo, que son estas nubes- [313] tras pasiones naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, temor, esperanza, deseo, ira, con todas las demás. Estos son los vientos que desasosiegan este mar, y los ñublados que escurecen este cielo, y las pesas que inclinan a nuestro espíritu a lo bajo. Porque está claro que las pasiones desasosiegan el corazón con sus cuidados, derrámanlo con sus apetitos, cautívanlo con sus afecciones y ciéganlo con sus perturbaciones y movimientos desordenados. Onde [*por lo cual*], así como ni estos ojos de carne pueden ver las estrellas ni la hermosura del cielo, cuando hace ñublado, así tampoco los de nuestra ánima pueden contemplar aquella luz eterna, cuando están escurecidos con los ñublados y pasiones desta vida. Y, como decía uno de aquellos santos Padres del yermo, así como en el agua clara se ve todo cuanto hay en ella, hasta las muy menudas arenicas que están en lo bajo (lo cual no se puede ver en agua turbia), así nuestra ánima conoce claramente todo lo que hay en sí cuando está quieta y serena; mas, si los movimientos de las pasiones la escurecen y enturbian, ni puede ver a sí ni a otra cosa. Por lo cual, muy sabiamente nos aconseja san Agustín que miremos con todo cuidado no se nos peguen las alas del ánima (que son sus afectos y deseos) en la liria pegajosa de las cosas terrenas, y así nos impidan el vuelo a las cosas divinas. Así, se lee deste mismo santo que, aunque era obispo, no se quería entremeter en negocios de fábricas de iglesias, ni de otras cosas tales; temiendo siempre no se le enlazase el corazón, por esta vía, en los cuidados de las cosas visibles.

Pues por esta causa encomendamos aquí tanto la mortificación y templanza de las pasiones; porque, sin duda, no hay cosa que tan poderosamente arrebate nuestro corazón y lo lleve en pos de sí, como cualquiera destas pasiones. Mayormente la del amor, que es como la raíz de todas, y así las lleva a todas —como raíz a las ramas— en pos de sí. Porque donde hay amor demasiado de una cosa, luego hay aborrecimiento de la contraria, y deseo de alcanzarla, y temor de perderla, y alegría cuando está presente, y tristeza cuando está ausente, y cuidado cuando se le teme algún peligro, y enojo cuando alguno lo maltrata; y así, finalmente, va toda la danza de las otras pasiones encaminada por do la lleva esta guía. Lo cual manifiestamente significó el Salvador, cuando dijo: *Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón* (Mt 6,21); dando a entender que, en las cosas donde tenemos puesto todo el tesoro de nuestro amor, ahí están todos nuestros cuidados y pensamientos, con todo lo demás que nace del corazón.

Λ Pues para esto es menester que el siervo de Dios ande con un continuo cuidado y traiga echadas unas riendas a su corazón, para que no se le vaya de boca ni se deje llevar por las pasiones que le sobrevinieren, si no fueren según Dios y por Dios. No se entristezca, sino de lo que le aparta de Dios. No se alegre, sino de lo que lo lleva a Dios. No tome otro más principal cuidado, que de contentar a Dios ⁵³. **No viva con otro amor, ni temor, ni deseo, ni esperanza, sino de solo él o por amor dél.** Esta es aquella cruz en que se gloriaba el Apóstol, cuando decía que todo el mundo estaba crucificado para él, y él para todo el mundo (cf. Gál 6,14); lo cual se hace no por muerte del cuerpo, sino de espíritu, que es por muerte del amor de todas las cosas; porque, cuando esto hay, el espíritu está como muerto a todas ellas y vive a solo Dios, en quien solo tiene puesto su amor.

Por esto mandaba Dios en la ley al sumo sacerdote que no enterrase a su padre ni a su madre después de muertos: porque no se ensuciase con tocamiento de cuerpo mortal (cf. Lev 21,11). Y bien sabía el Señor que la vista ni el tocamiento corporal no ensuciaba los hombres, sino el afecto del corazón; el cual quiere él que esté tan puro en sus amigos, que ni aun con tan grande ocasión, como es muerte de padres y madres, sea perturbado.

Mucho te parecerá quizá, hermano, esto que te pedimos. Vergüenza es, por cierto, entre cristianos —que estamos como árboles plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia y de los Sacramentos divinos (cf. Sal 1,3)— que nos parezca mucho pedírsenos lo que, sin nada de esto, pedían los filósofos a sus discípulos, no teniendo más que sola lumbre de razón. Filósofos hubo que pretendieron hacer los hombres heroicos y divinos, y libres de sus pasiones y afectos; ¿y maravillarnos hemos agora que se nos pida aquí un corazón pacífico y quieto para aposentar a Dios en él?

Y, si en cabo no pudieres salir con esta empresa, a lo menos valerte ha esta doctrina para que sepas el blanco adonde has de encaminar tus propósitos y deseos; para que, si no llegares derechamente a él, a lo menos no vayas tan mal encaminado, como los que caminan sin saber adónde van. Servirte ha también esto mismo para que no seas del todo lunático y mudable, como algunos que tienen el corazón como una veleta de tejado, que a cada viento la menea. Estos nunca jamás están de un temple ni tienen un ser, porque ya están tristes ya alegres, ya pacíficos ya airados, ya graves ya livianos, ya devotos ya disolutos, y, finalmente, tantos colores y figuras mudan dentro, cuantos accidentes y ocasiones se les ofrecen defuera. El camaleón es animal sucio y reprobado en la ley [cf. Lev 11,29]; y no menos lo son todos aquellos que por él son figurados. Estos son los que se mueven a cada viento, los cuales comúnmente suelen ser hombres sin estabilidad, sin gravedad, sin peso, sin prudencia, sin valor, sin ánimo ni fortaleza para nada. Son livianos, fáciles, pusilánimes, inconstantes,

⁵³ «De nullo gaudeam vel doleam, nisi quod ducat ad te vel abducat a te. Nulli placere appetam vel displicere timeam, nisi tibi» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Oración *Ad vitam sancte agendam*).

mudables y de quien no se puede esperar cosa grande. Finalmente, estos parece que son indignos del nombre de varones, pues tienen los ánimos tan mujeriles y fáciles; a lo menos sonlo del nombre de cuerdos y justos, pues está escrito que el loco es mudable como la luna; mas el justo es co- [314] mo el sol, que permanece siempre en un mismo ser (cf. Eclo 27,11).

Pues el que destas dos cosas guardare su corazón, conviene saber: de pensamientos vanos y pasiones desordenadas, luego alcanzará aquella paz y pureza de corazón que, según los filósofos, es el principal medio para alcanzar la verdadera sabiduría, y, según los santos, es el fin de la vida espiritual, según que muy por extenso se declara en la primera *Colación* de Casiano. Finalmente, esta es la última disposición que se requiere para la contemplación de las cosas divinas, según aquellas palabras del Salvador: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Porque así como en el espejo puro y limpio resplandecen más claro los rayos del sol, así también en el ánima purificada y limpia relucen más claro los rayos de la divina verdad.

No quiso Dios que David, aunque varón justo y santo, le edificase el templo en que él morase, porque había sido hombre de guerra, sino Salomón, su hijo, que había de ser hombre de paz (cf. 1 Cro 22,7-10); para dar a entender que **el corazón pacífico y quieto es el lugar propio y conveniente donde mora Dios**. Y por esta misma causa, cuando apareció a Elías en el monte, no le apareció en la tempestad, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en aquel silbo de aire delgado y blando (cf. 1 Re 19,11-12), que es en el corazón pacífico y reposado; el cual es templo vivo y morada de Dios.

IV. De la cuarta cosa que ayuda a la devoción, que es la continua memoria de Dios

Para esta guarda del corazón susodicha, no hay cosa que tanto aproveche, como **andar siempre en la presencia de Dios** y tenerle siempre delante los ojos; no sólo en el tiempo de la oración, sino en todo lugar y tiempo. Porque hay algunos que son como los muchachos de la escuela, que, mientras están delante de su maestro, están muy recogidos y compuestos, y, en saliendo de allí, disparan [*corren precipitadamente*] por doquiera que los lleva el ímpetu y liviandad de sus afectos. Pues no debe el siervo de Dios imitar a estos, sino antes trabajar cuanto le sea posible por conservar aquel calor que sacó de la oración, y continuar aquel santo pensamiento que allí tuvo; porque esta continuación es la cosa que más en breve hace subir a la cumbre de la perfección; mas, de la otra manera, toda la vida se pasa en tejer y destejer, sin llegar ninguna cosa al cabo.

Esta es aquella bienaventurada unión de nuestro espíritu con Dios; la cual procuraron y estimaron tanto los santos, que la tenían por último fin de todos sus ejercicios. Esta es la que David muestra que tenía, cuando tantas veces repite en sus salmos que traía siempre al Señor delante sus ojos (cf. Sal 15,8), y que pensaba siempre en su santa ley (cf. Sal 118,47), y que traía siempre en la boca sus alabanzas (cf. Sal 33,2). De manera que, aunque era rey, y ocupado en muchos negocios, así de paz como de guerra, con todo esto, en medio de tantos cuidados estaba quieto, y entre tanta muchedumbre de negocios y criados estaba solo con Dios.

Pues esta misma presencia y memoria de nuestro Señor debes tú procurar siempre; para lo cual te aprovechará considerar que, en hecho de verdad, él está presente en todo lugar, no sólo por potencia, sino también por esencia. El rey está en todo su reino por potencia; y en su palacio, por presencia; mas, por esencia, no está en más lugar, que donde tiene su cuerpo. Mas, Dios, en todo lugar está por todas estas maneras susodichas; lo cual, demás de la fe, se prueba claro por esta razón: porque Dios es el que da ser y vida a todas las cosas, el principio y causa de todas ellas. Y, pues la causa es necesario que esté junta con su efecto, o por sí

misma o por alguna virtud e influencia suya, síguese, que pues Dios es causa del ser de todas las cosas, que está junto con todas ellas, dándoles el ser que tienen; y esto, no por alguna virtud o influencia suya, sino por sí mismo, porque en Dios no hay esa distinción de cosas que hay en las Escrituras, porque todo lo que hay en Dios es Dios; y por eso, doquiera que está algo dél, está todo él (cf. *Sth.* I q.8 a.3-4).

Y, pues el ser de las cosas es lo más íntimo que hay en ellas, síguese que él está más dentro dellas, que ellas están dentro de sí mismas. Pues, luego, ¿qué mucho es traer siempre delante los ojos a aquel que te trae a ti en sus brazos, y te sustenta con sus pies, y te rige con su providencia, y aquel, finalmente, en quien y por quien vives y eres? ⁵⁴ Haz, pues, cuenta que él está siempre asistiendo a tu ánima como criador y gobernador que la conserva en el ser que tiene. Y no contento con asistir como criador y conservador, asiste también como justificador, dándole gracias y muchas santas inspiraciones y deseos.

Este sea, pues, el testigo de toda tu vida, este el compañero de tu peregrinación, a esta da parte de tus negocios, a él encomiéndate en todos tus peligros, con él habla entre sueños de noche y con él despierta cuando te levantes de día. Unas veces le mira como a Dios, beatificando los ángeles en el cielo, y otras como a hombre mortal, conversando con los hombres en la tierra; unas veces en el seno del Padre, otras en los brazos de la Madre; unas veces camina con él a Egipto, otras acompáñalo en la Oración del huerto; otras, síguelo hasta el monte Calvario, y nunca lo desampares en la cruz. Cuando te asentares a la mesa, la salsa de la comida sea su hiel y vinagre; y la copa de que hubieres de beber, la fuente de su precioso costado. Cuando te fueres a acostar, imagina que la cama es la santa cruz, y el almohada, la corona de espinas; y cuando te vistieres o desnudares, piensa con cuánta ignominia desnudaron y vistieron a él en su pasión. Esto es en su manera seguir al Cordero con aquellas santas [315] vírgenes por doquiera que va (cf. Ap 14,4); y desta manera podrás ser discípulo de Cristo y andar siempre en su compañía. En todos estos pasos **habla siempre con él palabras humildes y amorosas**; porque con estas quiere ser tratado aquel que, por la grandeza de su majestad, debe ser temido, y por la de su bondad, amado.

Y, aunque estés ocupado en alguna obra de manos, o en algún otro negocio, no por eso debes dejar del todo este ejercicio; porque esta habilidad dio el Señor a nuestro corazón: que puede en un punto convertirse a él, aunque el cuerpo esté ocupado en obras exteriores. De manera que así como una dama está labrando delante de una reina, y, sin perder punto de su labor, está con una mesura y recogimiento interior y exterior delante de su señora, sin que la una ocupación impida a la otra, así puede nuestro corazón estar con debida reverencia y atención ante aquella Majestad que hinche cielos y tierra, sin que por eso pierda punto en lo que hace.

Y no sólo cuando se hace algo de manos, mas, también cuando el hombre habla, estudia y negocia, puede hurtar muchas veces el corazón a lo que hace y entrar dentro del templo de su corazón a adorar a Dios, y salir de ahí a lo que piden los negocios, y tornarse luego ligeramente a Dios. En figura de lo cual se escribe de aquellos santos animales que vio Ezequiel que *iban y volvían a semejanza de un relámpago resplandeciente* (Ez 1,14); para dar a entender la ligereza con que los varones espirituales han de volver a Dios, cuando por alguna piadosa ocasión salieren del secreto de su recogimiento a socorrer al prójimo. Y, si alguna vez el hombre tardare y se descuidare en esta vuelta, luego debe herirse con las espuelas de la atención y cuidado, y volver las riendas del corazón a Dios, diciendo con el Profeta: *Vuélvete, ánima mía, a tu descanso, pues el Señor te ha hecho tanto bien* (Sal 114,7).

Este cuidado susodicho es de inestimable provecho; no sólo para la guarda del corazón, sino también para el buen recogimiento y gobierno de toda la vida. Porque por esta

⁵⁴ Al margen: *Vide Dt 1,31; 32,10-11; Is 40,11; 46,3; 66,12-13; Os 11,3*. Curiosamente no cita Hch 17,28.

vía trae el hombre siempre delante de sí uno como juez y testigo de todo lo que hace y dice, y esfuérsase por andar con un continuo temblor y cuidado de no hacer cosa con que ofenda a los ojos de aquel Señor que le está siempre mirando; y así trabaja por hacer todas las cosas con aquel peso y medida que se deben hacer. De aquí nace una de las principales diferencias que hay entre los perfectos y los imperfectos; porque los perfectos, como traen siempre el corazón recogido, así traen el cuerpo y sentidos recogidos; mas los imperfectos, como andan secos y livianos de dentro, así también lo andan de fuera; porque está claro que así como la sombra anda al paso del cuerpo, y hace todo lo que él hace, así el hombre exterior es como una sombra del interior, y así anda siempre como él.

V. De la quinta cosa que ayuda a la devoción, que es el uso de las oraciones breves que se deben hacer en todo lugar y tiempo

Muy dichoso sería quien pudiese guardar enteramente este documento susodicho. Pero, a falta de esto, es muy gran remedio usar, en todo tiempo y lugar, de aquellas breves oraciones que san Agustín dice que usaban los padres de Egipto en medio de sus ocupaciones, para no dejar enfriar el calor de la devoción (cf. *Sth.* II-II q.83 a.14). De manera que así como los que moran en regiones frías procuran estar todo el día encerrados y amparados del frío en sus estufas y chimeneas (mas los que esto no pueden hacer, a lo menos trabajan por llegarse muchas veces al fuego a tomar de allí un poco de calor, y luego volver a sus oficios), así lo debe hacer también el siervo de Dios, pues vive en esta miserable región del mundo, donde está tan resfriada la caridad, cuan encendida la malicia. Y, por esto, bienaventurado aquel que puede estar siempre en aquella estufa que significó el Profeta, cuando dijo: *Será como el varón que se guarda del viento y se esconde de la tempestad* (Is 32,2). Mas el que esto no puede hacer, a lo menos vaya y venga muchas veces a aquel fuego divino, para defenderse de los vientos y hielos terribles de la frigidísima región deste mundo.

Para esto, pues, sirven estas breves oraciones, que por esto se llaman *jaculatorias*; porque son como unas saetas [*iacula*] amorosas que se arrojan de presto al corazón de Dios, con las cuales el ánima se despierta y se enciende más en su amor. Para esto sirven en gran manera muchos versos de David; los cuales debe el hombre traer siempre muy a la mano, para que por ellos se pueda levantar a Dios. No siempre de una manera, porque no tome hastío con unas mismas palabras, sino con toda aquella variedad de afectos que el Espíritu Santo en su ánimo despertare; porque para todos hallará palabras convenientes en aquellas voces celestiales. Y, conforme a esto, unas veces puede levantar el corazón con afecto de penitencia y deseo del perdón de sus pecados, con aquellas palabras que dicen: *Aparta, Señor, tu rostro de mis pecados, y perdona todas mis maldades. Corazón limpio cría en mí, Dios, y renueva en mis entrañas un espíritu recto* (Sal 50,11-12). Otras veces, con afecto de agradecimiento, podrás decir: *Bendice ánima mía al Señor, y no te olvides de todos sus beneficios* (Sal 102,2). Otras veces, con afecto de caridad y amor, podrás decir: *Ámete yo, Señor, fortaleza mía. El Señor es mi firmeza y mi refugio y mi librador. Dios mío, ayudador mío, esperaré en él* (Sal 17,2). *Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, [316] así desea mi ánima a ti, Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen a mi ánima: ¿Dónde está tu Dios?* (Sal 41,2.4). Otras veces, con deseos encendidos de aquella eterna felicidad, podrás decir: *¡Cuán amables son tus moradas, Señor, Dios de las virtudes! Y codicia y desfallece mi ánima contemplando y deseando los palacios del Señor* (Sal 83,2-3). A este propósito escribe san Jerónimo, en una epístola, que repetían los padres de Egipto aquel verso del mismo profeta, que dice: *¿Quién me dará alas, así como de paloma, y volaré, y descansaré?* (Sal 54,7). Otras veces, finalmente, con reconocimiento de la propia miseria y deseo de la divina gracia, podrá decir: *Inclina, Señor, tus oídos, y oye mi oración, porque pobre y necesitado soy*

yo (Sal 86,1). Para este mismo propósito es muy alabado en las *Colaciones* de Casiano aquel verso, que dice: *Señor Dios, entiende en mi ayuda. Señor, no tardes en me ayudar* (Sal 69,2).

También los tiempos, y los lugares, y los negocios que tratamos, y las cosas que oímos y vemos nos darán ocasión para levantar el corazón a Dios, con otras maneras de afectos que de las mismas cosas se levantan; porque **el que de verdad ama a Dios, en todas las cosas ve a Dios, y todo le parece que le convida a su amor**. En la mañana el canto de las aves, en la noche el silencio y la serenidad della nos convida a alabarle; cuando comemos, la merced que nos hace en darnos hartura; cuando despertamos, la que nos hizo en darnos sueño reposado. La hermosura del sol y de las estrellas y de los campos nos ha de representar la hermosura y providencia del Criador; y las miserias y trabajos que vemos en las otras criaturas, la merced que nos hace en librarnos dellas. Cuando el reloj diere la hora, es bien que nos acordemos de la hora de nuestra muerte, y de aquella en que Dios por nosotros también murió, y que digamos aquellas palabras que enseña un devoto padre, diciendo: «Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nació y murió por mí». San Jerónimo, en una epístola, aconseja que en todos los pasos y caminos que diéremos hagamos sobre nosotros la señal de la cruz. Lo cual es aún más necesario cuando sobreviene alguna tentación, para lanzar de presto cualquier mal pensamiento del corazón. Asimismo, cuando salimos a algún negocio donde pueda haber algún encuentro, o alguna nueva ocasión de peligro, conviene aperebirnos primero con las armas de la oración: como cuando salimos fuera de casa, cuando vamos a tratar con alguna persona rencillosa, o sobre algún negocio delicado, o cuando vamos a comer en compañía de otros, donde hay peligro, por una parte, de la gula, y por otra, de soltar la lengua con el calor de la comida a palabras demasiadas. Para estos y otros semejantes es grande reparo la oración. De esta manera, **todas las cosas nos serán motivos para tratar siempre con Dios, y de todas sacaremos provecho y tomaremos ocasión para andar siempre en oración**. Este es aquel perpetuo ejercicio a que nos convida el Apóstol, cuando dice: Procurad, hermanos, de andar siempre *hablando dentro de vosotros mismos con salmos y himnos y cantares espirituales, cantando y alabando en vuestros corazones a Dios, y dándole gracias en nombre de Cristo por todos sus beneficios* (Ef 5,19-20).

Este ejercicio ayuda, en gran manera, así a la devoción como al recogimiento del corazón; porque esto es como guardar la casa para que no entre otro huésped que Dios a ocupar la posada. Y esto mismo sirve para conservar el calor de la devoción. De donde nace que, los que con este cuidado andan, más fácilmente se recogen al tiempo de la oración, porque tienen ya el medio del camino andado, por tener el corazón recogido y devoto. Porque ¿de dónde nace, si piensas, que unos, en llegándose a la oración, luego entran en calor, y otros, al cabo de mucho tiempo y trabajo, apenas pueden quietar el corazón? La causa comúnmente es que los unos traen el corazón caliente y recogido con el uso de estas breves oraciones; mas los otros déjanlo del todo enfriar con el olvido de Dios. Por lo cual, los unos entran en calor presto, y los otros tarde. Y, por esto, así como los que tienen a su cargo un horno de pan, después de aquella primera calda que le dan por la mañana, procuran a cada rato de cebarlo con alguna leña para que se conserve aquel calor (porque, si del todo lo dejasen enfriar, sería menester mucho tiempo y trabajo para meterlo en calor), así también conviene que trabajen los amadores de la devoción por conservar siempre en sus corazones este divino calor; si no quieren tomar trabajo de nuevo para encenderlo cada vez que se llegan a la oración. Porque la devoción en nuestros corazones es como el calor en el agua o en el hierro, el cual naturalmente es frío, y accidentalmente, caliente; y, por esto, en apartándolo del fuego que lo calienta, luego se vuelve a su natural condición; y, por tanto, el que lo quisiere tener siempre caliente es menester que lo tenga siempre dentro de la fragua, o que lo llegue muchas veces a ella, para que así pueda conservar este peregrino calor; y este mismo recaudo conviene que se tenga siempre con nuestro corazón.

VI. De la sexta cosa que ayuda a la devoción, que es la lección de los libros devotos y provechosos

Para esta misma guarda y pureza del corazón ayuda también la lección devota de libros espirituales; porque, como dice san Bernardo, «nuestro corazón es como un molino que nunca para, y siempre muele aquello que echan en él: si trigo, trigo, y si cebada, cebada». Y por esto conviene ocuparlo muchas veces con la lección de los libros Sagrados: porque, cuando hubiere de pensar en algo, piense en aquello con que lo tenemos ocupado. Y por esto san Jerónimo encomienda tanto la lección de las Escrituras Santas en todas sus epístolas, y señaladamente en aquella que escribió a la virgen Demetria, donde al principio de la carta dice así: «Una cosa te quiero aconsejar, virgen de Cristo, y repetirla muchas y muchas veces, conviene saber: que ocupes siempre tu corazón en el amor y estudio de las Escrituras Sagradas, y no permitas que en la buena tierra de tu pecho se siembre mala semilla». Y al fin de la misma carta vuelve otra vez a encargarle este mismo consejo, diciendo: «Quiero juntar el fin con el principio, porque no me contento con haber amonestado esto una vez: Ama las Escrituras Sagradas, y amarte ha la sabiduría; date a ellas, y guardarte han; abrázalas, y honrarte han» (*Carta* 130).

Qué tal haya de ser esta lección para que sea provechosa, ya en su propio lugar se declaró.

VII. De la séptima cosa que ayuda a la devoción, que es la guarda de los sentidos

Para esta misma guarda del corazón aprovecha también mucho la guarda de los sentidos; porque estos son como las puertas de la ciudad por donde todas las cosas salen y entran; y, por esto, teniendo las puertas a buen recaudo, estará seguro todo lo demás. Por esto, pues, conviene poner una guarda en los ojos, y otra en los oídos, y otra en la boca, porque por estas puertas entran y salen todas las mercaderías y cosas del mundo dentro de nuestra ánima. De manera que el varón devoto ha de ser sordo, ciego y mudo —como decían aquellos santos Padres de Egipto⁵⁵—, para que cerradas las puertas de estos sentidos esté siempre su ánima limpia y aparejada para la contemplación de las cosas divinas.

Y, porque algunas veces es forzado oír y ver muchas cosas que podrían ser causa de distracción, por esto deben trabajar por oír las así como por defuera, de tal modo que no se les pegue el corazón a ellas. De suerte que el siervo de Dios ha de tener el corazón como una pared ensebada, o como un navío muy bien calafateado y betunado, que, en llegando las aguas a él, luego las despida y las deje correr por cima, sin que lo puedan calar adentro ni empaparse en él. Y por ventura en figura desto mandó Dios a Noé que guarneciese y betunase muy bien el arca por todas partes (cf. Gén 6,14): porque así conviene que esté el arca de nuestro corazón, para que, en medio de las aguas del diluvio tempestuoso deste siglo, esté ella en lo de dentro muy enjuta y segura. Los que de esta manera guardan su corazón siempre están pacíficos, recogidos y devotos; mas los que abren las puertas a todos [los] vientos, y se dejan prender de las afecciones y negocios del mundo, después lo vienen a pagar —al tiempo de la oración— con la guerra y molestia de pensamientos que allí lo cercan. Y así les acaece como a los que van a hablar con un gran señor, el estómago lleno de manjares groseros: que al

⁵⁵ Al margen: *Casian. Li.4 c.31*. «El que permanece en la soledad y en la hesyquia se libera de tres géneros de lucha: la del oído, la de la palabra y la de la vista. No le queda más que un solo combate: el del corazón» (PELAGIO Y JUAN, o.c., II,2).

mejor tiempo de la plática suelen torpemente regoldar a aquello que han comido. Pues así acaece a estos: que al mejor tiempo que están en la oración hablando con Dios les da allí el tufo de los ajos y cebollas de Egipto; quiero decir, de los pensamientos y negocios del mundo, de que traen llenos sus corazones.

Estos no esperen aprovechar en el ejercicio del recogimiento, porque a ellos comprehende aquella maldición del Patriarca, que dice: *Derramástete como agua, no crecerás* (Gén 49,4). Porque los tales, como traen derramado el corazón y los sentidos por las cosas exteriores, tanto menos crecen dentro, cuanto más se derraman por defuera; y tanto menos alcanzan de las consolaciones divinas, cuanto más derramados andan por la tierra de Egipto buscando pajas (cf. Éx 5,12). Estos son los que se andan a ver hermosos edificios de ciudades, de iglesias y de casas, y de otras cosas semejantes; y, finalmente, los que procuran ver cosas hermosas y oír cosas nuevas, y así se vuelven a sus casas el corazón lleno de viento, y vacío de devoción. Y los que en estos pasos andan, así como son inestables y vagabundos en el ánimo, así también lo son en el cuerpo; porque apenas pueden estar quietos en un lugar, sino antes discurren y andan de una parte a otra; y cuando no tienen adónde ir, van adonde los lleva el viento, a buscar si hallarán alguna recreación de fuera, porque han perdido la verdadera recreación de dentro. Y muchas veces acaece que, en estos tales pasos y caminos, el demonio los lleva, como a Dina, a algún tropezadero, donde vengán a perder, no solamente la devoción y recogimiento, sino también la castidad y la inocencia (cf. Gén 34,1-2). Menester es, luego, excusar todos estos derramamientos, para que recogidas en uno todas las fuerzas de nuestra ánima tengamos más caudal y virtud para buscar el Sumo bien; pues está escrito que, *cuando el Señor edificaré a Jerusalén, ayuntará en uno los derramamientos de Israel* (Sal 146,2).

Λ Mas, entre estos sentidos exteriores, señaladamente conviene poner guarda en la lengua; porque, como dice san Bernardo, es un instrumento muy aparejado para derramar por ella el corazón. Cosa es muy para notar ver cuán presto desaparece y se desvanece todo el jugo de la devoción en abriendo la boca a hablar demasiado; aunque sea en buenas cosas. Por lo cual dice un doctor que así como las aguas olorosas, si están en algún vaso destapado, luego pierden toda aquella suavidad y fragancia de su olor, así también el unguento precioso de la devoción pierde toda su virtud y eficacia cuando la boca está destapada, que es cuando la lengua se desmanda en hablar. Por esto, pues, te conviene traer siempre la boca cerrada; y, si alguna vez te fuere forzado salir a hablar o negociar, vuélvete lo más presto que pudieres con la paloma al arca, porque no perezcas en el diluvio de las palabras.

[318] Y, aunque a todos sea necesaria esta moderación, mucho más lo es a las mujeres, que a los hombres; y señaladamente a las doncellas, cuyo principal decoro es la vergüenza y el silencio, guarda de la castidad. A las cuales avisa san Ambrosio, por estas palabras: «Mira, virgen, por tus caminos, porque no desbarres [*o desvares*] por tu lengua; porque muchas veces las buenas palabras se tienen por pecado en al virgen».

VIII. De la octava cosa que ayuda a la devoción, que es la soledad

Para esta misma guarda de los sentidos y del corazón ayuda mucho la soledad exterior; como lo escribe san Buenaventura a una religiosa, por estas palabras: «Para la contemplación de las cosas divinas aprovecha mucho la soledad, porque no se puede hacer bien la oración donde hay ruido y desasosiego defuera; y apenas puede el hombre ver y oír muchas cosas sin que pierda algo de la pureza y entereza del corazón. Y por esto procura siempre estar en el desierto con Cristo, esto es, que cuanto sea posible te apartes de la compañía de las otras y

estés sola, si quieres ver a Dios y hacerte una cosa con él. Huye todas las pláticas y conversaciones, y especialmente las de personas seglares. No busques nuevas amistades y devociones, ni hinchas los ojos ni los oídos de las figuras vanas de las cosas del mundo. Y, finalmente, huye de todo aquello que puede perturbar la quietud de tu ánima, como veneno mortal. Porque no sin causa los santos Padres dejaban el mundo y se iban a los desiertos y se escondían en lo más secreto dellos para darse a la contemplación de las cosas divinas (cf. Heb 11,38)».

Y, para que más te confirmes en esto, oye lo que sobre ello dice san Bernardo: «Tú, hermano, si eres tocado ya de las inspiraciones del Espíritu Santo y trabajas con encendidos deseos por hacer tu ánima esposa de Cristo, asiéntate con el profeta en soledad (cf. Lam 3,28), pues te has ya levantado sobre ti mismo, deseando ser una cosa con el Señor de los ángeles. ¿No te parece que es sobre ti allegarte a Dios y hacerte un espíritu con él? (cf. 1 Cor 6,17). Pues asiéntate en soledad, como la tórtola, y no tengas que ver con la compañía de los hombres, sino antes trabaja por olvidarte de tu pueblo y de la casa de tu padre, para que codicie el Rey tu hermosura (cf. Sal 44,11-12). ¡Oh, santa ánima!, procura siempre estar sola, porque así estés más guardada para aquel que, entre todas las cosas, escogiste solo⁵⁶. Huye de los lugares públicos, huye también aun de tus domésticos y familiares, apártate de amigos y de enemigos, y aun de los mismos que te sirven. ¿No sabes que tienes un Esposo vergonzoso, el cual no te querrá hacer gracia de su presencia en presencia de otros? Apártate, pues, de la compañía; y apártate no con el cuerpo sólo, sino también con el ánima, y con la intención, y con la devoción. Porque espíritu es Dios, y no cuerpo, y por esto soledad espiritual quiere, y no corporal; aunque también la corporal a sus tiempos es provechosa cuando llega la hora de la oración».

Y un poco más abajo vuelve a decir el mismo santo: «Solo estarás, si no tuvieres pensamientos vulgares y comunes, si no desees los bienes presentes, si menospreciaras las cosas de que el mundo se maravilla y tuvieres hastío de lo que desea, si te apartares de contiendas, si no hicieres caso de las pérdidas y daños temporales, si no te acordares de las injurias. Porque, de otra manera, aunque estés solo con el cuerpo, no estarás de verdad solo. ¿Ves, pues, cómo puedes estar solo entre muchos, y acompañado, aunque solo? Así que solo puedes estar entre la compañía de los hombres; y, para esto, guárdate que no seas curioso pesquisador de la vida de nadie, ni juez temerario». Hasta aquí son palabras de san Bernardo (*super Cantica*, 40,4.5).

Λ Pues, conforme a esto, el varón devoto busque y ame la soledad; no solamente la interior, sino también la exterior, pues está claro que la una ayuda a la otra. Del abad Arsenio se escribe que oyó una voz del cielo, que le dijo: «Arsenio: huye, calla y reposa»⁵⁷. Pues haga él cuenta que se le da a él también esta voz, y así procure huir todo género de compañías, y conversaciones, y pláticas, y cumplimientos, y visitaciones, **si no fuere cuando la caridad o la necesidad lo pidiere**. Huelgue siempre de estar solo, y morar consigo, y hacer vida consigo, y así la hará con Dios, que es amador de la soledad.

Y no tenga nadie esta manera de vida por melancólica y triste, porque antes es tanto más alegre y deleitable, cuanto es más dulce la compañía de Dios, que la de los hombres. Por

⁵⁶ «Se le preguntó a un anciano: “¿Cómo debe ser el monje?” Y contestó: “A mi modesto entender, solo ante el Solo”» (PELAGIO Y JUAN, o.c., XXII,1).

⁵⁷ Al margen: *De vitis patrum*. En PELAGIO Y JUAN: «El abad Arsenio, cuando todavía estaba en palacio, oró al Señor diciendo: “Señor, condúceme a la salvación”. Y escuchó una voz que le dijo: “Arsenio, huye de los hombres y te salvarás”. Una vez incorporado a la vida monástica, oró de nuevo con las mismas palabras. Y escuchó a la voz que decía: “Arsenio, huye, calla y practica la hesyquia; estas son las raíces para no pecar”» (o.c., II,2).

lo cual decía san Jerónimo: «Sientan los otros lo que quisieren, porque cada uno tiene su gusto; mas de mí os sé decir que la ciudad me es cárcel, y la soledad, paraíso» (*A Rústico*). ¿Qué más paraíso puede ser en esta peregrinación, que aquel que promete Dios al ánima devota y recogida, por Oseas, diciendo: *Yo le daré leche a mis pechos, y la llevaré a la soledad, y le hablaré a su corazón* —conviene saber— cosas de gran suavidad y contentamiento; *y darle he sus viñaderos del mismo lugar, y el valle de Achor [Akor], que le abra los caminos de la esperanza; y allí cantará como cantaba en los días de su mocedad, y en el tiempo que salió de la tierra de Egipto?* (Os 2,16-17). ¿Qué cantares son estos, sino las alegrías y alabanzas del ánima recién salida del mundo, y que va ya creciendo en el amor y conocimiento del Criador, que es el tiempo de la mocedad espiritual, cuando es más vehemente y más impetuoso el amor? Pues estos cantares se cantan en la soledad y en el valle de Achor, que quiere decir *conturbación* (por el cual es significada la humildad de la contrición); y aquí es donde primero se abren al ánima los caminos de la esperanza, y donde recibe el perdón de la culpa, y donde ella canta y alaba a su Criador, porque con tan poderosa y piadosa [319] mano la perdonó y sacó del mundo. Este es el galardón con que paga nuestro Señor a los suyos el trabajo de la soledad.

Y no sólo para la devoción, mas generalmente para toda virtud ayuda en gran manera esta soledad, porque corta todas las ocasiones de pecados que se suelen hallar entre la compañía; especialmente los de la lengua, que son casi infinitos. Por donde con mucha razón aconseja Séneca que «busque la soledad el que quiere guardar la inocencia»⁵⁸.

IX. De la novena cosa que ayuda a la devoción, que son los tiempos y horas diputadas para ella

Todas estas cosas que hasta aquí hemos dicho, principalmente sirven para la guarda del corazón, la cual no sólo ayuda a la pureza de la oración, sino generalmente a toda virtud. Mas las que al presente diremos, más de cerca sirven a esa misma devoción que aquí buscamos. Entre las cuales, la primera sea que el varón devoto tenga cada día sus tiempos y horas señaladas para llegarse a la oración y conversar allí un rato a solas con Dios⁵⁹. Así lo hacía el profeta Daniel, de quien dice la Escritura que tres veces al día, hincadas las rodillas y abiertas las ventanas de su palacio hacia la parte de Jerusalén, hacía oración a Dios (cf. Dan 6,11). Así lo hacía también el santo rey David, el cual se levantaba a la medianoche, y madrugaba por la mañana a alabar y contemplar a Dios, como él mismo confiesa en muchos salmos. Y en uno dellos dice que siete veces al día se recogía a alabar a Dios (cf. Sal 118,164); de donde la Iglesia tomó ocasión para señalar las siete horas canónicas para alabar e invocar en ellas el nombre de Dios. De los primeros fieles que en la Iglesia hubo, escribe san Lucas que toda la mañana perseveraban en el templo en oración, y a la tarde se volvían a sus casas, donde recibían la sagrada Comunión con alegría de corazón (cf. Hch 2,46); y así andaban llenos de la consolación del Espíritu Santo. Y, de los que a estos sucedieron, escribe Plinio al emperador Trajano que era una gente que vivía sin vicios y sin ofensa de nadie, y que no tenían otro pecado más que levantarse muy de mañana y cantar himnos y alabanzas a

⁵⁸ Al margen: *In tragædia Hippolyti, n.2.*

⁵⁹ «La oración es la vida del corazón nuevo. Debe animarnos en todo momento. Nosotros, sin embargo, olvidamos al que es nuestra Vida y nuestro Todo. Por eso, los Padres espirituales, en la tradición del Deuteronomio y de los profetas, insisten en la oración como un “recuerdo de Dios”, un frecuente despertar la “memoria del corazón”: “Es necesario acordarse de Dios más a menudo que de respirar” (S. Gregorio Nacianceno, or.theol.1,4). Pero no se puede orar “en todo tiempo” si no se ora, con particular dedicación, en algunos momentos: son los tiempos fuertes de la oración cristiana, en intensidad y en duración» (CEC 2697).

honra de un hombre llamado Cristo, que había sido crucificado en Palestina. Y generalmente se escribe de todos los santos que la mayor parte de las vigili­as de la noche gastaban en ejercicios espirituales de oración, y lección, y contemplación, cumpliendo aquello del salmo, que dice: *En las noches levantad vuestras manos a cosas santas, y bendecid al Señor* (Sal 133,2). Y, sobre todos estos ejemplos, del mismo Salvador y Señor nuestro escriben los evangelistas que el día gastaba en hacer milagros y discurrir por diversos lugares predicando, y la noche velaba y perseveraba en oración (cf. Mc 6,46; y Lc y Jn).

Lo cual no sólo pertenece a religiosos y religiosas, como algunos imaginan, sino también a todos aquellos que de veras desean agradar a Dios y caminar a la perfección. Así lo aconseja san Jerónimo a una noble señora, llamada Celancia, en una epístola suya, por estas palabras: «De tal manera quiero que tengas cuidado de tu casa, que des también al ánima su tiempo de oración y recogimiento. Y para esto será bien que tengas algún oratorio y lugar secreto que esté un poco apartado del ruido y estruendo de la familia, al cual te debes acoger como a un puerto quieto y libre de la tempestad de los cuidados y negocios del siglo, en el cual no haya otra cosa, sino lección de la Escritura Sagrada, y oración atenta, y meditación profunda de las cosas advenideras; para que con esta santa ocupación puedas recompensar todas las ocupaciones de los otros tiempos y negocios. Y no decimos esto para apartarte de los tuyos, sino antes para que ahí aprendas y sepas de qué manera te hayas de haber con ellos»⁶⁰.

Λ Y, si me preguntares cuántas veces al día te debes recoger para esto, no te sabré dar yo regla cierta, porque no tienen todos una misma oportunidad y aparejo. Mas todavía te debes acordar que son muy celebrados en la ley aquellos dos principales sacrificios de cada día, conviene saber: el de la mañana y el de la tarde (cf. Éx 29,38-39); los cuales debe ofrecer espiritualmente todo fiel cristiano, recogién­dose en estos mismos tiempos para alabar e invocar en ellos el nombre del Señor. De manera que así como damos a este cuerpo su refección dos veces al día, que son comida y cena, así también es razón las demos a nuestra ánima, pues ni ella es de menor dignidad que nuestro cuerpo, para que la hayamos de echar en olvido, ni tampoco tiene menor necesidad de este mantenimiento, sino por ventura mayor. Porque así como el cuerpo tiene necesidad de su ordinario pasto y mantenimiento, porque el calor natural gasta siempre la sustancia del hombre, y por esto conviene que se repare por una parte lo que se gasta por otra, así el ánima tiene otro calor pestilencial —que es la codicia y la mala inclinación de nuestro apetito—, que siempre nos inclina a lo malo y nos gasta todo lo bueno, y por esto conviene que se repare con la devoción de cada día lo que con este dañoso calor siempre se gasta.

Asimismo sabemos ya que la naturaleza humana quedó por el pecado tan maltratada y tan inclinada a las cosas de la tierra, que siempre tira para ellas; como dijo el Sabio: *El cuerpo que se corrompe apesga el ánima* y lleva tras sí, y *esta morada terrena abate el sentido que piensa muchas cosas* (Sab 9,15). Pues, por esto, así como los que rigen un reloj suelen comúnmente dos veces al día subir las pesas a lo alto, porque ellas mismas su poco a poco van siempre caminando para abajo, así los que quieren traer sus ánimas bien regidas y concertadas han menester a lo menos estas dos veces al día subir las pesas a lo alto, pues la [320] naturaleza miserable tanto cuidado tiene de inclinarlas a lo bajo. ¡Oh, cuán claramente ven esto cada día los que se dan a la oración! Cuántas veces parece al hombre, acabada la oración de la mañana, que tiene ya las pesas del reloj subidas allá en el cielo, y que allá tiene todo su entendimiento y voluntad, y como que pierde ya de vista todas las cosas de la tierra, y, después que se mete en los negocios del día y comienza a tratar con hombres, cuando vuelve a la noche halla ya las pesas en el suelo caídas; quiero decir, halla tan caído su espíritu, y tan

⁶⁰ Carta 148, atribuida hoy por todos los autores a Pelagio o algún escritor pelagiano. Omitida en los actuales Epistolarios.

inclinado a tierra, como si nunca de allí lo hubiera levantado. Pues, por esta causa, el que quisiere traer el reloj de su vida concertado ha de tener siempre este mismo cuidado, pues tiene contra sí esta misma carga y contrapeso.

Mas esto no se ha de hacer como por tarea o como obra que se toma a destajo —que es por fuerza que se ha de acabar, como quiera que sea—, sino como quien, acosado de sus mismas heridas y miserias, se llega al médico de la vida para que le dé remedio.

Los que no tienen aparejo o tiempo para recogerse dos veces al día, a lo menos trabajen por recogerse una; y, si aun esta no pudieren, no sé yo qué consejo les pueda dar, sino remitirlos al uso de aquellas breves oraciones que arriba dijimos, las cuales se pueden entremeter en todo género de ocupaciones y negocios; porque con estas he visto yo sustentarse algunos buenos espíritus, a los cuales la condición y manera de su vida, y enfermedades, no daban lugar para más. Aunque estas tales oraciones pocas veces se pueden sustentar y continuar cuando falta el cimiento de las otras, más profundas y más largas.

X. De la décima cosa que ayuda a la devoción, que es la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios

Mas aquí es mucho de notar que, para que estos santos ejercicios sean provechosos, es menester que haya grande continuación y perseverancia en ellos; porque hay algunos que nunca llevan cosa seguida ni continuada, sino que parece que siempre tejen y destejen en la tela que dicen de Penélope. Los cuales toman a pechos este camino por tres o cuatro días, y luego aflojan y se descuidan en él; de tal manera que, cuando vuelven a lo que comenzaron, están tan fríos y tan remotos dello, como si nunca lo comenzaran ni supieran jamás qué cosa era oración. Y así vuelven a proponer de nuevo y trazar otra vez sus ejercicios; y, después que han arribado algún tanto, o por el cansancio de la subida o por parecerles que iban ya bien encaminados, tornan a asegurarse [*confiarse*] y descuidarse del trabajo, y así vuelven a comenzar como de primero; y en esto se les va la vida: edificando y destruyendo; y trastornando —como dicen— la piedra de Sísifo, que, cuando la tenía medio subida al monte, luego se le volvía a caer, y así comenzaba de nuevo a trabajar por tornarla a subir.

Estos son los que por muy pequeñas ocasiones de negocios dejan sus oraciones y ejercicios virtuosos; a los cuales muchas veces acaece, como ya lo he visto por experiencia, que, pensando dejar la oración por tres o cuatro días, la dejan por toda la vida, porque, cuando quieren tornar a ella, no aciertan con la puerta, y aun háceseles más dificultoso el camino; y así vuelven del todo a quedarse fuera y volverse a las costumbres de la vida pasada. Porque el hombre sin oración y sin ejercicios espirituales es como Sansón sin cabellos, que luego pierde las fuerzas y queda flaco y enfermo como los otros hombres, y así corre peligro de ser entregado en manos de sus enemigos (cf. Jue 16,19).

Pues por esto conviene tener grande constancia en estos ejercicios, pues nos consta que del concierto dellos depende el de toda nuestra vida. Mira la constancia que tienen aquellos cuerpos celestiales en sus cursos y movimientos, los cuales nunca jamás han variado después que fueron criados; porque, como ellos eran las causas de do pendía todo el gobierno deste mundo, convenía que en ellos hubiese grandísima constancia, porque el mundo siempre anduviese concertado. Y, pues destes ejercicios espirituales depende todo el concierto de la vida espiritual, como la experiencia nos muestra, justo es que, quien desea traer bien ordenada su vida, traiga bien ordenadas y regidas la causas de donde pende el concierto della.

Mira qué constancia tenía aquel santo profeta Daniel en aquellos tres tiempos de oración que arriba dijimos (cf. Dan 6,11), pues ni por temor de la muerte ni de la

contradicción de sus adversarios quiso faltar en aquel ordinario que tenía; de manera que más quiso ponerse a que le cortasen la cabeza, que cortar el hilo de su oración. Pues así el varón devoto debe tener por tan principal negocio el tratar y conversar con Dios en sus tiempos acostumbrados, que antes falte en todos los otros negocios que no fueren por Dios, que en este que el Señor tanto nos encomendó (cf. Lc 18,1). Imite la prudencia natural de la serpiente, que esconde la cabeza y expone el cuerpo a recibir el golpe, dejando perder y maltratar lo menos por poner cobro en lo más. Imite la prudencia de aquel santo patriarca Jacob, que a la vuelta de Mesopotamia, cuando iba a recibir a su hermano, de quien gravemente se temía, echó toda la hacienda delante, donde se recelaba el mejor [*mayor*] peligro ⁶¹, mas a Raquel y José, que eran las dos cosas más amadas, puso en el postrero y más seguro lugar, queriendo que antes peligrase todo lo demás, que aquellas dos cabezas que él tanto preciaba (cf. Gén 33,1-3). Pues, dime tú, ahora, oh siervo de Dios: ¿Qué cosa hay en el mundo que debas tanto preciar como esta Raquel y José? ¿Quién es Raquel, sino la vida contemplativa, y [321] quién José, sino el hijo espiritual que nace della, que es la inocencia y la pureza de la vida? Pues este tesoro has de estimar en tanto, que pases por cualquier falta o quiebra temporal antes que faltar en él. Así que, hermano mío, dé do diere y quiebre por do quebrare, mas tu Raquel y José siempre queden en salvo. No hagas como aquellos que tienen a la oración, y a los ejercicios y cosas espirituales, como por trompo de excusa, y así, cada vez que se ofrece algo que hacer o perder, siempre ponen a peligro lo espiritual, por guardar lo temporal.

Una virtuosa persona conozco yo que, en dando el reloj la hora en que se había de recoger, en ese mismo punto, sin acabar la letra (como dicen de aquellos Padres de Egipto), lo dejaba todo y se iba a su ejercicio; y estando una vez hablando con una persona religiosa, de cuya conversación él mucho gustaba, así como el reloj dio la hora, se levantó y le dejó con la palabra en la boca, diciendo: «Si ahora, por esta ocasión, dejo de acudir a mi ordinario, otro día lo dejaré por otro, porque cada día y cada hora trae sus impedimentos y estorbos, y así [*a*] cada paso haré mil fallas». Y lo mismo me aconteció a mí con la misma persona por otra vez; en la cual persona concurrían tales circunstancias, que hacer esto no era nota de vanidad, sino de grande edificación; de donde nació que en todo el año apenas hacía tres fallas en estos santos ejercicios. Y, con decir esto para ejemplo y aviso de los flojos, no me atreveré a decir el fruto que desta perseverancia se le había seguido, porque son tan envidiosos estos tiempos, que no nos dejarán ser tan liberales en alabar la virtud de los vivos, como en sus tiempos hallamos que lo fueron muchos de los santos.

Λ Esta continuación y perseverancia, así en los ejercicios de la oración como en el cuidado y concierto de la vida, dice san Buenaventura que es la cosa del mundo que más presto hace llegar a la cumbre de la perfección; porque, por poco camino que se ande cada día, si el caminante persevera en él, presto llega al cabo de la jornada. Mas, si todo se le va en hacer paradillas, y luego torna a comenzar de nuevo, toda la vida se le pasará en esto, sin llegar al fin de su camino.

Y, si alguna vez se ofrecieren casos en que hayas de cortar este hilo por algunas cosas que en esta vida no se pueden excusar, sea de tal manera que no pierdas de vista la guía que va delante, porque no pierdas el tino de caminar. Y si alguna vez también cayeres y desfallecieses como flaco, no por eso desmayes ni pierdas el corazón ni la esperanza; y, aunque mil veces al día caigas, mil veces procura levantarte, y torna presto a atar tu hilo donde se quebró, sin ponértele [*comenzar a ejecutarlo*] de nuevo, porque desta manera llegarás presto al cabo.

Y no sólo es menester que haya constancia en estos ejercicios, sino también en la manera de ellos. Porque hay algunos que nunca faltan en este ordinario de cada día, pero cada

⁶¹ Por el sentido de la frase, no puede ser *el "menor" peligro*, como pone alguna edición, sino *el "mejor"*, con significado de *mayor o principal peligro*.

día tienen sus acuerdos y consejos, y hoy toman un camino, y mañana otro; y siempre andan mudando hitos, sin tener constancia en ninguna cosa. Unas veces comienzan por la Pasión; otras déjanla, y toman otras meditaciones y ejercicios; otras súbense al cielo y, dejada acá abajo la sagrada humanidad, vanse a lo alto de la divinidad; otras dejan todo esto, y comienzan otra vez por la memoria de los pecados. De manera que nunca llevan cosa continuada ni seguida, y así nunca llegan al fin de la jornada; al cual sin duda llegarán muy presto, si anduvieran siempre en un camino, aunque no fuera el más derecho. Y así acaece a estos como a los perros en la caza, cuando saltan muchas liebres, que por acometer ya a una ya a otra, no siguen ninguna hasta el cabo; y así quedan sin nada. Nunca nace la planta que muchas veces es trasplantada, ni se cura bien la herida donde se mudan cada día los remedios.

Λ Pues, como haya muchos y diversos caminos por donde el hombre pueda caminar a Dios, y muchas maneras de consideraciones para levantar el espíritu a él, mire cada uno cuál es la que más arma a su propósito y la que hace más a su gusto, y esa trabaje por llevar seguida, porque esa es la mejor para él. Mas guárdese de caer en el error de muchos, los cuales, si por algún cierto camino de ejercicio hallaren a Dios, quieren que no haya otro, sino sólo aquel; como quiera que **los caminos para ir a Dios sean muchos**⁶², porque el Espíritu Santo, que es la guía, a cada uno lleva por su camino como él ve que le conviene.

XI. De la undécima cosa que ayuda a la devoción, que es el tiempo y lugar, y otras cosas convenientes para ella

Para estas horas y tiempos de oración susodichos, ayuda mucho el tiempo y lugar, y la disposición y figura corporal del que ora, y otras semejantes circunstancias; las cuales, cada una en su manera, sirven para despertar la devoción, mayormente en los principiantes, los cuales, como no son del todo espirituales, tienen más necesidad del socorro y ayuda de las cosas corporales para levantar el corazón a Dios.

Entre los tiempos de la oración, el más conveniente es el de la medianoche, como lo dice san Bernardo en un sermón, por estas palabras: «El tiempo quieto y sosegado es más aparejado para la oración, especialmente cuando el sueño de la noche pone todas las cosas en silencio, porque entonces sale la oración desembarazada y más pura que en los otros tiempos. *Levántate* —dice el Profeta— *de noche, al principio de las vigiliias, y derrama tu corazón, así como agua, delante del acatamiento de tu Dios* (Lam 2,19). ¡Cuán segura va entonces la oración, cuando no tiene otros testigos, sino los ojos de Dios y del ángel bueno, que tiene por oficio presentarla ante el altar soberano! (cf. Ap 8,3). ¡Cuán serena y sosegada, cuando no hay voces ni ruido que la estorben y desasosieguen! ¡Cuán pura y limpia, cuando no hay polvo de cuidados terrenos que la ensucien, ni ojos peligrosos que la miren, ni lisonja de alabanzas que la perturben! Por esto la esposa, no con menor vergüenza que providencia, pedía el secreto de la cama y de la noche, cuando quería orar y buscar a Dios (cf. Cant 3,1)». Hasta aquí son palabras de san Bernardo [*super Cantica* 86,3].

Los que no pueden levantarse a la medianoche trabajen por tomar un pedazo de la mañana, *pues* —como dice el Sabio— *conviene madrugar primero que el sol, para bendecir al Señor* [*Sab* 16,28]. A la mañana se levantaban los hijos de Israel a coger aquel sabroso maná (cf. Éx 16,21), que contenía en sí toda suavidad y deleite [*cf. Sab* 16,20]; a la mañana dice el Evangelista que iba el Salvador al monte a hacer oración (cf. Jn 8,1-2); a la mañana

⁶² «El Señor conduce a cada persona por los caminos que Él dispone y de la manera que Él quiere. Cada fiel, a su vez, le responde según la determinación de su corazón y las expresiones personales de su oración» (CEC 2699).

dice David en muchos salmos que se levantaba a pensar en Dios y contemplar en él [cf. *Sal 5,4*]; a la mañana se dice del varón justo que levantará su corazón a aquel que lo crió, y hará su oración delante dél (cf. *Eclo 39,6*); a la mañana, junto con el rocío del cielo, cae también la gracia del Espíritu Santo sobre los corazones de aquellos que madrugan a Dios, con la cual se defienden de los ardores del sol y del demonio del mediodía. Finalmente, es tan aparejado este tiempo para buscar a Dios, que, como enamorado de la oportunidad que hay en él, decía el Sabio: *Muy bien hace en madrugar por la mañana el que anda en busca de los verdaderos bienes* (*Prov 11,27*)⁶³; porque, sin duda, este es el más conveniente tiempo del día para tratar con Dios y entender en los negocios de nuestra salud, porque entonces están todas las fuerzas de nuestra ánima más aparejadas para esto, la vista más recogida, el estómago más descargado, la cabeza descansada, el tiempo callado, y, sobre todo, el corazón ayuno y libre de los cuidados y negocios del día.

Para madrugar desta manera, aprovecha mucho la cena templada, y la cama dura, y el acostarse algunas veces vestido; porque todo esto ayuda a que el sueño sea más corto y el plazo de la oración más largo. Y por el contrario, cuando la cena es larga y la cama blanda, como hay mucho que digerir, hay mucho que dormir, y la cama blanda es peor de dejar.

Mas, si por razón de la edad, o enfermedad, o compañía, no pudiere el hombre levantarse a aquella hora, no por esto deje de despertar en ella, para ocupar allí un rato su corazón en Dios; porque no es inconveniente —cuando esta necesidad se ofrece— hacer de la cama oratorio; como lo hacía el profeta David, cuando decía: *Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado* (*Sal 6,7*). Porque así como no es inconveniente hacer oración estando sentado, cuando la flaqueza del cuerpo no da lugar para más, así tampoco lo es estando acostado, cuando hay alguna necesidad o causa para ello. Esté el corazón arrodillado y postrado delante la cara del Señor, y el cuerpo esté de la manera que pudiere; y aquella es mejor manera de estar: que menos impide la devoción. Cuánto más que puede el hombre flaco estar medio vestido y asentado en su cama, si la mala disposición o otra alguna causa le excusa de levantar.

Y no es razón de callar que para esta oración de la mañana ayuda mucho haber tenido un poco de oración antes del acostar, porque a la mañana parece que halla el hombre en su corazón el fruto de aquella buena simiente que de antenoche sembró. Pues por esto se debe el hombre siempre acostar con este santo pensamiento, como quien tiene cuidado de envolver la lumbre de antenoche, porque pueda encender más presto fuego cuando se levanta por la mañana. Y, para conservar este mismo fuego, hace mucho al caso que, todas cuantas veces despertare de noche, luego alce el corazón a Dios, diciendo el *Gloria Patri*, o algún otro verso semejante; porque esto ayuda en gran manera, no sólo para lo que está dicho, sino también para ojear los fantasmas y pensamientos del enemigo, que allí, más que en otra parte, se suelen representar. Por lo cual dice san Jerónimo que en aquella santa cama de David, que se regaba cada noche con lágrimas (cf. *Sal 6,7*), tenía muy mala entrada el enemigo con toda la pompa de sus deleites (*super Psalm. 6*).

Y, sobre todo esto, aviso que, en despertando por la mañana, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazón la memoria del Señor, antes que otro pensamiento peregrino nos ocupe la posada. Porque, sin duda, en aquella hora está el ánima tan blanda y tan dispuesta, que el primer pensamiento que se imprime en ella la prende de tal manera, que apenas lo puede desechar después ni dar cabida a otro alguno.

Λ Y por esto conviene acudir presto con la buena simiente: porque no se ocupe la tierra de nuestro corazón con la mala. Va tanto en este aviso, que casi todo el buen gobierno de aquel día puede depender de solo este punto; porque, proveído esto, la oración de la

⁶³ «Bene consurgit diluculo, qui quaerit bona».

mañana sale más recogida y más devota. Y está claro que, cual es la oración de la mañana, tal suele ser el concierto de todo el día, según que se escribe en el libro de Job, por estas palabras: *Si por la mañana te levantares al Señor e hicieres oración al Todopoderoso, luego él madrugará a socorrerte y pacificará la morada de tu justicia* (Job 8,5-6).

[Lugar y posturas corporales]

El lugar también oscuro, y solitario, es muy conveniente para la oración⁶⁴. Por lo cual nuestro Salvador se iba de noche a los lugares desiertos a orar (cf. Jn 8,1; Lc 6,12; Mc 6,46), no porque él tuviese necesidad desta oportunidad y aparejo, sino para darnos ejemplo de lo que nos convenía hacer. Y, si la escuridad no ayudara mucho para que el corazón no se derramara por los ojos, no se quejara el bienaventurado Antonio del sol, cuando amanecía, porque le impedía con su claridad el recogimiento de su [323] contemplación. La figura también y disposición del cuerpo ayuda en su manera a levantar el espíritu y despertar la devoción. Por donde la Iglesia ordenó todas aquellas figuras y ceremonias de la Misa, porque todas ellas ayudan en su manera a despertar más la devoción; y así el sacerdote unas veces se pone en cruz, otras se hinca de rodillas, otras inclina el cuerpo hacia abajo; y todo esto sirve, como dijimos, a la devoción interior. Nuestro Salvador, sin tener de nada desta necesidad, unas veces oraba postrado en tierra, y otras levantando los ojos al cielo. Y asimismo se lee de san Martín que, estando para morir, decía: «Dejadme levantar los ojos al cielo, para que el espíritu se vaya por su camino derecho al Señor». De aquellos Padres de Egipto escribe Casiano que muchas veces, en medio de sus maitines y salmos, se postraban con toda humildad en tierra a adorar a nuestro Señor, y luego, ligeramente, se levantaban, porque no pareciese aquello más refrigerio y descanso del cuerpo, que adoración y reverencia de la divina Majestad. El arzobispo de Florencia [*san Antonino*] escribe de nuestro padre santo Domingo nueve maneras de figuras y disposiciones corporales de que el santo varón usaba muchas veces en el ejercicio de su oración; aunque, como varón perfecto, tenía desto menos necesidad.

Pues, conforme a estos ejemplos, debe el que ora usar a veces de alguna destas figuras para levantar su corazón a Dios, cuando más alcanzado [*falto*] se viere de devoción. Muy buena cosa es postrarse algunas veces en tierra con profundísima humildad de espíritu y del cuerpo, y adorar aquella soberana Majestad con todos aquellos bienaventurados espíritus del cielo, que así le adoran, derribando sus coronas ante la silla de Dios y del Cordero, declarando y protestando que todo lo que tienen es de su mano (cf. Ap 4,10). También es muy loable ceremonia adorar en cruz, como ora el sacerdote en la misa, y como oró el mismo Señor en esa cruz, cuando se ofreció en sacrificio al Padre por los pecados del mundo. También ayuda para esto levantar los ojos al cielo, especialmente cuando usamos de aquellas aspiraciones que san Buenaventura escribe en su mística teología, porque, pues el Salvador usó desta figura y disposición corporal orando, no debe nadie condenar lo que nos dejó por ejemplo el Maestro de la verdad. Porque, aunque Dios esté en todo lugar presente, pero particularmente se dice que su lugar propio es el cielo, porque allí obra más excelentes obras, que en todo otro lugar.

Mas, con todo esto, conviene avisar en este paso que no es necesario estar siempre de rodillas en la oración, cuando viéremos que por aquí se impide algo nuestra devoción con la pena y flaqueza del cuerpo. Porque, dado caso que sea bueno padecer en la oración algún

⁶⁴ «La elección de un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración: para la oración personal, el lugar favorable puede ser un “rincón de oración”, con las Sagradas Escrituras e imágenes, a fin de estar “en lo secreto” ante nuestro Padre (cf. Mt 6,6). En una familia cristiana este tipo de pequeño oratorio favorece la oración en común» (CEC 2691).

poco de trabajo, el cual se ofrezca a nuestro Señor en sacrificio por nuestros pecados, mas no es este el principal fruto della, sino el menor, porque, en comparación de la lumbre y del gusto de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña parte es la aflicción y ejercicio del cuerpo. Por tanto, de tal manera debe estar el cuerpo en el tiempo de la oración, como la salud lo sufra y como el ánimo esté descansada para vacar al Señor; mayormente, si el tiempo es largo, de dos o tres horas, como algunos lo usan; de los cuales, muy pocos son los que pueden tener el cuerpo penado sin perder la atención que pide este ejercicio.

Bien veo que son pequeñas estas cosas, pero todavía ayudan en su manera para el fin que pretendemos. Porque así como los retóricos que pretenden formar un perfecto orador no se contentan con enseñarle las cosas en que principalmente consisten los nervios y la fuerza del orar, sino otras también de muy poca sustancia, como es la composición, y el concurso de las vocales y consonantes, con otras cosas muy menudas, porque todo esto en su manera ayuda a la perfecta oración, así, pretendiendo formar aquí otro celestial orador que ore ⁶⁵ ante el acatamiento de Dios, es razón que sea enseñado en todo aquello que, poco o mucho, puede ayudar a su propósito; especialmente, que **en este linaje de negocios ninguna cosa hay que sea pequeña.**

XII. De la duodécima cosa que ayuda a la devoción, que son las asperezas corporales

Demás de esto, el trabajo y la aflicción corporal ⁶⁶, que procede de la espiritual, como son ayunos, y disciplinas, y cilicios, y vigiliias, y mala cama, y la pobre mesa, ayudan en gran manera para alcanzar la devoción. Lo uno, porque estos tales ejercicios son nutrimento de la oración y devoción, y unos como postes sobre que ella se sostiene; y lo otro, porque, como sea verdad que **nuestro Señor da a cada uno la gracia según se dispone para ella**, aquel parece que se dispone más perfectamente: que no sólo con el espíritu, sino también con el cuerpo se esfuerza y trabaja por alcanzarla.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de aparejos y disposiciones para alcanzar la gracia, una falsa y otra verdadera. La falsa es cuando sólo con palabras y deseos tibios busca el hombre a Dios, sin verdadero y entrañable gemido de corazón. Y esta es la causa porque muchos buscan a Dios y no le hallan, piden y no alcanzan; y así toda la vida se les va en deseos, porque no le buscan con todo su corazón, como es menester que le busquen los que le han de hallar, según aquellas palabras del Profeta, que dicen: *Hallarás a Dios cuando le buscares, si le buscares con todo tu corazón y con todo el quebrantamiento de tu ánimo* [Dt 4,29].

La segunda manera de disposición es esto que aquí significa el Profeta, que es cuando con verdadero y entrañable deseo y aflicción de corazón se busca a Dios. De la cual habla el mismo Dios por [324] el profeta Joel, diciendo: *Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayunos y lloros y llantos, y romped vuestros corazones, no vuestras vestiduras, y volveos a vuestro Señor Dios* (Jl 2,12-13). En lo cual es de notar que así como el mal que no se parece por defuera en el rostro, o no es verdadero mal o es pequeño mal, así la aflicción interior del espíritu, si no llega a afligir también el cuerpo, o no es verdadera aflicción o no es grande aflicción. Mas la que tanto aflige el espíritu, que llega también a afligir el cuerpo, esta se puede llamar verdadera aflicción; y tal es esta de quien habla el profeta.

⁶⁵ Juego de palabras con el doble significado de *orar*: «hablar en público» y «hacer oración a Dios».

⁶⁶ «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (CEC 2015).

Pues los que desta manera buscan a Dios tengan por cierto que no se les esconderá. Así le buscaron los ninivitas cuando ayunaron y lloraron, y se vistieron de sacos, y así le hallaron (cf. Jon 3,5). Así lo buscó el profeta Daniel, como él mismo lo escribe de sí, diciendo: *En aquellos días, yo, Daniel, lloraba a la continua, por espacio de tres semanas. Y en todo este tiempo no comí pan que bien me supiese, ni carne ni vino entraron en mi boca, ni tampoco me unguí con unguento por espacio de todos estos días.* Los cuales acabados, dice que le apareció un ángel con una figura maravillosa y espantable, según que él allí relata, y entre otras palabras que le dijo fueron estas: *No temas, Daniel, porque desde el primer día que inclinaste tu corazón a la inteligencia de los misterios divinos y te comenzaste a afligir en presencia de tu Dios, fue oída tu oración, y por ella soy venido a enseñarte lo que deseas* (Dan 10,2-3.12). Mira cuán abiertamente se nos da aquí a entender lo que puede la devota oración cuando es acompañada de corporal aflicción.

De aquella santa pecadora leemos en el Evangelio que buscaba con lágrimas al Salvador en el sepulcro; y por esto mereció, primero que todos, gozar de su presencia: porque lo buscaba con mayor angustia (cf. Jn 20,11ss). Mas ¿qué digo destas lágrimas piadosas, pues el cilicio de aquel perverso rey Acab [*Ajab*] bastó para inclinar aquellos ojos divinos y para hacer revocar o dilatar la sentencia que estaba contra él? (cf. 1 Re 21,27-29). Finalmente, todas cuantas veces la Escritura dice que los hijos de Israel se afligieron y ayunaron, y clamaron a Dios, siempre dice que fueron oídos.

Por lo cual todo, se ve claro cuán principal *medio* sea este para hallar a Dios. Para cuya confirmación no dejaré de decir lo que escribe san Buenaventura acerca desto en el libro de las meditaciones *De la vida de Cristo*. Cuenta allí que, como una vez apareciese nuestra Señora a la bienaventurada santa Isabel, la Viuda, entre otras palabras que le dijo, fue ésta una: «Ten por cierto, hija, que ninguna gracia comúnmente descende en el ánima, sino es por medio de la oración y de la aflicción y trabajo corporal».

Y, como haya muchas maneras de trabajos y aflicciones piadosas, aquellas son muy más agradables a Dios y muy convenientes para alcanzar su gracia: que proceden de la pena grande que el ánima recibe por haber ofendido aquella suma bondad, y [*d*]el deseo entrañable de su gracia. Estas tales lágrimas y aflicciones que nacen de verdadera caridad y humildad son las que a él más le agradan; como lo significó el profeta Baruc, cuando dijo: *No los muertos que están en el infierno, cuyo espíritu es recibido en las entrañas de la tierra, honran y santifican al Señor, sino el ánima que anda triste por la grandeza de sus pecados, y derribada y enferma, y con ojos enflaquecidos y llorosos; esta es la que da honra y santidad al Señor* (Bar 2,17-18). No suelen sufrir aquellas piadosas y paternales entrañas ver andar un ánima desta manera por su amor desconsolada, sin acudirle muy ahína [*pronto*] con grandes y maravillosas consolaciones. Cuando la madre ve que el niño llora por la teta, no le sufre el corazón dejarle mucho tiempo estar llorando, sino luego le da lo que pide, porque lo pide con lágrimas. Pues ¿qué hará aquel que tan claramente por Isaías se nos ofrece con entrañas más que de madre, diciendo: *Si la madre se olvidare de su hijo, yo no me olvidaré de ti?* (Is 49,15). ¿Qué hará, sino abrir los pechos de su gracia y seno de misericordia, y cumplir aquello que él mismo dijo por este profeta: *A mis pechos seréis llevados y sobre mis rodillas os halagaré?* (Is 66,12).

Λ Desta manera, pues, han de buscar la divina gracia los que la quisieren hallar; y, si así la buscaren, tengan por cierto que la hallarán, pues la buscan de verdad. Así lo promete muchas veces Salomón en sus Proverbios; como cuando dice que los que madrugaren y velaren, y perseveraren a las puertas de la sabiduría, finalmente la hallarán (cf. Prov 8,34-35); dando a entender que **el que quiere hallar de veras ha de buscar de veras**; y desta manera busca el que no solamente busca con deseos del espíritu, sino también con trabajos y aflicciones del cuerpo.

Mas todo esto ha de ir **acompañado con prudencia y discreción**; de la cual trataremos adelante, en su propio lugar.

XIII. De la decimatercia cosa que ayuda a la devoción, que son las obras de misericordia

También las obras de caridad y misericordia, demás del mérito y provecho que hay en ellas, ayudan mucho a la devoción; porque, aunque de presente parece que entibian el ánima con sus ocupaciones, pero entibianla de la manera que el rocío del hisopo a la fragua, que, aunque luego parece que la amortigua, después la hace más arder. Porque, como Dios sea tan fiel y tan amigo de los misericordiosos y de la misericordia, siempre tiene cuidado de guardar su ración al siervo fiel y piadoso que a tiempos deja su comida por ir a socorrer la necesidad ajena. Por esto dijo el ángel a Tobías: *Más vale la oración con ayuno y limosna, que atesorar grandes riquezas: porque la limosna libra de la muerte y purga los pecados y abre camino para la vida perdurable* (Tob 12,8-9) ⁶⁷. Y más abajo dice: *Quando hacías oración con lágrimas, y enterrabas los muertos, y te levantabas a medio comer de la mesa por acudir a los prójimos, yo ofrecí tu oración a Dios* (Tob 12,12) ⁶⁸.

Y no sólo la comida corporal, pero también la espiritual se ha de dejar a veces por acudir a las necesidades de la caridad. Porque, como dice san Bernardo, «el que deja la consolación espiritual por socorrer a su prójimo, cuantas veces esto hace, tantas espiritualmente pone su vida por él». Esto es, en su manera, hacerse anatema de Cristo por los hermanos, conviene saber: apartarse por algún rato de la conversación y compañía suavísima de Cristo, por entender en el provecho del prójimo. Mas los que de esta manera se apartan alguna hora de Cristo, después lo vienen a hallar todo junto, porque finalmente Dios los viene a medir por su misma medida, usando de misericordia y recreando los espíritus de aquellos que por su amor recrearon los cuerpos de sus prójimos, según que claramente lo afirma el Espíritu Santo, diciendo: *El ánima que hace bien al prójimo será enriquecida, y la que embriaga a los otros, ella también será de Dios embriagada* (Prov 11,25) ⁶⁹.

⁶⁷ «Bona est oratio cum ieiunio, et elemosyna magis quam thesaurus auri condere: quoniam elemosyna a morte liberat, et ipsa est, quæ purgat peccata, et faciet invenire vitam æternam».

⁶⁸ «Quando orabas cum lacrimis, et sepeliebas mortuos, et derelinquebas prandium, et mortuos abscondebas per diem in domo tua, et nocte sepeliebas, ego obtuli orationem tuam Domino».

⁶⁹ «Anima, quæ benedicit, impinguabitur, et qui inebriat, ipse quoque inebriabitur».

Capítulo III. De las cosas que impiden a la devoción

Dicho ya de las cosas que ayudan a la devoción, digamos ahora de las que la suelen impedir, para que por todas partes sea ayudado el estudio y ejercicio de las personas devotas.

I. Del primer impedimento de la devoción, que son los pecados veniales

El primero y el más principal de todos los impedimentos de que tratamos es el de los pecados, no sólo el de los mortales, porque estos claro está que impiden todos los bienes del ánimo, sino también de los veniales⁷⁰, porque a estos pertenece propiamente resfriar el fervor de la caridad, y así también la devoción. De manera que, aunque no quitan del todo la caridad, quítanle las alas con que vuela, y aunque no matan el ánimo, debilitan la salud y buena disposición con que ella obra, y déjanla flaca y pesada para todo bien.

Y por esto el varón devoto ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas; las cuales, aunque parecen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las defiende [*prohíbe*]. Porque, como dice muy bien san Jerónimo, «el siervo de Dios no ha de mirar lo que le mandan, sino quién se lo manda, que es Dios». Y pues es cierto que **no hay Dios pequeño**, no ha de tener mandamiento ninguno por pequeño [*cf. Mt 5,19*] (aunque entre ellos haya su diferencia); especialmente, sabiendo que de una palabra ociosa habemos de dar cuenta en el juicio advenidero (cf. Mt 12,36). Por lo cual, como dice el Sabio, *el que teme a Dios, en ninguna cosa se descuide* (Ecl 7,18)⁷¹, por pequeña que sea.

Y, demás desto, debe mirar que ha de ser grande la pureza del ánimo donde Dios ha de infundir este unguento preciosísimo de la devoción; porque así como el fino rosicler no se asienta sobre barro, sino sobre oro, así nunca Dios asienta este esmalte tan precioso, sino sobre el ánimo que estuviere limpia de pecado. Y por esto conviene que tengamos siempre en las manos un cedazo muy delgado para cerner todas las obras que hacemos, y la intención con que las hacemos, y el modo con que las hacemos, para que en todo y por todo vayan limpias de toda vanidad y pecado.

Y guárdese del parecer de aquellos que suelen decir: «Esto no es pecado mortal; no va mucho en ello, pues no es cosa de precepto». Dime: ¿Qué tal sería el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su señor le mandase, si no se la mandase desenvainada la espada y so pena de muerte? Ítem: ¿Qué tal sería la mujer que dijese a su marido: «Yo no tengo de ser mala mujer ni haceros traición; mas, fuera desto, sabed que tengo de hacer cuanto se me antojare, aunque sepa que os pese dello»? ¿Quién haría vida con tal mujer como esta? Pues tales son, sin duda, los que no hacen caso de todo lo que Dios manda en la Escritura Sagrada, sino de solo aquello que manda so pena de muerte, que es debajo de precepto, y contentos con solo esto pasan ligeramente por lo demás. Estos tienen muy cerca la caída, porque está claro que el pecado venial es disposición para el mortal; y, por esto, como dice el

⁷⁰ «El *pecado venial* deja subsistir la caridad, aunque la ofende y la hiere» (CEC 1855). «El pecado venial debilita la caridad; entrafña un afecto desordenado a bienes creados; impide el progreso del alma en el ejercicio de las virtudes y la práctica del bien moral; merece penas temporales. El pecado venial deliberado y que permanece sin arrepentimiento, nos dispone poco a poco a cometer el pecado mortal. No obstante, el pecado venial no nos hace contrarios a la voluntad y amistad divinas; no rompe la Alianza con Dios» (CEC 1862).

⁷¹ «Quia qui Deum timet, nihil negligit» (7,19).

Sabio, *el que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco irá a dar consigo en las mayores* (Eclo 19,1) ⁷². A lo menos esta puedes tener por una muy gran señal para conjeturar si estás en gracia, conviene saber: si temes al pecado mortal, que la quita, y al venial, que dispone para quitarla. Porque así como el cuerpo que está vivo, no sólo teme la muerte, sino también la calentura, y la herida, y un solo rasguño, por pequeño que sea, así el ánima que vive en gracia, no sólo teme el pecado mortal que le quita la vida, sino también cualquier dolencia de pecado venial que dispone para quitarla. Pues, así por esto, como por lo que toca a la devoción, debe trabajar el siervo de Dios por evitar todo pecado venial; y entonces podrá alzar las manos puras a Dios en la oración (cf. 1 Tim 2,8), y tener siempre conservado y vivo el fervor de la caridad.

II. Segundo impedimento: Del remordimiento de la conciencia

Contrario impedimento a este, y poco menos perjudicial, es la demasiada pena y el desabrimiento que algunos toman por los pecados veniales en que caen; con la cual muchas veces se hacen más daño que con los mismos pecados. Porque, como la culpa traiga consigo remordimiento de corazón, hay algunos que toman esto tan por el cabo, que hinchen sus corazones de amarguras y congojas y desabrimientos demasiados; lo cual todo [326] es grande impedimento para la divina suavidad y para el sosiego de la oración.

Y, demás desto, como el pecado sea una ponzoña mortal que luego tira al corazón y lo hace desmayar, hay muchos que, así como caen en este género de pecados, luego se les cae el corazón y pierden todo el esfuerzo y aliento que tenían para bien obrar. Porque así como no hay cosa que más ayude a todo lo bueno que el vigor y aliento del corazón, así no hay cosa que más corte los brazos que el desmayo y el caimiento dél. Por lo cual aquellos santos Padres del yermo solían encomendar mucho a sus discípulos que anduviesen siempre con este vigor y esfuerzo de ánimo, porque mediante él estaba el hombre siempre como sobre los estribos, aparejado para todo lo que debe hacer; lo cual todo pierden los que desta manera se dejan caer. Por donde, no sin causa, dijimos que muchos se hacían más daño con el indiscreto arrepentimiento de los pecados, que con los pecados mismos.

Esta indiscreción nace unas veces de pusilanimidad, otras de una secreta soberbia, la cual tácitamente hace creer al hombre que es algo, y que no había de caer él ya en tales y tales defectos; lo contrario de lo cual presupone el humilde, y por esto no se le hace nuevo caer en defectos, porque eso, y más que eso tiene él ya entendido y presupuesto de su gran flaqueza. Nace también esta pusilanimidad de no conocer los hombres la gracia de la redención de Cristo, ni saber aprovecharse de la medicina que él nos dejó de su pasión y muerte para remedio destes desmayos y temores.

Sea, pues, el primer remedio conocer a este Señor y el valor de sus merecimientos, para que no perdamos la esperanza de su misericordia aun en los grandes pecados; cuánto más, en los pequeños. Esta esperanza nos da el evangelista san Juan por estas palabras: *Hijuelos, esto os escribo porque no pequéis; mas, si por ventura pecáredes, no por eso desmayéis, porque abogado tenemos de nuestra parte ante los ojos del Padre, que es Jesucristo, [el] Justo, el cual es aplacador de su ira y el que satisface por todos nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por todos los del universo mundo* (1 Jn 2,1-2). Pues ¿qué desconfianza puedes tú tener debajo de las alas y merecimientos del tal intercesor? Todos cuantos pecados hay en el mundo, delante de sus merecimientos no son

⁷² Traducción ampliada. «Qui spernit modica, paulatim decidet».

más que una pajica liviana delante de un fuego infinito. Pues ¿por qué desmayarás, teniendo de tu parte tal satisfacción y tales merecimientos?

Dirás que pecas cada día y cada hora, sin acabar jamás de enmendarte. Dime: Si cada día Cristo padeciese de nuevo por los pecados que haces cada día, ¿tendrías razón para desmayar? Dirás que no. Pues ten por cierto que no es menos fructuosa aquella muerte ya pasada, que si cada día de nuevo se padeciera; porque, como dice el Apóstol, *con una ofrenda* que ofreció este sumo sacerdote en la cruz *perfeccionó sus santificados para siempre* (Heb 10,14), por razón del tesoro y remedio eterno que en el sacrificio de su muerte les dejó.

Dices que pecas cada día, recibiendo cada día tantas mercedes de Dios, y que esto no lo puedes sufrir sin desmayar. Dígote de verdad que así como no hay cosa que más declare la maldad del hombre que esta manera de multiplicar pecados, estando siempre recibiendo beneficios, así no hay cosa que más declare la grandeza de la bondad de Dios que estar él siempre lloviendo beneficios sobre quien está siempre haciendo pecados. Nuestra maldad, dice san Pablo, hace más resplandecer la bondad de Dios (cf. Rom 5,15.20). Porque, en hecho de verdad, ni en cielo ni en tierra, ni en aves ni en peces ni en flores resplandece tanto la hermosura y la nobleza de las entrañas y corazón de Dios, como en el sufrir y perdonar pecadores. Por donde, si usares de un poco de prudencia y destreza, del mismo desabrimiento de la culpa podrás, como de un veneno, hacer medicina contra ella, subiendo por ahí al conocimiento de aquella soberana bondad, la cual sufre con tanta benignidad sus ofensas, siendo tantas y tales, que el mismo que las hace no las puede ya sufrir, y, **cansado ya él mismo de sufrirse, no lo está Dios de perdonarle**. Pues con la miel desta consideración podrás envolver esta amarga píldora, para no sentir demasadamente el acíbar que hay en ella. Y, si desta manera lo hicieres, algunas veces te acaecerá recibir mayor suavidad con la consideración desta bondad, que desabrimiento con la consideración de tu maldad.

Λ Por tanto, debes hacer en este caso lo que hace un criado fiel, aunque flojo, cuando acierta a tener un muy bueno y piadoso señor; el cual, si cae en algún defecto, cuando por una parte comienza a entristecerse por el mal que hizo, por otra, cuando se le acuerda que tiene un tan buen señor, que tantas veces le ha perdonado, y de quien sabe cierto que con la facilidad que disimuló los defectos pasados disimulará también el presente [cf. Sab 11,23]⁷³, cuando esto considera, vuelve la hoja del sentimiento que comenzaba a tener, y trueca el dolor, que causa la memoria de la culpa, con la alegría que siente considerando la bondad ajena. Pues esta misma consideración debes tú hacer cuando te afligiere demasadamente el desabrimiento de las culpas; y desta manera harás una como triaca de la ponzoña, y quebrarás el ojo al enemigo con sus mismas armas, y tomarás ocasión, para más amar, de lo que suele ser causa para más temer y desmayar. Y, llevando el agua por este camino, regarás con ella dos virtudes, conviene saber: la caridad y humildad; tomando ocasión de la culpa en que caíste, para humillarte y conocer más claro tu miseria, y para amar con mayor amor al que tan confiadamente esperas que ha de perdonarla.

Demás desto, es bien saber que hay dos diferencias de pecados veniales, y que va mucho de los [327] unos a los otros. Porque personas hay que pecan contra todo su propósito y determinación, por pura flaqueza o negligencia, o por las reliquias de los malos hábitos que se han quedado en el ánimo, los cuales muchas veces llevan al hombre tras de sí casi sin sentirlo. Otros hay más sueltos en la conciencia, los cuales no tienen esta determinación ni propósito, sino que, contentos con no hacer cosa que sea mortal, en lo demás quieren comer y beber, y holgar y hablar, y perder en estas cosas mucho tiempo; a las cuales ordinariamente están anexos muchos pecados veniales que, entre tanta ociosidad y soltura, no se pueden excusar.

⁷³ «Sed misereris omnium, quoniam omnia potes, et **dissimulas peccata hominum** propter pœnitentiam» (11,24).

Estos, dice Henrico Herp que, mientras tuvieren esta determinación, nunca serán perdonados destos pecados, por mucho que los confiesen, porque no tienen propósito verdadero de enmendarlos, sino antes propósito contrario de hacerlos. Y los tales no se puede negar, sino que viven en mucho peligro; porque, como dice muy bien santo Tomás, «el que no tiene propósito verdadero de aprovechar vive en gran peligro de desaprovechar»⁷⁴. Porque así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso río, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaba en gran peligro de irse tras de la corriente, agua abajo, así en este camino de la vida espiritual, que es tan agua arriba y tan dificultoso, vive en mucho peligro de volver atrás quien no trabaja cuanto puede por ir adelante.

Mas los que pecan de la otra manera que decíamos, por algún descuido o negligencia, estos más fácilmente vuelven en sí y alcanzan perdón; porque no es en manos del hombre, por muy perfecto que sea, excusar todo linaje de pecados; pues, como dice el Sabio, *siete veces en el día cae el justo, y otras tantas se levanta* (Prov 24,16). Conforme a lo cual dice san Agustín: «Los santos varones tienen cosas que de verdad pueden llorar; y, con todo esto, son santos, porque tienen afecto y deseo verdadero de hacer todo aquello que conviene para la perfecta santidad» (*De natura et gratia*, c.35-37).

Para significar estas y otras diferencias de pecados, dijo el Apóstol que sobre el fundamento de la Iglesia, que es Cristo, unos edifican oro y piedras preciosas, y otros madera, heno y paja; y que cada una destas cosas había de pasar por fuego, y permanecer o quemarse en él según la materia que tuviese (cf. 1 Cor 3,10ss). Los que edifican oro y piedras preciosas no tienen por qué temer el fuego, mas los que edifican madera, heno o paja no pueden dejar de quemarse en él; sino que más tiempo arderá la leña, y menos el heno, y mucho menos aún la paja, que en un punto se acaba. Por las cuales cosas podemos entender las diferencias que hay en los mismos pecados veniales y en los castigos y purgatorios dellos; porque algunos pecados hay que son como madera, cuales son los de los imperfectos y principiantes, lo cuales duran más en el fuego; otros como heno, más livianos, cuales son los de los que están ya más aprovechados, que durarán menos aún que estos; otros hay como una paja más liviana, cuales son los de los perfectos, los cuales durarán aún mucho menos, porque muy presto serán purgados. Estos son una palabra ociosa, una indiscreción, un descuido o negligencia en cosas pequeñas; en las cuales cosas caen muchas veces aun los perfectos y santos; por lo cual no es razón que desmayen los imperfectos, cuando desta manera desfallecieren.

Esto se ha dicho tan por extenso por proveer de remedio eficaz a los pusilánimes y desconfiados. Mas, porque el hombre es una criatura tan ciega, que muchas veces hace de la medicina ponzoña, y no sabe huir de un extremo sin caer en otro, por tanto me parece avisar al cabo que este emplasto no se ordenó aquí para los atrevidos y flojos, sino para los pusilánimes y cobardes; y, por esto, si el atrevido y el flojo quieren aprovecharse dél, no harán más que tomar una medicina hecha para la cura de un humor frío y aplicarla para la de un humor caliente.

Ni tampoco a los pusilánimes se les pone aquí perpetuo entredicho en el dolor y remordimiento de los pecados, el cual es como un escarmiento y castigo saludable para no volver a ellos, sino para que de tal manera tomen este desabrimiento, que no turben la paz del corazón, que es el centro y lugar donde reposa Dios. Bueno es el dolor de los pecados, mas ha de tener su medio este dolor, con que se desvíe de los extremos. Y, por esto, el Apóstol aconseja en la segunda epístola a los de Corinto que consuelen y esfuercen a un cierto penitente (cf. 2 Cor 2,7); no porque tuviese él por mala la tristeza y dolor de los pecados, la

⁷⁴ «Debet tamen habere propositum se præparandi ad peccata venialia minuenda, alioquin esset ei periculum deficiendi, cum desereret appetitum proficiendi, seu tollendi impedimenta spiritualis profectus, quæ sunt peccata venialia» (*Sth.* III q.87 a.1 ad 1).

cual allí alaba con tanta razón, sino porque con la demasiada tristeza no se ahogase y desmayase el que así se afligía; y esta es de la que aquí hablamos.

III. Tercero impedimento: De los escrúpulos

Los escrúpulos también, que nacen de los mismos pecados, suelen impedir mucho la devoción, por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mismo: si consentí, si no consentí; si recé, si no recé; si confesé, si no confesé; y así, en otras cosas semejantes. Lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazón, en el cual mora Dios. Porque, si la cama de aquel Esposo celestial es florida, según se escribe en los Cantares (cf. Cant 1,16), ¿cómo podrá él reposar en el corazón que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas? Mas, porque no basta decir que se quiten los escrúpulos, si no se da remedio contra ellos, por esto será necesario tratar de lo uno y de lo otro, porque no sea del todo manca y defectuosa esta doctrina.

[328] Las causas de los escrúpulos son diversas, y así también lo son los remedios. Porque algunas veces permite Dios estas pasiones en los suyos, como permite otras dolencias y trabajos, para que sean como una lima y purgatorio de sus pecados, o para mayor mérito y corona dellos. Y para estos no hay otros mayores consuelos ni remedios, que los que generalmente se dan por todo género de trabajos; de los cuales está llena toda la Escritura divina.

Otras veces nacen de melancolía, que es un humor aparejado para mover la imaginación con diversas pasiones de tristezas y temores demasiados, de donde nacen diversos escrúpulos y desasosiegos de la conciencia. Y, cuando los escrúpulos nacen deste humor, más necesidad tienen, como dice san Jerónimo, de los remedios de Hipócrates, que de los que aquí se pueden dar (*Epist. a Rústico*).

En otros, nacen del amor propio, y del no saber hacer los hombres diferencia entre el pensamiento y el consentimiento de la voluntad; por donde muchas veces vienen a tomar lo uno por lo otro, y creer que pecaron donde no pecaron. Porque el demasiado amor que el hombre se tiene le hace temer, más de lo que conviene, su peligro; y este temor demasiado, junto con la ignorancia susodicha, hace muchas veces temer donde no hay que temer.

También esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual, si no puede quitar del ánimo el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien dél, empleándolo no en temer, como era razón, los verdaderos peligros, sino los falsos y aparentes. De manera que, si no puede secar la vena del agua viva que envía Dios a nuestra ánima, procura divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no se rieguen con ella las plantas saludables de las virtudes. Esta fue la astucia de aquel cruel capitán Holofernes, el cual, teniendo cercada la ciudad de Betulia, ya que no pudo secar la fuente de donde le manaba el agua, mandó quebrar los caños por do iba (cf. Jdt 7,7) ⁷⁵, para que así se divirtiese y derramase por donde no aprovechase a los moradores della.

También esto nace de no tener los escrupulosos bien entendida la bondad de nuestro Señor, y del deseo grande que tiene de la salvación de los hombres, y de lo que principalmente les pide para esto. Porque, en hecho de verdad, los escrupulosos, cuanto es de parte de sus escrúpulos, son muy injuriosos a la divina bondad, y no sienten desta como era

⁷⁵ La *Vulgata* (cuyo texto difiere bastante del griego) dice: «Porro Holofernus, dum circuit per gyrum, reperit quod fons, qui influebat, aquæductum illorum a parte australi, extra civitatem dirigeret, incidi præcepit aquæductum eorum» (7,6).

razón; antes tratan con Dios como tratarían con un juez muy achacoso que anduviese buscando puntillos de derecho y maneras de calumnias para negar al reo su justicia. De manera que no entienden cuán grande sea el deseo que Dios tiene de la salvación de los hombres, aunque saben el tormento que le daba esta sed en la cruz (cf. Jn 19,28); la cual sentía más que la misma cruz, pues, no quejándose de la cruz, se quejaba de ella. Tampoco entienden lo que principalmente pide al hombre para agradarse dél, que es un corazón determinado en lo bueno y aparejado para cualquier trabajo, antes que hacer una ofensa contra él. Porque, a lo menos, el hombre que esto conociese, y se hallase con tal propósito y determinación (como por la piedad de Dios se hallan muchos, que por todo el mundo no harían un pecado mortal), los que esto viesan en sí, muy poca razón tenían para tener escrúpulos, teniendo en sus ánimas una tan rica prenda de la amistad y bienquerencia de Dios.

Entre los remedios que se suelen dar contra los escrúpulos, el primero y más principal es sujetarse humildemente al parecer ajeno y dejarse regir por otro. Porque nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias, y que a ninguna criatura dejó sin su remedio, este fue el que principalmente proveyó para esta dolencia, conviene saber: que, cuando el hombre no pudiese curarse por su propia razón y prudencia, se curase por la ajena. Porque, en tal estado como este, ni debe el hombre creerse a sí mismo, porque es parte en esta causa, ni hacerse médico de sí mismo, aunque sea letrado, pues está enfermo. Y por esto quiere el Señor que se deje curar de otro, y que le obedezca en todo, cuando es persona para eso. Y, si por caso errase el aconsejador en lo que decía, no por eso erraba el aconsejado, pues le mandan que en este caso siga su consejo.

Aprovecha también para curar esta dolencia no dar lugar a los escrupulosos, en cuanto sea posible, ni condescender con ellos en lo que piden. Porque así como el medio que se suele tener para quitar un siniestro a una bestia es no dejarla salir con él, así también conviene hacer esto mismo para curar los siniestros del corazón escrupuloso. Especialmente, sabiendo que los escrúpulos son de tal calidad, que, por la misma razón que abrimos puerta a uno, la abrimos para otros muchos; y así nunca el hombre acabará toda la vida con escrúpulos.

Y, para ayudar a salir con esto, es mucho de notar una doctrina que Cayetano da en la *Summa* a los que son escrupulosos, acerca de la confesión, que es una de las principales cosas en que ellos suelen tropezar; la cual es que no se ha de tener el escrupuloso por tan obligado a confesar todo aquello de que le vienen dudas —si lo confesó o no confesó—, como el que no lo es. Pongamos ejemplo. Si yo, que no soy escrupuloso, tengo duda si me confesé de un pecado o no, o si recé una Hora canónica o no, estando así formalmente dudoso, obligado seré a hacer por donde salga desta duda, por no ponerme a peligro de pecado mortal; mas, si soy escrupuloso, no basta cualquier duda para ponerme en esta misma obligación, porque probablemente puedo creer de mí que la pasión de escrúpulos, así como me hace muchas veces temer donde no hay que temer, así también me hará dudar donde no hay [329] que dudar. Y, por esto, con mucha razón se aconseja al escrupuloso que, después que una vez se hubiere confesado con mediano aparejo y examen de su conciencia, que no abra la puerta a cualquier duda que después se le ofrezca sobre la confesión pasada, sino que se satisfaga con decir: «Ya yo hice un mediano examen para haberme de confesar, y de creer es que, como dije otras cosas, también diría esta de que ahora tengo dudas con ella, o distintamente o a lo menos debajo de algún cierto número que comprendiese esta culpa con otras semejantes, aunque no se dijese una por una; y esto me debe por ahora bastar. Porque, si comienzo a hurgar este cieno, nunca jamás acabare con escrúpulos, con los cuales haré gran daño a mi ánima, y vendré a inhabilitarme y mancarme para todos los ejercicios de oración y de virtud; que es un grande inconveniente. Y, por esta causa tan razonable, quiero darme por contento con lo hecho, y no dar ocasión a nuevas marañas».

Con esto, pues, se debe quietar cualquier escrupuloso; especialmente el que siente en su ánima aquel santo propósito y determinación que arriba dijimos. Porque el que se halla con

un corazón tan aparejado para todo lo que manda Dios, que, si fuese menester decir todos sus pecados a voces en la plaza, los diría, habiendo hecho su diligencia, ¿qué tiene este por qué temer? Y, si caso fuese que, en hecho de verdad, se quedase algún pecado por confesar, quedándose por esta vía, no por eso tiene el hombre por qué temer, porque este dictamen susodicho le salva.

Λ No hizo Dios la confesión para lazo de las conciencias, sino para alivio y descargo dellas. Y, sin duda, no fuera alivio, sino lazo, si le echara tan grandes cargas y obligaciones como los escrupulosos imaginan.

Y, porque el no saber la diferencia que hay entre el pensamiento y el consentimiento dijimos también que era causa del escrúpulo, será bien que demos alguna luz a los ignorantes en esta parte. Pues para esto es de saber que, con un pensamiento malo, se puede haber el hombre en una de cuatro maneras. Porque, si cuando el pensamiento se levanta, acude luego con el temor de Dios, o con la memoria y representación de Cristo crucificado, y lo lanza de sí, aquí no hay pecado, sino merecimiento, pues va vencido el enemigo. Mas, si algún tanto se detiene en él, ya este detenimiento es culpable, y es pecado venial, más grave o más liviano según fuere mayor o menor el detenimiento. Y, para acusarse deste exceso, no es menester que diga el penitente todas las particularidades que pensó, como algunos hacen, sino basta que señale la especie del pecado, diciendo: «Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, o de ira, o de vanagloria, y no lo deseché tan presto de mí como debiera, antes me detuve algún tanto en él». Pero, si el negocio pasa tan adelante que llega el hombre a consentir en aquel mal pensamiento, determinado de ponerlo por obra, si se le ofreciere aparejo para ello, ya esto conocidamente es pecado mortal, y por tal se ha de confesar. Y esto no es malo [*difícil*] de conocer, porque el tal consentimiento es una cosa tan fea y tan consentida por todo el hombre, que muy claramente podrá cualquiera conocer la diferencia que hay entre un simple pensamiento y un consentimiento deliberado destes. Porque esta es ya una manifiesta desvergüenza contra Dios, y un dar el hombre sellado y firmado de su nombre que quiere alzarse y rebelar contra él y quebrantar sus mandamientos.

Otro grado hay más delicado que estos, que es el que llaman los teólogos *delectación morosa*, que es consentimiento deliberado, no en la obra exterior, sino en el deleite del pensamiento interior; que es cuando el hombre determinadamente quiere estarse deleitando en un pensamiento malo, aunque no lo quiere poner por obra; que es, como suelen decir, «si no bebo en la taberna, huélgome en ella». Pues aquí es donde suelen tropezar los escrupulosos y tomar ocasión para sus escrúpulos. Para consuelo de los cuales, es de saber que, para que esta manera de delectación sea pecado mortal, se requiere que haya en ella consentimiento deliberado de querer el hombre deleitarse y ocuparse en pensar una cosa que de suyo es pecado mortal; y, entiendo por deliberado, cuando el hombre, de propósito, quiere estar deleitándose con el pensamiento en una cosa torpe; o viendo que está en esto, no lo desecha. Por do parece que, si esto viene como a traición, cuando el hombre, sin mirar lo que piensa, se embebece en un pensamiento destes, y cuando abre los ojos y echa de ver lo que piensa, luego lo lanza de sí, ya aquí no hay pecado mortal, porque no fue éste consentimiento deliberado. Ítem, si después que advierte lo que pensaba y, procurando de apartarse dello, apenas lo puede hacer, por estar ya el corazón tan cebado y encarnizado en lo que pensaba, que no lo puede bien sacar de allí, tampoco hay aquí pecado mortal, porque esto procede del ímpetu de la pasión precedente; la cual, así como no fue pecado, porque no fue voluntaria, así tampoco lo será todo lo que después se sigue della, porque, si la causa no fue pecado, tampoco lo será el efecto que necesariamente della se siguió.

Y, porque en esta materia hay muchas delicadezas que decir, de que tratan copiosamente los teólogos, solamente diré para este propósito lo que escribe uno dellos, conviene saber: que este pecado, regularmente, no cae sino en personas desalmadas, que

viven sin temor de Dios, y que, si dejan de pecar, no es por respeto de la conciencia, sino de la honra, o del mundo, o por falta de aparejo; las cuales, ya que no pueden salir con lo que pretenden, hacen eso que pueden, que es estarse deleitando en cosas torpes y deshonestas, y gozar de aquel deleite fantástico e ima- [330] ginado, porque no pueden gozar de otro.

Con estas cosas, y con otras semejantes, se podrá curar esta dolencia de los escrúpulos; porque, aunque en alguno parece incurable, pero en hecho de verdad no lo es; mayormente en los humildes y sujetos al parecer ajeno, de los cuales muchos hemos visto ya curados y restituidos a la salud.

IV. Cuarto impedimento: De cualquier otra amargura y desabrimiento de corazón

No sólo el desabrimiento que nace de los escrúpulos, pero generalmente cualquier otro desabrimiento y amargura de corazón, ahora nazca de ira ahora de acidia o de rancor, o de cualquier otra mala raíz, es impedimento grande para la devoción. Porque, como la dulzura y amargura sean cosas contrarias, claro está que mal podrán caber en un mismo corazón la amargura del vicio y la suavidad de la devoción, que es el más suave de todos los letuarios del ánima. Por lo cual dice san Agustín: «Mira que tu corazón es un vaso que está lleno de hiel, y por eso, si quieres llenarlo de miel, es menester que primero vacíes la hiel» (*Ex serm. Domini in mont.,2*). Por esto, con mucha razón nos manda el Apóstol que desechemos de nuestras ánimas todos estos desabrimientos y amarguras de corazón (cf. Ef 4,31), las cuales, así como son perjudiciales a la caridad, así también lo son al fervor de la caridad y alegría de la devoción. El lugar donde mora Dios es el ánima pacífica y mansa; y por esto conviene desechar della todo lo que impide esta paz y tranquilidad, porque no la desampare este huésped celestial. Para lo cual debemos andar siempre con un santo cuidado de nunca abrir la puerta a ningún género de pensamientos desabridos y congojosos; y, cuando alguna vez se nos entraren en casa, echarlos muy presto [*por*] la puerta fuera, arrojando —como el Profeta decía— muy confiadamente todos nuestros cuidados en el Señor (cf. Sal 54,23), y haciendo el corazón largo y ancho para todo trabajo, con esta fe y esperanza.

V. Quinto impedimento: De las consolaciones sensuales

Estos cuatro impedimentos susodichos son algo semejantes entre sí, porque o son pecados o de cosa que nace de pecados. Ahora añadiremos otros algunos, los cuales, aunque sean algo diferentes de los pasados, no lo son en el daño que hacen para el fin que pretendemos. Entre los cuales es uno, y muy principal, el amor y gusto de las consolaciones sensuales, el cual de todo cierra la puerta al amor y gusto de las espirituales. Porque así como nadie envía el cirujano a la casa del sano, sino a la del herido, así comúnmente no enviará Dios aquel Espíritu divino, que tiene por nombre Paráclito, que quiere decir Consolador ⁷⁶, a la casa de los consolados y alegres vanamente, sino a la de los afligidos y tristes por su amor. *Dad sidra* —dice Salomón— *a los tristes, y vino a los que viven en amargura de corazón; beban y olvídense de su pobreza, y no se acuerden más de sus trabajos* (Prov 31,6-7). Pues, para curar esta dolencia, provee Dios desta medicina, y por esto no la envía a la casa de los sanos, sino de los enfermos. «Delicada es —dice san Bernardo— la divina consolación, y no

⁷⁶ Παράκλητος significa propiamente *llamado en auxilio*, de donde proceden los significados más concretos de *auxiliador, intercesor, defensor, abogado*. Este título, aunque propio del Espíritu Santo, también se aplica a Cristo (cf. 1 Jn 2,1).

se da a los que buscan la ajena». Es como la mujer casta y legítima, que así como merece ser amada sola, así se agravia si la aman en compañía de otras. En figura desto leemos que nunca se dio aquel maná —que contenía en sí toda suavidad [cf. *Sab 16,20*]— a los hijos de Israel, en el desierto, hasta que del todo se les acabó la harina que habían sacado de la tierra de Egipto (cf. *Éx 16*). Y así nunca se dará al hombre el Pan de los ángeles, en este destierro, hasta que haya renunciado por Dios todos los deleites y pasatiempos del mundo. Muy mala madrastra es la consolación humana para la divina, y por esto es menester que la una vaya fuera de casa, porque no dé mala vida a la otra (cf. *Gén 21,10*).

Contra esto hacen algunos, que, por una parte, querrían tener gusto y sabor en la oración, y, después de este ejercicio, quieren tener sus pasatiempos y recreaciones, sus pláticas y conversaciones, quieren comer, beber, vestir y tratarse con todo regalo; y, finalmente, de tal manera querrían gozar de Dios, que no querrían perder estos buenos bocados del mundo. Estos no piensen que podrán jamás aprovechar en este camino mientras anduvieren a este paso. El ave que juntamente nada y vuela es reprobada en la ley y tenida por sucia (cf. *Lev 11,13ss*)⁷⁷. Pues ¿quién es figurado por esta ave, sino el ánima del hombre regalado y santo, que por una parte quiere zambullirse y bañarse en las aguas de sus deleites y refrigerios, y por otra quiere levantar su espíritu a la contemplación de las cosas altas y divinas? No puede ser esto, no se engañe nadie; porque así como la luz y las tinieblas no se compadecen [*compaginan*] en uno, así tampoco las consolaciones espirituales y sensuales, pues también se contradicen entre sí espíritu y carne, como tinieblas y luz; y, por esto, el que quisiere gozar de las unas, es por fuerza que ha de desechar las otras. De manera que así como los que quieren entrar en un Colegio [*corporación*] renuncian primero todas las prebendas y beneficios que tienen, porque de otra manera no podrían ser admitidos en él, así tenga por cierto que ha de renunciar las consolaciones terrenas el que quisiere ser admitido a las divinas. Bien entendía esto el profeta David, cuando decía: *No quiso mi ánima consolarse con las cosas de la tierra; acordeme de Dios y deleiteme con su memoria*, y el deleite fue tan grande, que *mi espíritu ya desfallecía* (*Sal 76,3-4*)⁷⁸. Mira si fue buen trueque este, y si se podía llamar a engaño, pues, por consolaciones tan pequeñas, le dieron consolaciones tan grandes. Y tantas, que, ya de lleno y colmado, el corazón no las podía sufrir.

Λ [331] Esta es, pues, la causa por qué tantos se ponen a pensar en aquella fuente de deleites sin ningún deleite: porque tienen los senos de su ánima llenos de otros peregrinos deleites. Amador celoso es Dios de nuestras ánimas, como él mismo lo dice (cf. *Éx 20, 5*), y por esto no quiere admitir otros deleites ni otros amores extranjeros con los suyos. Por tanto, si quieres gozar cumplidamente deste bien, toma aquel consejo de san Agustín, que en una palabra lo comprendió todo, diciendo: **«Déjalo todo, y hallarlo has todo, porque todas las cosas hallará en Dios quien todas las dejare por su amor».**

VI. Sexto impedimento: De los cuidados demasiados

Contrario impedimento al de los deleites es el de los cuidados; mas no menos dañoso que él. Cuidados y deleites dice el Salvador que son las espinas que ahogan la simiente de la palabra de Dios (cf. *Mt 13,22*). Por donde con mucha razón dice san Bernardo que necesidad

⁷⁷ El texto sólo indica qué aves no se pueden comer, sin que aparezca para nada lo «nadar y volar a la vez». ¿Simple asociación o deducción, por ser ese es el caso de algunas de las aves prohibidas, como el somormujo, la gaviota, el pelícano, y otras?

⁷⁸ «Renuit consolari anima mea; memor fui Dei, et delectatus sum; et exercitatus sum, et defecit spiritus meus».

y codicia eran las dos principales raíces de todos los males del mundo. Porque todos los males que se hacen, o son por salir de alguna necesidad que nos da pena, o por conseguir algún deleite que nos dé alegría. Pues los cuidados destas necesidades son una[s] de las cosas del mundo que más impiden, así el gusto de la devoción como el reposo de la oración; porque estos arrebatan el corazón de tal manera, que no lo dejan pensar en otra cosa que en aquella que lo causó, la cual está pungiendo [*punzando*] el corazón, y dando golpes a la puerta, y solicitándonos por su remedio. Pues ¿quién podrá dormir y reposar en medio de tantas moscas y mosquitos como hay en esta tierra de Egipto? (cf. Éx 8,13.20). Menester es, cierto, aquel conjuro del Esposo en los Cantares, para que pueda tomar la esposa este sueño de vida entre tantas cosas que la inquietan (cf. Cant 2,7; 8,4). Mas dirás: «¿Qué remedio [*hay*] para sacudir estos cuidados que tan fuertemente se nos pegan?» El remedio es que trabajes cuanto te sea posible por descarnar tu corazón del amor sensual de todas las criaturas, porque deste amor nacen todas estas congojas, según que arriba se declaró. Y, por tanto, si quieres carecer de todos los cuidados, el medio es trabajar por carecer de todos los extraños y peregrinos amores; porque, para un salto tan grande, como es vivir en esta vida sin cuidados, muy de atrás y muy de lejos es menester que se tome la corrida. Así que en una palabra se concluye toda esta doctrina: No ames, y no te congojarás; no te deleites en las criaturas, sino según Dios, y no te entristezcas por ellas, sino según Dios. Créeme, cierto, que donde las dan, las toman, y que el amor y deleite en las criaturas tienen sobre sí muy grandes tributos, y que son después mayores los dolores del parto, que el deleite de la concepción.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo entera confianza que él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos, pues él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios, y tomemos solamente a cargo la guarda de sus mandamientos [cf. *1 Pe 5,7; Mt 6,33*]. Desta manera lo hacía la esposa, cuando decía: *Mi amado es para mí y yo para él* (Cant 2,16; 6,3). Él para mí, mirando lo que me cumple, y yo para él, mirando por lo que cumple a su servicio. Dando a entender por estas palabras que, si el hombre se emplea todo en el servicio de su Criador, él se empleará todo en el bien de su criatura. ¿Por qué se llama la ley de Dios *pacto*, sino porque hay en ella esta manera de correspondencia y concierto entre Dios y la criatura? Pues ¿cuándo quebrará este concierto por parte de Dios?, ¿cuándo faltará a nadie su palabra? Con solo este recaudo enviaba san Francisco sus frailes a negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras del Profeta: *Arroja tus cuidados en el Señor, que él te proveerá* (Sal 54,23). ¡Oh, cuán poquitos cristianos, aunque sean de los muy recogidos, saben hacer esto de verdad! *Muchos hombres* —dice el Sabio— *se llaman misericordiosos; mas varón fiel, ¿quién lo hallará?* (Prov 20,6). Pues esta es una de las virtudes más propias del verdadero cristiano, esta es la que más paz acarrea consigo, esta es en la que Dios más veces lo prueba y examina, y esta es, finalmente, la que el hombre menos puede alcanzar por sí, si no tiene especial favor de Dios. No es de todos tener aquella fe de Susana, que, estando ya sentenciada a muerte, en medio de las piedras y de los enemigos, estando ya el agua a la boca y la soga a la garganta, *tenía su corazón seguro con la esperanza en Dios* (Dan 13,35).

Mas dirás: «¿Qué haré yo para alcanzar esta virtud?» Sigue a Dios como la cananea hasta el fin (cf. Mt 15,22ss), y no callen las lágrimas de tus ojos, y porfía sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita (cf. Mt 13,45). Considera también cuán fiel es Dios y cuán leal a aquellos que esperan en él, como lo fue a David, a Abrahán, a Jacob y a todos los demás. *En ti* —dice el Profeta— *esperaron nuestros padres; en ti, Señor, esperaron, y librástelos. A ti llamaron, y fueron hechos salvos; en ti esperaron, y no les salieron en blanco sus esperanzas* (Sal 21,5-6). *Mirad, hijos* —dice el Eclesiástico—, *por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor, y cayó de su esperanza?, o ¿quién perseveró en sus mandamientos, y fue desamparado dél?* (Eclo 2,10).

¿Quieres entender por un ejemplo cuán grande sea la fidelidad de Dios para los que esperan en él? Mira cuán fiel fue aquel siervo de Dios, Lot, a dos huéspedes que había recibido en su casa, pues ofreció dos hijas que tenía por casar a la mayor deshonra del mundo, sólo por salvar dos peregrinos que se fiaron de él, no alegando otra razón, más que decir: «Entraron en mi casa fiados de mi palabra (Gén 19,8); y, por no faltar a quien se fió de mí, catad aquí dos hijas vírgenes: haced dellas lo que quisiéredes, con tal que no me toquéis en estos hombres, porque se pusieron debajo de mi amparo». ¿Qué te [332] parece desta fidelidad? Pues ¿cuánto mayor será la fidelidad de Dios? ¿Qué perfección hay en las criaturas, que no se halle en el Criador, con infinitas ventajas? Tanto es sin duda mayor la fidelidad de Dios que la del hombre, cuanto es mayor la bondad de Dios que la del hombre. Pues, si la fidelidad humana llegó hasta aquí, ¿hasta dónde piensas que llegará la divina? Toma, pues, para todos tus negocios y cuidados aquel consejo de san Agustín, que dice: «Arrójate en los brazos de Dios, y no hayas miedo que hurte el cuerpo y te deje caer; recibirte ha, curarte ha y salvarte ha» (*Confes.* VIII,11.3).

VII. Séptimo impedimento: De las ocupaciones, y más, de las del estudio y especulación

Así como impiden los cuidados y congojas del espíritu, así también impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo, cuando son demasiados; porque los unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y los otros ocupan el tiempo para que no haya lugar de orar; y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para este ejercicio; que de ambas cosas tiene necesidad. Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas, pero muy más particularmente lo hacen las de los estudios y letras, aunque sean de teología, cuando se ordenan para sola especulación; porque **una de las ocupaciones más contrarias a la devoción es esta susodicha especulación del entendimiento**, la cual se bebe toda la virtud del ánima, y deja como yerma y seca la voluntad para que no sienta ni guste de Dios. Porque, con las otras ocupaciones que son puramente corporales, aunque fuese cavar o hacer algo de manos, bien se compadece tratar con el espíritu cosas de devoción; como las trataban aquellos Padres del yermo, haciendo sus canastillas y labrando sus huertos; mas, con las ocupaciones del entendimiento, mal se compadece las de la voluntad, si no se ordenan de tal manera, que vengan a servir, y no impedir, este ejercicio; como lo hacían los santos cuando estudiaban, y por esto no perdían, sino antes acrecentaban con esto su devoción.

Mas, en las unas y en las otras ocupaciones, conviene tener medida, para que no impida lo menos a lo más, conviene saber: la obra de Marta a la de María, que escogió la mejor parte (cf. Lc 10,41-42). Por esto aconseja el bienaventurado san Francisco a sus frailes, en la *Regla*, que de tal manera trabajen, que no maten el espíritu de la devoción, al cual todas las cosas deben servir. El Sabio otrosí nos aconseja que busquemos la sabiduría en el tiempo de la desocupación, y añade diciendo que el que más se desocupare y en menos cosas entendiere, ese llegará más presto a la cumbre della (cf. Eclo 38,25). Con esta misma sentencia concuerda la de todos los filósofos gentiles, los cuales dicen que el ánima se hace sabia con la quietud y reposo interior; y no sólo con la interior de las pasiones, sino también con la exterior de las ocupaciones, porque siempre lo uno anda junto con lo otro. De manera que así como el agua reposada está más dispuesta para poder ver en ella todas las cosas, como en un espejo claro, así también lo está el ánima, cuando vive en este sosiego y quietud. Pues por esta causa el demonio trabaja tanto por enturbiar los corazones de los hombres con mil maneras de ocupaciones, fingiéndoles muchas necesidades falsas, para que, embarazados y ahogados con ellas, ni tengan tiempo ni corazón para vacar a Dios. Así lo hizo en figura desto Faraón con los hijos de Israel, los cuales, como dijese que querían ir al desierto a sacrificar a Dios, dijo él que por estar ociosos y desocupados les venían aquellas nuevas de devociones y

santidades, y, por tanto, que él proveería cómo los cargasen de mayores ocupaciones, porque así, ahogados y embarazados con ellas, no les vagase [*tuviesen tiempo de*] acordarse de Dios (cf. Éx 5,6-9.17-18). ¡Oh, a cuántos tiene el príncipe deste mundo así ahogados en obras de vanidades, haciéndoles rodear toda la tierra, buscando pajas y haciéndoles entender siempre en obras de barro y tamo [*paja*], para edificar torres de viento!; los cuales nunca tienen un rato de soledad para ofrecer en él a Dios sacrificio de oración, porque todo el tiempo de la vida les ocupa las obras de Faraón.

¿Quién echó fuera del convite del Evangelio aquellas tres maneras de convidados, sino ocupaciones y cuidados demasiados? Uno se excusa diciendo que ha de ir a visitar sus heredades; otro, con que quiere ir a probar sus novillos; otro, con los cuidados y negocios de su casa y familia; y así todos se quedan fuera de aquel sagrado convite (cf. Lc 14,16ss). De donde nace que, ocupados siempre los hombres en estas obras terrenas, y apartados de la conversación de Dios y de las cosas espirituales, vienen a hacerse del todo sensuales y aun insensibles para las cosas de su salud. Y, porque creas esto ser así, oye cuán encarecidamente lo dice san Bernardo al papa Eugenio, por estas palabras:

«Esto es lo que siempre temí, y temo, que, viéndote cercado de tantas ocupaciones como trae consigo el oficio pastoral, y desconfiando de ver el fin dellas, vengas a no hacer caso desto y carecer deste justo y necesario dolor que ahora tienes por verte cercado dellas. Y, por esto, mayor cordura será que tú le hurtes el cuerpo a sus veces y tiempos, que no que te dejes ir tras ellas y ser llevado adonde tú no querrás. Y, si me preguntas *adónde*, dígame que al corazón duro. Y no me preguntes qué cosa sea *corazón duro*, porque, si no sentiste ahora este golpe, el tuyo es. Porque aquel solo es corazón duro: que no se espanta de sí mismo, porque no se siente. Y, si quieres más saber qué cosa sea corazón duro, no lo preguntes a mí, pregúntalo a Faraón, que él te responderá. Ninguno jamás de corazón duro alcanzó salud, sino aquel por ventura de quien Dios se apiadó y le quitó el corazón de piedra y se le dio de carne. Pues ¿qué es corazón duro? El que ni se rasga [333] con la compunción, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni hace caso de amenazas, y con los azotes se endurece más». Y relatados otros muchos males que se siguen deste tal corazón, al cabo concluye diciendo: «Cata aquí, pues, adónde te pueden llevar esas malditas ocupaciones, si todavía porfías entregarte a ellas sin dejar nada de ti para ti. Mira que pierdes el tiempo; y, si quieres que te hable como Jetró a Moisés (cf. Éx 18,18), tú te consumes con locos trabajos, los cuales no son otra cosa sino aflicción de espíritu, consunción del ánima y perdimiento de su gracia».

Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Pues por aquí verá el hombre cuán grande sea el peligro de las ocupaciones demasiadas; y, asimismo, con cuánta discreción y templanza se deben tomar los negocios, aunque sean santos, pues vemos que las ocupaciones arrimadas al sumo pontificado, que parecen tan justas y necesarias, llama aquí este santo *malditas*, y dice que son locos trabajos y perdimientos de tiempo; no siempre, sino cuando se toman indiscretamente. Y para esto conviene que tenga el hombre muy medidas y tanteadas las fuerzas de su espíritu, para que, conforme a ellas, tome la carga de las ocupaciones; porque de otra manera, si excede la carga a las fuerzas, ¿qué se puede esperar, sino cierta caída?

Y, para salir con esto, son necesarias dos muy señaladas virtudes, que son discreción y fortaleza. La *discreción*, para entender —como dije— el caudal de nuestras fuerzas, y las expensas cotidianas de tiempos y ejercicios de que tenemos necesidad para traer la vida concertada. Y, entendido esto, es menester una grande *constancia* y *fortaleza*, para sacudir todos los negocios que fuera desto se nos ofrecieren, y no sujetarnos —salva siempre la obediencia— a lo que no podemos llevar. Porque los que se dejan vencer de ruegos o de importunidades, o de otros respetos humanos, por los cuales se cargan de cuidados demasiados, después vienen a dar con la carga en tierra, y ni pueden con lo uno ni con lo otro; y así vienen tarde a entender, con el mal de su daño, la culpa de su indiscreto atrevimiento.

Λ Y para esta misma vitoria sirve también aquella suprema virtud [*la devoción*] a la cual pertenece **seguir en todo y por todo el beneplácito y llamamiento de Dios**; el cual siempre nos llama a la mortificación de nuestras pasiones y a los ejercicios por donde esta se alcanza, y no quiere ni acepta otros servicios peregrinos, cuando no se cumple primero con esto.

Por donde el siervo de Dios debe siempre tener ante los ojos aquellas palabras que envió a decir el rey Saúl a David, cuando le quería casar con su hija, al que —como se excusase por pobre— mandó decir: *No tiene el rey necesidad de hacienda ni de arras, sino de cien prepucios de filisteos, para que se tome venganza de los enemigos del rey* (1 Sam 18,25). Pues, si el rey de la tierra no tiene necesidad de las riquezas de nadie, ¡cuánto menos el del cielo, que podía con un solo querer dar mil vueltas al mundo! Mas no quiere él otra cosa del hombre, sino venganza de sus enemigos, que son nuestros pecados y pasiones; y destas quiere que le demos los prepucios, cortando y mortificando todas las demasías dellas. Y, porque esto apenas se puede hacer sin el ejercicio de la oración y consideración, esto es lo que nos pide, más que muchos otros géneros de servicios a que no somos obligados. Y, si en el mundo hay tanto desorden como vemos, por ventura es esta una muy principal causa, porque los hombres no quieren servir a Dios en lo que él quisiere ser servido, sino en lo que cada uno le quiere servir. Y, porque hay algunas cosas que al principio se pueden fácilmente desechar, pero después de encargado el hombre dellas no las puede echar a puertas ajenas, y, cuando se ve ya enredado por todas partes y desea salir, no halla por dónde, por esto es menester aún mayor prudencia para oler dende lejos los peligros, y repararse con tiempo antes que llegue el golpe, y, como dice el Sabio, *aparejar la medicina antes de la dolencia* (Eclo 18,19)⁷⁹. Y esto no es menester probarlo por razones, porque a cada paso hallará el hombre muchos ejemplos de personas inconsideradas que, por ser incautas al principio en no mirar las cargas y obligaciones que se echaban a costas, después vinieron a dar con ellas en tierra, y a sentir y llorar ya muy tarde lo que temprano debieran proveer.

Los que viven debajo de obediencia menos tienen en qué deliberar en esta parte, porque la obediencia los excusa, así desta perplejidad y trabajo, como de otros muchos; que es un grande bien, aunque mal conocido. Mas, con todo eso, conviene mirar no sirvamos algunas veces a nuestra voluntad so color de obediencia, como hacen algunos, que, cuando les mandan lo que ellos mismos desean y procuran, creen que aquello todo es obediencia. Estos muchas veces vienen a excusarse destos santos ejercicios con este título, diciendo que les mandan estudiar, o predicar, o entender en oficios y negocios semejantes; por cuya causa dicen que no pueden vacar a Dios, ni tienen tiempo para ello. Aquí no deja de haber un pedazo de engaño, porque no puede haber cargo de mayor obligación y cuidado en la Iglesia de Dios que el del sumo pontificado, de quien depende el bien universal de todo el mundo; y, con todo esto, escribe san Bernardo a Eugenio, papa, aquellos tan excelentes libros *De consideración*, en los cuales todo su negocio es aconsejarle que hurte cada día sus ratos de tiempo a los negocios y despachos universales de toda la Iglesia, para ocuparse en este ejercicio; sin el cual apenas se puede hacer cosa bien ordenada. Conforme a lo cual, entre otras muchas cosas, le dice así: «Mas ahora, pues los días son malos, basta amonestarte que ni siempre ni todo te entregues a las ocupaciones de los negocios, sino que apartes un pedazo de tiempo y de ti mismo para la consideración. Esto digo teniendo respeto a la obligación y necesidad de tu oficio, y no a lo que más convenía hacer; porque, de otra manera, si te viera de todo libre, en todo y por todo te aconsejara que te entregaras a aquella virtud que, sola, *vale para todas las cosas*, que es *la piedad* (1 Tim 4,8). Y, si me preguntas qué es *pie-* [334] *dad*, dígotte que vacar a la consideración. Dirás, por ventura, que en esto no concuerdo con aquel que dijo que la piedad era culto de Dios. No es así. Antes, si bien lo consideras, hallarás que

⁷⁹ «Ante languorem adhibe medicinam» (18,20).

con estas palabras declaré el sentido de aquellas; a lo menos en parte. Porque, dime: ¿Qué cosa hay que tanto pertenezca al culto de Dios, como hacer aquello que él amonesta en el salmo, diciendo: *Desocupaos, y considerad cómo yo soy Dios?*⁸⁰ (Sal 45,11). Pues ¿en qué otra cosa entiende la piadosa consideración, sino en esta? ¿Y qué cosa hay que tanto valga para todas las cosas, como aquella que prudentemente previene todas nuestras obras y ejercicios, ordenando y considerando de la manera que cada cosa se debe hacer, para que las cosas que, hechas con acuerdo y consideración son provechosas, no vengan a ser dañosas, si se hacen inconsideradamente?» (*De Consid.*, I.8).

Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Por las cuales parece que ningún oficio ni obediencia obliga a nadie tan pesadamente, que no le sea lícito tomar aquellos ratos de tiempo que parecieren ser necesarios para traer su espíritu recogido y su vida concertada; lo cual todo se alcanza por medio de la consideración, como luego el mismo santo declara muy copiosamente después destas palabras susodichas, que, por ser algo largas, no las refiero en este lugar.

Y, por esto, aunque este ejercicio generalmente convenga a todos, pero señaladamente conviene a aquellos que de su estado y condición son obligados a mayor perfección, como son obispos y religiosos, a los cuales su misma profesión obliga a caminar a este fin; y todas las otras obediencias se han de entender guardando siempre la cara a esta primera obediencia. La cual no se puede negar, sino que debe ser ayudada de algunos ejercicios de oración y consideración, para recogerse el hombre a sus tiempos, y examinar su conciencia, y ordenar su vida, y curar sus llagas, y repararse para los peligros de cada día, e implorar para todo esto con ardientes deseos el favor y gracia del Señor.

Λ No hay servidumbre en el mundo tan dura ni tan obligatoria, que prive al hombre del derecho natural que tiene a comer, dormir y tomar lo necesario para la vida corporal. Y, pues el ánima tiene necesidad de su pasto y de su sueño espiritual, y de lo uno y lo otro goza en el silencio de la oración, todas las obediencias se han de interpretar piadosamente en esta moderación. Y esto principalmente ha lugar en las obediencias que van a la larga, como es el estudio, predicar o regir, etc., y no en aquellas que se mandan *ad horam*; porque ninguna de aquellas obediencias hemos de tomar tan apretadamente, que del todo nos priven de cosas tan necesarias. Y los que no quieran pasar por esta regla, a lo menos no echen las pedradas a la obediencia, diciendo que por amor della no tienen tiempo para recogerse; porque de ninguna destas obediencias susodichas se ha de presuponer que nos priven de cosas que tanto importan para conseguir el último fin, que es la perfección que al principio profesamos.

Y lo que digo de los religiosos, eso digo de las hijas e hijos que están en poder de sus padres (si por ventura los persiguiesen y maltratasen, porque se dan algún poco de tiempo a la oración); porque, aunque no es lícito desobedecer a los padres, lícito les es tomar algún poco de tiempo para este ejercicio, porque no vengamos a dar en aquella tan peligrosa roca del corazón endurecido, de que arriba tratamos. Porque, en hecho de verdad, la miseria del hombre es tan grande, y el mundo tan malo, y los peligros tan cotidianos, que, si un poco nos apartamos de Dios, estamos luego a peligro. Y, sobre todo esto, nuestro corazón es tan inclinado a la carne, que, en apartándolo de Dios, que es todo espíritu, luego tira en pos de la carne.

⁸⁰ «Vacate, et videte quoniam ego sum Deus». (*Cessate, et cognoscite.*)

VIII. Octavo impedimento: Del vicio de la curiosidad

Impide mucho también la devoción el vicio de la curiosidad; la cual puede acaecer en muchas maneras. Porque hay una curiosidad de querer saber los hechos de los otros, las vidas y negocios ajenos, la cual, demás de ocupar el corazón con vanos pensamientos, también lo enreda con diversos afectos y cuidados, con los cuales se pierde la paz y sosiego de la conciencia. Este suele ser ordinariamente vicio de hombres ociosos y holgazanes, los cuales, como no se quieren ocupar en sus negocios, siempre entienden en los ajenos [*cf. 2 Tes 3,11*].

Hay otra curiosidad de entendimiento, cual es la de aquellos que, con solo apetito de querer saber, se dan a leer historias profanas, y libros de gentiles, y antigüedades inútiles, y otras cosas semejantes. Y no menos la de aquellos que se dan a la lección de otros autores más graves, no con deseo de alcanzar por ella la verdadera sabiduría, sino con esta misma curiosidad, buscando allí sólo el artificio y elocuencia de las palabras, o algunos puntos y sentencias más curiosas para enseñar a otros, sin tomar nada para sí. Estos dice el Eclesiástico que tienen el corazón como harnero, o como cedazo, que despide de sí la flor de harina, y quédase con solas las pajas y salvados (*cf. Eclo 27,4*)⁸¹; porque así estos dejan pasar de claro las verdades y sentencias saludables, con que se habían de quedar, y quédanse con las pajas y salvados, que es con las palabras y artificios; en que, a manera de bestias, se quieren apacentar. Lo cual, sin duda, es una cierta señal de ingenios y ánimos desordenados, porque, como dice san Agustín, «de generosos y buenos ingenios es no amar en las palabras las palabras, sino la verdad que está en ellas» (*In Libr. suarum sententiarum*, c.266).

Hay también otra curiosidad sensual, la cual es un apetito desordenado que muchos tienen de querer que sus cosas sean muy primas [*primorosas*] y muy bien labradas y polidas; así la casa y la vestidura, como los libros y las imágenes, y otras alhajas se- [335] mejantes; las cuales cosas ni se pueden adquirir ni conservar sin mucho cuidado, y cuando no se hacen a nuestro gusto, no pueden dejar de dar disgusto y de ponernos en cuidado de volverlas a trazar y ordenar de nuevo; con lo cual se pierde la paz y el reposo de la conciencia, y se viene el hombre a meter en cosas excusadas. Lo cual todo está claro que es grande impedimento para la devoción, que requiere el ánimo quieto y reposado, y libre de todos estos embarazos. Y, por esto, como el demonio ve cuán grande sea este impedimento, trabaja cuanto puede, como dice un doctor, por envolver a toda suerte de gentes en este vicio, ocupando e incitando a los legos que procuren cada día nuevas maneras de trajes e invenciones; y a los religiosos, que trabajen porque sus iglesias, monasterios y ornamentos sean muy curiosos y ricos, y esto, socolor de piedad, haciéndoles encreyentes [*persuadiéndoles de lo que no se puede creer*] que los siervos de Dios merecen todas las cosas, y que para ellos conviene labrar hermosos edificios y aposentos, porque se huelguen de estar en ellos. Lo cual no tendrá por muy acertado quien leyere la doctrina de los santos y espirituales varones, porque los verdaderos siervos de Dios poco curan destas cosas, antes las aborrecen, como a cosas que no se pueden buscar ni conservar sin distraimiento de corazón y perdimiento de tiempo; lo cual es muy contrario a los ejercicios de la devoción, que, como sea cosa tan delicada, con muy livianas ocasiones, a vuelta de cabeza es perdida. Porque, si al bienaventurado san Antonio impedía el reposo de la contemplación no más que la lumbre del sol, cuando salía por la mañana, ¿cuánto más lo impedirán los cuidados con que se han de buscar y conservar los bienes terrenos, que tienen plumas y alas para huir? [*cf. Prov 23,5*].

Pues por esta causa, entre otras muchas, es muy alabada la virtud de la pobreza evangélica, a la cual pertenece cortar de un golpe todas estas curiosidades y demasías, y contentarse con cosas viles y despreciadas, a ejemplo de aquel que, siendo Señor de todo lo

⁸¹ «Sicut in percussura cribri remanebit pulvis, sic aporia hominis in cogitatu illius» (27,5). Fr. Luis ha descrito el efecto.

creado, no tuvo, cuando nació, otra mejor cama que un pesebre, ni otra mejor casa que un establo.

IX. Nono impedimento: De la interrupción de los buenos ejercicios

También suele ser muy grande, y aun muy ordinario impedimento de la devoción, el cortar muchas veces el hilo a los buenos ejercicios, sin haber causa legítima para ello. Para lo cual es de saber que, entre todas las miserias del corazón humano, una de las mayores es que, estando tan vivo y tan presto para cualquier afecto malo, esté tan frío y tan pesado para el bueno. Porque no es menester más que un solo pensamiento que pase de vuelo, para inflamar todo nuestro corazón, y a veces también el cuerpo; y para tener un afecto bueno, como es un poco de devoción, a ratos es menester rodear cielos y tierra; y, con todo eso, Dios y ayuda. Por eso se dice del hombre que es *espíritu que va y no vuelve* (Sal 77,39), porque se va tras la vanidad y corrupción con grandísima facilidad, y no vuelve della sino con grande dificultad. Ciertamente, si los hombres supiesen sentir lo que era razón, ninguna cosa habrían de sentir tanto entre las miserias de nuestra vida, como esta. Pues por esa causa nos conviene poner gran recaudo en conservar la devoción, porque así como es fácil de conservar después de alcanzada, así es muy dificultosa de recobrar después de perdida.

Y por esto decimos que es grande impedimento para este negocio el cortar el hilo a los buenos ejercicios, porque, cuando después quiere el hombre volver sobre sí, viene a hallarse tan inhábil y tan nuevo para ellos, como si nunca los hubiera conocido. De donde le viene a acaecer una cosa semejante a aquella que dijo san Pedro: *Maestro, toda la noche habemos trabajado, y no habemos tomado ningún pece* (Lc 5,4). Pues esto mismo suele acontecer a los que desta manera se descuidan; como lo dice muy bien san Bernardo a Eugenio, por estas palabras: «¿Cuántas veces te acaece llegar a la oración y desear levantar el corazón a Dios, y quieres, y no puedes? ¿Cuántas te esfuerzas, y no pasas adelante? ¿Cuántas estás con dolores de parto, y no pares? ¿Cuántas comienzas, y derríbante? Y donde comienzas, ahí acabas; y cuando comienzas a urdir, te cortan la tela (cf. Is 38,12)» (*De consid.*, I.1). Toda esta dificultad nace de haber dejado por algunos días enfriar el corazón; por donde justamente permite el Señor que seamos castigados con esta pena, pues tan mal cobro pusimos en la gracia recibida; porque a lo menos esta nos sea escarmiento para otra. Todo esto dice maravillosamente Salomón, por esta semejanza: *Si el cuchillo se amolare y viniere a perder los filos que antes tenía, con mucho trabajo se volverá a afilar; y después de esta diligencia, seguirse ha sabiduría* (Ecl 10,10). Las cuales palabras, aunque tengan diversos sentidos y se puedan aplicar a muchas cosas, pero muy más propiamente se aplican al estudio de la devoción y de la Escritura divina, como san Jerónimo sobre este paso las aplica. Porque por experiencia se ve, si una vez pierde el hombre los filos de la devoción y el fervor del espíritu, cuánto trabajo le sea menester para volver a recobrarlo. Después de lo cual viene a quedar escarmentado y avisado, y a trabajar por conservar el bien que tiene, por no verse otra vez en semejante conflicto.

Λ Y, así como la interrupción destes ejercicios impide mucho la devoción, así, por el contrario, la continuación dellos es la cosa que más ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios a sus tiempos, presto viene a crecer y dar su fruto. El niño que tiene la leche y los pechos aparejados a la hora que quiere, cada día crece y se hace mayor. El estudiante también que siempre cursa las lecciones y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega a la perfección de lo que estudia. Así como, por el contrario, el que hace muchas y largas interrupciones, tarde o nunca

llegará a saber nada; porque, cuando vuelve otra vez [336] a su estudio, ya tiene olvidado los principios; y así todo se va en comienzos.

Verdad es que, cuando esta interrupción es breve y por alguna causa piadosa o necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido; y aun a veces guarda al siervo fiel y obediente la ración doblada, después de acabada su obediencia. También es verdad que, esta interrupción, con menor peligro pasa en los perfectos, que en los principiantes, porque estos, como aún son pobres y necesitados, el día que no lo trabajan no lo comen, más los que son ya más perfectos y ricos siempre tienen dentro de sí más caudal para sustentarse por algún espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual parece que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos e imperfectos es esta: que los perfectos son como árboles de secano, que, aunque estén algunos días sin regarse, todavía conservan su verdor y dan su fruto; mas los imperfectos son como árboles de regadío, que, en faltándoles el riego, luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenían, mostrando bien claro por defuera la virtud y beneficios que les falta de dentro. Desta manera son ahora la mayor parte de los devotos; mas de la otra, verdaderamente hay muy poquitos.

Y, porque desta materia tratamos en otro lugar, al presente bastará lo dicho, encomendando a los amadores de la devoción la continuación y perseverancia en sus buenos ejercicios, procurando de traer toda la vida como un reloj concertado, haciendo cada cosa en su tiempo señalado y trabajando cuanto les sea posible que no se pierda este hilo.

X. Décimo impedimento: Del regalo y demasía en comer y beber

También es muy conocido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber; así como, por el contrario, el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por esto andan siempre juntos en la Escritura divina, como coadjutores y hermanos, el ayuno y la oración (cf. Tob 12,8; Mt 17,20). Y por esto mismo aquellos santos Padres que se apartaban a los desiertos a vacar a la contemplación eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias, como leemos en sus historias.

Pues, así como el ayuno corporal ayuda a levantar el espíritu a Dios, así, por el contrario, lo abate y lo entorpece la demasía en comer y beber. Y la razón desto es porque, levantar el espíritu a contemplar aquella luz eterna y hacer que esté hábil para recibir las influencias y resplandores della, es una cosa tan alta y tan sobrenatural, que, como dice san Agustín, es menester que el hombre recoja todas sus fuerzas en uno y que emplee todo su caudal en esta subida, si quiere arribar a ella. Porque este vuelo tan alto requiere un hombre muy descargado y libre de todo aquello que puede tirar dél para otra parte. Lo contrario de lo cual hace la demasía del comer y beber; y que no por una, sino por muchas vías nos impide esta subida. Lo *primero*, porque ocupa ya buena parte de la virtud del ánima en la obra de la digestión, en la cual la misma naturaleza, como por justicia, pide su derecho y quiere que toda la virtud por entonces se emplee en aquella obra tan necesaria para la vida. De donde nace hallarse los hombres tan pesados, después que han excedido en comer y beber, para cualquiera cosa de estudio y atención. Lo *segundo*, porque los mismos humos de vapores de la comida, como de olla que hierve, suben al cerebro (donde está el asiento de las potencias que sirven a la obra de la contemplación) y cubren toda aquella parte como de una niebla obscura, con la cual se impide la operación de aquellas potencias, y por consiguiente la del entendimiento, que se sirve dellas. De donde nació aquella sentencia de los griegos que alega san Jerónimo en una epístola, que dice: «El vientre lleno de mantenimiento no engendra

delgado entendimiento»⁸². Y, por el contrario, se dice de Julio César que iba templado y ayuno cuando se puso a usurpar el imperio romano: para dar a entender que iba con grande atención y cuidado a entender este negocio; lo cual es propio de hombres templados y ayunos, como efecto que siempre se sigue desta causa. Lo *tercero*, porque naturalmente vemos que la demasía en comer y beber solicita y llama el corazón del hombre a cosas vanas, como es a hablar, reír, burlar, jugar, porfiar, y otras cosas semejantes. Porque así como el espíritu, cuando está lleno de devoción, llama el corazón a cosas espirituales y divinas, así el cuerpo lleno de mantenimiento lo llama a cosas corporales y vanas. Conforme a lo cual dice san Gregorio que «de la hartura del vientre nacen alegría vana, burlería, carnalidades, hablar demasiado, rudeza de entendimiento, y otras cosas semejantes»; por las cuales se ve claro cuán dañoso sea este vicio para el fin que pretendemos, y, por consiguiente, cuán favorable sea la virtud contraria, que es el ayuno y la templanza; como lo muestra san Crisóstomo por estas palabras: «El ayuno cría en el ánima unas alas espirituales, con las cuales sube a lo alto y contempla dende allí a Dios, y mira como debajo de sus pies todas las cosas mundanas». Y, así como los navíos que llevan menores cargas navegan con mayor ligereza, mas los que van muy cargados caminan con mayor peligro, así las ánimas descargadas con el ayuno están más ligeras para navegar por el piélago desta vida y para levantar los ojos al cielo, y despreciar dende allí —como sombra— todas las cosas presentes. Mas, por el contrario, la demasía del comer y beber entorpece el espíritu y apesga el cuerpo, y así hace el ánima cautiva y sujeta a mil miserias.

Mas particularmente las cenas largas son más perjudiciales para este negocio. Lo uno, porque gastan el tiempo, diputado para las sagradas vigiliias y para regalar las ánimas, en regalar y engordar [337] los cuerpos; lo otro, porque, cargando el estómago de mantenimiento, ni se puede levantar el hombre a la media noche ni madrugar a la mañana con ligereza; que son los dos tiempos más aparejados para este negocio. Porque, como dice san Basilio, «así como el soldado que va muy cargado no puede menear bien las armas, así el clérigo o religioso no puede bien perseverar en las vigiliias de la oración cuando está entorpecido y pesado con la carga del mantenimiento» (*serm. 2 de ieiunio*).

Y no sólo la demasía de los manjares, sino también la curiosidad y regalo dellos, y los convites y fiestas semejantes, son una muy cierta polilla y pestilencia destes ejercicios. Porque ¿dónde se pierde más tiempo, y se desconcierta más el espíritu, y se relaja más todo el hombre, que entre estos convites y regalos? Allí, con el calor del vino y con el sabor de los manjares y con la dulzura de la compañía, suelta el hombre la lengua a hablar cuanto se le antoja, y tras ella se va también el corazón, y allí por todas partes se derrama el espíritu. Pues ¿cuánto es el tiempo que aquí se pierde? ¿Cuántos los inconvenientes a que se ponen los que a estas cosas son aficionados, especialmente aquellos a quien por razón de su profesión les son prohibidas? ¿Cuántos son los medios y adherencias que los tales buscan para conservarse en ellas? ¿Y cuántas veces por esta causa se viene a perder la paz, y la caridad, y la concordia? Bien entendía esto aquel gran sabio, pues tantas veces en sus Proverbios nos avisa dello, como quien conocía el gran daño que de aquí se podía seguir. En una parte dice: *El que es amigo de convites vivirá en pobreza, y el que busca manjares delicados y vinos preciosos nunca enriquecerá* (Prov 21,17). En otra parte dice: *No te halles en los convites de los que son amigos de beber vino y comer carne, porque los que se dan a este vicio y aquí gastan su hacienda serán consumidos, y el sueño y pereza de los tales vendrá a parar en pobreza* (Prov 23,20-21). En otra parte, aún más encendidamente, refiere los grandes males que de aquí se siguen, diciendo: *¿Para quién es el ay?, ¿para cuyo padre es el ay?, ¿y para quién los tropiezos y las caídas?, ¿para quién los ruidos y contiendas?, ¿para quién las heridas sin causa, sino para los que se deleitan en el vino y son amigos de comer y beber?* (Prov 23,29-

⁸² «Pinguis venter non gignit sensum tenuem» («A Nepociano», LII,11, en *Epistolario I* [BAC, Madrid 1993]).

30). Todos estos y otros muchos males trae consigo este vicio; por donde el mismo sabio viene a concluir en otra parte, diciendo: *Lujuriosa cosa es el vino, y bulliciosa la embriaguez; quien en estas cosas se deleita no será sabio* (Prov 20,1). Y está clara la razón, porque conocida cosa es que el camino para la verdadera sabiduría son las lágrimas, la compunción y la mortificación de las pasiones; a las cuales cosas, de todo en todo contradice el regalo del cuerpo y el cuidado y apetito de sus deleites. Porque, como dice san Crisóstomo, «así como el fuego no se puede encender ni sustentar en materia húmeda, así tampoco la compunción entre los deleites y regalos corporales»; porque estas dos cosas son en sí tan contrarias, que la una mata la otra. Ca la una es madre del llanto, y la otra de la risa; la una aprieta el corazón, y la otra lo relaja.

Sea, pues, esta regla general: que el siervo de Dios, acordándose de aquella amarguísima hiel y vinagre que el Hijo de Dios por nuestro amor gustó en la cruz (cf. Mt 27,48), se contente con manjares viles y gruesos; y estos procure tomar con tal templanza, que siempre se hallare aparejado para levantar el espíritu a Dios y para cualquier otro ejercicio espiritual, sin que la carga del cuerpo y del mantenimiento lo lleve en pos de sí. Acuértese que **la perfección de la vida cristiana es una perpetua oración y comunicación con Dios**, y, por esto, que ha de tener por oficio traer siempre el espíritu y el cuerpo dispuesto y aparejado para esto. Si un músico estuviese obligado a tañer siempre, necesario le sería traer siempre templado el instrumento en que había de tañer. Y si un cazador quisiese todo un día cazar, necesario le sería también traer todo aquel día templados los perros y el azor. Pues, como no sea otra la vida del perfecto cristiano, sino andar siempre a la caza de Dios y de su gracia, y traer siempre ocupado el corazón con esta música interior, que se hace con la oración, quien siempre ha de entender en esto, siempre ha de traer el espíritu y cuerpo templado para ello. Así lo aconseja san Jerónimo a una doncella, diciendo: «Procura de comer con tal templanza, que siempre quedes con hambre, para que, después de comer y beber, puedas libremente orar y leer y entender en cualquier ejercicio espiritual»⁸³. Y por esto dice el santo que es mejor guardar siempre un mismo tenor y regla de abstinencia, que desplegar ahora todas las velas del ayuno hasta enflaquecer el cuerpo, y después soltar las riendas a la gula hasta derribarlo. Y así dice en otro lugar: «El manjar tomado con templanza y el vientre alcanzado de mantenimiento es mejor que el ayuno de dos o tres días; y mejor es comer cada día poco, que pocas veces mucho. Muy provechosa es el agua que poco a poco cae de lo alto; mas el torbellino furioso y arrebatado deslava y roba las tierras»⁸⁴.

Los que desta manera viven, siempre serán ricos de tiempo (que es una muy gran riqueza); y, en pocos días, tendrán larga vida, pues todo lo que viven es de provecho, sin tener que desechar. Y por esto el varón justo, aunque acabe sus días en breve, todavía tiene la vida larga, porque se aprovecha de todas las horas y tiempos della. Mas los malos, y señaladamente los que tienen por dios al vientre, traen siempre las ánimas, en vida, muertas y sepultadas con la carga del mantenimiento, y así todo se les va en aflojar la pretina, y en hacer ejercicios para digerir y regoldar la demasía de los manjares, y alargar las horas del sueño para el mismo efecto. Y, así, como gente que no vive más que para comer e hinchar el vientre, así ni entienden en otra cosa ni aun les queda tiempo ni habilidad para ella. Pues ¿cómo se podrá [338] decir que estos vivan larga vida, a lo menos vida de hombres, pues apenas tienen una hora para hacer cosas dignas de la generosidad y nobleza de hombres?

⁸³ «Ut fracto corporis appetitu nec in lectione nec in psalmis nec in vigiliis solito quid minus facias» («A Demetria», CXXX,11, en *Epistolario* II, o.c.). Puede verse que Fr. Luis cita, como se suele decir, *ad sensum*.

⁸⁴ «Parcus cibus et semper venter esuriens triduanis ieiuniis præferatur, et multo melius est cotidie parum quam raro satis summere. Pluvia illa optima est quæ sensim descendit in terras; subitus et nimius imber præceps arva subvertit» («A Furia», LIV,10, en *Epistolario* I, o.c.).

XI. Onceno impedimento: De la mala disposición y flaqueza del cuerpo

Contrario impedimento es a este, como dice san Bernardo, la demasiada abstinencia y la flaqueza del cuerpo, o cualquiera otra mala disposición y necesidad que padezca, ora sea de hambre, o de frío, o de calor, o de cualquier otro accidente. Porque, como sea tan grande la liga y amistad que hay entre ánima y cuerpo, cuando él está mal dispuesto o necesitado de algo, no puede ella por entonces levantarse libremente a la contemplación de las cosas divinas, a lo menos con sosiego y reposo; porque el dolor de su amigo naturalmente la llama y la inquieta, y la hace acudir allí donde le duele, sin le dar lugar para otra cosa, si Dios con ella, por especial privilegio, no dispensa; como muchas veces lo hace.

Por esto conviene que el varón devoto tenga tal moderación y templanza en el castigo y tratamiento de su cuerpo, que ni con el demasiado regalo se entorpezca, ni con el demasiado rigor se adelgace tanto que venga a dar con la carga en tierra. Porque así como en la vihuela ni conviene que las cuerdas estén muy tiradas [*tirantes*], porque quebrarían, ni tampoco muy flojas, porque no harían sonido, así para esta música celestial ni conviene que esté el cuerpo demasadamente hambriento, ni tampoco harto, porque así lo uno como lo otro impide mucho este ejercicio. Por eso en todos los sacrificios de la vieja ley mandaba Dios que se echase sal, por la cual se entiende la discreción (cf. Lev 2,13): para significar que no le agrada ningún sacrificio nuestro por grande, sino por salado, que es templado con el sabor desta virtud.

Mas, porque es dificultoso acertar este medio, y la carne tira siempre para sí y aboga por su parte, por tanto siempre debe el hombre tener por sospechosos sus pareceres en este caso, y, si algún extremo hubiere de declinar, más seguro es que sea contra ella, que por ella; porque, por mucho que le contradigamos, ella siempre, que una vez que otra, se suele entregar en su derecho; y no es mucho que algunas veces sea defraudada de lo necesario, pues tantas veces hurta lo superfluo.

XII. De otro género de impedimentos particulares

Estos son los impedimentos generales que comúnmente suelen ofrecerse a todos en este camino. Otros hay más particulares, conforme a las condiciones naturales y aficiones de cada uno. Como vemos algunas personas, que son naturalmente tan cuidadosas en lo que han de hacer, que, una paja que hayan de menear, no pueden reposar ni aun dormir de noche con aquella espina; las cuales, si tienen algo en qué entender, nunca pueden perseverar con reposo en la oración.

Otros hay como lunáticos, que les dan unas tan grandes priesas y fervores de corazón sobre cosas de aire, que, en dándoles esta priesa, no se pueden contener si no van luego a cumplir su apetito, aunque dejen a Dios con la palabra en al boca. Este es vicio de personas apetitosas y criadas en hacer siempre su voluntad, las cuales suelen tener los apetitos y antojos como de preñadas. Y están tan sujetos a este vicio por el mal hábito que tienen, que, si luego no hacen su voluntad, parece que quieren reventar. A estos muy fácilmente saca el demonio de la oración, tirándoles por estos apetitos como por unas cadenas, según se lee de un monje que estaba en el monasterio de san Benito, el cual en ninguna manera podía sosegar en la oración; y, así, al tiempo que los otros monjes estaban orando, este luego se descabullía de aquella santa compañía y se iba a entender en otras cosas. Por el cual como hiciese oración el bienaventurado padre san Benito, vio en espíritu un muy disforme negro que se llegaba a él y, tomándole por la mano, le sacaba como por fuerza de aquel lugar. Y así es de creer cierto que se aprovecha el demonio destas nuestras malas inclinaciones, para hacer dellas unas cadenas con que tire de nosotros y nos saque de tan provechoso ejercicio. Por donde el siervo de Dios,

cuando esto sintiere, crea cierto, aunque no lo vea, que todo ello es obra del enemigo, que quiere hacer con él otro tanto.

Mas, sobre todos estos particulares impedimentos, el que ordinariamente más impide es el amor desordenado de algunas cosas en que tenemos puesta toda nuestra afición. Para cuyo entendimiento es de saber que apenas hay en el mundo persona tan religiosa ni tan libre de sus pasiones, que no tenga algún ídolo a quien sirva y adore; quiero decir, alguna cosa en que tenga puesta su afición, y por cuya posesión y amor trabaje y haga todo lo que le sea posible. Unos están presos del amor de las letras, y del estudio de la ciencia, o elocuencia, y aquí tienen casi puesta la suma de todos sus deseos; de tal manera que a ninguna de todas las otras cosas arrostran, sino a esta, pareciéndoles que ninguna otra es grande ni digna de la generosidad y nobleza del hombre, sino sola ella. A otros lleva en pos de sí el apetito de la honra del mundo, o de la privanza de príncipes y de grandes señores, o de la hacienda y bienes temporales. A unos veréis que todos sus deseos tienen empleados en allegar tesoro y raíces para instituir un mayorazgo y ser ellos los primeros fundadores de una casa y familia. A otros, que tienen los pensamientos más bajos, les parece que serían bienaventurados si llegasen a tener caudal, siquiera para comprar tal heredad o tal oficio. Otros tienen puestos los ojos y el corazón en alcanzar tal casamiento para sí, o para un hijo, o hija, o sobrina, pareciéndoles que, cumplido este deseo, no les queda más que desear. Y otros, finalmente, están [339] trabados de otras aficiones diversas, como bestias atadas a sus pesebres, cada una con su cabestro. Y, después que han dado lugar en su corazón a estas aficiones, luego, con el mismo estudio y amor que abrazan el fin, se emplean en buscar todos los medios por donde mejor lo puedan conseguir. Y así unos se dan a trastornar libros de noche y de día, con aquella ansia de llegar a su deseado fin; otros, a buscar haciendas por todas las vías que pueden; otros, a negociar y solicitar sus cosas; y otros, a otras cosas semejantes. Porque dado lugar a aquella raíz, por fuerza es que se ha de dar a todas estas ramas que della proceden. Las cuales, sin duda, son aquellas malas yerbas y espinas del Evangelio que ahogan la simiente de la palabra de Dios (cf. Mt 13,7); porque, ocupado el hombre en estos negocios con tan demasiada solicitud, ni le queda tiempo ni corazón libre para vacar a Dios. Y, así, acaece muchas veces a estos que, estando en oración, los saca de allí el demonio, y los baja del cielo a la tierra, y aun a veces los lleva arrastrando, para que vayan a entender en aquellas cosas a que los llama su afición. De manera que, llamándolos Dios, por una parte, a su mesa, y a sus brazos y regalos, y a la participación de su espíritu, dejan de acudir a este llamamiento, por acudir a cosas de vanidad.

Pues los que desta manera buscan a Dios tengan por cierto que nunca le hallarán. Porque, como dice nuestro Salvador, *nadie puede servir a dos señores, sino que, por fuerza, ha de amar al uno, y aborrecer al otro, o sufrir al uno, y despreciar al otro [Mt 6,24]*. Y los que pretenden lo contrario son semejantes a aquellos nuevos pobladores de la tierra de Samaria, enviados por el rey de los asirios, de los cuales dice la Escritura que, por una parte, honraban y sacrificaban a Dios, y por otra, también honraban y sacrificaban a sus ídolos (cf. 2 Re 17,24-41). Por donde a los tales conviene decir aquellas palabras que el profeta Samuel decía a los hijos de Israel: *Si os volvéis a Dios de todo vuestro corazón, quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros y servid al Señor sólo, y libraros ha del poder de vuestros enemigos (1 Sam 7,3)*. Si los hombres considerasen atentamente cuánto es lo que merece Dios y cuán poquito es lo que puede dar el corazón del hombre, verían claramente cómo no hay que repartir donde tanto es lo que se debe y tan poco lo que se puede dar. *La cama —dice Isaías— es estrecha, de manera que el uno de los dos ha de caer della; y la ropa es muy corta, y no basta para cubrir a entrambos [Is 28,20]*⁸⁵. Lo cual manifiestamente se ve que pertenece a la estrechura del corazón humano, donde no pueden caber Dios y mundo.

⁸⁵ «Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat; et pallium breve utrumque operire non potest».

Ten por cierto que así como no puede ser bien casado el que tiene puestos los ojos en otra mujer que la suya, así nunca podrá ser bien casado con la Sabiduría divina el que tiene otros peregrinos amores fuera della. Mira, pues, hermano, que seas casto amador desta esposa del cielo; mira no seas adúltero a la Sabiduría divina; mira no le metas en casa quien la haga mal casada y le dé mala vida. Porque certifico de verdad que no hay manceba que así entibie el amor de los bien casados, y que así les robe y gaste cuanto tienen, como cualquier afición destas —cuando es demasiada— entibia el amor de Dios y de todo lo bueno.

Y, por esto, el que desea acertar este camino trabaje por desarraigar de su corazón todas estas aficiones extrañas y presentarlo ante el acatamiento divino como una materia prima desnuda de todas las formas, para que así pueda Dios imprimir en él todo lo que quisiere, sin resistencia. Esta es aquella resignación tan alabada y encomendada por todos los maestros de la vida espiritual, a la cual pertenece ofrecer a Dios un corazón libre y desapiolado [*desatado*] de todas las aficiones y deseos del mundo, para que no haya en él cosa que impida a las influencias y operaciones del Espíritu Santo. Acuérdate que dos cosas señaladamente se requieren para acabar cualquier obra: una que haga y otra que padezca, una que mande y otra que obedezca. Pues, si tú quieres que Dios acabe su obra en ti, mira cuál destas dos partes te conviene elegir. Y, pues a Dios no conviene obedecer, ni a ti mandar, deja lo que es de César a César, y lo que es de Dios a Dios (cf. Mt 22,21); quiero decir, **deja a él que te encamine y gobierne, y haga lo que por bien tuviere de ti, y tú ponte en sus manos como un poco de barro** que no resiste a las manos de su Maestro. Y sábetelo que no hay otra resistencia, sino la de las propias afecciones y voluntades, y de las obras y negocios que se siguen dellas.

Λ Y, porque no podemos en esta vida despedirnos de muchas ocupaciones y ejercicios peregrinos, a lo menos trabajemos porque no se prenda nuestro corazón en ellos, sino que **siempre tenga el cetro y principado**, entre todos, **el estudio y afición de la Sabiduría divina**. A esta digamos de todo nuestro corazón aquellas palabras del Sabio: *Esta es la que yo amé y busqué desde mi juventud, y trabajé de tomarla por mi esposa, e híceme amador de su hermosura* (Sab 8,2). Este es nuestro último fin, este es el centro de nuestra felicidad, para esto fuimos criados y para esto fueron criadas todas las cosas. Todo el tiempo que en esto gastáremos, pensemos que vivimos; y todo lo que saliere de aquí, si no fuere por justa causa y necesidad, tengámoslo por perdido.

En todos los otros negocios entendamos más con el cuerpo, que con el espíritu, y más con las manos, que con el corazón, de la manera que nos aconseja el Apóstol, diciendo: *Querría, hermanos, que mirásedes cómo es breve el tiempo desta vida. Por donde conviene que, los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan deste mundo, como si no usasen dél: pues que se pasa como sombra la figura deste mundo* (1 Cor 7,29-31). Y, pues todo ello es tan breve y caduco, no es merecedor de amarse con aquel amor que el Sumo bien merece ser amado.

[340] Va tanto en este documento, que de solo él depende todo el concierto o desconcierto de la vida espiritual; como se prueba claro por esta razón: porque, como en las obras morales el fin sea la raíz y fundamento de todo lo que se ha de hacer, estando los fines ordenados y puestos en sus lugares, todo lo demás irá ordenado; mas, si estuvieren pervertidos y trastocados, así estará también todo lo demás. Porque, como estos son los que guían la danza, por doquiera que estos van tira todo lo demás. Asienta, pues, en tu corazón con grandísima determinación que **el principal fundamento de tu vida es esta comunicación y trato familiar con Dios**. Piensa que este es tu pegujar [*porción*] y heredad [cf. Sal 15,5], y tu tesoro y tu mayorazgo, y todo tu caudal; y, cerrados los ojos a todas las cosas, y puesto debajo los pies todo lo demás, trabaja por emplearte siempre en esto. Porque sin duda este es, como

dijimos, el fin para que fuiste creado, y esta es la mejor obra de cuantas puede hacer una criatura; y esta es aquella mejor parte que escogió María [cf. *Lc 10,42*]; y esta es la que, entre todas las cosas, es de la que Dios más se sirve; y esta es obra de la vida contemplativa, que es más perfecta que la activa; y aquí, finalmente, se ejercita nuestro corazón en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras; porque, como dice santo Tomás, la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer (cf. *Sth.* II-II q.184 a.1.3). Pues ¿en qué mejor demanda y en qué más alta empresa puedes tú emplear tu corazón? Y, si por ventura eres amigo de saber y desear alcanzar sabiduría, ten por cierto que aquí enseña Dios a sus familiares amigos grandes cosas. Y, demás desto, la sabiduría que él aquí enseña es tan alta, que *todo oro* —que es toda sabiduría humana— *en comparación della es un poco de arena, y así como lodo será estimada la plata delante della* (Sab 7,9). Por lo cual, así como a este fin no puedes ni debes anteponer otro fin, así a los ejercicios y medios por donde este se alcanza no debes anteponer otros negocios. Todo lo de la tierra sea accidental y accesorio; esto solo sea lo que nade sobre todo, y prevalezca sobre todo, y reine sobre todo, y por cuyo amor se desprecie y sacrifique todo. No hagas tan gran pecado como es poner a Dagón par a par junto del Arca del Testamento, como hicieron los filisteos (cf. 1 Sam 5,2), sino el Arca esté en lo alto, y Dagón esté postrado delante della. Desta manera, pues, **ordenado y graduado el amor del fin, toda la vida estará ordenada**; mas, desordenado este amor, todo lo demás irá desordenado.

Capítulo IV. De las tentaciones más comunes que suelen fatigar a las personas que se dan a la oración

Ahora será razón que tratemos de las tentaciones más comunes que suelen fatigar a las personas devotas, y de los remedios que para ellas se han de tener.

I. De la primera y más particular tentación, que es la falta de consolaciones espirituales

La primera y más común tentación es la demasiada pena que muchos reciben cuando les falta la devoción sensible y las consolaciones espirituales. Porque algunos se entristecen tanto cuando no hallan gusto ni lágrimas en sus ejercicios, que caen en tentaciones de pusilanimidad y desconfianza, creyendo que nuestro Señor está ya airado contra ellos, y que no los ama, pues no les muestra aquella alegría y buena cara que antes solía ⁸⁶.

Otros hay que, en faltándoles las consolaciones divinas, luego se vuelven a las humanas, y comienzan a llamar a las puertas de la carne, cuando parece que se les han cerrado las del espíritu. De manera que los tales no duran más en el camino de Dios de cuanto son por él recreados y consolados, y, en faltándoles esta consolación, luego dejan de hacer todo lo que solían, y se descuidan en la guarda de sí mismos. Destos nunca se puede esperar fruto de aprovechamiento mientras así anduvieren; porque estos son como aquella desaprovechada simiente del Evangelio que cayó sobre piedra, la cual, en tanto que tuvo algún humor de las aguas del invierno, estuvo verde y creció, mas en faltándole el tiempo fresco, como no tenía firmes raíces ni fundamento, luego, a los primeros soles del verano, se secó (cf. Mt 13,5-6). Estos nunca tienen estabilidad ni firmeza en su manera de vivir; porque así como la mar anda con la luna, creciendo y menguando cuando ella crece y mengua, así estos andan con las crecientes y menguantes desta consolación espiritual: ya recogidos ya derramados, ya devotos ya disolutos, ya sosegados ya livianos. Porque, como no tienen más caudal ni firmeza que aquella, no pueden ser estables ni constantes en su manera de vida.

Λ Otros hay también que, cuando no hallan en su oración aquellas lágrimas y compunciones que desean, trabajan por sacarlas y exprimir las a fuerza de brazos; y, cuanto más en esto trabajan, más duros y desconsolados se hallan. En lo cual piadosamente los fatiga el Señor, para que entiendan que esta no es agua de sangre, sino **agua del cielo, y que no se ha de sacar a fuerza de brazos, sino esperándola con humildad y paciencia, cuando y como el Señor quisiere darla**. Porque, como se escribe en Job, él es el que detiene las aguas en las nubes, para que no caigan de golpe sobre la tierra; y esconde a sus tiempos la luz en sus manos, y mándale que vuelva a nacer, cuando le place (cf. Job 26,8-9).

Mas, para mayor declaración de todo lo dicho, será bien que tratemos al presente cuáles sean las causas por donde el Señor quita muchas veces las consolaciones espirituales a los suyos, y qué es lo que en tales tiempos se deba hacer.

⁸⁶ «[...] la *sequedad*. Forma parte de la contemplación en la que el corazón está seco, sin gusto por los pensamientos, recuerdos y sentimientos, incluso espirituales. Es el momento en que la fe es más pura, la fe que se mantiene junto a Jesús en su agonía y en el sepulcro» (CEC 2731).

De las causas porque el Señor quita a sus amigos las consolaciones espirituales

I. Para esto es de saber que no siempre quita el Señor estas consolaciones a sus siervos por su culpa, o por su daño, sino muchas veces por otras causas. Entre las cuales, la primera dice un doctor ⁸⁷ que es por la conservación de la salud y vida corporal de los justos; porque algunas veces es tan grande la alegría y consolación que reciben en la oración (con la lumbre y conocimiento que Dios allí les da de su bondad, sabiduría y hermosura), que, si esto les durase mucho, ni el cuerpo flaco lo podría sufrir, ni ellos se acordarían de acudir a socorrerle según que lo ha menester. Y, por esto, aquel piadoso Señor les quita a sus tiempos estas consolaciones y dulzuras, para que vuelvan a mirar por su salud, y así, sin especial milagro, se conserve la vida, para que con ella puedan alcanzar mayor corona.

II. Hácelo también esto a veces por humillarnos, para que conozcamos claramente cómo aquel bien, cuando lo tenemos, no es nuestro, sino suyo, pues no lo alcanzamos cuando lo queremos, sino cuando él lo quiere dar. Y, por esto, como dice san Buenaventura, muchas veces se niega cuando se busca, y se concede cuando no se procura; para que por aquí se vea cómo esta es obra de la divina gracia.

III. También hace esto para probarnos, esto es, para ver si le somos fieles amigos en todo tiempo, así de adversidad, como de prosperidad, y si le servimos por nuestro contentamiento, o por el suyo. Porque, como dice Salomón, *en todo tiempo ama el verdadero amigo; y el que de verdad es hermano, en el tiempo de los trabajos se conoce* (Pr 17,17).

IV. Algunas veces también lo hace para que, quitándonos por esta vía la ocasión de entender en los ejercicios de la vida contemplativa, descendamos a la activa, en la cual conviene que a sus tiempos nos ejercitemos, para que así seamos diestros en todo género de virtud y podamos decir con el Profeta: *Aparejado está mi corazón, Señor, aparejado está mi corazón* (Sal 107,2). Dos veces dice *aparejado*, conviene saber: aparejado para los gozos de la vida contemplativa y para los trabajos de la activa, para la dulzura del amor divino y para los negocios del amor del prójimo. Para todo se hallaba igualmente aparejado: para el descanso y para el trabajo, para la cruz y para el reino, para cenar con él en su mesa y para hallarse con él en la batalla. Esto es lo que nos aconseja el Sabio cuando dice: *No tengas la mano abierta para recibir, y cerrada para dar* (Eclo 4,31). Porque no sólo hemos de estar aparejados para recibir mercedes de Dios, sino también para ofrecernos por él en sacrificio, cuando fuere necesario. Bienaventurada el ánima que tal tiene su corazón; la cual, estando en perfecta sujeción, goza de perfecta libertad, y, siendo perfecta sierva de Dios, es verdaderamente señora de todas las cosas, pues todas las tiene tan sujetas, que ninguna es parte para quitarle su paz. No es de todos llegar a este grado de perfección, porque, como dice san Gregorio, pocos son los que llegan a tener aquella destreza que tenía el capitán Ayoth [Aod o Ehúd], de quien dice la Escritura que usaba también de la mano siniestra, como de la diestra, cuando pelaba ⁸⁸ (cf. Jue 3,15). El cual es figura de los varones perfectos, que tan prontos se hallan para los trabajos y obras de la vida activa, como para los regalos y dulzuras de la contemplativa; lo cual sin duda es de muy pocos.

⁸⁷ Al margen: *Serafín de Fermo*.

⁸⁸ «Ahoth, filum Gera, filii Iemini, qui utraque manu utebatur pro dextera». Las traducciones actuales sólo dicen que era *zurdo*.

V. También acaece hallarse algunas personas virtuosas que ordinariamente viven siempre en continua sequedad de corazón, y, esto, no todas veces por culpa suya, sino por voluntad de nuestro Señor, el cual es servido de llevar a sus escogidos, no siempre por un camino ni de una manera, sino de muchas y diversas, para que así resplandezca más su sabiduría y providencia en las muchas maneras que tiene para encaminar la salvación de sus escogidos. Y por esto no hace siempre las obras de una manera, como quien las hace de molde, sino de muchas y diversas, como quien tiene libertad para hacer todo lo que a su divina Majestad pareciere. De manera que así como él es de infinita virtud, así tiene infinitas maneras para obrar nuestra salud. «Esta doctrina, bien creo yo —dice un doctor— que será muy agradable a los tibios y negligentes, porque esto suelen ellos tomar por excusa y velo de sus negligencias, diciendo que es dispensación divina, y no negligencia suya, la falta de la devoción que tienen». De donde nace que se descuiden en la oración y cesen de todo buen ejercicio, y no quieran llamar a las puertas de aquel que nunca despreció los ruegos de los humildes y diligentes, a los cuales, si no da lo que piden, a lo menos da lo que les convenía pedir.

Mas, allende destas causas, hay otra muy principal, que es querer el Señor subir a sus escogidos por esta vía a más alto grado de perfección. Para lo cual es de saber que las consolaciones espirituales son como manjar de niños, y como una dulce leche con que el Señor los cría y los desteta de los deleites del mundo, para que con el sabor destes deleites desprecien todos los otros deleites, y con la dulzura del amor divino despidan de sí todos los regalos del amor mundano. Porque de otra manera nunca los hombres, según es grande la flaqueza humana, podrían acabar consigo de soltar un amor, si no hallasen otro más dulce y más excelente, por el cual de buena gana renunciassen todo lo demás. Y por esto vemos que ordinariamente son más sensibles las consolaciones de los que comienzan, que las de los más ejercitados, porque, como el Señor ve que estos tienen mayor necesidad, provéelos conforme a ella de mayor remedio. Mas, después que están esforzados algo con este manjar, quiere el Señor que dejen ya de ser niños y comiencen a andar por su [342] pie y comer pan con corteza. *Cuando era niño —dice san Pablo—, pensaba como niño, sentía como niño y hablaba como niño; mas, después que me hice hombre, dejé las cosas de niño y comencé a vivir como hombre* (1 Cor 13,11). Así vemos, entre las aves y animales, que, después que los padres han criado los hijos en el nido, buscándoles y poniéndoles la comida en la boca sin su trabajo, cuando los ven ya grandecillos, ellos mismos a picadas los echan del nido, para que dejen ya aquella vida imperfecta y regalada y tomen otra mejor. Pues esto mismo hace con sus hijos espirituales el mismo Señor, el cual, así como es autor de la naturaleza y de la gracia, así guía las unas como las otras obras ordinariamente por semejante manera.

Y no por esta mudanza se menoscaba la devoción y amor que los buenos tienen a Dios, sino antes se muda en otra mejor; porque aquel amor era más dulce, este más fuerte; aquel más fervoroso, este más sosegado; aquel más en la carne, este más en el espíritu. Para que así pueda ya el hombre decir con el Apóstol: *Aunque un tiempo conocimos a Cristo según la carne, mas ya no le conocemos así* (2 Cor 5,16).

Cuando los hombres han llegado a este estado, no desfallecen en los trabajos, aunque les falten las consolaciones, sino antes velan y trabajan en la guarda de sí mismos, que tengan consolaciones, que no las tengan. A este grado de perfección deben anhelar todos los amadores de Dios; y, cuando en él se vieren, den muchas gracias al Señor, porque los sacó ya de pañales y los puso en estado más seguro. Gran fiesta dice la Escritura que hizo Abrahán cuando destetó a su hijo Isaac y lo apartó de los pechos de su madre (cf. Gén 21,8). Cosa es cierto para notar que el santo Patriarca no hiciese fiesta el día que el niño nació, cuando toda la familia se alegraba por su nacimiento, sino el día que lo destetaron, cuando el niño lloraba y gritaba por la leche, y hallaba acíbar en los pechos de su madre. Pues ¿cuánta mayor fiesta

hará aquel eterno Padre, cuando vea a sus hijos destetados ya de todo género de deleites, no sólo carnales y mundanales, sino también espirituales? Gran fiesta dice el Salvador que hacen los ángeles en el cielo cuando un pecador hace penitencia (cf. Lc 15,7.10). Pero aún entonces está la viña en flor, que una helada se la puede llevar; mas, cuando está ya fuera deste peligro y comienza a dar fruto, entonces cantan el *Cantar de los grados*⁸⁹, porque ya el ánima ha llegado, por su orden, dende el primer grado de perfección hasta el postrero; porque el primero es obrar y perseverar en el bien, cuando hay deleites, y el postrero es hacer lo mismo, que los haya, que no los haya. Porque el ánima que de verdad ama a Dios, una de las mayores cosas que por él puede hacer es consentir en carecer deste gusto y suavidad espiritual, cuando él es desto servido. Lo cual parece bien que no tenía en poco el santo rey David, cuando juraba por esta divina consolación, diciendo: *Señor, si yo no tuve humilde corazón y pensamientos, venga tan grande azote de vuestra mano sobre mí, que sea yo destetado y apartado de vos, como el niño de los pechos de su madre* (Sal 130,2). Pues ¿cuál será la perfección del ánima que, llegándose a estos pechos, y hallándolos muchas veces al parecer secos, los sufre con paciencia, y persevera todavía en su inocencia? Pues por esto no es maravilla que hagan fiesta los ángeles en el cielo cuando los justos andan desta manera desconsolados en la tierra, pues ven ya a Isaac fuera de los pañales y de la leche, y que comienza a ser perfecto varón. A los hombres que han llegado a este estado suele ya Dios dar parte de sus secretos, como a perfectos varones, según que claramente lo testimonia el profeta Isaías, por estas palabras: *¿A quién enseñará Dios su sabiduría y a quién abrirá el entendimiento, para que entienda sus secretos? A los destetados de la leche y a los apartados de los pechos* (Is 28,9), conviene saber: a los que por su amor han renunciado ya a todo género de deleites, no sólo temporales y sensuales, sino también espirituales.

Estas, y otras semejantes, son las causas por donde el Señor quita las consolaciones espirituales a sus siervos; por las cuales parece claro cómo puede muchas veces acaecer esto sin culpa del hombre; como lo muestra la esposa en el libro de los Cantares, por estas palabras: *El aldaba con que tenía atrancada la puerta quité para abrir a mi amado, y él habíase ya ido. Busquele, y no lo hallé; y llamele, y no me respondió* (Cant 5,6). En decir que quitó la aldaba con que estaba cerrada la puerta da a entender, como declara san Gregorio, que ya el ánima santa había hecho de su parte lo que debía para recibir al amado, quitando la dureza del corazón y todo lo demás que podía impedir la entrada dél; mas, con todo esto, no lo halló; porque así lo ordena muchas veces el Señor para bien de sus escogidos, como está ya declarado.

Aquella estrella que guiaba a los Reyes orientales no vino siempre delante dellos: a tiempos se encubrió, y a tiempos se descubrió; mas lo uno y lo otro era para su bien. Cuando la primera vez les apareció, convidolos a la adoración del nuevo Rey; cuando después desapareció, hízolos más diligentes en procurar por el lugar de su nacimiento; y cuando les volvió a aparecer, dobloles la alegría con su vista y guiolos derechamente hasta el cabo de su jornada (cf. Mt 2,2ss).

Mas ¿qué mucho es esconderse a los Reyes la estrella, pues a la Madre inocentísima se ausentó el Niño de doce años, que tan lejos estaba de haber hecho por do mereciese perderle? (cf. Lc 2,41ss). Mas, con todo esto, **lo perdió para nuestro consuelo, y lo buscó para nuestro ejemplo, y lo halló para nuestro remedio**. Buscolo con dolor y cuidado, y hallolo con inestimable gozo y alegría, no disminuyéndose, sino creciendo —aunque por diferentes caminos— el amor; porque, con la ausencia, crecía más el deseo del amado, y con su presencia, la alegría [343]. Desta manera aquel verdadero Sol de justicia a tiempos se acerca, y

⁸⁹ O «Canción de las subidas»: salmos 119-133; cantados por los peregrinos en la *subida* hacia Jerusalén.

a tiempos también se desvía de nuestro clima; mas todo ello es para bien y reparo de nuestra vida.

Los sembrados han menester a tiempos heladas, y a tiempos blanduras; y no menos lo uno que lo otro, para que con las heladas se arraiguen más en la tierra, y con la blandura suban más a lo alto. Si todo fuese blandura, creciera el pan sin raíces, y subiría sin fundamento, y así la subida sería para caer más ligeramente. Y por esto es menester uno y otro: lo uno para crecer, y lo otro para arraigar. Pues estos mismos temporales han menester también las ánimas en su manera: porque de tal modo crezcan en caridad, que se arraiguen en humildad; y así, cuando se vieren resfriados y secos, conozcan su pobreza y se hagan más humildes, y cuando fueren visitados de Dios, conozcan su inefable dulzura y se enciendan más en su amor. De manera que, como tenga el hombre necesidad de conocer a sí y conocer a Dios, porque el un conocimiento sin el otro no basta, menester es que haya dos tiempos diputados para estos dos conocimientos: el uno, en que el hombre por experiencia conozca su pobreza, y el otro, en que también por experiencia conozca la divina misericordia; para que con lo uno se menosprecie a sí, y con lo otro se levante el amor de Dios.

Por lo cual todo se ve cuán gravemente yerran los que luego desmayan y aflojan en sus ejercicios cuando no hallan a la hora y tiempo que ellos quieren las consolaciones divinas. No es razón que piense nadie tener a Dios como atado con una cadena, para que cada vez que le quisiere le haya de hallar en la manga, so pena de que, si no le hallare, no le haya de buscar más. Con mucha razón se indigna aquella santa Judit contra aquellos que habían señalado cierto tiempo para esperar el socorro del Señor, con presupuesto de no pasar de allí, si dentro de aquel plazo no les enviase socorro: *Pusisteis vosotros —dijo ella— tiempo a las misericordias de Dios, y conforme a vuestro albedrío señalasteis el plazo* en que os había de socorrer ⁹⁰ (Jdt 8,11). Pues esta misma reprehensión merecen los que desta manera quieren hallar a Dios a la hora que lo buscan, y, si entonces no le hallan, luego desconfían y dejan de le buscar.

Qué es lo que el hombre debe hacer cuando le faltan las consolaciones divinas

Pues, cuando desta manera te hallares, no debes dejar el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque te parezca desabrido, sino antes debes allí presentarte como reo y culpado en presencia del Señor, y examinar muy bien tu conciencia, y mirar si por ventura le perdiste por tu culpa. Y, si así es, derribate humildemente a sus pies con aquella santa pecadora (cf. Lc 7,37-38), y no oses alzar los ojos al cielo con el publicano (cf. Lc 18,13), y, arrojándote muy confiadamente en las entrañas de su infinita caridad, suplicale con entera confianza que te perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar a quien tantas veces le ofende. Desta manera sacarás provecho de tu sequedad, y aun de tus culpas, tomando dellas ocasión para más humillarte, viendo lo mucho que pecas, y para más amar a Dios, viendo lo mucho que te perdona. Y, demás desto, levantarte has de ahí más avisado y cauto para no descuidarte ni verte otra vez en semejante conflicto; que es el común provecho que los justos sacan de sus caídas.

Y, aunque no halles entonces gusto en estos ejercicios, no por eso debes luego desistir dellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso, sino muchas veces acontece lo contrario. ¿Qué sería del enfermo, si, por no tomar gusto en lo que come, dejase del todo la comida? Menester es a veces que coma sin gusto, y por ahí vendrá a recobrar juntamente la salud con el gusto. A lo menos esto se halla por experiencia: que todas

⁹⁰ «Posuistis vos tempus miserationis Domini, et in arbitrium vestrum diem constituistis ei» (8,13).

las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente eso poco que puede, que al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. **Mucho hace a los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco.** No ofreció más de un solo cornadillo aquella viejecita del Evangelio, y fue, por sentencia del Señor, preferida a todos los otros ricos que ofrecieron mayores ofrendas (cf. Lc 21,1ss); porque el Señor no mira tanto el caudal del hombre, cuanto a su posibilidad y voluntad. **Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí.** ¿Qué mucho es hacer oración, cuando hay mucha consolación? Esto haría cualquier hombre mundano. Lo mucho es que, cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar. No es la principal gloria del marinero que lleve su navío bien encaminado cuando le hace buen tiempo; mas, cuando este le es contrario, saber entonces desplegar las velas y usar de toda buena industria para vencer la calma y la tormenta, esta es la gloria singular.

Lo segundo, es menester en estos tiempos andar con mayor temor y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, mirando y examinando con mayor atención nuestras palabras, obras y pensamientos, con todo lo demás; porque, como por entonces nos falte la alegría espiritual, que es tan principal remo desta navegación, es menester suplir allí con cuidado y diligencia lo que falta de gracia; aunque esta también sea gracia, y muy grande gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta, como dice san Bernardo, que se te han dormido las velas [*centinelas*] que te guardaban, o que se te han caído los muros que te defendían, y, por esto, toda la esperanza de sa- [344] lud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en pelear. ¡Oh, qué gloria es la del ánimo que desta manera batalla, que sin escudo se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y, hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía! ¡Cuán alabado es entre los fuertes de David aquel que mató un león en tiempo de nieve! (cf. 2 Sam 23,20) ⁹¹. Gran gloria es matar un león; mas mucho mayor fue matarlo en este tiempo, cuando las manos estaban ateridas de frío y apenas podían apretar la espada. Pues, cuando el ánimo al parecer está del toda fría y helada en el amor de Dios, y no siente en sí aquel fervor de caridad que otras veces ha sentido, cuando estando desta manera pelea varonilmente contra las fuerzas de aquel rabioso león, y lo vence, ¿cómo no merecerá ser contada entre los fuertes del verdadero David, que es Jesucristo? **No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador;** y, entre sus virtudes, se cuenta por muy principal haber padecido, lo que padeció, sin admitir en la parte inferior de su ánimo ningún género de consolación. De manera que, el que así padeciere y pelear, tanto será más imitador de Cristo, cuanto más careciere de todo género de consuelo. Esto es beber el cáliz de la obediencia puro y sin mezcla de otro licor con que se pueda templar su amargura, sino con sola la fuerza de virtud.

Este es el toque principal en que se prueba la firmeza de los amigos: si son verdaderos, o no lo son. Dime: ¿Cuál es más fiel mujer, y más digna de ser estimada de su marido: la que hace lo que debe, teniéndolo siempre delante y recibiendo cada día dél regalos y favores, o la que, teniéndolo muchos años ausente y no recibiendo dél ni una letra, persevera todavía en el amor y fidelidad que le tenía? Pues ¡cuánto más será gloriosa el ánimo que, aunque se vea por muchos días al parecer desamparada de su Esposo, todavía retiene su inocencia, y dice con el santo Job: *Aunque me mate, esperaré en él!* (Job 13,15).

No es la mejor tierra la que, si no tiene siempre el agua a la mano, luego deja perder la simiente, sino la que puede sufrir soles y aguas y sequedades, y todavía guarda fielmente lo que le encomendaron. Muy preciado es el amigo que permanece fiel en el momento de la tribulación (cf. Prov 17,17); mas el que no sigue a Cristo más que hasta el partir del pan [cf.

⁹¹ Al margen: *Item secundum philosophos naturales in hieme leo est fortior, et savior.*

Eclo 6,10], este tal no se puede llamar perfecto amigo de Cristo, sino de sí mismo y de su propio interese.

Contra los que menosprecian y deshacen las consolaciones divinas

Todo lo que hasta aquí se ha dicho ha sido necesario para curar la dolencia de los que desmayan y desfallecen cuando les falta la devoción sensible —que llaman— y las consolaciones espirituales. Mas, porque nuestra malicia es tan grande, que muchas veces hace de la medicina ponzoña, aplicando a una enfermedad lo que se ordenó para otra, por esto conviene saber que lo que aquí se ha dicho no es para excusar a los tibios y negligentes, sino para esforzar a los pusilánimes y desconfiados. Porque hay algunos que toman ocasión desta doctrina para no darse nada por las consolaciones espirituales, ni por los ejercicios con que se alcanzan, diciendo que no está la santidad y perfección de la vida cristiana en las consolaciones espirituales, sino en las virtudes. Es el hombre en gran manera enemigo de condenarse por su propia sentencia, y, porque los soberbios que nunca gustaron de Dios quedarían condenados por lo que son, si estos se tuviesen en algo, han tomado por medio deshacer y menospreciar las consolaciones espirituales, por no quedar ellos dentro de sí mismos confundidos, viéndose tan desnudos y tan ajenos dellas. Miserables de vosotros, pues no habéis gustado cuán *suave es el Señor* [*Sal 33,9*], y mucho más miserables, pues, por excusar vuestra negligencia, sembráis errores de pestilencia, encubriendo la lumbre de la verdad, porque no se vea con ella la confusión de vuestra maldad; y de tal manera usáis de la llave de la ciencia, que ni vosotros entráis en el cielo, porque no queréis, ni dejáis entrar a los otros, pues les cerráis el camino con los yerros que habéis aprendido en la escuela de vuestra negligencia [*cf. Mt 23,13*].

Decís que tomáis ocasión de esta doctrina para hacer poco caso de las consolaciones espirituales. Mirad que esta doctrina no se escribió para los negligentes, como sois vosotros, sino para los pusilánimes y flacos, que luego desmayan cuando les falta este socorro. Si, las consolaciones y esfuerzo que la palabra de Dios da al temeroso y desconfiado, toma para sí el atrevido y presuntuoso, ¿en qué parará, sino en hacerse peor? Si, el rejalgar [*veneno*] que la madre pone en un rincón de su casa para matar ratones, fuesen a comer los hijos, claro está que sería para mal de su casa lo que ella hacía para el bien della. Desta manera los malos pervierten todas las buenas doctrinas, tomando para sí lo que era para otros, y procurando siempre asir de todo aquello con que se puede excusar su negligencia.

Dices que en las consolaciones espirituales no consiste la santidad. Verdad es; no está en ellas la santidad: mas son ayuda grande para la santidad; no está en ellas la perfección: mas son instrumentos muy principales para alcanzar la perfección. Dices que más son partes de premio, que de merecimiento. Es verdad; mas ese premio, visto y gustado por experiencia, aviva y despierta más el corazón para el trabajo con el deseo de alcanzar un bien tan grande, que basta para sacar de sí al que una vez lo ha gustado; porque así como la piedra se mueve con más ligereza cuando llega a su centro (porque, como dicen los filósofos [*Aristóteles*], ha comenzado ya a gustar y sentir la virtud y conveniencia de su lugar natural), así lo hace el corazón humano criado para Dios, cuando comienza ya a sentir y gustar algo de Dios.

Dices que no está la perfección de la vida espiritual en tener muchas consolaciones, sino en tener paciencia, cuando nos fueren quitadas. Así es verdad; mas con esa paciencia ha de haber gran diligencia para recobrar la gracia perdida, no por el gusto que tenemos en ella, sino por la necesidad que tenemos della para estar prontos en el servicio del Señor. Porque, si no fueran grandes espuelas estas para andar por el camino de la virtud, no dijera el profeta David: *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón* (*Sal*

118,32), lo cual se hace con el gozo y alegría espiritual, que es uno de los principales frutos y obras del Espíritu Santo, con las cuales se dilata y ensancha nuestro corazón y se despierta para todo lo bueno. Porque así como el deleite natural es uno de los principales motivos y causas de todas las obras de naturaleza, así el deleite espiritual lo es de todas las obras de gracia; pues, como dijo el poeta, «a cada uno lleva en pos de sí su deleite» (*Virgilio*).

Pues, concluyendo esta parte, digo que de tal manera nos conviene caminar entre estos dos extremos, que ni cuando nos faltare la gracia de la consolación desmayemos y desconfiemos de Dios, ni tampoco nos aseguremos del todo, cuando nos falta, para dejar de hacer todo lo que en nos fuere por recobrarla.

II. Segunda tentación: De la guerra de los pensamientos importunos

También es recia tentación, y no muy diferente de la pasada, la molestia y guerra de pensamientos que se ofrecen al tiempo de la oración⁹²; lo cual hace a muchos desistir deste ejercicio, que es lo que el demonio por allí pretendía. No sé yo, por cierto, por qué reciben desto pena los tales, si no la reciben por ser hombres, pues esta flaqueza es anexa a nuestra naturaleza en el estado que ahora está. Dirás que no recibes pena por la naturaleza que tienes, sino por la culpa que haces, pues, estando hablando con Dios, al mejor tiempo le vuelves las espaldas y te vas a pasear. A esto respondo que, si esto acaece por tu propia voluntad y negligencia, es muy bien que recibas pena, porque no hay donde mejor se emplee la pena, que sobre la culpa; mas, cuando esto no viene por culpa tuya, sino por parte de la misma naturaleza, como muchas veces acaece, no hay por qué recibir pena, pues nos consta claro que en ello no hay culpa, porque la naturaleza humana quedó por el pecado tan desordenada, que las potencias y fuerzas interiores no obedecen perfectamente a la parte superior del ánima, que es la voluntad y la razón. Y de aquí nace que el apetito sensitivo nos inquieta muchas veces con diversas pasiones y codicias, sin que sea en nuestra mano excusar estos primeros movimientos della; y, así, la imaginación, que es otra potencia semejante, nos hurta muchas veces el cuerpo y se va sin licencia de casa, sin que lo echemos de ver; lo cual es una cosa tan natural y tan ordinaria, que, por muy perfectos que sean los hombres, no pueden estar del todo libres desta pasión. Todas las plagas de Egipto fueron curadas y remediadas por la oración de Moisés, mas la plaga de los mosquitos no se lee que fuese curada, como fueron las otras (cf. Éx 8,12-15); para que por aquí entiendas que, por muy perfectos que vengan a ser los hombres y a estar libres de todos los otros males que vinieron al mundo por el pecado, esta plaga de mosquitos importunos, que hacen más enojo que daño, no la pueden excusar del todo; mas débese el hombre consolar, acordándose que así como aquellos primeros movimientos que se adelantan a la razón no se nos cargan por culpas, así tampoco este linaje de pensamientos, que se van y vienen sin nuestro consentimiento fuera de casa; pues lo uno y lo otro es vicio de la misma naturaleza, más que de la persona.

Y es aquí de notar que así como en las otras condiciones y propiedades naturales hay unos más vehementes que otros (porque no es menor la diferencia de los ánimos, que la de los rostros, en los cuales la naturaleza mostró tan grande variedad y artificio), así también esta guerra de pensamientos naturalmente fatiga más a unos que a otros. Y ni por esto los unos son

⁹² «La dificultad habitual en la oración es la *distracción*. [...] Salir a la caza de la distracción es caer en sus redes; basta volver a concentrarse en la oración: la distracción descubre al que ora aquello a lo que su corazón está apegado. Esta humilde toma de conciencia debe empujar al orante a ofrecerse al Señor para ser purificado. El combate se decide cuando se elige a quién se desea servir (cf. Mt 6,21.24)» (CEC 2729). «En eso de divertirme en el rezo del Oficio divino, aunque tengo quizá harta culpa, quiero pensar es flaqueza de cabeza; [...] lo tengo por mal incurable» (SANTA TERESA DE JESÚS, *Carta* 381).

más santos, ni los otros más pecadores, sino aquel será más santo: que mejor pelearé consigo mismo; y aquel más pecador: que teniendo su corazón más sosegado es, para lo que debe hacer, más remiso.

Y el que en esta parte fuere más flaco no por eso ha de desmayar, sino antes, por el contrario, consolarse mucho más; porque así como los hombres más necesitados tienen mayor derecho a las medicinas de los hospitales, que los ricos, así las personas más mal inclinadas tienen más justo título para pedir socorro en el hospital de la divina misericordia, que las otras. Porque, como dice san Pablo, el Espíritu Santo, que conoce bien lo poco que podemos, ayuda tanto más a nuestra flaqueza, cuanto conoce ser más necesitada (cf. Rom 8,26); así como el buen padre de familias provee de los más delicados manjares a los criados más enfermos, aunque menos útiles, no por más queridos, sino por más necesitados.

Pues por todas estas causas se concluye que no debe el hombre tomar demasiada pena cuando así fuere combatido de diversos pensamientos, pues esto no es cosa de que nuestro Señor se ofende, sino antes de que misericordiosamente se compadece, considerando cuán destruida quedó la naturaleza humana por el pecado, pues apenas podemos levantar el corazón al cielo, sin que luego se atraviesen pensamientos del mundo. Por lo cual es de creer que así como el padre que tiene un hijo frenético llora cuando ve que, comenzando a hablar ahora su hijo en seso, luego sal- [346] ta en un disparate, así aquel piadosísimo Padre celestial lloraría, si fuese posible, cuando ve que es tanta la corrupción de nuestra naturaleza, que, al mejor tiempo que estamos hablando con él en seso, luego saltamos en mil pensamientos desvariados.

Pues lo que debes hacer en este caso es que, al tiempo que te llegares a la oración, despidas de ti todo género de pensamientos y cuidados, cuanto te fuere posible, y solo, sin compañía, sube con Moisés al monte a hablar con Dios (cf. Éx 34,3-4), y cerradas, como dice el Salvador, las puertas de tu palacio, haz oración a tu Padre en escondido (cf. Mt 6,6). Y, si, con todo esto, cargaren sobre ti aquellos mosquitos de que arriba tratamos, haz como el patriarca Abrahán, de quien se escribe que, estando una vez ofreciendo a Dios un sacrificio, cargaron sobre él muchas moscas importunas, las cuales él ojeaba con todo cuidado para que su sacrificio fuese limpio (cf. Gén 15,11)⁹³. Y, si tú hicieses otro tanto, ten por cierto, como dice Guillermo Parisiense, que mucho más ganarás en esta batalla, que si estuvieras gustando a Dios a todo sabor. Y desta manera el demonio, que venía por lana, volverá trasquilado, y, queriéndote hacer perder, darte ha ocasión para más ganar. Pues, luego, si tu afición es casta y pura, y no te llegas a Dios por tu contentamiento, sino por el suyo, y no miras a las dádivas del Amado, sino al Amado, no tienes por qué entristecerte, pues te ha dado lo que tú principalmente deseabas y lo que a él más agradaba; aunque no fuese tan deleitable.

Mas aquí es mucho de notar que esta resistencia de pensamientos no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, como hacen algunos, que en esta parte están muy engañados; los cuales, pensando que se remedia esto con poner de su parte una muy grande y vehemente atención, trabajan tanto en esto, que vienen a fatigar la cabeza y los pechos; de donde nace que no pueden perseverar por largo espacio en oración, y después de salidos della, naturalmente rehúsan volver a ella como a cosa penosa y trabajosa. Este es un yerro muy grande, porque, como arriba dijimos, **no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y humildad**. Y, por esto, el remedio es que, cuando el hombre así se hallare, se vuelva a Dios sin escrúpulo, y, sin congoja alguna —pues esto no es culpa, o es muy liviana—, con humilde corazón le diga: «Veis aquí, Señor, quién yo soy. ¿Qué se esperaba deste muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba desta tierra, que por vos fue maldita y descomulgada, sino zarzas y espinas? (cf. Gén 3,17-18). Este es el fruto que ella ordinariamente suele dar, si

⁹³ «Descenderuntque volucres super cadavera». Como el término *volucres* es genérico (volátiles, alados), nada tiene de extraño que Fr. Luis piense en *moscas*. Esto es, además, el hecho comúnmente observado.

vos, Señor, no la limpiáis». Y, dicho esto, vuelva el hombre a atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación de nuestro Señor, que no suele tardar.

Y, para mayor entendimiento, desto es mucho de notar que nuestro corazón es como una laguna cenagosa, que siempre está echando de sí muy gruesos vapores, los cuales tienen todo el aire tan escurecido, que apenas se puede ver en él cosa clara. Mas, así como el sol sale por la mañana y comienza con sus rayos a herir en ellos, luego se van poco a poco resolviendo, hasta que del todo se deshacen, y queda el cielo escombrado y sereno. Pues, sin duda, debes creer que esta misma es la naturaleza de nuestro corazón, y este mismo es el remedio que tenemos contra esta niebla de pensamientos que sale dél. Y, por esto, el mayor y más necesario aviso es que no luego como esto viéremos desmayemos, sino que tengamos un poco de paciencia y longanimidad, porque poco a poco irá entrando en nuestra ánima el calor de la devoción; y, así como él fuere entrando, así se irá resolviendo toda esta niebla de pensamientos, y nos dejará el cielo escombrado y sereno. Y, esto hecho, una hora de las que después de esto se siguen es suficientísima recompensa de todo el trabajo pasado. Los que desta manera tratan este negocio no reciben trabajo en él, sino antes grandísima paz y consolación; y no sólo no rehúsan, como los otros, la vuelta de la oración, sino antes, acabados los otros negocios, no ven la hora de volver a ella, como a cosa de inestimable deleite; porque, como está escrito, *los que de mí comieren, todavía tendrán hambre, y los que de mí bebieren, siempre les crecerá la sed* (Eclo 24,21).

Torno a decir que este es el principal aviso deste ejercicio, y la causa principal por donde unos rehúsan el trabajo de la oración, como cosa penosa, y otros perseveran en él, como en todos los deleites, según que lo podrá ver por experiencia quien usare deste aviso susodicho.

III. Tercera tentación: De pensamientos de blasfemia y de infidelidad

Otros pensamientos hay más pesados y enojosos que estos, los cuales señaladamente suelen combatir a los que comienzan este camino, que son de infidelidad y de blasfemia. Porque los hombres carnales, cuyos pensamientos y deseos todos fueron carnales, aunque se vuelvan a Dios, no pueden luego perder las figuras y semejanzas de aquellas cosas en que trataban. Onde, así como Raquel cuando salió de su tierra se llevó consigo los ídolos de la casa de su padre (cf. Gén 31,19.34), así estos, aunque salen del mundo, todavía se llevan consigo las imágenes y figuras del mundo, y, cuando se ponen a pensar en cosas espirituales, allí se les representan cosas torpes y carnales.

Y algunos hay que se escandalizan y desmayan tanto con esta tentación, que se tienen por perdidos y reprobados de Dios, creyendo que como a tales permite el Señor tan horrible género de pensamientos. Lo cual, sin duda, es un engaño muy grande. Porque así como ningún linaje de tentaciones hay más penoso que este, así ninguno hay menos peligroso; porque, cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan [347] lejos está de tener culpa en ellas, pues todo el peligro de la tentación está en el deleite y consentimiento della. Así que no es esto señal de reprobación, sino cosa natural y consecuente al estado en que han vivido y a la disposición y hábito de su corazón. Por experiencia vemos que, cuando en una casa o despensa han estado por espacio de tiempo algunas cosas de mal olor, todavía permanecen allá las reliquias dél, aunque saquen fuera todas aquellas cosas que lo causaban. Ni es maravilla que el hombre regüelde a lo que siempre ha comido, ni que hable en aquel lenguaje que siempre ha usado. Antes por aquí debe creer que así como el hábito de pensar cosas malas le tiene tan sujeto a ellas, que no puede pensar en otras buenas, así, por el

contrario, el hábito de las buenas le vendrá a mudar de tal manera, que no pueda pensar en otras malas.

También en estos mismos principios suelen combatir mucho los pensamientos de la fe; mayormente a los entendimientos curiosos y no mortificados. A los cuales acaece como a un rústico labrador que entra en un palacio real, donde hay muchas maneras de casas y aposentos, y, como él nunca vio semejantes edificios, no acaba de maravillarse y preguntar: «¿Qué es esto? ¿Qué es lo otro?» Así, el hombre criado y habituado a tratar y medir todas las cosas por sola razón y no por fe, y acostumbrado a pensar cosas que no exceden los límites y capacidad de su naturaleza, cuando súbitamente lo arrebatan y llevan a ver los palacios del rey Salomón, y la grandeza de los misterios y maravilla de su casa real (cf. 1 Re 10), halla tan nueva y tan desproporcionada esta manera de obras con su razón, que no acaba de maravillarse y preguntar dentro de sí mismo qué es esto, qué es aquello, qué necesidad había de hacerse Dios hombre y padecer; y otras cosas semejantes. Todas estas son consideraciones y bajezas del rústico labrador, que, acostumbrado a su vil y pobre chozuela, quiere remedir y tantear con esta medida las grandezas y maravillas de la divina sabiduría.

Por esto **conviene que el hombre, acordándose de la bajeza de su condición, mire que es grandísimo desatino querer medir por sí a Dios y sacar las obras divinas por las humanas.** Porque la grandeza de las obras divinas es tan admirable, que no sólo excede todo lo que el hombre puede hacer, sino todo lo que puede entender. Y, demás desto, como sea infinita la distancia que hay del ser divino al de todas las criaturas, así lo es también la que hay de las unas obras a las otras; pues está claro que, cual es la manera de ser, tal es también la del obrar. Muy sabio era Salomón, y, con todo esto, dice *que de ninguna de todas las obras de Dios puede dar el hombre entera razón*, por pequeña que sea (Ecl 8,17)⁹⁴. Pues ¿cómo la dará de las obras de gracia, que sin ninguna comparación son mayores? *Así como no sabes — dice él — cuál sea el camino del aire, ni de qué manera se conciertan los huesos en el vientre de la mujer preñada* (ni cómo, según dice san Jerónimo, de una misma materia y elemento, una parte se hace blanda en la carne, otra dura en los huesos, otra está como palpitando en las venas, y otra se aprieta en los nervios), *así no podrás alcanzar las obras de Dios, que es el artífice de todas las cosas* (Ecl 11,5).

Pues, considerando esto, debe el hombre decir entre sí con toda humildad aquellas palabras del Sabio: *Si con tanta dificultad alcanzamos las cosas de la tierra y las que tenemos delante de nuestros ojos, ¿quién podrá, Señor, comprender las cosas del cielo y los consejos y obras de tu sabiduría?* (Sab 9,16). Mas ¿qué mucho es no entender un hombre el artificio de las obras de Dios, pues muchas veces no entiende él de las obras de otro hombre como él? Si mostraseis, dice san Crisóstomo, una rica pieza de vidrio a quien nunca jamás hubiese visto cosa de vidrio, y le dijeseis que aquel vaso tan hermoso se había hecho de ciertas yerbas y de arena, y, lo que más es, con un soplo de un hombre, apenas podría acabar de creer o de entender cómo aquello fuese posible. Pues, si un hombre no alcanza el artificio de las obras de otro hombre, ¿cómo presumirá de comprender el artificio de las obras de aquel Señor, que así como tiene por nombre Admirable [cf. Is 9,5]⁹⁵, así hace todas sus obras admirables? Mas ¡qué digo de otro hombre! Dime: ¿Sabrasme tú decir cómo labran las abejas el panal y la miel?, ¿cómo teje la araña aquella tela tan sutil?, ¿cómo hila el gusano el capullo de la seda? Pues, si no entiendes el artificio de las obras de los gusanos, ni sabrías hacer lo que ellos hacen, ¿cómo quieres medir y comprender con tu sabiduría las obras de Dios?

Pues, por esto, la suma discreción es en este caso que, acordándose el hombre, por un cabo, de la pequeñez humana, y por otro, de la divina grandeza, siga humilmente aquel

⁹⁴ «Quod omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem eorum, quæ fiunt sub sole».

⁹⁵ «Et vocabitur nomen eius Admirabilis consiliarius» (9,6). En Jue 13,18: «Cur quæris nomen meum, quod est mirabile».

consejo del Eclesiástico, que dice: *No quieras inquirir las cosas más altas que tú, ni escudriñar lo que excede tu capacidad, sino piensa en lo que Dios te mandó hacer, y no seas curioso en querer escudriñar sus obras, pues ves que muchas dellas exceden nuestro saber* (Eclo 3,22-23).

Λ Por donde el que quisiere entrar en este santuario de las obras divinas ha de entrar con mucha humildad y reverencia; y llevar consigo ojos de paloma sencilla, y no de serpiente maliciosa; y corazón de discípulo humilde, y no de juez temerario. Hágase como niño pequeñuelo, porque a los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas, porque esta palabra «*por qué*» es palabra de serpiente, y esta fue el primer comienzo de nuestra perdición (cf. Gén 3,1). Cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe, porque este es el instrumento con que se han de tantear las cosas divinas. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana; mas, para mirar las divinas, muy despropor- [348] cionado es, si no es ayudado con favor del cielo.

Y, aunque esto generalmente convenga a todos, pero mucho más a los principiantes, a los cuales, como a discípulos y niños, primero conviene creer, y después podrán venir a determinar y juzgar. Porque así como el niño cuando le enseñan el «*abecé*» ha de creer lo que le dicen, sin pararse a preguntar por qué razón se llama ésta «*a*» y ésta «*b*», porque después que sepa leer podrá entender la razón de cada cosa de estas, así, el que comienza a considerar y entender estos misterios, primero ha de creer lo que proponen, y después irá entendiendo las conveniencias admirables de cada cosa. Mas, los que se han de otra manera, nunca jamás los entenderán; porque, como dice el Profeta, *si no creyéredes, no entenderéis* (Is 7,9) ⁹⁶.

IV. Cuarta tentación: Del temor demasiado

También suele perturbar a algunas personas, y especialmente a mujeres, el temor que tienen de recogerse de noche en lugares solos y apartados a hacer oración. Mas este temor no hay con qué mejor se pueda vencer, que con hacerse el hombre fuerza y perseverar en su ejercicio; porque esta tentación no se vence huyendo, sino peleando; antes comúnmente vemos que, huyendo, crece el temor, y peleando, la osadía. Y, por tanto, así como a las bestias espantadizas no dejamos salir con sus temores y siniestros [*resabios*], sino antes a poder de palos y espoladas las hacemos pasar por do rehúsan, así también conviene que se haga con los ánimos temerosos y espantadizos, para que así pierdan sus vanos temores y siniestros.

Mas querría yo saber del que desta manera teme por qué teme. Si por cosas de la otra vida, claro está que ninguna de estas es poderosa para dañar a nadie, si no es con licencia del común Señor. Y, si él quiere castigarnos, donde quiera lo puede hacer; y si no quiere castigar, no basta la oportunidad del lugar para que nadie lo pueda hacer sin él. Si dices que temes al demonio, tan limitado tiene este el poder, como todo lo demás. Porque no se extiende a más su fuerza de aquello que quiere la divina providencia. Aquel león que mató al profeta desobediente cuando volvía de Betel, ni tocó en el cuerpo del muerto, ni en la bestia que lo llevaba; y, así, cuando vinieron por su cuerpo para enterrarlo, hallaron el cuerpo entero y a la bestia viva, y al león a par de entrambos, sin tocar en uno ni en otro (cf. 1 Re 13,24.28). En lo cual se nos representa cuán limitado tiene su poder aquel león rabioso para con los hombres, y cómo no se puede extender a más de aquello que Dios le manda (cf. Mt 10,28).

⁹⁶ Al margen: *Secundum 70 interpretes. & ita habet D. August. Lib.2 de Doctrin. Christ. c.12. & Sth. 2-2 q.8 art.8 in resp.ad 1 argument.* También II-II q.4 a.8 ob.3; q.8 a.5 ob.3. Texto de la *Vulgata*: «Si non credideritis, non permanebitis».

Pues ¿qué diré del ángel de la guarda que tenemos a nuestro lado? ¿Cómo es posible que tema el hombre, con tal amparo y defensor? Temía el criado de Eliseo viendo cercada de enemigos la casa de su señor, y abriole Dios los ojos y vio todo el monte lleno de caballos y carros de fuego que estaban al derredor de su profeta (cf. 2 Re 6,15-17). Pues, aunque tú no seas profeta, basta que vivas en temor de Dios para que te alcance parte de esta guarda, según aquello del Profeta, que dice: *El ángel del Señor anda siempre al derredor de los que le temen, para librarnos de todo mal* (Sal 33,8). Bien deben conocer los demonios la fortaleza de esta guarda, pues uno dellos decía, hablando con Dios de Job: *¿Por ventura sirve Job a Dios de balde? ¿Por ventura no le tienes tú cercado por todas partes, y toda su familia y hacienda, para que nadie le pueda empecer [dañar]?* (Job 1,9-10). Mira tú de la manera que los hermanos mayores traen a los menores en sus brazos, cuando son chiquitos, y cómo miran por ellos con todo recaudo y providencia: que de esa manera aquellos bienaventurados espíritus, que son como nuestros hermanos mayores, miran por nosotros, que somos hermanillos pequeños, y nos traen en sus brazos, como dice David: *A sus ángeles tiene mandado de ti que te traigan en las palmas de las manos, porque no tropiecen tus pies en la piedra* (Sal 90,11-12). Mas ¡qué mucho es que nos traigan los ángeles en sus manos, pues el mismo Señor hace lo mismo, como él lo significó por su profeta, diciendo: *Yo, así como ama de Efraín, los traía en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenía dellos!* (Os 11,3). Él mismo es el que dijo por el profeta Zacarías: *El que a vosotros tocara, toca a mí en la lumbre de los ojos* (Zac 2,8). Y por el mismo profeta dice que les será *un muro de fuego* que los cerque por todas partes (Zac 2,5). Pues ¿de qué temes tú ahora, debajo deste muro? ¿Por qué has más de creer a los antojos y fantasmas de tu corazón, que a las palabras y promesas de Dios?

Y especialmente debes más asegurarte estando en oración, que en otro cualquier ejercicio; porque, según la doctrina de los santos, allí es donde más presentes están los ángeles para ayudarnos a orar y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo y de todo aquello que nos puede perturbar aquel santo silencio, según que lo dice el Esposo en los Cantares, por estas palabras: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras monteses y por los ciervos de los campos, que no despertéis a mi amada de su sueño, hasta que ella quiera despertar* (Cant 3,5). En lo cual se pone silencio no sólo a los demonios, sino a todas las criaturas del mundo, para que no impidan a la esposa de Cristo el dulce sueño de su contemplación, interponiendo para ello la autoridad de los santos ángeles, que son figurados por estos animales, así por la velocidad y ligereza de su contemplación, como por la agudeza de su vista, según dice san Bernardo (*super Cantica*, 7,4).

Estas y otras semejantes cosas deben considerar los temerosos, no sólo cuando los combate el temor, sino también cuando están fuera dél; porque, como esta pasión procede de engañosa [349] y falsa imaginación, estando ya tomado este puerto con el conocimiento de la verdad, no tendrá tanta fuerza el engaño y la mentira.

V. Quinta tentación: Del sueño demasiado

También suele fatigar a muchas personas el sueño al tiempo del orar. El cual unas veces procede de necesidad, otras de enfermedad, otras de pereza, y otras también del demonio, que por todas vías pretende impedirnos este bien. Cuando procede de necesidad, el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro; porque la naturaleza tiene grandes fuerzas y no quiere ser defraudada de cosa que le pertenezca. Mas, cuando procede de enfermedad, ni debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa, ni tampoco del todo dejarse vencer, sino hacer de su parte aquello que buenamente pudiere, a

veces usando de industria, y a veces de alguna fuerza; porque del todo no se pierda la oración, sin la cual apenas tenemos seguridad en esta vida.

Mas cuando el sueño nace de pereza, o del demonio que lo procura, el remedio es el ayuno y la disciplina, y otra cualquier aspereza que despierte y punce la carne, para que así la deje el sueño. Y particularmente ayuda mucho para esto el ayuno, porque comúnmente andan juntos sueño con la comida; de tal manera que al comer mucho se sigue dormir mucho, y al comer poco, dormir poco. Y por esto se escribe de san Basilio que se le pasaban casi todas las noches enteras velando, porque era templadísimo en sus comidas. Y esta misma fue la causa por donde todos los santos fueron grandes veladores, porque todos fueron grandes ayunadores.

Finalmente, uno de los grandes remedios que hay, así para este mal como para todos los otros, es **pedirlo a aquel que siempre está aparejado para dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir**. Porque, pues a ninguna criatura de la mar ni de la tierra falta su providencia, mucho menos faltará a los hombres que crió a su imagen y semejanza. Seamos nosotros humildes y fieles, y perseveremos en pedirle misericordia, que él nos será fiel en concederla, según aquello que está escrito: *El varón cuerdo cree las palabras de la ley de Dios, y esa ley le será fiel* (Eclo 33,3) ⁹⁷; porque nunca faltará el cumplimiento de las promesas a quien no faltare el crédito y la esperanza dellas.

Esto que toca al sueño demasiado se debía mirar mucho, no sólo por amor de la oración, sino también por el tiempo que con ello se pierde; porque, si una palabra ociosa es pecado, y tal pecado que se ha de pedir cuenta dél en el día del juicio (cf. Mt 12,36), ¿cómo no lo será tanto tiempo perdido como algunos gastan en dormir, en el cual podrían velar, leer y hacer otras cosas merecedoras de corona perdurable? Y, si según reglas de medicina bastan seis o siete horas para satisfacer a la necesidad del cuerpo, ¿qué hace el cristiano, y mucho más el religioso, en una noche de invierno, que es de un año ⁹⁸, en la cama, emperzando y durmiendo, y perdiendo tiempo, y volviéndose como la puerta en el quicial de un lado para otro, pudiendo en aquel tiempo dar una vista al cielo y pasear todos los coros de los ángeles y contemplar la gloria de Dios? Y lo que peor es: que está ya esto tan recibido y tan usado, que nadie lo tiene por pecado, ni hace conciencia de ello; no mirando el mucho tiempo que aquí se pierde, y lo mucho que se podía ganar en tantos ratos perdidos.

VI. De otras dos tentaciones, entre sí contrarias [*Desconfianza y presunción*]

Otras dos tentaciones entre sí contrarias se me ofrecen después de todas estas, las cuales, junto con sus remedios, me pareció poner en este lugar para mayor luz y aviso de los que oran.

Destas dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar a muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar a tanta alteza y perfección; y la otra es presunción, la cual, por el contrario, les hace creer que han ya llegado al cabo, o a lo menos que han aprovechado algo en este camino; los cuales, engañados con esta falsa confianza, no trabajan por pasar adelante, y no miran que en este camino, en el cual hay infinitos grados de aprovechamiento, sólo aquel va más adelante: que se ve estar más desviado, y que cuanto más se acerca, más lejos le parece que está. A este mal, con dificultad se le halla remedio, porque quien no se conoce por enfermo no procura la medicina, y así viene a hacerse del todo incurable. En esta cuenta entran todos los tibios, los cuales gozan del título de santidad, que

⁹⁷ «Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis».

⁹⁸ *Sic*. Ignoro el sentido. ¿Acaso una frase coloquial, para indicar que las noches de inviernos son *muy largas*?

teniendo nombre de vivos, están muertos [cf. Ap 3,1], y siendo ciegos y paralíticos, presumen adestrar a otros y enseñarles el camino que ellos no supieron andar.

Pues por causa destes dos peligros nos conviene andar armados a la diestra y a la siniestra: a la diestra con la esperanza, y a la siniestra con temor; para que lo uno nos sea como espuela para apresurar el camino, y lo otro como freno para andarlo más atentamente. Si quieres, pues, vencer la desconfianza, la cual nace o de la flaqueza de tus fuerzas o de la dificultad de la empresa, considera que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propia virtud. Onde, si sabes usar bien desta tentación, ella misma te será una grande ayuda para lo que deseas, porque te dará ocasión de ser más humilde. Porque necesario es, si has de llegar a este grado de perfección, que de todo punto desconfíes de ti. Y, cuando el enemigo te dijere que del todo eres insuficiente, respóndele tú que esa misma insuficiencia, así claramente conocida, te hará más [350] humilde, y, por consiguiente, más hábil para recibir la divina gracia, a la cual ninguna cosa es imposible.

Si te desmaya también ver que al cabo de muchos años no has aprovechado en este ejercicio, piensa que muchas veces dilata el Señor su gracia, porque más claramente conozca el hombre su flaqueza; y también para darle tanto mayores dádivas, cuanto más tiempo gastó en aparejarse para recibirlas. En testimonio de lo cual vemos que, de mujeres de muchos años estériles, quiso que naciesen varones tan señalados, como fueron Isaac, Jacob, Sansón, Samuel, san Juan Bautista, y otros muchos; por cuyo ejemplo te debes esforzar, sabiendo de cierto que muchas veces el trabajo de muchos años viene a parir en un día.

Pues, si te hace desmayar la propia fragilidad, y la fortaleza del demonio, y la malicia de los tiempos presentes, piensa que muchos más en número y en valor son los que te ayudan, que los que son contra ti. Y, ciertamente, si te abriese Dios los ojos y vieses todos los ángeles y todos los santos y al mismo Dios estar mirando el fin de tu batalla y ofreciéndote la corona, sin duda no temerías, aunque vieses todo el infierno puesto en armas contra ti; como hacía el apóstol san Pablo, el cual, con este esfuerzo, parece que desafiaba a todas las criaturas del mundo, cuando decía: *¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de Cristo?* (Rom 8,35). Como si dijera: «No conozco criatura en cielos ni tierra que para esto sea bastante».

No es menor tentación el pensar que has ya llegado al cabo, que pensar de nunca poder llegar; para lo cual también probaré a darte su remedio. Y tú puedes hacer desta misma ponzoña la triaca para contra ella, concluyendo y averiguando por muy cierto que no hay más claro indicio de estar muy lejos, que creer que has llegado. Porque en este maravilloso camino los que van descubriendo más tierra, estos se dan más prisa por ver lo que falta, y con el sabor de lo que han visto siempre les crece el deseo de lo que queda por ver; y por esto nunca hacen caso de lo pasado, en comparación de lo venidero. Así dice el Apóstol que echaba en olvido todo lo pasado, y que siempre anhelaba y suspiraba por lo de adelante (cf. Flp 3,13). Como hace la piedra que se mueve hacia abajo, que cuanto más se allega a su centro, tanto se da mayor prisa para acabar de llegar. Y, si tú piensas cómo el centro que vas a buscar es infinitamente perfecto, siempre te parecerá que estás lejos dél y que no has alcanzado nada, aunque estuvieses lleno de inestimables riquezas. Mas, si crees que ya lo posees todo, argumento es muy claro que todo lo que has recibido es cosa pequeña.

Muchos otros remedios te pudiera dar contra esta presunción temeraria; mas, deseando llegar al fin, sólo este aviso te daré: que, si quieres entender cuán lejos estás de la verdadera oración, te mires, como en un espejo, en aquellos que fueron verdaderamente devotos, en cuya comparación te parecerá que eres un enano en presencia de un gigante.

Y, callando primeramente los ejemplos de Cristo y de la Virgen, nuestra Señora, porque la grandeza de su resplandor no te ciegue la vista, recogeré otros ejemplos más bajos y más proporcionados con tu flaqueza, para que, mirándote en presencia destes, veas claramente

lo que eres; y, viendo que lo que tú eres fueron ellos, no pierdas la esperanza de ser lo que ellos fueron.

Y, primeramente, dime: ¿A qué alteza de contemplación fue arrebatado el apóstol san Pablo, cuando él mismo no sabía si estaba en el cuerpo o fuera dél? (cf. 2 Cor 12,2). Verdaderamente, a todas las criaturas había pasado de vuelo, y a sí mismo con todas ellas, y todo estaba absorto y anegado en Dios.⁹⁹ [...] [351] [...]

Pues, si tú crees esto ser verdad, claramente podrás conocer por aquí tu bajeza; y si no lo crees, en eso verás cuán lejos estás de llegar a esta perfección, pues no llegas a crearla.

Λ Mas muchos, por excusar su propia imperfección, dicen que ya no es aquel tiempo que solía; como si no fuese agora aquel mismo Dios que entonces era, y como si no desease agora nuestra perfección, como entonces lo deseaba.

Pues, si quisiese yo ahora hacer mención de algunos de los presentes, tampoco me faltarían muy graves ejemplos; mas la santidad de los tales, por grande que sea, suele ser a los vivos más envidiosa y menos digna de fe. Pero nada desto es increíble, puesto que [*aunque*] todo ello sea admirable. Porque, si de la reina Sabá dice la Escritura que desfallecía su espíritu y que no le quedaba huelgo cuando veía las obras de Salomón (cf. 1 Re 10,4-5), ¿qué hará un ánima, a quien el Espíritu Santo ha abierto los ojos con aquella divina luz, para que vea no la grandeza de las obras de Salomón (que era un hombre terreno), sino la de las obras de Dios, donde hay tantas maravillas que mirar, así en las obras de naturaleza como de gracia y de gloria? Antes es de maravillarse cómo puede vivir quien ve cosas tan grandes, y con tan grande luz, como la que el Espíritu Santo suele comunicar a sus familiares amigos.

Pues con estos ejemplos te será fácil conocer lo que eres y cuánto camino te queda por andar, pues tan lejos estás deste grado de perfección. Y así, por una parte, vendrás a ser más humilde, considerando lo que eres, y por otra, más diligente, viendo lo que te falta, si has de llegar a estar unido perfectamente con aquel que es un piélagos de infinita grandeza.

VII. Octava tentación: Del demasiado apetito de estudiar y saber

Después de todas estas tentaciones susodichas, quedan ahora otras dos muy semejantes entre sí, y tanto mayores que las pasadas, cuanto tienen más color y apariencia de virtud, con la cual tienen engañado mucho número de personas; mayormente aquellas que son más deseosas y celosas del bien común. Y, por esto, con ellas principalmente entiendo ahora tratar.

La primera destas es el demasiado apetito que algunos tienen de estudiar y saber, socolor de aprovechar a otros. Y digo *demasiado*, porque, cuando es templado y medido con el peso de la razón, no es tentación, sino virtud muy loable y ejercicio muy provechoso para todo género de personas; y más para mancebos, que con estos ejercicios ocupan la mocedad y excusan la ociosidad (y con ella, muchos vicios), y aprenden con que puedan aprovechar a sí y a otros. Mas, si esto no se toma con templanza, sin duda es grande impedimento para este negocio. Y no es maravilla que una cosa tan loable pueda venir a ser tan dañosa, si no se toma con templanza, porque no es cosa nueva ser dañoso el exceso de todas las cosas, aunque sean de suyo buenas y necesarias. ¿Qué cosa más necesaria que el comer y el beber, y el ejercicio

⁹⁹ Sigue citando luego, de forma somera, a María Magdalena, a los abades Antonio, Arsenio y Silvano, al papa Gregorio, a san Bernardo, a santo Tomás de Aquino y a san Francisco.

moderado, y las medicinas corporales? Todas estas cosas son muy buenas y necesarias; mas, si no se toman con templanza, vemos que son muy empecibles y dañosas ¹⁰⁰.

Pues esto mismo decimos del estudio y apetito demasiado de saber, el cual sin duda es una mala madrastra del estudio de la oración. Porque esta manera de estudio pide todo el tiempo y todo el hombre desocupado; porque, como un filósofo dijo, «el tiempo es el sabio, porque él es descubridor de las cosas y el que hace los hombres sabios»; y por otra parte, el estudio de la oración y contemplación requiere tiempo, y quiere tener también al hombre libre y desembarazado de todo, para que así pueda vacar a Dios. Por donde viene a ser muy grande la porfía sobre cuál de estas partes prevalecerá, y no muy diferente de aquella que había entre las dos hermanas Lía y Raquel sobre cuál dellas tendría más parte en el marido (cf. Gén 30,15).

Demás desto, el estudio, allende de ocupar el tiempo, o la mayor parte dél (por lo mucho que hay que ver y que trastornar, y por el gran trabajo que es menester para salir con algo), es también un ejercicio que, cuando es de mucha especulación, suele secar en algunos el afecto y ternura del corazón. Porque con las ocupaciones puramente corporales muy bien se sufre tener ocupado el espíritu en lo que quisiéremos; mas, cuando el espíritu mete todas las velas y emplea toda su virtud por la parte intelectual, queda en el entretanto la voluntad más ociosa, por desaguarse toda la virtud del ánima por la otra parte tan principal. Y por estas dos causas dijimos arriba que era grande impedimento este de los estudios, así porque ocupa mucho tiempo, como porque seca desta manera el espíritu; y lo uno y lo otro impide mucho este ejercicio.

Mas, con todo esto, hay algunas personas fuertemente combatidas desta tentación, por los grandes aparejos y motivos que el demonio tiene para combatirnos por esta parte. Porque, primeramente, es muy natural en todos los hombres el apetito del saber, como Aristóteles dice; y tanto, que no supo el demonio con qué cebo más apetitoso pescar los dos primeros hombres, que con este, cuando les dijo que serían como dioses en saber de bien y de mal (cf. Gén 3,5). Y por ventura de aquí nace que, como entonces con este cebo echó tan buen lance, presume que también podrá agora hacer lo [352] mismo, y que, como hijos de tales padres, picaremos en lo que ellos picaron, y seremos engañados por el mismo camino, aunque hayamos visto por experiencia cuán mal les sucedió en la jornada.

Con este natural apetito se junta la nobleza del ejercicio y la suavidad que hay en él; porque, en hecho de verdad, no parece que hay otro ejercicio más digno de la nobleza del hombre (que es criatura racional), que emplearse todo en perficionar aquella más noble parte que hay en él, que es la razón, la cual se hace cada día más perfecta con el uso continuo de las letras. Pues la suavidad es tan grande, y tan continua, y tan segura, que, como dijo un filósofo, «sin el estudio de las letras, no entiendo que haya en esta vida cosa suave».

Crece aún más este apetito con el de la propia excelencia, que es muy poderoso. Porque claro está que uno de los principales medios y caminos que haya para la honra es el de la sabiduría. Y como los hombres tengan tan arraigado en lo íntimo de las entrañas este amor, luego se van a procurar un tan principal medio por do ella se alcanza, como son letras y sabiduría.

Y, sobre todo esto, se añade el color de piedad y título del provecho común que en esto hay, el cual es un bien dignísimo de ser deseado de todos, y mucho más de los perfectos, que sobre todas las cosas lo desean. Por do acaece que, muchas veces, so color deste título, favorece el hombre sus propios apetitos e inclinaciones, diciendo, y aun creyendo, que hace

¹⁰⁰ «Philosophorum quoque sententia est μεσότητος ἀρετᾶς, ὑπερβολᾶς κακίας εἶναι quod Latinus ita potest sermo resonare: Moderatas esse virtutes, excedentes modum atque mensuram inter vitia reputari. Unde et unus de septem sapientibus: “Ne quid, ait, nimis”» (SAN JERÓNIMO, «A Demetria», CXXX,11, en *Epistolario* II, o.c.).

puramente por Dios lo que hace por otros naturales o viles intereses. Porque, como dice san Bernardo, muchos son los fines por los que los hombres desean saber: «Ca unos desean saber solamente por saber, lo cual es torpe curiosidad. Otros quieren saber porque todos lo sepan y conozcan, lo cual es torpe vanidad. Y otros quieren saber para vender su sabiduría por honras o por dinero, lo cual es torpe ganancia. Y otros hay que quieren saber para aprovechar al prójimo, lo cual es caridad. Y otros, por aprovechar a sí, y esto es verdadera prudencia» (*super Cantica*, 36,3). Todo estos fines puede haber en este apetito, en lo cual muchas veces se engaña el hombre, porque no siente lo que principalmente le mueve; que es un engaño muy grande.

Pues, tornando al propósito, si tantas son las cosas que llaman nuestro corazón a este ejercicio, ¿quién será tan mortificado y tan constante, que pueda resistir a todas estas fuerzas? Si por una parte nos convida el natural apetito de saber, por otra el deleite natural del estudio, y por otra la nobleza del ejercicio, y por otra el apetito de la honra que por aquí se alcanza, y por otra se justifica todo esto con el mérito de la obediencia y con la utilidad nuestra y de la Iglesia, ¿quién será tan fuerte y tan discreto, que no se deje llevar de todas estas cadenas?

Pues por esta causa dije que era grande esta tentación, porque tiene grandes garfios para prender el corazón y llevarlo tras sí. ¡Oh, cuántas veces acaece estar el hombre de rodillas en oración, y a ratos entre los coros de los ángeles, y estar todos estos señuelos ofreciéndose al corazón, solicitándolo y dándole priesa para que dé cabo a aquello que hace y acuda a cumplir la tarea del estudio cotidiano, a leer sus lecciones, a acabar de pasar tal y tal libro! Finalmente, a no dejar pasar aquel día sin acrecentar algo a la doctrina, aunque sea con menoscabo de su propio aprovechamiento. Y a veces es tanta la fuerza deste apetito, que el ánima miserable viene a dejar el cielo por la tierra y el oro por la escoria, y a cerrar las puertas a las crecientes de la divina gracia por abrirlas a la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh, si supiese el que esto hace cuánto es lo que Dios puede enseñar y en cuán poco tiempo, y cuán poco es todo lo que puede alcanzar el ingenio humano, y cuán a la larga! Y, ya que fuese mucho todo lo que por esta vía se alcanza, es cierto que todo ello aprovecha muy poco sin la sabiduría de Dios. *Si alguno* —dice el Sabio— *fuere consumado en los hijos de los hombres, y careciere, Señor, de tu sabiduría, en nada será tenido* (Sab 9,6). Conforme a lo cual, dice san Agustín: «Bienaventurado, Señor, el que conoce a ti, aunque no sepa otra cosa; y miserable el que sabe todas las cosas, si a ti no sabe. Y si a ti y a ellas sabe, no es bienaventurado por lo que sabe dellas, sino por lo que sabe de ti» (*Confes.*, V,4). ¿No está claro que vale más un punto de lo que Dios enseña, que todo cuanto pueden enseñar todos los sabios del mundo? La sabiduría del mundo levanta y ensoberbece, mas la de Dios, dice san Agustín que no ensoberbece, sino enamora; ni hace los hombres soberbios y parleros, sino humildes y llorosos. Pues, si al tiempo que Dios actualmente así me está enseñando, le vuelvo las espaldas y le dejo con la palabra en la boca, por acudir a los maestros de la tierra, ¿no hago grandísima injuria al del cielo?, ¿no desestimo su doctrina y la tengo en menos que la humana, pues la trueco por ella? ¡Oh, cuán mal sabe preciar el espíritu de Dios quien tan poco caso hace dél!

Y, si fuesen pocos los que desta manera yerran, menor sería esta querella. Mas ¿qué diré, que casi todo el mundo vive en este engaño? Dicen que, en el estrecho de Magallanes, de tres navíos se perdió uno; mas, en este de que hablamos, de ciento apenas escapa uno. ¡Cuántos estudiantes tiene hoy el mundo, y cuán pocos discípulos tiene Cristo! Y lo que es más para sentir: que aun aquellos que de nuevo dejan el mundo y entran en religión, en aquel tiempo que estaba diputado para esta disciplina —con la cual se había de dejar el hombre viejo con todos sus siniestros, y vestir el nuevo—, como si fuese este negocio de pocos días, o de poca importancia, apenas han comenzado a abrir los ojos y conocer a Dios, cuando luego los entregan a filósofos gentiles y estudios huma- [353] nos, donde por muchos años no se oye el nombre ni palabra de Cristo. Los cuales estudios, aunque por la mudanza de los tiempos y

por las importunidades de los herejes sean en parte necesarios, pero todavía los habíamos de tener por una gran plaga de nuestra vida, pues nos roban tanta parte del tiempo y nos hacen tantos años como desterrados de la compañía de Cristo. Especialmente, considerando que, como dice Gregorio Nacianceno, «todas estas letras y disciplinas de gentiles son como unos azotes y plagas de Egipto que se nos entraron en la Iglesia por nuestros pecados» (*Libr. I de Theologia*).

Mas, ya que la miserable condición de nuestra vida nos puso en esta necesidad, deberíase de aguardar tiempo conveniente para ella, proveyendo que de tal manera estuviese ya fraguada la obra y asentado el edificio de las virtudes en el que comienza, que pudiese sufrir bien esta carga. Mas, estando aún tan tierna la obra, estando aún el mozo gustando la leche de Cristo, que lo aparten destos pechos, y lo arrimen a los de los filósofos gentiles, donde no hallen otro pasto, sino argumentos y sofismas, ¡esto es más para sentir! Porque, dime: ¿Qué es esto, bien mirado, sino hacer lo que hacía aquel crudelísimo Faraón para destruir el pueblo de Dios, cuando mandaba que, en naciendo el hijo varón, luego lo ahogasen en las aguas de Egipto? (cf. Éx 1,22). Pues ¿qué otra cosa vemos en nuestros tiempos, sino que, apenas ha comenzado uno a renacer en Cristo, antes que crezca y tome fuerza en el nuevo ser que recibió, cuando luego le meten hasta los ojos en estas aguas, donde se ahogue y pierda todo el espíritu que tenía?

Todas las cosas tienen sus tiempos —como dice el Sabio—: *tiempo hay de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos* (Qo 3,1.5). Aquel, cierto, era tiempo de abrazar a Dios, y de cobrar con estos abrazos un amor tan fuerte, que no bastasen las crecientes de las muchas aguas para matarlo (cf. Cant 8,7); y esto hecho, vendrá tiempo de alejarse un poco de los brazos, por acudir a las necesidades de nuestros prójimos.

¿Qué otra cosa quiso Dios significar cuando proveyó en la ley que los recién casados no fuesen obligados a tomar armas ni ir a la guerra? (Cf. Dt 24,5). ¿Qué otra cosa quiso significar cuando mandó que no arasen con el primogénito del buey, ni trasquilasen el primogénito de la oveja (cf. Dt 15,19), sino dar a entender que este linaje de primogénitos de que tratamos ha de ser sobrellevado [*dispensado*] de todas estas cargas y obligaciones, para que pueda emplear todo su caudal en su propio aprovechamiento? Pues contra todas estas leyes hacen los que hurtan este tiempo al estudio de la verdadera sabiduría, por entregarse del todo a la sabiduría humana.

De los remedios contra esta tentación

I. El primero remedio contra esta tentación es considerar cuánto más excelente cosa es la virtud, que la sabiduría, y cuánto más excelente la sabiduría divina, que la humana; para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe ocupar en los ejercicios por donde se alcanza una, que la otra. ¿Quieres oír esto en una palabra? Mira lo que dice el Eclesiástico: *¡Cuán grande es el que ha hallado la sabiduría y la ciencia! Mas no es mayor que el que teme a Dios. Porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla* (Eclo 25,10-11). Mira otrosí lo que dice san Agustín: «En mucho suelen estimar los hombres la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra; mas mucho más son de estimar los que anteponen a esta ciencia el conocimiento de sí mismos; y más loable es el ánima que tiene conocimiento de su flaqueza, que el que olvidado este conocimiento trabaja por conocer el camino de las estrellas, no sabiendo el camino por donde se ha de ir al cielo» (*Lib. 4 de Trinitate*).

II. Tenga la sabiduría del mundo todas las grandezas que quisiere; a lo menos no le puedes quitar una gran miseria, que es acabarse con la vida el provecho común que se sigue

della. Pues ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que por tan poco tiempo ha de durar? Esta era la causa porque lloraba un filósofo, como escribe san Jerónimo, estando para morir, diciendo que le pesaba acabar la vida al tiempo que comenzaba a saber ¹⁰¹. Porque, cierto, si alguna pérdida hay en el mundo que merezca lástima es la muerte de un grande sabio, pues allí viene a ponerse debajo de la tierra una cabeza llena de tantos secretos y maravillas. Y, pues esto ha de ser así, gran prudencia es tomar aquel consejo del Salvador, que dice: *No queráis atesorar en la tierra, donde el orín y la polilla destruyen las cosas, y donde los ladrones cavan y roban, sino trabajad por atesorar en el cielo, donde nada desto ha lugar y donde los bienes estarán eternamente seguros* (Mt 6,19-20). Pues, según esto, ¿cuánto mejor será ejercitarnos en actos de caridad, que en especulaciones de entendimiento, pues el fruto de los unos dura para siempre, y el de los otros se acaba con la vida, si no nacen de esa misma caridad y gracia? Mira cuánto mejor hacienda es juro [*derecho*] perpetuo, que juro de por vida: que tanto mejor es el ejercicio de la caridad, que el de las ciencias humanas. Y, si mucho deseas saber, espera un poco, no te des tanta prisa, porque todo lo que puedes aquí saber es nada, y, si te ejercitas en el amor de Dios, presto le irás a ver y en él verás todas las cosas.

III. Demás desto, debes también acordarte que «en el día del juicio —como dice un santo ¹⁰²— no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; y no cuán bien hablamos o predicamos, sino cuán bien vivimos». Esta es una consideración que, bien pensada, bastaba para convencer a todos aquellos que de veras quieren acertar. Porque, dime: ¿Qué cosa hay en el mundo más acertada, que agradar a Dios y estar bien con él? ¿Y cuál es la cosa que más le agrada, que **la caridad**? Esta es la que sola- [354] mente le agrada y por quien todas las cosas le son agradables. Esta es **por quien tenemos de ser juzgados y examinados**, y por cuya medida nuestras obras han de ser galardonadas. Y en tanta manera es esto verdad, que, si un hombre hubiese, no digo aprendido todas las ciencias del mundo, sino predicado y convertido todas las naciones del mundo, si en una viejecica que nada de esto ha hecho se hallare más caridad, no hay que dudar, sino que será más agradable a Dios y tendrá más parte en él. Pues, según esto, no podemos negar sino que aquella será mejor vida y aquellos más acertados ejercicios: que más ayudan a alcanzar esta virtud. Y, pues nos consta que los ejercicios y actos de la vida contemplativa ayudan más para esto, que otros ningunos, síguese que estos serán los mejores y más acertados de todos. ¡Oh, si supieses cuántas personas hay hoy en el mundo que nunca aprendieron silogismo ni convirtieron ánimas, las cuales en los ojos de Dios son más preciadas que muchos grandes sabios y predicadores del mundo! Así que, hermano mío, si deseas acertar, cata aquí el camino cierto y seguro por do lo puedas hacer; lo cual no digo yo para que del todo dejes el estudio, sino para que lo tomes de la manera que en una breve palabra te lo aconseja san Agustín, diciendo: «No seamos en las disputaciones continuos, y en las oraciones perezosos» (*in Psalm. 118 concione 6*).

IV. Demás desto, toda la ley y toda razón natural nos enseña que de tal manera debemos tomar así el ejercicio de las letras, como todos los otros, que no echemos en olvido a nosotros mismos, ni troquemos lo menos por lo más. «Porque —como dice muy bien san Crisóstomo— gran condenación es la del hombre que trabaja mucho por limar y pulir la lengua, y no procura por ordenar y componer su vida». Porque, como nos vaya tan poco en que la habla sea compuesta, y tanto en que lo sea la vida, ¿qué mayor locura que tener tanto cuidado en lo que va tan poco, y tanto descuido en lo que va tanto?

¹⁰¹ Al margen: *Themistocles Philosophus, cum expletis 107 annis se mori cerneret, dixisse fertur dolore quod tunc egrederetur e vita, quando sapere cœpisset. Refert Hieronym. in epist. ad Nepotianum* (Carta LII,3).

¹⁰² Al margen: *Tomás de Kempis, in principio primi libri De contemptu mundi*. Es Lib.I c.3 n.22.

Esto es lo que tan encarecidamente escribe san Bernardo a Eugenio, por estas palabras: «Tu consideración comience de ti mismo, porque no te extiendas vanamente a otras cosas, olvidándote de ti. ¿Qué te aprovecha ganar todo el mundo, si pierdes a ti solo? [cf. Lc 9,25]. Y, si fueres sabio, fáltate para la verdadera sabiduría que lo seas también para ti. Y, si me preguntas cuánto te falta para esto, dígotte que todo, si no lo eres para ti. Sepas todos los misterios de la Escritura, la anchura de la tierra, y las alturas del cielo, y las profundidades de la mar: si, con todo esto, no conoces a ti mismo, serás semejante al que edifica sin fundamento, y hace obra para caer. Todo lo que edificares fuera de ti, ten por cierto que será como un montón de polvo que se lleva el viento. De manera que no es sabio el que para sí no lo es. Y, por esto, el que de verdad lo quiere ser, séalo para sí y beba él de su misma fuente. Y, por esto, de ti comience tu consideración; y no sólo comience en ti, sino también se acabe. Adoquiera que fuere, mira que de tal manera vaya, que finalmente vuelva. Tú seas para ti el primero y el postrero. Imita en esto el ejemplo de aquel Padre soberano, que de tal manera produce y envía de sí aquella Palabra eterna, que también la retiene. Tu palabra es tu consideración, y, por esto, si alguna vez saliere, mira que vuelva; y de tal manera salga, que no te desampare. En lo que toca al negocio de tu salud, no has de tener otro más vecino ni más hermano, que el único hijo de tu madre, que es a ti mismo. Cosa que sea contra tu salud, no la debes pensar. Menos dije de lo que debiera decir, porque no digo yo cosa que sea *contra* tu salud; más aún, cosa que sea *fuera* della no la debes admitir» (*De consid.*, II,6). Hasta aquí son palabras de san Bernardo. En las cuales se parece [*deja ver*] cuán celoso amador debe ser el hombre de su salud, y con cuánto tiento debe entender en la ajena, para que no perjudique a la suya.

Esto solo bastaba para convencer a los estudiosos, para que de tal manera se entregasen al estudio y provecho de los prójimos, que guardasen la cara al estudio de su aprovechamiento; aunque el provecho de los otros, por esta causa, fuese menor, pues **la ley de la caridad no da licencia para que nadie aproveche a otro con notable perjuicio suyo**. Mas ¿qué será si probáremos que por esta vía, no solamente no se menoscaba el aprovechamiento de los prójimos, sino que antes se acrecienta con grandes ventajas, y que el único y verdadero camino para aprovechar a otro es aprovechar primero a sí?

Pues ten por cierto, hermano mío, si de verdad deseas aprovechar, que no hay otro medio más proporcionado para esto, que la buena vida, y el ejercicio de la oración y meditación, con que ella se alcanza; lo cual podría yo probar por muchas y muy fuertes razones; mas, por la brevedad deste volumen, contentarme he al presente con poner algunas dellas.

I. Y la primera es porque está claro que el principal instrumento que se requiere para aprovechar es la verdadera sabiduría. Pues, para alcanzar esta, ¿qué cosa hay más importante, que el temor de Dios, y la buena vida, y la práctica y experiencia cotidiana de la virtud, y la consideración y meditación continua de la ley de Dios? ¿Qué otra cosa repite más veces toda la Escritura Sagrada, sino que *el principio de la sabiduría es temer a Dios* (Eclo 1,14; cf. Sal 110,10), y que la plenitud de toda la sabiduría es este mismo temor? (cf. Eclo 1,16). Antes sin estos medios imposible es alcanzarse esta virtud, como claramente lo dice san Agustín, por estas palabras: «A muchos hallamos muy codiciosos de la ciencia, y muy negligentes en la guarda de la justicia, a los cuales conviene avisar que no alcanzarán lo que desean, sino guardando lo que desprecian; pues dice la Escritura: *Hijo, si deseas sabiduría, guarda la justicia, y el [355] Señor te la dará* (Eclo 1,33). Dádiva es esto de Dios, y uno de los principales dones del Espíritu Santo. Y, por esto, más se alcanza con lágrimas, que con disputas, y mucho más con oraciones, que con porfías». Así lo dice san Agustín, por estas palabras. **Los que han aprendido de Cristo a ser mansos y humildes de corazón, más aprenden orando y meditando, que leyendo y estudiando**. Pues, si esta sabiduría es el

principal instrumento para aprovechar a otros, ¿cómo no lo serán los medios por donde ella se alcanza, que son los susodichos?

II. Lo segundo, porque el convertir ánimas es una de las más altas y sobrenaturales obras del mundo. Porque, para esto, conviene vencer la naturaleza depravada de los que mal viven; y la costumbre, que es poco menos fuerte que ella; y, sobre todo esto, la fuerza y poder del enemigo, que tiene muy fuertemente presos y encadenados los corazones de los suyos. Y, para vencer tan grandes fuerzas, menester es otra fuerza mayor, y esta no la hay en la tierra, sino en el cielo, la cual no se alcanza tanto con estudios y especulaciones, cuanto con lágrimas y gemidos y merecimientos de buena vida. Por donde, los que de verdad se convierten a Dios, no menos son hijos de lágrimas, que de palabras; ni es menos parte la oración para convertirlos, que la predicación.

Onde, así como la oración de Moisés fue más parte para alcanzar vitoria contra Amalec, que todas aquellas espadas que peleaban (cf. Éx 17,11), así es de creer que no es menos parte la oración y los gemidos del verdadero predicador para alcanzar esta vitoria, que todas sus voces y palabras, aunque sean muy afiladas.

III. Lo tercero, porque, como se ve por experiencia, más pecan los hombres por la corrupción de sus afectos y pasiones, que por ignorancia de la verdad. Y, por esto, el que trata de su remedio más ha de trabajar por moverles la voluntad, que por enseñarles el entendimiento. Para lo cual dicen todos los maestros de la elocuencia que no hay otro medio más principal que **estar de verdad dentro de sí movido el que pretende mover a otros**. Lo cual dice Quintiliano por estas palabras: «La suma deste negocio, a todo lo que yo puedo alcanzar, consiste en que, si queremos mover los corazones de los otros, estén movidos los nuestros». Y más abajo: «De tal ánimo ha de salir la oración, cual quiere poner. Porque, de otra manera, ¿cómo será posible que se duela el que ve que yo mismo, que aquello digo, no me duelo?; ¿cómo se indignará el que ve que yo, que le quiero indignar, no me indigno?; ¿cómo dará lágrimas el que me ve a mí hablar con ojos enjutos? No es esto posible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que pueda dar a otro el color que ella no tiene». Pues, según esto, ¿qué hay que dudar, sino que el varón devoto, que día y noche no entiende sino en llorar y sentir las cosas de Dios, que tendrá el sentimiento dellas mayor y más profundo, y más a la mano, que aquel que, por mucho que sepa, nunca supo qué cosa es derramar una lágrima por Dios?

IV. Añado más a esto que, como dice Tulio, «la elocuencia que no llega a poner en admiración a los oyentes, no vale nada». Y, si esta manera de elocuencia se requiere para tratar cosas humanas, ¡cuánto más para tratar las divinas, y para sacar a los hombres de pecado, y vencer las fuerzas del enemigo; las cuales, así como son sobrenaturales, así requieren espíritu y elocuencia sobrenatural! Pues, para alcanzar esta manera de elocuencia, es cierto que no hay cosa más proporcionada, que el espíritu de Dios, y el decir de tal manera, que resplandezcan las centellas de este espíritu en las palabras del que dice. Porque, como este espíritu sea cosa que excede toda facultad de la naturaleza, no hay cosa que más arrebate y suspenda los corazones de los hombres, y los ponga en admiración, que una sola centella dél; porque aquí luego reconocen la virtud y fuerza del Espíritu Santo, y así se humillan y abajan las lanzas, y dicen con los magos de Faraón: *El dedo de Dios está aquí* (Éx 8,15).

V. Y, sobre todo esto, se junta otra ayuda maravillosa para aprovechar, que es el ejemplo de la vida del que predica. Porque no hay mayor argumento para creer que uno habla de corazón, que verle hacer lo que dice y conformar la vida con la doctrina. Este es el mejor y

más eficaz de todos los sermones y el que aprovecha más a los oyentes ¹⁰³. Porque, como la santidad de la vida sea también una cosa sobrenatural y divina, y los justos sean como unas lenguas y moradas del Espíritu Santo, todos los hombres naturalmente les tienen una manera de veneración y acatamiento más que humano, y los miran y oyen, no como a hombres, sino como a ángeles; ni como a moradores de la tierra, sino como a ciudadanos del cielo; y así miran sus obras y palabras como a unas reliquias del Espíritu Santo. Lo cual todo, bien considerado, muestra muy a la clara cuánta parte sea, **para aprovechar a otros, estar el hombre aprovechado**, y para enseñar y hacer a otros virtuosos, ser virtuoso el enseñador. Porque, si, como dicen los filósofos, un semejante engendra otro semejante (el hombre, hombre, y la bestia, bestia), ¿qué cosa habrá más poderosa para engendrar virtud, que otra virtud?

Pues, por esto, los que verdaderamente buscan a Dios, y no a sí mismos, conviene saber: ni honras, ni libertades, ni dignidades, ni magisterios, ni autoridad, sino sola edificación, entren en sus corazones aquellas palabras que el Apóstol escribe a su Timoteo, diciendo: *Mira por ti y por tu doctrina, porque desta manera podrás hacer salvo a ti y a los que te oyen* (1 Tim 4,16). De manera que el primero de los cuidados quiere que sea de su vida, y el segundo, de la doctrina; y que de esta manera, estando él aprovechado, podrá aprovechar a otros. Lo cual es en tanta manera verdad, que así como los árboles que más han crecido [356] para sí son más fructuosos para sus dueños, así el predicador más aprovechado en sí será más provechoso para los otros, y según la medida de su aprovechamiento, así será la de sus oyentes.

VIII. Nona tentación: Del indiscreto celo y deseo de aprovechar a otros

Y no es diferente tentación de la pasada el indiscreto deseo que algunos tienen de aprovechar a los prójimos, con olvido de su propia salud. Esta parece una de las más peligrosas tentaciones que hay en este camino, porque todas las otras, por la mayor parte, traen la cara descubierta, y vese claro lo que son; mas esta representásenos con una cara tan hermosa y tan honesta, que no hay más qué pedir. La cual tentación es aun tanto mayor, cuanto es más virtuoso el tentado; porque cuanto más lo es, tanto está más inclinado a la utilidad y provecho común. Porque así como es cosa muy natural en Dios hacer bien a todas las criaturas, así todos los que más participan del espíritu y bondad de Dios están más inclinados a esto, que a otra cosa; tanto, que no hay cosa que más reine en el corazón del bueno, que un entrañable y continuo deseo de hacer a todos buenos y de aprovecharles en algo.

Y, por esta causa, aquel astutísimo engañador de los hombres siempre acomete a los justos por esta parte, pareciéndole que no hay cebo más conveniente para cazarlos, que este; en que ellos toman tanto gusto. Y así vemos a muchos dellos meterse en cosas arduas y dificultosas, y tomar cargas que exceden todo su caudal y fuerzas, con este mismo color y título de aprovechar.

Y, por esto, de ningún deseo nos debemos más recatar, que de aquel que viene colorado con imagen de bien y sobrescrito de virtud, porque ese es el que nos puede hacer la guerra mayor. Y, pues el santo Josué, viendo el Ángel de Dios en el ejército, no se fió luego dél, sin que primero le preguntase: *¿Eres nuestro, o de los contrarios?* (Jos 5,13), así tampoco debemos fiar luego de cualquier pensamiento, aunque parezca bueno; pues sabemos ya que muchas veces el ángel de las tinieblas se transfigura en ángel de luz (cf. 2 Cor 11,14). Lo cual

¹⁰³ Al margen: *Longum iter per verba est breve et efficax per exempla. Séneca, Epist. 70.*

señaladamente procura más en esta obra, que en otra alguna, porque las más veces nos aparta della socolor de piedad y con título de acudir a la caridad. Por lo cual decían aquellos Padres del yermo que muchas veces el demonio sacaba los religiosos de los ejercicios de la oración con cuerdas de razón, haciéndoles creer que había causa legítima para ello, sin la haber.

Pues por esto no nos debemos contentar con mirar solamente la especie y la condición de esta obra, sino también todas las otras circunstancias que según regla de prudencia se deben mirar. Entre las cuales, principalmente se debe proveer que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio y daño nuestro, según aquello del Eclesiástico, que dice: *Trabaja por recobrar al prójimo según tus fuerzas, y mira por ti, no caigas* (Eclo 29,20) ¹⁰⁴. Y, aunque para remedio desta tentación bastaba lo susodicho en el capítulo precedente, todavía para mayor confirmación dello me pareció poner aquí el parecer de san Bernardo acerca desto, el cual, escribiendo al papa Eugenio, entre otras cosas le dice así: «Óyeme ahora lo que te reprendo y lo que te aconsejo. Si toda la vida y todo lo que sabes empleas en las obras de la vida activa y no dejas nada para el ejercicio de la consideración, ¿alábote? Mas en esto no te alabo. Ni tampoco te alabaré el que hubiere leído en Salomón que *el que más se desocupare y en menos obras entendiere aprovechará más en sabiduría* (Eclo 38,24). Y aun esto es cierto: que estas mismas obras que debemos hacer conviene que sean prevenidas y ordenadas con la misma consideración, para que se hagan como conviene. Si también dices que quieres ser de todos, a ejemplo de aquel que a todos se hizo todas las cosas (cf. 1 Cor 9,19-22), alabo esta humanidad; mas si fuere cumplida. Y ¿cómo será cumplida, si tú quedas fuera? Sé que tú también hombre eres. Luego, para que sea cumplida la humanidad, abraza también a ti el seno que a todos abraza. Porque, de otra manera, ¿qué te aprovecha, según la palabra del Salvador, si ganares a todo el mundo, y perdieres a ti mismo? (cf. Mt 16,26). Y, por tanto, pues todos te poseen, seas tú también uno de los poseedores. ¿Por qué quieres tú sólo carecer de ti mismo? ¿Hasta cuándo quieres ser *espíritu que va, y no vuelve?* (Sal 77,39). ¿Hasta cuándo no tendrás tú también tu vez entre los otros, para gozar de ti? Eres deudor a sabios e ignorantes, ¿y a ti sólo te quieres negar? El loco y el sabio, el pobre y el rico, el malo y el bueno, juntamente participan de ti y todos beben de esa fuente pública, ¿y tú sólo estarás al rincón, pereciendo de sed? Si es maldito el que menoscaba su propio caudal, ¿qué será de aquel que del todo lo destruye? Concedámoste que corran tus aguas afuera, y que las dividas y las repartas por las plazas, y que des también de beber a los camellos de Abrahán (cf. Gén 24,14); pero, entre todos estos, bebe tú también de la fuente de tu pozo. El extranjero, dice la Escritura, no beba dél (cf. Prov 5,16.15.17) ¹⁰⁵. ¿Por ventura tú eres extranjero? Pues ¿para quién eres, si para ti no eres? Finalmente, *el que para sí es malo, ¿para quién será bueno?* (Eclo 14,5)» (*De consid.*, I,6). Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Las cuales, por cierto, deberían bastar para prueba deste negocio y para que por aquí entiendan los grandes amadores y procuradores de la salud ajena cuánto cuidado deben tener de la suya propia, y con cuánta prudencia deben entender en este negocio, para no dejarse llevar del fervor indiscreto de la caridad, con el sabor y golosina del aprovechar. En lo cual deberían imitar la discreción de aquellas prudentes vírgenes del Evangelio, que, pidiéndoles las otras locas parte de su olio, cuerdamente respondieron, [357] diciendo: *Por ventura no bastará nuestro olio para nosotras y vosotras. Por tanto, id a las tiendas donde se vende, y proveeos en ellas* (Mt 25,9).

Pues, si tú quieres imitar la prudencia de estas vírgenes, procura tratar de tal manera los negocios de las conciencias ajenas, que siempre tomes tiempo para la tuya. Y, si me preguntares qué tanto tiempo será menester para ello, muy determinadamente te responderé

¹⁰⁴ «Recupera proximum secundum virtutem tuam, et attende tibi ne incidas» (29,27).

¹⁰⁵ La *Vulgata* se refiere aquí a las aguas, y dice: «Habeto eas solus, nec sint alieni participes tui». San Bernardo, concordando con pozo («sed inter ceteros bibe et tu de fonte putei tui»), escribe: «Alienus non bibat ex eo».

que tanto, cuanto baste para traer el corazón muy a la continua con recogimiento y devoción; lo cual es andar en espíritu, como nos lo aconseja san Pablo (cf. Gál 5,16ss). Y para que entiendas qué cosa sea andar en espíritu y qué provecho se siga desto, por ahora no diré más de que **andar el hombre en espíritu es andar más en Dios que en sí mismo**, trayendo el corazón, no con la disposición y con los afectos naturales que él se tiene de suyo, sino con los que le vienen por parte de la devoción actual con que anda; porque esta manera de disposición no es la que nos viene por parte de la carne y de la sangre, sino la que viene por parte del Espíritu Santo y del afecto continuo del amor y temor de Dios. De donde nace que, como el corazón sea principio de nuestras obras, que cual es la disposición que él tiene, tales sean todas las obras que proceden dél; como vemos que tal suele salir el agua de la fuente, cual ella está: si turbia, turbia, si clara, clara. Y así vemos que del corazón compuesto y ordenado salen todas las obras y palabras compuestas y ordenadas, mas del descompuesto y desordenado, todo sale desordenado; como lo significó el Salvador, cuando dijo: *El buen hombre, del buen tesoro de su corazón saca buenas cosas, y el malo, del mal tesoro las saca malas* (Mt 12,35).

Pues, como esta sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser en procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y devoción. Para lo cual no basta cualquier manera de oración, sino es menester que sea tan larga y tan profunda, que así como una sala muy bien regada por la mañana en tiempo de verano conserva todo el día un frescor y templanza suave, que le viene de aquel riego que recibió, así el ánima del justo ha de quedar a sus tiempos tan regada y empapada en Dios con los ejercicios de la oración, que siempre haya en ella un continuo frescor de devoción, con el cual se defienda de los ardores del mundo. De manera que la devoción ha de ser como aquel río de quien dice la Escritura que salía del lugar de los Deleites, el cual regaba con sus corrientes toda la haz de la tierra (cf. Gén 2,6.10). Porque de nuestro corazón, que es el lugar de los *deleites* de Dios, ha de salir un río tan caudaloso de devoción, que baste para regar todas las obras de nuestra vida y hacer que todas ellas vayan teñidas de devoción.

Esta es la manera de vivir que tuvieron los santos, este es un muy principal punto de toda la vida espiritual, esta es la que hace al hombre espiritual y divino, esta es la que dispone en peso, número y medida todas sus obras, y, finalmente, esta es la que hace andar siempre sobre los estribos, y en vela y atalaya sobre sí mismo, para mirarse y defenderse por todas partes. Y, pues esto es así, nadie debe cargarse, regularmente hablando, de tal manera de los negocios ajenos, por muy graves que sean, que del todo le sea imposible de no poder andar a este paso. Para lo cual no es menester que señalemos aquí tiempo de recogimiento: «Tanto más tanto»; porque, aunque esto requiere sus horas y tiempos ciertos, como arriba dijo san Bernardo, pero no consiste tanto esto en la medida del tiempo, cuanto del cuidado continuo en traer siempre el espíritu recogido y atento a Dios.

Ni tampoco piensen los deseosos de aprovechar a otros que por aquí se les cierra la puerta de su aprovechamiento, porque verdaderamente no hay dos hermanas que tanto se ayuden una a otra, ni que tanta necesidad tenga una de otra, como la predicación y la oración; porque así como el cuerpo sin el espíritu no tiene vida, así tampoco la predicación, si carece del espíritu y vida de la oración.

Y, sobre todo esto, añado lo que hace más al caso: que, si tú de veras no deseas otra cosa más que aprovechar y servir a la caridad, y miras el estado en que ahora están las cosas humanas, y las calamidades y necesidades de la Iglesia, acompaña tu predicación con la oración. Porque no solamente ha menester el mundo ser ayudado con amonestaciones, mas también con oraciones; porque, predicando, persuadas al pueblo que cese de sus vicios, y orando, alcances de Dios les dé su gracia, con que enmienden y enderecen sus vidas.

A lo menos esta regla podrás tener en esta materia, si no quieres errar: que, si tuvieres a cargo la administración de la palabra de Dios, lo menos que sea posible te entrometas en negocios temporales, aunque sea so color de caridad; porque, pues los apóstoles que estaban llenos de Espíritu Santo desecharon de sí esta carga (cf. Hch 6,2-4), no debe presumir nadie tanto de sí, que se quiera encargar della. Por donde en el Concilio Cartaginense cuarto se manda al obispo que no se ocupe él por su persona en la provisión y remedio de los pobres, sino que tenga para esto sus ministros diputados, porque así pueda él libremente vacar a los ejercicios de la lección, oración y predicación. Pero aún muy más alto ejemplo desto tenemos en la persona de nuestro Salvador, el cual, siendo requerido por un hombre para que acabase con un hermano suyo que le diese la parte que le cabía de su legítima, determinadamente respondió: *¡Oh hombre!, ¿quién me hizo a mí juez entre vosotros?* [Lc 12,14]. Y por esta causa aquellos santos prelados de la primitiva Iglesia no consentían que ningún sacerdote pudiese ser [358] ejecutor de los testamentos de nadie. Por donde, como un difunto hubiese dejado a un sacerdote por su albacea, fue privado de todos los sufragios de la Iglesia por el bienaventurado mártir Cipriano; como consta por una de sus epístolas.

Capítulo V. De algunos avisos que se deben tener en estos ejercicios contra los engaños del enemigo

Declaradas ya las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración, será necesario dar también algunos avisos y documentos necesarios para este camino. Y, aunque en el fin de la primera parte deste tratado se dieron algunos, pero aquellos eran para enseñar cómo nos habíamos de haber en el ejercicio de la meditación, mas estos principalmente servirán para descubrir las celadas y artes del enemigo, el cual suele muchas veces y por muchas vías engañar a los que andan por este camino, convirtiéndoles la medicina en ponzoña y haciéndoles padecer dentro del mismo puerto tormenta.

Para lo cual habemos primero de presuponer que **ninguna cosa hay en el mundo tan buena de que no pueda usar mal la humana malicia**. Porque, aun de la misma bondad y misericordia de Dios, y de la pasión de Cristo, toman ocasión los malos para perseverar en sus maldades, atenedos a estas prendas. Y no sólo destas cosas, mas aun de las mismas virtudes, de que nadie puede usar mal siguiendo la inclinación dellas, vienen muchas veces a tomar motivos para el mal. Porque a muchos vemos que, del ayuno, y de la abstinencia, y de la ciencia, y de la castidad, y de las otras virtudes, toman muchas veces ocasión para envanecerse y presumir de sí, haciendo materia y motivo de mal lo que de suyo es tan grande y tan excelente bien. Por lo cual dijo san Ambrosio, hablando de la castidad: «Así como entiendo que es grande bien la virtud de la castidad, así temo al ladrón de la soberbia, no la saltee».

Pues por esto no me maravillaría yo que también la virtud de la consideración fuese ocasión de algún daño a los que no supiesen usar della como conviene. Mas, así como sería gran locura dejar el estudio de la castidad y de las otras virtudes, o de las letras, porque algunos usan mal dellas, así también lo sería desamparar esta virtud por semejante ocasión, pues ninguna cosa hay debajo del cielo sin achaques.

Y, para mayor inteligencia dello, es de saber que casi ninguna virtud hay par de la cual no esté un vicio que tenga semejanza de la misma virtud, no lo siendo. Porque la prudencia tiene a par de sí a la malicia, que tiene imagen de prudencia; la justicia tiene por vecina a la crueldad, la fortaleza a la temeridad, la liberalidad a la prodigalidad, la humildad a la pusilanimidad, la afabilidad a la liviandad, la esperanza a la presunción, el celo a la indiscreción, y el temor a la desconfianza; y así, todas las demás. De suerte que, como en todas las cosas, así naturales como artificiales, generalmente se hallan unas verdaderas y otras aparentes, que parecen verdaderas, y no lo son (porque hay oro verdadero y oro falso, moneda verdadera y moneda falsa, piedras preciosas verdaderas y piedras falsas), así también se halla esto mismo en las virtudes: que hay unas verdaderas y otras aparentes, que parecen verdaderas, y no lo son.

Pues esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud, y lo que a los no avisados suele ser materia de engaño; porque muchos abrazan el vicio por la virtud, así como cada día vemos engañarse los hombres recibiendo moneda falsa por verdadera, por la semejanza que hay entre la una y la otra. Y esto es lo que el Apóstol dice: *que Satanás se transfigura en ángel de luz* (2 Cor 11,14); porque desta manera nos engaña muchas veces con el vicio, dándole este color. Mas, como dijimos, así como sería gran disparate desistir el hombre del estudio de las virtudes por recelo de dar en los vicios que le son vecinos y comarcanos, así también lo sería dar de mano al oficio de la consideración por recelo de los vicios o engaños que se podrán ocasionar della; pues nos consta que ningún estado ni manera

de vivir hay en el mundo, que no esté acompañado de algún peligro, pues la misma vida se llama toda tentación y peligro. Pues para remedio desto bastará, para el que quisiere no cegarse adrede, señalarle con el dedo todas estas maneras de engaños y peligros, y darle aviso de lo que debe hacer.

I. Del primer aviso: De la dignidad y fruto de la oración vocal

Pues, para esto, el primer aviso sea que los que se hallan bien con el uso de la oración mental no por eso dejen de estimar y tener en mucho precio la vocal; porque claro está que, considerando lo esencial de las virtudes, ninguna diferencia hay entre la una manera de orar y la otra. Porque, invocar a Dios con el corazón solo, o con el corazón y la boca juntamente, ninguna cosa hace ni deshace, ni en el mérito ni en la eficacia de la oración. Porque, añadir a la voz del corazón la palabra de la boca, que Dios creó para que le alabases y glorificases, ¿cómo es posible que disminuya la dignidad desta obra, o que haga diferencia esencial de una a otra? Porque así como si un hombre se confiesa por palabras y otro por escrito o por señas, por no poder hablar, todas estas confesiones serían de una misma condición, sin haber diferencia formal entre una y otra, así también, como la oración sea una [359] confesión de las alabanzas divinas, y hablando más propiamente, sea pedir a Dios lo que nos es necesario, que esto se pida con palabras interiores o con voces exteriores, que son imágenes de las interiores, ninguna diferencia esencial pone entre la una oración y la otra. Antes ayuda mucho esta manera de oración a despertar la devoción y calentar el corazón y recogerle, mayormente cuando se halla tibio y derramado, y, por consiguiente, inhábil para volar y nadar por sí. Porque las palabras dulces y devotas, y las sentencias graves que hay en ellas, valen mucho para esto, si se dicen con humildad y atención. Porque por eso se llaman las palabras de Dios *fuego*, según que todas las Escrituras dicen ¹⁰⁶, porque tienen virtud para calentar nuestros corazones y encender en ellos el fuego del amor de Dios. Y, demás desto, aun el sonido de la voz, especialmente cuando se cantan los Oficios divinos, ayuda también en su manera a la devoción; como san Agustín confiesa que le acaecía cuando oía las voces y cantos de la iglesia, que dulcemente resonaban.

Y, allende desto, como haya muchos hombres de tal espíritu y complexión que no pueden tener un poco de pensamiento fijo en Dios, para estos es muy conveniente esta manera de oración, para que con ella puedan, siguiendo el sentido e hilo de sus palabras, ocupar su corazón en Dios. Porque, ya que no saben ellos por sí hablar con él y darle parte de sus necesidades, es muy gran remedio que, arrimados a las palabras de los santos, y guiando su espíritu y devoción por ellas, le signifiquen por este medio su necesidad.

Estos y otros muchos loores tiene esta manera de orar. Y, si la otra es muy alabada de los santos, es porque suele proceder de espacio, considerando y ahondando en las palabras y obras de Dios. De donde nace que, como estas palabras sean fuego, así como el que tiene la mano queda sobre el fuego se quema más que el que pasa de corrida por él, así también se enciende más el corazón estando fijo en la consideración de una palabra o de un misterio, que cuando pasa de corrida por muchos. Aunque también eso mismo podría hacer el que reza un salmo, o un *Pater noster* o un *Credo* devotamente; y, haciéndolo así, no será de menos quilates esta oración, que la otra. De suerte que en las circunstancias solas y en el modo de orar con mayor o menor atención está la diferencia, no en la substancia de las obras.

¹⁰⁶ Sin referencia alguna marginal. Se podría recordar Dt 4,12: «Locutusque est Dominus ad vos de medio ignis»; Prov 30,5: «Omnis sermo Dei ignitus»; Jr 23,29: «Verba mea sunt quasi ignis»; Sal 118,140: «Ignitum eloquium tuum vehementer».

Por lo cual deben siempre ser aconsejados, los que oran, que oren con toda la atención y devoción que les sea posible, pues de aquí pende tanta parte del fruto y eficacia de su oración. Porque, como dice san Bernardo, «el gran deseo de la oración es gran clamor; mas el deseo tibio es pequeño clamor». Porque los oídos de Dios más atentos están a la voz del corazón, que a la de las palabras solas. Y por aquí se entenderá de cuán poco fruto sea la oración de muchas personas, así legas como eclesiásticas, que rezan sus salmos y Horas tan apresuradamente, y tan de corrida, que no parece que hablan con Dios cuando esto hacen; porque ni aun a los hombres hablarían desta manera, si algo les quisiesen pedir. Porque, como dice el Sabio, *con súplicas y plegarias habla el pobre; mas el rico habla ásperamente* (Prov 18,23)¹⁰⁷. Porque el que tiene conocimiento claro de sus miserias y pobreza, y desea de veras el remedio della, así como lo desea de todo corazón, así lo pide con todo corazón y atención, diciendo con el Profeta: *Clamé con todo mi corazón, ¡óyeme, Señor!* (Sal 118,145). ¡Oh, quién se llegase alguna vez a estos al tiempo que así están rezando, y les preguntase con quién hablan y sobre qué hablan! Y, cuando entendiesen que hablan con aquella soberana Majestad, en cuyo acatamiento tiemblan los ángeles, y que hablan sobre el mayor de todos los negocios, que es sobre el perdón de sus pecados y salvación de sus ánimas, luego se les abrirían los ojos y verían que no habían de hablar con tan gran Señor sobre tan gran negocio con tan gran descuido, y de la manera que no hablarían a uno de sus criados, cuando quisiesen algo dél. A estos avisa san Bernardo, por estas palabras: «Algunos hay que oran con solo los labios, no mirando bien ni lo que hablan ni con quién hablan; y así hacen, lo que hacen, más por costumbre, que con reverencia y atención. Por esto conviene que en todas nuestras obras tengamos grande vigilancia, especialmente cuando estamos en oración. Porque, aunque en todo lugar estemos presentes a Dios, mas en la oración especialmente nos presentamos a él y hablamos con él cara a cara». Y en otro lugar dice: «Peligro es ser la oración demasíadamente tímida, y peligro es también ser atrevida; y otro peligro puede tener, que es ser remisa y tibia, porque la tal oración desfallece y cansa en la subida, porque no tiene fuerza ni vigor; mas la que fuere humilde y ferviente, sin duda penetrará hasta el cielo, y esta no volverá vacía (cf. Eclo 35,17)». Mas los que no saben, o no quieren orar de otra manera que esta, que es con este apresuramiento y derramamiento de corazón, no tienen paciencia cuando esto se les dice, porque les parece que les bajan los quilates de la moneda que ellos tienen y se la hacen de menor valor.

II. Segundo aviso: De la dignidad y fruto de las sagradas ceremonias y obras exteriores

El segundo aviso que ha de tener el varón devoto es que así como ha de preciar y estimar la oración vocal, como dicho es, así también todas las sagradas ceremonias y obras exteriores. Porque, demás de la obligación que podemos tener a ellas por razón de algún voto o precepto, ayudan grandemente para muchas cosas. [360] Porque, primeramente, ayudan para despertar en nuestros corazones devoción y reverencia a las cosas divinas. Porque, como nuestra ánima, estando en este cuerpo, reciba todas las cosas por las puertas de los sentidos, y así las conciba como por ellos se representan, ayuda mucho a concebir las cosas de Dios dignamente y sentir dellas magníficamente la majestad de las sagradas ceremonias, que autorizan [*confirman*] las cosas divinas, y así nos mueven más a la veneración dellas; como vemos por experiencia que las vestiduras e insignias reales, y el acompañamiento de los grandes, nos mueven a la veneración y acatamiento de los príncipes. Esto se ve claro en las ceremonias de la Misa solemne, y en las de la Semana Santa, del Bautismo, del sacramento del Orden, y especialmente en la consagración de los obispos, y en la solemnidad de los

¹⁰⁷ «Cum obsecrationibus loquetur pauper, et dives effabatur rigide».

Oficios divinos. Porque todas estas cosas sirven grandemente para despertar en nuestros corazones un religioso temor y acatamiento de las cosas de Dios. Por la cual causa, aquel soberano Maestro y gobernador del mundo ordenó los sacramentos de la Iglesia debajo de forma visible para dar gracia invisible. Porque así como los ordenaba para el hombre, que es una criatura compuesta de cuerpo y de alma, esto es, de una parte visible y otra invisible, así también lo fuesen los sacramentos que para él se instituían, para que la vista y presencia de lo visible lo despertase a la devoción y reverencia de lo invisible.

Y, demás desto, todas las sagradas ceremonias y ejercicios exteriores, allende de ser en sí obras santas y virtuosas, ayudan grandemente a alcanzar y conservar las virtudes interiores. Porque así como los accidentes hacen mucho al caso para conservar la substancia de las cosas (la cual sin ellos no se podría conservar), así todas estas cosas ayudan mucho a conservar la caridad y la inocencia, que es principal tesoro de nuestra ánima. Asimismo, como el hombre sea una criatura compuesta de cuerpo y ánima, así es razón que con lo uno y con lo otro sirva a Dios, empleando el ánima en su amor y conocimiento, y el cuerpo, con todos sus miembros y sentidos, en las cosas de su servicio; para que, **pues todo ello es de Dios, todo sirva a la gloria de Dios**. Desta manera se hace el hombre un puro y perfecto holocausto, cuando todo él entero, sin quedar nada, se emplea en el servicio de su Señor; y desta manera cumple con el mandamiento del Apóstol, que nos manda ofrecer nuestros cuerpos a Dios en sacrificio vivo y agradable (cf. Rom 12,1), y quiere que nuestro cuerpo y ánima y espíritu [cf. *1 Tes 5,23*], que es todo cuanto hay en el hombre, se conserven en toda pureza y perfección para gloria de Dios. Y, pues estamos obligados a amar a Dios con todo cuanto hay en nosotros, no es razón que el cuerpo, con todos sus miembros y sentidos, se salga desta obediencia. Antes nos manda el mismo Apóstol que así como en el tiempo de nuestra ceguera servíamos con todos estos instrumentos y miembros a la maldad, así ahora sirvamos con ellos mismos a la justicia (cf. Rom 6,13). Por do parece que, a los ángeles, porque son puros espíritus, principalmente se piden servicios y obras espirituales, que se hacen con el entendimiento y voluntad; mas, a los hombres, como son espíritus encerrados en cuerpos, juntamente con las obras de espíritu —que son las principales— se piden también servicios y obras corporales.

Ni diga nadie que este género de obras es necesario para solos los principiantes, y no para los perfectos. Porque, demás de la obligación que pueden tener a esto los unos y los otros, por razón del voto o del precepto, las mismas razones que corren por los unos, corren por los otros; puesto caso que sea mayor la necesidad de los más flacos, que la de los perfectos; porque así como el árbol de muchos años arraigado en la tierra sufre mejor la falta de riego y de la labor, que el que está aún tierno y recién plantado, así también sufre esta falta con menos detrimento el varón perfecto y de días fundado en la virtud, que el que es aún flaco y nuevo en ella. Y, así como el enfermo que padece hastío tiene necesidad de más salsas y más adobados para arrostrar a la comida, que el sano, así también tiene más necesidad de estas ayudas de fuera el que está flaco y enfermo de dentro. De donde se infiere que las sagradas ceremonias, y otras tales cosas, no sólo no desayudan a los perfectos, mas antes les hacen el manjar espiritual tanto más dulce y apetitoso, cuanto se lo dan más bien guisado. Y, como sea verdad que cada uno, por perfecto que sea, se deba de tener por imperfecto, si no quiere por su soberbia perderlo todo, de aquí es que todos deben buscar estas ayudas y remedios, que sean perfectos, que imperfectos, como si tuviesen dellos gran necesidad.

III. Tercero aviso: De la reverencia y obediencia que se debe a los doctores y predicadores de la Iglesia

El tercero aviso sea que, aunque las personas espirituales traten familiarmente con Dios y le tengan por maestro de sus ignorancias, según aquello del Profeta, que dice: *Los que se allegan a los pies del Señor recibirán de su doctrina* (Dt 33,3), mas no por eso han de dejar de reverenciar y tener en mucho a los maestros de su Iglesia, que son ministros de su Palabra, pues son instrumentos y órganos del Espíritu Santo, y unos espirituales arroyos y caños por donde corre el agua de la sabiduría en el jardín de la Iglesia; pues dellos está escrito: *Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca se ha de saber la Ley* (Mal 2,7). Y, si Moisés, que hablaba con Dios cara a cara, no despreció el consejo de su suegro Jetró, que era gentil (cf. Éx 18,19ss), ¿quién será tan atrevido que, confiado de su comunicación que tiene con Dios, desprecie la doctrina de sus oficiales y ministros? ¿Qué mayor soberbia que esta, ni qué mayor causa para ser un hombre desamparado de Dios y engañado del demonio y dejado a sí mismo? Y, si el apóstol san Pablo fue a conferir [*confrontar*] el evangelio —que había aprendido en el tercer cielo— con los otros apóstoles, sus compañeros (cf. Gál 2,2), ¿quién osaría fiar de su propio espíritu, sin registrar [*examinar*] lo que entendiere por el juicio de los ministros de Cristo? La orden que tiene la divina sabiduría en la administración del mundo es gobernar las cosas inferiores por las superiores; y, para honrar los oficiales que para esto tiene diputados, quiere que siempre recurramos a ellos, para hacernos las mercedes por sus manos. Y así leemos que, *estando el apóstol san Pedro predicando, cayó el Espíritu Santo sobre todos aquellos que le oían* (Hch 10,44): y así también invisiblemente desciende cada día sobre todos los que humildemente oyen su Palabra de la boca de sus ministros.

Ni se ha de mirar, por esto, que los ministros sean malos o sean buenos, sino sólo se ha de mirar que son instrumentos y órganos de Dios. Porque ni es de menor precio el oro que se halla entre los carbones, que el que está entre las piedras preciosas, ni es menos eficaz la medicina que se da en un vaso de barro, que la que se da en madre de perlas. Y, por esto, el siervo de Dios, en todas las cosas que tocan a su salud, no debe dar paso sin consejo de quien se lo puede dar; aunque tuviese altísimo espíritu, porque Dios, que es maestro de los humildes, por este medio le dará más luz, que por todos los otros. Y así leemos de uno de aquellos Padres de Egipto que, como hiciese oración muchos días porque Dios le declarase una duda que tenía, como esto no pudiese alcanzar en mucho tiempo, determinó de ir a otro monje que moraba en aquel desierto, a comunicarla; y, como saliese de su celda, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad había merecido más la declaración de aquel paso, que por cuantas oraciones había hecho. Y está muy clara la razón: porque habiendo en la Iglesia oficiales deste oficio, a quien, demás de la ciencia, el Espíritu Santo muchas veces alumbra o mueve a hablar sin que lo entienda el que habla (como hizo Caifás, por ser pontífice de aquel año), claro está que **sería tentar a Dios si, lo que yo puedo conseguir por esta vía ordinaria, lo pretendiese alcanzar por sola oración.**

Verdad es que para determinar dudas de cosas espirituales se requiere más tiento, porque para esto son necesarias letras juntamente con caridad y temor de Dios. Porque la ciencia alumbra mucho, y mucho más la caridad, mayormente en las cosas espirituales, donde juntamente con la teórica se requiere la práctica de las cosas; pues los dones y favores particulares de Dios, y la dulzura de su maná escondido, nadie perfectamente la conoce, sino el que la ha probado. Y por esta causa dice el Salmista que *la boca del justo tratará cosas con sabiduría, y su lengua hablará juicio* (Sal 36,30). Y asimismo dice el Eclesiástico: *El ánima del varón santo atina alguna vez en la verdad, sobre [más que] siete atalayas que están asentadas en lo alto para descubrir la tierra* (Eclo 37,14)¹⁰⁸. Lo cual especialmente acaece en materias espirituales y cosas particulares. Porque las determinaciones de la fe, de los contratos humanos, y decretos y mandamientos eclesiásticos, y cosas tales, hanse de saber de

¹⁰⁸ «Anima viri sancti enuntiat aliquando vera, quam septem circumspectores sedentes in excelso ad speculandum» (37,18).

los doctores y maestros desta facultad. Y aun las mismas cosas espirituales se han de examinar en este mismo contraste, para ver si concuerdan con las reglas de la Escritura divina.

Mas, para acertar en estas y en otras cualesquier materias perfectamente, trabaje el hombre quanto le sea posible por buscar siempre hombres, como dicen, de ciencia y conciencia. Porque **una de las cosas más peligrosas** que hay en el mundo, y que más daño tiene hecho en él, **son letras sin temor de Dios**. Porque, donde están las letras sin este correctivo, ahí está la hinchazón y la soberbia; y donde está la soberbia, ahí están las tinieblas, la ignorancia y el desamparo de Dios. Y desta suerte han nacido todas las herejías presentes y pasadas, con otros muchos males y lacerias de la vida humana. Por la cual razón dijo el Sabio *que tuviese el hombre muchos amigos, mas que el consejero fuese uno de mil* (Eclo 6,6). Y, cuando este hubiere hallado, trate con él todas sus cosas con humildad y confianza, y no ande cada día buscando nuevos maestros y consejeros, que le podrán muchas veces poner en confusión. Porque esto suelen hacer las personas fáciles e inconstantes, o las que andan buscando pareceres que concuerden con el suyo, y no descansan hasta hallarlo; y, esto hecho, dicen que se rigen por parecer ajeno, como a la verdad esto sea regirse por el suyo propio. Por do parece que no es pequeña cosa saber tomar consejo; y, por ventura, no menor que saberlo dar.

IV. Cuarto aviso: De la discreción que se requiere para examinar los buenos deseos

El cuarto aviso, no muy diferente del pasado, es que, por quanto la oración devota es una fuente de buenos deseos, porque allí, con la consideración de las perfecciones y beneficios de Dios, arde el fuego de la caridad, del cual saltan centellas vivas de santos deseos, con todo esto, no se debe el hombre fiar enteramente de todos estos deseos, arrojándose inconsideradamente a las cosas que desea, sin hacer primero aquello que dice san Juan: *No queráis creer a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios* (1 Jn 4,1). Porque muchas veces acontece encubrirse el vicio con velo de virtud, y vestirse el lobo de piel de oveja, y transfigurarse Satanás en ángel de luz (cf. 2 Cor 11,14). Y por esto es de saber que así como la naturaleza, que proveyó de apetitos naturales para conservación de la vida natural, proveyó también de razón natural para que los moderase y encaminase, porque de otra manera serían dañosos a la vida misma, así también el Espíritu Santo, que provee a los justos de deseos espirituales para conservación de la vida espiritual, los provee también de discreción que los rijan, examine y modere; y, así moderado, los ejecute y ponga por obra. Y, por no hacer esto, muchas personas espirituales han venido muchas veces a intentar cosas con que no salieron; en lo cual parece que se engañaron, porque, confiados de que el deseo era bueno, pensaron que ya el campo estaba seguro, y que no había más que, cerrados los ojos, ponerlo por obra. Por tanto, de ninguna cosa más conviene el hombre recatarse a veces, que de buenos deseos y celos, que quanto más tienen figura de bien, tanto más fácilmente pueden engañar so color de bien. Y por esto quería Dios en la ley que en todos los sacrificios se pusiese sal (cf. Lev 2,13), para dar a entender que todos los sacrificios de nuestras obras habían de ir salados y acompañados de discreción. Por donde el rey de los persas, que mandó proveer todas las cosas para el culto del templo de Dios por peso y medida, mandó que la sal se diese sin medida (cf. Esd 7,22); por la gran necesidad que para todas las obras tenemos desta sal de discreción, que así como ella es los ojos del ánima, así no podemos dar paso bien dado sin ella.

V. Quinto aviso: De que juntamente con la oración se debe ejercitar el hombre en todas las otras virtudes

El quinto aviso es que, aunque sea verdad que la oración sea una excelente virtud (así porque por ella se alcanza el espíritu de Dios y su gracia, que es la fuente de todo nuestro bien, como porque en ella se ejercitan los actos de otras muchas virtudes, según que arriba declaramos), mas no por eso debe el hombre dejar de trabajar y emplear todas sus fuerzas en las otras virtudes, así para cumplir con la obligación que tiene a ellas, como para alcanzar y esforzar los hábitos dellas. Porque, aunque el fervor de la caridad y la devoción sean un grande soplo y estímulo para bien obrar, pero [*sin embargo*], en faltando este fervor, que muchas veces falta aun sin pecado, luego levantan cabeza las pasiones naturales, si no están acabadas de domar con el ejercicio continuo de las virtudes, y fácilmente derriban al hombre en cualquier flaqueza o liviandad. Por donde es necesario que, demás del socorro que nos viene por esta parte, nos ayudemos de los mismos actos y ejercicios de las virtudes, para que, con el uso dellas, poco a poco vengamos a hacer hábito dellas, y, domadas desta manera nuestras pasiones, nos sea más fácil el ejercicio de la virtud, no sólo por la alegría y gusto de la devoción, sino por estar ya vencidas las pasiones con el uso de la virtud.

Y, dado caso que en la ejecución destas obras (mayormente de la virtud de la misericordia) haya muchas veces distraimiento y relajación de espíritu, mas no por eso debe el hombre desconsolarse ni pensar que pierde en esta mercadería, o que aprovechará más por otro camino; como lo piensan algunos, que no saben lo que es verdadera virtud. Lo uno, porque no es maravilla que, distraídos en muchos negocios, nos turbemos y derramemos algún tanto con la ocupación de los mismos negocios y con la comunicación y trato de los hombres; y lo otro, porque no siempre lo más sabroso es lo más provechoso, sino muchas veces al revés, pues vemos que no menos aprovecha al enfermo el comer con hastío, que al sano con gusto, ni es menos provechoso al uno la purga desabrida, que al otro el manjar sabroso. Muy engañados viven los que por el gusto juzgan el valor de las obras. Y aun muchas veces acaece que los tales no tienen por fin de lo que hacen hacer la voluntad de Dios, sino la suya, ni amar ni buscar a Dios, sino a sí mismos. Mucho más querría yo a veces el distraimiento y sequedad de los obedientes, que el recogimiento de algunos devotos; porque **comúnmente suele ser más seguro lo más amargo y más contrario a nuestra voluntad.**

Ni aun debe desmayar porque a vueltas destes negocios píos se entrometan algunos defectillos livianos, de que le parece que carecía cuando andaba fuera dellos; como son algunas palabras ociosas, o desmandadas, etc. Porque así como no es de maravillar que esté sin herida el que nunca entró en batalla, así tampoco lo es que traiga algún pequeño rasguño el que sale della. Bien entendía nuestro Señor todas estas flaquezas nuestras, y, con todo eso, quiere que entendamos siempre en hacer buenas obras, y no se maravilla que traiga las plantas mojadas el que anda sobre el agua, y las manos un poco negras el que trata con la pez; quiero decir, que se le pegue un poco de humanidad al que trata con los hombres por el bien de los mismos hombres, porque esto es hacerse espiritualmente anatema por ellos (cf. Rom 9,3). Y así se ha de creer que fácilmente concederá el Señor perdón a estas livianas culpas, y dará su galardón a aquellas buenas obras. De manera que ni estas buenas obras carecerán de premio, ni aquellas pequeñas culpas de misericordioso perdón.

VI. Sexto aviso: Que los que se dan mucho a la oración no por eso desprecien a los que esto no hacen

El sexto aviso sea que los que se dan mucho al ejercicio de la oración, y son en ella muy particularmente visitados y consolados de nuestro Señor, no juzguen ni tengan en poco a los que desto carecen. Porque hay algunas personas —y pluguiese a Dios no fuesen muchas— que por tener [363] algunas lágrimas, o algunas consolaciones espirituales, que a su parecer no tienen los otros, se juzgan por mejores y más espirituales que ellos, y a veces vienen a despreciarlos como a hombres carnales y sensuales, y que no gustan ni sienten a Dios. Y, pareciéndoles que aquella blandura de corazón que ellos tienen es cierta señal de la divina gracia, vienen a asegurarse y aun ensoberbecerse con ella, diciendo aquellas palabras que la madre de Sansón decía a su marido, para quitarle el temor que tenía de haber visto al Ángel: *Si el Señor nos quisiera matar, no recibiera este sacrificio de nuestras manos* (Jue 13,23). Así parece que dicen estos en su corazón: «Si no estuviéramos en gracia con Dios, no nos diera estas consolaciones y sentimientos que nos da».

Los tales deberían considerar que estas consolaciones y sentimientos de Dios no son la misma virtud, sino instrumentos y ayudas para la virtud. De manera que son para la virtud lo que las espuelas para el que camina, las armas para el que pelea, los libros para el que estudia y las medicinas para el que se cura. Pues ¿qué aprovechan las espuelas, si el caminante es perezoso?, ¿qué las armas al que pelea, si es cobarde?, ¿qué los libros al que estudia, si nunca los abre?, ¿qué las medicinas al que se cura, si no consigue la salud que desea? Antes todas estas cosas son para mayor cargo al que no usa bien dellas, porque tendrá de qué dar más estrecha cuenta. Porque, si sólo tener conocimiento de Dios y no usar bien dél es una circunstancia que hace la causa del negligente muy más grave, como toda la Escritura clama (cf. Sant 4,17), ¿qué hará el gusto y sentimiento de Dios, y las consolaciones del Espíritu Santo, que habrían de bastar para hacernos ángeles? Si el que recibió cinco talentos para granjear con ellos los atara en un trapo como el que recibió uno, y los dejara estar ociosos (cf. Mt 25,18), ¿cuánto mayor castigo recibiera, que el que no granjeó con aquel uno solo que había recibido?

Si un padre de familia cogiese una docena de peones para cavar su viña, y los llevase primero a almorzar a su casa, y, después de muy bien almorzados, en lugar de ir a la viña se fuesen a pasear a la plaza, ¿no harían grande ofensa y burla al que los había cogido? Pues ¿qué es esta refección espiritual que Dios da a los suyos, sino un almuerzo con que los quiere prevenir y esforzar para que vayan a cavar y trabajar a su viña? ¿No es este pan de trabajadores? ¿No es este viático y provisión de caminantes? Pues, si acabando yo de tomar esta refección no curo más del trabajo, y, aun con todo eso, pienso que me queda Dios debiendo por lo que dél comí, quedándole yo debiendo el trabajo de la viña, ¿cómo no seré engañador y burlador de su Majestad? Porque, si el hombre, ya que se alza a mayores con la hacienda ajena, conociese su hurto y se humillase por él, menos mal sería; mas, que, sobre todo esto, venga a creer de sí que por aquello es mejor que los otros, siendo mayor ladrón que ellos, este es engaño sin comparación mayor. De donde nace aun otro mal: que los que a este estado han llegado vienen a hacerse incorregibles y despreciar el consejo de los otros. Porque no hay quien se atreva a corregir a los que, por defuera, dan tan grande muestra de santidad; ni ellos sufren ser corregidos por nadie, porque les parece que exceden en virtud a todos los que no sienten lo que ellos sienten. De lo cual todo se infiere, muy claro, cuán poca razón tengan los hombres para estimarse en algo por esta causa, teniendo más razón para temer, que para presumir por ella.

Y, para mayor conocimiento desto, es de notar que estas consolaciones y deleites espirituales pueden proceder de una de tres causas. Porque unas veces, como ya dijimos, *proceden del Espíritu Santo*, que por esta vía nos quiere destetar de los pechos del mundo y esforzarnos para los trabajos de la virtud. Otras veces *proceden de la misma nobleza de los estudios* y materias en que tratamos y pensamos; cuales eran los deleites de los filósofos cuando contemplaban la variedad, hermosura y artificio de las obras criadas, y por aquí subían

a la contemplación de Dios y de las substancias separadas. En la cual, como dice Aristóteles, se hallan muy grandes deleites, por la dignidad y nobleza de las tales cosas, aunque sea menos lo que dellas se alcanza. Y así hay ahora algunos que, contemplando en las obras de Dios, así de naturaleza como de gracia, o leyendo las Escrituras Santas y doctores santos, sienten grande gusto y suavidad, porque las cosas en que piensan y leen, así como son altísimas y nobilísimas, así son dulcísimas y poderosísimas para causar este deleite. Mas, si no hay más que solo deleite, como algunas veces suele acaecer, todo esto es natural, y no sube de los tejados arriba, ni basta para dar salud. Hay también algunas personas, como dice un doctor, que naturalmente tienen un afecto dulce y suave para con el Sumo bien, que es Dios; mas estos, dice él, no se engañen creyendo que tanto tienen de **caridad**, cuanto de dulzura y suavidad, porque **tanto tiene cada uno desta virtud, cuanto trabaja y se niega por amor de Dios**. Porque, como dice san Gregorio, «el amor de Dios no está ocioso, antes obra grandes cosas, si es verdadero amor; mas, si deja de obrar, no es amor». Otras veces también acaece venir estos deleites *por obra del espíritu malo*, el cual por esta vía quiere engañar y ensoberbecer a los hombres, haciéndoles creer que son algo; o asegurarlos en algunos errores y falsedades, como hace con los herejes, a los cuales da grande suavidad en la lección de las Escrituras Sagradas, para tenerlos con estas prendas más presos y seguros en sus engaños; y lo mismo hace con algunos cristianos, para hacerlos, como dije, más soberbios y menos sujetos al consejo de otros, para que así vengan del todo a ser incorregibles.

[364] Pues, siendo esto así, bien se ve que, de doquiera que procedan estas consolaciones, no tiene el hombre razón para tenerse en algo por solas ellas. Porque, si vienen por parte del Espíritu Santo, no tiene por qué presumir, sino por qué temer la cuenta que dellas se ha de pedir; como ya está dicho. Mas, si proceden de la naturaleza sola de las cosas y son puramente naturales, cuales eran las de los filósofos, no tiene por qué hacer caso de lo que no es mérito ni demérito, sino sola naturaleza. Pero, si por caso fuesen procuradas por el demonio, aquí hay mucho más por qué temer, como quien anda en los cuernos de un toro, o como sería razón que temiese el ave cuando está dentro del cebadero del cazador, donde ve el cebo, y no el lazo que le está armado. De manera que, en lo uno, no hay de qué presumir, y en lo otro, hay mucho por qué temer.

Mas, ya que nos constase que todas estas consolaciones eran de Dios, deberíamos considerar que no nos hace él estos **favores y gracias** para ensoberbecernos y despreciar a los prójimos, sino **para hacernos más agradecidos para con él y más humildes para con los otros**. Porque, de otra manera, **no recibe los dones de Dios para su provecho, sino para su juicio, el que dellos toma ocasión para desestimar a su prójimo**.

Demás desto, hase de presuponer que la Iglesia cristiana es un perfectísimo cuerpo donde hay diversos miembros, cada uno diferente en su figura y oficio (cf. Rom 12,4ss; 1 Cor 12,12ss); mas todos ellos necesarios para el servicio y ornamento del cuerpo. Y lo mismo es necesario que haya en el cuerpo místico de la Iglesia, para cuyo servicio y hermosura toda esta variedad de miembros —que son diversos estados y oficios— es necesaria. Es otrosí aquella vestidura de José, que era de diversos colores (cf. Gén 37,3)¹⁰⁹, para significar la variedad de los espíritus y ministros que en ella hay, los cuales todos caminan para el cielo, cada cual por su propio camino. Por donde, así como dende la circunferencia de un círculo hay mil caminos para ir al centro, que está en medio dellos, así también los hay para ir al cielo, que es el centro de nuestra felicidad. De donde nace que unos van a este centro por el camino de la oración y contemplación, otros por el de la predicación, otros de la penitencia, otros de la paciencia de las adversidades, otros de la abstinencia, otros de la pobreza, otros de la humildad, otros por el de la religión y observancia regular, y otros por el de las obras de

¹⁰⁹ «Fecitque ei tunicam polymitam». El adjetivo *polymitus* se traduce como «tejido con hilos de varios colores». Las traducciones actuales hablan sólo de «una túnica de manga larga o talar».

misericordia, y otros por otros semejantes; los cuales todos van a parar al mismo puesto. Y, siendo esto así, ¿por qué pensarás tú que tu camino es mejor y más acertado que el de los otros? ¿Quién te dio a ti esa seguridad? Si sólo Dios es el que pesa los espíritus (cf. Prov 16,2) y el que escudriña los corazones (cf. Jer 17,10), ¿quién te dio a ti licencia para tomar ese peso en la mano y asentarte en esa silla e inclinar hacia ti esa balanza? ¿No tiene aquel la oración que tú? Podrá ser que sea así, aunque no eres tú el juez de eso; mas quizá tendrá más humildad que tú, o más paciencia, o más obediencia, o más caridad, o más misericordia, y que así te haga él ventaja en otras virtudes de más importancia. No tiene tantas lágrimas como tú, ni gusta de lo que gustas tú; y ¿qué sabes tú cuyas sean estas lágrimas y este gusto? Porque, aunque regularmente hablando sean de Dios, pero también puede ser que sean de otro espíritu peregrino, y puede ser que sean más de naturaleza que de gracia, quiero decir, más de la ternura y complexión de tu corazón, que del espíritu de Dios. Y, ya que fuesen de este espíritu, no es esa la suma de la perfección, sino instrumento para la perfección; no es esta la vitoria de la batalla, sino armas para alcanzarla; no consiste en esto la salud, aunque sea eso medio para alcanzar la salud. Porque **de ninguna manera está el bien del hombre en los instrumentos y aparejos que tiene para el bien, sino en el uso del bien**. Cosa para reír sería decir que el mayor comedor es el mejor cavador; porque, aunque el que come bien trabaje bien, muchas veces se halla lo uno sin lo otro. Así también **la oración y el gusto de Dios se ordena a trabajar por amor de Dios**; mas algunos hay que no usan bien desta gracia, y que, del agua que se habían de servir para regar las plantas de las virtudes, se sirven por su propio regalo; quiero decir, que el agua y consolación que reciben para trabajar por amor de Dios la convierten en su descanso propio y en el amor de sí mismos.

Y, aunque generalmente a nadie debemos juzgar, pero mucho menos a las personas que viven en religión y han hecho profesión de virtud, porque del menosprecio destes se vienen a engendrar en el ánima unos gusanos muy perjudiciales, que no sólo roen las personas, sino también los estados; que es principio y puerta para grandes males. Ni debemos echar sus faltas en la plaza, cuando las hubiere, acordándonos de la maldición que echó Noé a uno de sus hijos porque no cubrió la desnudez de su padre; antes debemos imitar el conocimiento y reverencia de los otros dos santos hijos, que tan discretamente le cubrieron y honraron (cf. Gén 9,20ss). Cuyo espíritu parecía que tenía aquel grande emperador Constantino, de quien se escribe que solía decir: «Si viese algún sacerdote o ministro de la Iglesia caer en algún pecado, yo le cubriría con mi manto, porque de nadie fuese conocido». Este es propio oficio del espíritu de Cristo; mas desdeñar y mofar de tales cosas es propio del anticristo, al cual imitan los que son miembros suyos. Ni por culpa de uno o de pocos se han luego de condenar todos, porque esto sería grande ignorancia; como lo sería si, por dos o tres mujeres que, pareciendo buenas, fuesen adúlteras, quisiese uno por esto juzgar por tales a todas las casadas. De los que están ya fuera del cuerpo es estar siempre o levantados o caídos; mas de los que viven en carne mortal es el caer y levantar. Y, si en el [365] mismo cielo, y en el paraíso, y en la escuela de Cristo, y en el colegio de los siete primeros diáconos de la Iglesia escogidos por el de los apóstoles, hubo quien cayese, y quien desobedeciese, y quien vendiese a su Señor, y quien apostatase de la fe, ¿qué mucho es haber esto mismo en todos los otros estados? Mas la culpa de los que de estos lugares tan altos cayeron no deshace, sino antes acrecienta la dignidad de los que en ellos perseveraron.

VII. Séptimo aviso: Que se ha de evitar toda manera de singularidad

El séptimo aviso sea que el varón devoto procure serlo sin que nadie se lo entienda, en cuanto esto sea posible; y así también procure evitar todo género de singularidad, así en el vestido como en su trato y manera de conversar con los hombres, en cuanto esto se pudiere

hacer sin ofensa de Dios. Como lo aconsejaba Séneca a un su amigo, diciendo: «El rostro y la figura exterior sea común con los demás hombres; mas, lo interior, todo sea diferente». A este aviso pertenece que el lugar de la oración sea aquel que dice el Salvador: *Tú, cuando orares, entra en tu retrainimiento, y cerrada la puerta, haz oración a tu Padre que está en los cielos, y ese Padre, que te ve en escondido, te dará su galardón* (Mt 6,6). Digo esto porque, aunque a muchos esté muy bien tener su oración en las iglesias y ayudarse de la presencia del Santísimo Sacramento —que es una muy grande ayuda—, como lo pueden hacer todos los religiosos y religiosas que moran en la casa de Dios, y otras personas calificadas y seguras, mas otras hay a quien será más conveniente el lugar secreto que el público para haber de orar, así por el peligro de la vanagloria, como por la obligación que pueden tener de residir en sus casas. Y, especialmente en mujeres de poca edad, comúnmente es muy saludable y seguro puerto el lugar más secreto y apartado de los ojos del mundo. Hagan las personas devotas, de sus rincones, oratorios, y allí adoren a Dios en espíritu y en verdad. Porque, pues el profeta Jonás hizo oración en el vientre de la ballena (cf. Jon 2,2), y san Juan Bautista en las entrañas de su madre (cf. Lc 1,41), no habrá lugar que no sea conveniente para vacar a Dios en él. Así muestra el santo profeta que lo hacía, cuando dice: *Estando en los desiertos y en tierra yerma, seca y descaminada, me presenté, Señor, delante de ti, como si estuviese en tu santuario, para contemplar tu virtud y tu gloria* (Sal 62,3) ¹¹⁰.

Los vicios que, según la doctrina de Salomón y del apóstol san Pablo, más deben enmendar las mujeres son curiosidad y ociosidad, mucho hablar y mucho andar (cf. Prov 7,11; 1 Tim 5,13); porque, por no hacerlo así, viene a infamarse y desacreditarse el camino de Dios y el estudio de la devoción. Y sola esta razón bastaba para que **los que de verdad desean la gloria de Dios mirasen mucho por sí y no diesen motivo a nadie de calumniar la virtud**, pues tantas veces el Apóstol nos aconseja que ninguna cosa hagamos por donde pierda punto de reputación el nombre y la doctrina de Cristo [cf. 1 Cor 10,32; 1 Tim 5,14; Tit 2,5]. Mas, con todo eso, no tome de aquí nadie ocasión para defender [*prohibir*] a las doncellas la salida a misa los días de obligación. Porque una cosa es quitar lo superfluo, y otra, cortar por lo necesario. Esto nos manda la Iglesia, mas lo otro nos defienden los santos; como muchas veces lo hace san Jerónimo en sus epístolas, encomendando en cuanto es posible el recogimiento a las doncellas.

Y por estas mismas razones deben tener también mucha discreción estas mismas personas en la frecuencia de los sacramentos; porque, aunque esto se hacía cada día en la primitiva Iglesia, mas entonces no era nota de singularidad hacer lo que todos hacían; como no lo es vestirse un religioso de blanco en la Orden donde todos visten de este color. Y, demás desto, no deben las personas espirituales poner toda la fuerza de su aprovechamiento en cosas que no están en su mano y que por muchas vías se les pueden impedir; porque notoria cosa es que por mil vías se nos puede impedir la frecuencia de los sacramentos: o por falta de ministros, o de otros aparejos que para esto se requieren. Y, si en esto solamente fundamos todo nuestro aprovechamiento, faltando el fundamento, luego es caído el edificio. Y por esto debe el hombre aprovecharse de otros muchos medios que hay para sustentarse en la virtud, que no penden de nadie y que se pueden ejercitar de las puertas adentro; y juntar con estos la frecuencia de los sacramentos, a sus tiempos ordenados: unos, cada mes; otros, cada quince días; otros, cada semana (como san Agustín aconseja); y otros, más tarde, o más a menudo, según las fiestas y el hambre de este Santísimo Sacramento, y según la edad y devoción y estado de cada uno, y según el juicio del prudente confesor, y según lo que el hombre pudiere conjeturar de su propio aprovechamiento. He dicho esto porque por experiencia he visto personas que casi todo su caudal ponían en esta frecuencia de los sacramentos, lo cual, cuando por algunas causas de las que se ofrecen cada día en la vida humana, se les impidió, luego

¹¹⁰ «In terra deserta, et in via, et in aquosa; sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam».

aflojaron en su aprovechamiento; así como el árbol acostumbrado a regarse cada semana, que, en dejándole de regar, luego se seca. Este aviso principalmente se da a mujeres de sospechosa edad; aunque, así en este como en todos los otros, no hay regla tan general que no tenga su particular excepción.

VIII. Octavo aviso: Que se debe huir la demasiada conversación de hombres y mujeres

El octavo aviso sea huir con todo estudio la demasiada conversación de hombres y mujeres, aunque sea espiritual, porque, como dice muy bien santo Tomás, muchas veces el amor espiritual viene a mudarse en carnal, por la semejanza que hay de uno a otro; y digo señaladamente la *demasiada*, porque la templada y bien ordenada no se debe culpar. Esta es una de las cosas que más encarecidamente hallamos encomendada en las escrituras de [366] todos los santos. San Agustín dice: «Sin ninguna duda digo que el que no quiere evitar la familiar conversación de las mujeres presto vendrá a caer». Y en otra parte dice: «Grande enemigo tiene la castidad, al cual no sólo conviene resistir, sino también huir a rienda suelta. Y no menos se deben huir las personas que parecen más religiosas y virtuosas, que las demás, porque cuanto son más virtuosas, tanto más aficionan los corazones, y, debajo de color de piedad, puede estar la liria [*liga*] del pecado escondido. Cree a un hombre experimentado, porque, como tal, te certifico esto delante de Dios: que vi a los cedros altos del monte Líbano y a las guías de la grey de Dios haber caído por esta ocasión; de cuya caída no tenía más sospecha que de la de Ambrosio o Jerónimo». Y más abajo añade el mismo santo, diciendo: «Cuántos clérigos y legos, después de haber gloriosamente confesado la fe y triunfado de los tiranos, y después de haber obrado otras grandezas y maravillas, vinieron a padecer naufragio por haber querido navegar en una misma nao con personas sospechosas». Y san Jerónimo otrosí dice: «Todas las doncellas y vírgenes de Cristo, o igualmente las ama, o igualmente las olvida; y no confíes en la castidad pasada, porque ni puedes ser más santo que David (cf. 2 Sam 11,2ss), ni más sabio que Salomón (cf. 1 Re 11,1ss). Acuérdate que mujer fue la que echó fuera de su posesión al primer morador del paraíso (cf. Gén 3,1ss)». Y san Isidoro dice: «Puesto par de la serpiente no estarás mucho tiempo seguro, y asentado par del fuego, aunque seas de hierro, te derretirás». Pero san Bernardo, sobre todo, aprieta más este negocio, diciendo: «Por mayor maravilla tengo morar en compañía de una mujer y no caer, que resucitar un muerto. Pues, si no creyere de ti lo menos, ¿cómo creeré lo que es más?» Esto dice san Bernardo, o por vía de encarecimiento, o porque ello es así. Como quiera que sea, mucho se debe temer lo que este santo tanto encarece.

Pues, por estas voces y consejos de santos, el siervo de Dios, que trae un tan gran tesoro en vaso de barro [cf. 2 Cor 4,7], debe andar siempre la barba sobre el hombro, atalayándose por todas partes, temiendo en medio de la seguridad, porque este temor es la cosa que más le puede asegurar. Y es mucho de notar lo que dice san Jerónimo, que no nos confiemos en la castidad pasada, porque ninguna cosa hay tan vecina del peligro, como la demasiada confianza. Por esto se lee de uno de aquellos famosos compañeros de san Francisco, que se decía Fray Rogerio, que, teniendo un altísimo don de castidad, así se recataba y recelaba de todas las ocasiones y peligros del mal, como si fuera uno de los más flacos hombres del mundo. Y, preguntándole su confesor por qué hacía esto, teniendo un ánima tan pura, como él sabía, respondió que «aquella pureza le daba Dios por el gran cuidado que él tenía de guardarse; y que, si él en esta parte se descuidase de sí, quizá Dios también se descuidaría dél». Pues este ejemplo deben seguir todos los verdaderos amadores desta virtud, si quieren librarse de muchos lazos y peligros que en este caso se pueden ofrecer.

Y no sólo deben excusar todo género de familiaridad y conversación demasiada, mas también todas las ocasiones y negocios que puedan disponer para eso. Porque, **quien quiere cortar el fin, también ha de cortar todos los medios que disponen para él**. Y, aunque tengan las cosas color de bien, todavía ha de pensar el hombre que no duerme nuestro adversario, y que entonces tiene más aparejo para dar veneno: cuando tiene más miel con que mezclarlo.

Y por esta causa nunca sería de parecer que mujeres diesen obediencias muy estrechas a padres espirituales, fuera de las que están aprobadas por la Iglesia; porque, aunque esto pueda caer en personas de toda seguridad, pero generalmente no se debe esto aconsejar a nadie, porque muchas veces se puede esconder la culebra debajo de la yerba verde, y muchas veces amistades que se comienzan con espíritu, precediendo el tiempo se convierten en otro metal.

IX. Nono aviso: Que cada uno trabaje primero por cumplir las obligaciones de su estado

El nono, y más principal aviso, sea que el varón devoto tenga por el principal fundamento de su vida cumplir primero con las obligaciones de su estado, y, después desto, tome todo el tiempo que quisiere para vacar a Dios. Para lo cual es de saber que no es otra cosa oración, propiamente hablando, sino una petición en que **pedimos a Dios gracia para cumplir sus mandamientos y hacer su santa voluntad**, como personas que conocemos la inhabilidad que de nuestra parte tenemos para cumplirla. Esto significó el Salmista, cuando dijo: *Abrí mi boca, y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos* (Sal 118,131); como si dijera: «Porque deseaba guardar tus mandamientos, y esto no podía hacer sin el favor de tu gracia y de tu espíritu, el cual tú das a los que humildemente lo piden, por eso abrí mi boca en la oración y pedite la gracia deste espíritu, para poder con ella guardar los mandamientos que yo deseaba». Pues, siendo esto así, claro está que la guarda de los mandamientos divinos ha de ser el primero de nuestros cuidados, y la oración, con todo lo demás, se ha de ordenar a este fin. Pues en esta primera obligación entran todas las que cada uno tiene en su estado, como son las que el casado tiene en el suyo, y el religioso, y el obispo, y el juez, y el señor de vasallos, y, finalmente, cada uno de todos los demás en el suyo. Porque así como estos estados son ordenados por Dios, así también lo son las leyes y obligaciones dellos, y, por eso, el que quebranta esta ley resiste a la ordenación de Dios. Por donde aquel vaso de elección y sagrario del Espíritu Santo tantas veces al cabo casi de todas sus epístolas gasta tanto tiempo en declarar y encomendar las obligaciones destes estados, conviene saber: la del padre para con su hijo, y del hijo para con su padre, del marido para con su mujer, y de la mujer para [367] con su marido, del siervo para con su señor, y del señor para con su siervo; y así todo lo demás.

Pues, si estas son también leyes y obligaciones de Dios, ¿qué mayor desorden que, por vacar a la oración, con que pedimos socorro para guardar la ley de Dios, dejar de cumplir esa misma ley? Eso es dejar el fin por los medios, el puerto por la navegación y la salud por la medicina, con la cual se había de alcanzar esa misma salud. Esto es dar a entender claro que el hombre, en la oración, más buscaba a sí que a Dios, pues deja a Dios por amor de sí; esto es, deja lo que Dios le manda, por hacer lo que a él le parece. Finalmente, esto es del todo no entender qué cosa es oración, ni para lo que es, pues por ella se deja lo que por ella se busca. Muy bien dijo un compañero de san Francisco a otro religioso, que se quejaba de la obediencia y trataba de desampararla, porque le impedía la oración: «Hermano —dijo él—, tú que estos pensamientos tienes, aún no sabes qué cosa es oración». Por cierto, en pocas palabras le dijo mucho. Porque, si todo el negocio de la oración es cobrar espíritu y fuerzas

para guardar los mandamientos de Dios, ¿qué desatino es dejar el cumplimiento de esos mandamientos por acudir a la oración? Entienda, pues, el varón devoto que así como el herrero toma por medio calentar y ablandar el hierro para labrarle, así **se toma por medio la oración para ablandar el corazón y hacerlo obediente a la ley de Dios**. Y este es el principal fin a que se ha de enderezar la verdadera y perfecta oración.

Ilustrísimos ejemplos y argumentos hay en la Escritura divina para esto, mas ninguno he hallado más ilustre que aquel divino salmo *Beati immaculati in via* (Sal 118), el cual, siendo tan grande que la Iglesia lo repartió en once salmos para todas las Horas de la mañana, porque en él hay ciento y sesenta versos, apenas tiene uno donde no haga mención de la ley, o mandamientos, o caminos de Dios, o justificaciones, o palabras, que es lo mismo; unas veces pidiendo lumbre para entender su ley, otras favor y gracia para cumplirla, otras declarando los grandes frutos que se siguen de la guarda della, y los grandes males de lo contrario, otras declarando el Profeta cómo todo su tesoro, todo su amor y todos sus deleites y pensamientos estaban en ella. De manera que todo el salmo y todas las palabras y consideraciones dél van enderezadas a este fin; para que por aquí entienda el siervo de Dios que no ha de tener en este mundo otro fin, ni otro mayorazgo, ni otra heredad, ni otra gloria, ni otro tesoro, sino sólo la guarda de la ley de Dios, y que a esta sola ha de enderezar todos los pasos y puntos de su vida; y mucho más, todas las consideraciones y ejercicios de su oración. Y, si este ha de ser todo nuestro intento, ¿qué cosa más contraria a esto, que dejar por la oración el mismo fin de la oración? No lo hacía así san Bernardo, que tan de buena gana dejaba, no solo la oración, mas aun la altísima contemplación, por cumplir la obligación de enseñar a aquellos que estaban a su cargo; como él lo significa en un sermón, por estas palabras: «Deciros he, hermanos, lo que por mí pasa: Si alguna vez entiendo que algunos de vosotros aprovecháis con mis palabras y doctrina, entonces yo os confieso que nunca me pesó de haber dejado el ocio de la contemplación por el oficio de la predicación; antes de muy buena gana me aparto de los brazos de Raquel para entender en lo que toca a vuestro provecho. Porque la caridad, *que no busca a sí misma* [1 Cor 13,5], me ha enseñado que ninguna cosa de cuantas yo deseo debo tener en más, que lo que a vosotros conviene. De manera que orar, leer, escribir y meditar, y cualesquier otras ganancias de estos espirituales ejercicios, tengo por pérdidas cuando, por ellos, se impide vuestro aprovechamiento» (*super Cantica*, 49,3). Y en otro sermón dice así: «Avísote, hermano que deseas darte a la contemplación, que no pienses por eso perjudicar a las obligaciones de la santa obediencia y a los mandamientos y ordenaciones de los mayores. Porque de esa manera no aprobará Dios tu vana contemplación, y, aunque le llames, no vendrá llamado, ni dará oídos al desobediente un tan grande amador de la obediencia, que quiso antes morir, que dejar de obedecer» (*super Cantica*, 46,5).

Y así como a este blanco tenemos de enderezar nuestra oración, así también con él tenemos de examinar el fruto de la oración. Porque cierto es que **el fruto de la oración ha de ser esta guarda de la ley de Dios**, como claramente lo significó el Profeta, cuando después de haber dicho del varón justo que *meditará en la ley del Señor noche y día*, añade luego, diciendo: El que esto hiciere *será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará fruto en su tiempo* (Sal 1,2-3); el cual fruto no es otro que la guarda de los mandamientos de Dios. De suerte que, de la meditación continua de la ley, nacerá la guarda de esa misma ley. Mira, pues, hermano mío, tú que tienes por oficio meditar esta santa ley, si cada vez que se ofrece tiempo de cumplir algo de lo que manda estás pronto para esto; y por ahí conocerás si fructuosamente piensas y meditas en esta ley. Mire el juez en su oficio, y el señor de vasallos en el suyo, y el obispo en el suyo, y el religioso y el casado y el siervo y el señor y el hijo y el padre y cada uno en su estado, cuando se ofrece ocasión de poner las manos en algo y cumplir con las obligaciones de su estado, cómo sale a esto; y, si viere que tarde y mal, y por mal cabo, piense que no usa bien de este ejercicio y que no le ha salido del todo provechosa la medicina, pues no consiguió el fin que por ella pretendía. Porque, si por

ahí pretenden alcanzar espíritu y fervor para cumplir la ley de Dios, quien tan pesadamente la cumple, o del todo no la cumple, ¿cómo se puede decir que alcanzó espíritu o devoción, pues no es otra cosa la devoción, sino prontitud de ánimo para hacer lo que manda Dios?

[368] Pues deste engaño está lleno hoy muy gran parte del mundo, donde vemos muchas personas que, por no pasar un poco de trabajo, dejan de cumplir con las obligaciones de sus oficios y estados, con escándalo de muchos y con agravio y escándalo de los suyos. Puesto caso que en esta cuenta no entran los verdaderos devotos que toman este negocio por solo Dios, sino los que lo toman por su gusto, o por su honor, o por un poco de entretenimiento y ocupación del tiempo, o por su autoridad y reputación, o por otros intentos semejantes; los cuales vienen a descubrir el hilo, y parecer lo que son, al tiempo que corre esta obligación. Y estos son por cuya causa es infamada la virtud y los ejercicios de la oración, juzgando los hombres de las cosas, no por las cosas, sino por las personas, y no por el buen uso, sino por el abuso dellas.

Muy bien entendió y previno esto el Apóstol, cuando, escribiendo a Tito una carta que insistiese en que todas las personas cumpliesen con las obligaciones de sus estados, llegando a las recién casadas, dice: *A las mozas casadas debes amonestar quieran bien a sus maridos y amen a sus hijos, que sean discretas, castas, templadas, y que tengan cuidado de su casa y familia, y que sean benignas y sujetas a sus maridos, porque no sea blasfemada la doctrina de Cristo, si hicieren lo contrario* (Tit 2,4-5). Mira, pues, cuán abiertamente el Apóstol avisa aquí de lo uno y de lo otro, y de lo que se debe hacer, que es tener cargo de la casa y familia, y de lo que se debe temer, que es escandalizar a su prójimo e infamar el camino de Dios, cuando esto no se hace debidamente.

Mas, porque esta materia es muy necesaria, para mayor declaración della añadiré la doctrina del aviso siguiente, donde más distintamente se trata del fin que se ha de tener en estos santos ejercicios, y de los engaños que acerca desto puede haber.

X. Décimo aviso: Del fin que se ha de tener en estos ejercicios

El décimo aviso es acerca del fin que se debe tener en estos ejercicios. Porque, como el fin sea principal circunstancia de las obras morales, y la raíz y fundamento de todo lo demás, si este va errado, todo va errado, y si fuere acertado, todo lo demás también lo irá.

Pues para esto es de notar que una principalísima parte de la vida cristiana es la mortificación de nuestros apetitos y propias voluntades, porque el fin desta vida es la caridad, y desta caridad nace una general obediencia de todos los mandamientos divinos y una perfectísima conformidad con la divina voluntad, como claramente se colige de las palabras del Salvador, el cual en una parte dice: *Si alguno me amare, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y a él vendremos y en él haremos nuestra morada* (Jn 14,23); y en otra parte dice: *El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama* (Jn 14,21). Por donde parece que todo viene a ser casi una misma cosa: perfecto amor y perfecta obediencia; porque ni el que ama puede dejar de guardar lo que le manda el amado, ni guardarlo sin que le ame.

Mas para esta manera de obediencia se requiere ante todas cosas la mortificación y negamiento de nuestra propia voluntad. Porque así como no se puede ingerir [injeritar] un árbol, si no se corta primero la rama que se ha de ingerir, así no puede ingerirse en nuestros corazones la voluntad divina, si no se corta primero la humana en lo que contradice una a otra.

Lo cual pertenece al oficio de la mortificación y al uso de las virtudes morales ¹¹¹, que principalmente se emplean en esto; porque la mayor parte dellas tienen por oficio mortificar alguna destas pasiones, para que dé lugar al uso de las virtudes, en el cual consiste la guarda de la ley de Dios.

Por do parece que **el fin de todo este negocio es amor y obediencia, y mortificación** de todas nuestras malas inclinaciones, como en pocas palabras lo significó el Eclesiástico, diciendo: *Hijos de la sabiduría son todos los justos, y la generación dellos es obediencia y amor* (Eclo 3,1) ¹¹². En lo cual se da a entender que los principales frutos de la justicia son estos dos, porque el hijo primogénito es el amor de Dios, y deste nace la obediencia de su divina voluntad; y para cumplir esta es menester negar la nuestra, que es el oficio propio de la mortificación. Y por esta causa hacen tanto caso todos los santos de la mortificación, porque ella es la primera puerta y llave de todo. Esta es aquella cruz que el Salvador tanto nos encomienda en el santo Evangelio (cf. Mt 10,38; 16,24; y Lc, Mc y Jn), en la cual habemos de crucificar todos nuestros apetitos, como lo hicieron y hacen todos aquellos de quienes el Apóstol dice: *Los que son de Cristo crucificaron con él su carne, con todos sus vicios y codicias* (Gál 5,24).

Pues, como esta cruz sea una cosa tan pesada y tan desabrida para nuestra carne, y ni las cosas pesadas se pueden llevar sin fuerzas, ni las desabridas sin algún sabor, para esto principalmente sirve la oración, en quien está lo uno y lo otro. Porque por la oración se alcanzan fuerzas para pelear contra Amalec, nuestro adversario (cf. Éx 17,11); y por ella se impetra la divina gracia, la cual sola puede todas las cosas; y en ella se ejercita y enciende la caridad, que es la madre de todas las virtudes; y por ella se abren cada día más los ojos al conocimiento de Dios; y en ella, finalmente, se comunica la alegría del Espíritu Santo, con la cual se hace dulcísimo y suavísimo el camino de Dios, según que lo significó el Profeta cuando dijo: *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón* (Sal 118,32).

Pues esta es la causa porque es tan encomendada y alabada la oración por todos los santos; no tanto por lo que ella es en sí, aunque ella es también acto de religión, que es la más excelente de las vir- [369] tudes morales, sino principalmente por el favor y ayuda grande que nos da para conseguir este fin. De manera que no es tanto alabada como fin, cuanto como medio principalísimo para el fin; y no tanto como la salud, cuanto como una medicina efficacísima para alcanzar la salud. Por do parece que, si fuese posible darse uno mucho a la oración, y, con todo esto, no fuese más virtuoso ni más mortificado, sería como un enfermo que siempre usase de medicinas y no tuviese más mejoría; en lo cual sería dos veces miserable, lo uno por el trabajo de la enfermedad, y lo otro por el de la medicina.

Este es un principio muy universal y muy verdadero, por el cual podrá cada uno entender muchas maneras de engaños que en esta parte suelen acaecer. Porque hay algunas personas que, como hallan en la oración suavidad, y en la mortificación dificultad, dejan lo agrio por lo dulce, y lo dificultoso por lo fácil; y así todo su negocio es darse a la oración, sin hacer caso de la mortificación, porque el corazón humano es en gran manera goloso y amigo de deleites; tanto, que por esta ocasión algunos filósofos dijeron que el deleite era el último fin y centro de su felicidad; y todos generalmente dijeron que era el cebo de todos los males,

¹¹¹ Las virtudes *morales* tienen por fin reglar nuestras costumbres (*mores*): • *prudencia*: conocer y practicar el bien (reflexión, decisión, acción); • *justicia*: dar a cada uno (Dios y prójimo) lo que es suyo; • *fortaleza*: afirmar nuestra voluntad para vencer los obstáculos en la prosecución del bien; • *templanza*: observar la debida medida en el uso de los bienes. Son llamadas también *cardinales* (de *cardo*: gozne, quicio, pivote), por su función fundamental (cf. CEC 1805ss). «Si alguien ama la justicia, las virtudes son su especialidad, pues ella enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza» (Sab 8,7).

¹¹² «Filii sapientiæ, ecclesia iustorum; et natio illorum, obædientia et dilectio».

porque mediante la golosina del deleite se deja prender de todos ellos. Y es tan poderosa esta inclinación en el hombre, que así como el agua naturalmente corre para abajo, y, si la queréis por fuerza represar y detener, ella siempre busca algún portillo por do salir, así nuestro corazón está siempre tan inclinado a todo género de deleites, que, si le ponéis silencio y entredicho en unos, él luego busca salida para otros, y otros, porque no descansa fuera dellos. Conforme a lo cual dice muy bien un doctor que la naturaleza es sutil y que en todas las cosas busca a sí misma ¹¹³, aun en los muy altos y divinos ejercicios. Y llámala con razón *sutil*, porque muy de callada, y casi sin sentirlo, se cuele por doquiera, y se entremete donde no la llaman, para ver si hay allí algo de su gusto o de su provecho que pueda prender, o en que se pueda entregar.

I. De aquí, pues, nace la mayor parte de los engañados que hay en este camino. Porque, primeramente, de aquí nace la corrupción de la intención en las buenas obras que hacemos, donde el fin principal había de ser Dios; contra lo cual reclama este apetito sensual, que siempre busca algo de carne donde se pueda cebar. Y esto es lo que principalmente corrompe nuestras obras, y hace que no sea todo agua limpia lo que se hace del bien. Y así acontece a muchos vivir muy engañados, creyendo que tienen muchas buenas obras hechas en servicio de Dios, las cuales, cuando vengan a ser examinadas en el contraste de su juicio, se verá claro que no era todo oro puro lo que tenían, sino lleno de mucha liga del propio amor.

II. De aquí nace también que muchos, en los ejercicios de sus oraciones, lecciones y comuniones, no pretenden otra cosa más que algún deleite o alegría espiritual, y en solo esto ponen la suma de todos sus deseos, pareciéndoles que por ser el deleite *espiritual* está ya todo canonizado y seguro, y que no puede haber peligro donde el deleite no es de carne; y no miran que también puede tener aquí su lugar, como dice un doctor, el amor propio, y la gula espiritual, y la avaricia, y otros semejantes apetitos; y por ventura, tanto más, cuanto son mayores estos deleites y más para desear. A lo menos es cierto que muchas veces la raíz de todo esto suele ser amor propio, el cual siempre tiene ojo a su interese, ora sea en esta materia, ora en aquella, sino que en aquella hay mayor culpa y menor engaño, porque el deleite es más torpe; mas, en esta, si no hay culpa en el deseo, puede haber engaño en la opinión, cuando el hombre por esta causa se tiene en más de lo que es.

Y, si por ventura me dijeres que no son muchos los que en esta materia se engañan, porque ninguno habrá tan ciego que sólo esto pretenda en el ejercicio de sus oraciones y estudios, a eso te respondo que antes creo que son muy muchos los que en esta parte viven engañados, porque por experiencia vemos que muchas destas personas son muy continuas en estos estudios y ejercicios, a las cuales, si le[s] ofrecen una obra de caridad, o de obediencia, o de algún trabajo corporal, luego vuelven las espaldas y procuran echarlo a puertas ajenas; lo cual es manifiesta señal de que no buscaban puramente el beneplácito y contentamiento de Dios, pues, ofreciéndoselos materia de mayor servicio y contentamiento suyo, dejan de acudir a esto, por acudir a lo que es más a su gusto; como si no fuese agradable a Dios, sino lo que es agradable al hombre, siendo, por la mayor parte, lo contrario: que lo que menos agrada al hombre, eso agrada más a Dios [*cf. Lc 16,15*].

Los que desta manera sirven y aman a Dios, aún no del todo han recibido el espíritu de hijos, sino el de siervos (cf. Rom 8,15); y así más se pueden llamar mercenarios, que hijos, pues su principal intento es el interese. «Por cierto, Señor, mal conoce tu bondad el que desta manera te ama, y no ha conocido lo que tú vales y lo que eres el que en este partido busca otra cosa fuera de ti. A lo menos es cierto que, el que de esta manera te ama, no te ama con amor puro y casto, cual es el de la esposa al esposo, sino con amor doblado y mercenario, cual es el

¹¹³ Al margen: *Tomás de Kempis, lib.III Contemptus mundi, c.59*. Aquí no se encuentra. Lo más aproximado: «Fili, diligenter adverte motus naturæ et gratiæ, quia valde contrarie et *subtiliter* moventur» (III,54.1).

de las mujeres no casadas, que más respeto [*miramiento*] tienen al interese o al deleite, que a la persona que aman». Pues ¿qué cosa puede ser menos conveniente, que amar a Dios con tal amor?

III. De aquí también nace otro engaño muy principal, que es, como ya dijimos, hacer mucho caso de los ejercicios de la oración y ninguno de la mortificación. Porque, como en lo uno haya deleites y en lo otro desabrimiento, el corazón humano, amigo de lo uno y enemigo de lo otro, abraza lo que le deleita y desecha lo que le atormenta. Y de aquí nace que veréis a muchos acu- [370] dir con todo cuidado a los sermones y misas, y rezar muy largas coronas de *paternostres* y *avemarías*, y confesar y comulgar muchas veces, y holgarse de hablar y oír hablar de Dios, y de conversar con personas espirituales y virtuosas; y, con todo eso, están muy enteros en su ira, y en su codicia, y en sus pundonores, y en hacer su propia voluntad, y en no perder un punto de su derecho, ni querer dar a torcer su brazo, ni dejarse hollar de nadie; huelgan de comer, y beber, y vestir, y tratarse muy bien; y, con todo esto, quieren gustar y regalarse de Dios. De donde nace que, si alguna vez en la oración no hallan aquel gusto y dulzura que deseaban, luego se congojan y pierden la paciencia, y lloran porque no lloraron; no lágrimas de devoción, sino de disgusto e impaciencia. Y los tales, que por esta causa lloran, no lloran por verse llenos de ira, y de soberbia, y de avaricia, y de amor propio, y de otros vicios, y vacíos de humildad y caridad, y de otras virtudes, mucho más necesarias que todas aquellas lágrimas.

Y llega este negocio a tanto, que algunos destos, que tanto caso hacen desta su devoción, no lo hacen de la verdadera justicia y de muchas cosas que por ley divina son obligados. A los cuales parece que, el día que no oyeron misa, o que no cumplieron con las devociones de su calendario, que no pueden dormir ni comer con sabor; y, con todo esto, pueden dormir con las arcas llenas de vestidos tresdoblados y dineros ociosos, habiendo tantos pobres desnudos; pueden dormir con las conciencias entrampadas y llenas de deudas y de marañas; pueden dormir teniendo de muchos años quitada la habla a sus prójimos, con escándalo común del pueblo; y pueden también dormir sin cumplir con las obligaciones de sus estados y de su casa y familia. Y, si alguna vez se les ofrece ocasión de entender en alguna obra destas, mayormente si tiene anexo algo de trabajo, luego le dan de mano y se despiden della, diciendo que se les derrama y distrae allí el corazón, y que así no pueden después estar devotos y recogidos en la oración; no mirando que esto es dejar la cabeza por los pies, pues en más estiman el recogimiento del corazón, que dispone para la oración, que la obediencia de la ley de Dios, para la cual dispone la misma oración. Estos no deben haber leído aquellas palabras del Salvador, que dice: *No todo aquel que me dice: «Señor, Señor», entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos* (Mt 7,21).

Esta devoción sin fundamento de justicia es uno de los mayores engaños que en este camino puede haber, y más universal, porque de todo en todo destruye la orden de la vida espiritual; porque, como el fin desta vida sea el cumplimiento de la ley de Dios, y el medio para conseguir este fin sea la oración, como ya dijimos, pervertida esta orden, y hecho del fin medio, y del medio fin, todo queda pervertido. Y pluguiese a Dios no hubiese muchos engañados en esta parte; mas pienso yo que así como es muy universal el reino del amor propio, así también es muy general esta pestilencia que nace dél; y, aunque en unas partes reinará más que en otras, pero apenas hay quien del todo esté libre della.

Y no piense nadie que esta doctrina es contraria a la que arriba dijimos contra las ocupaciones demasiadas, porque aquella era contra los que del todo dejan la oración por entregarse a las ocupaciones exteriores; mas esta es para curar el extremo contrario, de los que del todo dejan toda manera de ocupaciones, aunque sean necesarias, por no faltar en el ordinario de sus oraciones. Y lo uno y lo otro es extremo, del cual siempre huye la virtud, que

está en el medio. Porque ni han de ser tantas las ocupaciones, que ahoguen la oración, ni se ha de tener en tanto la oración, que por ella deje el hombre de acudir a las cosas de virtud y obligación.

Del remedio contra todos estos engaños

Pues, el que quisiere librarse de todos estos engaños, ponga **por último fin** de todos sus trabajos y ejercicios **el cumplimiento de la ley de Dios y de su santa voluntad, y la mortificación de la suya propia**; y aprovéchese de la dulzura de la oración para templar la amargura deste cáliz; y, cuanto más bebiere dél, tanto se tenga por más aprovechado, y cuanto menos, menos. Y especialmente mire cuánto crece cada día en humildad, así interior como exterior; cómo sufre las injurias que se le hacen; cómo sabe dar pasada a las flaquezas ajenas; cómo acude a las necesidades de sus prójimos; cómo se compadece y no se indigna contra los defectos dellos; cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación; cómo rige su lengua; cómo guarda su corazón; cómo trae domada su carne, con todos sus apetitos; cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, sin levantarse en las unas, ni dejarse caer en las otras; cómo se repara y provee en todas las cosas, con gravedad y discreción; y, sobre todo esto, mire si está muerto el amor de la honra, y del regalo, y del mundo, con todos los otros afectos semejantes; y, según lo que en esto hubiere aprovechado o desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que gusta o no gusta de Dios.

Pues, por esto, el que desea acertar este negocio no se ha de contentar con tener ojo a sola la oración, sino antes el un ojo, y más principal, ha de tener en la mortificación, y el otro en la oración; y, desta manera, ayudándose de lo uno para lo otro, podrá salir con todo junto. Porque, de otra manera, ni la oración aprovecha sin la mortificación, ni la mortificación perfecta es posible alcanzarse sin el socorro de la oración. Porque estas dos virtudes son como dos fieles hermanas, que una ayuda a otra en todo lo que se ha de hacer.

[371] Las cuales dos virtudes singularmente fueron figuradas en aquellos dos altares que había en el Templo de Salomón: uno, en que siempre se ofrecía sacrificio (cf. Éx 29,38), y otro, en que no se ofrecía más que incienso (cf. Éx 30,1). Por el altar del sacrificio, donde cada día se mataban diversos animales, se entiende la mortificación, que tiene por oficio sacrificar y cortar las cabezas de todos nuestros apetitos sensuales; y por el del incienso, la oración, la cual, a manera de incienso, se derrite en el altar de nuestros corazones con el fuego del divino amor, y así sube hasta los cielos y despacha nuestros negocios con Dios. Por lo cual, el que desea ser desta manera templo vivo de Dios trabaje por tener dentro de su ánima estos dos altares, el uno, en la parte superior della, donde siempre esté humeando el incienso de sus oraciones y meditaciones, cumpliendo aquello del Salmista, que dice: *El pensamiento de mi corazón siempre está delante de tu acatamiento* (Sal 18,15); y el otro, en la parte inferior della, donde esté siempre ofreciendo sacrificio de todos sus deseos y aficiones, cumpliendo aquello del Apóstol, que dice: *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, que son fornicación, deshonestidad, lujuria, codicia y avaricia*, con todo lo demás (Col 3,5). Esta es aquella mirra e incienso de que habla el Esposo en los Cantares, cuando dice: *Yo iré al monte de la mirra y al collado del incienso* (Cant 4,6). Porque así como por el incienso se entiende la oración, así también por la mirra la mortificación, la cual, por una parte, es amarguísima a nuestro gusto, y por otra, de suavísimo olor y precio delante de Dios. Y no sin misterio se atribuye al monte la mirra y al collado el incienso, sino, por ventura, para dar a entender la ventaja que hace la mortificación a la oración, así en la dificultad como en la dignidad. Porque así como la mortificación universal de todos los apetitos es más dificultosa

que la oración, así es más excelente y necesaria. Y también, así como el collado es camino y medio para subir al monte, así la oración lo es para la mortificación.

Por donde el siervo de Dios ha de tener este aviso: que, cuando más favorecido se viere en la oración y con mayores deleites, entonces se ha de ceñir y aparejar para mayores trabajos, considerando cuánto es razón que se padezca por un Señor que así lo trata, y entendiendo que aquellas consolaciones que le envía son refrescos que le da para entrar en la batalla. Cosa es por cierto muy de notar ver que al tiempo que el Salvador se había transfigurado en el monte, donde su cara resplandeció como el sol y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve, que allí, en medio de tantas alegrías, se tratase de los trabajos que había de padecer en Jerusalén (cf. Lc 9,28ss). ¿Qué tiene que ver el negocio de la Pasión con el misterio de la transfiguración? Si la música en el llanto viene fuera de propósito (cf. Eclo 22,6), ¿cómo no vendrá también el llanto en la música y alegría? Así lo es, por cierto, en las fiestas del mundo, mas no en las fiestas de Dios, donde las consolaciones se dan para llevar trabajos, y donde la alegría dispone para la tristeza, y el descanso para el tormento, y la transfiguración para la cruz. Por donde, **todas las veces que el siervo de Dios se viere consolado, téngase por emplazado para alguna nueva batalla**; y, así como en estos favores le obligan a padecer, así piense que lo llaman a padecer. Y, por tanto, así como el cuidadoso caminante, cuando entra en la venta a almorzar, por una parte está almorzando y por otra está trazando lo que le queda para caminar, y, estando con el cuerpo en la venta, con el corazón está puesto en el camino, así también el siervo de Dios, cuando se llegare a la oración, por una parte ha de estar allí gustando de Dios, y por otra, echando los ojos adelante y trazando los trabajos que, salido de allí, le conviene padecer por amor de aquel que así lo trata, y que no quiere que le coma nadie el pan de balde.

Λ La suma, pues, deste negocio sea que, ante todas cosas, escribamos en nuestros corazones aquellas palabras del Salvador, que dicen: *El que quiere venir en pos de mí niegue a sí mismo y tome su cruz, y sígame* (Lc 9,23). Y, porque esta cruz apenas se puede llevar sin las fuerzas y alegría de la oración, para esto nos entreguemos del todo a esta virtud, como a una fidelísima guía y principalísimo medio que nos llevará a este fin. Y para este propósito no se reprueba, sino antes se concede, que deseemos y procuremos las consolaciones espirituales; no para descansar en ellas, sino para tomar huelgo y aliento con que podamos subir hasta lo alto deste glorioso monte. Porque desta manera las deseaba y pedía el Profeta, cuando decía: *Alegra, Señor, el ánimo de tu siervo, porque a ti levanté mi corazón* (Sal 85,4). Y en otro lugar: *Sea llena mi ánimo de la grosura de la devoción, y así te alabaré con labios de alegría* (Sal 62,6).

Pues desta manera, y para este fin, debe el hombre aprovecharse de las consolaciones divinas; no para sólo deleitarse en ellas, sino para trabajar con ellas, como lo hacía aquella santa ánima, de quien se dijo: *Consideró las sendas de su casa, y no comió el pan de balde* (Prov 31,27).

XI. Undécimo aviso: Que no se deseen visiones ni revelaciones

De lo dicho, también se infiere que, si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos, mucho menos debemos desear visiones, o revelaciones, o arrebatamientos, y cosas semejantes; porque esto es evidentísimo principio para todas las ilusiones del enemigo. Y no tenga el hombre miedo de ser en esta parte desobediente a Dios, si del todo cerrare las puertas a este género de negocios; porque, cuando él quiere revelar algo, él lo sabe descubrir de tal manera, que no le quede al hombre ningún lugar de dudar; como vemos que lo hizo con el [372] mozo Samuel, que una y otra le llamó y le dijo lo que

quería (cf. 1 Sam 3,10), de tal manera que no le quedó al profeta ningún escrúpulo ni duda de la embajada.

XII. Duodécimo aviso: De no descubrir a nadie los favores y mercedes de nuestro Señor

También conviene aquí avisar que se debe tener mucho secreto en callar los favores y regalos que el Señor algunas veces suele hacer a los suyos en la oración. En lo cual va tanto, que, como san Bernardo dice, el varón devoto ha de tener escritas estas palabras en las paredes de su celda: *Mi secreto para mí, mi secreto para mí* (Is 24,16) ¹¹⁴. Y del bienaventurado san Francisco se escribe que era tan recatado en esta parte, que no sólo no se atrevía a descubrir a otros los favores y regalos que Dios le hacía, sino que también, cuando salía de la oración, usaba de tal disimulación y templanza, así en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traía dentro del corazón.

Contra lo cual hacen muchos, que luego les sale a borbollones la devoción por la boca, y no se pueden contener sin dar grandes muestras —con gemidos y sollozos— de lo que sienten. Lo cual, como dice un doctor, no procede de la grandeza de su devoción, sino de la pequeñez de su corazón; como suele acaecer a los niños cuando les dan algún vestido o calzado nuevo, que no se pueden contener sin que luego lo vayan a mostrar a los otros sus compañeros. Y, mientras más descubren estas cosas, más ayunos y vacíos quedan dentro; porque así como el fuego y las cosas olorosas, mientras más encerradas están, más conservan su calor y su olor, así también lo hace en su manera la devoción y el amor de Dios.

Otros hay también que, socolor de caridad, aunque con secreto peligro de liviandad, rebosan luego todo lo que sienten de Dios; no mirando que con mayor secreto deberíamos encubrir los bienes que tenemos, por el peligro de la vanagloria, que los males que hicimos, por el temor de la infamia.

Pues por estas causas conviene tener todo secreto en aquellas cosas que, sabidas, nos podrían ser ocasión de alguna vanidad y peligro. Lo cual manifiestamente nos quiso encomendar el Salvador, pues tanto silencio mandó tener, así en el misterio de su gloriosa transfiguración, como en otros milagros; lo cual nos consta que hacía, no por su peligro, sino por nuestro ejemplo. Al cual mirando, nuestro glorioso padre santo Domingo, habiendo hecho un clarísimo milagro en un muerto que resucitó, y diciéndole un cardenal que sería bien publicarlo para honra de Dios y ensalzamiento de la fe, respondió que en ninguna manera tal consentiría, y que antes se pasaría a tierra de infieles, que tal consintiese ¹¹⁵. Y, estando tan lejos de ensoberbecerse el que tan claramente conocía que aquella era obra de Dios, todavía, o por humildad o por nuestro ejemplo, quiso que se guardase tanto este secreto; recelando como verdadero humilde de su peligro, y proveyendo como piadoso padre a nuestro ejemplo.

XIII. Decimotercio aviso: Del temor y reverencia con que debemos estar en la presencia del Señor

¹¹⁴ «Secretum meum mihi, secretum meum mihi». Al margen, también la cita de san Bernardo: *super Cantica*, 23,9.

¹¹⁵ «Relación de la beata Cecilia Cesarini», I, en SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, *Su vida. Su Orden. Sus escritos*, o.c. El relato dice que la idea de manifestarlo *en la predicación pública* fue del propio Sumo Pontífice.

También debe el hombre estar avisado de **tratar a Dios en la oración con la mayor humildad y reverencia** que sea posible. De manera que nunca el ánimo ha de estar tan regalada y favorecida de Dios —aunque se vea en tal estado, que pueda decir con la esposa en los Cantares: *La siniestra suya está debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará* [Cant 2,6]—, que no vuelva los ojos hacia dentro y haga reflexión sobre su vileza, y encoja sus alas, y se humille y tiemble delante de tan gran Majestad. Esto es lo que el Profeta nos aconseja, diciendo: *Servid al Señor en temor, y alegraos ante él con temblor* (Sal 2,11) ¹¹⁶. Nueva cosa es, por cierto, lo que aquí se nos manda, que es alegría con temblor; mas lo uno y lo otro es necesario cuando nos llegamos a tratar con un Señor de tan grande bondad y majestad. Y, cuanto el ánimo fuere más pura, tanto será esta humildad más agradable; porque, como está escrito, *gracia sobre gracia es la mujer santa y vergonzosa* (Eclo 26,15) ¹¹⁷.

Y no piense el hombre que se amortiguará por aquí el fuego del amor con el afecto del temor, porque antes esto es echar agua en la fragua para hacer que arda más la llama. Porque, cuando el ánimo, por una parte, considera la inmensidad de la grandeza de Dios, y por otra, el abismo de su vileza, cuanto más se espanta de la distancia destos dos extremos, tanto se maravilla más de tan incomprendible bondad que así se inclina y condesciende a querer tener sus deleites con tan pobre criatura ¹¹⁸. Y, con esto, así como crece la admiración de la divina bondad, así también crece el amor, y la alegría, y el agradecimiento de tan grande beneficio, con todos los otros frutos y movimientos del Espíritu Santo; el cual suele siempre reposar en las tales ánimas, como él mismo lo significó por Isaías, diciendo: *¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso, y que tiembla de mis palabras?* (Is 66,2) ¹¹⁹. Esto es espiritualmente asentarse en el más bajo lugar del convite, como lo aconseja el Salvador en el Evangelio, porque luego viene el Señor del convite y dice al convidado: *«Amigo, subid más arriba»*. *Porque todo aquel que se humillare será ensalzado; y el que se ensalzare, humillado* (Lc 14,10.11). Y, si este comedimiento es así gratificado entre los hombres, mucho más lo será en el acatamiento de Dios, cuya condición es resistir siempre a los soberbios y dar gracias a los humildes (cf. Sant 4,6; 1 Pe 5,5).

[373]

XIV. Decimocuarto aviso: De cómo algunos tiempos se debe el hombre alargar más en los ejercicios de la oración

Dijimos también arriba que el siervo de Dios debe tener cada día sus tiempos señalados para vacar a Dios, como los tenía el profeta Daniel, de quien dice la Escritura que tres veces al día, puestas las rodillas en tierra, hacía oración (cf. Dan 6,11); como arriba dijimos. Y lo mismo da a entender que hacía el rey David, cuando dice: *A la tarde y a la mañana y al mediodía predicaré y anunciaré, y él oirá mi oración* (Sal 54,18). Mas ahora añadimos que, allende deste ordinario de cada día, debe el hombre desocuparse a tiempos de todo género de negocios, aunque sean santos, para entregarse del todo a los ejercicios de la oración y meditación, y dar a su ánimo un abundante pasto con que se repare lo que se gasta

¹¹⁶ «Servite Domino in timore, et exsultate ei in tremore».

¹¹⁷ «Gratia super gratiam mulier sancta, et pudorata» (26,19).

¹¹⁸ Así oró SAN FRANCISCO en el monte Alverna: «Arrodillado, con el rostro y las manos levantadas hacia el cielo, mientras decía lleno de fervor de espíritu: “¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío? Y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?” Y repetía siempre las mismas palabras, sin decir otra cosa». Y dirá al Hermano León: «Has de saber, hermano ovejuela de Jesucristo, que, cuando yo decía las palabras que tú escuchaste, mi alma era iluminada con dos luces: una me daba la noticia y el conocimiento del Creador, la otra me daba el conocimiento de mí mismo» («Consideraciones sobre las llagas, III», en o.c.).

¹¹⁹ «Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperulum, et contritum spiritu, et trementem sermones meos?»

con los defectos de cada día, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Porque así como los hombres del mundo, demás de la refección de cada día, tienen también sus fiestas extraordinarias y sus banquetes, en que suelen exceder lo ordinario, así también conviene que los justos, demás de la oración cotidiana, tengan sus fiestas y banquetes espirituales, donde sus ánimas no coman por tasa, como los otros días, sino antes sean llenas y embriagadas de la dulzura de Dios y de la abundancia de su casa. Así leemos del abad Arsenio que tenía por costumbre tomar un día en la semana para esto, que era el sábado, en el cual perseveraba en oración desde la tarde hasta otro día por la mañana.

Vemos que la naturaleza no se contenta con el rocío que cae todas las noches sobre la tierra, sino que también a veces llueve toda una semana, y dos, sin cesar; porque así es necesario que a sus tiempos sean los cielos tan liberales con la tierra y que la dejen tan empapada en agua, que no basten los soles y aires que después hicieren para secarla. Pues así también conviene que nuestras ánimas, demás del común rocío de cada día, tengan algunos tiempos señalados, en los cuales no hagan otra cosa nuestros ojos sino llorar lágrimas de devoción, con las cuales queden tan llenas de la virtud y jugo del Espíritu Santo, que no basten todas las tribulaciones y vientos del mundo para secarlas. Y como quiera que este sea un consejo muy loable en todos tiempos, y especialmente en los días y fiestas principales del año, mas en los tiempos de tribulaciones o trabajos, o después de algunos caminos largos y negocios de muchos distraimientos, es tan necesario, como el regalo y el buen tratamiento del cuerpo después de una larga enfermedad. Porque, de otra manera, no podrá el hombre volver sobre sí ni restaurarse, si no toma tanto tiempo para volver al camino, cuanto gastó en desviarse dél; especialmente, constándonos que la devoción es una de las cosas que con mayor facilidad se pierde, y con mayor dificultad se halla después de perdida, como arriba se trató. Este aviso apenas se puede explicar de cuánto provecho sea, porque, sin duda, muchas veces podrá ser que se alcancen mayores dones y gracias en una temporada destas, que con los trabajos de muchos otros días. Y, si esto ha lugar en los actos de las otras virtudes, mucho más en **la oración**, la cual principalmente **negocia con Dios más por la vía de misericordia, que de justicia**; y así puede ser tal, y tan profunda, que se alcance más por ella en un día, que por las remisas de muchos años. Tal fue la oración de Sara, mujer de Tobías el Mozo, de quien dice la Escritura que tres días y tres noches perseveró en la oración, y que al tercero día, sintiendo que su oración había sido recibida ante el acatamiento de Dios, comenzó a darle gracias por su liberación (cf. Tob 3,10-12)¹²⁰. Y es de creer que muchas veces habría hecho oración sobre aquella misma demanda, pues es costumbre de los justos acudir a Dios en todas sus tribulaciones; mas entonces señaladamente se dice que fue oída, cuando la instancia y perseverancia de tan largo espacio le dio fuerzas y calor para subir hasta Dios. [...]

He dicho todo esto para declarar el grande fruto que se sigue de las oraciones profundas y largas, las cuales suelen aún llevar más pólvora cuando proceden de algunas tribulaciones o ten- [374] taciones semejantes, porque estas aguzan y despiertan el corazón del que ora y le hacen dar mayores alaridos, como los daba aquel santo, que decía: *Trabajé dando voces, mi garganta se enronqueció y desfallecieron mis ojos, esperando en mi Dios* (Sal 68,4). Sabido he yo de muchas gracias y mercedes que se han concedido por esta vía; y tengo para mí, por cierto, que las más dellas por aquí se alcanzan. Y por esto no hay necesidad de gastar más palabras en este aviso, porque bastará para ello la experiencia del que así perseverare, por la cual verá cuánto se adelanta por aquí en este camino y cuánto fruto se saca.

¹²⁰ «Et tribus diebus et tribus noctibus non manducavit, neque bibit, sed in oratione persistens lacrimis deprecabatur Dominum, ut ab isto improprio liberaret eam. Factum est autem tertia die, dum compleret orationem, benedicens Dominum, dixit», etc.

XV. Decimoquinto aviso: De la discreción que se debe tener en este aviso

Algunos hay también que tienen poco tiento y discreción en sus ejercicios cuando les va bien con Dios, a los cuales su misma prosperidad viene a ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos a quien parece que se les da la gracia a manos llenas, los cuales, como hallan tan suave la comunicación con el Señor, entréganse tanto a ella, y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigiliyas y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir a la continua tanta carga, viene a dar con ella en tierra. De donde nace que muchos vienen a estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no sólo para los otros trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de oración. Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas —mayormente en los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discreción menor—, para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos a medio camino.

Λ Y por aquí se responde a una duda grave que mueve san Buenaventura sobre lo que deben hacer los que, por una parte, son muy favorecidos y visitados de nuestro Señor en estos ejercicios, y por otra, se ven faltos de salud y fuerzas para perseverar en ellos. Porque, por una parte, parece que no se debe cerrar la puerta a la gracia que Dios ofrece, ni resistir a sus llamamientos, y por otra, que se debe también tener respeto a la necesidad natural y a la flaqueza del cuerpo. A lo cual responde el mismo santo, aunque con mucha humildad y temor, diciendo que «más conveniente cosa parece amar y gozar de Dios a la continua, aunque no sea con tanto calor y vehemencia, que gozar ahora dél a manos llenas, poniéndose a peligro de venir después a enfermar y perderlo todo. Porque por experiencia hemos visto a muchos —dice él— que, después que por esta vía han perdido la salud, se regalan mucho, y se compadecen demasadamente de sí mismos; y que, finalmente, vienen a vivir no sólo más delicadamente, sino más disolutamente». Y por excusar este inconveniente, mejor es ir cada día procediendo de menos a más, hasta llegar a la perfección, que venir de más a menos, hasta llegar a la disolución; porque, como está escrito, *la hacienda que se ganó apresuradamente decrecerá; mas, la que se va cogiendo poco a poco, multiplicarse ha* (Prov 13,11).

Por do parece cuán necesaria nos sea la virtud de la discreción, no sólo para proveer en este inconveniente, que es muy grande y muy común, sino también para otros muchos. Para lo cual conviene pedir siempre al Señor su luz, con toda humildad y perseverancia, diciendo con el Profeta: *Enderézame, Señor, con tu verdad, y enséñame lo que debo hacer, porque tú eres, Dios mío, Salvador, y en ti esperé todo el día* (Sal 24,5).

Otro extremo contrario es el de los regalados, que, socolor de discreción, hurtan siempre el cuerpo a los trabajos. Lo cual, aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan; porque, como dice san Bernardo, «imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que, siendo novicio, es ya discreto, y siendo principiante, quiere ser prudente, y siendo aún nuevo y mozo, comienza a tratarse y regalarse como viejo». Mala señal es que el mosto esté ya acedo en el lagar, y que el niño, al tiempo que nace, tenga todos los miembros y coyunturas muy distintas y señaladas, porque esto suele amenazar flaqueza para adelante.

Y no es fácil de juzgar cuál de estos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción, como dice Gerson, es más incurable; porque, mientras el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas, después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

XVI. Decimosexto aviso: De cómo debemos trabajar, no en sola la oración, sino también en todas las otras virtudes

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas, después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración, y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende della, paréceles que ella sola es el todo, y que sola ella bastará para ponerlos en salvo; y así vienen a olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De manera que cuanto más profundamente enderezan sus cuidados a sola esta virtud, tanto más se descuidan en las otras, y así, guardando con demasiada diligencia esta parte tan principal del cuerpo, descubren las otras al golpe del enemigo. De donde también procede que, como todas las otras virtudes ayuden a esta virtud, faltando el fundamento, también falta lo fundado; y, así, mientras más el hombre estima y [375] procura esta virtud, menos puede salir con ella. Porque es cierto que así como la oración dispone para la mortificación, según que arriba se declaró, así también la misma mortificación y todas las otras virtudes disponen para la oración; y, así, con dificultad se halla lo uno sin lo otro. Si no, dime: ¿Qué manera de oración puede haber, si no hay diligente guarda en el corazón, y en la lengua, y en los ojos, y en los otros sentidos interiores y exteriores? ¿Qué oración puede haber, si el cuerpo está lleno de mantenimiento, y el ánima, de cuidados y deseos del mundo? Por donde vanamente trabaja quien pretende alcanzar una virtud, dejando las otras; porque es tan grande la coligación que hay entre ellas, que ni una se puede hallar perfectamente sin todas, ni todas sin una.

Por do parece que todo este negocio es muy semejante al artificio de un reloj muy concertado, en el cual es tan grande la conexión y dependencia que hay de las unas ruedas a las otras, que no sólo una que pare, mas un solo punto que se embarace basta para embarazarlo todo. Y, así como suelen decir que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero, así también suele acaecer aquí muchas veces que por un muy liviano descuido se viene a perder toda la hora del ejercicio y todo el bien que dél se pudiera seguir. Cuántas veces acaece que, si al tiempo que el hombre se levanta por la mañana se descuida en la guarda del corazón y da lugar a algún pensamiento o cuidado congojoso, que después ni lo pueda sacudir de sí, ni estar con sosiego en la oración de aquella hora. De donde nace que, desconcertada la oración de la mañana, que es como el registro y concierto de todo el día, venga todo aquel día a desconcertarse, y suceder mal todas las cosas en él. De donde también se sigue que, como la oración de la mañana dispone para la de la noche, y la de la noche para la de la mañana, desconcertada la una, fácilmente se desconcertará la otra, y de ahí, todo lo demás. Y después queda todo el reloj desarmado, y para tornar a concertarlo es menester trabajar de nuevo; en lo cual a veces se pasan muchos días sin poder el hombre volver en sí. Y, si por caso en este medio tiempo se levanta alguna nueva tempestad, o alguna nueva ocasión de distraimiento, para lo cual convenía que el corazón estuviese más apercebido, ahí os digo yo que es el peligro y el estrago mayor. Y, mirada bien la simiente de todo este tan largo desbarato, hallaréis ser un pequeño descuido en dar entrada a un pensamiento, por ventura no malo, mas no conveniente para aquel negocio y tiempo.

Y muchas veces permite nuestro Señor estos acaecimientos, para hacer a los suyos más cautos y proveídos en todas las cosas; no sólo en las mayores, sino también en las menores, porque, aunque estas en sí sean pequeñas, no lo son en cuanto disponen para las grandes. Y por esto dice la Escritura que, *el que teme a Dios, en nada se descuida* (Ecl 7,18)¹²¹, ni en lo poco ni en lo mucho; porque lo poco ayuda para lo mucho, y lo mucho no puede conservarse sin lo poco.

¹²¹ «Bonum est te sustentare iustum, sed et ab illo ne subtrahas manum tuam; quia qui Deum timet nihil negligit» (7,19).

Λ Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía, si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella.

Y, aunque todas estas, como dije, sirvan para este oficio, pero señaladamente sirve la guarda del corazón y de los sentidos, y la compostura del hombre exterior, y la templanza en el comer y beber, y la medida en las palabras, con todas las otras cosas que arriba dijimos ayudan a la devoción; porque el que en estas cosas se descuidare nunca podrá tener perfecta oración.

XVII. Decimoséptimo aviso: De cómo no se han de tomar estos ejercicios como cosa de arte, sino con grande humildad y confianza

Aquí también conviene avisar que, todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, quitando toda la confianza de sí mismo y de todos sus ejercicios, y poniéndola en solo Dios. Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea; sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Y a este yerro ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en romance; los cuales de tal manera encarecen sus reglas, y las enseñan, como si solas ellas, sin más gracia, bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que así como un alquimista enseñaría a hacer oro de alquimia, diciendo: «Tomad tal y tal material, y dadles un cocimiento de esta y de esta manera, y luego sacaréis oro fino», así ellos dicen: «Haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, y luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios».

Λ Esta es una mala manera de enseñar, y muy ajena del estilo y gravedad de los doctores santos, y muy perjudicial a la honra de la divina gracia; porque, pues **todo este negocio es gracia y misericordia de Dios**, hase de tratar, no como negocio de arte, sino de gracia; porque, tomándolo de esta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de disponer es una [376] profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, **entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve por humildad, y lo agradezca con humildad**, sin tener ninguna repunta de confianza, ni en su manera de ejercicios, ni en cosa suya propia.

Mas, aunque esto sea así, no se excluye por esto la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque, aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crecer las plantas, sino Dios (cf. 1 Cor 3,7), todavía quiere él que se plante y riegue, para que él dé crecimiento. Cierto es que una de las cosas que más requieren guía y consejo es la vida espiritual, y mucho más el negocio de la oración, que así como es más delicado y más divino, así requiere más consejo y aviso. Y, por esto, así como no conviene enseñarse esto como arte, por no hacer ofensa a la gracia, así conviene darle aviso de todo lo necesario, por no errar el camino.

Porque por experiencia vemos que algunas personas, a cabo de muchos años, aprovechan poco en estos ejercicios, y otros que todo el día se les va en rezar infinito número de oraciones vocales, sin pararse jamás a pensar un poquito en Dios, ni aun en aquello mismo que rezan; y así a estos, como a los demás, convenía dar esta doctrina, para que sus trabajos fuesen más fructuosos.

XVIII. Decimoctavo aviso: Y de otra manera de oraciones y meditaciones que tienen los más ejercitados

También aquí es de notar que aquellas meditaciones que señalamos para los días de la semana, en el principio deste tratado, principalmente sirven a los que comienzan, para que tengan unas como cuerdas a que se puedan asir, con que anden este nuevo y no sabido camino. Mas, después de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en esos mismos pasos, sino que acudan adonde el Espíritu Santo los encaminare; que suele sacar a sus discípulos de esta escuela para otras mejores. Y así unos hay que salen de aquí a la consideración de las perfecciones divinas y de sus grandes maravillas y beneficios, para crecer cada día más con esta consideración en el amor de aquel que es infinitamente bueno y dadivoso y admirable en todas sus obras. Otros hay que se dan a la meditación de las Santas Escrituras, que es un piélago de infinitas maravillas, como lo hicieron muchos de los santos doctores y lo hacían también muchos de aquellos Padres del yermo.

Otros hay que tienen suficiente materia de meditación en las cosas que han pasado por ellos y que han experimentado en sí y en otros, así en obras de gracia como de justicia y juicio de Dios. Porque, si el hombre abre bien los ojos y quiere mirarse de pies a cabeza, dende el día de su concepción y nacimiento hasta el tiempo presente, hallará tantas cosas propias en que pensar, así de los beneficios y providencias que Dios ha usado con él, como de los peligros que lo ha sacado, y de los favores y regalos que le ha hecho, que tendrá asaz materia en que poderse ocupar. Pues ¿qué diré de los juicios admirables de Dios que cada día acontecen, de las caídas no pensadas de muchos que se tenían por seguros, de los castigos de su justicia, de los milagros de su providencia y de las obras de su gracia que cada día vemos en muchos de sus siervos? No esté el hombre asentado como una piedra sobre otra piedra, sino mire y note todo lo que pasa en este grande mirador y teatro de la casa de Dios, que siempre tendrá nuevas cosas en que pensar.

Otros hay más bien librados, a quien cierra Dios la vena de la demasiada especulación y abre la de la afección, para que, sosegado y quieto el entendimiento, **repose y huelgue la voluntad en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del Sumo bien.** Este es el estado perfectísimo de la contemplación a que siempre habemos de anhelar, donde ya el hombre no busca con la meditación incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisición y deseo, diciendo con la esposa en los Cantares: *Hallado he al que ama mi ánima; téngole, no le dejaré* (Cant 3,4). Aquí, con menor trabajo, hay mayor gozo y mayor provecho; y, porque el trabajo de la meditación es menor, puede ser el tiempo del recogimiento más largo, con menos fatiga del cuerpo, y, desta manera perseverando Moisés en su oración, las manos en alto, viene a continuarse la vitoria contra Amalec (cf. Éx 17,12).

XIX. Decimonono aviso: Cómo no convienen estos ejercicios a todo género de personas

Mas es de notar que, puesto caso que a los principiantes sea cosa muy conveniente ejercitarse en aquellas meditaciones que arriba señalamos por los días de la semana, pero no es esto ni del todo necesario, ni aun posible, a todo género de personas; porque muchos hay que por enfermedad, mayormente si es de cabeza, no pueden sin mucho peligro y daño de la salud darse a estos ejercicios, mayormente cuando son principiantes; porque los que están ya más ejercitados en tiempo de salud, mejor pueden continuar esto en tiempo de enfermedad.

Otros hay tan dados y tan obligados a ocupaciones exteriores, que ni pueden dejarlas, sin pecado, ni tienen con ellas lugar para darse al recogimiento, ni pueden entrar en él.

Otros hay que tienen un ánimo tan inquieta [377], y tan indevota y seca, que, por mucho tiempo y cuidado que en esto pongan, ninguna cosa parece que aprovechan. Estos no luego deben desistir de su demanda, sino todavía perseveren llamando a las puertas de aquel que nunca falta a los que humilmente perseveran y le llaman. Mas, si con todo esto vieren que esta puerta no se les abre, no deben por eso desconsolarse, sino antes considerar que el espíritu de la oración mental es dádiva que nuestro Señor da a quien él es servido. Y, pues a ellos no se da, conténtense con rezar vocalmente algunas oraciones, o pasos de la Pasión; y, como fueren rezando, así vayan, aunque brevemente, pensando en aquel misterio; y tengan alguna imagen devota delante; porque todo esto ayudará a su devoción. Y señaladamente les aprovechará para esto leer algunos libros devotos, con tanto que los lean con mucho sosiego y atención, haciendo, como arriba dijimos, sus estaciones y paradas en los pasos más señalados, y levantando allí el corazón a nuestro Señor conforme a lo que pidiere la materia de aquel lugar. Este es el mayor remedio que se halla para los corazones secos e indevotos, porque por aquí los suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la meditación.

Hay otros también que toda la vida gastan en pensar sus pecados, y no osan pensar en la pasión de Cristo, ni en otra cosa que les dé alegría y esfuerzo. Los cuales, como ya dijimos, no aciertan en esto, según dice san Bernardo, porque, allende de levantarse algunas tentaciones del ahondar mucho en esta materia, no es razón que anden siempre los siervos de Dios en esta manera de tristeza y desmayo.

Lo contrario de lo cual hacen otros, que el primer día que comienzan olvidan del todo sus pecados, y con liviandad de corazón quieren luego volar a pensamientos más altos. A los cuales está cercana la caída, como a edificio sin fundamento. Y los tales, si después quieren tornar a pensar cosas humildes, no aciertan ni pueden, por estar ya engolosinados en cosas más sabrosas, y así quedan sin lo uno y sin lo otro; que es sin andar y sin volar. Por tanto, conviene que a los principios nos ocupemos más en los pensamientos de los pecados, que en otros, por devotos que sean; y después, poco a poco, iremos dejando este pensamiento y llegándonos cada día más al de la sagrada Pasión; aunque nunca del todo debemos estar sin el uno y sin el otro.

Y, si algunos hubiere que en nada desto hallan devoción, y sintieren que de mejor gana piensan en otra cosa, ora sea pensamiento de muerte, o de infierno, o de cielo, o de otra cualquier materia, no lo desechen de sí, sino **entren por la puerta que hallaren abierta, porque aquella es por donde Dios quiere que entren.**

Conclusión desta segunda parte

Hasta aquí habemos tratado, cristiano lector, en esta segunda parte, aquellas cuatro cosas que al principio della prometimos, conviene saber: las cosas que ayudan a la devoción, y las que la impiden, y asimismo las tentaciones más comunes que hay en este camino, y los avisos que en él se deben tener. Bien sé que habrá otras muchas cosas que decir, pero estas remito al magisterio del Espíritu Santo y a la experiencia de cada día, la cual también ha de tomar por maestra el que quiere andar este camino. Porque mi intención no fue más que poner a los novicios y principiantes en él, porque, después de ya entrados, ella es la que mejor enseña esto, que todas las escrituras humanas; las cuales, así como hablan en común y casi en el aire, así no pueden decir lo que en particular conviene a cada uno; y por eso quiere el Apóstol que los siervos de Dios no sean imprudentes, sino avisados y discretos (cf. Ef 5,15), para que entiendan por estos y por otros medios lo que más agrada a la divina voluntad.

Λ Y para esto aprovecha también que el hombre, con toda humildad y devoción, pida siempre al Señor su luz, para ser guiado por su Espíritu, presentándose ante él como un niño que ninguna otra cosa sabe, sino testificar con lágrimas su necesidad, sin saber aun explicar con palabras lo que ha menester.

Y, si por ventura te pareciere que son muchas las cosas que aquí te pedimos, cree cierto que, en un rato de oración, suele Dios recompensar todos estos trabajos con la alegría y esfuerzo que allí da para andar por el camino de la virtud. La cual [*alegría*] es tan grande, que no te dejarán tan consolado todos los acaecimientos prósperos, todos los corporales deleites, todos los honrosos favores del mundo (aunque todos cuantos en él hay se juntasen en uno), como dos horas de una profunda y devota oración.

Y no hay por qué tener congoja de que las cosas que para esto se requieren sean muchas, porque está claro que así como entrando el ánima en el cuerpo ella sola basta para animar todos los miembros y ejercitar en ellos todos los oficios de la vida, aunque sean tantos y tan varios, así, después que la gracia del Espíritu Santo (que es una forma sobrenatural y divina) entra en un ánima, ella basta para hacer que ejercites todos los oficios de la vida espiritual, porque ella alumbrá el entendimiento, y le enseña todo lo que debe hacer, y mueve la voluntad con todas las fuerzas inferiores para lo que han de obrar. Ca por esto dice el Sabio que aquel Espíritu divino tiene grandísima simplicidad y variedad (cf. Sab 7,22ss), porque, aunque es simplicísimo en la substancia, tiene grandísima variedad en las operaciones, porque él es el que todo lo puede y todo lo enseña y todo lo obra. De manera que no alcanzamos la perfección y cumplimiento de las virtudes por so- [378] los los medios y fuerzas que las alcanzaron los filósofos, los cuales, porque carecían de este Espíritu, no tenían otro remedio, sino trabajar en cada virtud por sí. Pero los verdaderos cristianos e hijos de Dios, allende de sus propios ejercicios, tienen otro principal remedio, que es el Espíritu de adopción (cf. Rom 8,14-15; 1 Jn 3,1) y la simiente del cielo, que producen dentro de nuestras almas estos frutos de virtud.

TERCERA PARTE DE ESTE LIBRO

EN EL CUAL SE PONEN TRES BREVES TRATADOS:
UNO DE LA ORACIÓN, Y OTRO DEL AYUNO, Y OTRO DE LA LIMOSNA

Prólogo

Para cumplimiento desta obra me pareció necesario tratar, al cabo, de los frutos y provechos de la oración, para mover los corazones de los lectores al ejercicio de esta virtud y a los trabajos que en la continuación della se han de pasar. Porque así como los que predicán jubileos e indultos apostólicos procuran de declarar y encarecer las gracias y favores que en ellos se conceden, porque no rehúsen los hombres hacer lo que para esto se les pide, visto lo mucho que se les promete, así también, como en el ejercicio de la oración que aquí se pide haya trabajo y dificultad, como luego diremos, es necesario endulzar esta purga con alguna miel, poniendo ante los ojos los frutos y efectos grandes desta virtud, para que con este gusto y esperanza se esfuercen los hombres a querer tomar esta purga. Y llámola *purga*, porque, como dijo uno de aquellos insignes Padres del yermo ¹²², una de las cosas más trabajosas que hay en la vida espiritual es el ejercicio continuo de la oración; lo cual se verá claro por las razones siguientes.

Porque, primeramente, este santo ejercicio pide su tributo cotidiano de tiempos ordinarios en que se haya de hacer, como dijimos que lo tenía Daniel. Y, hacer esto a la continua, no carece de dificultad, porque son tantas las ocupaciones y las necesidades y negocios de esta vida, que nos llevan todo el tiempo, o la mayor parte dél; especialmente cuando los hombres han de vivir o por el trabajo de sus manos, o por el ejercicio de sus estudios o negocios. Y, estando cercado de tantas obligaciones, ha menester mucho ánimo para vencer esta dificultad y romper por todos estos inconvenientes, y posponerlo todo por hallar tiempo para esta santa ocupación. Lo cual no siempre piden los ejercicios de otras virtudes, que en más breve tiempo, y a veces con un solo acto de la voluntad, se despachan.

Hay otra dificultad allende desta, y es que así como la oración pide tiempo, así también pide lugar conveniente para haberse de hacer. Porque, aunque en todos los lugares pueda el hombre levantar el corazón a Dios, pero todavía los que son menos perfectos tienen necesidad de lugar recogido y apartado para hacer esto mejor. Por cuya causa los santos iban a orar a los desiertos; y el Santo de los santos hacía también esto (cf. Mt 14,13; Mc 6,31), no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo. Y este aparejo y comodidad de lugar no lo tienen todos en sus casas, que, como son hechas por hombres de mundo, y para negocios de mundo, pocas veces tienen lugares convenientes para vacar a Dios; por cuya causa, muchos dejan la oración.

¹²² Al margen: *Abbas Agatón*. «Unos hermanos preguntaron al abad Agatón: “Padre, ¿cuál es la virtud que exige más esfuerzo en la vida religiosa?” Él les respondió: “Perdonadme, pero estimo que nada exige tanto trabajo como el orar a Dios. Si el hombre quiere orar a su Dios, los demonios, sus enemigos, se apresurarán a interrumpir su oración, pues saben muy bien que nada les hace tanto daño como la oración que sube a Dios. En cualquier otro trabajo que emprenda el hombre en la vida religiosa, por mucho esfuerzo y paciencia que dicho trabajo exija, tendrá y logrará algún descanso. La oración exige un penoso y duro combate hasta el último suspiro”» (PELAGIO Y JUAN, *Las Sentencias de los Padres del desierto*, XII,2, o.c.).

La tercera, y muy grande dificultad, es la inestabilidad de nuestra imaginación, que es una de las potencias de nuestra ánima que menos obedece a la razón. De donde nace que, aunque propongamos con toda la firmeza posible tener el pensamiento fijo en Dios, cuando estamos orando, y aun celebrando, al mejor tiempo se nos va de casa sin licencia, y desaparece; y tornándolo a traer, luego torna a desaparecer, y como una anguila se nos cuela por entre las manos. Pues eso es lo que principalmente hace dificultosísimo este ejercicio. Porque es tanta la guerra de los pensamientos que aquí se ofrecen, que, así como una gran polvareda, nos escurecen los ojos del ánima e impiden la vista de Dios. De manera que, como sean dos cosas necesarias para este ejercicio, que son tiempo y corazón, la muchedumbre de los negocios nos quita el tiempo, y la de los cuidados, el corazón, para que no podamos tan quietamente tratar con Dios. Y aun esta guerra de pensamientos hace el demonio mayor, el cual, como dice Orígenes, al tiempo de la oración nos combate más importunamente, trayéndonos allí a la memoria todos los cuidados y [379] negocios de nuestra vida, y todos los escrúpulos y tentaciones de nuestra ánima, para divertirnos de la oración y hacer que no usemos desta arma que a él principalmente le hace la guerra. Y, dado caso que la oración no carezca de su fruto, aunque carezca de atención, cuando esto no es por nuestra culpa, como dice santo Tomás (*Sth.* II-II q.83 a.13), pero todavía esto nos priva de aquel gusto y sentimiento de las cosas de Dios que ella suele causar cuando se hace con atención, que es uno de los más principales efectos desta virtud.

Hay aún otra dificultad semejante a esta, que es la sequedad del corazón y falta de devoción, que muchas veces nos fatiga. Porque así como es dulce cosa navegar cuando hace buen tiempo, mas muy trabajosa cuando hace contrario, porque habéis de estar en calma o andar a puro remo y fuerza de brazos, así también es muy dulce cosa orar cuando corre el viento del Espíritu Santo y el soplo de la devoción, mas muy trabajosa cuando esta falta, porque entonces es menester buscarla casi a fuerza de brazos, y tentar todos los medios, y llamar humildemente a todas las puertas adonde nos puedan responder, y, finalmente, luchar a veces muy gran parte de la noche, como otro Jacob, con Dios (cf. Gén 32,23ss), hasta que finalmente, movido por nuestro trabajo y perseverancia, nos dé en cabo su deseada bendición.

Hay aún otra dificultad allende destas, y es que, bien mirado, como no sea otra cosa orar sino **hablar con Dios**, que es tratar con quien no veis, síguese que todo este negocio **es negocio de fe**; en lo cual no puede dejar de haber dificultad, más que en otras virtudes. Porque, si fuese hablar largo espacio con otro hombre que veis y os ve, lo oís y os oye, y dais y tomáis con él, no sería tan dificultoso este negocio. Mas estar una hora o dos horas en un lugar solitario, hablando por tan largo espacio con quien ni oís ni veis, ni os responde ni os dice palabra, que a los ojos de carne parece que estáis hablando al aire, especialmente cuando no hay gusto de devoción, que vale por respuesta, sino guerra de pensamientos que os importunan, y cuidados y negocios de casa que tiran por vos; mayormente cuando con esto se junta o la mala disposición del cuerpo que os fatiga, o la calidad del tiempo pesado, como es el de los grandes calores que os desasosiegan; cuando todo esto se junta, como muchas veces acaece, ¿quién no ve cuán dificultoso sea batallar con todas estas dificultades, y perseverar todavía en oración? Pues por todo esto ha de pasar el verdadero orador. Y, porque hay muy pocos que hagan esto, son tan pocos los verdaderos oradores, y son tantos los que vuelven atrás después de haber comenzado.

Pues destas dificultades nacen otras no menores, que es procurar todas aquellas cosas que ayudan a quietar la imaginación y alcanzar devoción. Porque para esto se requiere gran silencio, recogimiento, guarda de sentidos, mortificación de apetitos, lección de libros santos, y otras tales cosas, que sirven para traer el corazón guardado y recogido, para que, en cualquier hora que lo quisieren levantar a Dios, esté dispuesto para ello. Para lo cual es necesario cerrarle todas las puertas, y tomarle todos los caminos por donde él se pueda inquietar y derramar, que son casi infinitos, así por ser tan delicado y tan sensible de suyo,

como por ser tantas las ocasiones que hay en este mundo para inquietarlo. Por donde, de aquel gran Padre Antonio, se escribe que, viéndose una vez acosado desta variedad de pensamientos, dijo: «Deseo, Señor, salvarme, y mis pensamientos no me dejan». Pues, si esto decía un hombre tan santo, y que tan quitadas tenía todas las ocasiones de este desasosiego con la vivienda del desierto y con la pureza de su vida, ¿qué harán los que viven en medio de la plaza del mundo, donde tantas veces les es forzado ver y oír y tratar cosas que después se les representen y perturben al tiempo de la oración?

Callo también aquí la abstinencia ordinaria que para este santo ejercicio se requiere. Porque uno de los tiempos más propicios que hay para él es el de la noche, según que nos lo aconseja el profeta Jeremías, diciendo: *Levántate de noche al principio de las vigiliyas, y derrama así como agua tu corazón delante de Dios* (Lam 2,19). Y el profeta David: *En las noches —dice él— extended vuestras manos a cosas santas, y bendecid al Señor* (Sal 133,1). Por la cual causa el bienaventurado san Francisco llama al fraile contemplativo y devoto *cigarra de la noche*¹²³, porque mucha parte de esta gustaba en cantar alabanzas a Dios. Pues para esto conviene que esté el cuerpo y estómago templado y descargado de los humos y peso de los manjares, que escurecen el entendimiento, hacen pesado el cuerpo y causan más ganas de dormir y de reír y de hablar, que de orar ni de llorar. Por donde con mucha razón se dice que así como las cuerdas de la vihuela no están para hacer sonido hasta que estén muy curadas y enjutas de toda aquella natural humedad y flojedad que sacan del vientre del animal, y aún después desto han de estar muy bien torcidas y estiradas, así tampoco está hábil para la música de la oración el cuerpo regalado y hartado de vino y de diversos manjares. Ha de estar, pues, enjuto y descargado de todo este peso, y macerado con la virtud de la abstinencia, para este negocio; y especialmente conviene que el varón devoto tenga muy poca cuenta con las cenas, si quiere ser cigarra de la noche; o trabajar que sean tan livianas, o al tiempo, que no impidan este ejercicio.

Pues de todas estas cosas nace la guerra de pensamientos que nos fatigan en la oración; porque las imágenes de aquellas cosas que entraron por los sentidos se nos ponen delante y nos impiden la vista de las cosas de Dios; y lo que peor es, no ya como imágenes, sino como simientes que paren y producen de sí otras muchas imágenes y figuras, que allí nos perturban. Por donde muchas veces acaece, cuando quiere el hombre recogerse, gastarse una hora, y a veces más, en templar esta vihuela; que es en quietar y templar el corazón para que nos sirva en la oración.

Mas por ventura aquí me reprehenderá alguno, y dirá: «¿Qué hacéis vos? ¿Vos queréis tratar de las alabanzas de la oración, para aficionarnos a ella, y ahora ponéis tantas dificultades, que nos aparten della?» Esto fue necesario hacer así para que por aquí se entienda la causa que tuvimos para extender tanto la pluma en alabanza de esta virtud; la cual fue no sólo la utilidad y excelencia della, sino también la dificultad grande que hay en ella, la cual no se puede vencer, sino con la estima grande de su virtud. Porque así como en los edificios los arcos que tienen grande carga no se pueden sustentar, sino con grandes estribos, así las virtudes que tienen gran dificultad no se pueden sustentar, sino con grandes alabanzas, porque la consideración de la grande utilidad hace vencer esta dificultad. Y el que fuere buen arquitecto en esta materia, desta manera ha de fundar sus obras, porque de otra manera el corazón humano, tan amigo de sí mismo y tan enemigo del trabajo, nunca arrostrará a cosa tan trabajosa, si no fuere poniéndole delante un tan grande provecho que venza toda esta dificultad. Por donde, así como a los que recelan tomar una purga solemos, para esto,

¹²³ Expresión de SAN JERÓNIMO: «Esto cicada noctium. Lava per singulas noctes lectum tuum, in lacrimis stratum tuum riga. Vigila et fiere sicut passer in solitudine. Psalle spiritu, psalle et mente» («A Eustoquia», XXII,18, en *Epistolario* I, o.c.).

representarles el fruto de la salud deseada, para que con el amor del uno venzan el temor de lo otro, así nos pareció que se debía hacer en esta parte.

Por donde no parezca a nadie que somos largos en decir bien de la oración; porque, demás de la utilidad grande que en ella hay, esta tan grande dificultad pide todo este encarecimiento, para que con él se pueda sustentar la carga deste edificio. Y a los que de lo uno y de lo otro tienen por experiencia, esto es, de la utilidad juntamente con la dificultad, ninguna destas alabanzas parecerá demasiada.

Con esto también se junta que alabar esta virtud no es sólo alabar esta virtud, sino alabar juntamente con ella todas las otras virtudes que andan en su compañía. Porque con la verdadera y perfecta oración, que aquí se alaba, andan siempre la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, el temor de Dios y otras muchas virtudes que nunca se apartan della, como al principio deste libro declaramos; las cuales virtudes son dignísimas de toda alabanza. Esta, pues, fue la causa principal por donde para el cumplimiento, según propusimos, desta obra era necesario tratar de las alabanzas desta virtud. Las cuales alabanzas nadie las debe restringir a sola la oración que llaman mental, sino a la oración en común, de cualquier manera que se haga, o con el corazón solo, o juntamente con la boca y con el corazón; porque, haciéndose ella con la atención y devoción que conviene, no hace ni deshace en el valor y eficacia della hacerse de una manera o de la otra, como arriba declaramos. Mas aquel es de saber: que para que la oración sea más perfecta ha de ser acompañada de otras dos virtudes, que son ayuno y limosna, porque estas son como dos alas que la hacen volar más ligeramente al cielo. Y cuanto a la primera, que es el ayuno, este hallamos infinitas veces junto con la oración en la Escritura divina, cuando tantas veces se lee de los hijos de Israel que, puestos en alguna necesidad grande, acudían luego al ayunar, y llorar, y hacer oración a Dios, por cuyo medio eran luego librados de sus enemigos. Y asimismo en el Evangelio leemos de aquella santa viuda Ana *que nunca salía del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche* (Lc 2,37). Más: en *Los Actos de los Apóstoles* hallamos junta la limosna con la oración, cuando el ángel dijo a Cornelio que sus oraciones y limosnas habían sido presentadas delante de Dios (cf. Hch 10,4). Y a todas ellas juntas hallamos en el *Libro de Tobías*, referidas por la boca del ángel san Rafael, que dijo: *Buena es la oración con el ayuno; y la limosna, más que guardar tesoros de oro* (Tob 12,8). La razón porque estas tres virtudes se hallan tantas veces juntas es porque **por ellas ofrece el hombre un perfectísimo holocausto a Dios**, empleando a sí todo con todo lo que tiene en su servicio, porque **con la limosna le ofrece la hacienda, con el ayuno el cuerpo y con la oración el ánima**; y así no queda cosa dentro ni fuera del hombre que por estas tres virtudes no se santifique a Dios.

Y no carece de misterio esta compañía, antes vienen muy más a propósito que la confección del almizcle con el ámbar, que lo hace más precioso. Porque el ayuno, como ya dijimos, sirve a la oración de la manera que sirve el templar de la vihuela para tañer en ella, porque con la templanza de la comida adelgaza y dispone el cuerpo y el espíritu para que así pueda mejor vacar a Dios. Mas la limosna ayuda de otra manera, porque hace que no parezca el hombre vacío delante de Dios, y que su oración no se pueda llamar ya ruego seco, pues va acompañada con este tan agradable servicio. Y con esto también inclina a la divina piedad a que use con él de misericordia y que oiga los clamores del que le pide remedio, pues él oyó los de su prójimo cuando se lo pedía; pues él nos tiene certificados que, por la medida que midiéremos, habemos de ser medidos (cf. Lc 6,38). Pues por esta causa me pareció sería cosa conveniente, aunque el argumento del libro no era más que de oración, tratar también aquí destas dos virtudes que andan en su compañía, porque, pues en la plática del ejercicio andan juntas, no era razón que en la doctrina anduviesen separadas.

TRATADO PRIMERO [DE LAS ALABANZAS DE LA ORACIÓN]

Argumento deste primer tratado de las alabanzas de la oración

Este primer tratado contiene tres partes principales: la primera trata de la utilidad grande de la oración; la segunda, de la necesidad que della tenemos; y la tercera, de la perseverancia y con- [381] tinuación que en ella deben tener los que caminan a la perfección.

En la primera parte, que es de la utilidad (después de declarado qué cosa sea oración, y puestas las definiciones della), se declaran y prueban por tres medios las utilidades della, conviene saber: por autoridades, por razones y por experiencias cotidianas.

En la segunda parte se declara la necesidad que tenemos desta virtud para remedio de la gran pobreza y miserias en que el hombre quedó por el pecado; y confírmase, así esto como todo lo demás, con diversos ejemplos de santos.

En la tercera parte, que trata de la continuación y perseverancia de la oración, declárase cómo se entiende esta continuación, y danse las causas por donde convenga a los amadores de la perfección esta manera de continuación, de las cuales principalmente habla esta tercera parte. Y en todo este tratado se habla de la oración en común, ora sea vocal, ora sea mental; porque, ser así o así, no quita ni pone ninguna cosa en la perfección esencial de la oración; la cual, cuanto fuere más atenta y devota, tanto será más grata a Dios y más eficaz, ora se haga de la una manera, ora de la otra.

De la virtud y excelencia de la oración

Habiendo aquí de tratar de la virtud y alabanzas de la oración ¹²⁴, y de la necesidad que della tenemos en este valle de lágrimas y lugar de destierro, será bien declarar primero qué es lo que aquí entendemos por oración, para que así se entienda mejor lo que alabamos. Pues para esto es de saber que oración, propiamente hablando, es una petición con que pedimos a Dios lo que conviene para nuestra salud. Y, así, orar no es otra cosa que pedir y llamar, no a las puertas de los hombres, sino a las de la misericordia de Dios. Porque, como el hombre por el pecado nace tan pobre y tan desnudo, uno de los principales medios que Dios le dejó para socorrer a esta tan grande pobreza es pedir y mendigar a las puertas de la divina misericordia. Esto es propiamente oración. Mas tórnase comúnmente este vocablo más extendidamente por cualquier santo pensamiento y levantamiento de nuestro corazón a Dios. Según la cual significación, no sólo la petición, sino también la meditación, y consideración, y contemplación se llama oración; y asimismo cualquier santo afecto y deseo de Dios tiene este mismo nombre, como dice san Agustín: «Tu deseo es tu oración, y el continuo deseo del corazón es continua oración» (*A Proba*). Pues desta manera tomamos aquí la oración, y desta manera tratamos della en este lugar; presuponiendo, primero, que no hablamos aquí de cualquier manera de oración o meditación, sino de aquella que está informada con caridad, sin la cual ninguna virtud tiene forma ni vida ni merecimiento ni valor ante Dios, pues la caridad es común forma, no solamente de la fe, mas también de la oración y de todas las otras virtudes.

Pues, según esta postrera significación, declara Simón de Casia qué cosa sea oración, por estas palabras: «Oración es obra espiritual en cuerpo material; vista fija del ánima racional, que mira a Dios con ojos de fe; orden del ánima racional para con Dios, a quien humildemente se sujeta; asistencia del ánima ante Dios; habla que llega a las orejas divinas; suave clamor en el sentido del corazón; abnegación de todas las otras obras corporales cuando esta se hace; recogimiento de los sentidos, olvido de sí mismo y de todas las criaturas; puerto del espíritu vagabundo y derramado; presentación de sí mismo ante la cara del juez; condenación y sentencia contra sí mismo; desconfianza de sus propias obras; prevención antes de la venida del juez; juicio antes del juicio; espejo verdadero del ánima; lumbre clarísima del entendimiento; luz invisible para las obras invisibles; sombra que refrigera los ardores de nuestra concupiscencia; resignación de sí mismo en las manos de Dios, que no quiere otra cosa más que hacer su santísima voluntad». Hasta aquí son palabras deste autor, por las cuales ves cómo la oración no sólo es petición, sino también cualquier otro levantamiento y trato de nuestro espíritu con Dios, en el cual comúnmente intervienen todas estas cosas que aquí dice este doctor.

Λ Pues, según esto, decimos que **oración es un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos llegamos a él y nos hacemos una cosa con él**. Oración es subir el ánima sobre sí y sobre todo lo creado y juntarse con Dios, y engolfarse en aquel piélagos de infinita suavidad y amor. Oración es salir el ánima a recibir a Dios cuando viene a ella y traerlo a sí como a su nido, y aposentarlo en sí como en su

¹²⁴ ««Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10). La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él» (CEC 2560).

templo, y allí poseerlo y amarlo y gozarlo. Oración es estar el ánima en presencia de Dios y Dios en presencia della, mirando a ella con ojos de misericordia, y ella a él con ojos de humildad; la cual vista es de mayor virtud y fecundidad, que la de todos los aspectos de las estrellas y planetas del cielo. Oración es una cátedra espiritual, donde el ánima, asentada a los pies de Dios, oye su doctrina y recibe las influencias de su misericordia, y dice con la esposa en sus Cantares: *Mi ánima se derritió, después que oyó la voz de su amado* (Cant 5,6). Porque, como dice san Buenaventura, allí enciende Dios el ánima con su amor y la unge con su gracia; la cual, así unguida, es levantada en espíritu, y levantada contempla, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando reposa, y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar.

De manera que la oración es una pascua¹²⁵ del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el Esposo y la esposa, un Sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de [382] solaz en el monte Líbano (cf. 1 Re 7,2), donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres (cf. Prov 8,31). Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se conoce Dios y se conoce el hombre con todos sus defectos y miserias. Ella es un ejercicio cotidiano de muchas virtudes, mortificación de los sensuales apetitos y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y reposo de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una **puerta real para entrar al corazón de Dios**, unas primicias de la gloria advenidera, un maná que contiene en sí toda suavidad y una escalera como aquella que vio Jacob, que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles, que son los varones espirituales, suben y descienden [cf. Gén 28,12], llevando sus peticiones a Dios y trayendo por medio dellas el despacho de sus negocios. Esto es, pues, lo que en este lugar comúnmente entendemos por oración, y desta entendemos aquí tratar. Para lo cual conviene, primeramente, declarar lo que la Escritura divina en diversos lugares nos predica desta virtud.

I. De lo que dicen la divina Escritura y los santos de la virtud de la oración

Pues quienquiera que atentamente leyere las Escrituras Sagradas, en las cuales la sabiduría de Dios nos reveló el camino del cielo, hallará que una de las cosas que más encarecidamente se nos encomienda es el uso de la oración. El Eclesiástico dice: *No hay cosa que te impida el hacer siempre oración* (Eclo 18,22)¹²⁶. Isaías dice: *Los que os acordáis del Señor no calléis ni ceséis jamás de darle voces* (Is 62,6-7)¹²⁷. El profeta David en muchos de sus salmos una de las cosas que más encomienda es la oración y meditación y el uso continuo de las alabanzas divinas. Y, sobre todo esto, el mismo Salvador y Señor nuestro en todo el discurso del Evangelio nos encomienda esto, como cuando dice: *Velad en todo tiempo, perseverando en oración, porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parecer ante el Hijo del hombre* (Lc 21,36). Y por san Marcos nos aconseja lo mismo con grande instancia, diciendo: *Mirad, velad y orad, porque no sabéis cuándo ha de venir el día del Señor* (Mc 13,35). Y no sólo por palabra, sino mucho más por ejemplo nos encomienda este negocio, pues tantas veces se estaba las noches enteras en los montes y

¹²⁵ Aparte del significado hebreo de *fiesta*, también cabe interpretarse del latín *pascua* (de *pasuum*, y éste de *pascor*: pacer, pastar), significando *pasto* del ánima. El DRAE recoge el término *pasco*, como voz antigua para significar *pasto*

¹²⁶ «Non impediatis orare semper».

¹²⁷ «Qui reminiscimini Domini, ne taceatis, et ne detis silentium ei».

lugares apartados perseverando en oración, como escriben los evangelistas. Lo cual está claro que no hacía él, según dice san Ambrosio, por necesidad que tuviese deste socorro, sino por nuestro ejemplo.

Pues ¿qué diré del apóstol san Pablo? ¿En cuál de sus epístolas no es una de sus principales encomiendas la oración? A los de Tesalónica dice: *Siempre estad alegres, y haced oración sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas, porque esta es su voluntad* (1 Tes 5,16-18). A los filipenses [...] (Flp 4,6). A los colosenses [...] (Col 4,2). Pues, a su discípulo Timoteo, tres veces en una misma carta le encomienda este negocio [...] (1 Tim 2,1-2; 2,8; 5,5). Estos y otros muchos semejantes lugares leemos a cada paso en las sagradas epístolas, que nos dan claro testimonio de la necesidad desta virtud, y de la continuación y perseverancia que en ella debemos tener.

Y, finalmente, es tan propia esta obra del cristiano, que por ella quiso Dios que se diferenciase de todas las otras naciones del mundo, como lo muestra él por Isaías, diciendo: *Mi casa será llamada casa de oración en todas las gentes* (Is 56,7); dando a entender que esta había de ser la divisa del pueblo cristiano, por la cual había de ser conocido en todo el mundo. Porque todas las otras suertes de gentes, así como viven de la tierra, así todo su trato y negocio es en la tierra; mas esta nueva gente, como vive del cielo, conviene saber: del socorro de Dios y de su gracia, de la cual espera todos los bienes, así todo su trato principal ha de ser en el cielo ¹²⁸.

Estos y otros semejantes lugares se hallarán a cada paso en las Escrituras divinas, así del Viejo como del Nuevo Testamento; aunque muchos más en el *Libro de los Salmos*, los cuales bastaban para enamorar nuestro corazón desta virtud y darnos a entender así la utilidad como la necesidad grande que della tenemos. Mas, porque los santos doctores son los verdaderos intérpretes de la Escritura divina, porque no sólo con estudio y diligencia humana, sino mucho más con la experiencia y uso de las virtudes y con lumbre del cielo alcanzaron la inteligencia della, veamos también algunos de sus dichos y pareceres sobre esta materia.

Pues, primeramente, el bienaventurado san Juan Crisóstomo, declarando en un tratado cómo la oración sea principio y causa de grandes bienes, dice así: «¿Qué cosa puede ser más justa, ni más hermosa, ni más santa, ni más llena de sabiduría, que el ánima que tiene trato y comunicación con Dios? Porque, si los que suelen hablar y tratar con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios y comunican con él? ¡Oh, cuánta es la sabiduría, cuánta la virtud, cuánta la prudencia, la bondad, la templanza y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oración! Por lo cual no errará nada el que dijere ser la oración causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la verdadera piedad puede entrar en el ánima donde del todo faltase la oración. Mas antes, así como la ciudad que está sin muros y baluartes fácilmente es entrada de los enemigos, así el ánima que no está guarnecida de oraciones fácilmente es vencida del demonio y llena de vicios» (*De precatone, or.2*).

Y un poco más abajo dice: «Tampoco irá lejos de la verdad el que dijere que la oración es unos como nervios espirituales del ánima. Porque así como el cuerpo está trabado con los nervios, y con ellos se mueve a todas partes —y es tanta la necesidad que dellos tiene para vivir, que, si le quitásedes los nervios, luego se destempararía toda aquella armonía y consonancia que tiene—, así las ánimas mediante los nervios de la oración están firmes y hábiles para la vida espiritual y para ejercitarse perfectamente en la carrera de la virtud. Y, demás desto, has de entender que lo que es sacar al pece fuera del agua, eso es quitar al hombre de la oración; porque así como el pece se mantiene deste elemento, así también el

¹²⁸ Cf. Flp 3,20: «Nostra autem conversatio in caelis est, unde etiam salvatorem expectamus Dominum Iesum Christum».

ánima de la oración. Por esta, finalmente, se nos da volar a lo alto y traspasar el cielo, y hacernos muy cercanos a Dios». Hasta aquí son palabras de san Crisóstomo.

No es menos ilustre el testimonio de san Juan Clímaco, que, hablando desta misma virtud, dijo así: «La oración es unión del alma con Dios, madre de la gracia, perdón de los pecados, puente para pasar las tribulaciones, muro para resistir las tentaciones, cuchillo para vencer en las batallas, ejercicio y obra de ángeles, principio de la alegría del cielo, obra que nunca se acaba, fuente de las virtudes, ministra de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánimo, lumbre del entendimiento, destierro de la desconfianza, estribo de la esperanza, arma contra la tristeza, riqueza de los monjes y tesoro de la vida solitaria. Pues levantémonos, hermanos, y oigamos a esta madre de las virtudes, que nos dice: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas* y medicinas para vuestras llagas (Mt 11,28-29)». Hasta aquí son palabras de san Juan Clímaco (*Scala spirit.* 28).

Con las cuales concuerda también aquel gran Basilio, que, como hombre que gastaba las noches enteras en oraciones y salmos, hablando de la oración debajo de nombre de *salmo*, que es lo mismo, dice así: «El salmo hace huir los demonios y convida a los ángeles, es escudo de los temores de la noche y descanso de los trabajos del día, tutela de los niños, ornamento de los mozos, consuelo de los viejos y hermosura de las mujeres. El salmo hace morar los desiertos y vivir con templanza en las ciudades; es abecé de los que comienzan, y espuelas de los que aprovechan, y firmeza estable de los que acaban».

Pues san Bernardo, que tan ejercitado fue en esta virtud y tan dado a la oración, ¿qué dirá? «¿Qué cosa —dice él— es tan provechosa como la oración? La cual es sacrificio para Dios, música para los ángeles, convite para los santos, socorro para los que oran, unguento para los contritos, remedio para los penitentes, saeta para contra los enemigos y escudo para los errados». Y en otro lugar: «No hay cosa —dice él— que más dulcemente se siente en esta vida, ni que más alegremente se reciba, ni que así aparte el corazón del amor de las cosas del mundo, ni que así esfuerce el ánimo contra las tentaciones, ni que así despierte al hombre a toda obra buena y trabajo, como la gracia de la contemplación» (que es la misma oración de que aquí hablamos, como al principio se declaró). Y en otro lugar: «Ninguno —dice él— tenga en poco su oración, porque dígoos de verdad que no la tiene en poco aquel a quien se hace. Porque, después que sale de nuestra boca, él la hace escribir en su libro; y una de dos cosas debemos esperar sin ninguna duda: o nos dará lo que pedimos, o lo que nos fuere más necesario». Mas de este santo varón no se pueden alegar solas autoridades para este propósito, sino libros enteros, pues nos consta que aquellos tan famosos libros *De la consideración*, que escribió al papa Eugenio, para este fin los escribió; donde dice cosas grandes y maravillosas en alabanza de este ejercicio.

Y, si aún todo lo dicho te parece poco, oye lo que san Buenaventura, doctor gravísimo y santísimo, dice desta virtud: «Como la bienaventuranza del hombre no sea otra cosa sino gozar del Sumo bien, y este Sumo bien está levantado sobre nosotros, ninguno puede ser bienaventurado, si no se levanta sobre sí mismo y sobre todo el ser natural. Mas este levantamiento no puede ser sino por medio de alguna virtud sobrenatural, que desta manera nos levante; y esta virtud es la divina gracia, la cual se da a los que la piden con humilde y devoto corazón. Y esto es suspirar en este valle de lágrimas por el Sumo bien, lo cual hacen continuamente los justos por medio de la ferviente oración. Por do parece que la oración es principio de nuestra bienaventuranza y del levantamiento de nuestro espíritu a Dios, y, por consiguiente, de todo bien». Hasta aquí son palabras de san Buenaventura, para cuyo entendimiento has de saber que así como el hombre fue criado [384] para un fin sobrenatural, que es ver a Dios, así el remedio para conseguir este fin se requiere que sea sobrenatural, para que así haya proporción entre la causa y el efecto, que es entre el medio y el fin. Este medio es la alteza y pureza de la vida cristiana que nos enseñan las Escrituras; y esta manera de vida

no puede nadie alcanzar, si no es por medio de la divina gracia, la cual, demás de los Sacramentos, señaladamente se nos da por la oración, como dice el Salvador: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han* (Mt 7,7). Por do parece cuánta parte sea la oración para alcanzar la gracia, y, por consiguiente, nuestro último fin y toda perfección. Lo cual aún declara este glorioso doctor más copiosa y particularmente en el libro *De las meditaciones de la vida de Cristo*, hablando desta virtud por estas palabras:

«Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y deseos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, seas hombre de oración. Porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y, demás desto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque este es el camino por do sube el ánima a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y, para prueba de todo lo dicho, dejado aparte el testimonio de las Escrituras divinas, esto baste ahora por suficiente probanza: que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración». Hasta aquí son palabras de san Buenaventura; por las cuales verás cuán rica tienda sea esta para hallar en ella todas las mercaderías y medicinas que conviene para nuestra salud.

Pues no es menos ilustre testimonio el de san Lorenzo Justiniano, doctor devotísimo, que, tratando desta virtud, dice así: «En el ejercicio de la oración se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortalecese la esperanza, alégrese el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrense la verdad y véncese la tentación; huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, a ella se descubren los secretos, a ella están siempre atentos los oídos de Dios» (*In ligno vitæ*).

Pues quienquiera que leyere estas cosas, y otras semejantes autoridades, mayormente las de la Escritura divina, no podrá dejar de confesar que debe ser grandísimo el valor y eficacia desta virtud; porque nunca el Espíritu Santo —que es el autor desta Escritura— nos encargara tanto este negocio, si no fuera de grandísima necesidad e importancia; y, verdaderamente, es ello así. Porque quienquiera que atentamente considerare la naturaleza y oficio desta virtud, con todas las cosas que suelen intervenir en ella, hallará, por cierto, que no por un camino sólo, sino por muchos y muy excelentes ayuda en tanto grado para alcanzar toda virtud y perfección, que ya no se maravillará de cómo nos sea tan encomendada en las Escrituras, sino cómo hay capítulo donde no se haga mención della, según es grande su valor. Mas, porque nuestro entendimiento es de tal calidad que no se contenta con saber las cosas, si no sabe las causas dellas, por tanto será bien señalar aquí las causas principales por donde nos sea de tanto fruto esta virtud.

II. De las causas principales porque la oración nos sea de tanto provecho

I. Pues para esto es de saber que, según regla de filosofía, todas las causas comunican su virtud y obran conforme a la disposición que hallan en sus sujetos, que es en la materia que han de obrar; como parece claro en el fuego, que, mientras más seca halla la leña, más la quema; y asimismo en el sello, que, mientras más blanda está la cera, mejor imprime en ella su figura. Pues, como Dios sea la causa universal de todos los bienes, y el autor y dador de la gracia, claro está que, mientras más el hombre se dispusiere para recibirla, regularmente más gracia recibirá. Pues, según esto, quienquiera que atentamente mirare la naturaleza de la oración hallará que no es otra cosa oración, si se hace como conviene, sino una disposición y aparejo convenientísimo para la gracia. Porque allí el hombre se presenta a Dios, y, como a médico verdadero, le pone delante sus llagas y le pide remedio para ellas, y alega para esto todos los títulos y derechos que tiene, que son los merecimientos de Cristo y la misericordia del mismo Dios; y así, confesando por una parte su gran miseria, y por otra la grandeza de la divina misericordia, pide humildemente perdón y remedio a su Criador. Todo esto pasa ordinariamente en la devota oración. Lo cual todo está claro que es una convenientísima disposición por parte de la criatura para alcanzar la gracia del Criador. Y, por esto, [385] a ella señaladamente entre todas las virtudes atribuye san Agustín esta dignidad de alcanzar la gracia, como él mismo lo declara por estas palabras: «Ninguno creemos que viene a la verdadera salud, si Dios no lo llama; y ninguno, después de llamado, obra lo que conviene para esta salud, si él no lo ayuda; y ninguno recibe esta ayuda, si no la pide por la oración». En las cuales palabras ves claramente cómo el impetrar el favor y ayuda de la divina gracia señaladamente se atribuye a la oración; no porque no sabía san Agustín que por todas las otras obras virtuosas hechas en caridad se alcanzaba también la gracia, sino para dar a entender que por esta señaladamente se alcanza, porque esta sola entre todas ellas tiene por oficio propio pedirla, y así le corresponde como por premio alcanzarla, como claramente lo significó el Salvador, diciendo: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el espíritu de su gracia a quien se lo pide!* (Lc 11,13).

Y no es pequeño argumento desta verdad ver que, aquellas dos tan principales glorias y testimonios de Cristo que se descubrieron en su gloriosa Transfiguración y Bautismo, acaecieron estando él en oración. Porque de la Transfiguración dice san Lucas que, estando él orando, se le mudó la figura del rostro y comenzó a resplandecer como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve (cf. Lc 9,28-29); y del Bautismo cuenta el mismo san Lucas que, acabándose de bautizar y estando en oración, se le abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo sobre él en especie de paloma (cf. Lc 3,21-22). En lo cual se nos da a entender que, estando los hombres en oración, son espiritualmente transfigurados en otros hombres, por virtud de la devoción y gracia que allí se les da, como arriba dijimos; y asimismo, que allí es donde principalmente se recibe el espíritu de palomas [cf. Mt 10,16], que es la misma gracia del Espíritu Santo, que los hace tales.

Concluyendo, pues, esta razón, digo que, pues toda la perfección de la vida cristiana nace de la gracia, y la oración es tan conveniente disposición y medio para alcanzarla, no se podrá negar, sino que mientras más uno se diera a ella, comúnmente más gracia alcanzará, y así, creciendo siempre el uso de la oración, crecerán también las riquezas de la gracia, y, por consiguiente, toda virtud y perfección.

II. Lo segundo, cóstanos también que no es otra cosa oración, si se hace como conviene, sino llegarse el hombre a Dios y unir su espíritu con él. Y está claro que en esta manera de unión y allegamiento consiste gran parte de nuestra perfección; porque, como dicen los filósofos, la causa de la perfección de todas las criaturas es Dios; y, por consiguiente, tanto será una criatura más perfecta, cuanto más se llegare a él. Mas este

allegamiento no ha de ser con pasos de cuerpo, sino de espíritu, con los cuales caminamos a Dios y nos acercamos más a él, y así nos hacemos participantes dél. Esto dice san Agustín por estas palabras: «Tanto le irá mejor a una criatura, cuanto más se allegare a aquel que es mejor que toda criatura; al cual nos allegamos, no andando, sino amando, que es no con pasos de cuerpo, sino con movimientos de corazón». Pues, como la verdadera oración no sea otra cosa, sino un allegar nuestro corazón a Dios, claro está que, mientras más el hombre se allegare a él, más ha de participar de su claridad y de su luz, y así cada día se hará más perfecto y más semejante a él.

Vemos por experiencia que cuanto uno se allega más cerca de la lumbre, más ve, y cuanto más cerca del fuego, más se calienta; porque, como este elemento sea tan noble y tan activo y comunicativo de su virtud, apenas os habéis llegado a él, cuando ya comienza a entregaros todo lo que tiene, sin excepción de ninguna cosa, hasta haceros del todo semejante a sí. Pues, si esto hace el fuego, por ser tan noble elemento y tan activo, ¿que hará aquel que es infinitamente más noble y más comunicativo y más activo que ninguna criatura, por nobilísima que sea? ¡Oh, si de nuestra parte no hubiese impedimentos ni desvíos, cuánto más sería lo que dél recibiríamos, que lo que recibe del fuego quien a él se allega! Y, porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con todo cuidado que nos alleguemos a él, diciendo: *Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre dél* (Sal 33,6) ¹²⁹. Y cuál sea esta lumbre, decláralo muy bien otro profeta, diciendo: *El Señor tiene en su mano una ley encendida, y los que llegaren a sus pies recibirán de su doctrina* (Dt 33,2-3) ¹³⁰.

De aquí nace que, si con todos nuestros impedimentos y desvíos, y con estar hechos un tronco de leña verde, nos llegamos a Dios por medio de la oración, luego comenzamos a sentir un nuevo calor y alegría en nuestras ánimas; y, por el contrario, una gran tibieza y frialdad cuando nos desviamos dél. Y la causa desto es porque, como él sea fuente de luz y de calor, así como el que se llega al fuego luego siente y recibe en sí calor y alegría del fuego, mas en desviándose dél luego también poco a poco se va enfriando, y de ahí a dos horas está ya del todo frío, porque se desvió de la causa del calor, así, ni más ni menos, acaece a los que se desvían o allegan a este divino fuego y ejercicio; como cada día la experiencia nos lo muestra.

Finalmente, si quieres entender esto en una palabra, mira cómo los que tocan almizcle o algalia, o algunas otras cosas olorosas, luego reciben en sí la virtud y olor de aquellas cosas que tocan; de tal manera que, apenas han puesto las manos en ellas, cuando luego salen oliendo a aquello que tocaron; y así entiende que Dios es una fuente de infinito olor y suavidad, y, por consiguiente, que, llegándonos a él y tocándole con lo íntimo de nuestro espíritu, luego se nos ha de comunicar algo de su infinita virtud y suavidad. Así le acaeció en figura desto a Moisés, de quien dice [386] la Escritura que, después de haber hablado con Dios en el monte, bajó de allí con un tan grande resplandor, que no le podían mirar a la cara los hijos de Israel, por la grandeza de la claridad que se le había comunicado de haber hablado y conversado con Dios (cf. Éx 34,29ss). Pues ¿qué cosa se puede decir mayor en alabanza desta virtud, que ver cómo por ella, **tratando el hombre con Dios, viene a transformarse espiritualmente en Dios por amor y semejanza de vida divina**, y a perder el parecer y la figura de hombre, y tomar la del mismo Dios? Porque, sin duda, lo que allí se representó en la figura del cuerpo, eso mismo cada día se obra en las ánimas de aquellos que a la continua tratan con Dios y conversan con él. Y es mucho de notar la figura deste resplandor, que era

¹²⁹ «Accedite ad eum, et illuminamini». (*Respicite ad eum et confluite.*)

¹³⁰ «In dextera eius ignea lex. [...] et qui appropinquant pedibus eius, accipient de doctrina illius».

como de *cuernos*¹³¹, en los cuales consiste la fortaleza de los animales: para dar a entender que de la oración sale el hombre, no sólo hermoso y resplandeciente, sino también armado y fortalecido contra todo el poder y fuerzas del enemigo; porque lo uno y lo otro pertenece a la gracia y a la devoción, la cual señaladamente se alcanza por la oración.

III. Demás desto, tiene también la oración por oficio mirar a Dios, lo cual es una cosa que en gran manera ennoblece y perfecciona los ojos de quien le mira. Porque, como dice Aristóteles, una de las principales diferencias que hay entre las cosas sensibles e inteligibles es que las sensibles, cuando son muy excelentes, corrompen los sentidos que las reciben, como lo hace una grande y súbita luz, que ciega los ojos; y un gran sonido, que atruena y ensordece los oídos. Mas, por el contrario, las cosas inteligibles, cuanto son más excelentes, tanto más perfeccionan el entendimiento que las mira; el cual, así como se hace ratero y vil pensando en cosas bajas y viles, así, por el contrario, se ennoblece y perfecciona cuando piensa en cosas altas y excelentes; especialmente, cuando piensa en Dios, que es la más excelente de todas las cosas. Por donde no es de maravillar que la oración sea tanta parte para ennoblecer las ánimas, pues tiene por oficio poner los ojos en aquel cuya vista y contemplación es toda nuestra nobleza y perfección. Sensiblemente se ve, cuando mira el hombre una cosa agradable a los ojos (como es un prado verde y florido, o un espejo de acero), que se alegra y fortifica la vista. Pues ¿qué será mirar en aquel espejo sin mancha de la majestad de Dios, que tanta virtud tiene para alegrar y fortificar los ojos de quien le mira?

Especialmente, que con nuestra vista obligamos a Dios a que nos vea, y, mirando a él, hacemos que también él nos mire, cuya vista es causa de todo nuestro bien. Si no, dime: ¿Qué otra cosa quiso significar él, cuando dijo: *Convertíos a mí, y convertirme he a vosotros* (Zac 1,3), sino «miradme, y miraros he»? Y, aunque en toda hora y en todo lugar los ojos de Dios nos estén mirando, mas señaladamente nos miran en la oración, como dice san Bernardo, porque entonces nos presentamos a él y nos ponemos a hablar cara a cara con él, y así señaladamente recibimos las influencias y rayos de su presencia. Pues, si los ojos del cielo, que son el sol y la luna y las estrellas, tanta fuerza tienen para influir luz y virtud en estos cuerpos inferiores (según la diversidad de los aspectos con que se miran ellos entre sí y miran a nosotros), ¿cuánto mayor la tendrán aquellos divinos ojos para influir luz y gracia en nuestras ánimas? Y si de los ojos del basilisco se dice que bastan para matar mirando, ¿cuánto más bastarán aquellos divinos ojos para dar vida a quien miraren, pues está claro que más poderoso es Dios para salvar, que ninguna otra cosa para dañar? Con estos ojos miró él a san Pedro, y le hizo llorar su pecado (cf. Lc 22,61). Con estos pedía el Profeta ser mirado, cuando decía: *Mírame, Señor, y ten compasión de mí* (Sal 118,132). Con estos promete él mirar a los que guardaren su ley, diciendo: *Miraros he, y seréis multiplicados y prosperados* (Lev 26,9). Pues con estos mismos has de tener por cierto que te mira él cuando tú le miras y te presentas en la oración delante dél.

Por donde una de las cosas que más nos encomiendan los maestros de la vida espiritual es el **andar siempre en la presencia de Dios, o a lo menos alzar muchas veces a él los ojos del corazón**; porque, cuantas veces esto se hace sensiblemente, parece que siente el hombre una manera de refresco y aliento, y una como influencia de su gracia, con que el ánimo dentro de sí misma se recoge y compone, y de nuevo se fortalece y determina en el bien.

IV. Estas tres razones susodichas son entre sí como parientas y vecinas, porque todas ellas nacen casi de una misma fuente, que es de mirar a Dios, o llegarse a él, o disponerse para

¹³¹ «Cumque descenderet Moses de monte Sinai, tenebat duas tabulas testimonii, et ignorabat quod *cornuta* esset facies sua ex consortio sermonis Domini. Videntes autem Aaron et filii Israhel *cornutam* Mosi faciem, timuerunt prope accedere» (Éx 34,29-30).

recibir su gracia, que lo comprende todo. Mas, allende desto, tiene aún otra maravillosa propiedad la oración, que es ser ella el pasto y mantenimiento propio de las ánimas, las cuales viven y se mantienen de consideración. Esta razón es, por una parte, muy eficaz, y por otra, muy dulce de contemplar; porque, sin duda, cosa es de gran suavidad pensar en la nobleza deste manjar, y considerar cómo el ánima vive de Dios, y cómo su pasto y mantenimiento es la consideración de las cosas divinas. Y, cuando decimos que el ánima vive deste manjar, entendemos que mediante él se sustenta y deleita, y toma fuerzas, y crece en la vida espiritual; que son efectos que el manjar corporal suele obrar en quien lo come.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las criaturas que tienen vida, tienen también su mantenimiento con que viven, cada una de su manera; porque unas hay que viven de la tierra, otras del agua, otras del aire, y otras también se dice que viven del fuego; y otras hay, más nobles y más excelentes, que viven de otro más noble manjar, que es Dios, de quien se mantienen los ángeles, como lo significó uno de ellos, cuando dijo: *Yo, de manjar invisible me sus-* [387] *tento*, que es ver a Dios y contemplar en él (Tob 12,19)¹³².

Pues, como nuestras ánimas sean substancias espirituales como los ángeles, necesariamente hemos de confesar que ellas también se mantienen del mismo manjar, que es Dios, y así viven como ellos de ver a Dios y contemplar en él; sino que, cual es la vista, tal es la vida, y porque la vista dellos es clara, y la nuestra oscura, por eso la vida dellos es perfecta, y la nuestra imperfecta; y así la suya se llama vida de gloria, y la nuestra, vida de gracia.

Λ Pues esta vida de gracia decimos aquí que se sustenta con la consideración de las cosas divinas, porque esta vida no es corporal, sino espiritual, que es **vivir en caridad y amor**; porque, **la vida espiritual del ánima, en amor de Dios consiste**. Pues, si en este amor ponemos esta manera de vida, ¿qué cosa hay que más ayude a sustentar y encender este amor, que la continua consideración de las perfecciones y beneficios divinos? Porque es cierto que así como el fuego se sustenta con la leña, así esta divina llama se sustenta con la leña destas consideraciones susodichas. Ca no es otra cosa cada una dellas, bien mirado, sino un tizón con que se enciende y aviva más esta divina llama. Y, pues esto es lo que principalmente se trata en el ejercicio de la oración, con razón decimos que **el ánima vive de la consideración, pues la vida della es amor**; y no hay cosa con que más se encienda ese amor, que con la continua consideración de las perfecciones y beneficios del Amado.

Y, aun si pasas más adelante, hallarás que no solamente la caridad, sino todas las otras virtudes más nobles se sustentan con este mismo pasto, como es la fe, la esperanza, la humildad, la paciencia, el temor de Dios, el dolor de los pecados y el menosprecio del mundo, con las demás. Si no, dime: ¿Con qué se esclarece y fortifica más la fe, que con la consideración de la consonancia suavísima de los misterios que ella nos representa, y de las maravillas y grandezas que nos predicán? ¿Con qué se fortalece más la esperanza, que con la consideración de la bondad, y de la misericordia, y de la providencia paternal de Dios, y del valor y eficacia de los merecimientos de Cristo? ¿Con qué se despierta más el temor de Dios, que con la profunda consideración de su justicia y de sus juicios, y de los castigos espantosos que tiene hechos y hace cada día en el mundo? ¿Con qué se aviva más el dolor de los pecados, que con pensar en la muchedumbre y grandeza dellos, y en la alteza de aquella Majestad y bondad contra quien pecamos? ¿Con qué se arraiga más la humildad y desprecio de sí mismo, que con la continua consideración de sus propias vilezas y miserias? ¿Con qué se esfuerza más la paciencia, que con la consideración de los trabajos de Cristo y de todos los santos, y de la grandeza de la gloria que está prometida por ellos? Pues ¿con qué se viene a menospreciar

¹³² «Sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor».

el mundo, sino con la consideración de la brevedad y fragilidad, vanidad y engaño de sus cosas? Por do parece que el aceite con que se sustentan las lámparas de todas estas virtudes es cada una destas consideraciones susodichas; porque, según reglas de filosofía, la misma consideración intelectual que sirve para despertar estos efectos en la voluntad, esa misma sirve para conservarlos y acrecentarlos.

Y por esto, no sin gran misterio, se nos pintan aquellos animales de Ezequiel llenos de tantos ojos (cf. Ez 1,18), pues vemos que la vida espiritual ha de ser toda ojos y toda consideración, pues della se mantienen todas las virtudes en que esta vida consiste; no sólo las que están en el entendimiento (porque eso está claro), sino también las que están en la voluntad. Porque el entendimiento, si decir se sufre, es como unos fuelles y soplo de la voluntad, porque con el conocimiento y consideración de la excelencia de las cosas se levantan todas estas olas y llamas de afectos en ella.

Y, aun si pasas más adelante, hallarás que la oración no es sólo mantenimiento de nuestras ánimas, sino también medicina de nuestras llagas; porque apenas hay ejercicio con que ellas más claro se vean y mejor se curen, que el de la oración. Porque así como lo oscuro se ve mejor par de lo claro, y lo tuerto par de lo derecho, así, en poniéndose el ánima en la presencia de Dios, que es luz y regla de todas las cosas, luego ve todas sus fealdades y torcimientos, y pide remedio a aquel que así como es dechado de toda rectitud y hermosura, así es remedio de toda miseria.

Demás desto, tiene aún otra dignidad y excelencia la oración, que es gustarse en ella los deleites espirituales y la divina suavidad, que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud, y uno de los principales frutos y dones del Espíritu Santo; y tan principal entre ellos, que deste señaladamente quiso él ser denominado, llamándose Paráclito, que quiere decir *Consolador*, porque su principal oficio era consolar las ánimas y proveerlas de tales y tan maravillosos deleites, que por ellos pudiesen fácilmente despreciar todos los otros deleites. Este oficio ejercita él señaladamente en la oración, como él mismo lo promete a sus siervos, por Isaías, diciendo: *Yo os llevaré a mi santo monte, y alegraros he en la casa de mi oración* (Is 56,7). Porque, como dice san Bernardo, «orando, se bebe aquel vino espiritual, que alegra el corazón del hombre y lo embriaga de tal manera, que le hace olvidar todas las cosas». Este vino humedece y riega las entrañas secas de nuestra ánima, digiere el manjar de las buenas obras y repártelo por todos los miembros espirituales della, esforzando la fe, confortando la esperanza, calentando la caridad y engrosando y perfeccionando todas las otras virtudes.

Qué tan grandes sean estos deleites y cuán dulce este maná, no lo puede conocer, sino quien lo ha probado. Y por esto no hay necesidad de gastar mucho tiempo en explicarlo, porque, al que lo ha probado, no hay para qué decírselo, y al que no lo ha probado, por mucho que le digan, no lo entiende- [388] rá jamás. Un doctor dice que estos deleites sobrepujan a todos cuantos deleites hay en el mundo, aunque todos juntos se echasen en el corazón de un hombre. Y no parece que estaba muy lejos deste parecer el Profeta, cuando decía: *¡Oh, Señor, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura!, la cual tienes escondida a los que te temen* (Sal 30,20). Y en otro lugar: *Mi corazón —dice él— y mi carne se alegraron en Dios vivo* (Sal 83,3). En lo cual quiso dar a entender que eran tan grandes estos deleites, que no sólo el espíritu, que derechamente los recibe, sino también la carne y todo el hombre con sus potencias y sentidos venían a gozar y tener parte en esta fiesta. Porque, como dice un doctor, hasta la misma carga del cuerpo se alivia en este ejercicio: cesa el bullicio de los pensamientos, callan todas las cosas, arde el corazón, el ánima se goza, la memoria se aviva, el entendimiento se aclara, y todo el espíritu, con el deseo de aquella beatífica visión, se arrebatada y levanta sobre sí.

Pues estos divinos deleites son el principal instrumento con que Dios levanta el ánima de la tierra al cielo y le hace despreciar todas las cosas del mundo. Porque así como dicen que

los primeros hombres dejaron la bellota cuando hallaron el trigo, así nuestra ánima facilísimamente da de mano a todos los deleites de la carne después que halla los del espíritu. Por do parece que la Sabiduría divina se ha en esta parte como la madre con el niño que está comiendo una cáscara de melón, o alguna otra cosa dañosa; y, como no se la puede quitar de las manos, porque luego da gritos, toma otra cosa más saludable y más sabrosa, y dala a probar al niño, y, después que la ha gustado, fácilmente acaba con él que suelte lo que tenía por lo que le dan. Pues este mismo medio es el que toma aquel celestial Padre para con nosotros, porque conoce él muy bien nuestra avaricia y golosina, y sabe que no queremos dar sin recibir. Por esto nos ofrece los deleites espirituales, para que por ellos desechemos los sensuales. Para lo cual no hay otro mejor medio que el susodicho; porque, como dice san Bernardo, «en gustando la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor».

Y, por esto, verdaderamente es mucho de maravillar cómo no acaban los hombres de despreciar estos bienes falsos y perecederos, y abrazar el Sumo bien, habiendo tan poco camino que andar hasta encontrar con él. Porque, bien mirado, yo no hallo más que tres trancos para llegar a Dios; y todos, muy fáciles de pasar. Porque, lo primero, no es mucho, siquiera por algunos días, recogerse el hombre cada día un poco de tiempo y ocuparse en alguna devota oración o meditación. Y, quien esto hace como debe, muy cerca está del segundo, que es enternecerse el corazón una vez que otra, y venir a gustar alguna pequeña gota de la divina suavidad. Y, hecho esto, a la hora es concertado el casamiento, porque no hay necesidad de más para que el sabio mercader, hallada esta preciosa margarita, venda todo lo que tiene por alcanzarla (cf. Mt 13,46). Porque no es menester más que oler dende lejos esta divina suavidad, para que diga el hombre con la esposa en los Cantares: *En pos de ti correremos, Señor, al olor de tus ungüentos* (Cant 1,3). Porque, sin duda, no se da tanta priesa el perro del cazador cuando ha dado con el rastro de la caza, cuanto el ánima después que ha comenzado a sentir el olor y rastro desta suavidad celestial. ¡Oh, quién te pudiese ahora, hermano, dar a entender este negocio y hacer que supieses cuán poquito camino hay que andar hasta gustar de Dios, y cuán fácil cosa es, después de haberlo gustado, renunciar todos los otros gustos por este gusto! Cree cierto que no es Dios inexorable ni tardío para acudir a quien le llama de corazón, porque no sin grande espíritu y verdad fueron dichas aquellas palabras: *Cerca está el Señor de los que le llaman con verdad* (Sal 144,18).

Ruégote, hermano, que te dispongas a probar este negocio con sencillo y humilde corazón, y verás tan grandes maravillas, que te maravillarás cómo los que las sienten no salen por las plazas dando voces a los hombres porque dejan de gozar de tan grande bien. Cuarenta días te pones a tomar el agua del palo, si estás enfermo, y a no comer ni ver sol ni luna, aun con dudosa esperanza de tu salud, y ¿no te pondrás siquiera otros tantos días a un tan pequeño trabajo, por lo que toca a tu salvación? Mira, ruégote, que deste momento depende la eternidad de tu vida, y que con sola esta arremetida podrás venir a decir con el Sabio: *Un poquito trabajé, y después hallé para mí grande descanso* (Eclo 51,27). Bien veo que esto poquito no es el todo, mas es el principio del todo y grandísima parte dél.

III. De cómo por la oración se comunica al alma la verdadera devoción, con la cual hace con facilidad todas las cosas del servicio de Dios

Ayúdanos también por otra vía la oración, porque no solamente se comunican en ella estas consolaciones espirituales que dijimos, sino también la verdadera devoción; y cuál sea la diferencia que hay entre ella y estas consolaciones divinas, al principio de la segunda parte deste libro dijimos. Pues ahora es de saber que el mismo Espíritu Santo, que es el autor y dador de aquellas consolaciones para esfuerzo y entretenimiento de los suyos en este

destierro, ese mismo es el autor y dador deste afecto celestial que llamamos devoción, que es una prontitud de voluntad y un aliento para todas las cosas del servicio de Dios. Mas, cuánta sea la virtud y eficacia deste afecto para bien obrar, no lo puede bien conocer, sino aquel que lo ha probado, así como ni la grandeza de la suavidad de las consolaciones divinas entiende bien, sino quien las ha recibido; porque lo uno y lo otro es obra del Espíritu Santo. Lo que por algún ejemplo se puede significar es que así como un enfermo, cuando tiene el apetito postrado, no arrostra a ningún manjar que le pongan delante, mas, en recibiendo salud, juntamente [389] te con ella recibe la gana de comer, y aun a veces un hambre canina que con ninguna cosa se harta, así también el hombre que está del todo sin devoción tiene tan postrado el apetito del bien, que a ninguna cosa de virtud puede arrostrar. Mas, si después, por la misericordia de Dios, y por ejercicios y medios convenientes, viene a alcanzar verdadera devoción, esta le pone tan grande apetito y gana de todo lo bueno, que, por mucho que haga, nunca se ve hartado, según el deseo que tiene de agradar a nuestro Señor. Pues este nuevo apetito, esta prontitud y aliento para el bien es lo que propiamente se llama devoción, que es uno de los grandes estímulos y despertadores que tenemos para la virtud, y uno de los principales instrumentos que la caridad tiene para incitarnos a bien obrar, como en el principio deste libro se dijo. Pues, si es verdad, como allí probamos por autoridad de santo Tomás, que este buen afecto procede de la meditación y consideración de las cosas divinas, manifiestamente se ve cuánto ayuda este ejercicio para toda virtud, pues por él se alcanza la devoción, que es el común despertador y estímulo para toda virtud. Mas quien esto no entiende, o no lo cree, no tengo otro mayor argumento para convencerlo, sino remitirlo a que pruebe él estarse una o dos horas de una noche ante un altar, conversando y hablando en espíritu con Dios, gimiendo sus pecados y pidiendo misericordia, y mire bien cuál sale de allí, y cuánto aprovecharía si esto usase a la continua; y luego se le abrirán los ojos y verá cuán poco es todo lo que aquí decimos en alabanza desta virtud.

Y por aquí se ve claro cuánto engaño sería si algunos preladados pusiesen todo su caudal y toda la manera de su gobierno en insistir principalmente en sólo lo exterior, sin tener cuenta con lo interior, no mirando que uno de los principales medios que hay para eso que ellos pretenden es eso mismo que dejan. Si no, dadme vos un corazón devoto y recogido: yo os daré luego el cuerpo recogido, y el silencio, y la mesura, y la moderación en todas las cosas. Porque así como la salud de los miembros interiores redundando luego en el color y figura del hombre exterior, así el corazón y ánimo compuesto luego cría el cuerpo recogido y todo el hombre exterior compuesto. De donde, enseñando san Buenaventura al religioso de la manera que había de haberse en todos los pasos y movimientos exteriores, dice que en todo esto guarde aquella figura y composición, y aquella mesura y gravedad que tiene cuando sale de una profunda y devota oración.

Y aun en la manera del obrar las virtudes va gran diferencia entre el que tiene oración y devoción, y el que no la tiene. Porque el que anda con espíritu de devoción, todas las obras que hace, hace con devoción, y con fervor, y con alegría, y con pura intención; y así todo lo hace por Dios, y en todo le parece que ve a Dios. Mas el que no sabe qué cosa es devoción, así como está seco de dentro, así todo lo que hace va lleno de mucha sequedad. A lo menos a este tal no parece que le ha comprendido aquella bendición del Profeta, que dice: *Acuérdese el Señor de tu sacrificio, y tu holocausto sea lleno de grosura* delante dél (Sal 19,4). Sobre las cuales palabras dice san Gregorio: «Holocausto seco es la buena obra que no es regada con lágrimas de oración; mas holocausto lleno de grosura es cuando el bien que se hace con corazón humilde va todo bañado en lágrimas de devoción».

IV. De cómo la experiencia enseña que la oración ayuda a alcanzar todas las virtudes y perfección

Estos son los principales medios por donde la oración nos ayuda a alcanzar toda virtud. Para cuya confirmación, además de las razones susodichas, añadiré algunas experiencias cotidianas, por las cuales se entienda mejor lo dicho. Porque constanos que el principal medio por donde los hombres vinieron en conocimiento de las virtudes y propiedades de las yerbas, y de las piedras preciosas, y de otras cosas semejantes, fue la experiencia que dellas tuvieron en sus necesidades; y así uno de los principales medios que ha habido para conocer la eficacia desta virtud ha sido el provecho que han hallado en ella las personas que la han usado.

Pues todas estas hallan, por experiencia cotidiana, que al paso que anda la oración, a este mismo anda la vida, y de la manera que andan los ejercicios espirituales, así anda la vida espiritual que dellos procede. De manera que así como dicen que la mar sigue el movimiento de la luna, y que pende tanto de la virtud deste planeta que, cuando él crece, crece ella, y cuando él mengua, mengua ella, y en todo, finalmente, sigue el movimiento dél (como el caballo el de las riendas que lo gobiernan), así han visto que la perfección de la vida cristiana depende tanto de la virtud de la oración, que, cuando ella anda concertada, la vida anda concertada, y cuando ella se desconcierta, todo lo demás se desconcierta, y, finalmente, conforme a la creciente y menguante della, así crece y mengua el espíritu y concierto de nuestra vida. Y no es esto mucho de maravillar, porque, si la devoción anda siempre en compañía de la profunda y devota oración, y esta devoción es la que hace al hombre hábil y pronto para todas las virtudes y para todo bien, como dice santo Tomás (cf. *Sth.* II-II q.83 a.1-2), no es mucho que, creciendo con la oración esta devoción, sienta el hombre todo lo susodicho.

Esto figuró Dios muy a la clara en aquella oración que Moisés hacía en el monte, cuando el pueblo de Israel peleaba con Amalec; de quien se dice que, cuando tenía las manos en alto, vencía el pueblo de Israel, y si un poco las abajaba, vencía luego Amalec (cf. Éx 17,11). Por do parece que la vitoria de los enemigos no pendía tanto de las fuerzas y armas de los que peleaban, cuanto de la oración del Profeta; de tal manera que, conforme [390] al subir o bajar de las manos, así crecía o menguaba la fortaleza del pueblo. En lo cual nos quiso el Señor dar a entender que la vitoria de nuestras pasiones y tentaciones, y de todos nuestros enemigos, está como colgada de la virtud y fortaleza de la oración, y que al paso que anda ella, a ese también anda esta vitoria.

Y, conforme a esto, debemos entender que así como cuando las manos de Moisés andaban cayendo y levantando, así andaba la vitoria también por ambas partes dudosa, mas, después que entendido este peligro se halló manera para que las manos del que oraba estuviesen firmes y estables en alto, luego la vitoria contra los enemigos se perpetuó (cf. Éx 17,12), así también entienda el cristiano que, mientras anduviere cojeando en este ejercicio, también lo andará en la vitoria de sus pasiones, mas, si quisiere ser perpetuo vencedor, trabaje por tener siempre su corazón y sus manos en alto por medio de la oración, en cuanto esto moralmente sea posible; y, si a este punto llegare, piense que alcanzará perfecta vitoria de sus enemigos, y entonces podrá cantar con el Profeta, diciendo: *Ponía yo siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda a mi diestra, para que no sea yo movido* (Sal 15,8). De las cuales palabras se colige que la perpetua oración es una grande ayuda para la perfecta vitoria de todos nuestros enemigos, como lo significó el mismo profeta en otro lugar, diciendo: *Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor, porque él librárá mis pies de los lazos* (Sal 24,15).

Declararé aún esto más en particular. Todas las personas que se dan a la oración ven cada día por experiencia que, cuando traen sus ejercicios concertados y les dan el tiempo que

requieren, traen tan concertada su vida, tan pura su conciencia, tan alegre su espíritu, tan esforzado su corazón y tan llena su ánima de buenos propósitos y deseos, que es cosa de admiración. Allí sienten dentro de sí mismos la presencia del Señor y la virtud de su gracia, y cómo los llevan sobre hombros ajenos y sobre alas de águilas (cf. Éx 19,4), y cómo, finalmente, los guía Dios por aquel camino que él promete por Jeremías, diciendo: *Llevaros he por frescura y fuentes de aguas, y por un camino tan llano, que no tengáis en qué tropezar* (Jer 31,9) ¹³³. Mas, después que por negligencia suya cortan el hilo destes ejercicios, luego, poco a poco, comienza el ánima a enflaquecerse y marchitarse, y perder aquel verdor y frescura que antes tenía; luego, no sé cómo, desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros, y comienzan a despertar todas nuestras pasiones, que estaban como adormecidas y sepultadas de antes; luego se halla el hombre lleno de alegría vana y de liviandad de corazón, amigo de hablar y reír y holgar, y de otras semejantes vanidades; y, lo que más es, luego los apetitos de la vanagloria, y de la ira, envidia y ambición, con todos los demás, que estaban como muertos, comienzan a revivir; como las brasas que con el rescoldo de la ceniza parece que estaban muertas, que, un poquito que las sopléis, luego descubren su secreto resplandor.

Estos dos estados parece que había experimentado el Profeta, cuando decía: *Yo dije en medio de mi prosperidad y abundancia: «No habrá cosa que baste para derribarme». Mas apartaste, Señor, un poco tu rostro de mí, y luego quedé turbado* (Sal 29,7-8). Lo uno decía por el tiempo en que estaba su espíritu lleno de devoción, cuando ninguna guerra sentía, y lo otro, por el que estaba sin ella, cuando las pasiones de nuevo le combatían.

Por donde, el que atentamente considerare este negocio y lo quisiere explicar por alguna comparación, hallará que el ánima que anda con este espíritu de devoción es como el caminante que camina un día de muy oscura niebla, que, mientras ella dura, ninguna cosa ve, sino niebla; y no sólo no ve las otras cosas, mas aun apenas ve a sí mismo. Mas, después que comienzan los rayos del sol a resolver la niebla, luego comienzan a descubrirse poco a poco las cosas, y aparecer, aunque confusamente, las cabezas de los montes, y las copas de los árboles, que antes no se veían, hasta después que, quitada ya del todo la niebla, finalmente se vuelve cada cosa a su figura. Pues así decimos que la devoción es una como niebla espiritual que pone Dios en el ánima del justo, la cual es de tan maravillosa virtud, que, mientras ella dura, apenas se ve otra cosa, sino Dios, y en todas cosas parece el hombre que ve a Dios, y, tan ocupado anda en este pensamiento, que apenas se acuerda de sí mismo.

Y por ventura esta es aquella niebla de quien dijo Salomón: *El Señor dijo que moraría en la niebla* (1 Re 8,12). Porque claro parece que no hablaba él allí solamente desta niebla material, pues no hay por qué Dios more más en esta que en todas las otras criaturas, sino de otra niebla más espiritual, que es como un humo que sale del incienso de la oración cuando se quema en nuestra ánima con el fuego de la caridad. Porque, cuando el ánima está llena deste humo, entonces se dice con verdad que mora Dios en ella; y el efecto de su presencia es este olvido de todas las cosas y la memoria de solo él. Mas, cuando esta niebla se deshace, que es cuando la devoción por nuestra culpa se pierde, luego a deshora se abren los ojos a la malicia; y luego comenzamos a ver y sentir las pasiones y tentaciones que, antes, con la presencia de Dios, no sentíamos; y luego, finalmente, resucita la raposa mortecina de nuestra carne, que el hombre tenía ya por muerta, con todas aquellas pasiones y malas inclinaciones de que arriba tratamos, las cuales de nuevo toman armas y nos comienzan a molestar.

Y, por esto, el que quisiere estar libre de estas molestias, trabaje por traer siempre su corazón lleno deste humo de devoción, que este basta, no [391] sólo para ojear las tentaciones del enemigo, mas también algunas veces para no sentir las. Y por ventura es también este

¹³³ Traducción amplia del texto de Jeremías: «Et adducam eos per torrentes aquarum in via recta, et non impingent in ea».

aquel humo de que dijo el ángel a Tobías: *Si tomares el corazón deste pece y lo pusieres encima de las brasas, el humo que saliere dél basta para hacer huir y desaparecer todo género de demonios* (Tob 6,8). Si no, trabaja también por poner ese tu corazón sobre las brasas del divino amor y dejarlo estar ahí, tomándose de esa divina llama: y luego verás cómo el humo de la devoción que de ahí sale basta para lanzar de tu ánima todas las pasiones y molestias del enemigo.

Hay aún otra experiencia semejante a esta, con la cual se declara más esta verdad, que es la mudanza súbita que hace la oración en las personas que se dan a ella. Porque acaece muchas veces estar el hombre distraído, derramado, desconsolado, y, finalmente, muy inhábil y pesado para todo lo bueno; y, si estando así, entra y persevera fielmente en la oración, a cabo de una o dos horas es tan grande la mudanza con que se halla, que le parece que antes era un hombre y ahora otro, según sale mudado de lo que era.

De manera que le acaece como a los que riegan una mata de albahaca, o otra cualquier planta semejante, que, si ha muchos días que no se regó, está tan fea, tan lacia y tan marchita, que parece que está ya del todo muerta; mas, si luego le acudís con un riego de agua, de ahí a una hora la veréis tan verde, tan fresca y tan hermosa, que apenas os parece ser la misma. Y, pues esto acaece cada día en la oración, sin duda hemos de confesar que ella también es un riego espiritual de nuestras ánimas y de todas las plantas de las virtudes, pues todas ellas vemos que se renuevan y reverdecen con ella. Por do también parece que así como la tierra sin agua está triste y desgraciada, mas, en cayendo el agua sobre ella, luego se viste de nuevas flores y hermosuras, así el ánima sin oración es como aquella tierra sin agua, que decía David (cf. Sal 142,6)¹³⁴, la cual cría las yerbas lacias y de poco frescor, mas, en regándose con este riego, luego reverdece toda la frescura de la vida espiritual con nuevo lustre y hermosura.

Veis aquí, pues, por cuántas maneras y caminos ayuda la oración a alcanzar toda virtud y perfección; pues, como ya dijimos, ella es la que señaladamente nos dispone para alcanzar la gracia, y la que nos junta con Dios y nos hace participantes dél, y la que levanta nuestros corazones a contemplar su hermosura. Ella es el pasto y mantenimiento de todas las virtudes, ella es una de las principales ayudas e instrumentos que la fe tiene para darnos a sentir los misterios divinos, ella es la fuente de todos los espirituales deleites, y en cuya compañía andan muchas veces la contemplación y amor del Sumo bien, en la cual consiste toda nuestra felicidad. Por todas estas vías nos ayuda la oración en este camino, y todas estas puertas abre para hinchirnos de bienes.

Y, si cada una destas por sí solo era tan bastante para enriquecernos, ¿que sería abriéndose tantas por tantas partes? Callo otras muchas excelencias desta virtud, della propias, y della comunes con las otras virtudes. Porque ella es también una obra meritoria como todas las otras, si se hace en caridad; y, demás desto, es impetratoria de lo que pide, si se hace con entera fe y confianza (cf. *Sth.* II-II q.83 a.13.15). Esto y otras muchas cosas dejo de decir, porque la brevedad deste volumen no da lugar para más; pero todo esto deberían considerar los amadores de la virtud, para que vean cuán grande sea este tesoro, y cuán saludable este ejercicio, y con cuánta razón el Salvador nos lo encomendó, diciendo: *Conviene siempre orar, y nunca desfallecer* (Lc 18,1).

Esto baste para que por aquí se conozca la utilidad grande de la oración. Ahora trataremos de la necesidad que della tenemos, para que lo uno y lo otro incite más nuestro corazón al amor desta virtud.

¹³⁴ «Anima mea sicut terra sine aqua tibi». (*Quasi terra sitiens ad te.*)

Segunda parte.

I. De la necesidad de la oración

Dicho he de la utilidad desta virtud: digamos ahora de la necesidad que della tenemos; porque esta suele apretar y obligar más a los hombres a hacer lo que deben, casi como quien los pone en cerco y los toma por hambre. Y, para entender qué necesidad sea esta, presupongo que, como dice santo Tomás, de dos maneras suele llamarse una cosa *necesaria*: o porque sin ella es imposible hacerse algo, o porque no se puede hacer tan cómodamente (cf. *Sth.* III q.14 a.2). Pues al presente no tratamos aquí de la primera manera de necesidad, sino de la segunda, y desta decimos ser la oración necesaria. Aunque todavía participa algo de la primera necesidad, porque cosas hay en que esta virtud es del todo necesaria y cae debajo de precepto; pero desta necesidad no tratamos ahora tanto, cuanto de la segunda, para que esta, juntamente con la utilidad pasada, nos sea mayor motivo y estímulo para abrazar esta virtud.

Pues esta manera de necesidad procede de la pobreza y miseria en que el hombre quedó por el pecado, y de la diferencia del estado en que ahora está a aquel en que Dios lo crió. Porque, si él permaneciera en aquel primero, poca necesidad había de tantas máquinas y argumentos para inclinar su corazón a Dios y levantarlo a la contemplación de las cosas celestiales. Porque así como el águila naturalmente vuela a lo alto, y en este lugar edifica su nido, así el hombre, si en aquel estado permaneciera, siempre se anduviera volando con la consideración por las cosas altas y divinas, y en ellas tuviera sus deleites y su morada. Mas, después que le comprehendió aquella maldición de la antigua serpiente, que es andar rastreando sobre su pecho y comer tierra todos los días de su vida (cf. Gén 3,14), luego trocó el cielo por la tierra, y todo él quedó hecho un pedazo de tierra. Tie- [392] rra ama, tierra come, de la tierra habla, en la tierra tiene puesto su tesoro, y de tal manera tiene echadas sus raíces en ella, que con todas estas cadenas y maromas apenas le podemos sacar de ella.

Pues, qué tan grande sea esta necesidad, no lo podrá entender, sino el que tuviere muy bien conocida la necesidad en que la naturaleza humana quedó por el pecado; la cual es tan grande, que no hay palabras que basten a darle debido encarecimiento. Dice la Escritura que se les abrieron los ojos a los primeros padres cuando pecaron, y que se hallaron desnudos (cf. Gén 3,7). En lo cual se da bien a entender el despojo y la extrema desnudez y pobreza en que el hombre quedó por el pecado, por el cual fue despojado de la gracia y de la justicia original y de todos los otros dones gratuitos que había recibido. Y, si perdido todo lo gratuito quedara lo natural entero, fuera alguna manera de consuelo; mas no fue así, sino que esto también quedó por el pecado tan estragado y debilitado, que dende la planta del pie hasta la cabeza no quedó en él cosa del todo sana.

De manera que le podemos muy bien aplicar aquello que el Profeta dice: *Vistiose de maldición, como de una vestidura, y entró así como agua en lo interior dél y como olio en los huesos* (Sal 108,18). Bastaba decir que lo había cubierto la maldición, como una vestidura, de pies a cabeza, sin que nada quedara por cubrir, porque harto gran miseria era esta; mas, porque no pensases que lo de fuera solo quedaba maldito, y lo de dentro sano, dice también que entró como agua en todo lo interior dél, para que así entiendas que ninguna cosa quedó libre de maldición, ni dentro ni fuera dél. Y, porque el agua no es tan penetrativa como otros licores, y pudieras por ventura imaginar que todavía quedaba alguna parte más escondida que no había sido penetrada desta maldición, por esto añadió diciendo que entró también como olio —que es el licor del mundo más penetrativo— dentro de los huesos dél, que es la parte más secreta y escondida del hombre. De suerte que la maldición llegó hasta los tuétanos, que

es hasta lo más íntimo y más secreto del ánimo, que es aquella parte espiritual della que llaman *mente*, aquella que confina con los ángeles, aquella que es hecha imagen de Dios, aquella que así como es espíritu, así naturalmente es amiga de cosas espirituales y enemiga de carnales. Pues esta también quedó por el pecado contaminada y estragada e inclinada a la carne. De manera que, como haya en el hombre tres partes principales, cuerpo, ánimo y espíritu ¹³⁵, todas ellas quedaron lisiadas e inficionadas por el pecado. Porque la maldición, como vestidura, cubrió la carne con todos sus sentidos, y como agua entró en el ánimo con todas sus pasiones, y como olio penetró hasta lo más íntimo del espíritu con sus potencias; entre las cuales, el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, y la memoria distraída y olvidada de su Criador.

Pues, quedando el hombre por todas partes tan perdido y tan hecho carne, ¿qué parte es él por sí para guardar la ley de Dios, que es toda espíritu? *Sabemos* —dice el Apóstol— *que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, y vendido por esclavo del pecado* (Rom 7,14). Pues ¿qué proporción hay entre ley espiritual y hombre carnal, para que pueda lo uno con lo otro? ¿Qué habilidad tendría una bestia, que es toda carne, para vivir conforme a una ley, que es toda espíritu? Pues, si el hombre quedó por el pecado tan semejante a las bestias y tan inclinado a la carne, ¿qué habilidad tendrá para guardar una ley, que es toda espíritu, que es ley de ángeles y ley divina? Es tan poca parte para esta, que ni una obra sola, ni una palabra puede decir de manera que a Dios agrade, si no le viene de fuera especial socorro para ello.

Por do parece que, si por una parte miras el cuerpo del hombre, hallarás que no hay en el mar, ni en la tierra, ni en el aire, criatura sujeta a tantas necesidades y enfermedades y miserias como él; y si por otra parte miras el ánimo, hallarás que es tan flaco y tan miserable, que aun no puede abrir la boca para invocar por sí el nombre de JESÚS dignamente. Porque veas dónde estaba el hombre cuando Dios lo crió, y adónde vino a parar por el pecado. Tal cura merecía, por cierto, la ingratitud y soberbia de quien así se levantó contra su hacedor. Crió Dios al hombre en grandísima prosperidad y honra, y, de donde había de tomar ocasión para ser más agradecido, tomola para ser más soberbio; y, por esto, con mucha razón lo dejaron tan miserable y desnudo, para que así su pobreza lo hiciese humilde, y la necesidad diligente, y el remedio de la necesidad agradecido.

Pues diréisme: «¿Qué remedio tiene el hombre en estado tan miserable?» Pregúntoos yo: «¿Qué remedio tiene un hombre para poder vivir, que ni tiene patrimonio, ni hacienda, ni habilidad para ganarla?» Decirme heis que no tiene otro, sino andarse a mendigar y pedir por Dios. Pues ese mismo es el que le quedó al hombre después del pecado, pues, en hecho de verdad, él quedó en esa misma necesidad; y por eso no tiene otro remedio, sino andar mendigando y llamando a las puertas de la divina misericordia, reconociendo humildemente su pobreza y pidiendo limosna, diciendo con el Profeta: *Mendigo soy yo, y pobre; mas el Señor tiene cuidado de mí* (Sal 39,18).

Ítem, pregunto más: «¿Qué remedio tiene un pájaro que está en el nido recién salido del cascarón, que ni tiene alas, ni plumas, ni otra habilidad para mantenerse?» Cierto es que no tiene otro, sino dar voces y piar, e hinchar los aires de clamores, y solicitar con esto las entrañas de sus padres, para que acudan a proveerle. Pues, si el hombre quedó por el pecado muy más pobre y [393] descañonado que ninguna ave recién salida del huevo, ¿qué otro remedio tiene, sino clamar a Dios día y noche como a su verdadero Padre, y pedirle socorro? Esto es lo que maravillosamente significó aquel santo rey Ezequías, cuando dijo: *Así como el hijuelo de la golondrina clamaré a ti, Señor, y daré gemidos como paloma* (Is 38,14) ¹³⁶. Como si dijera: «Así como este pajarillo recién salido del huevo, viéndose tan pobre y

¹³⁵ «A veces se acostumbra a distinguir entre alma y espíritu. Así S. Pablo ruega para que nuestro “ser entero, el espíritu, el alma y el cuerpo” sea conservado sin mancha hasta la venida del Señor (1 Ts 5,23)» (CEC 367).

¹³⁶ «Sicut pullus hirundinis, sic clamabo, meditabor ut columba».

desnudo, no entiende en otra cosa, sino en piar y clamar a sus padres para que le provean de lo necesario, así yo, Señor, viéndome tan desnudo de gracia, tan pobre de fuerzas espirituales, tan sin plumas de virtudes, tan sin alas para volar a lo alto, y, finalmente, tan inhábil para todo lo que me conviene, que ni un paso agradable a ti puedo dar sin ti, ¿qué tengo de hacer, sino imitar la diligencia deste pájaro, y clamar a ti, que eres mi Padre y mi hacedor, para que acudas a mi nido y proveas a mi necesidad? ¿Qué tengo de hacer, sino dar gemidos como paloma, llorando a la continua mi destierro, y mi condenación, y mi pobreza, y mis pecados, pidiéndote con lágrimas y gemidos el remedio de tantos males?»

Λ Pues este es el remedio que le quedó al hombre después de aquel miserable naufragio y despojo, para que por él sea socorrido y remediado. Así que, hermano mío, después del pecado, **el medio general que tienes para todo lo que quisieres alcanzar de Dios es gemido y oración**. Si deseas alcanzar su amistad y gracia: gemido y oración; si perdón de pecados: gemido y oración; si mortificación de pasiones: gemido y oración; si consuelo en las tribulaciones: gemido y oración; si fortaleza en las tentaciones: gemido y oración; si consolaciones espirituales: gemido y oración; si socorro en las cosas temporales: gemido y oración; finalmente, si quieres remedio contra la misma ira y saña de Dios, también es gemido y oración. Si no, dime: ¿Qué otro tuvo Moisés contra esta saña, cuando quería Dios destruir a su pueblo en el desierto, sino atarle las manos con oración? (cf. Éx 32,10ss). Y por esto lloraba y se quejaba un profeta, diciendo que en su tiempo no había quien con estas armas resistiese a la ira del Señor y así le atase las manos con la oración: *No hay —dice él— quien invoque tu nombre, y quien se levante y te vaya a la mano* (Is 64,6)¹³⁷. Y, por tanto, si tú deseas aplacar a Dios y resistir a su saña, persevera humildemente llamándole en la oración; y ten por cierto que por esta vía lo amansarás. Porque nunca estuvo Dios más ensañado contra el mundo, que cuando envió las aguas del diluvio; y entonces envió Noé una paloma del arca, para ver si había cesado ya el castigo de aquella saña; y, aunque la primera vez volvió vacía, la segunda tornó con un ramo de oliva en el pico (cf. Gén 8,8ss), que era señal cierta de la divina misericordia.

Pues así tú, hermano, cuando sintieres que está Dios airado contra ti, envíale del arca (que es de lo íntimo de tu corazón) un gemido de paloma, y procura —si pudieres— acompañarlo con dos alas: una de ayuno y otra de limosna; y ten por cierto que, aunque a los principios te parezca que vuelve vacía, al cabo, si perseveras, te traerá un ramo de oliva en la boca; que es la señal de la divina misericordia. Así lo hizo este mismo rey Ezequías de quien hablamos, cuando de parte de Dios le fue intimada la sentencia de muerte por su profeta; y pudo tanto con estas lágrimas y gemidos, que, antes que el profeta saliese de la puerta, acabó con Dios que revocase la sentencia que tenía dada, y le añadiese de nuevo quince años de vida (cf. Is 38,1ss). Así lo hizo también David en aquel famoso salmo de la penitencia; sobre el cual, escribiendo Casiodoro, dice así: «La oración es por quien se suspende la ira divina y se alcanza el perdón y se quita la pena merecida. Ella es la que habla con Dios, platica con el Juez y hace estar presente al que es Invisible [cf. Heb 11,27]; y no para hasta llegar a la postrera recámara de su juicio, de donde nadie es desechado, sino aquel que en ella se halla descuidado y tibio».

Y no sólo para alcanzar perdón de pecados, mas para vencer todas las tentaciones del enemigo es esta una de las más prestas y poderosas armas que hay. Lo cual se declara por este ejemplo: Si un castillo estuviese cercado de enemigos, y puesto en tan grande estrecho, que todos los que están dentro no fuesen parte para defenderlo, si en este medio tiempo fuese un soldado a gran priesa al rey a pedirle socorro, y por esta vía fuese luego socorrido, bien podríamos decir, en su manera, que este soldado hizo más que todos los otros, pues el poder

¹³⁷ «Non est qui invocet nomen tuum, qui consurgat, et teneat te» (64,7).

que trajo fue más parte para defender la fuerza [*plaza murada*], que las armas de todos los otros. Pues ¿qué es la oración, sino un correo que despachamos de la tierra al cielo para pedir socorro a Dios en el tiempo de la tentación? ¿Cuántas veces acaece que, desfalleciendo ya todas nuestras fuerzas en la defensa de nuestra ánima, y estando ya el hombre para entregar las llaves del consentimiento al pecado, este correo nos trae nuevas fuerzas y socorro del cielo, con que se defiende el castillo del enemigo? ¿Cuántas veces acaece que, estando ya el corazón desmayado y caído con la carga de la tribulación, de tal manera que todas las virtudes y fuerzas del ánima no bastan para levantarlo, que, si entonces, cuando ya nuestro espíritu desfallece, clamamos a Dios, volvemos luego a revivir y levantar cabeza con el socorro que por este medio nos viene del cielo? Por esto, muy convenientemente es figurada la oración por aquel soldado que fue a dar aviso a Abrahán de cómo su hermano Lot y los cinco reyes con él habían sido desbaratados en la batalla; por lo cual, el santo patriarca juntó su gente y, puesta en orden de guerra, fue a dar sobre sus enemigos; y pudo tanto, que los desbarató, y les quitó la presa que llevaban, y puso a Lot y a todos los otros prisioneros en li- [394] bertad (cf. Gén 14,13-16). Esto mismo vemos que hace la oración cada día, pues ella es la que va y viene a Dios, y le da razón de lo que pasa, y no se contenta con pedir la fortaleza para la batalla, sino pide también que tome las armas y se halle presente en ella, diciendo con el Profeta: *Tomad, Señor, armas y escudo, y venid en mi socorro* (Sal 34,2). Y en otro lugar prosigue esto mismo el Profeta más a la larga, diciendo: *Cercáronme dolores de muerte, y las furias de mis enemigos como crecientes de ríos me turbaron. Mas yo, en medio de mi tribulación, invoqué al Señor, y di voces a mi Dios, y el oyó dende su santo templo mi oración, y mi clamor llegó ante la presencia dél* (Sal 17,5.7). Mira, pues, cuán buen mensajero fue este, que con tal ligereza caminó de la tierra al cielo, y desde allí trajo tan súbito y tan acelerado socorro. Por donde, con mucha razón, se maravilla y exclama el bienaventurado san Jerónimo de la virtud de la oración y de las lágrimas, diciendo: «¡Oh humilde lágrima!, tuyo es el poder, y tuyo el reino; tú no temes entrar ante la presencia del Juez, y allí pones silencio a todos tus acusadores; no hay para ti puerta ni cerradura, y aunque entres sola, nunca jamás vuelves vacía. ¿Qué diré? Vences al Invencible, atas las manos al Omnipotente e inclinas a todo lo que quieres al Hijo de la Virgen». Hasta aquí son palabras de san Jerónimo, las cuales asaz declaran el poder grande desta virtud, el cual se declaró en aquella oración de Josué, que bastó para hacer parar el sol en medio del cielo, obedeciendo —como dice la misma Escritura— Dios a la voz de un hombre (cf. Jos 10,12ss). Mas ahora probemos todo lo susodicho por ejemplos de santos.

II. De cómo Cristo y los santos ejercitaron mucho la oración

Esta es, pues, la causa principal, allende de las susodichas, por la cual todos los santos se dieron tanto al ejercicio de la oración; y el Santo de los santos, sin tener para sí necesidad, hacía oración, para nuestro ejemplo (cf. Lc 6,12). Con este principio comenzó la predicación del evangelio, orando y ayunando cuarenta días en el desierto (cf. Mt 4,1); y con esto se ofreció a la Pasión, haciendo tres veces oración en el Huerto, y convidando a sus discípulos al mismo ejercicio, para defenderse en aquel peligro (cf. Lc 22,46; Mt 26,41). En la primitiva Iglesia, uno de los más principales y cotidianos ejercicios de los cristianos era este, y con este aparejo se dispusieron para recibir al Espíritu Santo (cf. Hch 1,14); y en este ejercicio se ocuparon después de haberle recibido, gastando la mayor parte del día en el Templo, perseverando, como escribe san Lucas, en la oración (cf. Hch 2,42). Entre los apóstoles, de san Bartolomé se dice que cien veces en el día y otras tantas en la noche, hincadas las rodillas, hacía oración. De Santiago se escribe que tenía hechos callos en las rodillas, a manera de camello, de estar a la continua sobre ellas en oración. De todos los otros apóstoles en común

se dice que cometieron [*comisionaron*] el oficio de proveer a las viudas y necesitadas a otros discípulos; porque libres de toda ocupación exterior, aunque santa, se pudiesen emplear siempre en el oficio de la oración y predicación (cf. Hch 6,3-4). Y, si con tanta instancia y perseverancia mendigaban y pedían la gracia los que en tanta abundancia la habían recibido, ¿qué deberíamos hacer los que tan pobres estamos della?

¿Qué diré de los otros santos, así del Viejo como del Nuevo Testamento? [...] [395] [...]

No acabaríamos, por esta vía, de contar ejemplos desta virtud, porque este fue el común ejercicio de todos los santos; por cuya causa muchos dellos dejaron el mundo y se fueron a los desiertos y soledades, donde holgaban de comer las yerbas de la tierra, como bestias, por tener aparejo y tiempo para darse a la oración. Esta es aquella mejor parte que escogió María, la cual, por sentencia del Salvador, fue preferida a aquella tan excelente obra de misericordia que hacía Marta (cf. Lc 10,42). Porque por medio deste ejercicio se alcanza una tan grande perfección y pureza de conciencia, que levanta al hombre sobre sí mismo y lo hace semejante a Dios.

Pues los bienes que se alcanzan por la oración, ¿quién los explicará? ¿Qué milagro se hizo en el mundo, que no fuese por oración? ¿Qué linaje de gracia se alcanzó jamás, que no fuese por oración? ¿Cuántas vitorias de ejércitos y de enemigos poderosísimos se vencieron por oración? ¿Con qué otras fuerzas todos los santos curaron las enfermedades, lanzaron los demonios, vencieron la muerte, amansaron las fieras, templaron las llamas, trocaron la naturaleza de los elementos y mudaron el curso de las estrellas, sino con las fuerzas de la oración? ¿Con qué otras armas pelearon y triunfaron Moisés, Josué, Gedeón, Jefte, David, Ezequías, Josafat, Asá, y los nobles Macabeos, y, finalmente, todos los grandes amigos de Dios, sino con las armas de la oración? Por donde no en balde daba voces el rey Joás al profeta Eliseo cuando se quería morir, diciendo: *Padre mío, padre mío, que eres el carro de Israel y el gobernador dél* (2 Re 13,14), conviene saber, como dice una Glosa: «Que puedes más con tu oración para defensa deste reino, que todos los carros y poderes del mundo». Porque las armas del cristiano contra todos los enemigos visibles e invisibles estas son.

Todo esto nos declara cuánta sea la necesidad que tenemos desta virtud para todo lo bueno, que es lo que al principio propusimos, y, por consiguiente, con cuánta razón nos aconseja el Salvador, diciendo: *Conviene siempre orar, y nunca desfallecer* (Lc 18,1). Porque, como la oración sea una puerta principal por donde nos entran todos los bienes, y un instrumento general del cristiano para todas sus cosas, ¿qué será un cristiano sin oración, sino un soldado sin armas, un escribano sin pluma o un cirujano sin herramienta? Y, por esto, concluyendo esta parte, digo que, el cristiano que de veras desea serlo muy perfectamente, una de las cosas que principalmente debe mirar es que de tal manera ordene el trato y los negocios de su vida, que siempre busque tiempo y aparejo para tratar con Dios en la oración.

Λ Y no sólo las ocupaciones y negocios temporales, mas también las espirituales —por graves que sean— se deben tomar con tal templanza, que siempre den lugar y tiempo para tomar deste ejercicio tanto, cuanto sea necesario para el reparo de la vida; como arriba se declaró. Porque, si la oración es, según dijimos, un instrumento general de que el cristiano usa para todas sus obras, así como dicen los teólogos que ningún deudor es tan estrechamente obligado a restituir lo que debe, que le pongan en necesidad de vender la herramienta con que trabaja para pagar la deuda, porque desta manera ni podría pagar, ni podría vivir, y trabajando con ella, podrá con lo uno y con lo otro, así ni la ley de la caridad, ni la carga de ningún oficio, obliga a nadie tan pesadamente, que le pongan en necesidad de dejar del todo el uso de la oración, que es como el instrumento general del verdadero cristiano; porque, sin esta, ni podrá acudir como debe a las cargas de su oficio, ni conservarse en la vida espiritual; mas, tomando

della moderadamente lo necesario, fácilmente podrá con lo uno y con lo otro; como lo declara muy bien san Bernardo, escribiendo a Eugenio.

Tercera parte

En todas aquellas autoridades de la oración que alegamos al principio, no sólo se nos manda hacer oración, sino también que la hagamos siempre. Y esto mismo se nos manda aún más expresamente por aquellas palabras de Cristo, que dicen: *Conviene siempre orar sin desfallecer* (Lc 18,1). Acerca de lo cual hay dos cosas en qué dudar: la una, cómo sea posible perseverar tanto tiempo en oración; y la otra, por qué causa nos sea esto tan necesario.

I. De la continuación y perseverancia de oración

Cuanto a lo primero, algunos, viendo la dificultad que había en esta continuación y perseverancia de la oración, por las muchas ocupaciones desta vida, dijeron que esta continuación se debía entender del bien obrar que a la continua se debe hacer; porque harto bien ora quien siempre hace bien. Así es, por cierto, que muy buena oración es la buena obra, porque, como el ejercicio de la oración se ordene principalmente para este fin, quien siempre hace buenas obras, siempre hace oración. Mas no es esto lo que en aquellas palabras quiso significar el Salvador, pues el propósito y contexto dellas no habla del bien obrar, sino del orar, como se parece por el ejemplo de la mujer que siempre importunaba al juez pidiendo justicia (cf. Lc 18,1 ss). Y, demás desto, si él eso quisiera significar, bien supiera decir: «Conviene siempre bien obrar», y no: *Conviene siempre orar*.

Y, por esto, a la letra se ha de entender este paso, con todos los otros susodichos de la oración. Y en la [396] imposibilidad del mandamiento no hay que altercar, porque aquí no se nos manda cosa imposible, sino posible, que es orar con toda la instancia y continuación que buenamente podamos, renunciando y dando de mano a todas las otras cosas que no fueren de Dios, cuando nos impidieren este ejercicio (cf. *Sth.* II-II q.83 a.14). Y esta es manera de hablar muy usada, que se diga *hacer siempre* lo que se hace en todo el tiempo que se pueda buenamente hacer. Como cuando se dice del varón justo que *pensará en la ley del Señor día y noche* (Sal 1,2): no entendemos esta continuación como lo entendería un matemático, sino solamente como el uso común la suele entender, que es con toda la continuación y perseverancia que buenamente se pueda hacer. Mas esta continuación es mayor que la que piensan los hombres carnales; porque, si un hombre tocado del amor del dinero, o de la hermosura de una mujer, anda siempre pensando en aquello que ama, y ni de día ni de noche, ni velando ni durmiendo, apenas puede sacudir de sí este pensamiento, aunque a ratos trabaje por ello, ¿qué mucho es que, el ánima tocada del amor de aquella divina hermosura, apenas pueda desviar sus ojos della; y que allí tenga siempre su corazón, donde tiene su tesoro? (cf. Mt 6,21).

Otros hay que trazan el tiempo de la oración como la cantidad de la medicina. Porque así como la medicina se ha de tomar en tanta cantidad, cuanta baste para vencer el mal y obrar salud, así también, como la oración sea una medicina espiritual con que se curan las llagas del ánima, tanto será necesario tomar desta medicina, cuanto baste para curar estas llagas y cobrar aliento para bien vivir. Y por esta causa no se puede señalar una medida para todos; porque, según están más o menos domadas las pasiones de cada uno, y según son mayores y menores las ocasiones de peligros en que anda, así es mayor o menor la necesidad que tiene desta virtud. Porque por experiencia se ve que así como hay unas tierras que sufren mejor la sequedad de los temporales que otras, y que con poca agua dan su fruto, y otras, por el

contrario, que faltándoles el agua luego se arruinan y se secan, así también hay algunos corazones de tan buena masa, o tan proveídos de la divina gracia, que con poquita oración andan bien dispuestos y concertados, y otros, por el contrario, tan bulliciosos y tan mal inclinados, que, en el punto que les falta este beneficio, luego pierden aquel frescor y aliento espiritual que tenían. Y destos no se puede negar, sino que tienen mayor necesidad del socorro desta virtud, así como las personas más enfermas tienen mayor necesidad del uso de las medicinas. Y la misma necesidad que causa[n] los peligros de dentro, esa también causa[n] los peligros de fuera; porque así como es necesario que ande más a recaudo el que anda en tierra de enemigos, que de amigos, y más abrigado el cuerpo de invierno, que de verano, así conviene que ande más armado de oración el que vive entre ocasiones de peligros, que el que está fuera de ellos, según que lo enseñó nuestro Salvador Jesucristo a sus discípulos, a los cuales mandó velar y orar con mayor cuidado, cuando era tiempo de mayor peligro (cf. Mt 26,41).

II. De la necesidad que hay de la perseverancia en la oración

Ahora tratemos de la necesidad que hay desta continuación y perseverancia en la oración, la cual necesidad no se ha de tomar así absolutamente, sino supuesto que el hombre quiere vivir espiritualmente y caminar a la perfección de la vida espiritual; porque desta principalmente tratamos en esta parte. Pues qué tan grande sea la necesidad que tiene deste ejercicio el que desta manera quiere vivir, con dificultad se puede explicar. Sólo aquel a quien Dios hubiere dado ojos para ver la enfermedad y miseria en que la naturaleza quedó por el pecado, como arriba dijimos, y el que hubiere llegado al profundo desta pobreza, y apeado [*transitado*] este piélago tan hondo, este podrá entender la necesidad que el hombre tiene del socorro divino, y pedirlo a menudo a aquel que, solo, lo puede dar. Esto ha de tomar por principio y fundamento el que quiere averiguar y sacar en limpio la grandeza desta necesidad.

Pues, procediendo por este camino, has de saber que nuestro apetito quedó por el pecado tan desordenado y tan perdido ¹³⁸, que todo su negocio es estar siempre solicitándonos e inclinándonos al amor de las cosas que son dulces y favorables a la carne, sin tener cuenta con lo que manda Dios, porque, como dice el Apóstol, no está sujeta a la ley de Dios, ni puede estarlo (cf. Rom 7,13ss). Pues, este mal vecino que tenemos de las puertas adentro, siempre está deseando y apeteciendo todo lo que es en derecho de su dedo; conviene saber: honras, y deleites, y placeres, y otras cosas semejantes; y esto, con un calor y codicia tan grande, que no arden tanto los fuegos del monte Etna, como él arde muchas veces con el fuego de sus apetitos y codicias. Porque este es aquel horno de Babilonia que levantaba las llamas cuarenta y nueve codos en alto (cf. Dan 3,47), donde nadie puede dejar de quemarse y abrasarse, si no es por virtud del rocío de aquella maravillosa gracia que Dios promete, diciendo: *Cuando pasares por las aguas, seré contigo; y en el fuego, no te quemarás* (Is 43,2). Pues, si este apetito nos está siempre atizando e incitando a lo malo, ¿no será razón que haya por otra parte quien nos esté siempre solicitando e inclinando a lo bueno, y nos retraiga de lo malo? Y, si este, con sus malas inclinaciones y codicias, está gastando y consumiendo los buenos propósitos y afectos de nuestra ánima, ¿no será razón que haya quien siempre repare lo que así se gasta? ¿No será razón que, pues hay tan ordinario gasto, haya tan ordinario recibo, porque no se alcance lo uno a lo otro?

¹³⁸ «Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al dominio de la muerte, e inclinada al pecado (inclinación llamada “concupiscencia”)» (CEC 418).

Si un hombre estuviese colgado de una soga, y hubiese otro que le estuviese siempre estirando hacia abajo por los pies, y no hubiese otro que lo aliviase hacia arriba por los brazos, ¿en qué podría parar este, sino en ahogarse y morir? Pues, si esta carne está siempre tirando e inclinando nuestro corazón hacia la tierra, y no hay por otra parte quien lo levante hacia el cielo, ¿qué se puede esperar de aquí, sino que prevalezca contra el espíritu la carne, y se haga el hombre todo carne? Mira que dice el Salvador que lo que nace de carne, carne es, y lo que nace de espíritu, espíritu es (cf. Jn 3,6). Pues, si esto es cierto, que esta carne está siempre conforme a su naturaleza apeteciendo cosas de carne y despreciándose por ellas, si por otra parte no hay un espíritu contrario a esta carne y un afecto espiritual contrario a este sensual, que deshaga lo que este hace y contradiga lo que este dice e incline a lo contrario que este inclina, ¿en qué podrá parar el hombre, sino en hacerse todo carne? Pues este buen afecto trae consigo la oración y la devoción, la cual levanta el hombre de la tierra al cielo, y lo enamora de las cosas espirituales, e hinche su corazón de buenos deseos, y le hace despreciar todos los deleites sensuales, y viste el ánimo de fortaleza, de luz, de alegría y de otros muchos buenos propósitos y afectos contrarios a los que de la carne nacen; y desta manera se templan sus ardores con este rocío del Espíritu Santo, según aquello del Eclesiástico, que dice: *El rocío, que sale al encuentro al ardor que viene, amansa y temple su furor [Eclo 43,24]*¹³⁹. Pues por esto conviene siempre orar sin desfallecer, para que, pues este ardor es perpetuo, así también lo sea el refrigerio de la oración y de la devoción, que lo ha de templar.

Y, para que mejor entiendas esto, mira con atención la providencia tan admirable de que usó naturaleza con el corazón del animal. Porque, como este corazón sea un miembro calidísimo, porque así convenía que fuese el que había de dar calor a todo el cuerpo, porque con la demasía de su propio calor no se quemase, proveyó la naturaleza de un perpetuo refrescador, que es el pulmón, el cual perpetuamente le está haciendo aire y lo defiende de la vehemencia de su calor. No he hallado hasta ahora ejemplo que más me pareciese que hinchía esta medida, ni que más a mi contento declarase y probase cuánta sea la necesidad que nuestra ánima tiene del fresco desta virtud. Porque ¿quién negará, sino que tenemos acá dentro del seno de nuestro corazón un calor muy vehemente y muy poderoso para dañar, que es el ardor de nuestras codicias, que los teólogos llaman *fomes peccati*? ¿Y qué otra cosa hace este calor día y noche, cuanto es de su parte, sino arder y abrasar todo lo bueno que hay en nuestras ánimas? Pues, si no hay dentro dellas algún refrescador que temple estos ardores con el aire del Espíritu Santo y con el rocío de la devoción, ¿en qué parará el ardor desta calentura, sino en consumir y resolver todas las fuerzas del ánimo? Pues por esto conviene muchas veces abrir la boca de nuestro espíritu a Dios con oraciones, para pedir y recibir este aire, como la abrió el Profeta, cuando decía: *Abrí mi boca para atraer el espíritu, porque deseaba tus mandamientos* (Sal 118,131). En las cuales palabras nos da a entender que así como abriendo el hombre la boca atrae a sí este aire material con que refrigera el corazón y se temple la vehemencia de su calor, así, cada vez que abrimos la boca de nuestra ánima, estando ella con la disposición que se requiere, suspirando por Dios y pidiéndole su gracia, recibimos este aire del Espíritu Santo, mediante el cual se refrigeran los ardores de nuestros apetitos y se sustenta la vida espiritual.

Añadiré aún otra razón que se deriva también deste mismo principio, para confirmación de lo dicho. Cierto es que una de las cosas que más se requieren para vivir vida espiritual es actual devoción, porque no es otra cosa devoción, según que arriba declaramos, sino una prontitud y presteza para todo lo bueno; y, así, varón devoto es aquel que está pronto y aparejado para todo bien. Y, si esto quiere decir *devoción*, cierto es que una de las cosas más importantes que hay para vivir vida espiritual es esta. Pues esta devoción claro está que es

¹³⁹ «Et ros obvians ab ardore venienti humilem efficiet eum».

perpetua hija y compañera de la oración, porque la devoción nace de levantar nuestro espíritu a Dios, el cual, como sea un fuego vivo de caridad, luego comunica su divino calor a los que se llegan a él. Por do parece que la devoción no es cosa natural al hombre en el estado en que ahora está, sino sobrenatural, porque no nace de dentro, sino de fuera; ni procede de los principios de la naturaleza, sino de la gracia y unión con Dios.

Pues, si de este principio nace, claro está que el quisiere estar siempre devoto siempre ha de estar unido con Dios, para que siempre se le comunique este calor. Ejemplo tenemos en el agua, que, si queremos que esté siempre caliente, siempre la debemos tener sobre el fuego, porque, en desviándola de ahí, luego se vuelve a su frialdad natural; porque, como ella naturalmente sea fría, y accidentalmente caliente, para volverla a su frialdad natural no ha menester ayuda de vecinos, porque su propia forma le basta; mas, para conservarse en el calor que no le es natural, es necesario que esté siempre unida con la causa de este calor, que es el fuego. Pues de esta manera, como la devoción y fervor actual procede de estar nuestro espíritu unido con Dios por actual meditación o contemplación, como dice santo Tomás (cf. *Sth.* II-II q.82 a.3), quien quisiere andar siempre con esta actual devoción, trabaje cuanto le sea posible por traer su espíritu desta manera unido con Dios, y así alcanzará lo que desea. Mas el que en esto fuere remiso, también tendrá remiso este divino fervor, pues según la disposición de las causas, así se siguen los efectos. Y esta es la razón de durarnos tan poco este fervor celestial, como cada hora experimentamos; porque así como el agua, por muy caliente que esté, si la desvías del fuego, de ahí a poco se vuelve a su natural disposición, así también lo hace nuestra ánima en apartándola [398] deste fuego divino, de donde le venía todo el calor de la devoción. Por lo cual parece claro cuánto nos convenga trabajar por no desviar nuestro corazón deste fuego celestial, pues tenemos un corazón tan miserable y tan frío, que, en quitándolo de encima de las brasas, luego se hiela.

Λ Para mayor confirmación desta razón es de saber que uno de los principales avisos y documentos de la vida espiritual es que trabaje el hombre, cuanto le sea posible, por **andar siempre en espíritu, si quiere vivir vida espiritual**. Porque, como el corazón sea el principio de todas nuestras obras, cual está el corazón, tales son las obras que salen dél: si está devoto y compuesto, todas sus palabras y obras salen bien ordenadas y compuestas; y si indevoto y descompuesto, todas salen desordenadas y descompuestas. De donde, así como todo el cuidado del hortelano es procurar que la tierra esté siempre jugosa y húmeda, para que dé fruto, de suerte que no la ha de dejar en su natural disposición —que es fría y seca; y, por consiguiente, inhábil para fructificar—, sino en aquella que se le comunica por beneficio del agua, así el siervo de Dios ha de procurar que la tierra de su corazón esté siempre fuera de la disposición que tiene por la corrupción del pecado, y llena de aquel jugo y frescor que se le comunica por parte de la oración y devoción, para que así esté siempre hábil y dispuesta para dar su fruto. Y, para estar así, claro está que uno de los medios principales que hay es la continua y perseverante oración; porque, **quien quiere tener siempre actual devoción, conviene que siempre ande en oración**, que es la causa desta devoción.

III. De otras razones sobre lo mismo

Añadiré aún otra razón a las pasadas, la cual también se colige del mismo fundamento que al principio propusimos. Sabida cosa es entre cristianos que el hombre no es parte para conseguir el fin para que fue criado, que es Dios, ni tampoco los medios que para esto se requieren, que son la gracia y las virtudes, sino con especial favor y socorro del cielo. En

figura de lo cual leemos que dijo Moisés a los hijos de Israel: *La tierra que vosotros vais ahora a poseer, no penséis que es como la tierra de Egipto, que se riega con agua de pie, porque esta no se riega desta manera, con agua de la tierra, sino con agua del cielo; que los ojos del Señor están siempre sobre ella: desde el principio del año hasta el fin, ellos la miran y la visitan con sus lluvias ordinarias* (Dt 11,10-12). Muy bien está aquí señalada la diferencia que hay del pueblo de Dios al pueblo del mundo, y del verdadero cristiano al filósofo gentil. Porque el filósofo gentil no sabe qué cosa es gracia, ni espíritu de Dios, ni cosa sobrenatural, y por eso toda su esperanza tiene puesta en su industria y en su estudio y diligencia, y mediante ella piensa alcanzar lo que pretende, que es virtud y felicidad. Mas el cristiano, como ve con mayor luz y mejores ojos el estrago de la naturaleza, ni confía en ella, ni en todos los estudios y diligencias della, para pensar de conseguir por aquí su fin. Porque le ha enseñado la Palabra divina *que lo que nace de carne, carne es* (Jn 3,6), y *que toda carne es heno, y toda la gloria della, como la flor del campo* (1 Pe 1,24); y, finalmente, que todos los esfuerzos humanos son los que el Profeta dijo: *Concebiréis ardores y pariréis pajuelas* (Is 33,11). Por donde el perfecto cristiano todo depende del cielo, y allí tiene su remedio, y de ahí espera los aires y soles y aguas con que se haya de prosperar la sementera de sus trabajos y las plantas de las virtudes. Y, por esto, el filósofo gentil cave cuanto quisiere en la tierra para sacar agua de sangre, estudie y lea siempre en sus filosofías, pues por ellas espera ser bienaventurado; mas el cristiano tenga por estudio muy principal alzar sus ojos al cielo y esperar de allí el rocío y los aires del Espíritu Santo, diciendo con el Profeta: *Levanté mis ojos a los montes, de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra* (Sal 120,1-2). Como si más claramente dijera: «Los otros hombres, cuando se ven en necesidad, tienden sus ojos por la tierra, porque en ella tienen echadas sus raíces y esperanzas; mas yo, como hombre que toda su salud espera del cielo, y no de la tierra, allá enderezo los ojos de mi corazón, de donde espero mi remedio». Y, cuánta sea la ventaja de la una esperanza a la otra, declarolo el mismo profeta, diciendo: *Estos tienen su esperanza en sus caballos y carros, mas nosotros invocaremos el nombre del Señor; y ellos, con toda su provisión y aparato, se enlazaron y cayeron, mas nosotros resucitamos y estamos en pie* (Sal 19,8-9). Por donde con mucha razón se maravilla el Profeta desta excelencia, diciendo: *¿Quién como tú, pueblo de Israel, que alcanzas verdadera salud por mano de Dios?* (Is 45,17). Porque está claro que, como hace infinita ventaja el brazo de Dios a cualquier otro brazo de carne, así también la hará muy grande esta salud a cualquiera otra salud. Pues, si esto es así, bien se sigue que uno de los principales oficios del cristiano ha de ser alzar sus ojos a Dios y estar siempre unido con él; para que así como todo depende dél, así esté siempre participando los beneficios e influencias dél. Por lo cual dice un doctor que, «así como los rayos del sol es necesario que estén siempre unidos con él, si han de permanecer y conservarse en aquella luz y resplandor que tienen, así conviene que nuestra ánima esté siempre unida con Dios, que es el dador y conservador de todo su bien, para que así viva y se conserve en aquella maravillosa luz y resplandor, y en aquel divino calor y devoción actual que recibe dél».

Para mayor entendimiento desto, imaginemos ahora en este mundo dos mundos: uno visible y corpóreo, en que están todos los cuerpos, y otro invisible e incorpóreo, en que están todas las ánimas. Pues es de saber que así como este mundo visible y corpóreo se gobierna por el cie- [399] lo, y por esto dice Aristóteles que es menester que esté continuado con él, para que mediante esta continuación haya paso para esta comunicación de la una parte a la otra, así también estotro mundo invisible e incorpóreo se gobierna por Dios, y por esto es también necesario que esté unido con él, para que mediante esta unión reciba los rayos y las influencias de su luz. Mira cómo un árbol, para que tenga aquella hermosura y perfección que pide su naturaleza, es necesario que esté campero, como dicen, que es muy descubierto por todas partes a los aires e influencias del cielo. Porque, como él se gobierne de lo alto, y de allí reciba toda su virtud, conviene que esté en tal lugar y sitio, que pueda libremente gozar destos

comunes beneficios. Ca, si se plantase donde no le diese aire ni sol ni luna, ni podría medrar ni dar fruto alguno. Pues así has de entender que, pues todo el bien que nuestras ánimas tienen procede de aquel altísimo y espiritualísimo cielo, que es Dios, necesario es que estén de tal manera dél abrazadas y libres, que puedan estar siempre, como conviene, atentas y presentes a él; para que, así mirándole, sean miradas, y amándole, sean amadas, y llamándole, sean oídas, y tendiendo siempre los brazos de su afición a él, sean ellas también abrazadas y recibidas dél. Lo contrario de lo cual hacen los que, como árboles sombríos, tienen siempre sus corazones sepultados en los negocios del mundo; los cuales, como nunca miran a Dios ni alzan los ojos a lo alto, así nunca gozan destes aires de vida ni cae sobre ellos agua ni rocío del cielo.

En una palabra te lo quiero decir todo, aunque con otro ejemplo más humilde. Mira cómo la gallina estando sobre los huevos los calienta, y, mediante la virtud de aquel calor, poco a poco los va animando y empollando, hasta que, finalmente, de huevos los hace pollos; y desta manera entiende que, perseverando el ánima humildemente debajo de las alas de Dios en la oración, allí está participando el calor de su Espíritu, mediante el cual, poco a poco, va perdiendo el ser y las costumbres del hombre viejo, y cobrando las de aquel cuyo calor participa, que es Dios. De manera que la continuación de aquel calor hace de los huevos pollos, mas la deste hace de los hombres dioses por gracia, que es de humanos, divinos.

Λ Mas mira bien que así como es menester que la gallina que ha de sacar sus huevos persevere sobre ellos con mucha paciencia, porque, si es bulliciosa y andadera, y los deja mucho enfriar, nunca los sacará a luz, así conviene que el ánima, deseosa desta soberana transformación, persevere debajo de aquellas divinas alas, y que allí repose, allí duerma, allí cante, allí llore, allí, finalmente, haga su nido y su perpetua estación, diciendo con el Profeta: *El pájaro halló casa, y la tórtola nido donde tenga sus pollitos* (Sal 83,4). Y asimismo trabaje por no dejar enfriar muchas veces este divino calor, porque, si es inestable y bulliciosa, y no reposa en su nido, mal sacará sus pollos a luz.

IV. Respóndese a una objeción

Dirás, por ventura, que es esta grande carga, y que no pertenece esto para todos, sino para solos los perfectos. Así es. Mas ¿qué pecho yo ahora en señalarte con el dedo el término deste camino, para que veas el tino que te conviene llevar, si quieres caminar a él? Si no pudieras llegar a esta continuación, ni a tener las manos perpetuamente fijas y estables en oración, como hizo Moisés (cf. Éx 17,12), a lo menos trabaja en esto cuanto pudieras, que mientras más hicieras, mayor ganancia hallarás. A lo menos, el que de veras aspira y suspira por la virtud había de trabajar por tener sus dos tiempos señalados cada día para esto, como al principio dijimos; porque, de otra manera, ¿cómo podrá ser uno virtuoso, si no tiene sus tiempos señalados para el estudio y ejercicio de la virtud? Porque, dime: Si un hombre quisiese aprender un arte o ciencia, y preguntase a todos los maestros del mundo qué era lo que principalmente le convenía hacer para salir con ella, ¿qué le podrían decir, sino que tomase cada día dos o tres horas de tiempo —y más, si más pudiese—, y estudiase en aquella arte, o leyendo, o meditando, o platicando con su maestro, y que por esta vía, al cabo de cierto tiempo, saldría con lo que deseaba? Este es el más común y ordinario medio que tenemos para adquirir una ciencia. Pues, siendo esto así, ¿cómo se ha de alcanzar la virtud, que es arte de las artes y ciencia de las ciencias, sin el estudio y ejercicio della? Pues ¿qué es la oración, si se hace como conviene, sino un verdadero ejercicio y estudio de la virtud? ¿No está allí el hombre ordenando su vida, mirando sus obras, examinando sus culpas y llorándolas, y pidiendo al Señor gracia para enmendarlas? Pues ¿qué es esto, bien mirado, sino estar a los

pies del Maestro de las virtudes tomando lección de virtud? ¿Qué es esto, sino hacer el hombre lo que es de su parte, y obligar a Dios, en cierta manera, a hacer lo que es de la suya, para que así, concurriendo en uno la diligencia y la gracia, vaya el hombre cada día aprovechando en la enmienda de la vida? Esto es lo que singularmente significó el Eclesiástico cuando dijo: *Los que temen al Señor aparejarán sus corazones, y en presencia dél santificarán sus ánimas* (Eclo 2,20). Porque no es otra cosa presentarse a Dios en la oración, y estar allí examinando y ordenando su vida, y tratando con Dios de la enmienda della, sino un estudio de la virtud y un ejercicio con que el hombre santifica y repara su ánima. Lo mismo muestra el Profeta que hacía, cuando dice: *Pensé de noche en mi corazón, y allí me ejercitaba y barría mi espíritu* (Sal 76,7) ¹⁴⁰. Pues ¿cuándo hace esto [400] el hombre, sino cuando recogido dentro de sí mismo examina sus defectos, y corrige su vida, y pide al Señor gracia para enmendarla, y así barre y limpia la casa de su conciencia? Aquí se asienta a los pies del Maestro del cielo, y aquí recibe su doctrina, diciendo con el Profeta: *Oiré lo que habla en mí el Señor Dios, porque hablará paz sobre su pueblo y sobre sus santos, y sobre los que se convierten al corazón* (Sal 84,9) ¹⁴¹. Pues a los que desta manera se convierten al corazón, que es el secreto del recogimiento, enseña Dios su doctrina; y no solamente les enseña, sino también obra en ellos aquel sosiego de espíritu y aquella paz interior que el mundo no puede dar, sino sólo él (cf. Jn 14,27).

Pues, si tal es el medio para alcanzar la virtud, ¿cuál es el hombre que, viendo cómo ninguna ciencia se puede alcanzar sin estudio, piensa de alcanzar esta, que es la más alta de todas, sin ningún estudio ni ejercicio della? Por esto, con mucha razón dice el Eclesiástico: *El que conserva la ley multiplica la oración* (Eclo 35,1). Porque así como el que quiere ser gran sabio procura ser gran estudiante, así el que quiere ser muy virtuoso procura ejercitarse mucho en la oración; porque, demás de alcanzarse por ella la divina gracia, que es madre de las virtudes, ella misma es estudio y ejercicio perfectísimo de la virtud.

V. Conclusión de todo lo susodicho

Y, porque en este tratado se han dicho muchas cosas de la oración, aunque todas para un propósito, que es dar a entender su gran valor y virtud, quiero ahora concluir y declarar sumariamente todo mi intento por una muy propia comparación. Si quieres, pues, en pocas palabras entender la necesidad que tiene el varón perfecto de andar en la presencia de Dios y de traer los ojos puestos en él, que es lo que aquí llamamos *continua oración*, mira la proporción y dependencia que la luna tiene con el sol, y la necesidad que tiene de estar siempre delante dél, que esta es la cosa del mundo que más al propio declara todo el hilo deste negocio. Hallarás, pues, **primeramente**, que así como la luna ninguna claridad tiene de suyo, sino del sol, así nuestra ánima ninguna claridad ni virtud ni gracia ni habilidad para merecer tiene de sí misma, sino sola aquella que recibe del verdadero Sol de justicia, que es Cristo, nuestro Salvador. Lo **segundo**, hallarás que así como la luna recibe esta claridad del sol según el aspecto con que lo mira, porque, cuando lo mira de lleno en lleno, toda ella está llena de claridad, mas cuando lo mira imperfectamente y a soslayo, así también recibe más o menos su claridad, desta manera ten por cierto que, según la disposición en que nuestra ánima mira a Dios en la oración y contemplación, así regularmente recibe la claridad y las influencias de su gracia y de su luz; porque, si lo mira de lleno en lleno, que es con una perfectísima conversión a él, toda ella es embestida y llena de claridad, mas, si lo mira imperfectamente y como a

¹⁴⁰ «Et meditatus sum nocte cum corde meo, et exercitabar, et scobebam spiritum meum».

¹⁴¹ «Audiam quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam; et super sanctos suos, et in eos, qui convertuntur ad cor».

soslayo, que es con menor atención y conversión, así también imperfectamente participa la lumbre dél. Esto es una gran verdad, sobre la cual había mucho que decir y que pensar; mas, por no ser largo, paso a lo demás. Lo **tercero**, hallarás que así como la luna obra en los cuerpos inferiores conforme a la claridad que recibe del sol, y así crecen y menguan sus efectos conforme a la creciente y menguante della, así también has de entender, como arriba dijimos, que, conforme a la creciente y menguante de la gracia que se recibe en la oración, así crecen y menguan los actos de las virtudes que della proceden; de manera que al paso que anda la oración, a ese mismo regularmente suele andar todo lo demás; puesto caso que no se excluyen por esto otros medios con que se puede alcanzar la divina gracia. Lo **cuarto**, y último, hallarás que así como poniéndose alguna cosa delante de la luna que le estorbe el aspecto y vista del sol —como cuando la tierra se interpone entre él y ella—, luego en ese punto se eclipsa y pierde su claridad y resplandor, y con ella también mucha parte de la eficacia de obrar que tenía mediante la luz, así entiende que, poniéndose ante los ojos de nuestra ánima alguna cosa terrena que nos estorbe la vista y la consideración de aquel clarísimo y divinísimo Sol —que es cuando dejamos de pensar en Dios por pensar en la tierra y en las cosas terrenas—, luego a la hora parece que se eclipsa y escurece toda, y que pierde todos aquellos resplandores, y aquella alegría y fervor de espíritu, con todos los otros efectos que desta celestial vista se le comunican. Y, por tanto, el que quisiere tener el ánima siempre clara, alegre y devota para todo bien, trabaje por traer sus ojos puestos en Dios, sin volverlos a otra parte, en cuanto le fuere posible; porque, si siempre le estuviere mirando, siempre estará gozando y participando de la claridad de su luz y de las influencias de su gracia.

Mas, en el fin de este tratado, será necesario traer a la memoria los avisos que en la segunda parte dimos; y señaladamente aquel que habla contra los que se dan a esta virtud sin fundamento de justicia. Porque hay muchos que, habiendo algunas veces experimentado el gran provecho que su ánima recibe de la comunicación con Dios, y viendo que así como la cera se está curando al sol y parándose cada hora más blanca, así el ánima se está apurando [*purificando*] y santificando en la presencia de Dios, cuando está allí recibiendo el calor y los rayos de su luz; considerando esto, vienen a estimar en tanto esta virtud, que les parece que sola ella basta para cumplido remedio del hombre; y, con esto, vienen a descuidarse en el uso de las otras virtudes. De donde nace que, como las virtudes estén entre sí tan trabadas, que no es posible tener perfectamente una si no se tienen todas, como son negligentes en las unas, así lo son también en las otras, y así no alcanzan lo uno ni lo otro; lo uno, porque no se procuran, y lo otro, porque no se puede alcanzar sin aquello que desprecian. Porque verdaderamente pasa así: que, como los miembros del cuerpo tienen necesidad para su conservación los unos de los otros (porque los pies tienen necesidad de los ojos, y los ojos de los pies, y las manos del estómago, y el estómago de las manos, etc.), así las virtudes —que son como miembros espirituales de nuestra ánima— tienen necesidad de este socorro prestado, y cuando este falta, también faltan las mismas virtudes. Y, por esto, el que desea acertar y ser libre de los engaños del enemigo, no ponga sus ojos en esta virtud sola, sino en todas las otras virtudes; así porque toda la perfección de la vida cristiana consiste en ellas, como también porque la misma oración con que ellas se alcanzan no se puede alcanzar sin ellas perfectamente.

Λ Y aún más aviso que, pues la principal alabanza de la oración es ser ella un principal medio para alcanzar la gracia y las virtudes, que, el que en ella se ejercita, siempre enderece todas sus consideraciones y peticiones a este fin, más que a gustos y sentimientos de Dios, como arriba dijimos; y desta manera usará de cada cosa para lo que es, y estará libre de muchos engaños.

Otras muchas cosas se podrían decir en favor desta virtud, mas todas estas remito yo al uso y experiencia del que en ella se ejercitare; por la cual verá cuán poco es todo lo que se dice en alabanza della, y así entenderá con cuánta razón el Salvador

nos lo aconseja, diciendo: *Conviene siempre orar, y nunca desfallecer* (Lc 18,1) ¹⁴²; para que, **perseverando cada día en pedir la gracia, merezcamos después deste miserable y largo destierro alcanzar la gloria.**

¹⁴² «“No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar” (Evagrio, cap. pract. 49). Este ardor incansable no puede venir más que del amor. Contra nuestra inercia y nuestra pereza, el combate de la oración es el del *amor* humilde, confiado y perseverante. Este amor abre nuestros corazones a tres evidencias de fe, luminosas y vivificantes» (CEC 2742). «Orar es *siempre posible* [...] Nuestro tiempo está en la manos de Dios» (CEC 2743). «Orar es una *necesidad vital* [...] ¿Cómo puede el Espíritu Santo ser “vida nuestra”, si nuestro corazón está lejos de él?» (CEC 2744). «Oración y *vida cristiana* son *inseparables*, porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor» (CEC 2745).

TRATADO SEGUNDO. DE LA VIRTUD DEL AYUNO Y ASPEREZAS CORPORALES

Dicho de la virtud de la oración, síguese que tratemos ahora del ayuno, compañero perpetuo de la oración. Porque así como está anexo al tañer de la vihuela el templarla primero para esto, así también está anexo al oficio de la oración estar el hombre templado y dispuesto para ella; lo cual señaladamente se hace con el ayuno y la abstinencia. Porque de otra manera, estando el cuerpo cargado de mantenimiento, no está el espíritu hábil para volar al cielo.

Mas, determinando tratar esta materia, paréceme que se ha de levantar toda la potencia y malicia de la carne y ponerse en armas contra esto que queremos emprender. Porque a todo esto contradice, primeramente, la naturaleza corrupta, amiga de sí misma; y contradice la flaqueza de nuestra humanidad; y contradice la inclinación de nuestro apetito, que es amigo de la cama blanda, de la vestidura preciosa y de la mesa delicada, de manera que por estas cosas trastorna el mundo, bebe los vientos y fatiga la mar; y, allende desto, contradice también la costumbre de nuestra vida, porque generalmente estamos todos habituados a comer y beber y regalar nuestro cuerpo, como el mayor amigo que tenemos. Pues pelear contra una naturaleza tan poderosa, y ésta armada con las fuerzas de la costumbre, es navegar contra viento y contra marea. Porque vendrá uno, y deciros ha: «Yo estoy habituado a comer dos o tres veces al día, y, si esto no hago, rúgenme las tripas, enflaquéceme la cabeza, duermo mal». Otro os dirá que es delicado y honrado, y que es mucha parte de autoridad el aparato y regalo del cuerpo, y, por esto, que no quiere cortar lo que tanto hace, así para su gusto como para su autoridad. Otros alegarán otras y otras causas, con las cuales la filosofía de la carne, socolor de bien, pretende conservar sus deleites y defender su partido.

Pues ¿qué remedio para esto? No veo otro, sino el que comúnmente solemos tener en todas las cosas que son ásperas y dificultosas. Porque, cuando el labrador rehúsa el trabajo de la labor, y el mercader teme los peligros de la navegación, y el soldado los de la guerra, para esforzarse contra esto suelen poner ante sí el interese de la ganancia, y con esto se arrojan a los trabajos y peligros de la vida. Desta manera, con un clavo sacan otro clavo, que es un afecto con otro afecto, porque con el amor del provecho vencen el temor del trabajo. Pues de esta manera procederemos [402] aquí, poniendo ante los ojos de cada uno los principales frutos y provechos desta virtud; para que con el amor y deseo desta ganancia se venza el temor desta dificultad. Y, si yo hiciese esto de tal manera que la causa no perdiese por mi culpa, creo que ninguno sería ni tan ciego ni tan enemigo de sí mismo, que no se pusiese de buena gana, no digo yo al trabajo de los ayunos, mas aun a recibir cauterios por gozar de tantos bienes.

Primera parte

I. De los bienes espirituales para que aprovecha el ayuno [*Ser obra meritoria*]

Pues, comenzando ahora por las excelencias de esta virtud, diré primero lo que tiene común con las otras virtudes, y después, lo que tiene de ventaja sobre ellas. Lo que tiene común es que ayunar y macerar la carne es **obra meritoria de gracia y gloria**, como lo son todas las otras obras virtuosas, si se hacen en caridad; porque esta lo es también, como todas ellas, porque es obra de la virtud de la temperancia, y es también obra de obediencia, cuando se hace por mandamiento de la Iglesia. De manera que por cada día de ayuno merecemos un cierto grado de gracia y una corona de gloria que responde a esa gracia; donde por el hambre temporal nos darán hartura, y por el trabajo de un día, descanso que durará para siempre. Esta es la primera excelencia que tiene el ayuno, común con las otras virtudes.

II. *Ser obra satisfactoria*

Tiene otra especial, que es ser **obra satisfactoria**, esto es, que con ella satisfacemos a Dios por las ofensas pasadas, y descontamos las deudas de que cada día le pedimos perdón, cuando decimos: *Dimitte nobis debita nostra* (Mt 6,12). Este efecto, aunque sea común a otras virtudes, más propiamente lo atribuyen los Concilios y los santos doctores a tres, que son ayuno, limosna, oración; porque por estas tres obras señaladamente satisfacemos a Dios, por ser obras penosas a nuestra carne; y no hay medio más proporcionado para satisfacer por el deleite de la culpa, que el trabajo voluntario de la pena. Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado a las penas della, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado a cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la divina justicia¹⁴³. Estas penas forzosamente se han de pagar en esta vida o en la otra; esto es, o en el infierno, o en el purgatorio, o en este mundo. En el infierno, páganse con pena eterna; en el purgatorio, no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que, como dice san Agustín, ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores de el mundo, y aun los que padeció nuestro Salvador en la cruz, que fueron mucho mayores; porque ni los unos ni los otros llegan a la acerbidad de las penas del purgatorio. Pues desta tan grande y temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores; porque, como Dios en estas cosas no mira tanto a la grandeza del trabajo, cuanto a la voluntad del sacrificio (porque lo que en este mundo se padece es voluntario, y lo otro necesario), de ahí es que, una pena voluntaria en esta vida, sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

¹⁴³ «Para entender esta doctrina y esta práctica de la Iglesia es preciso recordar que el pecado *tiene una doble consecuencia*. El pecado grave nos priva de la comunión con Dios y por ello nos hace incapaces de la vida eterna, cuya privación se llama la “pena eterna” del pecado. Por otra parte, todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio. Esta purificación libera de lo que se llama la “pena temporal” del pecado. Estas dos penas no deben ser concebidas como una especie de venganza, infligida por Dios desde el exterior, sino como algo que brota de la naturaleza misma del pecado. Una conversión que procede de una ferviente caridad puede llegar a la total purificación del pecador, de modo que no subsistiría ninguna pena» (CEC 1472).

Mas dirás: «Pues, el sacramento de la Penitencia, ¿no vale para eso, como vale el Bautismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena?» A esto se responde que hay gran diferencia entre el un sacramento y el otro, porque el sacramento del Bautismo es una espiritual regeneración y nacimiento del hombre interior. Por donde, así como una cosa que nace de nuevo deja de ser lo que era y recibe otro nuevo ser, sin quedar allí nada de lo que antes era (como cuando de una simiente nace un árbol: la simiente deja de ser, y el árbol recibe nuevo ser), así, cuando un hombre espiritualmente nace, luego deja de ser todo aquel hombre viejo que antes era, que era hijo de ira, y comienza a ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la Penitencia no libra de los pecados pasados como regeneración, sino como medicina, la cual unas veces sana perfectamente, y otras no, sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que después, a la larga, con buen regimiento se han de gastar. Desta manera, la Penitencia unas veces sana perfectamente, librando de culpa y de pena, cuando en ella interviene alguna perfectísima contrición, como fue la de la Magdalena y otras tales; mas otras veces, cuando la contrición no es tan perfecta, aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y esta que queda se ha de purgar, o en esta vida o en la otra. Desto tenemos ejemplo en las cosas humanas: porque, si un caballero comete un delito contra el rey, por el cual merecía pena de muerte, puede él hacer después tales y tan grandes servicios, que merezca la gracia del rey y perdón general de toda esta pena; y puédelos también hacer tales, que no merezca tanto, sino algo menos, conviene saber: la gracia del rey y conmutación de la pena de muerte en algún destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalón. Porque, habiendo éste muerto a su hermano Amnón, y estando tan justamente el padre indignado contra él, después de tres años de ausencia y destierro le perdonó, mas con tal condición: que no entrase en su palacio ni pareciese delante dél (cf. 2 Sam 14,24). Pues, desta manera, cuando la contrición del penitente no es del todo perfecta, por virtud del sacramento de la Penitencia perdona Dios al hombre [403] la culpa y también la pena eterna que por ella merecía; pero no quiere que luego entre este tal en su palacio celestial y vea su cara, hasta que esté perfectamente purgado, en esta vida o en la otra. Pues esta satisfacción y purgación señaladamente se hace con el trabajo de los ayunos y de todas las asperezas corporales, las cuales son una lima con que se limpia el orín de nuestros pecados, y una fragua en que se purifica nuestra ánima y despide de sí cualquiera otro peregrino metal que tenga; para que así purificada —como un oro acendrado y limpio— entre en aquella ciudad soberana, que es toda oro limpio, como dice san Juan (cf. Ap 21,18), y donde ninguna cosa puede entrar que no sea limpia (cf. Ap 21,27).

De esta manera, y con este trabajo, hicieron penitencia los ninivitas, y así aplacaron la indignación de Dios, y revocaron la sentencia que contra ellos estaba fulminada, y quitaron de sus cervices el cuchillo que ya venía sobre ellos, predicando en toda la ciudad un ayuno, el más áspero y más universal que se ha visto en el mundo, donde mandaron que no solamente los hombres, mas también las bestias y otros animales y ganados no comiesen, ni bebiesen, ni paciesen yerba, sino que todos a una diesen bramidos y clamores a Dios; y fue tan eficaz y tan poderosa esta penitencia, que bastó para amansar el furor de Dios y convertir su ira en misericordia (cf. Jon 3,5ss).

Y no es menos admirable el ejemplo del rey Ajab, que, siendo idólatra y homicida, cuando por mandado de Dios fue reprendido de sus maleficios, humillóse, afligiéndose, y ayunando, y vistiéndose de cilicio; y con esto mudó la sentencia del juez, y quedó para después de sus días el castigo que para estos estaba profetizado (cf. 1 Re 21,27-29). Y, por esto, la santa Madre Iglesia, enseñada por estos ejemplos, el primer día que se comienza el tiempo de penitencia entra dando este mismo pregón general por el mundo, diciendo: *Que se toque una trompeta en Sión, y que santifiquen los hombres el ayuno*, etc. [Jl 2,15]; como si dijese: «Cesen los deleites y los regalos de el mundo, y comiencen todos a llorar y afligir su

carne, para satisfacer por las culpas que cometieron por ella». Porque, como dice san Gregorio, «justísima cosa es que el que se acuerda haber cometido cosas ilícitas se aparte voluntariamente aun de las lícitas, y satisfaga a su Criador, dejando de gozar de lo que podría, pues hizo contra lo que debía, y se castigue en cosas pequeñas, pues se atrevió a cometer culpas grandes». Este es, pues, el segundo fruto y excelencia de esta virtud, que es ser tan poderosa para aplacar a Dios y satisfacer por los pecados pasados.

III. Ser amiga y compañera de la oración

Tiene otra cosa allende desta, que es ser **amiga y compañera perpetua de la oración**, como arriba dijimos; por donde la Escritura divina muchas veces junta en una estas dos virtudes; como lo hacía el profeta David, cuando dice: *Afligía yo mi ánima con ayunos, hacía oración en mi pecho* (Sal 34,13) ¹⁴⁴. La razón desta hermandad y compañía tocamos arriba, que es la habilidad y ligereza que tiene el hombre para todo ejercicio espiritual, cuando está ayuno y descargado del peso de los manjares; porque desta manera está el cuerpo dispuesto para servir al espíritu, y el espíritu aliviado para volar a lo alto sin impedimento del cuerpo. Porque, de otra manera, como dice san Basilio, «así como no puede pelear bien el soldado que está embarazado con alguna carga que lleva sobre sí, así tampoco puede el clérigo o el religioso levantarse a las sagradas vigiliyas, ni perseverar en ellas, estando cargado de mantenimiento». Y san Bernardo, comprendiéndolo todo en pocas palabras, dice así: «Dejaré de beber vino, porque en el vino está la lujuria; y dejaré de comer carne, porque, por ventura, criando con este manjar la carne, no se críen en mí también los vicios de ella; y hasta el mismo pan comeré por medida, porque cargando el vientre de mantenimiento no me halle pesado para el ejercicio de la oración» (*super Cantica*, 66,6). Porque, cuando el hombre está lleno de manjares, más está para reír que para llorar, más para dormir que para velar, y más para conversar con los hombres que para tratar con Dios y sus ángeles. Porque, como dice el mismo san Basilio, «cuando el estómago está lleno de manjares, suben luego al cerebro unos vapores gruesos y oscuros, los cuales impiden y escurecen los rayos de la luz intelectual de nuestra ánima». Por donde aquel santo Moisés estuvo cuarenta días sin comer ni beber cuando subió al monte a tratar con Dios y recibir en su ánima los rayos e influencias de aquella divina luz (cf. Éx 34,28). Lo cual no se pudiera hacer tan perfectamente sin el socorro de esta virtud. Por donde dice el mismo san Basilio que el ayuno es como un ala de la oración, que la levanta de la tierra al cielo. Y san Bernardo dice que de tal manera se ayudan entre sí estas dos virtudes, que la oración alcanza virtud para ayunar, y el ayuno merece la gracia del orar; y que el ayuno esfuerza a la oración, y la oración fortifica al ayuno y lo presenta a Dios. Por donde añade el mismo santo, diciendo: «¿Qué nos aprovechará el ayuno, si se quedare en la tierra? Por tanto, levantémoslo a lo alto con las alas de la oración». Porque, como dice san Isidoro, «el perfecto ayuno se compone destas dos virtudes: cuando el hombre exterior ayuna y el interior ora; porque más ligeramente sube al cielo la oración, cuando es ayudada con la virtud del ayuno» (*Sentent.*, II.44.1). De manera que así como el halcón, o el gavilán, no está para cazar, sino cuando está templado y ayuno, así tampoco está el hombre dispuesto para volar a lo alto, sino con esta misma disposición del ayuno.

[404]

¹⁴⁴ «Humiliabam in ieiunio animam meam; et oratio mea in sinu meo convertetur».

IV. Medio conveniente para gozar de Dios

Tiene más otra excelencia esta virtud, que es ser un **medio convenientísimo para gozar de Dios** y de las consolaciones espirituales; que es un grande medio para despreciar todas las sensuales. Porque, como el oficio del Espíritu Santo sea consolar a los que por su amor están desconsolados, cuando él ve un ánima dar de mano a todos los gustos y consolaciones de la carne, luego la provee de las consolaciones de el espíritu. Porque, como no pueda el ánima vivir sin algún deleite, ya que por amor de Dios renuncia los deleites de la tierra, es razón que sea proveída de deleites del cielo. Y así manda Dios que sea proveída, diciendo: *Dad sidra a los que están tristes y vino a los que viven en amargura de corazón; beban, y olvidense de su pobreza y no se acuerden más de sus trabajos* (Prov 31,6-7). Porque este celestial vino con que los apóstoles fueron el día de Pentecostés embriagados (cf. Hch 2,13.15) no se da a los que están llenos del vino de las consolaciones del mundo, sino a los que, por honra de Dios, están ayunos dellas. Porque así como nadie envía el físico [*médico*] a casa del sano, sino del enfermo, así aquel Espíritu Consolador no se envía a casa de los que están hartos y consolados, sino a la de los que están tristes y afligidos por Dios. Y, demás desto, como este Señor tenga prometido de dejarse hallar de todos los que lo buscaren, si lo buscaren con amargura y quebrantamiento de corazón (cf. Jer 29,13), aquellos especialmente parece que le buscan desta manera: que no sólo le buscan con palabras de oraciones, que son fáciles a todos, ni con lágrimas de ojos, que también son fáciles a muchos, sino también con ayunos y asperezas corporales, que son cosas que duelen, y no se hallan en todos. La madre que cría un niño, cuando la llama y le pide los pechos, no todas veces acude a dárselos; mas, cuando le ve llorar y porfiar y matarse por ellos, no se puede contener, que no le acuda. Pues así aquella divina Sabiduría, como el Profeta dice, que tiene para con los suyos entrañas más que de madre (cf. Is 49,15), dado caso que algunas veces no les responde cuando le llaman con voces y clamores, pero, cuando ve que añaden dolores a los clamores, y aflicciones a las oraciones, ya entonces no se contiene, que no les responda y que no convierta sus lágrimas en alegría, haciéndoles cantar con el Profeta: *Según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, así vuestras consolaciones alegraron, Señor, mi ánima* (Sal 93,19)¹⁴⁵.

V. Estímulo y despertador de la memoria de Cristo

Tiene aún otra cosa más este linaje de asperezas: que nos son unos como **estímulos y despertadores grandes de la memoria de Cristo** y nos hacen muchas veces levantar el corazón a él. Porque, cuando nos fatiga el hambre, y nos da pena el manjar desabrido, y nos muerde la vestidura áspera, y nos quebranta la cama dura, y nos aflige cualquier otra manera de penitencia o aspereza, ¿qué ha de hacer el que voluntariamente tomó estos trabajos por amor de Cristo, sino levantar los ojos al mismo Cristo puesto en una cruz, hecho un retablo de trabajos, amarguras y dolores, y consolarse y animarse, viendo lo que padece la inocencia por la malicia, la justicia por la culpa, la santidad por la maldad, Dios por el hombre? ¿Qué ha de hacer, sino esforzarse y alegrarse, viéndose en algo semejante a su Señor, haciéndole él también sacrificio de sí mismo, y pidiéndole humildemente su gracia, para no desmayar en la carrera? Tales pensamientos y tales consideraciones suelen despertar en nosotros estas asperezas y trabajos corporales. Porque la misma naturaleza, fatigada con los trabajos, nos inclina a buscar remedio, y la gracia le dice que no tiene otro más conveniente, que la memoria y los ejemplos del Salvador, como claramente lo testificó el mismo Señor por el profeta Oseas, diciendo: *Hinchéronse de manjares, y, después de hartos, ensoberbeciéronse y*

¹⁴⁵ «Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam».

olvidáronse de mí (Os 13,6) ¹⁴⁶. Porque así como el hambre y la necesidad hace al hombre llamar a Dios y acordarse dél, así, por el contrario, la hartura y abundancia hace olvidarse dél, según que el mismo Señor lo significó por su profeta, diciendo: *Hallaste el remedio de tu vida en tus manos, y por esto no curaste de pedirlo* (Is 57,10) ¹⁴⁷. Porque no suele llamar a las puertas de nadie el que a nadie piensa que ha menester.

VI. Ayuda a alcanzar la divina sabiduría

Tiene también otra excelencia esta virtud, que es **ayudarnos grandemente a alcanzar la divina sabiduría y la virtud de la discreción**; así como, por el contrario, el vicio de la gula destruye todo esto. Y así es común doctrina de los santos que uno de los pecados que más escurecen y embotan el entendimiento, y le hacen perder los filos, es el de la gula y glotonería. Conforme a lo cual dice un doctor que así como acaece en este mundo mayor, que cuando se levantan muchos vapores gruesos de la tierra, como acaece en tiempo de invierno, se escurece el aire y se hinche de nublados, con que se impide la vista de los ojos y la lumbre del cielo, así también acaece en el mundo menor, que es el hombre, porque, cuando tiene el estómago lleno de manjares, de ahí se levantan y suben a la cabeza unos vapores gruesos y pesados, los cuales ofuscan y escurecen aquellas virtudes de nuestra ánima (que se llaman animales) que sirven al entendimiento en su operación; por donde viene él a obrar más imperfectamente, por defecto de los instrumentos que para esto le habían de servir. Con lo cual también se junta que, estando el estómago desta manera muy ocupado, luego se recogen a él todos los espíritus y fuerzas de el ánima a entender en la obra de la digestión, y así, entonces, como de escuderos se hacen cocineros, sin que el hombre sea parte para impedir [405] esta operación, por estar exentas las fuerzas del ánima vegetativa de la sujeción del libre albedrío; por cuya causa, empleada casi toda la virtud del ánima en esta obra, no puede, sino muy pesadamente y con grande violencia, levantarse a la especulación de las cosas divinas. De donde nace hallarse los hombres tan prontos y hábiles para cualquiera cosa de estudio y especulación al tiempo de la mañana, después de celebrada la digestión y desembarazada el ánima de este oficio; y, por el contrario, muy pesados y torpes después de la comida o de la cena larga. Porque, como dijo san Jerónimo, «el vientre lleno de mantenimiento no cría delgado entendimiento» (*A Nepociano*); por la cual causa todos aquellos santos monjes, que fueron muy dados al ejercicio de la contemplación, fueron de grande abstinencia, porque así estaban más ligeros y hábiles para entender en esta obra. Por do parece cuán conveniente sea esta virtud para defender y acrecentar la dignidad del hombre. Porque así como el hombre despierto nunca es menos hombre que cuando está lleno de mantenimiento, pues tan mal puede hacer entonces el oficio propio de hombre, que es especular y entender, así nunca es más hombre ni más señor de sí que, cuando libre de este embarazo, se puede todo emplear en este oficio. Y por eso aquel gran sabio Salomón, con estar tan rico de sabiduría, creciéndole más la sed con la hartura [*cf. Eclo 24,21*], dice que determinó abstenerse del vino, por entregarse del todo al estudio de la sabiduría (*cf. Ecl 2,3*) ¹⁴⁸. Por cuya imitación, nuestro glorioso padre santo Domingo por espacio de diez años usó desta misma abstinencia, por estar más hábil para el estudio desta misma sabiduría. Porque entendía muy bien este santo que, como dice san Agustín, «cuando los hombres destemplados beben vino, más se puede decir que el vino los bebe a ellos, que no ellos al vino, pues les traga y roba los sentidos, y les hace perder el ser de hombres». Pues ¿qué diré de aquellos tres santos mozos de Babilonia, los

¹⁴⁶ «Iuxta pascua sua adimpleti sunt, et saturati sunt; et levaverunt cor suum, et oblitum sunt mei».

¹⁴⁷ «Vitam manus tuæ invenisti, propterea non rogasti».

¹⁴⁸ «Cogitavi in corde meo abstrahere a vino carnem meam, ut animum meum transferrem ad sapientiam».

cuales, desechando los manjares y vinos preciosos de la mesa del rey, y contentándose con legumbres y agua fría, merecieron alcanzar tan grande sabiduría? (cf. Dan 1,5ss). [...]

VII. *Junto con la oración, alcanza la misericordia de Dios*

Tiene aún más esta virtud otra excelencia, y es que ella, juntamente con su hermana la oración, ayudándose fielmente una a otra, **penetran el cielo y alcanzan la misericordia de Dios** y acaban con él todo lo que quieren. Estas abren las arcas de los divinos tesoros, y para ellas están comúnmente abiertos los cielos; porque, según dice un santo, «tienen tan trillado este camino, que ya son familiares a los porteros del paraíso, y así les dan siempre entrada libre todas las veces que la quieren». ¿Quién podrá aquí explicar las vitorias, las revelaciones, las consolaciones, las virtudes y dones que se alcanzaron por ayuno y oración? Daniel dice que por espacio de tres semanas no comió pan delicado, ni se ungió con unguento, ni entraron en su boca carne ni vino, y todo este tiempo oraba y lloraba delante de Dios, y con esto mereció alcanzar aquella tan grande revelación de los secretos divinos (cf. Dan 10,2ss). [...] Pues los hijos de Israel, ¿cuándo jamás se volvieron a Dios con ayunos y oraciones en todas las calamidades y aprietos que tuvieron, que no fuesen librados y socorridos? Pues el profeta Elías, estando ayuno, dice san Ambrosio que detuvo las aguas del cielo con una palabra; ayuno, resucitó el hijo de la viuda; ayuno, hizo que tornasen a llover los cielos; ayuno, mandó descender fuego del cielo contra los ministros de la maldad; y ayuno, fue arrebatado al cielo en el carro de fuego; y con ayuno de cuarenta días se dispuso para ver en el monte aquella gloriosa visión. Porque ¿quién pudiera con virtud humana subir en aquel carro, sino el que con la virtud del ayuno había aliviado y, en alguna manera, mudado ya la naturaleza de el cuerpo corruptible? Moisés otrosí, dice san Basilio, apercibido con el ayuno subió al lugar donde aparecía Dios. Porque, de otra manera, no pudiera tan convenientemente él subir al monte, que por todas partes ardía, y perseverar en él tanto tiempo, sino armado con esta virtud. Y, así como él, estando en lo alto por medio del ayuno, recibió la ley de Dios, así el pueblo bestial, estando acá abajo y entregándose a la gula, vino a adorar el becerro y negar a Dios. Porque, como dice la Escritura, *asentose el pueblo a comer y beber, y de ahí se levantaron a jugar y hacer fiesta al dios que habían fabricado* (Éx 32,6). De manera que una sola embriaguez de aquel pueblo glotón bastó para deshacer lo que el santo profeta, con ayuno de cuarenta días, había alcanzado. Porque las tablas de la ley que él en este tiempo recibió, la embriaguez y la gula dieron ocasión a que se hiciesen pedazos, pareciendo al santo profeta cosa indigna que el pueblo glotón y tomado de vino recibiese ley dada por Dios. ¿Quién otrosí hizo a Sansón tan fuerte y tan inexpugnable a sus enemigos? ¿No hizo esto en su manera el ayuno que antes de su nacimiento le fue mandado, cuando el ángel dijo a su madre que no le consintiese beber vino ni sidra ni cosa que naciese de vides? (cf. Jue 13,4.7). Pues, la vida de san Juan Bautista, ¿qué otra cosa fue, sino un ayuno perpetuo? Porque ni él tenía cama, ni mesa, ni tierras para labrar, ni bueyes que la arasen, ni cilleros de trigo de que se mantuviese, ni otra alguna provisión de las que parecen necesarias a la vida humana. Y este fue, por boca del mismo Señor, pronunciado por el mayor de los que nacieron de mujeres (cf. Mt 11,11). También el apóstol san Pablo, en el catálogo de sus trabajos, cuenta su hambre y sus ayunos continuos (cf. 2 Cor 11,27), por los cuales mereció ser llevado a los secretos del tercer cielo. Estas y otras grandes maravillas dice san Basilio que obra el ayuno, porque, según él mismo dice en un sermón, «el ayuno engendra los profetas, esfuerza los poderosos, enseña a los legisladores, es guarda del ánima, imagen de los ángeles, arma de los fuertes, ejercicio de los guerreros, gobernador de la castidad, fortaleza en las batallas y guarnición en la paz. El ayuno santifica los nazarenos, consagra los sacerdotes, guarda a los niños, hace graves y sabios a los mozos, adorna y compone a los viejos, porque las canas, acompañadas

con el ayuno, son dignas de mayor veneración. El ayuno es ornamento de las mujeres, freno de los hombres, guarda del matrimonio, criador de la virginidad, acrecentamiento de los dones celestiales y madre de la salud; ayo de la juventud, provisión de los caminantes y compañía —de los que moran en uno— segura». Todas estas virtudes se predicán del ayuno; no porque él solo por sí sea causa destas grandezas, sino porque es concausa dellas, esto es, grande ayudador por su parte para todas ellas. Antes, ninguna cosa hay tan grande para que no sea grande ayuda esta virtud. Por donde el mismo Salvador y Señor nuestro, cuando quiso comenzar la predicación del evangelio, se aparejó primero con ayuno y oración de cuarenta días (cf. Mt 4,2); no porque él tuviese necesidad de este aparejo, sino para enseñarnos que, regularmente hablando, apenas se alcanza alguna cosa grande, ni se comienza prósperamente, sino por este medio.

VIII. *Nos hace en gran manera semejante a Cristo*

Bastaba lo dicho para estima y gloria de esta virtud; mas no paran aquí sus alabanzas, sino pasan adelante, porque, tomada esta virtud con todos sus anexos, que son todas las asperezas y maltratamiento de nuestro cuerpo, es una de las virtudes que **nos hacen en gran manera semejantes a Cristo**, único ejemplo y dechado de toda perfección. Porque, como todos sabemos, la vida deste Señor, dende el pesebre hasta la cruz, toda fue una perpetua cruz; no sólo porque siempre tenía presente la cruz y los tormentos que en ella había de padecer, sino porque toda ella fue llena de trabajos, de destierros, de asperezas, de persecuciones, de lágrimas, de pobreza, y de tantas otras maneras de trabajos, que por esta causa el profeta Isaías le llamó *varón de dolores* (cf. Is 53,3); y el profeta David, en persona del mismo Señor, dijo: *Pobre soy yo y lleno de trabajos, dende el principio de mi mocedad* (Sal 87,16). Pues, como la vida deste Señor sea un perfectísimo ejemplo y dechado de perfección, aquel será más perfecto: que fuere más semejante a él; y, generalmente hablando, aquel será más semejante a él: que más trabajos hubiere padecido por su amor. Entre los cuales no tienen el postrer lugar las asperezas corporales, pues el Apóstol las cuenta entre los suyos, haciendo mención de sus vigiliyas, ayunos, hambre y frío y desnudez (cf. 2 Cor 11,27). Las cuales cosas han de padecer también todos los que fueren miembros vivos de Cristo, como él mismo lo confiesa, diciendo: *Los que son de Cristo crucificaron su carne con todos sus vicios y apetitos* (Gál 5,24). A la cual cruz nos convida el apóstol san Pedro, diciendo que así como Cristo padeció en la carne, así nosotros nos armemos y aparejemos a padecer por él (cf. 1 Pe 4,1). Porque, *si fuéremos* —como dice san Pablo— *participantes de su pena, también lo seremos de su gloria* (Rom 8,17). Esta es aquella singular gloria de los predestinados, los cuales el mismo Apóstol dice que *ab eterno* escogió Dios y *predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo* (Rom 8,29), así en esta vida como en la otra; en esta, bebiendo del cáliz de sus dolores, y en la otra, del cáliz de sus deleites. Y, como haya muchos medios para beber deste cáliz, el más fácil y más ordinario, y el que más a la mano se halla, es este de la aspereza y maltratamiento de nuestra carne; porque para este no es menester que haya fariseos, ni dioclecianos, ni anticristos, ni otros perseguidores de la cruz; ni tampoco es necesario discurrir [*andar*] por el mundo con el apóstol san Pablo padeciendo trabajos, porque cada uno los podrá hallar de sus puertas adentro, procurando de ser para sí un diocleciano, que es un verdugo y atormentador de su propio cuerpo.

Segunda parte. De los bienes corporales para que aprovecha el ayuno

Para estas y para otras muchas cosas nos aprovecha grandemente la virtud del ayuno y el maltratamiento del cuerpo. Lo cual solo debía bastar para que los verdaderos amadores de la virtud lo fuesen desta, que tanto nos ayuda para todas las otras. Mas, con todo esto, hay algunos hombres tan de carne, que esta moneda de tanto valor no corre delante dellos, si no ven algo que [407] sea de carne, esto es, de provecho corporal. Pues por esta parte tampoco nos desavendremos con ellos, porque para esto les daremos aquí también las manos llenas; y, por ventura, más que en ninguna otra virtud. Porque, aunque todas las virtudes generalmente valgan para todo, así para los bienes del cuerpo como del ánima, pero en esta virtud se halla mucho más esta ventaja, que en otra alguna. Por cuya causa, aunque más no hubiera, se debía ella de buscar y preciar, como muchos gentiles, sin tener fe, por esta causa la precieron. Y, para que esto se vea más claro, presupongamos que, entre los bienes corporales, los principales son salud, vida, hacienda, honra, y deleites, y contentamientos del cuerpo. Pues ¿qué será si probáremos ahora que para todo esto aprovecha grandemente esta virtud? ¿No bastará sola esta razón para que todos los hombres amadores de sí mismos lo sean también de una cosa que tanto hace a su propósito?

I. De cómo el ayuno ayuda para alargar y conservar la vida, más que todas las medicinas

Pues, comenzando por la vida, que es el mayor de todos los bienes corporales, dime: ¿Qué cosa hay que más parte sea para conservar y alargar la vida del hombre, que la virtud de la abstinencia? Junta cuantas medicinas y regimientos y virtudes de yerbas y piedras preciosas están escritas, por una parte, y por otra, pon sola esta virtud, y todos los médicos te confesarán que más parte es sola ella para conservar la salud y alargar la vida, que todas las medicinas del mundo juntas sin ella. Y no solamente los médicos, sino también la Escritura divina nos enseña esto mismo, diciendo: *No seas glotón en tus convites, y no te derrames sobre todos los manjares, porque en los muchos manjares habrá muchas enfermedades, y la demasía dellos se convertirá en abundancia de malos humores. A muchos mató la demasía del comer y beber, mas el que fuere abstigente alargará la vida* (Eclo 37,32-34). Esto nos dice la Escritura divina. Y, sin que la Escritura y la medicina nos lo dijera, la misma experiencia de cada día nos lo dice, pues vemos cuán presto acaban la vida los hombres desreglados y comedores, y cuánto más viven los abstinentes y templados. Si no, ponte a mirar las vidas de aquellos santos monjes antiguos que vivían por los desiertos, donde hay tanta falta de mantenimientos curiosos y regalados, y hallarás que cuanto mayores fueron sus abstinencias, tanto fueron más largas sus vidas; para que veas con cuánta razón dijo el Sabio: *El que fuere abstigente alargará la vida.* [...]

Y, si queremos ser justos y delicados jueces en esta materia, hallaremos aún otra causa de ser más larga la vida de estos, especialmente si hablamos de la vida racional, que propiamente se llama vida de hombre. Porque la vida deste hombre es aquella que se gasta en obras de razón y entendimiento, como es leer, escribir, estudiar, disputar, orar, meditar, y otras tales. Para las cuales está claro que tiene el hombre el día de ayuno más tiempo que los otros días, porque el tiempo de la mañana —que es el mejor de todo el día— es más largo, por dilatarse [*diferirse*] más la comida estos días; y en el de la noche ahórrase una hora de cenar, y dos de hablar, que común- [408] mente se siguen después de cenar, las cuales logra el que

ayuna para convertir en sus buenos estudios y ejercicios. ¿Ves, luego, cómo por todas partes, por diversas causas, crece la vida con la abstinencia? Y no tengo por tan pequeña causa esta postrera, que no piense haber sido esta una de las principales por donde los santos —que tanta cuenta tenían con no perder tiempo, pues tanto aprovechaban y merecían con él— abrazaron tanto esta virtud, que tanto les alargaba y franqueaba este tiempo. Y aun esta pienso también que fue una de las causas por donde muchos santos doctores, con estar ocupados en tantos negocios que tenían a su cargo (como lo estaba san Agustín, que era obispo; y san Gregorio, que era papa; y otros tales), con todo esto, pudieron escribir tantos y tan excelentes libros; porque, con el uso continuo desta virtud, siempre les sobraba tiempo, así para esto, como también para darse al ejercicio de la oración y contemplación.

II. De cómo el ayuno ayuda para conservar la salud

Y no sólo para la vida, mas también para la salud, compañera de la vida, ayuda mucho la abstinencia. Lo cual testifica aquel famosísimo entre los médicos, Hipócrates, diciendo que «el más excelente medio de todos cuantos hay para conservar la salud es no hincharse de manjares y ser diligente para el trabajo y ejercicio corporal». [...] Ni basta para remedio desto que los manjares sean muy delicados y preciosos, si son muchos; porque —como los médicos dicen— hace tanto al caso que la comida sea escasa, que menos daño hace el manjar grosero, comiendo poco dél, que el muy delicado y precioso, si se come mucho. [...]

III. De cómo el ayuno aprovecha para conservar y adquirir la honra

Mas salgamos ya de la salud y de la vida, y entremos en la honra, que muchos estiman más que la vida. Pues, para esto, ¿quién no ve cuán honrada cosa es ser un hombre templado y medido en comer y beber, y cuán deshonorado y vil ser glotón y gargantón, y que nunca trata sino de comer y beber? ¿Qué cosa hace un hombre más bestial y más semejante a los más brutos de los animales, cuales son los lobos y puercos y osos, que ser comilón y tragón como ellos? Pues, ya si es destemplado en beber, ¿qué cosa hay más amenguada, más infame y más contraria a la honra del hombre? Y, dado caso que no llegue el negocio a perder el uso de la razón, mas el que es muy amigo del vino, y toma demasiado gusto en él, algunas veces al sabor del gusto, o llegará a este extremo, o cerca dél, que es poco menos mal. Pues dice el filósofo: «Lo que poco dista de un extremo, nada parece que dista dél». Y no sin causa son tan amenguados y deshonorados los hombres tocados deste vicio; porque ¿qué cosa grande se puede esperar de quien tiene puesta su felicidad en cosa tan baja? Porque, como para emprender y tratar cosas grandes sea muchas veces necesario padecer grandes trabajos (antes ninguna cosa grande, ni en letras, ni en armas, ni en negocios públicos se hace sin ellos), como estos están tan cautivos y habituados a esta manera de vicio, que no se hallan ni pueden vivir sin él, de aquí nace que ni se atreven a emprender cosas grandes, ni, ya que las emprendan, pueden durar en ellas, porque luego tira por ellos el regalo y la golosina del vicio, de quien la costumbre larga los tiene hechos esclavos. Por la cual causa dijo Suetonio Tranquilo que «ningún hombre era menos para ser temido, que el que todo su pensamiento tenía puesto en comer y beber». [...] [409] [...]

IV. De cómo el ayuno es de honra y provecho

Pues añadido más esto: que, siendo cosa común lo que suelen decir, que «honra y provecho no caben en un mismo sujeto», porque la honra es gastadora y el provecho guardador, mas, con todo eso, ambas cosas de tal manera se juntan en esta virtud, que apenas se podrá determinar para cuál dellas sirva más, si para la honra, si para el provecho. Porque ¿en qué género de cosas gastan más los hombres sus patrimonios y haciendas, y dejan empeñados sus hijos y sus estados, que en largas mesas y banquetes? Porque los gastos en otras materias, demás de redundar en provecho de otros hombres (porque no paran como estos en el muladar), acontecen menos veces. Mas estos, como son tan ordinarios y cotidianos, no hay renta ni patrimonio que baste para la sustentación dellos; porque, si una sola gota de agua que cae a menudo basta para cavar una peña, ¿qué hará un caño real, quiero decir, un gasto tan largo y tan cotidiano como es el de los que se precian de ricas y espléndidas mesas? Y por esta causa escribe Tulio, hablando de Catilina y de los otros conjurados, que habían tragado ya todas sus rentas y patrimonios, por donde había muchos días que les faltaba la hacienda, y que ya les comenzaba a faltar el crédito. Por esta misma causa dice el Sabio: *El que es amigo de comer y beber vivirá en pobreza, y el que huelga con el vino precioso y con los manjares delicados no enriquecerá* (Prov 21,17). Y en otro lugar aconseja él, diciendo: *No te halles en los convites de los comedores y bebedores, y de los que dan a comer diversas maneras de carnes, porque, gastando en esto sus haciendas, vendrán a parar en pobreza; y el sueño y la pereza de estos al cabo se vestirá de remiendos* (Prov 23,20-21). Pues, si tanta parte es la gula para destruir la hacienda, necesariamente se sigue que la templanza conservará y multiplicará lo que esta señora tan gastadora destruye.

V. De cómo el ayuno sirve para que el hombre tenga gusto y alegría corporal

Resta ver ahora si, como esta virtud ayuda para todas estas cosas, ayuda también para el gusto y alegría corporal. ¿Quién podrá creer esto de la abstinencia? Bien sé que no lo creerán los que superficialmente miran las cosas; mas los que prudentemente las consideraren verán claro que no menos ayuda para esto, que para todo lo demás. Por lo cual presupongo que el gusto y deleite del comer no nace de la calidad y muchedumbre de los manjares, porque esto antes empalaga y causa hastío, que gusto; por donde solemos decir que «el buey harto no es comedor». Porque la misma naturaleza, que procurando la salud del individuo puso deleite en la comida necesaria, esa misma, por la misma causa, puso hastío en la superflua; pues no es menos dañoso a la salud tomar lo superfluo, que quitar lo necesario. Ni tampoco procede este deleite de la calidad sola de los manjares, por muy preciosos que sean, pues vemos cuán desabridos parecen estos a los dolientes, por tener el paladar estragado con malos humores. Es, luego, la principal causa deste deleite la buena disposición desta potencia. Porque así como la agudeza de la vista principalmente procede de la buena disposición del órgano del ver, que son los ojos (y lo mismo decimos del oír, y del oler, y de los otros sentidos corporales), así también el sabor y gusto de los manjares principalmente procede de la buena disposición del paladar, que es el órgano del gustar, como se escribe en el libro de Job, por estas palabras: *Los oídos juzgan el sonido de las palabras, mas la garganta, el sabor de los manjares* (Job 12,11). De donde se sigue que cuanto este órgano estuviere más bien dispuesto y purificado, como lo está en los sanos y en los que tienen gana de comer, tanto el gusto del que come será mayor. Por lo cual dijo Salomón: *El hombre harto no gustará del panal de miel; mas el que tiene hambre, lo amargo tendrá por dulce* (Prov 27,7). Así acaeció a aquel grande rey Darío, de quien se escribe que, yendo una vez huyendo de una batalla, muy fatigado de sed, y ofreciéndole un pobre labrador en un capacete un poco de agua turbia y

mala, después que la bebió dijo que en toda su vida había bebido cosa mejor. Y en este sentido declara san Crisóstomo aquel verso del *Cántico de Moisés*, que dice que de la piedra sacó Dios miel para hartar su pueblo (cf. Dt 32,13); porque, como era tan grande la sed que el pueblo padecía en el desierto, cuando vino a apagar esta sed con el agua que le sacó Dios de la piedra, esta le parecía más dulce que la miel, por la grandeza de la sed con que la bebió. Por do parece claro que mucha más parte es el hambre para hacer dulces los manjares, que la delicadeza dellos. Lo cual vemos por experiencia, porque con mucho mayor gusto come un trabajador un pedazo de pan, que un rico harto de perdices y gallinas. [...] [410-411] [...]

VI. *De cómo el ayuno pertenece no sólo a personas religiosas y particulares, sino a personas públicas y que gobiernan el mundo*

Contra todas estas cosas podrá haber alguno que diga: «Todo eso es verdad; mas esa virtud, ya que pertenezca a personas religiosas y privadas, no parece que conviene a personas públicas que gobiernan el mundo, a las cuales es necesario tener mesas ricas y espléndidas, para conservar su autoridad». Eso podrá muy bien decir la filosofía loca del mundo, y el juicio y prudencia humana, mas otra cosa nos enseña, no solamente la verdad evangélica, mas aun la de todas las historias profanas. Lee los *Prólogos* de Tito Livio y de Salustio, nobilísimos y verdaderos historiadores, y ahí hallarás cómo aquella famosísima república de Roma entonces floreció y creció y sojuzgó el mundo: cuando en ella florecía la abstinencia, la disciplina y la templanza en todas las cosas. Entonces, cuando los Fabricios y Curios se mantenían con las legumbres que sembraban, y, dejado el arado, tomaban las armas, triunfaron de todas las gentes. Mas, después que se corrompió esta disciplina, después que a la abstinencia sucedió la gula, y a la templanza la embriaguez, y a la aspereza y rigor los deleites y las blanduras de la carne, luego los hombres, afeminados con las delicias y corrompidos con la codicia y estragados con el ocio que se siguió de la paz, poco a poco vinieron a perder lo que habían ganado. De manera que lo que la templanza alcanzó con tanta gloria, perdió la destemplanza con grande ignominia. Y a los que no pudieron vencer todas las naciones del mundo, vencieron las delicias y regalos del cuerpo; las cuales, como elegantemente dijo un poeta, tomaron venganza del mundo vencido. Y no sólo esta república tan famosa, mas todas cuantas repúblicas, órdenes y religiones insignes hasta hoy se han perdido y descaído de su antigua perfección, por aquí comenzaron a descaer, como todas las historias nos enseñan. Mas ¿qué digo de estas congregaciones particulares, pues dice san Jerónimo que por la misma Iglesia fundada con la sangre de Cristo corrió esta misma fortuna, que por todas las otras repúblicas? Así que para esto no sólo no es impertinente la virtud de la templanza, mas antes es una de las cosas que más pueden ayudar. Lo cual es en tanta manera verdad, que dijo aquel gran sabio Salomón: *¡Ay de la tierra donde el rey es un niño, y los grandes se levantan por la mañana a almorzar! Mas, por el contrario, dichosa la tierra cuyo rey es noble, y los grandes comen en sus tiempos por necesidad, no por vicio* (Ecl 10,16-17). Con esta misma sentencia de Salomón se conforma la del profeta Isaías. Porque Salomón dice: *¡Ay de la tierra donde los grandes se levantan por la mañana a comer y beber!*; mas el profeta Isaías muy más ásperamente dice: *¡Ay de los que os levantáis luego por la mañana a estaros comiendo y bebiendo hasta la tarde, ardiendo con el calor del vino! La vihuela y el harpa y el pandero y la flauta suenan en vuestros convites, y cautivos vuestros corazones con estos deleites no los levantáis a considerar las obras de Dios y las maravillas de sus manos. Pues por esto fue llevado mi pueblo cautivo, porque no tuvo sabiduría, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dél pereció de sed; y también por esto el infierno dilató sus senos y abrió su boca sin término, adonde irán a parar los fuertes, y los poderosos y gloriosos, y el pueblo también con ellos* [Is 5,11-14]. Hasta aquí son palabras de Isaías. ¿Parécete, pues, que será

bien gobernada una república por estos, por quien el divino profeta dice de parte de Dios que será destruida? Y, si, entre otras muchas, quieres saber la principal causa de esto, dime: ¿Qué virtud hay más propia y más necesaria para los que gobiernan, que la prudencia y sabiduría? Y ¿qué cosa más contraria a esta virtud, que la destemplanza y la gula? Porque, como dice el mismo Salomón, *lujuriosa cosa es el vino, y desasosegada la embriaguez; quien en estas cosas se deleita no será sabio* (Prov 20,1). Porque esta piedra preciosa de la sabiduría *no se halla* —como dice el santo Job— *en la tierra de los que suavemente viven* (Job 28,13)¹⁴⁹, sino en la de los que se afligen y trabajan por ella. Por donde, así como el oro y la plata no se hallan en tierras viciosas y cultivadas, sino en sierras y montañas, y tierras ásperas, así el oro fino de la verdadera sabiduría no se halla en el pecho de los hombres viciosos y regalados, sino en el de los templados y abstinentes. Pues, si la sabiduría y prudencia, como Aristóteles dice, es virtud de príncipes y gobernadores, y ella es la que lleva en sus manos las riendas y el gobernalle del mundo, y desta virtud están tan lejos los que son dados al vicio del vientre, que tan propio es de los brutos, ¿qué cosa podrá ser más contraria a esta dignidad, que este vicio? ¿Ves, pues, luego, cuánto aprovecha para todo género de bienes, así públicos como particulares, la virtud de la templanza?

¹⁴⁹ «Nescit homo pretium eius, nec invenitur in terra suaviter viventium».

[412]

Tercera parte. Que trata de los males de que nos libra la virtud de la abstinencia

Mas no se contenta esta excelente virtud con ayudarnos a alcanzar tantos y tan grandes bienes, sino ayúdanos también a librar de muchos y muy grandes males. Porque, primeramente, ayúdanos contra todo género de tentaciones, por cualquier parte que nos vengan; que es un grande y general remedio contra todo mal. Por cuya causa, aquel Señor que nos fue dado por espejo y dechado de toda virtud, al tiempo que fue llevado al desierto para ser tentado del enemigo, se apercibió con ayuno de cuarenta días (cf. Mt 4,1-2); no por necesidad que él tuviese deste reparo, sino para enseñarnos que este era uno de los principales pertrechos que teníamos contra el enemigo.

Ayúdanos también contra la principal raíz de todos los males, que es el amor propio, que es el que edifica la ciudad de Babilonia. Porque así como este crece y se arraiga más con el ejercicio de sus actos, y con la larga costumbre dellos, que es con el uso del comer y beber regaladamente, y tratar el cuerpo suavemente, así por el contrario se desarraiga y enflaquece con el ejercicio contrario, que es con el rigor de la abstinencia y maltratamiento del cuerpo; porque, de causas contrarias, forzadamente se han de seguir efectos contrarios.

Ayúdanos también contra otra pestilencial y general raíz de todos los males, como la llama el Apóstol, que es la codicia del dinero (cf. 1 Tim 6,10); la cual no puede tanto donde reina esta virtud. Porque cierto es que el dinero no se ama por sí, sino por las cosas que con él se alcanzan, que son todas las que sirven para el regalo y fausto de nuestra carne. Esta es la causa porque los hombres aman el dinero; porque, quitada esta comodidad aparte, no hay más por qué desearlo, que el sano a la purga que no ha menester. Pues el que por virtud y discreción, y por temor de Dios, ha renunciado ya todas estas vanidades y deleites, y quiere que todas las cosas que sirven al cuerpo sean viles y ásperas, ¿para qué ha de codiciar dinero, pues él no vale más que para esto? Desta manera viene poco a poco a secarse esta raíz; desta manera se quita la leña al fuego de la codicia; y así se la quitaron todos los santos, que tan rigurosos fueron en el maltratamiento de sus cuerpos; y no solamente los santos, sino también muchos de los filósofos gentiles, los cuales, contentándose con cosas viles y ásperas, no tenían para qué desear riquezas. Por donde, como un lisonjero de Dionisio, rey de Sicilia, dijese a un filósofo que estaba lavando unas legumbres para comer: «Si tú quisieses lisonjear a Dionisio, no comerías ese manjar», sabiamente respondió el filósofo, diciendo: «Si tú quisieses contentarte con este manjar, no tendrías por qué lisonjear a Dionisio». Por lo cual parece que así como es imposible dejar de tener codicia de dinero quien la tiene de regalos, porque lo uno se sigue de lo otro, así no tiene para qué tenerla el que se contenta con aspereza y rigurosa vida. Pues ¿qué mayor alabanza quieres tú de una virtud, que ser tanta parte para cortar las cabezas a dos tan grandes y perniciosos monstruos como estos?

Pues queda aún otro tercero de quien perfectamente ella triunfa, que es el vicio de la gula, atizador de todos los vicios carnales, el cual en ningún caso puede reinar donde mora la templanza; pues está claro que dos contrarios no se compadecen en un mismo sujeto. Mas, cuán grande y peligroso sea este vicio, entre otras muchas cosas muéstralo, primeramente, aquel rico glotón del Evangelio (cf. Lc 16,19ss), del cual dice san Basilio: «Temo el ejemplo de este rico, a quien los deleites y regalos de la vida entregaron a los fuegos eternos. Porque no se dice que por alguna injusticia, sino que por la vida regalada ardía en las llamas de aquel fuego». Y esto da claramente a entender el patriarca Abrahán, que le dijo: *Hijo, acuérdate que en este mundo recibiste bienes, y Lázaro males*; por tanto, quiere Dios que se truequen agora las suertes, *de tal manera que este sea consolado, y tú seas atormentado*. Y no menos declara

el Apóstol la malicia de este vicio, diciendo: *Muchos viven —según que yo un tiempo os decía, y agora llorando lo digo— enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la muerte, y cuyo dios es su propio vientre; los cuales se glorían en cosas de que hubieran de recibir vergüenza y confusión* (Flp 3,18-19). ¿Parécete, pues, que es pequeño pecado el que hace de su vientre dios, y el que viene a parar en esta espiritual idolatría? Y es mucho de notar que en solos dos lugares de sus epístolas dice el Apóstol que escribe, lo que escribe, llorando. El uno, cuando reprehende a los de Corinto de los pecados y herejías en que habían caído (cf. 2 Cor 2,4); y el otro, este sobre que escribe a los filipenses, reprehendiéndolos de este vicio de la gula, el cual a veces viene a parar en esta espiritual idolatría, haciendo del vientre dios, poniendo su último fin —que es toda su felicidad y contentamiento— en este tan bajo deleite, y ordenando todas las cosas a él. Lo cual sentía tanto este divino Apóstol, que no lo podía escribir sin lágrimas; como quien tan bien entendía la grandeza deste mal.

Mas, aunque esto sea mucho para temer, mucho más lo es el castigo y azote general que Dios envió sobre su pueblo. Porque, después de salido de Egipto, andando por aquellos desiertos, vino a tener un tan desordenado apetito de comer carne, que por él vino a hacerse ingrato y rebelde contra Dios (cf. Núm 11,4-6). Lo cual Dios les cumplió conforme a su deseo, pero costoles tan caro, que a medio comer envió una grande mortandad y castigo del cielo sobre ellos; y para memoria, así del pecado como del castigo, pusieron por nombre [413] al lugar de la matanza *Sepulcros de la concupiscencia* [*Quibrot Hatavá*] (Núm 11,31-34), donde con la una palabra se significa el pecado de la gula, y con la otra el castigo tan terrible della. Pues ¿qué concupiscencia era esta? No era, cierto, ni de la hacienda ajena ni de la mujer ajena, sino de carne y de pepinos y cohombros, que no estaban prohibidos en aquella ley; mas, aunque el manjar no era malo, era muy desordenado el apetito, pues en él se ponía el último fin; por lo cual fue castigado con este tan grande castigo. Pues ¿qué excusa tendrán aquí los cristianos, que en tiempos prohibidos se hartan de carne, y muchas veces no tanto por necesidad, cuanto por estado y vanidad, y más en tiempo en que tanta obligación tenemos a no conformarnos en cosa alguna con la soltura de los herejes? Si así castigó Dios este apetito en aquel tiempo en que no había prohibición, ¿qué hará en este, cuando hay precepto de la Iglesia, y mal ejemplo, y escándalo común de tantos? Mira, pues, ahora, tú, cuán diferente sea el juicio de Dios del de los hombres, porque ¿quién de nosotros tuviera por tan grande crimen un deseo tan común, como el que los hombres tienen de comer carne (aunque fuera demasiado), mayormente habiendo tantos años que no la comían? Mas esto, que tan poco pesara en la balanza del juicio humano, pesó tanto en la del divino, que lo castigó con tan súbito y tan grande castigo. Y, si el mismo Dios que era entonces es ahora, y el mismo juicio y aprecio de las culpas que entonces tuvo tiene ahora (ya que luego no derrame su ira como entonces), ¿qué castigo tendrá guardado el día de la venganza para tantas invenciones de potajes y guisados y delicias y golosinas como ha descubierto la ingeniosa curiosidad y apetito del vientre, con que tanto se irrita y provoca la lujuria, donde tantos patrimonios se sumen y desaparecen, con que se podrían remediar tantos pobres y miserables? ¡Oh, Señor, y cuán justa será vuestra ira este día, y cuán cierto vuestro juicio sin misericordia para los que tan crueles fueron con Vos y con vuestros pobres, por ser tan largos y tan piadosos para su vientre!

Mas no sólo esta calamidad, sino otras innumerables han venido y vienen cada día al mundo por este mismo pecado. Si no, dime: ¿Qué mayor calamidad que la que vino a todo el género humano por el pecado de los primeros hombres? Pues ¿qué fue esto, sino quebrantar el mandamiento que Dios les había puesto de no comer de la fruta del árbol vedado? Porque, aunque en lo interior precediese otra manera de pecado, pero exteriormente ni vimos otro mandamiento, sino abstinencia, ni otra prevaricación, sino gula. Por la gula también perdió Esaú la dignidad de su mayorazgo cuando vendió su primogenitura por la golosina de un potaje no muypreciado. Por la gula también, entre otras cosas, vinieron los de Sodoma a tan

grande extremo de maldades. La gula hizo al justo Lot incestuoso con sus hijas, y a quien no pudieron quemar las llamas de Sodoma, encendió el vino y derribó en tan gran miseria. Este hizo también al justo Noé caer en tierra desnudo y ser materia de escarnio a sus propios hijos. También esta fue la que cortó la cabeza a san Juan Bautista, porque no osara mandar tan grande maldad aquel cruel tirano, si no estuviera tomado destotro mayor tirano, que era el vino.

Estos y otros semejantes males han venido y vienen cada día por este vicio. Por lo cual san Juan Clímaco lo llama «maestro de nuestros enemigos, puerta de los vicios, caída de Adán, perdimiento de Esaú, muerte de los israelitas, deshonra de Noé, destrucción de los de Gomorra, crimen de Lot, muerte de los hijos de Helí, adalid y precursor de todas las inmundicias». Todos estos nombres tiene, porque de todos estos males ha sido causa. Pues, siendo esto así, ¡cuánto merece ser preciada la virtud de la abstinencia, que corta la cabeza desta serpiente de que tantos malos hijos proceden!

Conclusión de todo lo dicho

Tenemos, pues, aquí ya una medicina universal que vale contra todo género de vicios. Tenemos que esta virtud nos ayuda contra las cuatro principales raíces de todos los pecados, que son la tentación del enemigo, el amor propio, y la codicia, y la gula; contra las cuales es efficacísimo cuchillo y remedio esta virtud, pues contra las tres primeras nos ayuda mucho, y la cuarta extirpa del todo. Tenemos que no sólo nos ayuda a vencer todos los vicios, sino también a alcanzar todas las virtudes, pues, como dice un santo: «En vano trabaja por alcanzar las otras virtudes quien no alcanza primero la abstinencia, que abre camino para todas ellas» (*Casiano*). Tenemos también los ejemplos de todos los santos, y especialmente de aquellos santos Padres del yermo, los cuales fueron tan extremados y tan admirables en sus abstinencias, que parecen increíbles a los hombres. Y, pues esta virtud tan generalmente se halló en todos los santos, los cuales sabemos que fueron regidos y guiados por el Espíritu Santo, y especialmente en aquel glorioso Precursor de Cristo, que tan extremado fue en ella, señal es clara de cuánto nos sea necesaria y cuán preciosa sea en los ojos de Dios. Tenemos, finalmente, no sólo ejemplos, sino también ilustrísimos testimonios y dichos de santos que conforman con sus ejemplos; que solos debían bastar para enamorarnos desta virtud. Porque san Juan Clímaco, varón de grande santidad y abstinencia, hablando del ayuno, dice así: «Ayuno es violencia que se hace a la naturaleza, circuncisión de todos los deleites del gusto, mortificación de los incentivos de la carne, cuchillo de malos pensamientos, liberación de los sueños, limpieza de la oración, lumbre del ánima, guarda del espíritu, destierro de la ceguedad, puerta de la compunción, humilde suspiro, contrición alegre, muerte de la parlería, materia de quietud, guarda de la obe- [414] diencia, alivio del sueño, sanidad del cuerpo, causa de tranquilidad, perdón de pecados y deleites de paraíso. Todo esto es el ayuno, porque para todas estas cosas ayuda y dispone con su virtud; y a todo esto es contraria y enemiga la gula». Y no es menos ilustre el testimonio de san Agustín, que en un *Sermón* dice así: «El ayuno purga el ánima, levanta los sentidos, sujeta la carne al espíritu, hace el corazón contrito y humillado, el cual Dios no desprecia; deshace los nublados de la concupiscencia, apaga el fuego de la lujuria y enciende la lumbre de la castidad. El ayuno no huelga con la parlería, tiene las riquezas por demasiadas, desprecia la soberbia, ama la humildad y da al hombre conocimiento de sí mismo». Hasta aquí son palabras de san Agustín. Y, si quieres otras no menos dulces y devotas, oye las de aquel que, por la riqueza de su elocuencia, mereció nombre de Crisólogo, el cual dice así: «El ayuno es muerte de los vicios, ayuda de las virtudes, paz del cuerpo, honra de los miembros, ornamento de la vida, fortaleza de los espíritus y vigor de las ánimas. El ayuno es muro de castidad, baluarte de la honestidad, ciudad de santidad, escuela de merecimiento, maestro de los magisterios y disciplina de las disciplinas». Esto baste para gloria y alabanza desta virtud y para enamorar a los hombres della, aunque no hubiese precepto de la Iglesia que a ella nos obligase.

Pues, según esto, ¿qué cosa hay en el mundo, para que no valga esta virtud? Ella vale para alcanzar todas las virtudes, vale para defendernos de todos los vicios, vale para todos los bienes corporales, que son hacienda, vida, salud y honra. De manera que vale para todo lo que toca al cuerpo, y no menos para lo que toca al ánima; vale para esta vida y vale también para la otra. Pues ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mismo, que no quiera tratar en una mercadería de tan gran provecho? ¿Quién no trocará una pequeña sombra de un tan vano, torpe, mentiroso y costoso deleite, por esta tan preciosa margarita, que para todas las cosas aprovecha?

Sólo esto bastaba para aficionar nuestros corazones a la hermosura de esta virtud, aunque más no hubiera. Mas, cuando con esto también se junta la obediencia de la santa Madre Iglesia en los días que ella nos manda ayunar, ya entonces crece la hermosura del ayuno, porque lo que era voluntad se hace necesidad, lo que solo consejo se hace precepto, lo que era solamente devoción aquí es ya manera de obligación, y lo que era acto de la virtud de la temperancia aquí se hace obra de obediencia, que es más alta virtud, pues dijo el mismo Dios que más valía la obediencia que el sacrificio (cf. 1 Sam 15,22); siendo el sacrificio acto de religión, que es la más excelente de las virtudes. Porque la obediencia siempre trae consigo necesidad, la cual no siempre trae la religión.

Más, así como en este caso se hace la obra de mayor merecimiento, así la transgresión es merecedora de mayor castigo, pues el no ayunar, que de suyo no era pecado, agora con el mandamiento se hace pecado; y no cualquiera, sino mortal. Donde se nos ofrecía una materia copiosa de llorar, viendo este tan necesario y provechoso mandamiento tan quebrantado y despreciado de muchos cristianos, a los cuales ni mueve el ejemplo de Cristo que ayunó por ellos, ni la autoridad de la Iglesia que lo manda, ni la muchedumbre de sus pecados que lo merecen, ni la soberbia de la carne que la ha menester, ni el temor de tan grande mal como es un pecado mortal, el cual cometen los que, teniendo edad y fuerzas para ayunar, no ayunan. Porque, dejadas aparte todas las otras razones que para esto hay, sólo este sobrescrito de *pecado mortal* había de bastar para que un cristiano quisiese padecer todos los tormentos de este mundo y del otro, antes que hacer un pecado mortal; pues está claro que este mal es mayor que todos los males de pena juntos, aunque fuesen los del infierno. Por lo cual dijo san Anselmo en el libro *De las semejanzas* que «es tan grande un pecado mortal, y tan digno de ser aborrecido, que, si fuese posible (lo cual ni es ni puede ser), más querría —dice él— ir a padecer todas las penas del infierno sin pecado, que ir al paraíso con él». De esta manera estiman el pecado los que le conocen y los que tienen ojos para saber mirarlo. Y, siendo esto así, ya se ve cuán lamentable cosa sea ver con cuánta facilidad cometen mil pecados mortales los que esto conocen; mayormente en esta materia de obediencia, haciendo contra lo que la Iglesia nos manda. El castigo destes será el de aquel rico avariento que no quiso macerar su carne y ayunar, gastando toda la vida en deleites y poniendo en ellos toda la felicidad; por lo cual ayunará para siempre en los siglos de los siglos, pidiendo una sola gota de agua, sin haber quien se la dé (cf. Lc 16,19ss); porque escrito está: *El que teme la helada, vendrá a caer sobre él la nieve* (Job 6,16)¹⁵⁰; esto es, quien por el demasiado amor que tiene a sus carnes teme darle un poco de trabajo en esta vida, vendrá a padecer tormentos eternos en la otra; quien aquí teme ayunar, ayunará allí para siempre; quien aquí teme la aspereza de la penitencia, vendrá a hacerla allí eternamente; y, con esto, infructuosa.

Quedaba por tratar, para dar cabo a lo que pedía esta materia, de la manera que el hombre había de tener en el uso de esta virtud. Mas, porque en esto había mucho que decir, y el libro ha crecido mucho, quedará esto para otro lugar.

¹⁵⁰ «Qui timent pruina, inruet super eos nix».

[415]

TRATADO TERCERO DE LA LIMOSNA Y MISERICORDIA

Sentencia es común de todos los santos que una de las principales causas de la perdición de los hombres es falta de conocimiento y consideración de las cosas de Dios. Por donde el Salvador, llorando los males del mundo, principalmente lloró este, diciendo: *¡Si conocieses ahora tú!* (Lc 19,42); dando a entender que la falta deste conocimiento era la raíz de todos los otros males. La razón desto es porque, como las cosas de Dios sean tan grandes, tan poderosas y de tanta virtud, no podrían dejar de causar grandes efectos y alteraciones en nuestro corazón, si profundamente se considerasen. Y no estaba fuera deste parecer el Profeta, cuando decía: *Gentes sin consejo y sin prudencia. Pluguiese a Dios que supiesen y entendiesen, y echasen los ojos adelante*, y quisiesen filosofar sobre las obras de Dios (Dt 32,28-29) ¹⁵¹, porque esto les abriría los ojos y apartaría de los males en que están. Y no menos sentía esto el Profeta que decía: *Oye, pueblo loco, que no tienes corazón, que teniendo ojos, no ves, y teniendo oídos, no oyes* (Jer 5,21) ¹⁵². Y llamolo con mucha razón *loco*, no porque no tuviese seso y corazón (y aun mil corazones para entender y saber las cosas del mundo), sino porque estaba tan bruto para las de Dios, como si del todo estuviera sin corazón. Y así dice que, teniendo ojos, no veía, y teniendo oídos, no oía; porque, teniendo tantos ojos y oídos para las cosas del mundo, estaba tan bruto y tan muerto para los negocios de su salvación.

He tomado esto por principio deste tratado en que he de hablar de la virtud de la misericordia, porque tengo por cierto que, si los hombres se pusiesen a considerar lo que la Escritura divina y los santos nos predicán desta virtud, no fuera necesario hacer della especial tratado. Porque así como no es menester hacerlo para encomendar a los hombres el cuidado de su vida, porque basta para esto el cuidado que ellos de suyo tienen, así tampoco lo fuera menester para encomendar esta virtud, pues en ella realmente consiste muy gran parte de nuestra salvación y de nuestra vida. Y por esto no haré aquí más que referir sumariamente lo que la Escritura divina y los doctores nos dicen de la virtud; porque, si esto se mirare con atención, bastará, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo de la tierra para usar con ellos de misericordia, por no carecer de una ocasión de tan grande bien.

Y acabar esto con los hombres, por amigos que sean de su interese, tengo por menor negocio [*trabajo*] que persuadirles la virtud de la oración, de que arriba tratamos; aunque el uno sea negocio de palabras, y el otro de obras. Porque en la oración hay muchas dificultades que vencer, como ya declaramos; mas en la limosna no veo más de una sola, que es perder por Dios un pedazo de hacienda. Porque, por lo demás, esta virtud es tan hermosa, tan honrosa, tan amada y preciada de los hombres, que ninguna otra hay que los haga más bienquistos y más honrados, en la común voz del mundo, que ella. Por donde muchos, sin tener respeto a Dios, por solo ganar fama y crédito con los hombres, fueron para con ellos muy liberales. De manera que aquí ninguna otra cosa nos puede hacer contradicción, sino el amor de la hacienda y el lenguaje de este amor, que es decir los hombres «que tienen hijos, y criados, y familia

¹⁵¹ «Gens absque consilio est, et sine prudentia. Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!»

¹⁵² «Audi, popule stulte, qui non habes cor; qui habentes oculos, non videtis, et aures, et non auditis».

que mantener, y otras necesidades a que acudir; y que no quieren quitar —lo que con mucho trabajo ganaron— de la boca de los suyos para dar a los extraños». Que es el lenguaje propio de Nabal Carmelo, que dijo a los criados de David, cuando le vinieron a pedir algún refresco para su señor, que no quería tomar su pan y su agua, y las carnes de sus ganados, para dar a gente que no conocía (cf. 1 Sam 25,11). Esta me parece que es la principal dificultad que retrae a muchos del ejercicio de esta virtud; y no dejo yo de reconocerla por tal.

Mas, entre cristianos, contra todo esto debería bastar la autoridad sola de Dios para cerrar los ojos a todos estos inconvenientes y posponerlo todo por hacer lo que él nos manda, como lo aconseja san Basilio en una homilía, diciendo: «Si tuvieses dos panes y llegare un pobre a tu puerta, toma el uno y dáselo por amor de Dios. Y, cuando se lo dieres, levanta las manos al cielo y di estas piadosas y dulces palabras: “Señor, este pan doy por tu amor, con peligro mío; mas yo estimo en más tu mandamiento, que mi provecho, y de esto poco que tengo doy un pan al que lo ha menester”». Sola la hermosura desta fidelidad y obediencia había de bastar para vencer esta pequeña dificultad.

Pudiera también oponer a esto la hermosura y excelencia desta virtud; porque es cierto que una de las virtudes más hermosas y más agradables a Dios, y que más veces nos es encomendada en las Escrituras divinas, es esta. Porque, aunque la caridad, hablando en todo rigor, sea la más excelente de las virtudes, pero no deshace esto en la dignidad desta virtud, antes la engrandece más, porque no apartamos aquí la misericordia de la caridad, sino juntámosla con ella, como a río con la fuente de donde nace. Y, así, la diferencia que un doctor pone entre estas dos virtudes es que la caridad es río de bondad que no [416] sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas; mas la misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra. Y, demás desto, la caridad no hace más que comunicar sus bienes a los otros; mas la misericordia, juntamente con esto, también toma sobre sí sus males. De manera que no se contenta la misericordia con dar sus bienes, que es propio de la caridad, pero añade más darse a sí misma por dolor y compasión; que es propio de la misericordia.

Sola esta consideración, con la pasada, debieran bastar para vencer esta dificultad que hay en usar de misericordia. Porque, si hubo gentiles que hacían virtud por solo hacer virtud, esto es, por la hermosura que hallaban en ella, de manera que no esperaban otro premio por hacer bien, más que hacer bien, ¿cuánto más debería bastar esto entre cristianos?

Mas no quiero ahora aprovecharme deste remedio, sino llevar el negocio por otro camino más favorable al lenguaje de la carne y a la codicia del mismo interese, probando con evidéntísimas razones que, sin ninguna proporción, son mayores los provechos e intereses que se alcanzan por la limosna, que todo cuanto el hombre pudiera ahorrar, negándola. Y, para que esto mejor se vea, pongamos en una balanza esta pérdida temporal, que por un cabo se pierde, y en otra, todos los provechos y frutos, así espirituales como temporales, que con esta pérdida se alcanzan: para que veamos cuál destas dos cosas debe preceder a cuál, y si es razón que se aventure lo uno por lo otro. Y tengo por cierto, hecha esta comparación, que si fueres buen juez, que no sólo tendrás por ganancia ser misericordioso a costa de la hacienda, mas antes te espantarás cómo todos los que esto saben y entienden no venden sus haciendas, y aun a sí mismos, para hacer limosna; como muchos santos hicieron.

I. Hace a los hombres semejantes a Dios

Pues, para esto, después de haber puesto ya en una balanza esta pérdida que dijimos, pongamos en la otra contraria la primera excelencia que tiene esta virtud, que es **hacer a los hombres semejantes a Dios**; y semejantes en la cosa más gloriosa que hay en él, que es en la misericordia (cf. Lc 6,36). Porque cierto es que la mayor perfección que puede tener una

criatura es ser semejante a su Criador; y, cuanto más tuviera desta semejanza, tanto será más perfecta. Y cierto es también que una de las cosas que más propiamente conviene a Dios es misericordia, como lo significa la Iglesia en aquella oración, que dice: «Señor, Dios, a quien es propio haber misericordia y perdonar» [*In exsequiis*]. Y dice ser esto propio de Dios, porque así como la criatura en cuanto criatura permanece ser pobre y necesitada, y por esto a ella pertenece recibir y no dar, así, por el contrario, como Dios sea infinitamente rico y poderoso, a él solo por excelencia pertenece dar y no recibir, y por esto a él es propio haber misericordia y perdonar. Y no sólo es propio de Dios, mas a nuestro modo de entender, entre las perfecciones que tiene respecto a las criaturas, como dice santo Tomás en la II-II q.30, es la cosa más gloriosa que hay en él, y de que él más se precia, y por la cual quiere ser más conocido y alabado. Y así, en aquella magnífica visión en que Moisés vio en el monte pasar ante sí la gloria de Dios, donde se cree que vio su misma esencia y hermosura, en la cual vería tantas y tan admirables perfecciones, esta fue la que él allí más proclamó a grandes voces, diciendo: *Señor, Dios misericordioso, clemente, sufridor y de gran misericordia, que usas de misericordia con los hombres hasta la milésima generación; que quitas las iniquidades, maldades y pecados de los hombres* (Éx 34,6-7) ¹⁵³. Estas fueron las voces y testimonios que el santo profeta dio deste Señor después de aquella tan grande y tan gloriosa visión, que todo fue alabanzas y pregones de su misericordia. Mas, qué tan grandes sean estas misericordias, no se puede explicar con palabras, porque por eso se dice que es toda la tierra llena de su gloria: porque está llena de misericordia; pues, como dice el Eclesiástico, *la misericordia del hombre es para con su prójimo, mas la misericordia de Dios es para con toda carne* (Eclo 18,13) ¹⁵⁴. Pues, si tanto se precia Dios de esta virtud, y tan grande gloria es parecerse el hombre con Dios, ¿por cuán excelente se debe tener la virtud de la misericordia, que hace al hombre semejante a Dios en cosa de que tanto se precia el mismo Dios? Pues con este tan grande premio nos convida el Señor al ejercicio desta virtud en su Evangelio, diciendo: *Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6,36). Sobre lo cual dice Gregorio Teólogo: «Hombre, da gracias a Dios, porque no te puso en estado que te fuese necesario estar colgado de las manos de los otros, sino a los otros de las tuyas. Y, por tanto, procura de ser rico, no sólo de dineros, sino también de misericordia; no sólo de oro, sino también de virtud, para que así precedas a los otros en esta posesión, como precedes en las otras». Por tanto, procura ser como Dios a los miserables, imitando la misericordia de Dios; pues consta claro que **ninguna cosa más divina puede caber en el hombre, que hacer bien a los otros hombres**. Esta es, pues, la primera excelencia que ponemos en esta balanza, que es hacer al hombre semejante a Dios. La cual no tenía por pequeña el que decía: *Grande gloria es seguir al Señor* y parecerse con él (Eclo 23,38) ¹⁵⁵.

II. La privanza de los misericordios con Dios

Sobre esta excelencia añadido otra que se sigue de esta, que es **la privanza que los misericordiosos han de tener con Dios**, por razón desta semejanza que tienen con él. Porque, como sea verdad que la semejanza es causa de amor —por donde dicen que *todo animal ama a su semejante* [Eclo 13,19]—, si el misericordioso es tan semejante a Dios, síguese que ha de ser muy amado dél. Porque por esta razón prueba Aristóteles en sus *Éticas* que [417] el varón sabio y dado a la contemplación de las cosas divinas es muy amado de

¹⁵³ No es Moisés quien lo dice, sino el propio Yahvé, que así se lo había prometido (cf. Éx 33,19), revelándole sus atributos divinos, y singularmente, su misericordia.

¹⁵⁴ «Miseratio hominis circa proximum suum; misericordia autem Dei super omnem carnem» (18,12).

¹⁵⁵ «Gloria magna est sequi Dominum».

Dios, porque este tal en su manera de vida tiene grande semejanza con él. Pues así también, como Dios sea infinitamente misericordioso, claro está que ha de amar a todos aquellos que hallare vestidos de misericordia, como a legítimos hijos suyos y criaturas que se parecen con él. Pues ¿qué cosa más para estimar, que esta? Si tanto hacen los hombres por la privanza de su príncipe, y en tanto estiman a los que privan con él, ¿en cuánto se debe estimar una virtud que nos hace tan privados y amigos de Dios, cuanto semejantes a él?

III. Manifiesto derecho a la misericordia de Dios

Añado más a esta gracia otra muy principal y muy debida a esta virtud, que es tener todos los misericordiosos **manifiesto derecho a la misericordia de Dios**, por haber usado con sus prójimos de misericordia. De lo cual tienen muchas cédulas y firmas de Dios en diversos lugares de la Escritura divina. Porque en una parte dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5,7). En otra dice: *De tu hacienda, haz limosna, y no apartes tu rostro del pobre; porque, si así lo hicieres, no apartará Dios su rostro de ti* (Tob 4,7) ¹⁵⁶. En otra dice: *En el juicio, mira que seas misericordioso a los huérfanos, como si fueses su padre, y como marido a su madre; y serás tú como hijo del Altísimo, y usará de misericordia contigo, más que si fuese tu madre* (Eclo 4,10). En otra dice: *El ánimo que hace bien será llena de bienes; y la que embriaga y harta a los otros, ella también será embriagada* y recreada de Dios (Prov 11,25). Estas y otras muchas autoridades declaran cuán aparejado está Dios a usar de misericordia con el que usa de misericordia; que es uno de los mayores bienes que en esta vida se pueden desear. Mas no se contenta el Espíritu Santo con esto, sino pasa más adelante, haciendo a Dios como cautivo del hombre misericordioso, según se colige de dos autoridades de los Proverbios, juntando la una con la otra; de las cuales, la una dice: *El que usa de misericordia con el pobre presta dineros a Dios* (Prov 19,17); la otra dice: *El que recibe dineros prestados queda por cautivo del que se los prestó* (Prov 22,7) ¹⁵⁷. Pues, si esto es verdad, síguese en buena consecuencia que Dios queda como por cautivo del que usó de misericordia con el pobre, pues este tal prestó dineros a Dios. Pues ¿qué cosa más para estimar que tener tal prisionero y tal cautivo —si decir se puede— como Dios? ¿Y qué cosa más para desear que tener en nuestra mano las llaves de las entrañas de Dios, para que use de misericordia con nosotros? Porque, sin duda, estas tiene el misericordioso en las manos, como claramente lo dice Gregorio Teólogo, por estas palabras: «En nuestra mano está usar Dios de misericordia con nosotros. Porque, si usáremos con nuestros prójimos de misericordia, él habrá misericordia de nosotros. Porque, si nos faltare esta misericordia, ¿quién habrá que nos perdone? Por tanto, ten misericordia de tu prójimo, y da por alcanzada la misericordia de Dios». Pues ¿qué cosa más preciosa que esta?

IV. Por aquí se alcanza perdón de los pecados

Añado más a esta gracia otra muy principal, que es **alcanzarse por aquí perdón de los pecados**. Porque, sin duda, aunque haya muchos medios para alcanzar este perdón, uno de los más ciertos y más principales es este. Para lo cual también tenemos otras tantas cédulas y

¹⁵⁶ «Ex substantia tua fac eleemosynam, et noli avertere faciem tuam ab ullo paupere; ita enim fiet, ut nec a te avertatur facies Domini».

¹⁵⁷ «Et qui accipit mutuum [préstamo], servus est fœnerantis». La Biblia de Jerusalén anota en Eclo 35,9: «El hebreo añade: “Presta a Dios el que da a un pobre: ¿quién le devolverá sino él?”»

firmas en la Escritura divina, como para todo lo pasado. Porque en una parte dice el Eclesiástico: *Así como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste a los pecados* (Eclo 3,30)¹⁵⁸. En otra parte dice: *El beneficio hecho en secreto apaga las iras, y el don escondido en el seno del pobre aplaca la indignación de Dios* (Prov 21,14). En otra parte dice el santo Tobías que *la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir a las tinieblas* (Tob 4,10)¹⁵⁹. Finalmente, el mismo Señor, en su Evangelio, en una palabra resumió todo este negocio, diciendo: *Dad limosna de todo lo que os sobra, y todas las cosas os serán limpias* (Lc 11,41). Y, porque entendía esto muy bien el profeta Daniel, no supo otro remedio que dar al rey de Babilonia, cuando vio que la sentencia del cielo venía sobre él, sino decirle: *Toma, señor, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades, con misericordias hechas a pobres* —pues este es uno de los principales medios que hay para alcanzar este perdón— (Dan 4,24); y, cuando esta falta, peligro corre el que esta pide. Porque, como dice un santo doctor, «en vano extiende las manos a Dios, rogando por sus pecados, el que no las extendió al prójimo, socorriéndole cuando podía, en sus trabajos». Conforme a lo cual dice otro doctor: «Si no hubiese pobres, no se perdonarían tantos pecados». De manera que los pobres son médicos de nuestras llagas, y, las manos que ante nos extienden, son remedios que nos dan. Ni es tanta parte el médico para dar salud a nuestros cuerpos cuando extiende las manos y nos aplica los emplastos, cuanto lo son las del pobre cuando las extiende a recibir nuestra limosna, para curar las llagas de nuestra ánima. Por tanto, reparte bien el dinero, y sábetelo que, juntamente con él, se fueron los pecados; como lo significó el Señor cuando dijo que los sacerdotes habían de comer los pecados del pueblo (cf. Os 4,8): porque, por mérito de la limosna que los hombres les hacían, alcanzaban perdón de los pecados que cometían.

V. Enriquece de nuevos merecimientos

Mas no se contenta esta virtud con solo descargar al hombre de los pecados pasados, sino también lo **enriquece de nuevos merecimientos**; porque su caudal es tan grande, que en él hay para todo: para pagar y para enriquecer. Y la razón es porque esta obra de misericordia, por la parte que es penosa, es satisfactoria, y, por hacerse en caridad, es meritoria; y así con lo uno paga lo que debe, y con lo otro acrecienta lo que tiene. Y de lo [418] uno y lo otro tenemos muy clara figura en la historia que acaeció a Eliseo con una pobre viuda, a la cual, como le pidiese remedio para pagar las deudas de su marido, respondió el santo varón: *Mujer, ¿tienes por ventura algo en tu casa?* Y como ella respondiese que no tenía *más de un poco de aceite para ungirse*, mandole el profeta que pidiese prestadas por toda su vecindad *muchas vasijas* y que, encerrándose *en su casa con sus hijos, derramase un poquito de aquel olio en cada vaso* de aquellos, porque, por virtud de Dios, ello se multiplicaría de tal manera, que hubiese para pagar las deudas y para pasar después la vida. Así lo hizo la buena mujer, y así se cumplió lo que el Profeta le dijo (cf. 2 Re 4,1-7). Pues ¿qué es esto, sino figura clara de lo que obra esta virtud? Porque, sin duda, por pobre que esté un ánima, si con todo eso no le faltare un poco deste olio de misericordia y usare de la industria desta mujer, derramando un poco dél en las necesidades de los pobres, haciendo esto con tanto secreto que no sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra (cf. Mt 6,3), tenga por cierto que se multiplicará tanto el fruto y mérito deste repartimiento, que habrá para pagar las deudas de todos los pecados pasados y para enriquecerse de nuevos merecimientos. Y esto fue lo que el Profeta significó cuando dijo: *Derramó y dio su hacienda a los pobres; mas la justicia y mérito desta obra permanecerá en*

¹⁵⁸ «Ignem ardentem exstinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis» (3,33).

¹⁵⁹ «Quoniam eleemosyna ab omni peccato, et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras» (4,11).

los siglos de los siglos (Sal 111,9) ¹⁶⁰. Y por esta causa el apóstol san Pablo llama a la limosna *simiente*, cuando dice que, *quien poco siembra, poco recogerá, y, quien siembra en abundancia, en abundancia recogerá* (2 Cor 9,6); para dar a entender que así como el sembrar —que parece derramar y desperdiciar la hacienda— no la derrama, sino acreciéntala y multiplícala, así el derramar la hacienda por amor de Dios —donde parece que se pierde— no se pierde, sino crece; y esto en tanto grado, que por uno se dan ciento, y después la vida eterna (cf. Mt 19,29). Por eso nos aconseja Salomón, diciendo: *Arroja tu pan sobre las aguas que corren, que después de mucho tiempo lo vendrás a hallar* (Qo 11,1) ¹⁶¹. Ninguna cosa parece más perdida que la que va el agua abajo; y así parece la limosna a los hombres del mundo; mas al cabo de la jornada se viene a conocer el fruto della, cuando a la hora de la muerte se halla el hombre acompañado deste socorro, y después, en la otra vida, recibe su debido premio. Porque esta es el hacha [*antorcha*] que debemos llevar delante y que nos ha de alumbrar cuando camináremos por aquella región oscura y tenebrosa de la otra vida. Y, por esto, el profeta Isaías, después de habernos encomendado el ejercicio de las obras de misericordia, añade luego, diciendo: *Si así lo hicieres, irá delante tu justicia, y la gloria de Dios te recogerá* (Is 58,8). Porque uno de los mejores títulos que hay para pedir y esperar la gloria es llevar delante de sí el mérito desta misericordia. En lo cual se ve cuán buena manera de granjería es esta para pasar al cielo nuestros tesoros y poner en la otra vida lo que forzosamente se había de quedar en esta. Y así es muy celebrada aquella sentencia de san Ambrosio, que dice: «No se pueden llamar bienes del hombre los que no puede llevar consigo; y, por esto, sola la misericordia es compañera de los difuntos». De manera que en aquella jornada, donde los monarcas y príncipes del mundo se hallarán solos y desamparados de toda la compañía y magnificencia de sus estados, sola la misericordia se hallará a su lado; la cual, no solamente los acompañará, mas también los defenderá en el juicio divino, como adelante se dirá. Por lo cual dice san Crisóstomo que, «bien mirado, no hace bien el que hace bien, sino antes lo recibe, porque mucho más recibe que da, pues da su hacienda a Dios, y no a los hombres». Y, conforme a esto, nos aconseja Gregorio Teólogo: «Demos a los pobres de los bienes que aquí poseemos, porque seamos enriquecidos con los bienes de la otra vida, que no poseemos. Da parte de tu hacienda, no sólo a tu carne, mas también a tu ánima; no sólo al mundo, sino también a Dios. Quita algo de tu carne y ofrécelo al espíritu, arrebatada lo que pudieres y apártalo del fuego que lo ha de gastar, y ofrécelo a aquel Señor que para siempre te lo ha de guardar». Y esto mismo es lo que nos aconseja el Salvador, diciendo: *No queráis atesorar vuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla destruyen la hacienda, y donde los ladrones minan y roban, sino atesorad vuestros tesoros en el cielo, donde para siempre estarán libres deste peligro* (Mt 6,19-20). Y en otro lugar: *Haced —dice él— unos sacos que no se envejezcan, poniendo vuestros tesoros en el cielo, donde ninguna cosa de las que en él entran se envejece ni corrompe* (Lc 12,33). Y en otra parte repite lo mismo por otras palabras, diciendo: *Granjead amigos con el dinero de la maldad, esto es, con la hacienda de que los hombres suelen comúnmente usar mal, porque con una cosa tan vil como esta podéis granjear amigos que después os reciban en las eternas moradas* (Lc 16,9) ¹⁶². En lo cual se ve claro cómo en esta manera de contratación es mucho más lo que el hombre recibe, que lo que da. Por lo cual dice san Agustín: «Acuérdate, hombre, no sólo de lo que das, sino también de lo que recibes; porque sin duda te podrá decir el pobre: “Mira no sea más lo que yo te doy, recibiendo, que lo que tú me das. Porque, si no hubiese quien recibiese de ti la limosna, no darías tierra y comprarías cielo. No hagas caso de mí, si no tienes algo que pedir al que hizo a ti y a mí; porque, si has de pedir a él, porque me oíste a mí, a ti te hiciste en esto gracia de ser oído. Da, pues, gracias a aquel que te hizo cobrar una cosa tan preciosa por un precio tan vil.

¹⁶⁰ «Dispersit, dedit pauperibus; iustitia eius manet in sæculum sæculi».

¹⁶¹ «Mitte panem tuum super transeuntes aquas; quia post tempora multa invenies illum».

¹⁶² «Facite vobis amicos de mamona iniquitatis; ut, cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula».

Das lo que se pierde con el tiempo, y recibes lo que permanece para siempre”. Y, por tanto, nadie diga que da al pobre, porque con más verdad puede decir que da a sí, que al pobre». Hasta aquí son palabras de san Agustín.

[419] Pues, según esto, ¿qué mejor cambio y mejor granjería se puede hallar que esta? Porque damos tierra, y hallaremos cielo; damos pan de hombres, y hallaremos pan de ángeles; damos un jarro de agua fría, y hallaremos una fuente de agua viva; finalmente, damos lo que no podíamos llevar, y darnos han lo que nadie nos podrá quitar. Pues ¿por qué no traspasaremos nuestra hacienda adonde siempre ha de ser nuestra vida? «¿Qué locura es — dice san Crisóstomo— dejar tus bienes en el lugar de donde has de salir, y no traspasarlos al lugar donde para siempre has de vivir? Allí es razón que pongas tu hacienda: donde tienes tu morada». Para lo cual nos dejó Dios buen remedio en las manos de los pobres, que son los banqueros desta hacienda, los portadores de esta mercadería, y el arca de los tesoros de Cristo, y la tierra fértil en que sembró Isaac, que da ciento por uno (cf. Gén 26,12). Por do parece que la condición destes bienes es guardarse cuando los derramas, y perderse cuando desordenadamente los guardas. De suerte que aquello solamente es tuyo: que diste por tu ánima; y todo lo que aquí dejares, quizás perdiste. Pues ¿qué más era menester —supuesta la fe destas verdades— para dar los hombres cuanto tienen por tan grandes esperanzas, pues lo que la palabra de Dios promete es, de su parte, más cierto que lo que en las manos se tiene?

VI. Oportuno socorro de Dios en las tribulaciones

Mas todavía, allende destes provechos y bienes tan grandes, añadiré otros particulares para los cuales también vale mucho esta virtud. Uno de los cuales es **socorro de Dios oportuno en las tribulaciones**; que, sin duda, es debido con mucha razón al misericordioso. Porque, si dice el Salvador que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos (cf. Lc 6,38), justa cosa es que el que socorrió al prójimo en su tribulación sea socorrido de Dios en la suya. Y, si es de hombres fieles y amigos pagar a su tiempo el beneficio que recibieron, y socorrer a quien los socorrió, ¿qué hará aquel fidelísimo Señor, que tantas veces tiene dicho que el beneficio que se hace al pobre se hace a él? (cf. Mt 25,40). Esto nos representan maravillosamente las bendiciones que el profeta David, lleno de Espíritu Santo, en un salmo, da a los hombres misericordiosos, por estas palabras: *Bienaventurado aquel que trata del remedio del necesitado y del pobre, porque en el día malo librarlo ha el Señor. El Señor lo conserve y le dé vida, y haga bienaventurado en la tierra, y no permita que caiga en manos de sus enemigos. El Señor le visite y socorra en el lecho de su dolor; toda su cama rodeaste, Señor, en el tiempo de su enfermedad* (Sal 40,2-4). Pues ¿qué mayores bendiciones, qué mejores plegarias se pudieran desear para galardón de los misericordiosos? ¡Cuán de corazón estaba el Profeta aficionado a esta virtud, cuando tales peticiones pide para el que la tiene! Y no las pedía sin causa, sino porque sabía que esta paga estaba así por Dios ordenada para él. Porque escrito está: *Los hermanos ayudan a sus hermanos en el tiempo de la tribulación; mas mucho más ayuda para esto la virtud de la misericordia* (Eclo 40,24)¹⁶³. Y en otro lugar dice el mismo Eclesiástico que *Dios tiene sus ojos en el que usa de misericordia, y que tiene dél memoria para adelante; y que en el tiempo de su caída no faltará quien le dé la mano para que se levante* (Eclo 3,31)¹⁶⁴. Y esto mismo nos promete el mismo Señor por Isaías, diciendo: *Cuando se compadeciere tu ánima y tus entrañas del que tuviere hambre, entonces, en medio de las tinieblas, te amanecerá la luz, y tus tinieblas se esclarecerán como el mediodía* (Is

¹⁶³ «Fratres in adiutorium in tempore tribulationis, et super eos misericordia liberabit».

¹⁶⁴ «Et Deus prospector est eius, qui reddit gratiam; meminit eius in posterum, et in tempore casus sui inveniet firmamentum» (3,34).

58,10)¹⁶⁵. Dando a entender que, cuando el hombre estuviere tan cargado de angustias y tribulaciones que por ninguna parte se le ofrezca un rayo de luz ni de esperanza, entonces será visitado de Dios, de tal manera que las tinieblas de sus angustias se conviertan en prosperidades tan claras como el mediodía; según que claramente se vio en las limosnas de aquel santo Tobías, por las cuales mereció salir de tan grandes tinieblas, así de la vista corporal, como de todas las otras angustias y trabajos que padecía (cf. Tob 12,12-14); porque justo era que así fuese socorrido de Dios en sus trabajos el que tantas veces por su amor había socorrido a los prójimos en los suyos. Así acaeció a este santo, y así entendía él que, en su manera, había de acaecer a todos los misericordiosos, pues, encomendando a su hijo esta virtud, le dijo que, si fuese misericordioso, tuviese por cierto que atesoraba en esto remedio para el día de la necesidad (cf. Tob 4,10).

VII. *Ser oído en las oraciones*

Añado más a esta gracia otra semejante a ella, que es **ser oído el hombre en sus oraciones**; y esto, por la misma razón. Porque así como vos oísteis los clamores del pobre cuando os pedía misericordia, así es justo que oiga Dios los vuestros cuando la pidiéredes a él. Y, por esto, acabando el profeta Isaías de decir: *Parte tu pan con el pobre, y recoge en tu casa los necesitados y peregrinos, y viste los desnudos*, añadió luego, diciendo: *Cuando esto hicieres, llamarás, y el Señor te oirá; darle has voces, y decirte ha: «Aquí estoy presente»*, porque misericordioso soy, dice el Señor (Is 58,7.9). Como si más claramente dijera: «Porque de mi naturaleza soy misericordioso, naturalmente huelgo con la misericordia, y amo los misericordiosos; y así les pago en la misma moneda, esto es, que como ellos oyeron los clamores de los pobres, así también sean ellos oídos en los suyos». Y no sólo oídos cuando claman, pero también aunque estén mudos, porque la misma misericordia está dando voces por ellos, según que lo afirmó el Eclesiástico, diciendo: *Esconde la limosna en el seno del pobre, porque dende ahí estará ella dando voces por ti a Dios* (Eclo 29,12)¹⁶⁶. Mas, por el contrario, el que no oye las voces del pobre, tampoco será él oído de Dios, como muy claramente lo testificó el Sabio, diciendo: *El que cierra sus oídos a las voces del pobre, él llamará y no será oído* (Prov 21,13).

[420]

VIII. *El premio de la vida eterna*

¿Qué más se puede, sobre todo esto, desear? Pues aun a todas estas gracias añado la mayor y la más digna de ser preciada de todas, que es el **premio de la vida eterna**, y la defensión que los misericordiosos tendrán en el día del juicio con el favor desta virtud. ¡Oh, cuán segura tendrá en este día su causa el que pareciere ante Dios vestido de misericordia! Porque, como dijo el santo Tobías: *Grande ánimo y confianza da la limosna a todos los que la ejercitan, delante del sumo Dios* (Tob 4,11)¹⁶⁷. Si los demonios se levantaren contra él, esta virtud le defenderá. Porque, como dice el Eclesiástico, *esa peleará contra sus enemigos*

¹⁶⁵ «Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam adflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua, et tenebrae tuae erunt sicut meridies».

¹⁶⁶ «Conclude eleemosynam in corde pauperis, et hæc pro te exorabit ab omni malo» (29,15).

¹⁶⁷ «Fiducia magna erit coram summo Deo eleemosyna omnibus facientibus eam» (4,12).

mejor que la lanza y que el escudo del poderoso (Eclo 29,13)¹⁶⁸. Y, si el mismo Dios le quisiera poner demanda, y dijere que le hace cargo de todos los siete pecados mortales en que ha caído, responderle ha: «Señor, en recompensa [*compensación*] de esos siete pecados os presento las siete obras de misericordia, en que por vuestro amor me he siempre ejercitado. Vos dijistes que bienaventurados eran los misericordiosos, porque ellos alcanzarían misericordia (cf. Mt 5,7). Vos dijistes que por la medida que midiésemos habíamos de ser medidos (cf. Lc 6,36). Vos dijistes que la limosna libra de la muerte y no deja el ánima ir a las tinieblas (cf. Tob 4,10). Vos dijistes que la misericordia es más alta que el juicio (cf. Sant 2,13), esto es, que ella prevalece contra el juicio de vuestra justicia, porque, a quien el juicio condena, absuelve la misericordia. Pues, Señor, persevera y sea glorificada la verdad de vuestra palabra, y tened por bien usar de misericordia con quien usó de misericordia. ¿Qué más diré? Vos, finalmente, por vuestra santísima boca afirmastes que el día del juicio apartaríades a los corderos de los cabritos, esto es, a los buenos de los malos; que a los buenos diríades: *Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesión del Reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y dístesme de comer luego; tuve sed, y dístesme también de beber; era peregrino, y recogístesme; estaba desnudo, y vestístesme; estaba enfermo y encarcelado, y visitástesme; y que responderían entonces los buenos, y dirían: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, y os dimos de comer; sediento, y os dimos de beber; desnudo, y os vestimos?* Y responderles ha el Señor: *En verdad os digo que cuando eso hicistes a uno destos pequeñuelos míos, a mí me los hicistes, e yo lo recibí, y así os lo quiero ahora galardonar (Mt 25,33-40)*». Pues ¿qué galardón se puede pensar mayor que este? ¡Cuán dichosos serán los oídos que oirán de la boca del Hijo de Dios estas palabras, más dulces que la miel y que el panal: «*Venid, benditos de mi Padre*»! Sólo esto bastaba, no digo yo para hacer misericordia, sino para andar por mar y por tierra buscando con quien usar de misericordia, para merecer oír en este día tal palabra.

Mas ¿qué quiere decir que, habiendo tantas obras virtuosas por las cuales se merece el Reino del Cielo, no se hace aquí mención más que de sola la misericordia? Muchas cosas hay aquí que considerar. Porque, primeramente, aquí tenemos que contemplar la admirable sabiduría de Dios, el cual, como conocía la grande escaseza del hombre, que todo lo quiere para sí, propúsole un tan grande premio como este, para inclinarle a misericordia, para que la grandeza deste galardón venciese la dureza de su corazón. Ofrécese también la largueza inefable de Dios y el deseo que tiene de salvarnos, pues vino con nosotros en darnos el mayor de todos los bienes del mundo por el menor de todos los bienes dél. Porque el mayor de todos los bienes es la gloria, el menor de todos es el dinero: y lo uno da por lo otro, que es una cosa preciosísima por otra vilísima. Y, finalmente, danos por dinero lo que él no compró con dinero, sino con su misma sangre. Ofrécesenos también aquí la admirable bondad, caridad y prudencia de Dios, el cual, como sabía que había de haber pobres en el mundo, porque así convenía que fuese para ellos y para nosotros, porque los unos padeciendo y los otros compadeciéndose, los unos con paciencia y los otros con misericordia ganasen el Reino del Cielo, por esto, deseó tanto el remedio de los unos y de los otros, que lo vino a encomendar con las más encarecidas palabras y promesas que se podían encomendar, diciendo: *Lo que a uno destos pequeñuelos hicistes, a mí lo hiciste*. Porque, si un rey se ausentase de su reino por algún tiempo, y quisiese encomendar a los grandes del reino un muy amado hijo que en él dejase, ¿con qué otras palabras más encarecidas lo podía encomendar, que diciendo: «Lo que hiciéredes con este hijo mío, que queda en vuestro poder, conmigo lo hacéis, y como tal os lo gratificaré»? Pues ¿con qué otras más amorosas palabras podía este Señor encomendar el remedio de los pobres, que poniendo a sí mismo en lugar dellos, y encomendándolos así? ¡Oh maravillosa excelencia la del pobre de Cristo, pues en él se representa la persona de Dios! De manera que Dios viene a esconderse en el pobre, y este es el que extiende la mano, mas Dios

¹⁶⁸ «Super scutum potentis, et super lanceam adversus inimicum tuum pugnabit» (29,18).

el que recibe lo que se ofrece y el que ha de dar el galardón. Si los pobres fueran reyes o príncipes de la tierra, no me maravillara yo tanto que así los encomendara; mas, siendo como son las heces del mundo, que los junte Dios consigo y los ponga en su lugar, ¿qué cosa puede ser de mayor nobleza y de mayor bondad y misericordia?

Esta es, pues, una de las mayores alabanzas que se predicán desta virtud, que es tener el hombre por ella tan justificada y abonada su causa para el día de la cuenta. Por lo cual dice el Apóstol que esta virtud *vale para todas las cosas, pues a ella se prometen los bienes desta vida y de la otra* (1 Tim 4,8). Sobre las cuales palabras dice la Glosa: «Si alguno se ejercitare en las obras de misericordia, aunque tenga otras culpas, será por ellas castigado, mas no será condenado». Lo cual no se ha de en- [421] tender del que, confiando en las limosnas que hace, persevera en los pecados, porque este tal provoca contra sí —como dice el Apóstol— la benignidad y paciencia de Dios, que le espera a penitencia (cf. Rom 2,4). Mayormente que, como dicen san Gregorio, «el que da al prójimo su hacienda, y no guarda su vida de la malicia, sus cosas da a Dios, y a sí mismo al pecado». De manera que lo que era menos ofreció a su Criador, y lo que era más guardó para su maldad. Así que no se promete aquí salud al que, con esta esperanza, persevera en el vicio, sino declárase por estas palabras cuánta parte sea esta virtud entre todas las otras para alcanzar la vida eterna. Y esto dice aún más claro san Jerónimo en una epístola que escribe a Nepociano, por estas palabras: «No me acuerdo haber leído que muriese mala muerte el que de buena gana se ejercitó en obras de misericordia. Porque tiene este tal muchos intercesores que rueguen por él; y no es posible que no sea oída la oración de muchos». Y, si esto es así, «grande es, por cierto —dice un doctor—, la virtud de la limosna, pues con tan grande confianza introduce a sus devotos en el Reino del Cielo. Porque es ella muy conocida de los porteros deste Reino y de las guardas deste palacio; y no sólo conocida, sino también acatada, y así confiadamente hace que se dé la puerta a todos aquellos de quien ella fue honrada. Porque, si ella fue poderosa para traer a Dios del cielo a la tierra, mucho más lo será para subir a los hombres de la tierra al cielo». Y en otro lugar añade el mismo doctor, diciendo: «Cosa maravillosa es que el pobre ciego, recibiendo de nos misericordia, sea parte para guiarnos al cielo, y que, andando él arrimado a las paredes, y cayendo en los barrancos, sea poderoso para enseñarnos la subida a lo alto; porque este poder le dio la virtud de la misericordia». Y por esto dicen comúnmente los doctores que quiso el Salvador subir al cielo del Monte de las olivas: para dar a entender que la virtud de la misericordia —significada por ellas— es la que hace subir a los hombres a este lugar. Asimismo se escribe que el rey Salomón mandó hacer dos puertas de madera de olivas para entrar en el *Sancta Sanctorum* (cf. 1 Re 6,31): para dar también a entender que por el ejercicio de las obras de misericordia —significadas por este árbol— habían los hombres de entrar en el Reino de Dios. Pues, si todos nuestros deseos y esperanzas tiran a ese punto, y tanto nos ayuda para esto la virtud de la misericordia, ¿quién será tan duro y tan enemigo de sí mismo, que, por perdonar un poco de dinero, quiera despreciar un tan inestimable tesoro?

IX. Necesaria para el que tiene posibilidad de hacerla

Mas podrá, por ventura, decir alguno que todas estas gracias sobredichas, por grandes que sean, nos convidan, mas no necesitan [*obligan*] a usar desta virtud, porque, ofreciéndonos grandes favores y medios para ganar el cielo, no nos dejan cerrados otros caminos por donde se podría alcanzar. Pues, para que esto no haya lugar, añadido a todo lo sobredicho **la necesidad que tiene desta virtud el que tiene posibilidad para usar della**; porque esto es ya como tomarnos por hambre y ponernos el cuchillo a la garganta. Esto nos predicán y nos confiesan también todas las Escrituras Sagradas, no menos que lo pasado. Porque el mismo Señor que convida los misericordiosos al Reino de su Padre por haber ejercitado las obras de

misericordia, él mismo despide a los crueles e inhumanos de este Reino, por no las haber ejercitado: *Id, malditos, al fuego eterno. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; etc. [Mt 25,41-42]*. Por do parece que así como la misericordia abre a los unos las puertas deste Reino, así la crueldad e inhumanidad las cierra a los otros. Porque, como dice el apóstol Santiago, *juicio sin misericordia se hará contra el que no hubiere usado de misericordia* (Sant 2,13). Pues ¿qué será del hombre, por justificado que sea, si fuere juzgado sin misericordia? «¡Ay de la vida del hombre, por muy loable que haya sido —dice san Agustín—, si fuere de ti, Señor, juzgada sin misericordia!» (*Confess.*, IX,13). Y también de aquel que no hubiere usado de misericordia: porque sin ella será juzgado. Así lo dice san Basilio, por estas palabras: «No usaste de misericordia: no alcanzarás misericordia. No abriste las puertas de tu casa al pobre: no te abrirá Dios las del cielo. No diste un pedazo de pan al que había hambre: no recibirás la vida eterna». Y en otro lugar dice el mismo santo: «Ten por cierto que el fruto ha de responder a la simiente. Sembraste amargura: amargura cogerás. Sembraste crueldad: esta te responderá. Huiste de la misericordia: ella también huirá de ti. Aborreciste al pobre: aborrecerte ha también aquel que por amor de los pobres se hizo pobre».

Estas y otras semejantes amenazas, aunque generalmente pertenecen a todos los que pueden usar de misericordia (mayormente cuando se ofrecen grandes necesidades, puesto que [*aunque*] no fuesen extremas), señaladamente pertenecen a los ricos inhumanos, que, teniendo las arcas llenas de bienes, dejan perecer de hambre a los miserables. Cuya persona representa aquel rico glotón del Evangelio, que tan inhumano fue para con el pobre Lázaro, pues aun hasta las migajas que caían de su mesa no le daba (cf. Lc 16,19ss). Lo cual deberían notar mucho los ricos deste mundo, considerando que, como dice san Agustín, «no fue este rico condenado por haber tomado las cosas ajenas, sino por no haber dado las suyas propias». Por lo cual, puesto en el infierno, vino a pedir cosas tan pequeñas como era una gota de agua: porque negó él también al pobre cosas tan viles como era una migajuela de pan. Esta misma persona también nos representa el otro rico del Evangelio que, sucediéndole bien la cosecha de un año, en lugar de dar gracias a Dios por ella, habló consigo mismo desta misma manera: *Aquí tienes, ánima mía, muchas cosas buenas, que te servirán para muchos años: come, bebe y huélgate* (Lc 12,19). Sobre las cuales palabras dice san Basilio: «¡Oh palabras desatinadas!, ¡oh extraña locura! Dime, ruégote: ¿Qué más dijeras, si tuvieras un ánima de puerco? Saca, miserable, de la cárcel esas riquezas que tienes presas; triunfa de esa casa obscura donde está el dinero de la maldad encarcelado, y toma por almarío donde lo pongas las casas de los pobres, y atesora para ti un rico tesoro en el cielo. ¿Qué impedimento tienes para no hacer esto? ¿No está el pobre a la puerta de tu casa? ¿No tienes hacienda de que hacer limosna? ¿No está el galardón aparejado? ¿No tienes expreso mandamiento de esto? Y, con todo eso, ¿no sabes decir más que una palabra: “No tengo, no daré, porque yo también soy pobre”? Pobre eres, por cierto: pobre de caridad y humanidad, de fe y de esperanza. Mas dirás: “¿A quién hago injuria, si guardo mi hacienda?” ¿Cuál llamas *tu* hacienda? ¿Por ventura, viniendo a este mundo, trajiste algo contigo? ¿Por qué piensas eres tú rico, y aquél pobre? Cierto, no por otra causa sino porque tú recibas el premio de la benignidad y fiel administración de tu hacienda dando limosna, y el otro sea honrado con la corona de la paciencia. Mira, pues, lo que haces en tener lo que no sólo a ti, mas también a tu prójimo pertenece. Mira que de los pobres es el pan que injustamente guardas, y de los desnudos la vestidura que en tu arca tienes, y del que anda descalzo el zapato que en tu casa se envejece, y del pobre el dinero que tú escondes en la tierra. Mira que las riquezas son redención de las ánimas, y que, guardándolas, las pierdes, y perdiéndolas por Dios, las guardas. Vi yo algunos que ayunaban, oraban y lloraban los pecados pasados, y, finalmente, que se ejercitaban en todas aquellas obras de virtud que no les costaban dinero; y, con todo eso, no querían dar un maravedí por Dios, teniendo bienes demasiados. ¿Qué les aprovechó a estos la diligencia de todas las otras virtudes, pues no por eso alcanzaron el Reino de Dios?» Hasta aquí son palabras de san Basilio, recogidas de

diversos lugares suyos; las cuales bien declaran la necesidad que tienen desta virtud los que tienen abundantemente con qué ejercitarla. Porque, si no bastaban a aficionarnos a ellas todas las gracias y excelencias pasadas, baste a lo menos la misma necesidad, que todas las cosas vence.

Y, para mayor prueba desto, añadido aquí aquella temerosa sentencia de san Juan, que dice: *Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viere a su hermano padecer necesidad, y no abriere sus entrañas para remediarle, ¿cómo diremos que la caridad de Dios está en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino también con obras y con verdad* (1 Jn 3,17-18). Pues ¿qué cosa más temerosa que esta? Si es argumento de no tener caridad no socorrer al que padece grande necesidad, ¿qué será de los ricos deste mundo, que tan poca cuenta tienen con esto? Porque, donde no hay caridad, no hay gracia, y donde no hay gracia, no hay gloria; y, según esto, ¿con qué gusto y consolación vive quien en tan peligroso estado vive?

X. Bendiciones y prosperidades temporales

Todas estas cosas, evidentemente, nos declaran en cuánto precio se debe estimar una virtud que para tantas y tan grandes cosas nos aprovecha. Y, por cierto, muy duro, muy avaro y muy pobre de misericordia ha de ser el corazón que no se mueve a misericordia con tales prendas como estas. Mas, si alguno hubiere tan ciego y tan amigo de su interese, y tan mal apreciador de las cosas, que estime en más las vilezas de los bienes temporales, que todo cuanto hasta aquí se ha dicho, de manera que ninguna cosa tiene precio en su corazón, sino solo el interese, tampoco por esto no nos desavendremos con él; antes por aquí le daremos las manos llenas para eso mismo que desea. Porque es tan soberana y tan admirable la bondad de Dios, y el respeto que tiene a los que hacen bien, que **no sólo en la otra vida, sino también en esta les quiere dar el galardón.**

Nueva cosa parece esta, mas también la hallaremos testificada en las Escrituras divinas, como todas las otras. Y no quiero alegar para esto las autoridades y promesas de la vieja Ley, y aquel famoso capítulo veintiocho del Deuteronomio, donde tantas bendiciones y prosperidades temporales se prometen a los guardadores de la ley, porque esto era cosa muy común en aquel estado; mas alego para esto aquellas palabras de Salomón, que dicen: *Honra a Dios con tu hacienda, y haz bien a los pobres de los primeros frutos della, y con esto se hincharán tus graneros de hartura, y tus lagares de vino* (Prov 3,9-10)¹⁶⁹. Y, allende de esta promesa, tenemos otra que dice: *El que da al pobre nunca se verá en necesidad; y el que menosprecia al que le pide limosna padecerá pobreza* (Prov 28,27)¹⁷⁰. Y esta misma sentencia repitió el mismo Salomón por otras palabras, diciendo: *Unos hay que reparten su hacienda, y con esto se hacen más ricos; y otros hay que toman la ajena, y siempre viven en pobreza* (Prov 11,24)¹⁷¹. Pero muy más claro testificó todo esto el Apóstol, escribiendo a Timoteo, su discípulo, cuando dice así: *Ejercítate en obras de piedad, porque los ejercicios corporales para poco son provechosos; mas la piedad para todo vale, pues a ella se prometen los bienes de esta vida y de la otra* (1 Tim 4,7-8). ¿Ves, luego, cómo todo se promete al misericordioso, lo de acá y lo de allá, los bienes deste siglo y los del cielo? Por donde, si no se movía tu corazón a esta virtud con las promesas de los bienes espirituales, aquí tienes ya lo que deseas, que son los bienes temporales, que también se prometen al que da lo que tiene,

¹⁶⁹ Fr. Luis mete aquí *pobres*, de los cuales nada dice el texto: «Honora Dominum de tua substantia, et de primitiis omnium frugum tuarum da ei; et implebuntur horrea tua saturitate, et vino torcularia tua redundabunt».

¹⁷⁰ «Qui dat pauperi, non indigebit; qui despicit deprecantem, sustinebit penuriam».

¹⁷¹ «Alii dividunt propria, et ditiores fiunt; alii rapiunt non sua, et semper in egestate sunt».

por amor de Dios. Y por esto nos aconseja el Sabio que demos siete partes, y ocho partes de nuestra hacienda, por Dios (cf. Ecl 11,2): las siete, para alcanzar por ellas los bienes que pertenecen a esta vida, significada por el número siete, que hace una se- [423] mana; y las ocho, que exceden en un grado a este número, para alcanzar los bienes de la otra, que por este número de ocho es significada. Finalmente, todas estas autoridades dicen lo que el Salvador en una palabra resumió en el Evangelio, diciendo: *Date, et dabitur vobis*; que es decir: *Dad, y daros han* (Lc 6,38).

Esto nos mostró muy a la clara el mismo Señor, que lo prometió, en aquella viuda que repartió con Elías esa pobreza que tenía, que no era más que un poquito de harina y una alcucilla de aceite, que para sí y para su hijo en un año de hambre había guardado (cf. 1 Re 17,9ss). Pero, con todo esto, pidiéndole el profeta limosna, primero aparejó la comida para él, que para sí; y no le dio de lo mucho, poco, sino eso poco que tenía lo dio todo; y, padeciendo su hijo hambre, da de comer primero al profeta, que al hijo; y, puesta en tan grande necesidad, primero se acordó de la misericordia, que de la necesidad. Mas, por esta fe y liberalidad que tuvo, mereció que ni la tinajica del harina ni el vaso del olio faltase[n], hasta que Dios envió abundancia de agua sobre la tierra. Por do parece que no quitó la madre a su hijo lo que dio al profeta, sino antes por este medio lo acrecentó. Y esta buena mujer, como pondera Cipriano, no conocía a Cristo, ni había oído su doctrina, ni redimida por él había recibido su carne y sangre en mantenimiento; y, con todo esto, fue tan piadosa como has visto; para que por aquí se vea qué pena está aparejada para el que, viviendo en la Iglesia de Cristo, es rico inhumano, pues esta pobre mujer usó de tanta piedad, siendo gentil.

Mas no es sólo este ejemplo que hallaremos para confirmación desta verdad, porque llenas están las historias y vidas de santos de semejantes maravillas, donde leemos que las haciendas, que con esta fe y caridad se repartieron, fueron multiplicadas; queriendo el Señor mostrar la grandeza de su bondad y fidelidad con los que hacen algo por él, y probar la verdad de aquella sentencia que él dijo: *Dad, y daros han*.

Ahora preguntote, hermano, si crees que todo esto es verdad. Si dices que *no*, síguese que no tienes fe, y que no eres cristiano, pues no crees a las palabras de Cristo. Si dices que *sí*, has de confesar luego que, dando limosna, no pierdes en la ganancia, antes la multiplicas, no sólo espiritualmente, sino también temporalmente. Y, aunque tú no veas camino ni medio para eso, pero realmente ello ha de ser así, pues Dios lo dice. Si no, dime: ¿Por qué causa crees que Dios es trino y uno? Dirás que porque Dios lo dice, porque eso solo basta para creerlo. Pues, el mismo Dios que dice esto, dice también que el que da al pobre nunca se verá en necesidad. Por donde, si tú crees lo uno, aunque sea sobre toda razón, también has de creer lo otro, aunque así lo sea. Pues, si eso crees con tanta firmeza, ¿cómo eres escaso en repartir tu hacienda, pues la fe te dice que, repartida, la multiplica? Si, porque sabes que el trigo que siembras se ha de multiplicar, lo derramas confiadamente en la tierra, aunque muchas veces te falta esta esperanza; si crees con mayor firmeza que la limosna que das es simiente que siembras, y que en el cielo y en la tierra se multiplica, ¿cómo eres tan escaso en esta sementera, siendo tan liberal en la otra? Si dices que no ves cómo derramando tu hacienda se pueda multiplicar, tampoco ves cómo sea Dios trino y uno. Si crees esto, porque lo dice Dios, también has de creer esotro, pues lo dice el mismo Dios; y la autoridad que tiene lo uno, tiene lo otro; sino que lo uno cuesta dineros, y lo otro no. Así que, por esta razón, o has de negar la fe, o has de confesar que es verdad lo que la Escritura dice: que el que da al pobre no se verá en necesidad.

Pues, si Dios y la fe aseguran esto, ya que todos los otros intereses espirituales no te mueven, ¿cómo no te mueve siquiera este temporal? Mira que por ninguna parte te puedes excusar, porque, si lo has por bienes espirituales, aquí te los damos a manos llenas, y si por bienes temporales, aquí también los da el Señor por su medida. Ca esta virtud para todo sirve,

para los bienes desta vida y de la otra. Pues ¿qué puedes alegar, para que no puedas usar de misericordia?

XI. Conclusión de todo lo dicho

Tornemos ahora, pues, al principio y hagamos aquella comparación que propusimos: pongamos en una balanza esta pérdida de hacienda que se sigue de dar limosna, y en la otra pongamos todos estos bienes que la palabra de Dios promete a los que dan, para ver si es razón trocar lo uno por lo otro. Pongamos, pues, la primera excelencia que por aquí se alcanza, que es ser semejantes a Dios en lo más glorioso que hay en Dios para con los hombres, que es la misericordia; y pongamos también el ser familiarmente amados dél como personas más semejantes a él, que es la segunda; y añadamos a esto el tener tan aparejada y merecida la misericordia de Dios todos aquellos que usaron de misericordia con los hombres; y con esto juntemos todos los otros bienes que tras estos se siguen, que son: perdón de los pecados, acrecentamiento de merecimientos, tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en las oraciones, defensión para el día del juicio, salud y vida perdurable, y, con todo esto, ajuntemos la provisión de bienes temporales que Dios promete al que partiere lo que tiene con los pobres. Todas estas cosas juntas carguemos en esta balanza, y en la otra pongamos un poco de pérdida de hacienda; y, esto hecho, veamos si es justo que hombre que tenga seso y razón deje de gozar de tan grandes bienes como estos, por una tan pequeña pérdida temporal. Ni sé quién habrá, que esto profundamente considere, que no se avergüence de sí mismo, si algún tiempo se vio para con Dios escaso, ofreciéndole este tan rico partido. Por lo cual dije al principio que falta de luz y de consideración era la principal causa de nuestros males. Porque ¿quién habría que, poniendo todas estas cosas ante los ojos, no tuviese por ganancia perder todo cuanto tiene, por gozar de tantos bienes? ¿Qué pérdida podría haber tan grande, que no quedase suficientísimamente recompensada con todos estos provechos? Y, siendo esto así, gran maravilla es ver el día de hoy tan encendida la codicia, y tan resfriada la caridad entre los cristianos. Y creo cierto que, si los infieles supiesen esto, que se espantarían y pasmarían de cómo la gente que tiene fe de estas verdades **no vende todo cuanto tiene** por gozar de tales bienes, porque **con menos que esto no responde dignamente a la dignidad de tan grandes esperanzas**; según que muchos santos lo hicieron.

Mas, si todavía fuere alguno tan ciego y tan obstinado que quiere alegar el menoscabo de su hacienda, y la provisión de sus hijos, para no hacer limosna, oiga lo que contra esto dice el bienaventurado mártir Cipriano, por estas palabras: «Temes, miserable, que desfallecerá tu patrimonio, si fueres largo para Dios, y no miras que, temiendo tú que no desfallezca tu hacienda, desfallece cada día tu vida; y mirando no se disminuyan tus cosas, tú te pierdes y disminuyes, pues eres más amador del dinero, que de ti mismo; y así, temiendo perder el patrimonio, tú te pierdes por salvar el patrimonio. Temes que faltará de comer, si fueres largo y piadoso para el pobre. ¿Cuándo jamás faltó de comer al justo, pues está escrito que *no matará Dios de hambre el ánimo del justo*? (Prov 10,3). A Elías sirven los cuervos de dispenseros en el desierto (cf. 1 Re 17,6); a Daniel, encerrado en el lago de los leones¹⁷² para ser comido dellos, se le trae de comer por providencia divina (cf. Dan 14,31ss); ¿y tú temes que al que trabaja y sirve a Dios le faltará la comida? *Mirad* —dice él— *las aves del aire, que no siembran ni siegan ni guardan, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues, vosotros, ¿no sois de más precio que ellas?* (Mt 6,26). Y las aves apacienta Dios, y a los pájaros da de comer, y a los hijos de los cuervos que le llaman (Sal 146,9). Pues, si no falta el

¹⁷² «Qui miserunt eum in lacum leonum» (14,30). *Lacus leonum* (literalmente, lago de los leones): «Foso o cueva para encerrar los leones».

mantenimiento a quien falta el sentido y conocimiento de Dios, ¿cómo piensas tú que faltará al cristiano, al siervo de Dios y al que se ocupa en guardar sus mandamientos y es amado de su Señor? Si no ¿piensas, por ventura, que no dará de comer Cristo a quien da de comer al mismo Cristo, o que negará los bienes de la tierra a quien concede los bienes del cielo, o que no dará un poco de pan y de carne a quien da su misma sangre y su carne? ¿De dónde nace en ti esta desconfianza y este sacrílego y malvado pensamiento? ¿Qué hace en la casa de la fe el pecho desleal? ¿Cómo se precia del nombre de cristiano el que no se fía de Cristo? ¿Para qué te quieres excusar con esas vanas sombras de excusas? Confiesa la verdadera causa de esa dureza y descubre el secreto de tu corazón. La causa es que las tinieblas de la esterilidad han ocupado tu ánimo, y, huyendo de ahí la lumbre de la verdad, cegó tu pecho carnal la escuridad profunda de la avaricia. Eres cautivo y esclavo de tu dinero, y estás preso con las cadenas de tu codicia, y, habiéndote una vez libertado Cristo, tú mismo te vuelves a cautivar. Guardas el dinero, que guardado no te guarda, y acrecientas el patrimonio, que con su peso te derriba.

»Pon los ojos en aquella viuda del Evangelio que, cercada de las angustias de su pobreza, ofreció en el arca del Templo solas dos blancas que poseía (cf. Mc 12,42). Hayan vergüenza los ricos de su esterilidad, pues la viuda y la pobre les lleva la delantera en obras de misericordia. Y, como sea verdad que las limosnas se den comúnmente a huérfanos y viudas, hace limosna la que hubiera de recibirla; para que por aquí entendamos qué pena está aparejada para el rico inhumano, cuando aun por este ejemplo es amonestado el pobre a que sea misericordioso. Y, si dices que la muchedumbre de los hijos te hace menos liberal para con los prójimos, a esto te respondo que por el mismo caso hubieras de ser mucho más, porque, mientras hijos tienes, mayor necesidad tienes de Dios. Porque, habiendo más hijos, tienes más para quien pedirle mercedes, y más son los delitos que has de redimir, más las conciencias que has de curar, y más las ánimas que has de remediar. Porque así como en la vida secular, para mayor número de hijos es menester mayor patrimonio, así en lo espiritual, cuanto creciere el número de los hijos, tanto ha de crecer el número de los servicios; como vemos que lo hacía el santo Job (cf. Job 1,4-5). Y, si tratas de buscar padre para tus hijos, no trates del que es temporal, sino de aquel que es espiritual y eterno. A este tal ofrece tu hacienda, porque este la guardará fielmente a tus herederos. Ese sea el tutor de tus hijos, ese el curador dellos, ese sea, contra todas las injurias del mundo, su protector. **El patrimonio que se pone en manos de Dios, ni la república lo toma, ni el fisco lo ocupa, ni la calumnia de las audiencias seculares lo roba.** En lugar seguro está la heredad que tiene a Dios por guardador. Esto es proveer a los hijos para adelante, esto es proveer de remedio a los herederos con piedad paternal».

Casi todas estas palabras son de Cipriano; por las cuales verás cuán fría es la excusa de los que, por el cuidado demasiado de sus hijos, dejan de socorrer a los pobres. De estos mismos se queja san Agustín por otras palabras semejantes, diciendo: «Cristo, en el pobre, te pide, y no le das, diciendo que lo guardas para los hijos. Yo te pongo delante a Cristo, ¿y tú me con- [425] trapones a tus hijos? Grande injusticia es que guardes para que desperdicie tu hijo, padeciendo hambre tu mismo Dios, pues él dice: *Lo que hicistes a uno destos pequeños, a mí lo hicistes* (Mt 25,40). Y, sabiendo tú esto, ¿no temes ser escaso, viendo quién es este que padece necesidad? Cuéntasme el número de tus hijos: mira que entre estos has de añadir otro, y este será tu Señor. Tienes un hijo: este sea el segundo. Tienes dos: sea el tercero. Tienes tres: haz que siquiera sea el cuarto». Hasta aquí son palabras de san Agustín. ¿Pues qué podrá responder aquí la codicia humana contra toda esta fuerza de razones? Pues, aún sobre todo esto, hay más que decir.

XII. [De cómo debe el hombre ser misericordioso y limosnero, por representarse en los pobres Cristo, de quien hemos recibidos tantos bienes]

Porque, sobre todo lo dicho, hay otra cosa que nos había de mover a misericordia; porque verdaderamente, aunque esta virtud ni fuera tan necesaria para nuestra salvación, ni trajera consigo tantos y tan grandes provechos espirituales y temporales, como aquí hemos declarado, sola la **obligación que tenemos a nuestro Señor por las grandes misericordias** que dél hemos recibido bastaba para hacernos amadores de misericordia; aunque más no hubiera. Y desta razón principalmente se aprovecha san Pablo para persuadir a los de Corinto esta virtud, diciendo: *Ya sabéis, hermanos, cuál haya sido la gracia y misericordia de Cristo para con nosotros, pues que, siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza* (2 Cor 8,9). Pues, si Dios llegó a hacerse pobre por amor de los hombres, ¿qué mucho es hacerse los hombres *pobres* por amor de Dios? Y si Dios se dejó vender por amor de los hombres, ¿qué mucho es vender los hombres un pedazo de hacienda por amor de Dios? ¿Quién negará un pedazo de pan a quien se dejó vender por él? ¿Quién no dará una poca de hacienda a quien dio por él su sangre? ¿Quién no padecerá un poco de necesidad y pobreza por quien sacrificó por él su vida? Porque, como dice san Bernardo, «si mil veces hiciese el hombre sacrificio de sí mismo por este Señor, no podría pagar este beneficio». Porque ¿qué proporción hay entre vida de hombre y vida de Dios, y persona de hombre y persona de Dios? Pues ¿cómo será escaso de un pedazo de pan, quien de tantas vidas es deudor? ¿Cómo no se afrontan los que reconocen a este Señor por Criador, y Redentor, y Glorificador, viendo cuán poco hacen por Señor a quien tanto deben? Esta es una consideración con que el bienaventurado Cipriano pretende confundir y avergonzar a todos los cristianos, visto lo poco que hacen por su Señor, haciendo tanto los hijos deste siglo por el suyo. Y así dice él: «Imagine ahora cada uno de nosotros que sale el demonio con todos sus servidores (que es con el pueblo de la perdición) a denostar y avergonzar al pueblo de Dios en presencia del mismo Dios, diciendo: “Mira, Cristo: yo, por todos estos que aquí ves conmigo, ni recibí bofetadas, ni sufrí azotes, ni padecí en cruz, ni derramé sangre por ellos, ni tampoco les prometo el Reino del Cielo ni la gloria del paraíso; y, con todo esto, mira cuán grandes y preciosos dones me ofrecen, y cuán liberalmente gastan en mi servicio lo que en largos tiempos con mucho trabajo ganaron, hasta empeñar y vender su patrimonio para emplearlo en pompas del mundo. Muéstrame, pues, ahora tú, Cristo, otros criados tuyos que así te sirvan y gasten su hacienda por ti. Mira si estos ricos y llenos de bienes hacen otro tanto por ti, siendo tú el que los estás mirando y gobernando en tu misma Iglesia. Mira si llegan a empeñar o a vender sus haciendas para gastarlas por ti, o por mejor decir, para traspasarlas a los tesoros del cielo y mudarlas en mejor posesión. Y mira, más, que, con estos dones que los míos me ofrecen, ninguno se mantiene, ninguno se viste, ninguno se sustenta, porque todo esto se desperdicia en diversas comidas y trajes, y así todo ello brevemente pasa entre el furor del que come y el error del que mira; mas con los gastos de los tuyos, tú en tus pobres eres vestido y apacentado, y tú prometes la vida eterna a quien esto hiciere. Y, con todo esto, apenas los tuyos, que han de recibir tan grandes galardones, se pueden igualar con los míos, que han de padecer tan grandes tormentos”. ¿Qué responderemos a esto, hermanos muy amados? ¿Con qué color defenderemos las conciencias de los ricos, llenas desta sacrílega esterilidad, y cubiertas con una noche oscura de tan grandes tinieblas? ¿Qué excusa tendremos, viendo que somos menos que los siervos del demonio, y que ni aun con un pedazo de pan queremos pagar a Cristo el precio de su sangre?» Hasta aquí son palabras de Cipriano. Las cuales deberían bastar para que se confundiesen los hombres, y se hiciesen más largos para con sus prójimos; sólo por lo que deben a Dios.

Esta consideración movió a los santos a hacer tan grandes extremos, por corresponder a esta obligación, según nos consta por sus historias. Así leemos de santa Isabel, hija del rey de Hungría, que, después que se vio viuda, gastó cuanto le había quedado con hospitales y

pobres; por lo cual llegó a tan gran pobreza, que vino a mantenerse del trabajo de sus propias manos. De santa Paula escribe san Jerónimo que, siendo avisada por el mismo santo que no fuese tan demasiada en hacer limosnas, ella respondió que ninguna cosa más deseaba que andar pidiendo de puerta en puerta por Dios, y acabar la vida con tanta pobreza, que no dejase un solo maravedí a su hija, y que, después de muerta, la envolviesen en una sábana ajena. Y de san Exuperio, obispo de Tolosa, escribe el mismo santo doctor que, muriendo él de hambre, daba de comer a los hambrientos, y quitándose el pan de la boca, andaba amarillo con el hambre ajena; y que, fundiendo para esto los vasos sagrados, traía el cuerpo del Señor en una canastica de mimbres, y la sangre en un vaso de vidrio. Y esta misericordia se escribe de san Agustín y de san Ambrosio, los cuales mandaban fundir los cálices y vasos sagrados, para acudir a necesidades de pobres. Pues ¿qué diré de las misericordias de otros santos, que, cuando no tenían qué dar, se despojaban de sus vestiduras y las daban a los pobres, diciendo que más querían hallarse sin vestiduras, que sin misericordia? ¿Qué diré de nuestro glorioso padre santo Domingo, que, después de haber vendido todos sus libros y todo lo [426] demás que tenía para dar a pobres, ofreciéndose una viuda que le pedía ayuda para rescate de un hijo, como el santo no tuviese ya qué dar, ofreció a sí mismo para ser vendido? Y lo que este santo deseó hacer, hizo el santo obispo Paulino, como lo refiere san Gregorio en sus *Diálogos*; porque, como el santo obispo hubiese gastado todo cuanto tenía en redención de cautivos, cuando ya no tenía qué dar, dejase vender a un bárbaro, y vendido, vino a ser su hortelano, para que así se rescatase el cautivo. Estos y otros infinitos ejemplos se hallan a cada paso en las Escrituras divinas. Tobías, varón santísimo, fue hombre de gran misericordia, y por ella mereció alcanzar tan grande y tan admirable remedio por ministerio de un ángel. Zaqueo, de linaje de gentiles, era tan misericordioso, que la mitad de su hacienda gastaba con pobres; por lo cual mereció ser llamado hijo de Abrahán, y, lo que más es, recibir en su casa por huésped al Señor del mundo (cf. Lc 19,1-9). Y aquella santa mujer Tabita, que en los *Actos de los Apóstoles* hacía tantos beneficios a pobres y viudas, alcanzó por estas obras, después de muerta, ser resucitada por el Príncipe de los apóstoles (cf. Hch 9,36-42). No acabaríamos a este paso de referir ejemplos de santos y santas a este propósito. Mas, a quien estos no bastaren, no sé qué podrá bastar. Por tanto, será bien que dejada esta parte tratemos de la manera que debemos tener en usar de esta virtud.

XIII. De la manera que han de tener los hombres en dar limosna, y a quién señaladamente pertenece darla

Pues para esto es de saber que, según se colige de la doctrina de los santos, el que quiere usar de esta virtud perfectamente ha de guardar las cosas siguientes.

La **primera**, que sea largo y copioso en hacer bien; esto es, que no sea como algunos que se contentan con dar a los pobres una nonada, que parece que les dan más por redimir su vejación y ahorrar de aquella importunidad, que por socorrer a su necesidad; porque, del que desta manera da, dice san Agustín: «El que da limosna por excusar la importunidad del que le pide, y no por socorrer a su necesidad, pierde lo que da y también el merecimiento desta obra». Esta condición es del apóstol san Pablo, que dice: Hermanos, *el que poco siembra, poco cogerá; y el que siembra en abundancia, en abundancia cogerá* (2 Cor 9,6). Verdad es que esta cantidad más se ha de tasar por el deseo del corazón, que por la cantidad de la obra. Porque, como dice san Ambrosio, «el afecto del que da hace rico o pobre al dador, y pone precio a las cosas». Y san Gregorio: «En los ojos de Dios no está la mano vacía de dones, cuando el arca del corazón está llena de buenos deseos». Porque, como dice san Jerónimo, «nadie fue más pobre que los apóstoles, pero nadie dejó más por Cristo que ellos, por la

voluntad grande con que lo dejaron». [Y conforme a esto dice san León, papa: «No se ha de estimar la medida de la piedad por la cantidad de la dádiva, sino por la voluntad del dador». Porque mayores son las dádivas de los ricos, y menores las de los medianos; mas no es diferente el fruto de las obras cuando es igual la voluntad. De manera que, si no fuere igual la facultad, puede ser igual la piedad; porque la largueza de los fieles no se estima por el valor de la dádiva, sino por la cantidad de la benevolencia.] ¹⁷³

La **segunda** condición parece contraria a la pasada, pero no lo es, pues una virtud no puede ser contraria a otra; y esta es que haya discreción y moderación en dar, porque la liberalidad no venga a mudarse en prodigalidad, si se da a quien no conviene, y más de lo que conviene; porque «esto es —como dice san Jerónimo— perder la liberalidad con la liberalidad». Esta condición también es del Apóstol, el cual dice que no habemos de dar de tal manera, que los otros queden abastados y nosotros necesitados, sino con cierta manera de igualdad y proporción; con la cual, el que recibe sea remediado, y el que da no quede pobre (cf. 2 Cor 8,13). Esta condición se pone porque no han faltado algunos que fueron tan demasíadamente largos en dar sus cosas, que después, faltándoles lo necesario, tomaron las ajenas. Por donde generalmente vemos por experiencia que toda prodigalidad vino a parar en avaricia, y que nunca hombre fue pródigo de lo suyo, que no fuese después robador de lo ajeno.

La **tercera** es dar con alegría y prontitud de voluntad; como se escribe que ofreció David y los príncipes del reino todo lo que ofrecieron para la fábrica del templo, por lo cual el santo rey dio gracias a Dios, y le suplicó quisiese siempre conservar aquella prontitud de voluntad en ellos para las cosas de su servicio (cf. 1 Cro 29,1ss). Esta condición también es del mismo Apóstol, el cual nos manda que demos limosna, no con tristeza ni por fuerza, *porque Dios —dice él— ama al dador alegre* (2 Cor 9,7). Y él mismo nos aconseja que ejercitemos el ejercicio de la hospitalidad sin desabrimiento ni murmuración (cf. Rom 12,9-13; 1 Pe 4,9). Y esta condición hace tanto al caso para agradar a Dios y para el mérito de la limosna, que más se estima el valor della por la prontitud y alegría de la voluntad, que por la cantidad de la dádiva, como dijimos.

La **cuarta** condición, que en algo también parece contraria a esta, no lo siendo, es dar con pasión del corazón. Esta condición guardó perfectísimamente nuestro Salvador en todas las obras de misericordia que hacía, pues en todas ellas comúnmente escriben los evangelistas que, movido de compasión y misericordia, hacía lo que hacía (cf. Mc 8,2; Lc 7,13). Y la más alta obra de misericordia de cuantas hizo, que fue la redención del género humano, esto, dice Zacarías en su cántico que procedió de *las entrañas de la misericordia de nuestro Dios*, por las cuales tuvo por bien visitarnos *dende lo alto* (Lc 1,78). Y esta misma condición guardaba en sus obras el santo Job, el cual, después de haber contado muy por extenso todas las maneras de piedades que hacía, al cabo añadió, diciendo: *Lloraba yo en un tiempo con el que estaba afligido, y compadecíase mi ánima del pobre* (Job 30,25) ¹⁷⁴.

La **quinta** condición es que la limosna se haga secreta. Lo cual se entiende de dos maneras: la primera, que no se haga principalmente por el mundo, sino por Dios; la segunda, que se haga secretamente, en especial a los pobres vergonzantes; y aun también a los otros pobres se haga muchas veces secretamente, por quitar la ocasión de vanagloria; aunque bien es que algunas veces se haga [427] manifiestamente, y vea el mundo que hace lo que debe

¹⁷³ Pongo entre corchetes [] aquellos textos que no están en la edición que transcribo, pero sí en otras, y que parecen originales.

¹⁷⁴ «Flebam quondam super eo, qui adflictus erat, et compatiebatur anima mea pauperi».

como cristiano. La cual condición nos encomienda muchas veces el Maestro del cielo en su Evangelio, tan encarecidamente, que no quiere que sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra; para que así sea nuestra limosna en escondido, y nuestro Padre que la ve en escondido nos la galardone en público. Y, de los que lo contrario hacen, dice que ya en este mundo recibieron su galardón (cf. Mt 6,1-4). [La causa de encarecer tanto el Salvador este secreto es tener él muy bien tomados los pulsos de nuestro corazón, y saber cuán sujeto está al viento de la vanagloria, y entender también la sutileza increíble deste vicio, que muchas veces, sin ser sentido, se apodera de nuestro corazón y le hace grandísimo daño. Por la cual causa encarece tanto el Salvador este secreto. «Porque —como dice san Bernardo— livianamente vuela, y livianamente penetra, mas no hiere livianamente el vicio de la vanagloria». Verdad es que los prelados y personas obligadas por su oficio a usar de misericordia, así como están obligadas a evitar todo escándalo, así pueden y deben hacer la limosna más en público; con tanto que la intención se apure y rectifique delante de Dios.]

La **sexta** condición es que, el que ha de dar limosna, la dé luego, sin dilación, porque desta manera será tanto mayor su dádiva, cuanto fuere más presta; pues dice el común proverbio que «dos veces da el que presto da». Esta condición es del Sabio, que dice: *No digas a tu amigo: «Vete ahora, y vuelve después», si luego le puedes dar* (Prov 3,28). Porque argumento es que da de mala gana el que da tarde; y no se puede decir que da, si da después de muy importunado; pues es común sentencia que «ninguna cosa hay más cara, que la que se compra con ruegos». Ejemplo tenemos desto en el patriarca Abrahán, que así como fue muy presto en la obediencia del sacrificio de su propio hijo (pues luego de noche se levantó para ir a sacrificarlo [cf. Gén 22,3]), así también lo fue en las obras de misericordia; pues, cuando vio aquellos tres varones que pasaban por su casa, corrió luego al hato de las vacas a traer un becerro para ellos, y así todos los de su casa a gran priesa aparejaron el convite para los huéspedes (cf. Gén 18,1ss). Pues, siendo esta condición tan importante, ¿en qué lugar pondremos a aquellos que dejan las limosnas para después de sus días? Así lo pretendía hacer la madre de santa Lucía, a quien la santa virgen cortésmente reprehendió, diciendo: «No es mucho dar a Dios lo que no puedes llevar contigo; y, por tanto, en vida reparte lo que tienes con Cristo». A estos mismos reprehende san Basilio por estas palabras: «Dicesme: “Quiero gozar de mis bienes en mi vida, y después de la muerte haré en mi testamento herederos a los pobres”. ¡Oh miserable de ti!, ¿y entonces quieres ser benigno y liberal para con los hombres, cuando estés hecho un saco de tierra? Mira que “nadie negocia bien después de acabadas las ferias”, y que nadie te puede asegurar el género de muerte que has de morir, para que puedas o no puedas testar».

La **séptima** condición es que, aunque sea razón examinar las personas a quien das, porque no quites de los verdaderos pobres lo que das a los falsos, mas todavía no querría que fueses muy curioso examinador de las necesidades ajenas, como hacen algunos, que, por encubrir su avaricia, adelgazan y sutilizan demasiadamente estas materias. Esta condición es de Gregorio Teólogo, que dice así: «No examines con mucho cuidado quién sea digno o indigno de la limosna que haces, porque mejor es algunas veces dar a los indignos, por amor de los dignos, que ponerte a peligro de defraudar a los dignos, por amor de los indignos». [Lo mismo dice san Ambrosio en una epístola, por estas palabras: «La misericordia no suele juzgar de los merecimientos, sino socorre a las necesidades; no examina la justicia, sino socorre a la pobreza». Común sentencia es que «ahí está Dios: adonde está su voz»; por donde, si, como es razón, tú no miras más que a Dios, en cualquiera que por él te pide le hallarás.]

La **octava** condición es que la limosna no sea de lo ajeno, como lo hacen muchos, porque esta no se puede llamar limosna, sino sacrilegio. Porque de la tal está escrito: *El que*

ofrece sacrificio de la hacienda del pobre es como el que degüella al hijo en presencia de su padre (Eclo 34,20) ¹⁷⁵. Y es Dios tan enemigo desta limosna, que uno de los títulos de que él se precia en la Escritura es este: *Yo soy Dios, que amo el juicio y aborrezco el hurto, aunque sea para sacrificármelo* (Is 61,8) ¹⁷⁶.

La **nona** condición sea —para hacer este negocio con más suavidad— que, cuando se nos ofreciere ocasión para usar de misericordia, consideremos estas tres cosas, conviene saber: quién pide, y qué pide, y para quién pide. El que pide no es el pobre, sino Dios en el pobre, como dice san Jerónimo: «Cada vez que extendieres las manos al pobre, piensa que se las extiendes a Cristo». Lo que pide no es tu hacienda, sino suya; porque, si Cristo es heredero y señor de todas las cosas, también lo es de tu hacienda, de tu persona y de tu vida, pues ella, con todo lo demás, está en su mano. Mas, si consideras para quién pide, digo que pide para ti, más que para sí; porque para sí pide bienes de la tierra, y a ti te da bienes de cielo, como dijo el Señor a aquel mancebo: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todas las cosas que tienes, y dalas a los pobres, y ternás un tesoro en el cielo* (Mt 19,21).

Estas son las principales condiciones que ha de guardar el varón misericordioso para que su misericordia sea merecedora de todas las riquezas y bienes que aquí habemos dicho. Y la oración, acompañada con esta misericordia, esta es la que vuela con mayor ligereza al cielo y la que merece alcanzar misericordia ante el acatamiento divino.

FIN

«La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del **Espíritu Santo** y nosotros, dirigida por completo al **Padre**, en unión con la voluntad humana del **Hijo** de Dios hecho hombre» (CEC 2564).

El arte no está en saber algo, sino en vivirlo.
El arte no está en decir algo, sino en hacerlo.

Mucho menos está en lo que yo sólo hice:
seleccionar lo ya escrito y copiarlo. Mas...

*«Feliz quien repase esto a menudo;
el que lo ponga en su corazón se hará sabio.
Y, si lo practica, para todo será fuerte,
porque la huella que sigue es la luz del Señor»* (Eclo 50,28-29).

Acabada la tarea el 14 de marzo de 1997.
Es un día cualquiera, pero igualmente bueno y santo

¹⁷⁵ «Qui offert sacrificium ex substantia pauperum, quasi qui victimat filium in conspectu patris sui» (34,24).

¹⁷⁶ «Quia ego Dominus diligens iudicium, odio habens rapinam in holocausto».

para concluir diciendo: «Laus Deo».

— *Obra transcrita prácticamente en su totalidad* —

Primera edición (reducida): 1997

Revisiones (ampliadas): 22 de abril de 1998 • 28 de junio de 2003 • 19 de mayo de 2009.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo y argumento de este libro

PRIMERA PARTE

QUE TRATA DE LA MATERIA DE LA CONSIDERACIÓN

Capítulo I. De la utilidad y necesidad de la consideración

Responde a algunas tácitas objeciones

Capítulo II. De las meditaciones para los días de la semana

[I.] El lunes por la mañana

[I.] Meditación sobre el lavatorio de los pies

II. Del Santísimo Sacramento y de las causas porque fue instituido

[II.] El martes por la mañana

[I.] Meditación sobre la oración del huerto

II. De cómo fue preso el Salvador

III. De los que espiritualmente atan las manos a Cristo

[III.] El miércoles por la mañana

[I.] Meditación sobre estos pasos del texto

II. De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasión y de la negación de san Pedro

III. De los azotes que el Señor recibió en la coluna

[IV.] El jueves por la mañana

[I.] Meditación sobre la coronación de espinas

II. Del Ecce homo

III. De cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas

[V.] El viernes en la mañana

[I.] Meditación sobre el misterio de la cruz

[III.] De la compasión del Hijo a la Madre y de la Madre al Hijo

[VI.] El sábado por la mañana

[I.] Meditación sobre la lanzada

[III.] Aquí se declara por qué la sagrada Virgen y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones

[VII.] El domingo por la mañana

[I.] Meditación sobre la resurrección

II. De la resurrección del cuerpo del Salvador

[VIII.] El lunes en la noche

[IX.] El martes en la noche

[X.] El miércoles en la noche

[XI.] El jueves en la noche

[XII.] El viernes en la noche

[XIII.] El sábado en la noche

Tratado VI: De la consideración de la gloria del paraíso

V. Del quinto gozo, que es de la duración de la eternidad

[XIV.] El domingo en la noche

Tratado VII: De la consideración de los beneficios divinos

I. Del beneficio de la creación

II. Del beneficio de la conservación

- III. [Del beneficio de la redención](#)
- IV. [Del cuarto beneficio de la vocación](#)
- V. [De los beneficios particulares](#)

[Capítulo III. De cinco partes que puede tener la oración](#)

[Capítulo IV. De la preparación que se requiere para antes de la oración](#)

[Capítulo V. De la lección](#)

[Capítulo VI. De la meditación](#)

[Capítulo VII. Del hacimiento de gracias](#)

[Capítulo VIII. De la petición](#)

II. [Petición de virtudes las más necesarias](#)

[III. [Compendio](#)]

[Capítulo IX. De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de esta meditación](#)

I. [Primer aviso \[No desechar la lumbre del Espíritu Santo\]](#)

II. [Segundo aviso \[Evitar la demasiada especulación intelectual\]](#)

III. [Tercer aviso \[Templar los sentimientos afectivos\]](#)

IV. [Cuarto aviso que se sigue de los pasados \[Corazón recogido y atención moderada\]](#)

V. [Quinto aviso \[En la aridez afectiva, tener paciencia y esperar\]](#)

VI. [Sexto aviso, de la profunda oración y devoción](#)

VII. [Séptimo aviso: Del no recibir en vano las visitaciones de nuestro Señor](#)

[Capítulo último \[X\]. De seis cosas que debemos meditar en la pasión de Salvador](#)

I. [De la grandeza de los dolores de Cristo](#)

II. [De cómo resplandece en la Pasión la graveza del pecado](#)

III. [De la grandeza del beneficio de nuestra redención](#)

IV. [De la grandeza de la divina bondad que resplandece en la sagrada Pasión](#)

V. [De la excelencia de las virtudes que resplandecen en la pasión de Cristo](#)

VI. [De la conveniencia del misterio de nuestra redención](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

EN LA CUAL SE TRATA DE LA DEVOCIÓN, Y DE LAS COSAS QUE AYUDAN O IMPIDEN PARA ALCANZARLA

[Capítulo I. En el cual se declara qué cosa sea devoción](#)

II. [Cuán gran bien sea la devoción](#)

III. [De cómo es dificultosa de alcanzar la verdadera devoción](#)

[Capítulo II. De las cosas que ayudan para alcanzar la verdadera devoción](#)

[I.] [Y primero, del deseo grande della](#)

II. [De la segunda cosa que ayuda a la devoción, que es fortaleza y diligencia](#)

III. [De la tercera cosa que ayuda a la devoción, que es la guarda del corazón](#)

IV. [De la cuarta cosa que ayuda a la devoción, que es la continua memoria de Dios](#)

V. [De la quinta cosa que ayuda a la devoción, que es el uso de las oraciones breves que se deben hacer en todo lugar y tiempo](#)

VI. [De la sexta cosa que ayuda a la devoción, que es la lección de los libros devotos y provechosos](#)

VII. [De la séptima cosa que ayuda a la devoción, que es la guarda de los sentidos](#)

VIII. [De la octava cosa que ayuda a la devoción, que es la soledad](#)

IX. [De la novena cosa que ayuda a la devoción, que son los tiempos y horas diputadas para ella](#)

X. De la décima cosa que ayuda a la devoción, que es la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios

XI. De la undécima cosa que ayuda a la devoción, que es el tiempo y lugar, y otras cosas convenientes para ella

XII. De la duodécima cosa que ayuda a la devoción, que son las asperezas corporales

XIII. De la decimatercia cosa que ayuda a la devoción, que son las obras de misericordia

Capítulo III. De las cosas que impiden a la devoción

I. Del primer impedimento de la devoción, que son los pecados veniales

II. Segundo impedimento: Del remordimiento de la conciencia

III. Tercero impedimento: De los escrúpulos

IV. Cuarto impedimento: De cualquier otra amargura y desabrimiento de corazón

V. Quinto impedimento: De las consolaciones sensuales

VI. Sexto impedimento: De los cuidados demasiados

VII. Séptimo impedimento: De las ocupaciones, y más, de las del estudio y especulación

VIII. Octavo impedimento: Del vicio de la curiosidad

IX. Nono impedimento: De la interrupción de los buenos ejercicios

X. Décimo impedimento: Del regalo y demasía en comer y beber

XI. Onceno impedimento: De la mala disposición y flaqueza del cuerpo

XII. De otro género de impedimentos particulares

Capítulo IV. De las tentaciones más comunes que suelen fatigar a las personas que se dan a la oración

I. De la primera y más particular tentación, que es la falta de consolaciones espirituales

[1.] De las causas porque el Señor quita a sus amigos las consolaciones espirituales

[2.] Qué es lo que el hombre debe hacer cuando le faltan las consolaciones divinas

[3.] Contra los que menosprecian y deshacen las consolaciones divinas

II. Segunda tentación: De la guerra de los pensamientos importunos

III. Tercera tentación: De pensamientos de blasfemia y de infidelidad

IV. Cuarta tentación: Del temor demasiado

V. Quinta tentación: Del sueño demasiado

VI. De otras dos tentaciones, entre sí contrarias [Desconfianza y presunción]

VII. Octava tentación: Del demasiado apetito de estudiar y saber

[1.] De los remedios contra esta tentación

VIII. Nona tentación: Del indiscreto celo y deseo de aprovechar a otros

Capítulo V. De algunos avisos que se deben tener en estos ejercicios contra los engaños del enemigo

I. Del primer aviso: De la dignidad y fruto de la oración vocal

II. Segundo aviso: De la dignidad y fruto de las sagradas ceremonias y obras exteriores

III. Tercero aviso: De la reverencia y obediencia que se debe a los doctores y predicadores de la Iglesia

IV. Cuarto aviso: De la discreción que se requiere para examinar los buenos deseos

V. Quinto aviso: De que juntamente con la oración se debe ejercitar el hombre en todas las otras virtudes

VI. Sexto aviso: Que los que se dan mucho a la oración no por eso desprecien a los que esto no hacen

- VII. Séptimo aviso: Que se ha de evitar toda manera de singularidad
- VIII. Octavo aviso: Que se debe huir la demasiada conversación de hombres y mujeres
- IX. Nono aviso: Que cada uno trabaje primero por cumplir las obligaciones de su estado
- X. Décimo aviso: Del fin que se ha de tener en estos ejercicios
Del remedio contra todos estos engaños
- XI. Undécimo aviso: Que no se deseen visiones ni revelaciones
- XII. Duodécimo aviso: De no descubrir a nadie los favores y mercedes de nuestro Señor
- XIII. Decimotercio aviso: Del temor y reverencia con que debemos estar en la presencia del Señor
- XIV. Decimocuarto aviso: De cómo algunos tiempos se debe el hombre alargar más en los ejercicios de la oración
- XV. Decimoquinto aviso: De la discreción que se debe tener en este aviso
- XVI. Decimosexto aviso: De cómo debemos trabajar, no en sola la oración, sino también en todas las otras virtudes
- XVII. Decimoséptimo aviso: De cómo no se han de tomar estos ejercicios como cosa de arte, sino con grande humildad y confianza
- XVIII. Decimooctavo aviso: Y de otra manera de oraciones y meditaciones que tienen los más ejercitados
- XIX. Decimonono aviso: Cómo no convienen estos ejercicios a todo género de personas

Conclusión desta segunda parte

TERCERA PARTE

EN LA CUAL SE PONEN TRES BREVES TRATADOS: UNO DE LA ORACIÓN, Y OTRO DEL AYUNO, Y OTRO DE LA LIMOSNA

Prólogo

Tratado primero [De las alabanzas de la oración]

Argumento deste primer tratado de las alabanzas de la oración

[I] De la virtud y excelencia de la oración

- I. De lo que dicen la divina Escritura y los santos de la virtud de la oración
- II. De las causas principales porque la oración nos sea de tanto provecho
- III. De cómo por la oración se comunica al alma la verdadera devoción, con la cual hace con facilidad todas las cosas del servicio de Dios
- IV. De cómo la experiencia enseña que la oración ayuda a alcanzar todas las virtudes y perfección

II.

- I. De la necesidad de la oración
- II. De cómo Cristo y los santos ejercitaron mucho la oración

III.

- I. De la continuación y perseverancia de oración
- II. De la necesidad que hay de la perseverancia en la oración
- III. De otras razones sobre lo mismo
- IV. Respóndese a una objeción
- V. Conclusión de todo lo susodicho

Tratado segundo. De la virtud del ayuno y asperezas corporales

I.

- I. De los bienes espirituales para que aprovecha el ayuno
- II. De la segunda excelencia del ayuno [Ser obra satisfactoria]
- III. De la tercera excelencia del ayuno [Ser amiga y compañera perpetua de la oración]
- IV. De la cuarta excelencia del ayuno [Medio convenientísimo para gozar de Dios]
- V. De la quinta excelencia del ayuno [Estímulo y despertador grande de la memoria de Cristo]
- VI. De la sexta excelencia del ayuno [Ayuda grandemente a alcanzar la divina sabiduría y la virtud de la discreción]
- VII. De la séptima excelencia del ayuno [Penetra el cielo y alcanza la misericordia de Dios]
- VIII. De la octava excelencia del ayuno [Nos hace en gran manera semejantes a Cristo]

II. De los bienes corporales para que aprovecha el ayuno

- I. De cómo el ayuno ayuda para alargar y conservar la vida, más que todas las medicinas
- II. De cómo el ayuno ayuda para conservar la salud
- III. De cómo el ayuno aprovecha para conservar y adquirir la honra
- IV. De cómo el ayuno es de honra y provecho
- V. De cómo el ayuno sirve para que el hombre tenga gusto y alegría corporal
- VI. De cómo el ayuno pertenece no sólo a personas religiosas y particulares, sino a personas públicas y que gobiernan el mundo

III. Que trata de los males de que nos libra la virtud de la abstinencia

Conclusión de todo lo dicho

Tratado tercero. De la limosna y misericordia

- I. De la primera excelencia de la limosna y misericordia [Hacer a los hombres semejantes a Dios]
- II. De la segunda excelencia de la limosna y misericordia [La privanza que los misericordiosos han de tener con Dios]
- III. De la tercera excelencia de la limosna y misericordia [Tener manifiesto derecho a la misericordia de Dios]
- IV. De la cuarta excelencia de la limosna y misericordia [Alcanzarse por aquí perdón de los pecados]
- V. De la quinta excelencia de la limosna y misericordia [Enriquece de nuevos merecimientos]
- VI. De la sexta excelencia de la limosna y misericordia [Socorro de Dios oportuno en las tribulaciones]
- VII. De la séptima excelencia de la limosna y misericordia [Ser oído el hombre en sus oraciones]
- VIII. De la octava excelencia de la limosna y misericordia [El premio de la vida eterna y la defensión en el día del juicio]
- IX. De la nona excelencia de la limosna y misericordia [La necesidad que tiene desta virtud el que tiene posibilidad para usar della]

X. De la décima excelencia de la limosna y misericordia [Las bendiciones y prosperidades temporales que se prometen]

XI. Conclusión de todo lo dicho

XII. De cómo debe el hombre ser misericordioso y limosnero, por representarse en los pobres Cristo, de quien hemos recibido tantos bienes

XIII. De la manera que han de tener los hombres en dar limosna, y a quién señaladamente pertenece darla